
QUELA MIRANDA
TÚ, YO
Y UN CAFÉ
ENTRE
NOSOTROS
NUNCA SERÁ
CASUALIDAD
- SERIE CASUALIDADES 3 -
Click
EDICIONES

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Prólogo**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo I

Epílogo II

Epílogo III

AGRADECIMIENTOS

Biografía

# Créditos

# TÚ, YO Y UN CAFÉ ENTRE NOSOTROS NUNCA SERÁ CASUALIDAD

Serie Casualidades 3

Quela Miranda

Click
EDICIONES

*A mis hijas: porque son más fuertes de lo que se imaginan. No me cabe duda de que alcanzarán todo lo que se propongan en la vida.*

# Prólogo



*PAMPLONA*
*Un año antes*

**Daniela**

Arropada en la oscuridad de la noche y todo lo rápido que las heridas de mi espalda me permitieron, metí en el maletero de mi viejo coche rojo una única maleta con las escasas pertenencias que poseíamos mi hijo Enzo y yo. Subí rápidamente al asiento del conductor y puse el motor en marcha mientras me giraba hacia los asientos de atrás para comprobar que Enzo, tapado con una manta, seguía durmiendo. Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar que mi hijo, con tan solo seis años, me había salvado de ese monstruo.

Puse el coche en movimiento para alejarme todo lo posible del hombre que casi acaba con nuestra vida. Cuando lo conocí un año

atrás, justo recién acabada la carrera de arquitectura, creí que estaba enamorada de él. Y él de mí. Era muy atractivo, con un color de pelo rubio ceniza y ojos muy claros, casi cristalinos, pero glaciales, que lo hacían peligroso a la vez que autoconfiado, y se movía con la seguridad de alguien que nunca duda de sí mismo. Exmilitar retirado de padre alemán y madre vasca, tenía una complexión fuerte y unos brazos como columnas, anchísimos hombros y gran estatura, superaba el metro noventa.

Los primeros meses me trataba como a una princesa. Era dulce, amable, siempre atento a todas mis necesidades y a las de mi hijo, al que trataba también con una dulzura extrema. Y me fui enamorando de él sin remedio. O eso creí, porque poco a poco esa atención por mí se volvió un control obsesivo y esa dulzura se convirtió en una trampa mortal que hacía estallar su genio sin avisar. Ni siquiera pude acabar el trabajo de Fin de Grado para poder ejercer de arquitecta. Todo cambió con tanta rapidez que me quedé bloqueada. De un día para otro empezó a no dejarme ir a la universidad, me obligó a interrumpir mis estudios, a distanciarme de mis amigos y conocidos, no podía arreglarme para salir yo sola, aunque fuera al supermercado. Me anuló como mujer y como persona, primero con un sutil maltrato psicológico, algo a lo que no pude reaccionar porque no hice nada por alejarme de él, confiada en que cambiaría, en que volveríamos a ser los de meses atrás. Luego pasó al daño físico: pequeños golpes que yo iba perdonando, como si me hubiese anulado el raciocinio sin saber yo cómo.

Pero la tarde en que me tuve que interponer entre esa bestia y mi hijo para que no lo golpeara y lo matara, esa tarde supe que tenía que alejarme de él o nos terminaría matando a ambos. Estuve tres días ingresada en el hospital por culpa de la paliza, con la espalda destrozada y derrotada psíquicamente, tras tratar de proteger el

pequeño cuerpo de mi hijo de sus golpes. No recuerdo haber llegado al hospital, solo que me dejó inconsciente en el suelo y se marchó sin preocuparse por si estaba viva o muerta. Más tarde supe, por la policía, que fue Enzo quien llamó a Emergencias para que vinieran a socorrerme. Mi pequeño gran héroe de tan solo seis años. También gracias a su testimonio, al informe médico y a la denuncia que le puse, conseguí una orden de alejamiento y que acabara encerrado una temporada entre rejas por intento de homicidio. Tuvo mucho peso el que intentara volver a ponerme una mano encima en el mismo hospital. Hicieron falta la fuerza de varios médicos y una rapidísima policía para que no me volviera a golpear. Sus últimas palabras, antes de que se lo llevaran, resonaban aún en mi cabeza como un mal sueño.

*—¡Princesa, yo te quiero! Sabes que eres mía y de nadie más. ¿Lo entiendes? Nunca podrás ser de nadie porque eres mía, solo mía. ¡No puedo vivir sin ti! ¡No quiero morir de amor por ti! ¡Me perteneces! ¡Nos pertenecemos!*

*—Nadie muere de amor… pero de una paliza sí, y soy yo la que no quiere morir a tu lado.*

*—En eso te equivocas, sí se puede morir de amor. No me dejes, por favor… Espérame…, yo te amo, princesa…*

De esto hacía solo dos días. No dudé, en cuanto salí del hospital, en hacer la maleta y huir de él. No sabía cuánto tiempo estaría entre rejas, pero si algo tenía claro es que no estaría ahí cuando él saliera. No era la primera vez que huía en mi vida, aunque en esa ocasión sí tenía dónde ir.

Me limpié una lágrima que se había escapado de mis ojos con el dorso de la mano mientras centraba toda mi atención en la carretera, en dirección a Valencia, a una nueva oportunidad junto con un amigo de toda la vida. Conocía a Leo desde Infantil, nos

llevábamos cinco meses, y estuvimos uno al lado del otro hasta que él cumplió los dieciocho años, ni un día más, cuando decidió que no soportaba más vivir en uno de los tantos pueblos tan pequeños que había en nuestra Cantabria natal y se marchó a Valencia, una ciudad grande donde podría ser él mismo sin tener que dar explicaciones a nadie de su orientación sexual ni ser diseccionado ni cuestionado por nadie. No perdimos nunca el contacto, ya que éramos como hermanos y nos queríamos con locura. Yo lo defendía de los ataques de los otros niños, y ya no tan niños con cierta edad, y él me daba el cariño que nunca tuve de mis padres porque, aunque económicamente nunca me faltó de nada con ellos (hasta que decidí tener a Enzo), el cariño brillaba por su ausencia, algo que compensaba Leo con creces.

La conversación con él, aún ingresada en el hospital después de la paliza (si me ceñía a la realidad más bien fue un monólogo con tintes de cariño y muchísima preocupación por mí), fue una vía de escape a un incierto futuro.

—Me las arreglaré yo sola, como he hecho siempre, Leo. Estoy bien, de verdad.

—¡Daniela Miyar Cifuentes! ¡Estás en el hospital, maldita cabezota! —Reaccionó de un modo que no era habitual, pues es la persona más dulce y tierna que he conocido en mi vida—. Así que cuando te den el alta mueve tu obstinado culo a Valencia porque te vas a quedar una larga temporada conmigo.

—¿Y se puede saber qué hago yo en Valencia? ¿Y qué va a decir Nael? Somos dos, Leo. Y Enzo es un niño no precisamente tranquilo y…

—¡Para, Dani! —cortó, enfadado—. Mi marido estará encantado de tenerte con nosotros y sabes que mi debilidad es tu hijo. Ese niño me lo comía entero y sin masticar sin pensármelo dos veces, y Nael

piensa lo mismo que yo. Estará encantado de teneros una temporada en casa y nuestro piso es grande, con cuatro habitaciones y varios cuartos de baño. No nos vamos a dar cuenta ni de que estáis aquí, hay espacio de sobra para ti y Enzo… y te echo de menos, cariño. Déjame que disfrute de vosotros unos meses, porfaaaa… Además, desde que mi marido ha empezado a trabajar en el hospital y es el nuevo cirujano, se está comiendo todas las guardias habidas y por haber, y estoy solo la mayoría del día y, sobre todo, las noches. Nos haremos compañía mutuamente y será como en los viejos tiempos, cuando nos escondíamos en tu cuarto con tres tarrinas grandes de helado y destrozábamos a esos imbéciles homófobos sin compasión hasta las tantas. —Quise protestar, pero no me dejó—. No me hagas ir a por ti a Pamplona porque te traigo de las orejas sin compasión. Sabes muy bien que soy capaz y ni Nael ni mi trabajo me lo van a impedir. Déjame que por una vez yo cuide de ti. Acaba de cursar la carrera por la que tanto has luchado y, mientras, te conseguiré trabajo; tengo muchos amigos que me harían ese favor encantados. Enzo irá a un buen colegio y puedo cuidar de él a tiempo completo, ya sabes que trabajo desde casa y me lo puedo permitir. No es por presumir, pero las agencias de publicidad se me rifan para que trabaje con ellas y el dinero no es problema hoy en día, eso también lo sabes. Déjame que haga de hado madrino, Dani… por favor…

No lo pensé mucho más porque los dos necesitábamos algo parecido a un hogar, sobre todo Enzo. Desde que nació, mi hijo nunca tuvo un hogar ni una estabilidad, y yo era consciente de que ese último año junto con ese hijo de puta que casi me mata fue la gota que colmó el vaso y nos pasaría factura a los dos. Así que nada más salir del hospital, después de comprobar que Aitor estaría una buena temporada a la sombra, cogí mis cosas y las de mi hijo y me

monté en mi viejo y destartalado coche rojo, uno que me había acompañado durante siete años desde que lo compré con más años que kilómetros, y puse rumbo a Valencia.

Otra lágrima volvió a pasearse por mi mejilla sin control y, otra vez con el dorso de la mano, volví a limpiármela. No dejaría que las circunstancias de la vida me derrotaran. Yo era una persona optimista, resuelta, con una voluntad de hierro y mucha resiliencia, así lo había demostrado esos últimos seis años. Sí, reconocía que estaba tocada, pero no hundida. Saldría a flote con más fuerza, por mí y, sobre todo, por mi hijo, porque por él estaba dispuesta a todo.

Aprendería de esa experiencia, al igual que había aprendido del resto desde que tuviera a Enzo entre mis brazos, y no me rendiría. Con veintiséis años todavía me quedaba mucho por vivir y le quería dar a Enzo la vida que a mí me negaron, el afecto y el cariño que nunca tuve de unos padres indiferentes y distantes. ¿El amor? Esa era otra historia y cada vez me sentía más apática. Después de dos relaciones serias en las que acabé destrozada no quería saber nada más de hombres. Mi único y verdadero amor era Enzo, y en adelante así lo demostraría.

# Capítulo 1



*VALENCIA*
*En la actualidad*
*Martes, 5 de enero*

**Gonzalo**

Esa mañana en especial estaba siendo de locos. Las carpetas y los proyectos se me empezaban a acumular peligrosamente encima de la mesa y, lo que era peor, en la de reuniones al otro lado de mi despacho. Negué con la cabeza, frustrado, y me pasé la mano por la cara con desesperación. Desde que, hacía ya demasiado tiempo, Candy dejara de ser socia del despacho para abrir uno propio junto con su marido y mi futuro cuñado, no conseguía tener el equipo al completo y eso me desesperaba hasta pagar mi mal humor con los que me rodeaban. Nunca había sido de sonrisa fácil, pero esas últimas semanas no hacía ya ni el amago de sonreír. Mi mal genio y

mis malos modos eran los protagonistas constantes cuando interactuaba con cualquier persona mayor de diez años.

Habían pasado durante meses y meses arquitectos con experiencia y otros con más experiencia aún. ¡Nada! No encajaban con el despacho, dedicado a la construcción y arquitectura. Hoy en día era uno de los más importantes del país y así seguiría siendo, costara lo que costase. Pero nos faltaba personal para cubrir todo el trabajo que empezaba a acumularse de manera preocupante. Y todo eso a algo más de un mes de que mi padre se jubilara para cederme definitivamente la presidencia de DLFuentes y Asociados. Eso era lo que más nervioso me ponía. Al cielo daba gracias de que, más a menudo de lo que me gustaría, colaborábamos con *Sweet Home*, el despacho de Candy y su marido Víctor junto con Adrián, mi cuñado en menos de una semana, e íbamos salvando proyectos con unos resultados espectaculares. Pero sabía que era temporal, eso tenía que acabar. No podíamos estar dependiendo siempre de ellos. ¡Era inaceptable!

Volví a mirar todo el trabajo que tenía encima de la mesa y, con resignación, me pasé la mano abierta varias veces por el corto pelo. No pasaba un día sin que saliera del despacho cuando hacía horas que había anochecido. Bufé con frustración y me levanté a por algo de comer para poder continuar hasta la noche cuando, al abrir la puerta, oí la voz divertida de mi futuro cuñado Adrián y la de mi hermana Maite, esta bastante cabreada con lo que se estaba encontrando ¡otra vez! Moví la cabeza con paciencia para lo que se avecinaba y caminé hacia la recepción donde Gisella, nuestra secretaria de dirección, miraba la escena con resignación.

Vi a Martha, nuestra nueva arquitecta (¡no!, me corregí mentalmente, nuestra exarquitecta) dirigirse como un tornado a mi hermana en cuanto la tuvo en su campo de visión. ¡Por el amor de

Dios! ¿Tan complicado era encontrar un par de puñeteros arquitectos que me siguieran el ritmo? No había conseguido encontrar ni una sola persona que aguantara en el despacho más de un mes seguido. Esto no era una casa de caridad, no iba a regalar nada a nadie. ¡Quería resultados y los quería para ayer! Una quimera, por lo visto, para todo aquel que pasaba por aquí y una utopía para mí. Tenía claro cuál era el problema de que no me durara un arquitecto un par de semanas seguidas, fuera hombre o mujer, con o sin experiencia, y era que exigía un 250 % de ellos, hasta que terminaban por renunciar. Y esta última lo estaba haciendo a lo grande.

—¡Señorita De la Fuente! Esto es inadmisible. ¡Renuncio con efecto inmediato! Creía que su despacho era uno de los mejores del país y que el puesto de trabajo que se me ofreció hace unos días era más serio —oí quejarse a una irascible y cabreadísima mujer.

—¡Martha! Estoy convencida de que habrá sido un malentendido. ¿Por qué no me acompañas a mi despacho y buscamos una solución a… lo que haya pasado?

—¿Solución? La única solución que tienen ustedes es que don Alfonso de la Fuente no delegue la presidencia a su hijo. Ese hombre… ese hombre…

—¿Sí? Continúa, por favor. No te cortes —la amenacé con una voz engañosamente suave, muy bajita, colocándome a su lado con los ojos entrecerrados animándola a que me insultara en la cara con una calma que no sentía en esos momentos.

—Me ha pedido que le lleve un café…. —contestó con voz afilada, pero en un tono más bajo al verme una expresión nada amigable en la cara.

—¿Y? No veo el problema… Solo es un café, Martha. Es algo normal que hacemos entre nosotros —replicó mi hermana muy seria, con los brazos cruzados delante del pecho.

—Ojalá solo fuera el café —intentó explicar a Maite—. El señor De la Fuente no está contento nunca con nada. En tres días he tenido que repetir el proyecto de Marbella siete veces. ¡Siete! Mi trabajo estaba realizado a la perfección, pero se empeña en que lo repita una y otra vez porque, según su criterio, nunca está correcto.

—Somos muy perfeccionistas con nuestro trabajo, por eso somos los mejores. Perdóname, pero sigo sin ver el problema —insistió Maite mientras su futuro marido, Adrián, se apoyaba con la cadera en la mesa de recepción con una divertida sonrisa, sin perder detalle.

Me crucé de brazos evitando suspirar de pura frustración y mordiéndome la lengua para no decirle de malos modos cuatro verdades a ese intento de arquitecta.

—Mi jornada laboral ha sido de más de quince horas diarias trabajando en varios proyectos a la vez que son más que correctos, he aguantado sus malos modos y sus secas contestaciones con trabajo extra con el que me ha cargado innecesariamente, con críticas para nada constructivas… y ahora tengo que llevarle un café largo con una gota de leche y dos azucarillos, ha puntualizado y exigido, como si yo fuera una camarera de bar. ¡No! Por ahí sí que no paso, es suficiente —y, conforme iba enumerando todas las razones por las que estaba muy cabreada con nosotros, iba subiendo el volumen de voz.

—¡Suficiente, Martha! —ordenó mi padre muy serio a mis espaldas, que supongo había salido de su despacho al oír las voces, uniéndose a tan interesante monólogo.

—¡Si no tienen intención de cubrir esa vacante no hagan perder el tiempo a nadie! —terminó mirando por encima de mi hombro para dirigirse esa vez a mi padre y, fulminándonos con la mirada unos

segundos, girar sobre sus talones y encaminarse al ascensor mascullando vete a saber tú qué.

—¿Otra vez? —preguntó con pesar mi hermana una vez que la puerta del ascensor se cerró.

—¡Otra vez, pero peor! Esta ha durado apenas tres días… —intervino Gisella, una estupenda secretaria y una mejor amiga a pesar de que hacía meses habíamos tenido una relación fallida. ¡Que éramos incompatibles, me había dicho! Así de sencillo y de ese modo me lo hizo saber. ¿Realmente era yo compatible con alguna mujer?

—Era una prepotente inaguantable que no sabía hacer su trabajo ni aunque le hicieran un mapa —me defendí rápidamente ante la mirada inquisitiva de mi hermana, la de resignación de mi padre y la divertida de Adrián.

—¡Ya! ¿Y Darío Rodríguez? —contraatacó Maite.

—Ese tenía menos idea todavía que nuestra «simpática» Martha.

—¿Y Guillermo Pérez? —intervino Gisella, poniéndose en esa ocasión de parte de mi hermana.

—Ese hombre tendría que volver a estudiar la carrera de arquitectura, no entiendo cómo se graduó.

—¿Y Ana Zelanda? —se cachondeó mi cuñado muy en su línea.

—Se me tiró a la bragueta antes de que acabara la semana, así que supuse que tampoco valía —bufé, enfadado.

—Ahí sí te apoyo, cuñado. —Adrián me guiñó un ojo.

—Igual que a Ignacio no sé qué, a ese ni me lo recordéis. ¡Tampoco valía! —continué.

—¿A quién? ¿A ti o a la empresa? —Esa fue Maite, que empezaba a desesperarse conmigo.

—No me vale cualquiera, Maite.

—No te vale nadie que no sea Candy, Gonzalo. Y empezamos a tener un problema con este tema. Papá, díselo tú, por favor. No podemos con todo el trabajo nosotros solos y empieza a ser preocupante.

Entrecerré los ojos, irritado, una mirada intimidatoria que conseguía el efecto deseado con cualquiera que tuviera delante menos con ellos, que ya me conocían, pero que de igual modo le regalé a mi hermana, intentando que se callara, algo que no conseguí. Mi padre carraspeó para hablar, dándole la razón.

—Hijo, tu hermana está en lo cierto. No podemos contratar a un arquitecto y que se nos vaya en menos de una semana. Necesitamos a alguien más y lo sabes. No podemos estar siempre pidiendo ayuda al estudio de Candy. No me desagrada colaborar con ellos, pero no de este modo.

—Lo intento, padre, pero no me vale cualquiera —reiteré exasperado pasándome de nuevo la mano por el pelo, sin fuerzas—. Y ahora, si me perdonáis, voy a comer alguna cosa y a seguir trabajando. No puedo entretenerme más.

—Tendrías menos trabajo si te decidieras a contratar en serio a alguien que nos echara una mano. Y, como ya te hice saber hace días, tengo la solución perfecta. —Sonrió con un brillo de diversión en su mirada una Maite que volvía a un tema del que no quería oír ni hablar.

—¡Y ya te hice saber mi respuesta! ¡No! —concluí la dichosa conversación de manera tajante.

—¡Un pasante, Gonzalo! ¡Déjame que lo intente al menos! —respondió con fuerza.

—No, ni hablar —volví a negarme por segunda vez en pocos días —. Y ya te hice saber mis razones. Por el amor del cielo, Maite, si ya me es prácticamente imposible con un arquitecto con tablas, ¿qué te

hace pensar que un pasante sin experiencia es la solución? ¡No, y no es discutible! —negué por tercera vez con rotundidad, a ver si de ese modo lo entendía.

—¡Claro que es discutible! ¡Gonzalo, piénsalo bien, por favor, y no te cierres en banda! ¡Es perfecto! —se entusiasmó Maite—. Un pasante tiene la formación que necesitamos, pero sin los vicios que se crean con la experiencia. Podremos moldearlo según nuestra manera de trabajar. ¡Es la solución perfecta! —me hizo saber con una gran sonrisa en su cara.

—¡No! —me volví a negar en redondo—. ¡No voy a ser la niñera de nadie! ¡No puedo perder mi tiempo en enseñar a un recién graduado de veintitrés años cómo trabajar! ¡No necesito otra carga más, necesito soluciones!

—¿Y no es lo que mi preciosa futura mujer te está dando, cuñado? —intervino Adrián con diversión en su voz—. Sabes muy bien que nuestro estudio siempre podrá colaborar con vuestro despacho cuando lo necesitéis, eso es un hecho. Pero también es cierto que un par de pasantes os aliviaría de ese trabajo que se os está acumulando y al que en breve no vais a poder hacer frente.

—¡Me caso la semana que viene, yo no voy a estar en dos semanas porque estaré disfrutando de mi luna de miel! Algo que no voy a conseguir si no dejo este tema solucionado antes de que acabe la semana y… —Maite alzó el dedo para que me callara, porque ya había abierto la boca para protestar—, y… vas a poner de tu parte para que mi idea marche sobre ruedas.

—¡Haz lo que quieras! No va a funcionar —farfullé.

—Optimismo es tu segundo apellido, ¿verdad, cuñado? —se burló Adrián. Lo fulminé con la mirada y se echó a reír con fuerza para terminar añadiendo—: Solo tendrías que supervisar el trabajo de un par de pasantes, sería rápido y sencillo. Ellos se encargarían del

trabajo sucio, ya me entiendes, y tú solo tendrías que corregirlos en lo que necesiten. Ellos planificarán los proyectos que tienes amontonados en dos mesas, elaborarán los presupuestos y se encargarán de la programación y el desarrollo desde el concepto hasta el diseño final. Así tú podrás hacer esas visitas del sitio con tranquilidad y también podrías salir de aquí a una hora que no sea la de las brujas. ¡Todo son ventajas! Ya vienen con la formación necesaria, solo necesitan rodaje y experiencia. Nuestro estudio tiene varios contratados, sé de lo que hablo.

—Gonzalo, Adrián tiene razón —le apoyó mi padre, colocando su mano en mi hombro y apretándomelo con cariño—. ¿Cómo crees que me voy a jubilar si hace falta personal para poder sacar todo el trabajo que tenemos en la actualidad? Te cederé la presidencia, pero no prescindirás de mí de momento.

—No lo voy a permitir. —Me tensé por la velada amenaza.

—Ni yo tampoco, papá. Necesitas descansar y disfrutar, tal y como llevas deseando desde hace tiempo —sonrió mi hermana mientras la oía maquinar con rapidez—. Con lo que ahora mismo me pongo a ello. El viernes tendrás encima de la mesa los currículums de diez pasantes para que los podáis entrevistar el lunes 11 sin falta y podáis seleccionar al menos dos personas para su incorporación inmediata.

—De acuerdo —claudiqué a regañadientes—. Tú ganas, enana. Me encargaré de las entrevistas.

—¡Ah, no, ni hablar! ¡Se encargará papá! —sentenció Maite muy seria—. Te quiero mucho, hermanito, pero te conozco y no valdría de nada. Tú puedes estar presente, pero será papá quien las haga. Y no me mires así, tienes suerte de que me caso este sábado porque, si de mí dependiera, no te dejaba ni pisar el despacho —terminó muy en serio, encogiéndose de un hombro y dándome por perdido.

—¡Está bien! Pero ya te adelanto que no servirá de nada. No me valdrá cualquier pasante y una persona sin experiencia será imposible que encaje con nosotros. Le costará llevar mi endemoniado ritmo más mi manera de trabajar, que sabéis es muy exigente.

—¡Pues entonces inténtalo! ¡Y con ganas! —Maite entrecerró esos ojos iguales a los míos, me dio un beso en la mejilla y se alejó con Adrián mientras movía la cabeza, resignada.

Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz, y salí yo también a comer alguna cosa, ya que el día se presentaba largo y la semana se complicaba por momentos.

# Capítulo 2



*Viernes, 8 de enero*
*Tres días después*

**Daniela**

—¡De acuerdo, ahí estaré! Sí, gracias. —La llamada se cortó y me quedé mirando la pantalla unos momentos para, apenas unos segundos después, empezar a sonreír como una idiota—. Sí, sí, síííí…

Con el móvil aún en la mano me puse a bailar en medio del comedor sin ningún sentido del ritmo, mientras mi sonrisa se iba haciendo más grande por momentos. ¿Sería posible que la suerte empezara a cambiarme? Esa llamada se podría convertir en el principio de un nuevo comienzo, el inicio de un nuevo camino lleno de posibilidades que mejorarían mi desastrosa vida.

—¿Me vas a contar la buena noticia o vas a seguir intentando coordinar cuerpo y piernas sin éxito?

Me giré sin perder la sonrisa para encontrarme con la persona que había hecho la pregunta. Leo me miraba con esa expresión tan suya de «cuéntamelo todo» mientras se acercaba a mí y su sonrisa se iba haciendo tan grande como la mía. Sus cálidos ojos castaños querían saber y por su forma de sonreír supe que ya se estaba alegrando por mí. Ese guapo y maravilloso hombre que nos acogió a mi hijo y a mí en su casa hacía ya un año. Él y su marido Nael eran las personas más buenas y maravillosas que alguien podía tener por amigos. Dudo que un hermano, de haberlo tenido, me hubiese querido y se hubiese preocupado por mí tanto como Leo. Y yo lo quería de manera incondicional. No sé qué habría sido de Enzo y de mí si él no existiera. Siempre le estaría agradecida, aunque él no le diera importancia porque siempre decía que yo hubiese actuado del mismo modo de haber estado él en mis mismas circunstancias.

—¡Leo! ¡No te lo vas a creer! —Me tiré a sus brazos mientras seguía riendo y dando pequeños saltitos, presa de la alegría del momento.

—Esa escandalosa risa tan tuya me dice que sí me lo voy a creer. —Me tomó de las manos y me condujo al gran sofá que había en el comedor para que me sentara y le explicara—. ¡Vamos, reina! Empieza a contar antes de que sufra un infarto por los nervios.

—¿Recuerdas que hace unas semanas envié mi triste y patético currículum a todos los despachos de arquitectura que hay en Valencia? —La sonrisa de Leo se iluminó intuyendo lo que le iba a contar. Me apretó aún más las manos para que continuara—. Me acaba de llamar una tal Gisella no sé qué citándome para una entrevista de trabajo el lunes a las nueve en punto en DLFuentes y Asociados —terminé con un gritito de emoción al que se sumó Leo, más emocionado que yo, y ambos empezamos a botar en el sofá.

—¿DLFuentes y Asociados? ¿En serio? Ese despacho es uno de los más importantes del país, reina.

—Síííí, y tengo una entrevista con ellos. —Me faltaba el aire, empezaba a entender la oportunidad que se me presentaba e iba a hacer lo imposible para no desperdiciarla—. El puesto es como pasante y sería a jornada completa. ¿Sabes lo que eso significa? —pregunté emocionada.

—¿Que por fin te vas a poner las pilas y acabarás y presentarás tu trabajo de Fin de Grado y te pondrás con el Máster para poder ejercer como arquitecta de una vez por todas? —ironizó con cariño mi amigo.

—Sí, sí, eso también. Pero sabes que con los dos trabajos y con mi hijo no me he centrado todavía en ello —le quité importancia a algo que sí era importante, y lo sabía.

—Ilumíname, entonces.

—Podré dejar mi trabajo como camarera en el catering. Con un poco de suerte, este sábado será mi último servicio con ellos: una gran boda en una mansión privada, con no sé cuántos invitados, todos de la *jet set*, más llenos de dinero que de ganas de divertirse.

—Es que todavía no sé qué haces trabajando para ellos. Apenas pagan bien para lo negreros que son y las jornadas son interminables y agotadoras —se quejó Leo del mismo modo que hacía siempre que sacaba el tema—. ¡Tú vales más que todo eso!

—Pero pagan después de cada servicio y sabes que sin experiencia y siendo madre soltera y con un hijo no lo tengo fácil. Me cierran las puertas antes de terminar de leer el currículum.

—¡Tonterías! ¿Cuántas veces te tengo que decir que a Nael y a mí no nos importaría correr con todos vuestros gastos en lo que acabas la carrera? Nos lo podemos permitir… varias veces. —Me apretó las manos de nuevo con cariño.

—¿Y cuántas veces te tengo que responder yo que ni hablar? Habéis hecho muchísimo por mí, pero no consentiré ser una mantenida.

—Vale, vale, no insistiré más, pero sabes lo que opino al respecto. A propósito, también dejarás el trabajo de las noches en el *Love Dance*, ¿verdad? —preguntó, sabiendo de antemano mi respuesta.

—Sí, también. En el caso de que la entrevista vaya bien hablaré con Hugo. Pero me iré cuando él haya encontrado a otra camarera que me sustituya. No lo voy a dejar tirado. —Sonreí con cariño.

Hugo Rodríguez era el dueño del *Love Dance*, una discoteca de moda en Valencia que se llenaba todos los fines de semana y en cuya puerta había siempre una kilométrica cola de espera para poder entrar. Había otra socia, Candy Acevedo, la capitalista, pero aunque yo llevaba cerca de seis meses trabajando los viernes y sábados por la noche la había visto apenas un par de veces. Era guapísima, más o menos de mi edad, y todos hablaban maravillas de esa mujer que acababa de ser mamá de una niña hacía cinco meses. El trabajo me lo consiguió Leo, asiduo de esa discoteca, junto con su marido. Eran buenos amigos de Hugo, mi jefe, y después de una breve entrevista me contrató para trabajar los fines de semana mientras Leo cuidaba de mi hijo una vez más. Esos meses, el cariño creció entre nosotros. Aparte de ser lo más parecido a un dios de ébano por el que todas las mujeres babeaban y suspiraban sin esconderse, se intuía que Hugo era peligroso y mortal con sus enemigos. Mejor no tocarle las narices ni buscarle las cosquillas. Lo había visto en acción y daba miedo. Pero era amigo de sus amigos y una persona muy cariñosa y atenta a cualquier detalle si conseguías entrar en su pequeño círculo. No deseaba dejarle en la estacada de la noche a la mañana, así que le daría quince días para que pudiera sustituirme sabiendo que no tendría problemas para ello. Y yo, pues tendría que poder

con los dos trabajos, aunque el domingo no llegara ni a la etiqueta de persona.

—No dudo de que después de la entrevista el puesto será tuyo. —Leo me sacó de mi ensoñación.

—Sí, aunque si lo consigo será omitiendo parte de la verdad, pero es que es mi oportunidad de demostrar lo que valgo y no la voy a desperdiciar. Solo soy una pasante, pero mis ganas suplirán mi falta de experiencia. Nada ni nadie me va a hacer desistir de ello ahora que por fin me van a dar esa oportunidad.

—¿Omitiendo la verdad? —Clavó en mí su cálida mirada castaña alzando una de sus perfectas cejas.

—Digamos que ahora simplemente soy… soltera, sin hijos ni responsabilidades. —Alzó aún más la ceja—. Mi vida es Enzo y si lo hago de este modo es por él. Cada vez que pongo en el currículum que soy madre soltera de un niño de ocho años no terminan de leerlo. A eso, súmale que no tengo experiencia, aunque mis notas y mi formación sean impecables. Así que decidí omitir algunos datos que no le hacen daño a nadie.

—¡Esta es mi chica! —Me dio un beso en la mejilla—. Te apoyo al cien por cien y lo sabes.

—Gracias por todo, Leo. No sé qué hubiese sido de mí sin ti. —Le abracé con cariño.

—Habrías salido adelante con o sin mi ayuda, no lo dudes nunca. Eres una mujer fuerte que no se rinde ante nada, y lo estás demostrando día tras día. Tienes la fuerza necesaria para valerte por ti sola y eso es algo de ti que adoro —y tirando de mí y haciendo que me levantara con él del sofá, me informó sin opción a réplica—: Y ahora, mi reina, vámonos de compras. Necesitas un fondo de armario nuevo y renovar tu vestuario para la ocasión. Tienes que causar tal impresión que los hagas caerse de culo, de eso me

encargo yo. ¡Sin protestas, por favor! —Alzó el dedo delante de mi cara para que no me quejara—. Vas a ser la más profesional de las pasantes y la que mejor *outfit* tenga en ese importantísimo despacho. ¡Vas a estar divina, reina!

Le sonreí y accedí, ya que llevarle la contraria en eso sería perder energías y tiempo. También pesaba mucho que no podría presentarme de *sport* o tal y como me vestía un sábado por la noche de camarera en una discoteca. No hubiera llegado a la puerta del entrevistador por mucha sonrisa o descaro que le echara a la situación. Pero tomé nota mental de devolverle el favor. ¡Otro más! ¡Madre mía! No sé si tendría vida suficiente para devolver lo que ese gran hombre estaba haciendo por mí. Pero lo intentaría porque sí, porque la vida empezaba a sonreírme y me iba a aferrar a ello, aunque fuera lo último que hiciera. ¡Por Enzo, por mí!

# Capítulo 3



## *Sábado, 9 de enero*

**Gonzalo**

La boda de Maite y Adrián estaba llegando a su fin, aunque los invitados se resistían a irse. El amplio jardín de la casa familiar todavía estaba demasiado lleno de gente que conversaba, reía y bebía sin prisas. La feliz pareja de recién casados lo estaba viviendo dentro de su gran burbuja de amor, a mi padre no le cabía una sonrisa más grande en la cara, y el resto de amistades, nuestro círculo más cercano, brindaba y reía, celebrando con entusiasmo una noche que estaba siendo inolvidable.

Tras abrazar a mi hermana con cariño y hacerle saber que la echaría mucho de menos esas dos semanas, abracé y palmeé con fuerza en la espalda a mi cuñado para volver a recordarle que la cuidara como se merecía, aunque ya había demostrado hacía unos

meses que pondría en peligro incluso su propia vida para que fuera de ese modo. Busqué a Víctor y Candy, dos grandes amigos a los que tenía mucho cariño, pero me dijeron que hacía rato que se habían ido. La pequeña Jimena, su hija de tan solo cinco meses, no aguantó más y se puso a llorar sin consuelo, poniendo punto final a la fiesta para ellos. Sin ganas de relacionarme con el resto de los invitados, cogí una copa de champán y me parapeté al final del jardín, al lado del gran árbol que teníamos. Barrí con la mirada la fiesta hasta que la localicé de nuevo. Había estado trabajando en la cocina, escondida de todo y de todos, pero hacía veinte minutos que la habían hecho salir para que se encargara de los cafés. Y ya no pude despegar la vista de ella, tenía la boca seca y le brindaba toda mi atención sin poder evitarlo, al igual que el resto de los invitados masculinos sin pareja. Intuía que era bastante más joven que yo, pero eso no le restaba atractivo porque no era para nada apocada. Se la veía totalmente desenvuelta en ese ambiente de lujo, e intuí las muchas vivencias que llevaría a sus espaldas por su manera de actuar y relacionarse. Noté que no se dejaba avasallar por los hombres y los manejaba con facilidad. Incluso Lucas, el hermano pequeño de Adrián, otro Casanova por naturaleza que hizo las delicias de las mujeres ese día y se las iba sacando de encima de dos en dos, tuvo problemas para que le hiciera algo de caso. Y lo intentó con tanto ahínco, porque a él no se le resistía fémina alguna, y de eso dábamos fe los que lo conocíamos, que me llegó a resultar incluso divertido comprobar que no llegó a tener ni una triste posibilidad con ella. Le dio calabazas de una manera tan elegante y sutil, con una expresión tan traviesa al hablar con él, que Lucas no tuvo más remedio que quitarse el sombrero ante esa belleza y darse por vencido con esa sonrisa canalla idéntica a la de mi cuñado.

La vi moverse con elegancia entre los invitados, con la bandeja de cafés en la mano y una gran sonrisa contagiosa que iluminaba su cara de muñeca de un modo tan hipnótico que, aunque fuera cuestión de vida o muerte, me sería difícil encontrar una igual aunque quisiera. No mediría más de metro setenta, era más de una cabeza más baja que yo, pero de figura esbelta y con unas bonitas curvas que se insinuaban en ese anodino traje de camarera. Pero no fue su sensual cuerpo ni el color de su pelo (que, desde esa distancia, no podía definir con certeza y variaba entre el pelirrojo y el rubio según la luz) lo que realmente captó mi atención. Tampoco fueron sus grandes ojos de gata que, al igual que me ocurrió con el color de su pelo, dudé si eran verdes o de un suave color avellana, ni cómo, cuándo creía que nadie la observaba y se concentraba en llevar la bandeja con cuidado de no tirarla, se mordía el labio inferior con delicadeza sin ser consciente de lo erótico del gesto en esos labios tan llenos. Lo que me hizo fijar mi atención en ella fue esa constante risa escandalosa cada vez que hablaba con algún invitado, sobre todo con los del género masculino. Ese tipo de risas y comportamientos los había evitado como la peste hasta ese día. Me gustaban la sobriedad y la discreción en mi entorno, ante todas las cosas. Pero, incomprensiblemente, la de ella me embrujó y cautivó al mismo tiempo.

Negué con la cabeza sin encontrarle sentido a cómo me atraía esa mujer desde la distancia con comportamientos que nunca fueron de mi agrado. Quizá tuviera que replantearme el volver a salir con alguien. Llevaba mucho tiempo solo, centrado en mi trabajo, y eso me iba a hacer perder el juicio, tal y como estaba demostrando en esos momentos. Me planteé por unos momentos volver a darle una oportunidad a Rosella, una mujer con la que tuve una muy breve relación, pero tal y como pasó esa idea por mi cabeza la descarté de

inmediato. No volvería a tener nada con una mujer que me demostró en su día que tenía más interés en mi estatus y mi cartera que en mi persona, por mucho que me persiguiera y me jurase haberse enamorado de mi manera de ser y no de mi cuenta bancaria. No era una opción para mí. Creía en el amor, pero reconocía que mis formas frías y distantes («un trozo de corcho» llegó a llamarme en una ocasión mi recién estrenado cuñado) y mi intensa y exigente vida profesional no eran de gran ayuda a la hora de encontrar esa media naranja.

Cerré los ojos frotándome la nuca, nervioso, por hacia dónde me habían llevado mis pensamientos. Volví a negar con la cabeza e hice un gran esfuerzo en no volver a buscar a esa chica que había llamado tanto mi atención sin encontrar un buen motivo. Decidí que ya era hora de abandonar yo también la fiesta e irme a mi ático en el centro de Valencia. Aunque seguía viviendo en la casa familiar con mi padre, sobre todo ahora que Maite ya no estaría compartiendo vivienda con nosotros, esa noche sería imposible descansar allí. Había comprado el ático hacía ya unos años para tener un refugio exclusivamente mío. Nunca invitaba a nadie, me gustaba mi privacidad y, de vez en cuando, necesitaba mi propio espacio. Pocos sabían que tenía vivienda propia porque era algo que evitaba decir, especialmente a mis escasas citas, para evitar malentendidos.

Suspiré y cogí el móvil del chaqué para dejarle un mensaje en el buzón de voz a mi padre, ya que no lo veía por ningún sitio.

—Soy Gonzalo, marcho a mi ático. Mañana pasaré por el despacho. Nos vemos el lunes.

No había dado dos pasos hacia la salida, algo despistado mientras guardaba el móvil, cuando algo chocó contra mí, o yo con ese algo que me hizo detenerme de golpe.

—¡Joder! ¡Mierda! —oí cómo murmuraba una voz femenina a pocos centímetros de mí con un enfado mal disimulado, tras caer de culo en el césped del jardín, y oí un gran estruendo de vasos rotos.

—¿Qué cojones…? —No pude acabar la pregunta porque el brinco que di me alejó un metro hacia atrás mientras intentaba separar de mi cuerpo la camisa, empapada de un café que quemaba como los mil demonios—. ¡Jodeeer! ¿Es que no miras por dónde vas?

Me quité el chaqué con rabia y lo tiré al suelo mientras abría un poco el chaleco y la camisa para comprobar que no tenía ninguna quemadura en la piel. Toda una bandeja de café ardiendo había acabado encima de mí y todo porque alguien no había ido con cuidado. Volví a oír farfullar insultos por lo bajo de la mujer, que aún seguía en el suelo, y dirigí mi furiosa mirada a ella, entrecerrando los ojos para simplemente causarle miedo y respeto. No entiendo por qué no la ayudé a levantarse, el caso es que me quedé paralizado al comprobar que la culpable de que en ese momento pareciera una cafetera sin limpiar era la bonita camarera que tanto había llamado mi atención. Sentada de culo en el césped del jardín, no había ni rastro de esa desenvuelta sonrisa que había adornado su cara la última media hora, al contrario, ella también me fulminaba con la mirada, echando fuego por los ojos y esperando, supongo, ayuda de mi parte. Pero es que reaccioné de forma totalmente contraria a como me habían educado desde niño y me quedé clavado en el sitio sin ánimo de auxiliarla. La ira que me provocó esa mujer en esos momentos se mofó de mi interés y esa extraña fascinación por ella, que desapareció como por ensalmo. No negaría que hacía unos minutos me había llamado la atención toda ella, pero es que, en ese instante, solo quería hacerle pagar caro el encontronazo. Se suponía que habíamos contratado profesionales para el evento, no… eso.

—¿Me vas a ayudar o te piensas quedar ahí toda la noche intentando intimidarme fulminándome con la mirada? Ni que yo fuese la culpable —llamó mi atención con irritación, alargándome la mano para que la ayudara—. ¡Mira la que has liado!

—¡¿Perdona?! —Ahí sí reaccioné y entrecerré aún más los ojos sin ofrecerle esa ayuda que tan «amablemente» me estaba pidiendo—. ¡¿Que yo he liado?! ¡Yo no he «liado» nada! ¡Esto lo has provocado tú solita! ¡Es culpa tuya! ¡Me has estropeado un traje carísimo y todo por no mirar por donde vas! —y como no contestaba, mirándome sorprendida con la boca abierta, pregunté con ironía—: ¿Tu primer trabajo? —El tono de voz que empleé fue duro, pero es que no soportaba esos descuidos, sobre todo cuando a mí me creaban problemas innecesarios.

—¿Culpa mía? ¡Pero si has sido tú el que iba mirando a todos sitios menos por donde caminaba! Te has tirado encima de la bandeja y no he podido esquivarte. ¿Tu primera fiesta elegante? —me provocó mientras se levantaba ella sola del suelo sin una sola gota de café en sus ropas.

—¿Pero tú sabes quién soy yo? —me encaré a ella bajando un poco la cabeza una vez la tuve en posición vertical, para poder mirarla directamente a los ojos. Nos quedamos a un metro escaso el uno del otro.

Y me quedé en blanco. ¡Verdes! Muy claros. Con matices amarronados. Ese era el color de sus ojos. ¡Impresionantes! Y mi nivel de enfado subió un par de puntos más porque nunca me había ocurrido eso con una mujer. Sin saber por qué, me llamaba poderosamente la atención aunque, en esos momentos, tuviera ganas de estrangularla muy lentamente. Sentimientos encontrados que se me hacían raros y no sabía cómo gestionar.

—Sí, claro que sé quién eres. —Pues claro que sabía quién era, con lo que me crecí un poco ante ella dándomelas de importante con orgullo; era el hijo del dueño de la vivienda en la que se encontraba ahora mismo, el padrino de la boda del año, el hermano de la novia, el futuro presidente de una de las empresas más importantes del país, el…—. ¡Un imbécil prepotente que no sabe que la educación no está reñida con el dinero!

Si hubiese sido el personaje de un cómic, mi mandíbula habría caído hasta el suelo de un golpe. No me podía creer que me hubiera contestado de ese modo tan descarado teniendo en cuenta que podía perder su trabajo en un pestañeo. O era una mujer muy segura de sí misma o era una completa inconsciente. Y, por su juventud, abogaba por lo segundo, porque nadie en su sano juicio hubiese contestado de ese modo en la posición en que ella se encontraba en esos momentos.

Empezó a sacudirse el uniforme con fuerza y algo de rabia mientras dirigía su mirada al suelo, donde descansaban unas tazas, en su gran mayoría rotas, y la bandeja. Un leve suspiro de resignación salió de sus labios mientras murmuraba por lo bajo maldiciones demasiado grandes para una mujer en apariencia delicada. Se agachó ignorándome por completo y comenzó a recoger trozos de tazas con rapidez. Yo también recogí del suelo mi chaqué y me lo puse para intentar tapar el chaleco y la camisa, totalmente manchados y mojados, e intenté ponerla nerviosa por su descaro. Empezaba a sentirme más asombrado que cabreado.

—No le haría ninguna gracia a la empresa de catering si contactase con ella para hacerle saber que tiene contratadas personas con muy poca profesionalidad y peor mal genio. Con esa llamada estarías en la calle antes de llegar a tu casa. —Se levantó con la bandeja entre ambas manos y me regaló una mirada de odio

sin amedrentarse ni con mi dura amenaza ni con mi pose a la defensiva—. ¡Adelante! Estoy esperando una disculpa —la animé de malos modos.

—¡Pues ya puedes esperar sentado, capullo arrogante! La culpa ha sido tuya y no pasa nada por reconocerlo. Te has tirado encima de mí porque no mirabas por dónde ibas. Si por un solo instante has llegado a imaginar que me voy a disculpar ante ti es que eres más cretino de lo que aparentas —escupió entre dientes sin acobardarse ante mí ni ante la velada amenaza que acababa de lanzarle.

—Eres una puta kamikaze. No tienes ni idea de con quién estás tratando —exclamé dando un paso más, amenazante hacia ella, y nos quedamos a apenas unos centímetros. Me asombraba que fuera capaz de desafiarme sin temor a las represalias. No me conocía de nada y no sabía de lo que era capaz de hacer o no.

—Te equivocas, soy una mujer con un temple de puta madre que no le teme a tíos como tú ni a sus bravuconadas. El que no tiene ni idea de con quién está tratando eres tú. Que no te engañen mi género ni mi juventud —me volvió a desafiar sin apartar la mirada de mí.

Me la quedé mirando no sé si con ganas de reírme o de darle la lección de su vida. Esos sentimientos ahora mismo estaban empatados en mí. Pensé, con cierta admiración, que sí fue acertada esa primera impresión que tuve de ella hacía unos instantes. Esa mujer tenía mucho vivido a pesar de aparentar algo más de veinticinco años y me estaba haciendo una demostración por todo lo alto. Cualquier otra persona habría bajado la cabeza y pedido perdón sumisamente sin dudarlo, sobre todo con esa juventud, ya no por el miedo a perder el trabajo, sino por mis maneras intimidantes.

Nos quedamos mirándonos fijamente, yo perdido en esos ojos de gata que me llamaban como un canto de sirena sin que pudiera

remediarlo y ella sin apartar la mirada de los míos, retándome sin miedo. Después de unos largos segundos así, valoré retirarme para no hacer algo de lo que más tarde me arrepintiera. Estaba cansado, pegajoso por el café y a pesar de las estufas distribuidas estratégicamente por el jardín para mantener una buena temperatura, empezaba a sentir frío. Pero lo que más pesó en mí fue esa estúpida e ilógica atracción hacia ella a pesar de mi monumental enfado.

«¡Sal de aquí ya antes de que la arrincones en el árbol y hagas una tontería de las gordas!».

—Le desearía suerte a tu jefe por el gran fichaje que ha hecho, pero presumo que no durarás lo suficiente como para que te cojan mucho cariño. Ahora, si me disculpas, voy a sacarme todo el café de encima —le dije, obligándome a separar mi mirada de la suya, ya por encima del hombro.

—Presumes bien, ya que este es mi último servicio gracias a individuos como tú —dejó caer como si nada, pero taladrándome con su bonita mirada.

—¿Y cómo se supone que soy yo? —Me giré para volver a enfrentarme a ella con interés.

—Arrogante, prepotente, sin educación, déspota, un engreído de la leche, grosero, patán con un puntito de imbecilidad, que solo por ser hombre ya se cree con derecho a todo con cualquiera que se le cruce por delante y que, para ponerle la guinda al pastel, se cree que por estar en una fiesta de la *jet set* ya se ha colocado el título de dios todopoderoso. —La miré atónito mientras me iba regalando tanto adjetivo despectivo como si hablara del tiempo—. Pues para tu información te diré que la gente como tú no me da miedo ni me acobarda, así que búscate a otra más impresionable para hacer tales

demostraciones de ese absurdo ego masculino que por desgracia tienes, porque conmigo te equivocas de principio a fin.

—Tienes suerte de no estar trabajando para mí porque no durarías ni media mañana a mi lado con ese carácter tan «dulce» que me estás dejando ver. Tienes que ser un dolor de huevos constante —y eso era cierto, me podía llamar la atención como mujer, pero como trabajadora no duraría a mi lado mucho más que una mañana.

—A Dios doy gracias, no sé si soportaría tanta «educación y alegría» de una persona. Demasiado para mí —se burló de nuevo.

Negué con la cabeza dando la conversación por imposible y girándome para irme a casa. Tenía un imán para atraer a locas o, como en ese caso, deslenguadas sin sentido del peligro. Lo mejor sería olvidarme de ella porque esa mujer, estaba convencido, me podría volver loco en cuestión de horas y no sabía si para bien o para mal. De todos modos, eso daba igual, ya que sería imposible que me volviera a cruzar con ella, aunque no sabía si eso me tranquilizaba o, por el contrario, me dejaba una inquietante sensación de vacío.

# Capítulo 4



*Lunes, 11 de enero*
*Dos días después*

**Daniela**

Me retoqué los labios por octava vez en media hora. Estaba nerviosa, lo admitía, porque me daba miedo que la entrevista saliera mal y quedarme sin esa oportunidad que me estaban brindando como un regalo del cielo. El día anterior había dado por finalizado mi contrato con la empresa de catering sin saber si conseguiría el puesto en DLFuentes y Asociados. Pero es que lo que ocurrió con ese maleducado a última hora de la noche fue la gota que colmó el vaso. Estaba harta de aguantar a tipos como él, que se creen con derecho a todo y te tratan del modo que él lo hizo. Ni siquiera me brindó su ayuda para levantarme del suelo después del tropiezo que hizo que tirara toda la bandeja al suelo. ¿Cómo me pudo haber

llamado la atención semejante cretino? Cuando me dijeron que mi compañera estaba un poco mareada y no podría con la bandeja, y tuve que salir a la fiesta a servir los cafés, no esperé sentirme atraída por ese hombre, que enseguida llamó mi atención de manera poderosa. Y no es que me fijara en él por extravagante, porque vestía sobrio, de un modo muy elegante, algo que mucha gente no consigue ni con todo el dinero del mundo. Tampoco es que hubiese sido escandaloso, como algunos de los invitados, ya que se fusionaba con el entorno y pasaba desapercibido por su discreción. Quizá sí me influyeron sus más de metro ochenta de estatura, o sus anchas espaldas, o su atlético cuerpo, creado para el más puro pecado. Se movía entre los invitados como lo haría un felino, con gracia y elegancia, con movimientos innatos en él, que captaron toda mi atención y me hipnotizaron sin poder evitarlo. Su cabello totalmente rubio era muy corto y sus ojos, ya desde esa distancia, me parecieron dos estanques de agua cristalina, algo que pude corroborar cuando me quedé a un metro escaso de él y comprobé que eran de un azul hielo intenso y profundo. Aunque fue algo más. Una sensación completamente intangible. Algo que no podría expresar con palabras, porque escapaba a mi comprensión, carecía de toda lógica.

Cerré los ojos negando con la cabeza y su voz se volvió a colar en mi mente cuando a lo lejos lo oí hablar por el móvil en un tono grave, profundo, con un encanto irresistible, muy seductor. Me produjo un cortocircuito momentáneo e instantáneo de tal modo que no pude evitar que se comiera literalmente la bandeja de cafés y yo me fuera de culo al suelo. Lástima que, al abrir la boca, el encanto se esfumara de un plumazo y la caballerosidad brillara por su ausencia, lo que me hizo recordar lo imbécil que suele ser ese tipo de gente tan estirada, que te miran por encima del hombro como si

no fueras nadie. Y no pude evitar sacar lo peor de mí sin sutilezas de ningún tipo, sabiendo que no volvería a verlo en la vida.

Salí al comedor porque, entre el rumbo de mis pensamientos y el nudo en la boca del estómago por la entrevista, me sentía un manojo de nervios. Lo primero que vi fue a mi hijo Enzo correr hacia mí y tirarse a mis brazos con una sonrisa tan bonita y dulce como él.

—Estás superguapa, mami —me alabó sin artificios.

—Gracias, cariño. Y tú cada día eres más grande y mi mayor orgullo —musité aspirando su aroma infantil que tanto me calmaba.

—Y yo os amo a los dos *forever.* —Leo nos envolvió con otro abrazo que hizo que los tres cayéramos al suelo—. Pero si no espabilamos, tú llegarás tarde al colegio y tú a tu entrevista de trabajo —dijo desde el suelo, pero sin intención de levantarse, mientras intentaba mantenerse serio, algo que no consiguió en absoluto.

—Ya le has oído, grumete. ¡En marcha todos! —y haciéndole cosquillas a mi hijo para que se moviera de encima de mí, nos levantamos los tres, yo con ayuda de Leo, para poner en orden nuestras ropas.

«¡Mira, igualito que con el capullo de la otra noche!».

Leo me besó en la mejilla deseándome mucha suerte, algo que no necesitaba en absoluto, según él. Enzo me dio otro beso que me supo a gloria, y desde la puerta me deseó suerte a su manera.

—Mami, mucha suerte para no tener que volver a trabajar con capullos imbéciles que te tiran al suelo y no te ayudan a levantarte cuando te empujan —soltó con una gran sonrisa, como si nada.

—¡¡ENZO!! —le llamamos la atención los dos a la vez, Leo con una sonrisa traviesa y yo con la boca abierta—. ¡No se dicen palabrotas!

—Pero tú se lo dijiste ayer al tito Leo… —se quejó haciendo pucheros—. Y yo no quiero que nadie más te haga daño. No quiero

que llores, ni que te peguen, ni que te tiren al suelo. Cuando sea más grande, yo iré siempre contigo y te protegeré y se arrepentirán y nunca más volverás a tener miedo, te lo prometo —me hizo saber con toda su gran inocencia mi pequeño gran hombrecito.

—Enzo, mi amor… —No supe qué decir porque los ojos se me empezaron a cuajar peligrosamente de lágrimas. Y pensar que había valorado la posibilidad de darlo en adopción cuando me quedé embarazada de él…

—Enzo, rey… —balbució Leo más emocionado que yo, cogiéndolo por los hombros—. Eso es lo más bonito que he oído en mi vida. Así que me uno a tu causa y hasta que seas mayor seremos Nael y yo quienes protejamos a tu madre para que nadie le vuelva a hacer daño. Te lo juro. ¿Trato hecho? —le preguntó tendiéndole la mano como a un adulto, algo que se había ganado por propio derecho con esas palabras.

—Trato hecho, tito Leo —y su sonrisa se hizo más grande.

—Y ahora vámonos o llegaremos tarde al cole y tu madre a su futuro puesto de trabajo. —Empujó suavemente a mi hijo por los hombros para hacerlo salir del piso mientras se giraba a mí y me guiñaba el ojo, cómplice, y, moviendo los labios de manera muda, me decía—: No llores. ¡Suerte, cariño!

—Gracias. —Aunque solo moví los labios porque de mi boca no salió sonido alguno. Tenía tal nudo en la garganta mientras intentaba no llorar que no fui capaz ni de tragar saliva.

Cuando la puerta se cerró, inspiré aire profundamente para calmarme. Mi hijo había pasado por mucho en sus primeros años de vida, no lo habíamos tenido fácil. Pero no me di cuenta de hasta qué punto, con tan solo seis años, lo marcó mi convivencia con Aitor, ese hombre del que salí huyendo. Y eso me hacía más daño del que podía imaginar. Así que me propuse, solo por Enzo, no perder la

oportunidad de que mi hijo se sintiera orgulloso de mí y conseguir el puesto de pasante en esa importante empresa, costara lo que costase.

Salí a la calle y me subí a mi viejo coche rezando para que arrancara a la primera. Llevaba semanas dándome problemas y no me quería dejar más dinero de manera inútil en un mecánico cuando lo que debía hacer era cambiarlo por otro nuevo.

«¡Por favor, por favor, por favor! ¡Arranca y no me hagas llegar tarde!».

Parecía que se me empezaban a alinear los planetas de manera favorable, porque mi destartalado y viejísimo coche de un rojo desgastado arrancó a la primera y apenas encontré tráfico, con lo que en diez minutos estaba buscando aparcamiento. Si conseguía aparcarlo rápido me daría tiempo a tomarme un café antes de la entrevista para coger aire y templar mis nervios.

Nada más entrar en la gran avenida donde se encontraba el edificio de DLFuentes y Asociados encontré un gran hueco casi enfrente del impresionante edificio. No me podía creer que todo me estuviera saliendo redondo. ¡Sí!, ese trabajo ya era mío. Todo iba sobre ruedas. No dudé en aparcar de frente, ya que un imbécil se había quedado justo delante, en doble fila, sin dejar espacio para maniobrar marcha atrás. No tuve problema, pues el espacio era grande y mi viejo trasto pequeño. Me metí de cara sin pensármelo dos veces, subí una de las ruedas a la acera para bajarla con cuidado y dejarlo estacionado a la perfección en apenas segundo y medio.

«¡Perfecto, Dani! ¡Ahora, vamos a por ese café para darlo todo en esa entrevista!».

No había terminado de sacar las llaves del contacto cuando un bocinazo me sobresaltó dejándome el corazón en la garganta del

susto, ya no por el fuerte sonido de la bocina sino tras ver que la parte trasera de un enorme y reluciente todoterreno urbano, un SUV, que estaba en doble fila, por poco se comió a mi pequeño coche. Estaba a apenas dos centímetros de la chapa.

Salimos a la vez de nuestros respectivos vehículos, yo enfadada y dando un portazo y él gritando.

—¿Estás loco? ¡¡Me vas a dar en el coche, imbécil!! ¿Acaso eres ciego o no te has llegado a leer las instrucciones para capullos que vendrían en la guantera de tu coche? ¡Te las tuvo que dejar el vendedor por cortesía hacia el resto de conductores! —grité, dirigiéndome al dueño del gran vehículo.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre aparcar como las kamikazes? ¡¡Ese aparcamiento era mío!! ¡¿Acaso no has visto que estaba aparcando?! —chilló él a la vez.

Cuando me encontré con esa mirada azul del color del hielo, que en décimas de segundo pasó de echar chispas a abrirlos con sorpresa, me quedé muda. Pensaba que no volvería a ver esa mirada que tanto me había impactado hacía dos días. A la luz del día ese hombre era más que atractivo, estaba convencida de que llamaba la atención de manera poderosa allá por donde pasaba. En ese momento, paralizado momentáneamente, me pareció más alto que la otra noche, más ancho de hombros y más atlético. Lo perfecto que le quedaba el traje a medida de color antracita que lucía tenía que ser por el trabajado cuerpo de gimnasio que escondía en él. No había conocido a ningún otro hombre a quien le sentara de esa manera un traje. Lo rellenaba a la perfección, se intuían unos fuertes brazos y unas poderosas piernas bajo la carísima tela. Su mandíbula, cuadrada y firme, le daba un aire imponente, sus ojos intensos parecían traspasar el alma, y su boca, perfectamente delineada y de formas perfectas, equilibraba su expresión con

elegancia y completaba su atractivo. El pelo se veía aún más rubio que la otra noche, algo que tendría que haber hecho más amable su rostro, consiguiendo dulcificarlo, pero en él el efecto era el contrario. Lo hacía más peligroso, algo complicado de conseguir pero que en ese espectacular espécimen era lo más natural del mundo. Ese hombre irradiaba una seguridad y confianza dignas de admiración. Su arrolladora presencia era imponente, casi magnética, y de nuevo ejerció sobre mí una atracción irresistible. Algo que no me había pasado nunca con nadie.

Nos quedamos unos largos segundos los dos quietos, asimilando a quién teníamos enfrente hasta que, rápidamente, su asombro dio paso a una expresión aún más severa y amenazante. Su mirada se volvió gélida y afilada, tan cortante como el hielo, y leí en ella un gesto de irritación y una promesa de represalias.

—¡Tú! —me acusó fulminándome con una mirada hecha para intimidar.

—¡Yo! —contesté sin dejarme avasallar por la fuerza que desprendía.

—¡Saca ese atentado contra la circulación de ahí! ¡Ese aparcamiento es mío! —ordenó, y entendí que de ese modo hablar era el habitual en él.

—Disculpa, es que no he visto el nombre de «capullo arrogante» escrito por ningún sitio —lo provoqué con una sonrisa para molestarlo.

—¿Capullo arrogante? —preguntó entre el asombro y el enfado, que estaba bullendo en él sin remedio e iba a explotar en breve.

—Tenía en mente un adjetivo más elaborado, pero no tenemos la confianza todavía, entiéndeme. Aunque, si insistes —levanté un hombro con despreocupación—, te lo puedo decir en primicia.

Si se pensaba que me iba a dejar avasallar o intimidar es que había conocido pocas mujeres como yo. O ninguna, supuse. A ese hombre las féminas debían de hacerle la ola allá por donde pasara sin que él tuviera que esforzarse lo más mínimo, estaba convencida de ello.

—¿Tenemos algo pendiente tú y yo? ¿Te debo algo y me lo quieres hacer saber punteándome de este modo? ¿O es que simplemente tu misión en esta vida es perseguirme para hacerme la vida imposible y lo ignoro por completo? —La voz afilada junto a esa mirada desafiante estaban hechas para intimidar, de nuevo.

—No te creas tan importante. Por tu manera de tratar a la gente, intuyo que es a lo que te habrán acostumbrado, pero despreocúpate, no es el caso. Es más, te contaré un secreto —y bajé un poco la voz acercándome a él, con el inicio de una sonrisa que no pude evitar porque, al contrario de lo que pretendía, era lo que me provocaba—. No eres el centro del universo ni la Tierra gira en torno a ti. ¡Lamento ser yo quién te lo diga! ¡Hala! Y ahora que ya lo sabes, yo me voy, que tengo prisa, y tú —señalé su enorme, elegante y carísimo SUV dando un paso atrás— deberías ir buscando aparcamiento. A estas horas el centro se pone imposible.

No le di opción a réplica, giré rápidamente sobre mí buscando esa cafetería que me suministrara una dosis extra de cafeína, dejándolo con la boca abierta sin saber muy bien qué hacer. Tampoco me iba a quedar a su lado contándole cuatro verdades y tentando así a la suerte. Se notaba a la legua que era capaz de mucho por su carísimo traje, su manera de tratar a la gente y esa seguridad que irradiaba a kilómetros a la redonda. Y yo tampoco era una suicida, por mucho que insistiera en ello ese intimidante hombre. Esa mañana ya había recibido una pequeña ración de lo que era tratar con una persona normal, una que no se tirara a sus pies para

adorarlo, ya fuera hombre o mujer, que sería a lo que estaría acostumbrado. Sobre todo, mujeres, intuí con acierto.

Sonreí mientras entraba en una cafetería en apariencia bastante lujosa. ¡Iba a darme un capricho! ¡Me lo había ganado con creces! Un café bien cargado antes de dirigirme a DLFuentes y Asociados para dar lo mejor de mí. Visualicé una satisfactoria entrevista de trabajo.

¡Iba a hacer que mis chicos se sintieran orgullosos de mí! Nada ni nadie me lo impediría.

# Capítulo 5



## *Lunes, 11 de enero*

**Gonzalo**

Llegaba quince minutos tarde al despacho por culpa de esa insolente y desvergonzada mujer. ¡Y aún no había pasado ni a por el café! Mi padre me esperaba para preparar con él las entrevistas de los pasantes, e iría a mi hora si no me hubiera robado el aparcamiento con ese descaro. Al final tuve que aparcar a más de diez minutos del edificio porque los parkings privados más cercanos estaban todos llenos y el de DLFuentes y Asociados estaba cerrado y totalmente inundado por una tubería de agua rota, según me habían avisado esa mañana los de mantenimiento.

Conforme me iba acercando a la cafetería de siempre a por mi café, mi enfado iba en aumento. «Capullo arrogante», me había soltado en la cara desafiándome sin miedo, es más, lo hizo mientras

me sonreía con una inocencia encubierta para darse la vuelta y dejarme con la palabra en la boca. ¡A mí! Algo que no me había pasado en la vida con nadie, me conociera o no, porque sabía que mi sola presencia imponía y mi poder de liderazgo me hacía causar una impresión en las personas totalmente contraria a la que le había causado a esa…, esa…, esa kamikaze.

Me quité el abrigo Chesterfield porque la temperatura de esa mañana era algo bochornosa y la caminata me estaba haciendo entrar en calor. ¡Malditos fueran esa mujer, su destartalado coche al que le tendrían que poner un cepo para que no circulara para descanso del resto de los conductores y la tubería rota del parking! Las entrevistas no iban a salir bien con el estado de ánimo que estaba manejando. Recordar cómo reaccionó mi cuerpo al tenerla nuevamente delante tampoco mejoraba mi humor. Confirmé que era una mujer bonita. No despampanante como las mujeres con las que en contadas ocasiones salía, bellezas que cuidaban su aspecto hasta el último detalle y que solo vivían por y para ellas, lo que las hacía inaccesibles para la gran mayoría de los hombres. Demasiado superficiales para mi gusto, tal y como era Rosella, un error del que hoy en día aún me arrepentía. En cambio, la belleza de aquella mujer era completamente natural, de un modo que atrapaba. Tenía algo que me fascinaba y no comprendía el qué, y a la luz del día me resultó todavía más evidente. Me volvieron a impresionar sus ojos, de un color que no terminaba de definir, pero de una viveza rara de encontrar en una persona; sus labios, maquillados de un suave rosa, que te hacían desviar la mirada a ellos como por embrujo, pasando por una nariz y mejillas salpicadas de discretas pecas a juego con el color de su pelo, que, ahora que lo llevaba suelto, vi que era anaranjado con algún reflejo rubio, idéntico al color en una puesta de sol, un color hipnótico, al igual que sus ojos, en los cuales te

podrías quedar horas y horas apreciando esos detalles que la hacían diferente al resto. El resultado era una carita de muñeca preciosa que hacía girarse a los hombres cuando pasaba por su lado para verla otra vez, algo que pude comprobar cuando me dejó plantado en medio de la carretera y sin aparcamiento. Era una pena que una mujer como ella tuviera tan mala hostia, porque eso destruía al instante su aura etérea. Eso y la lengua viperina que tenía.

Abrí la puerta de la cafetería con un pesaroso suspiro, rezando para no volver a encontrármela en la vida. No negaría que era muy guapa y que había llamado mi atención las dos veces que me la había cruzado, pero no estaba dispuesto a que me pusiera una denuncia si me tiraba a su cuello si me hacía perder los nervios. No me quedaría ni tiempo ni paciencia para un tercer encontronazo con ella. Dos veces en menos de cuarenta y ocho horas eran suficientes para mí y mi instinto de supervivencia.

Fui hacia el mostrador con la intención de pedir un café para llevar, ya que no tendría tiempo de tomármelo tranquilamente en el establecimiento si quería estar activo en las entrevistas. Una pérdida de tiempo desde mi punto de vista, pero tenía que demostrar a mi hermana que contratar pasantes no era la solución.

—Buenos días, señor De la Fuente. ¿Lo mismo de siempre? —me preguntó uno de los camareros que me conocía desde hacía años.

—¡Buenos días, Mario! Sí, por favor, un café largo con una gota de leche y dos azucarillos. Pero prepáramelo para llevar, hoy no me puedo entretener. Gracias.

En ese momento mi móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolsillo de mi americana y contesté la llamada de inmediato al ver quién era.

—¡Padre! Sí, estoy en la cafetería de abajo, subo en diez minutos… Lo sé, un imprevisto con una kamik… Déjalo, luego te cuento, ahora no viene al caso… Enseguida llego…

La conversación la mantuve mientras pagaba el café, me ponía el teléfono móvil en una oreja sujetándolo con el hombro, cogía con una mano el maletín y el abrigo y con la otra el café con tapa muy caliente, tal y como me gustaba.

—Gracias, Mario. Hasta mañana —me despedí ya sin mirar a nadie y con el único objetivo de estar presente desde la primera entrevista hasta la última.

No llegué a dar dos pasos en dirección a la puerta cuando algo se cruzó en mi camino o yo en el de ese algo y chocamos bruscamente. No pude evitar lo inevitable y fue el teléfono estrellándose en el suelo con un ruido sordo, mientras agarraba con fuerza el abrigo y el maletín en una de las manos a la vez que el café se estrellaba con fuerza en mi pecho, manchando mi impecable camisa blanca y un poco la americana del traje. Aunque lo peor no fue eso, sino la alta temperatura del café que me hizo maldecir en voz alta con un pequeño alarido que salió del fondo de mi pecho, ese que se estaba abrasando en esos momentos.

—¡Jodeeeeeer! ¡Jodeeeer! ¡Jodeeeer! —estallé sin importarme dónde estaba ni quién me miraba, porque el dolor que sentí lo justificaba con creces—. ¡Por el amor del cielo! —volví a decir elevando la voz.

Tiré al suelo sin ningún cuidado el carísimo abrigo Chesterfield y el maletín y, ahora ya libres ambas manos, aparté todo lo que pude de mi pecho la manchada camisa para no seguir abrasándome mientras la movía compulsivamente, a ver si conseguía aliviar mi piel con ese aire. Porque si el sábado no me había quemado gracias a que el chaleco del traje hizo de barrera, no creía que hubiera tenido tanta suerte en esa ocasión.

Alguien se agachó a recoger mi móvil mientras Mario se acercaba corriendo a mi lado, al igual que otro camarero, que intentó limpiar

el exceso de café de mi inservible camisa con servilletas. Recogieron todo lo que había tirado al suelo y lo pusieron sobre una silla. Los pocos clientes que había en el establecimiento miraban la escena como si de una obra de teatro se tratara, con el café en una mano y los ojos en mí. ¡Diossss! ¡Cómo odiaba ese tipo de situaciones en las que yo era el foco de atención!

Tras aflojar la corbata de seda, una de mis favoritas, también manchada de café, y después de comprobar que no sufriría quemaduras de ningún grado a pesar de que la piel del pecho me ardía, inspiré hondo para calmarme y levanté la mirada con furia contenida, decidido a hacerle pagar caro al responsable de todo eso. Pero lo que encontré clavados en mí fueron unos ojos muy abiertos que empezaba a conocer muy bien. La sorpresa reflejada en su rostro de muñeca me volvió a paralizar por unos largos instantes. Me tendió mi teléfono móvil con el brazo extendido, cerró los ojos con fuerza y se encogió de hombros un momento mientras también expulsaba el aire de golpe de los pulmones. Por un momento nadie se movió ni habló y casi hubiese jurado que ni se respiró a la espera de mi estallido. Uno que no tardó en llegar.

—¿¿SE PUEDE SABER QUÉ COJONES TE HE HECHO YO A TI?? —rugí para poder sentirme un poco mejor. Enseguida me di cuenta de que no funcionaría hasta que no la perdiera de vista. O le tirara toda una cafetera por su bonita cabeza, esa también era una posibilidad que no descartaba en esos momentos—. ¿¿Me quieres quemar vivo?? Porque hasta donde yo sé, antiguamente se quemaba a las brujas como tú, no a personas inocentes, ¡¡JODEERR!!

—¡¿Perdonaaa?! —Salió de su estupor taladrándome con la mirada y noté cómo cambiaba imperceptiblemente el color de sus ojos, que se oscurecieron por momentos mientras abría la mano para, aún con el brazo extendido, dejar caer el móvil, que dio un segundo golpe

sordo en el suelo. La miré incrédulo—. ¿Y tú siempre caminas como si fueras Moisés, creyendo que la gente se apartará a tu paso como él separó el agua? —Abrí la boca para replicarle, pero no me dejó, alzó un poco más la voz con indignación y me señaló con el dedo sin miedo—. ¡Mira! ¡Hoy me has cogido de buen humor y te voy a contar otro secreto! No puedes hacer cuatro cosas a la vez y esperar a que te salga todo bien. ¿En serio estabas teniendo una conversación por teléfono mientras pagabas la consumición, cogías un café con una mano y el resto de tus cosas con la otra, intentando salir de la cafetería sin chocar con nadie? ¡¡Tío, que eres hombre!! ¿Nadie te ha avisado de lo que podía pasarte si arriesgabas tanto? Normal que no me hayas visto, pero eso no justifica que te hayas lanzado encima de mí. ¡Menos mal que no me has manchado el traje de café! —acabó reflexionando mientras se inspeccionaba la ropa buscando alguna manchita.

La expresión se me desencajó al oír cómo me echaba la culpa a mí. ¡A mí! ¡Otra vez! ¡¿Pero es que acaso hoy me había despertado en un mundo paralelo donde el surrealismo era el protagonista?!

—¡¿Me acabas de volver a manchar una camisa de café porque no miras por dónde caminas y me vuelves a echar la culpa a mí?! —bramé entre dientes sin creer lo que me volvía a suceder con esa mujer.

Vi un amago de sonrisa en la comisura de su boca y por unos instantes me quedé en blanco, queriendo ver más. Cerré los ojos con sorpresa al darme cuenta de por dónde iban mis pensamientos. Tendría que estar haciéndole pagar cara su insolencia y en cambio me quedé embobado deseando ver más de esa sonrisa. Inspiré hondamente y solté el aire con brusquedad y rabia, más hacia mí que hacia ella, para clavar una peligrosa mirada en esa mujer que, desde hacía dos días, ponía en jaque mi modo de actuar.

—Sí, todos en este sitio pijo lo han visto. Te has tirado encima de mí porque no mirabas por dónde ibas. Pero te perdono porque a pesar de tu despiste, no me has manchado el traje. Eso hubiese sido hoy un desastre de proporciones bíblicas. Tengo una entrevista muy importante y no sé qué habría hecho, porque es una gran oportunidad para mí, algo que llevo tiempo esperando, aunque no sé si una persona como tú lo entendería. Ese traje tiene pinta de ser carísimo, pero estoy convencida de que tienes muchos más igualitos a ese. ¿Me equivoco? —empezó a explicarme como si a mí me importase lo suficiente su vida como para pararme a escucharla.

—¿De dónde cojones has salido tú? —pregunté con sorpresa, una emoción que rara vez alguien lograba arrancarme, pero que esa mujer había conseguido provocarme dos veces en apenas unas horas.

—No creo que sea buena idea que te lo diga, no vaya a ser que a la tercera sea la vencida y termine llena de café por tu culpa —respondió con descaro, sonriendo con provocación y dando un par de pasos hacia atrás—. Y ahora, si me disculpas, voy a dejar que estos chicos tan atentos te sigan ayudando con el café de tu camisa, que yo ya llego tarde a mi cita.

—¡Maldita loca! ¡No te olvides la escoba! —le grité furioso, impotente y sin más palabras que esas, algo ridículas, pero no se me ocurrió nada más.

El silencio se volvió a hacer en la cafetería mientras esa mujer se detuvo de golpe para darse lentamente la vuelta y atravesarme con esa mirada en la que, en otras circunstancias, podría haberme perdido con gusto. No pude evitar que se me escapara una sonrisa de triunfo por mi pequeño logro mientras la recorría de arriba abajo sin poder evitarlo.

—No se me olvida, quédate tranquilo. Por lo tieso y envarado que vas ahora mismo prefiero que me la sigas guardando tú ahí donde la tienes, le vas a sacar más partido —me provocó con una mirada desafiante, una que jamás en mis treinta y seis años me habían dedicado por miedo a las represalias.

La sonrisa se me desvaneció mientras oía cómo la gente a mi alrededor retenía el aire. Me sentía el protagonista de una obra de teatro a la espera de que bajaran el telón para que el público, que miraba atentamente lo que ocurría, rompiera a aplaudir, con toda probabilidad, a esa mujer a la que no podía pararle los pies.

—Te juro por Dios que me vas a pagar cada gota de café que me has…

—¡Pero si la culpa siempre ha sido tuya! ¡Reconócelo, no pasa nada! ¡Tu hombría no va a ir a menos por admitirlo! —saltó enfadada cortándome la amenaza con una facilidad pasmosa mientras volvía a dar un paso hacia la salida—. De verdad que seguiría con tan amena conversación y rebatiendo tu punto de vista, pero es que llego tarde a una cita importantísima. Nos vemos si eso otro día… o mejor no, será lo más conveniente para los dos —y cuando ya estaba en la puerta con un pie fuera del establecimiento, se giró con una sonrisa que no pudo ni quiso evitar para terminar de darme el golpe de gracia—. ¡A propósito! ¡Cámbiate de camisa antes de que alguien te confunda con una persona normal y corriente! ¡Vas hecho un desastre para lo esnob que eres!

Me quedé sin palabras, viendo como la puerta se cerraba detrás de ella, y con un sabor raro en la boca. Esa mujer era lo más parecido a un huracán que había conocido hasta ese día. Uno de categoría cinco, que arrasaba todo lo que encontraba a su paso.

Me agaché a por mi móvil y llamé a mi padre para informarle de que iba a tardar algo más de los diez minutos que le había dicho por

culpa de esa mujer. Tendría que empezar las primeras entrevistas sin mí, aunque no quisiera.

Salí de la cafetería directo a DLFuentes y Asociados rápidamente, para poder llegar a mi despacho. Allí me aseararía un poco y me cambiaría la camisa y la corbata. Siempre tenía un traje completo de repuesto para imprevistos. Aunque lo que me había ocurrido no era un imprevisto, sí fue lo más parecido a haberme enfrentado a una tormenta desatada: imposible de contener, arrolladora en su avance y con la certeza de que, después de ella, nada quedaría en su lugar, salvo un caos imposible para tan menuda mujer.

# Capítulo 6



## *Lunes, 11 de enero*

**Daniela**

Nunca en la vida había cruzado una calle en tan pocos segundos. Llegué al impresionante edificio de diez plantas de DLFuentes y Asociados en un tiempo récord. Si es que también era mala suerte haberme topado con el mismo hombre dos veces ese día en apenas media hora y en unas circunstancias algo peliagudas. Eso sin contar el encontronazo del sábado por la noche. ¡Hombres! ¡Que se creían con derecho a todo! Sobre todo ese, con un rictus tan serio permanente en su bonita boca. Se veía a la legua que su poder adquisitivo era tan alto que se podía permitir ser como le diera la gana, pero no por eso iba a permitirle que me tratara con prepotencia de macho todopoderoso, como si yo fuera menos que él. Resultaba obvio, por el carísimo traje que había manchado de

café, el exclusivo abrigo de marca que llevaba del brazo, el pequeño anillo de sello que más que de oro blanco, estaba convencida, era de rodio o platino, adornado con dos pequeños diamantitos azules que lucía en su dedo meñique como única joya, pero no por ello menos impactante cuando te fijabas en él, y por el impresionante maletín a juego, que era un alto ejecutivo al que el dinero no le faltaba. Lástima que no pudiera decir lo mismo de su «exquisita» educación.

Me había llamado bruja. ¡Dos veces! Yo, que siempre había sido una persona pacífica y alegre, con un carácter tan extrovertido que era amiga de mis amigos y, a veces, hasta de mis enemigos, no podía evitar que, cuando lo tenía enfrente, ese hombre consiguiera sacar lo peor de mí en cuestión de segundos. ¡Alucinante! Aunque más alucinante era cómo mi cuerpo reaccionaba ante él. ¡Alucinante e inexplicable! Porque, aunque me hubiera demostrado en un visto y no visto que era presuntuoso, soberbio y egocéntrico, sumándole el agravante de que no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer, indudablemente tenía que admitir a regañadientes que no pasaba desapercibido a ninguna fémina que se cruzara con él. Por desgracia, a mí tampoco. También me di cuenta esa mañana, dos veces, de que su voz era grave y envolvente, de esas que atrapan irremediablemente a quien la oye. Y eso que solo la había oído enfadada y gritando, no me quería imaginar cómo sería en un tono dulce y alegre, o peor aún, en una caricia sensual cerca del oído. Porque esa imponente voz hablando por teléfono cuando se dirigía a la salida, sumada a su atractiva cara y a su atlético y espectacular cuerpo de gimnasio, me hizo quedarme durante unos interminables segundos en blanco, con la boca un poco abierta y el cuerpo algo paralizado, incapaz de moverme de mi sitio. ¿Resultado? Yo quieta en medio del pasillo de salida y él sin mirar por dónde iba chocando

con fuerza contra mi cuerpo, y de nuevo un café derramado sobre su blanca y prístina camisa.

Un mensaje en mi móvil me sacó de mi ensoñación. Era Leo, deseándome suerte y muchos ánimos. Sonreí con dulzura y saqué a ese prepotente de mi cabeza de una vez con la esperanza de no volver a verlo en la vida. Era muy guapo y me había llamado la atención de manera ilógica, pero era un peligro para mi salud mental y mi integridad física.

En la entrada me hicieron pasar por un arco de seguridad, dejar mi bolso en una cinta y entregar mi DNI para, finalmente, darme una tarjeta de visita que me colgué al cuello. Me dirigí al ascensor y entré con varias personas más, todas en traje chaqueta y con rostros somnolientos, algunas con un café en la mano y otras mirando fijamente pasar los números que indicaban la planta en la que estábamos. Cuando el ascensor indicó por fin la planta diez, llegué yo sola. Al salir encontré un espacio amplísimo y con mucha luz y después un gran mostrador que me daba la bienvenida.

—¡Buenos días! ¡Bienvenida a DLFuentes y Asociados! ¿Me facilitas tu nombre, por favor? —se dirigió a mí una espectacular morena de ojos grises con una bonita sonrisa en su rostro.

—¡Buenos días! —me dirigí a ella con paso firme—. Mi nombre es Daniela Miyar Cifuentes y tengo una entrevista a las nueve y media.

—Sí, Daniela. ¡Correcto! Soy Gisella Reyes, te cité yo por teléfono. Nos tendrás que disculpar, pero el señor De la Fuente va con un poco de atraso en las entrevistas. Si eres tan amable de esperar allí —me indicó una sala donde había más gente esperando—, enseguida te hago pasar. Gracias.

—Vale, no hay problema. Gracias, Gisella —le agradecí con otra sonrisa mientras me dirigía a la sala donde dos hombres bastante más jóvenes que yo esperaban con nerviosismo.

Me senté después de saludarlos y admití que me gustó mucho lo que vi. No podía perder la oportunidad de trabajar para ellos, sería un sueño hecho realidad y, quién sabía, si una vez acabado el TFG y finalizado el Máster habilitante en arquitectura podría hacerme un pequeño hueco en el mundo de la arquitectura ahí, con ellos.

Tuve que esperar apenas diez minutos hasta que me hicieron pasar a la sala de juntas, igual de impresionante que el resto de lo que había visto hasta ahora. La cabecera de la mesa la ocupaba un imponente hombre con bastantes canas, de complexión fuerte y vestido con un traje confeccionado a medida. Se levantó con una sonrisa hecha para tranquilizar y me tendió la mano. Tuve que obligarme a tender el brazo, ya que el color de sus ojos me impactó por unos segundos. Eran azul hielo, un color que no paraba de encontrarme cada dos por tres esos últimos días. Pero a diferencia de los que tan bien recordaba, esos eran cálidos y amables, totalmente lo contrario a lo de aquel insufrible y prepotente hombre.

—¡Buenos días! Soy Alfonso de la Fuente, presidente de DLFuentes y Asociados. Y usted es la señorita Daniela Miyar, según veo en su currículum —afirmó mientras me indicaba con educación que tomara asiento enfrente de él.

—Sí, don Alfonso —confirmé con una sonrisa mientras me sentaba, sin evitar añadir—: Pensaba que las entrevistas las realizaba Recursos Humanos, no el dueño de la empresa. ¿Aquí es lo normal? Porque igual tendría que haber practicado un buen discurso de presentación en el ascensor.

Me miró fijamente sin perder la sonrisa, dejando mi currículum encima de la mesa, y yo tragué saliva con dificultad mientras me daba una patada mental en el culo por abrir la boca sin pensar. No me podía creer que me pudiera haber cargado una gran oportunidad antes de sentarme.

—Tienes razón, no es lo normal —me dijo afable, mirándome a los ojos como si quisiera ver en mi interior, y me obligué a sostenerle la mirada, una que para nada era incómoda—. Me gusta saber quién trabajará para nosotros, y siendo sincero, creo que tengo cierta habilidad para calificar a las personas. Estamos teniendo algunas dificultades para encontrar a la que encaje con nosotros y he decidido tomar cartas en el asunto.

—Yo… lo lamento… No quería ser impertinente con la pregunta, don Alfonso —expresé sin bajar la mirada, reteniendo de manera imperceptible el aire en mis pulmones.

—Solo lamenta haberme llamado «don Alfonso». Ese era mi padre, que en paz descanse —me tranquilizó con una sonrisa aún más amable—. Eres la primera que me hace con tanta naturalidad esa observación y aquí necesitamos personas que no se achiquen y se expresen sin miedo. No es fácil trabajar para una empresa como la nuestra. Somos muy competitivos y demasiado exigentes. No te lo vamos a poner fácil, ya te lo adelanto, pero si encajas y no abandonas, te prometo que crecerás como trabajadora y como persona. Te espera un futuro prometedor con nosotros.

—No le tengo miedo a los desafíos y no me dejo vencer fácilmente —admití con una sonrisa, correspondiendo a la suya—. Siempre he luchado por lo que quiero, es una de mis mejores cualidades. ¡Y este puesto de trabajo lo quiero!

—¡Bien! Me gusta tu carta de presentación —y cogiendo nuevamente mi currículum de la impecable mesa le dio un rápido vistazo—. ¡Ahora, veamos qué tenemos aquí!

Nunca pensé que me podría sentir cómoda en una entrevista de esas características, pero inexplicablemente era así. Recé para que el perfil de pasante que buscaban correspondiera con el mío. Necesitaba que fuera así para poder darle un futuro estable a mi hijo

y empezar a encarrilar una vida que, por momentos, no conseguía encauzar yo sola.

«¡Venga, Dani! ¡Tú puedes!».

# Capítulo 7



*Lunes, 11 de enero*

**Gonzalo**

Cuando entré en mi despacho diez minutos después del encontronazo con esa bruja en la cafetería, mi humor se cogía con pinzas.

—¡Gisella! Dile a mi padre que me reúno con él en cinco minutos, lo que tardo en cambiarme de camisa y corbata —ladré de mal humor a la secretaria de dirección, que me miró impertérrita, acostumbrada a mi sombrío humor.

—¡Buenos días a ti también! —bufó, resignada—. ¡Enseguida!

Entré en mi despacho dando un portazo y, soltando todo lo que llevaba encima de la mesa de reuniones, me dirigí al baño quitándome la corbata por la cabeza mientras murmuraba imprecaciones por mi mala suerte.

—Otra camisa a la basura, mi corbata favorita a la basura, las entrevistas de primera hora a la mierda, mi humor a la mierda… —seguí farfullando mientras sacaba del armario del baño la camisa blanca limpia y la corbata para los imprevistos.

Me quité los restos de la bebida con una toalla húmeda y me vestí a toda velocidad mientras mi cuerpo pedía a gritos un café, ese que no llegué a tomarme. Cogí mi móvil y me dirigí a la sala de juntas sin pararme con nadie. Una vez en la puerta, di dos toques de cortesía en la madera cerrada y entré sin esperar respuesta.

—¡Perdón por el retraso, pero he tenido un problema con…! —La frase murió en mis labios sin poder evitarlo.

Me quedé con la mano en la manija y la puerta a medio abrir cuando la vi de pie en medio de la sala, delante de mi padre, con una inocente sonrisa en su boca y unos planos en sus manos que manejaba como si supiera leerlos, hablando con seguridad y sin vacilar. Ambos levantaron la cabeza girándola en mi dirección. Mi padre me hizo un imperceptible gesto con la cabeza para que me uniera a ellos, pero esa mujer, que parecía que me perseguía allá donde yo iba, abrió los ojos por la sorpresa para, rápidamente, entrecerrarlos queriendo matarme con su mirada. ¡Lo que me faltaba!

Terminé de abrir la puerta totalmente, entendiendo que ella era una de las entrevistas que había concertado mi hermana, para sacarla de ahí a la fuerza si era necesario. Ni loco la quería a mi lado quince horas al día. No tendría espacio suficiente en el pequeño armario del cuarto de baño para camisas limpias. Ni humor suficiente para aguantar su descaro y su impertinencia. Además, ¿no era camarera? ¿Qué demonios hacía solicitando un puesto de pasante en una empresa como la nuestra?

—¡Tú, otra vez! —Me fui directo a por ella conteniendo a duras penas las ganas de cogerla del brazo y echarla de malos modos del despacho, del edificio y de mi vida, porque cada vez que se cruzaba en mi camino la palabra «peligro» se iluminaba peligrosamente en mi cabeza.

—¿Os conocéis? —quiso saber mi padre, extrañado, pasando la mirada de uno a otro sin perder detalle.

—Sí, por desgracia ya nos conocemos —le contesté sin dejar de mirar esos ojos que, en otras circunstancias, hubieran llamado mi atención de otro modo—. Esta es la loca de la que te he hablado antes. La del aparcamiento y el café.

—¡¿Me acabas de llamar loca en mi cara, tarado?! —Reaccionó al instante dando un paso amenazante hacia mí, olvidándose por un momento de dónde se encontraba—. Este es el tío de ceño fruncido y aciago que casi me hace llegar tarde. El ejemplo que le he puesto de lo que no es un ser empático. ¿Se puede saber qué haces en mi entrevista? ¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Me has seguido? —preguntó, señalándome con un dedo a la cara—. Fuera de aquí, es mi turno y no me lo vas a fastidiar —siseó entre dientes con fiereza.

Me quedé sin poder de reacción unos segundos eternos. Nadie, jamás, se había dirigido nunca a mí de ese modo, y menos una mujer, que solían ser bastante más cariñosas conmigo. Pero esta era desquiciante. ¿Acaso no tenía la más remota idea de a quién se estaba dirigiendo? Mi padre alzó ambas cejas sorprendido, pero sin intervenir. No sé si estaba divirtiéndose con la escena o simplemente disfrutando de cómo me las arreglaba con esa mujer. Sin llegar a comprender por qué, se quedó al margen esperando el desenlace y dejándonos hacer, aunque le acabara de poner en antecedentes de quién era ella. Conociéndome como me conocía, eso tendría que haber sido suficiente para haber finalizado la entrevista al momento.

Bien, pues si mi padre, por educación, no lo hacía, ya lo haría yo. Y no me temblaría el pulso.

—¿Me estás echando? —Di otro paso hacia ella—. ¿Y cómo te has dirigido a mí?

—Sí y como ser poco empático, pero te puedo llamar «sonrisas», una expresión facial que se forma al curvar los labios hacia arriba de este modo, ¿lo ves? —me explicó con ironía mientras sonreía con soltura, pero sin que la sonrisa le llegara a los ojos—. Y no necesariamente tiene que ser de alegría, algo que habría que buscar en profundidad en ti, también puedes expresar esa emoción para ser cortés, un esfuerzo inútil en ti ya que tampoco creo que sepas lo que significa —murmuró con intención—. Pero ese adjetivo ya lo dejamos para otro día, si eso. Y ahora, ¡fuera de mi entrevista!

—Yo a ti te podría llamar «dulzura», dícese de la persona con la cualidad de ser dulce, amable y tierna, a pesar de encontrarme ante una loca impertinente e inaguantable, que es lo que iría más acorde con tu persona —la provoqué, cruzándome de brazos.

—¡Mira tío, eres…!

—¡Padre! Esta candidata no me vale, ya la estás viendo —le hice saber a mi padre de modo prepotente para acabar con esa absurda situación de una vez por todas.

Abrió los ojos con sorpresa mientras se quedaba lívida al entender, por fin (y al cielo daba gracias), quién era yo y lo que hacía en ese despacho, asimilando cómo acababa de llamar al presidente de la empresa. Abrió la boca, la volvió a cerrar, se giró lentamente para posar su vista en mi padre con sorpresa y, al momento, volver a mí con los ojos más abiertos aún.

—¡¿Padre?! —balbució sin fuerzas mientras la vi tragar saliva lentamente y quedarse aún más blanca, si es que eso era posible.

—Sí, perdona a mi hijo —intervino ahora mi padre, pero no del modo que esperaba de él. ¿Le estaba pidiendo disculpas? ¿A ella?—. Como has comprobado tiene un carácter bastante fuerte. —Le sonrió con amabilidad y una tranquilidad pasmosa—. Permíteme que te presente a Gonzalo de la Fuente Castro, mi hijo y el próximo presidente de DLFuentes y Asociados en breve. Trabajarías directamente para él —le hizo saber sin perder la sonrisa y mirándonos alternativamente a uno y a otro.

—¿Con él? —Increíble cómo mi padre la había dejado completamente desconcertada y callada con cuatro palabras.

—Eso ha dicho, alto y claro —y dirigiéndome ahora a mi padre le hice saber—: Padre, de verdad que no me vale. No he estado presente en la entrevista, pero ahora mismo me está dejando claro que es lenta reaccionando y sabes que necesito a alguien que mantenga el mismo ritmo que yo y no se quede atrás, una persona más despierta y resolutiva.

—¡Pero ¿tú de qué vas?! —reaccionó de inmediato, desmoronando mis frágiles argumentos con fuerza y sin dejarse intimidar.

—Gonzalo ha tardado en reunirse con nosotros porque… —suavizó mi padre mis maneras con ella, no entendí por qué.

—Sí, ya veo que se ha cambiado la camisa que llevaba esta mañana manchada de café por otra blanca, impoluta y totalmente limpia. Me va a disculpar, señor De la Fuente, pero, tal y como ha expuesto su hijo, no creo que sea la candidata que están buscando. Sé que hace un momento le he dicho que sería un sueño poder trabajar para un despacho como el suyo y que estaba convencida de poder encajar en el puesto sin problemas, y estaría… —parecía que iba a decir algo más, pero soltó el aire con resignación y pesar para añadir con la misma fuerza—: ¡Lo siento mucho! Lamento haberle

hecho perder el tiempo. ¡Que tengan un buen día! —Cogió el bolso sin esperar respuesta de ninguno de los dos y se dirigió a la puerta.

—¡Suerte con la próxima entrevista! Deberías aprender de esta y controlar tu genio para tener alguna opción en el futuro, «dulzura» —no pude evitar murmurarle al oído cuando pasó junto a mí pisando fuerte, algo que, en esas circunstancias, me sorprendió y demostró una vez más una personalidad firme y decidida, y un gran temperamento.

—¡Suerte a ti en la vida! No hace falta ser muy listo para augurar que con ese carácter lo vas a necesitar más que yo, «sonrisas» —me respondió en el mismo tono, uno que casi me hace sonreír—. ¡Que tengan un buen día, señores! —se despidió en voz alta mirando solo a mi padre antes de cerrar la puerta a sus espaldas con suavidad.

Me quedé mirando la puerta cerrada, ahora sí, con el asomo de una leve sonrisa en la comisura de mi boca, sin ni siquiera darme cuenta del gesto. Uno del que sí fue consciente mi padre mientras se acercaba a mí y me palmeaba el hombro con cariño sin que aún se le hubiese borrado la sonrisa de su cara. Me di cuenta tarde de mi reacción con ella y volví a mi estado natural, sacudiendo la cabeza para borrarla de mi mente.

—¿Ahora me vas a explicar qué es lo que ha pasado en este despacho hace un momento con Daniela Miyar? —quiso saber clavando en mí esa sagaz mirada del mismo color que la mía, esperando una respuesta.

—Daniela, ¡¿ehh?! —dije como si nada, sabiendo ahora el nombre de esa mujer—. Lo que has visto, papá. Una pérdida de tiempo, ya que me sería imposible trabajar junto a semejante mujer. Te diría que mejor buscara trabajo de camarera, pero me da la impresión, por el poco tiempo que duran los cafés dentro de un vaso cuando ella está a menos de un metro de ellos, que tampoco sería una

buena opción. ¿Hacemos pasar al siguiente candidato? —pregunté al aire como si nada, ignorando la perspicaz mirada de mi padre.

—Sí, claro —y dirigiéndose al intercomunicador le pidió a nuestra secretaria de dirección—: ¡Gisella, por favor! Haz pasar a Braulio Ayala. Gracias.

Y ahí pensé que había acabado mi aventura con Daniela Miyar, mientras seguíamos entrevistando a candidatos para los dos puestos de pasantes que queríamos cubrir. ¡Qué ingenuo! Porque conociendo a mi padre tendría que haber previsto que el tema no estaba zanjado con esa mujer. Se notaba a la legua que lo había impresionado por cómo actuó mientras nosotros nos lanzábamos en un momento cuatro frases con mordacidad: con impasibilidad, observando atentamente sin perder detalle.

¡No! ¡No era un tema discutible! Por mucho que me atrajese esa mujer, de un modo que aún no entendía, sería inviable trabajar junto a ella si quería conservar mi cordura sin sufrir una severa úlcera. Era lo único que tenía claro en esos momentos.

***

—¡No, padre! No la quiero en mi equipo —me negué por segunda vez sin dar mi brazo a torcer.

Era ya tarde cuando acabamos las entrevistas, cada una más frustrante que la anterior. Ahora casi me arrepentía de no haber hecho más por todos esos arquitectos que habían salido huyendo de mí meses atrás. ¡Era desesperante! Más de diez entrevistas y solo una parecía no ser una decepción, pero fue porque el resto dieron verdadera pena y una en concreto me pareció inviable e innecesaria.

—Gonzalo, necesitamos dos incorporaciones con urgencia. Braulio Ayala es una de ellas y en eso estamos de acuerdo. De todas las

entrevistas que hemos hecho es el que mejor encajará con el trabajo que realizará para nosotros. Está a punto de licenciarse y tiene algo de experiencia, y eso es un punto a su favor. Tiene carácter a pesar de su juventud y, sobre todo, ganas.

—Estoy de acuerdo —confirmé.

—Daniela Miyar sería el otro pasante. —Iba a volver a protestar, pero alzó una mano delante de mí para poder continuar sin interrupciones—. Esa mujer ha sido todo un hallazgo después de tanta búsqueda. —Bufé desesperado pellizcándome el puente de la nariz—. Es perfecta, hijo. Una pasante sin vicios adquiridos de ningún otro despacho, idónea para que podamos moldearla a nuestro modo de trabajar. Sus notas, a pesar de que hace ya dos años de ellas, son brillantes. He podido comprobar en poco rato que es rápida a la hora de reaccionar y tiene carácter, algo fundamental para trabajar a tu lado y de lo que carece el resto. Ella no se ha amedrentado con tus modales y me ha demostrado en pocos minutos sus ganas de trabajar y superarse —añadió como si fuera una verdad universal.

—Con eso no es suficiente, papá —insistí—. ¡Por el amor de Dios! ¿Pero has visto su currículum? Solo tiene experiencia como camarera. ¡Camarera! Y no vale ni para eso, ya que es un peligro andante con una bebida entre sus manos. ¡Ella no!

—Pues no te va a quedar otra. Apuesto lo que quieras a que ella te dura más de una semana y pasará la prueba con nota. Me recuerda mucho a Candy.

—¡¿No lo dirás en serio?! —le contesté incrédulo, pero sin admitir lo cierto de esa afirmación—. Padre, por última vez, no la quiero en mi equipo.

—Sí, la quieres, y te diré por qué —continuó sin hacerme caso—. Lo que he presenciado en primera persona hace un par de horas me

ha impresionado. Es la primera mujer que conozco, soltera o casada, que no ha caído rendida a tus pies a la primera de cambio, ni te ha hecho una caída de pestañas ni se ha quedado impactada ante ti. Es más, te ha mirado directamente a los ojos y te ha plantado cara. No ha vacilado en ello ni por tu atractivo ni por tu fuerte carácter ni, al parecer, al enterarse de quién eras y saber qué posición ocupas en esta sociedad. Por norma general, y lo sabes mejor que yo, es complicado contratar mujeres que trabajen directamente para nosotros, en especial para ti, porque solo dan el cien por cien para llevarte a su cama y aprovecharse de tu dinero.

—¡Padre…! —protesté con resignación ante otra gran verdad.

—¡No soy ciego, Gonzalo! Necesito personal y lo necesito ya. No me voy a jubilar tranquilo hasta que todo este asunto esté solucionado. Confío en tu criterio con los ojos cerrados, de otro modo no podría delegar, pero ya llevamos así más de un año. Es demasiado y Daniela me gusta. ¡Mucho!

—A mí, no.

—Dale una oportunidad, hijo. Tengo una buena sensación con ella y sabes que no me suelo equivocar, tengo un ojo clínico para eso. Me lo está gritando el instinto. —Me sonrió con afabilidad mientras me apretaba el hombro con cariño.

Suspiré resignado sabiendo que cuando mi padre tomaba una decisión era inamovible.

—¡Una oportunidad! A la mínima, se va a la calle sin contemplaciones —claudiqué sin poder hacer otra cosa.

—No seas duro con ella, esa chiquilla me gusta.

Pensé que, a pesar de todo, a mí también, algo que no admitiría ni bajo coacción. Eran sensaciones encontradas, porque por un lado sacaba lo peor de mí en pocos segundos, supongo que porque no le daba miedo encararse conmigo, y se convertía en mi igual, algo a lo

que no estaba acostumbrado. Pero por otro lado me atraía de manera ilógica. Había leído en su currículum que tenía veintisiete años recién cumplidos, y a mí me gustaban las mujeres algo mayores, con más experiencia. Aunque no sé por qué, me daba la impresión de que esa pequeña mocosa podría darles mil vueltas a todas ellas juntas sin despeinarse.

Suspirando con resignación, le pedí a Gisella que al día siguiente a primera hora contactara con los dos candidatos para informarles de que pasaran por la planta dos y firmaran el contrato con Recursos Humanos. El miércoles a las nueve en punto los quería en mi despacho para que empezaran a demostrar su valía sin demora. Y no sería sencillo, eso lo iban a aprender rápidamente. Sobre todo, para una bruja de pelo anaranjado con unos ojos tan impactantes como hipnóticos, algo complicado de ignorar.

# Capítulo 8



*Miércoles, 13 de enero*
*Dos días después*

**Daniela**

¡Jamás en mi vida había estado más nerviosa que esa mañana! Cuando el día de antes me llamaron de DLFuentes y Asociados para que pasara a firmar el contrato y recoger la acreditación y mi número de plaza de aparcamiento, tuve que pedirle a Gisella Reyes, la misma persona que me había llamado el pasado viernes, que me lo repitiera, porque no sabía si se habían equivocado de persona o simplemente era una broma. Resultó no ser ni lo uno ni lo otro. ¡Me querían a mí! Había pasado el proceso de selección con éxito y empezaba a trabajar con ellos como pasante al día siguiente a las nueve en punto de la mañana. ¡Increíble!

Mientras esperaba el ascensor que me llevaría a la décima planta, una vez hube aparcado en la plaza que me asignaron el día anterior en el enorme parking del edificio, un nudo empezó a hacerse en la boca de mi estómago en cuanto fui consciente de quién iba a ser mi jefe. Ese arisco hombre llamado Gonzalo de la Fuente, a quien el simple gesto de sonreír le daba alergia, no me daba miedo. Desde que mis padres me echaron de casa con un bebé recién nacido en brazos había afrontado la vida con fuerza y sin temer prácticamente nada. Lo que realmente me asustaba era que, por culpa del carácter altanero de ese hombre, mezclado con el mío, que ya era explosivo sin necesidad de que me azuzaran, acabara en la calle sin pasar el periodo de prueba de un mes. Tendría que ir con pies de plomo porque esa era una oportunidad única. Se lo debía a mis amigos, Leo y Nael, pero sobre todo se lo debía a mi hijo. Por él, para darle una vida mejor, bajaría al mismísimo infierno o, en ese caso, subiría a la planta diez a trabajar para el mismísimo demonio, que era lo mismo.

Me alisé la falda lápiz con delicadeza. La ropa que me había comprado Leo era exquisita. Esa en concreto, con su diseño recto que resaltaba mis curvas creando una silueta estilizada, me sentaba como un guante. Y junto con la bonita camisa blanca que llevaba bajo la americana, a juego con la falda, me hacía sentir muy segura. El ascensor llegó a la planta del parking y entré con un suspiro. Antes de que las puertas se cerraran oí una voz que pedía que lo esperara y una mano impidió que se cerraran del todo. Las puertas volvieron a abrirse lentamente. Un hombre algo más joven que yo entró soltando todo el aire de sus pulmones con un suspiro de alivio y sin mirar nada ni a nadie.

—Casi… Gracias y disculpa —se excusó levantando la vista para posarla en mi cara mientras instantáneamente una bonita sonrisa se

formaba en su boca. Se enderezó de golpe y me dio un buen repaso de arriba abajo con poco disimulo—. Vaya…, hola.

—Hola —le saludé mirándolo fijamente, sin expresión.

—Perdona, no quería molestarte… Es mi primer día, estoy algo nervioso y no quiero llegar tarde —se disculpó sin perder la sonrisa —. Soy Braulio Ayala, encantado. —Me tendió una mano.

Me quedé mirando su mano extendida y sonreí con empatía. Era guapo, de sonrisa bonita, descarado y parecía ser que con encanto. Algo más alto que yo, vestía un traje que le quedaba un poco grande en los hombros, pero él lo compensaba con una confianza que brillaba en sus ojos.

—Soy Dani y también es mi primer día. —Le estreché la mano—. ¿El nuevo pasante? —quise saber.

—¿Cómo lo has adivinado? —se sorprendió con otra sonrisa aún mayor que la primera.

—Seremos compañeros. Yo soy la otra pasante, tu compañera —y ahí sí le sonreí abiertamente cuando su mirada se iluminó.

¡Pobre chico! Si yo le contara que era alérgica a los hombres, al amor en general y al compromiso en concreto no me hubiera regalado ese brillo de intenciones. Mi único amor era Enzo, mi hijo. Con él tenía de sobra y no necesitaba más. Después de dos relaciones traumáticas, rehuía una tercera con todas mis fuerzas.

—¡Me acabas de terminar de alegrar el día! —Le solté la mano con suavidad con una sonrisa que pasó a ser divertida. Ese chico no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo conmigo.

El ascensor llegó a la última planta y las puertas se abrieron. Braulio me cedió el paso y al salir del ascensor me volvió a impresionar gratamente lo que me rodeaba. Volví a sonreír, pero la sonrisa se me quedó congelada en el mismo instante en que mi mirada se posó en la alta e imponente figura delante del mostrador

de la entrada. ¿Pero es que nunca se relajaba ese hombre? El tal Gonzalo, mi jefe, estaba todo lo tieso que se podía estar, hablando muy serio y con demasiada gravedad con la secretaria de dirección. Gisella levantó la mirada al vernos y su interlocutor la imitó. Y mientras en el rostro de ella se formaba una agradable sonrisa, en el de él el ceño se frunció con desagrado. ¡Pues empezábamos bien! ¡Sí señor! Pensé que, ni aun con ese aspecto tan magnífico e impresionante que tenía, conseguía que le tuviera un poco de simpatía. ¡Y era de doce sobre diez! ¡Lástima de carácter, la verdad!

—¡Buenos días! —saludé con buen humor deteniéndome delante de ellos mientras Braulio se colocaba a mi lado.

—¡Llegáis tarde! —nos saludó mi jefe de manera severa clavando su fría mirada solo en mí.

Miré extrañada mi reloj de pulsera. ¡Las nueve y dos minutos! ¿En serio? Levanté la vista incrédula y no pude evitar el sarcástico comentario.

—Lo siento, pero no sabía que había firmado un contrato para entrar como cadete en el ejército. Es nuestro primer día, yo particularmente me he perdido en ese enorme parking que tiene el edificio y solo pasan dos minutos de las nueve.

Gonzalo se envaró aún más, si es que eso era posible, y dio un paso hacia mí amenazante, con ese atractivo rostro que tanto me llamó la atención aquel sábado por la noche, vestido de gala para la boda de su hermana (ahora lo sabía), con una expresión impertérrita.

—Si no podemos ser puntuales el primer día, ¿qué puedo esperar de ti mañana? ¿Quizá quieras llegar… no sé… a eso de las doce te va bien? ¿O te hago madrugar mucho? No quisiera que esto fuera demasiado para ti y acabaras desbordada. Lo que sea para que te sientas cómoda. No te cortes, dulzura. Dime, ¿qué necesitas?

«¡Sin problema! Punto para ti, sonrisas».

—Mi nombre —le dije muy lentamente sin amedrentarme por su velada amenaza, su evidente sarcasmo y la dureza de su recibimiento— es Dani, no dulzura. Y solo pasan dos minutos de las nueve…, bueno, ahora tres si tenemos en cuenta tan amable bienvenida al despacho —le reté por instinto.

«¡Mierda, Dani! Tenías que ir con pies de plomo, ¡¿no?! ¡Pues, felicidades! Estoy en la calle en tres, dos, uno…».

—¡Gonzalo! —se oyó una potente voz que recordaba muy bien dirigiéndose hacia nosotros y cortando la contestación de ese hombre, a la defensiva conmigo— ¿Ya han llegado las nuevas incorporaciones? ¡Ahhh, ya estáis aquí! ¡Bienvenidos a DLFuentes y Asociados! —nos dio la bienvenida Alfonso de la Fuente con una sonrisa—. ¡Pasad! Gisella os enseñará vuestros despachos para empezar a trabajar de inmediato.

¿Por qué el hijo no había heredado esa faceta del padre? Porque con esa mirada de hielo que me estaba dejando congelada en el sitio no era capaz de decidir si estaba en el infierno o en el mismo Ártico. Braulio también había llegado «dos minutos tarde», no hacía falta tener la exclusividad de su cariñosa atención.

—¡Gracias, señor De la Fuente! —por fin reaccionó Braulio con una sonrisa nerviosa, evitando la mirada de Gonzalo.

—Alfonso, por favor —puntualizó—. Braulio, Daniela, aquí nos llamamos por nuestros nombres. Al fin y al cabo, vamos a trabajar juntos. Somos una pequeña familia que nos tratamos con mucho respeto y cordialidad, pero siempre por nuestros nombres —nos pidió Alfonso.

—¡Gracias, Alfonso! —Desvié la mirada de mi jefe a su padre con una gran sonrisa en mi boca—. Yo preferiría que me llamaseis Dani, todos me llaman así. Daniela suena como si me estuvieran

regañando en lugar de hablándome —y me llamó la atención la mueca sarcástica, porque a eso no se le podía llamar sonrisa ni aunque le pusiese todo su empeño, de mi jefe—… o llamando a la realeza —acabé de ese modo para borrarle la expresión de la boca.

Alfonso rio y Gonzalo intensificó esa rara mueca. ¡Madre mía! Ese hombre no sabría cómo sonreír ni poniéndose delante de un espejo.

—Dani, pues —asintió con la cabeza Alfonso—. ¡Gonzalo! Yo tengo una reunión en media hora y estaré fuera del despacho todo el día. Que Gisella se encargue de enseñarles los despachos y empiecen a trabajar en los proyectos donde llevamos más atraso. ¡Chicos! —dijo dirigiéndose nuevamente a nosotros mientras se encaminaba al ascensor—. ¡Cuento con vosotros!

Alfonso desapareció tras las puertas del inmaculado y brillante ascensor y Gonzalo ya se adentraba en el pasillo donde intuía que se encontraban nuestros despachos.

—¡Gisella! Yo me ocupo de llevarlos a sus, de momento, respectivos despachos. Necesito que se pongan a trabajar desde ayer —habló secamente por encima de su hombro mientras Gisella miraba al cielo con disimulo, y nosotros prácticamente echamos a correr detrás de él para no perderlo de vista.

—Este es el tuyo, Braulio. Como ya tienes algo de experiencia en otro despacho te he dejado encima de la mesa un par de proyectos con todas las instrucciones. El viernes por la mañana lo quiero todo encima de mi mesa, sin excusas —se dirigió a mi compañero, intimidado por el duro tono de voz y la amenaza que la orden llevaba. El pobre se quedó mirando desde el pasillo al interior del despacho, sin moverse—. Yo de ti entraría y me pondría a trabajar ya. ¿O necesitas que te haga un *tour* por toda la planta? ¿Un café, quizá? —Le miró fijamente alzando ambas cejas.

—Disculpe, sí… Me pongo a ello —farfulló y entró directo a la mesa mientras mi alegre jefe ya se encaminaba a la puerta de enfrente.

—Y este será el tuyo… Daniela —masticó lentamente mi nombre completo—. Dado que no tienes experiencia aún pero si una formación con unas notas sobresalientes, de momento trabajarás con mis proyectos para que pueda supervisarte con lupa. Tienes encima de la mesa todo lo necesario para la elaboración al detalle de cinco presupuestos distintos y me ayudarás a preparar toda la documentación para uno en el que estoy ahora mismo trabajando. Además, empezarás a trabajar en el diseño y el análisis de otro más, con el que vamos con mucho atraso —me informó del tirón sin sacarme esa fría mirada azul de encima, más dura todavía que la que había dirigido a Braulio.

—¿También para el viernes sin falta y sin excusas? —pregunté con un ácido humor entrando en mi nuevo despacho, porque esa oportunidad era única y ese carácter tan sieso no me iba a desmotivar en absoluto.

—A las nueve en punto encima de mi mesa —zanjó con unas cuantas palabras la conversación.

—Claro, ¿alguna cosa más? —le pregunté con ironía mientras dejaba abrigo y bolso encima de una silla y me encaminaba sin mirarle hacia la mesa donde había trabajo para una semana.

—Tengo la costumbre de pediros un café cuando ya llevo «dos» horas en el despacho, pero por ser tú nos lo vamos a saltar. No me gustaría estropear una nueva camisa gracias a tu torpeza —dijo desde el quicio de la puerta, sin entrar y sin quitarme la fría mirada de encima.

—Sí, por tu bien será mejor que no arriesgues de ese modo. —Me giré descaradamente alzando una ceja, pero sin asomo de querer

ser divertida con mi comentario—. Y ahora, si me permites, será mejor que me ponga con todo este trabajo para tres personas yo solita.

—Por supuesto. —Me miró unos segundos más en silencio y, acto seguido, cerró la puerta tras de sí dejándome sola en ese enorme e impresionante despacho.

Giré ciento ochenta grados sobre mí mientras, ahora sí, se me iba formando una gran sonrisa al encontrarme al fin sola. El despacho era enorme e impresionante, las vistas que daban a la gran avenida una pasada y el mobiliario de lujo sobrecogedor. ¡Si hasta tenía cuarto de baño propio! No le faltaba detalle. No, no podía desaprovechar esa magnífica oportunidad que se me había presentado. Miré la gran mesa hasta arriba de carpetas sin desanimarme. El trabajo no sería un problema para mí. Me encantaban los retos y si a eso le sumaba el entusiasmo y las ganas que tenía, sabía que podría con todo ello. El problema sería mi jefe que, tal y como me acababa de demostrar, no me lo iba a poner nada fácil. Había leído en su mirada que no me quería ahí e intuía que iba a hacer lo imposible para que saliera corriendo. Una pena que no supiera lo perseverante que era cuando tenía un objetivo en mente. Y, en esos momentos, ese objetivo era hacerme un hueco en DLFuentes y Asociados, le gustara o no.

Me senté en la butaca negra de mi mesa y abrí la primera carpeta para leer su contenido. Sí, podría con eso, no me cabía la menor duda. Y así se lo iba a demostrar a ese esnob… aunque tuviera que dedicar veinticinco horas al día para acabar con esa montaña de carpetas. No se iba a deshacer de mí tan alegremente.

# Capítulo 9



*Miércoles, 13 de enero*

**Gonzalo**

No podría con todo. Sabía que la había cargado con mucho más trabajo que a Braulio, pero me negaba a ponérselo fácil. No llegaría al viernes y lo sabía, me encargaría personalmente de ello, porque si algo tenía claro desde que mi padre me obligó a aceptarla en mi equipo es que no la quería a mi lado. ¿La razón? Me desconcertaba de un modo que no podía controlar. Con Braulio era otra historia, al igual que con todo aquel que trataba conmigo, era yo quien ponía los puntos sobre las íes, haciéndoles saber desde que ponían un pie en la recepción de los despachos de dirección que aquí no se regalaba nada a nadie. Para trabajar a mi lado, en una gran compañía como era la nuestra, había que ganárselo. Y ese muchacho reaccionó igual que lo hacían todos, ya tuvieran años de

experiencia o fueran simples jóvenes pasantes: con respeto, mucha precaución y un asomo de miedo. Pero esa chiquilla, no. Desde que salió del ascensor y nuestras miradas quedaron conectadas no se acobardó. Me pregunté no sé cuántas veces si lo suyo era temeridad o inconsciencia. Una pena que no se fuera a quedar más que un par de días para poder sacar una conclusión definitiva.

Me desabroché la americana y me senté en mi butaca para seguir con todo el trabajo acumulado. A pesar de haber delegado algo de trabajo con proyectos en los que llevábamos atraso, los más importantes los seguiría trabajando yo. Me pasé la mano abierta por la nuca y me dispuse a trabajar hasta bien avanzado el día, parando únicamente para comer algo ligero en el despacho.

La mañana dio paso a la tarde sin que apenas me moviera de detrás de la mesa, entre problemas, llamadas y ajustes en los proyectos, cuando una escandalosa risa me sacó de mi concentración. Alcé la cabeza y torcí el gesto al reconocer a su dueña. Se hizo el silencio de nuevo durante escasos diez segundos y oí la segunda alegre carcajada de la tarde. ¡Y yo, magnánimo de mí, que le había dado hasta el viernes! Parecía ser que no llegaría a las veinticuatro horas trabajando para mí. Me levanté despacio y me abroché la americana para dirigirme hacia esas risas que no cesaban. Al llegar a su puerta y encontrármela totalmente abierta, entré sin llamar. Me adentré hasta llegar a su mesa y dirigí la vista a la puerta del baño, también abierta. Estaba igual de vacío que su despacho. No había nadie. ¿Dónde se había metido? Porque las risas venían de allí. Cuando me disponía a salir en su busca para recordarle que esto no era un bar para ligar, me fijé en su mesa, que era un desorden de carpetas, proyectos, dibujos, anotaciones y notas adhesivas de colores dentro de un gran caos. Negué con desagrado la cabeza y cogí con resignación una de las carpetas. Mi

vista se quedó clavada en su trabajo y no pude creer lo que vi. La solté y cogí las anotaciones de encima para, a continuación, dirigirme a los dibujos que había realizado. ¡Eran increíbles! ¿Cómo cojones había podido hacer en apenas pocas horas todo ese trabajo? Había tenido arquitectos con años de experiencia a los cuales les habrían hecho falta días para lograr algo casi tan perfecto e impecable. Solo necesitaban un ligero ajuste, nada memorable. Casi me hubiese atrevido a decir que ni yo mismo lo hubiese hecho mejor: había plasmado todas las ideas y sugerencias que le deje en carpetas, al milímetro. Solté el dibujo y cogí uno de los presupuestos que le había indicado que hiciera. También era prácticamente perfecto. Me encontraba ensimismado, intentando asimilar que esa insufrible y joven mujer era la misma que había realizado todo ese extraordinario trabajo, cuando una nueva y fuerte carcajada se oyó en el despacho de enfrente.

Sin saber por qué, me fui cabreado hacia el despacho de donde venía la carcajada. La puerta también se encontraba abierta, entré sin llamar y la escena que me encontré terminó de ensombrecer mi pésimo humor. Con las cabezas muy juntas, Braulio y Daniela estaban trabajando sobre un documento encima de la mesa del primero. Y mi primera impresión fue que esa mujer estaba ayudando a un pasante con más experiencia que ella. No apostaba por quién se iría primero de aquí.

—¡Gracias, Dani! Eres increíble, ya había perdido la esperanza con esto. ¿Cómo lo has hecho? —Había admiración y algo más en su mirada—. Creo que ahora sí deberías aceptar que te invite a esa cerveza. ¡Te la debo!

—No ha sido nada, de verdad. —Se encogió de un hombro levantando la cabeza de la mesa y poniendo un poco de distancia con su compañero—. Tú también habrías llegado a la misma

conclusión tarde o temprano. Seguramente sean los nervios del primer día gracias, en parte, a nuestro simpático jefe —acabó con una amplia sonrisa.

—¡Y eso que todavía no has visto nada! —exclamé muy serio a sus espaldas.

El sobresalto fue inmediato en ambos. Se giraron a la vez al oír mi comentario. Braulio abrió los ojos con sorpresa y algo de temor, al contrario que su compañera, cuya imperceptible sonrisa comenzó a aflorar en sus labios. Ninguno de los dos habló. Fui yo el que, finalmente, rompió el silencio que se hizo en un instante.

—Si tienes alguna duda, Braulio, la próxima vez te aconsejo que llames a mi puerta —hablé con una dureza que no quise evitar—. No sé si no lo he dejado lo suficientemente claro esta mañana, pero vuestros recientes contratos penden de un hilo, así que no entiendo qué haces perdiendo el tiempo con ella como si estuvieses en un bar o una discoteca ligando. Tenemos una política de empresa donde están prohibidas las relaciones sentimentales entre compañeros bajo sanción de despido inmediato, uno tan rápido que no te daría tiempo ni a coger el abrigo del perchero. Ahora sí me he explicado con claridad, ¿verdad?

La razón por la cual me inventé esa absurda barbaridad tenía nombre de mujer: la tenía delante mirándome con curiosidad, igual que cuando observas a un extraño bicho con atención. ¡Y el bicho era yo!

—No estaba ligando —se defendió Braulio con algo de carácter, pero no lo suficiente para que me importara—. Puedo ser joven, pero soy muy profesional. Dani me estaba prestando su ayuda con el proyecto de…

—¡¿Me estás queriendo decir que te está ayudando una pasante que cursó su carrera hace ya dos años y que a día de hoy no ha

hecho ni su trabajo de Fin de Grado ni su Máster, cuya única experiencia laboral es de camarera, y habría que valorar si es apta para ello?! —Alcé la voz alterado, sin saber muy bien el motivo, solo sé que era así como me sentía en esos momentos—. Exactamente ¿a qué te estaba ayudando? Y antes de que respondas, yo de ti cuidaría esa contestación —amenacé lentamente.

Lo vi tragar saliva con dificultad sin saber qué decir. ¡Bien! Porque todavía no había encontrado hombre o mujer que me rebatiera en plena posesión de sus facultades si sabía lo que le convenía.

—No entiendo a santo de qué la amenaza a Braulio cuando simplemente estamos trabajando, tu padre no me ha contratado por mi cara bonita y que no tenga experiencia no quita que sea inteligente. Es más, el que me conoce sabe que soy rápida de ideas. No tendré experiencia, pero mis profesores alababan mi trabajo con ellos, decían que tenía un don —respondió ella, con una tranquilidad pasmosa—. En todo momento nos hemos tratado como compañeros de trabajo, obviamente esto no es un bar de copas, hasta ahí llego. ¡Quédate tranquilo con ese punto! Y no sé qué problema tienes con la profesión de camarera, de verdad te lo digo. Empiezas a ser repetitivo, en serio. ¡La culpa fue tuya! ¡Las dos veces!

Me la quedé mirando sin dar crédito, confirmando que esa mujer no estaba en pleno uso de sus facultades porque lo que había hecho, o mejor, lo que había dicho, era un suicidio. Cogí aire lentamente porque no le daría el gusto a mi hermana ni a mi padre de despedirla a la primera de cambio. Me habían pedido paciencia y empatía con los nuevos pasantes. Tendrían de mí todo eso y más. Pero si esa chiquilla, que no había acabado ni la carrera, se creía que iba a quedar por encima de mí, me daba a entender que solo había tratado con niñatos y pusilánimes como su «compañero» de aventuras.

—¡Está bien! —Clavé una dura mirada en ella, olvidándome por un momento de la existencia de Braulio—. Yo también tengo fama de ser rápido de ideas, entre otras cualidades. —La vi poner los ojos en blanco mientras daba un paso hacia ella con las manos en los bolsillos.

—Apostaría lo que fuera a que ser empático no es una de ellas, «sonrisas» —murmuró entre dientes ininteligiblemente, pero lo descifré sin problemas.

—No, no es una de ellas —le dije alto y claro y, por primera vez en una conversación con ella, la dejé con los ojos abiertos por la sorpresa y totalmente muda, mientras sus dientes atrapaban lentamente su labio inferior, de un volumen suave, en un gesto involuntario de nerviosismo, pero que a mí me hizo contener el aliento, anhelando probarlo. Carraspeé con sorpresa yo también por el rumbo que estaban tomando mis pensamientos y me cabreé conmigo mismo, pero haciéndoselo pagar a ella—. Antes de irte, pasa por mi despacho para entregarte un par de carpetas más. Si tan sobrada de tiempo vas con todo lo que tienes encima de tu mesa no te importará sumarle otro par de proyectos. Con lo inteligente que eres, no será problema. De este modo le damos más fuerza a tu apuesta sobre mi empatía y no la pierdes.

—No voy a poder tenerlo todo para el viernes… Ya sería un milagro que pudiera sin trabajo extra —se quejó sabiendo que tenía las de perder sin dejar de morderse ese bonito labio.

—A las nueve en punto. ¡Todo! O no hace falta que me presentes nada. Ni siquiera te molestes en subir hasta aquí. Puedes quedarte en la planta dos con Recursos Humanos firmando el finiquito. Braulio —me dirigí a él—, tú también, sin excepciones.

Me di la vuelta dando por terminada la conversación y salí de ese despacho antes de desdecirme de mi amenaza, luchando para no

tirarme encima de su boca. Más tarde, en casa, habiendo puesto distancia con ella, intentaría descifrar la razón de… de lo que me hubiera pasado en ese despacho. Debería haberla puesto de patitas en la calle por esa contestación. En cuanto me llamó «sonrisas» la tenía que haber despedido. Por menos me había quitado de encima a arquitectos mejor formados y con una vasta experiencia a sus espaldas, y en cambio, no sé por qué, ese apelativo me gustó en cuanto salió de su boca. También el poco trabajo que encontré encima de su mesa, que me hizo pensar que, brindándole la oportunidad, podría llegar donde quisiera en el despacho de arquitectura que eligiera.

Negué con la cabeza, consciente de que, inexplicablemente, esa mujer me hacía querer actuar como nunca lo hubiera hecho porque, a pesar de todo, me llamaba la atención de un modo poderoso que no comprendía. Otra razón para no quererla trabajando conmigo. Y es que ella era totalmente lo opuesto a lo que me gustaba y buscaba en una mujer, pero me atraía de una manera ilógica. Descarada, me desafiaba sin miedo, con esa risa escandalosa, sin importarle si llamaba la atención o no de los que la rodeaban. Algo que no iba conmigo, ya que evitaba ser el foco de atención y, si me era posible, procuraba fundirme en el entorno. Ya sin entrar en el detalle de que para mi gusto era demasiado joven. Prácticamente nos llevábamos diez años, las prefería con más experiencia y más maduras, aunque en apenas doce horas me hubiese demostrado que era más madura y con más fuerza de carácter que cualquier mujer de mi edad. Y eso era una bomba de relojería en ella y un reclamo para mí.

—Gisella, voy a por un café a la cafetería —hice saber a nuestra secretaria de dirección sin pararme a su lado, ensimismado como iba por culpa de Daniela.

—¡Espera, Gonzalo! —me paró Gisella alzando el brazo con una traviesa sonrisa en la boca—. ¿Desde cuándo vas tú a por tu café? ¿Ya has despedido a los dos pasantes? Materialmente no te ha podido dar tiempo… ¿o sí? —comentó con guasa.

—No estoy de humor, Gisella —farfullé muy en mi línea.

—Y no te lo voy a mejorar cuando sepas el cortafuegos que he tenido que hacer con tu amiguita de turno.

Ahí sí retrocedí y me quedé delante de ella para que me explicara qué intentaba decirme. Me sacaba de quicio que dejara las cosas a medias cuando iba a decirme algo.

—No tengo amiguitas de turno, y lo sabes muy bien.

—Ohhh, claro que sí. Y tiene nombre y apellidos: Rosella Bianchi. ¿La recuerdas? Alta, morena, muy barbie, solo viste ropa carísima de diseñador y va detrás de tu dinero, aunque ella nada en la abundancia, algo que no llego a entender.

—¿Otra vez? —Cerré los ojos, resignado.

—¡Otra vez! —Sonrió con gracia—. Pero esta vez ha amenazado con venir personalmente a DLFuentes y Asociados y poner esto patas arriba si no consigue hablar contigo en una cena que, obviamente, pagarás tú, en un exclusivo restaurante de Valencia donde la lista de espera es de unos seis meses y vosotros tenéis reserva para el viernes por la noche.

—Le habrás dicho que me he mudado de país, ¿verdad?

—Le he dicho que llamaré a la policía si se presenta aquí. Se ha reído como la desquiciada que es y me ha colgado. —Se encogió de hombros mirándome con un atisbo de pena.

—¡Joder! Esa mujer no entiende un no por respuesta. Diles a los de seguridad que no la dejen entrar bajo ningún concepto al edificio. Y si es necesario, que la echen a la fuerza —ordené con rabia.

¿Cómo le hacía entender a esa mujer que no quería verla ni en pintura? Estaba claro que se había criado como la niña consentida que era y que nunca le habían dicho que no. Pero es que no valía la pena una noche con ella, por muy activa y ardiente que fuera entre las sábanas, si luego no entendía que lo nuestro no podía ir a ningún sitio. Nunca me ataría de por vida a una mujer como Rosella, fría y calculadora, una persona sin sentimientos que no sabía querer a nadie que no fuera a ella misma. Lo peor es que, a pesar de que sabía lo que yo pensaba al respecto, no le importaba. Su objetivo era yo, o lo que es lo mismo, mi cuenta bancaria.

—Ya lo he hecho, Gonzalo —me tranquilizó Gisella para añadir a continuación—: Como acérrima amiga tuya, además de tu secretaria de dirección, te tengo que decir que no sé de dónde las sacas. —Se rio con suavidad—. Vas subiendo el nivel por momentos, y eso es complicado viniendo de ti.

—¡Lástima que tú y yo no estemos hechos el uno para el otro! —Me acerqué con cariño a ella, porque era más que amistad lo que nos unía.

—Yo no soy el final de tu cuento, Gonzalo. Eso nos quedó claro a los dos, pero eso no quita que me importes de verdad. Y esa mujer colgada de tu brazo me crea úlcera.

—Y a mí, Gisella…, y a mí.

Me fui a por ese café mientras oía su risa a mis espaldas. Me permití un pequeño esbozo de sonrisa por tener una amistad como la de Gisella. ¡Tan pocas mujeres en mi vida y tan distintas unas de las otras! Mi mente voló otra vez a la joven pasante que había dejado dentro del despacho, sin poder evitarlo. Nunca me había pasado algo parecido con una mujer, pero no podía sacarla de mi cabeza, ya fuera para bien o para mal. Algo contradictorio a lo que no encontraba sentido.

Sacudí la cabeza con un suspiro, ya que, con toda probabilidad, el viernes ya no estaría trabajando para el despacho. Quizá eso era lo mejor para la paz mental de los dos, y recé para que el destino no me la cruzara de nuevo, y mucho menos con un café en la mano.

# Capítulo 10



## *Jueves, 14 de enero*

**Daniela**

Apenas había dormido cuatro horas gracias al capullo de mi nuevo jefe. Salí la última de DLFuentes y Asociados, con mil carpetas debajo del brazo para continuar con el trabajo en casa. Era eso o dar por acabada mi andadura como pasante en uno de los despachos más importantes del país. Y todo por ayudar a un compañero. ¡Por ayudar! ¡Por Dios! Creía en la bondad de las personas, en que la gente era buena si no demostraba lo contrario, en ayudar al prójimo si estaba en mi mano, porque echar una manita no se lo he negado nunca a nadie… Hasta que el cretino de tu jefe se cruzaba en tu camino con esos aires de prepotencia y superioridad e intentaba quedar por encima de ti, costara lo que costase. Ese hombre no conocería la empatía ni el compañerismo ni aunque se lo tatuaran en

la frente. Ya había oído que el que empezaba a trabajar para él no duraba ni un mes. No era de extrañar con ese carácter tan difícil. Entonces… no entendía la razón de que me agradara su compañía, aunque fuera solamente para discutir. Había algo en él que me llamaba poderosamente la atención, y no era solamente el espectacular físico que ya intuía bajo esa carísima ropa que vestía, era algo más. Era ilógico, pero cada vez que lo tenía delante quería salir corriendo y perderlo de vista y, a la vez, no quería que se fuera de mi lado. ¿Tenía eso algún sentido?

Ya me respondía yo misma: ninguno. Sobre todo teniendo en cuenta que no había podido darle las buenas noches a mi hijo porque ya hacía horas que dormía cuando llegué a casa. Ni le podría dar los buenos días, porque a las seis de la mañana ya me encontraba en la cocina con un café bien cargado para estar a las siete en el despacho e intentar acabar con todo el trabajo que tan amablemente me había asignado. Lo que no había tenido en cuenta de mí ese hombre que todo en la vida le habían dado, facilitándole el camino hasta llegar donde estaba, es que a tenaz no me ganaba nadie. ¡Y se lo iba a demostrar!

Volví a bostezar por octava vez en un momento mientras dejaba la taza dentro del lavavajillas intentando no mancharme la camisa del traje pantalón. Solo me faltaba perder tiempo cambiándome de ropa. Ya había perdido suficiente levantándome un rato antes para intentar ocultar las ojeras de mapache con el corrector. Otra cosa que agradecer a mi cariñoso jefe.

—Buenos días, reina —oí a mis espaldas a un todavía dormido Leo —. ¿Qué haces levantada tan temprano? Porque ¿has llegado a acostarte? Anoche no te oí llegar. —Me dio un beso en la mejilla mientras se preparaba una taza de café.

—Eso será porque cuando llegué habían quitado ya las calles. Era tardísimo —me quejé con una sonrisa de resignación.

—Y ya te confirmo que, a estas horas, todavía no las han puesto. Me lo ha dicho mi marido, que acaba de llegar de trabajar. ¡Qué ganas tengo de que deje de ser el cirujano nuevo para que no se tenga que tragar sin masticar todas las guardias habidas y por haber en el hospital! —me siguió la broma antes de entrar a matar conmigo—. Me da un poco de miedo preguntarte, aunque si te has arreglado tanto es porque aún sigues trabajando en el despacho con «él». ¿Cómo te fue en tu primer día? —Se sentó en el taburete de la cocina para clavar su mirada en mí, esperando con interés mi respuesta mientras soplaba el café de la taza entre sus manos.

Tanto a Leo como a su marido Nael les había explicado mis dos tropiezos con Gonzalo de la Fuente, un ser amargado, cretino de profesión y, por una pesada broma del destino, mi jefe en la actualidad. Algo que todavía no llegábamos a explicarnos después de tan extraña e intensa entrevista el pasado lunes. Prácticamente me había echado a patadas de allí, o yo había salido tan rápido que no llegué a cerrar ni la puerta al marcharme a causa de la sorpresa.

—¡Muy bien! Los tres primeros segundos fueron muy bonitos… hasta que me lo encontré de cara nada más salir del ascensor. ¿Te puedes creer que nos estaba esperando a Braulio y a mí en la recepción para echarnos en cara que llegábamos tarde? ¡Dos minutos, Leo! ¡Dos puñeteros minutos! —me enfadé al recordarlo, despertando de golpe con la mera mención de mi nuevo jefe.

—¿Braulio? —quiso saber con algo de picardía y más interés alzando las cejas juguetonamente—. ¿Está bueno ese Braulio?

—¡Tú estás tremendo! Braulio es solo mi compañero de trabajo, la otra incorporación, bastante más joven que yo y, ya te adelanto, no me interesa lo más mínimo de forma romántica, y tú lo sabes. Pero,

por haberle echado una mano, terminé buscándome una nueva bronca con mi empático y cariñoso jefe. ¿Te lo puedes volver a creer?

Le expliqué los encontronazos con mi irascible jefe desde que salí del ascensor hasta que pasé por su despacho a última hora de la tarde para que me diera esos proyectos de más con el mismo palo en el culo que había llevado todo el día. Leo se rio bastante y yo me reí con él. ¿Qué iba a hacer? Era optimista por naturaleza y mi buen humor primaba ante todas las cosas.

—Y ahora, me voy o llegaré después que «Don Sonrisas» y así tendrá otra excusa para regalarme algo más de trabajo, y el viernes no me quedará otra que suplicar de rodillas a la empresa de catering que me readmitan —y dándole un beso en la mejilla a mi amigo salí casi corriendo de la cocina—. Dale un beso y un abrazo muy grande a Enzo de mi parte. Dile que este fin de semana se lo recompensaré a lo grande y que lo quiero mucho.

—Ya lo sabe, reina. Y él a ti. Y ahora que gracias a mis fantásticos e increíbles dotes para llamar a la más absoluta calma has encontrado algo de paz mental en tu interior, corre. No se te haga tarde —me dijo muy serio pero con un brillo de diversión en su bonita mirada.

—Leo, querido, la paz mental me la dará el mandarlo a la mierda de manera sutil en cuanto me lo cruce con esa cara de haber desayunado limones. Eso no tendrá precio. Y ahora reza para que mi coche arranque a la primera y no me deje tirada. —Oí cómo se reía a mis espaldas—. ¡Deséame suerte!

—No la necesitas, solo sé tú misma.

***

Había conseguido llegar a las siete en punto, justo cuando los de seguridad abrían las puertas del edificio. Ni rastro de Gonzalo de la Fuente y su inmejorable humor. ¡Bien! A las once, todavía encerrada en mi despacho sin haber levantado la vista de presupuestos, planos y dibujos, todo mi ser clamaba por un café. O iba a por mi chute de cafeína o yo misma dimitiría sin ayuda ni consejo de nadie.

Al salir al pasillo observé que la puerta de Braulio estaba cerrada. Me había dado los buenos días en cuanto entró, se encerró en su despacho y tampoco se había movido de él. Normal que no quisiera cruzarse con Gonzalo. Estaría trabajando a contrarreloj para acabar todo el trabajo a tiempo, al igual que yo. Me quedé mirando al fondo del pasillo, la puerta de mi jefe, para ofrecerme a traerle un café e intentar llevar una relación cordial. Realmente yo era de trato muy sencillo y me gustaba llevarme bien con todo el mundo, pero no sé qué me pasaba con él. Instinto de supervivencia, quería pensar, porque no le encontraba otra razón. Di un paso a su puerta, pero me lo pensé mejor. Quizá un café no era la ofrenda de paz más recomendable después de todo lo ocurrido entre nosotros. Suspiré pensando que encontraría el modo de suavizar un poco nuestra tensa relación. Eso si al día siguiente no me ponía de patitas en la calle. Iba a buen ritmo con todo el trabajo, pero aún me faltaba mucho para darlo por terminado.

Finalmente me dirigí al ascensor a por ese café antes de que me tirara al cuello del primero que se me cruzara y, con la suerte que tenía, ese alguien tenía todas las papeletas de ser Gonzalo. Sonreí y pasé por delante de un mostrador de recepción desierto. ¡Qué raro! ¿Dónde se había metido Gisella? Esa mujer siempre estaba en su puesto de trabajo y en ese momento no había ni rastro de ella. Me cayó bien desde el primer día. Se notaba que llevaba años trabajando en DLFuentes y Asociados y que sabía manejar a nuestro

jefe con una facilidad pasmosa, muy sutil todo, algo que me hacía admirarla aún más.

Me encogí de hombros y me dirigí al ascensor para bajar a la cafetería todo lo rápido que pudiera, no fuera a ser que mi jefe me echara en falta durante minuto y medio y tuviera un motivo extra para estar más cerca del despido. Cuando la puerta se abrió tuve que hacerme a un lado para no ser arrollada por la mujer que salía de él sin mirar a nada ni a nadie, algo que me hizo recordar la manera de ser de cierto jefe. De verdad empezaba a confirmar que toda esa gente con dinero estaba cortada por un mismo patrón. Una vez que estuvo enfrente del mostrador de recepción, haciendo sonar con fuerza en el suelo sus altísimos y carísimos zapatos de tacón, tamborileó con prepotencia los dedos encima de la suave superficie y empezó a mover el pie con fastidio. Dudé entre acercarme a ver si podía ayudarla y ganar puntos en esa empresa por mi iniciativa o ir a por ese café, porque seguro que Gisella no andaría muy lejos. Y aunque algo en mi interior me dijo que no me metiera donde no me llamaban, me lie la manta a la cabeza y me dirigí a esa barbie modelo en su versión más morena y latina con una gran sonrisa.

—Hola, buenos días. ¿Te puedo ayudar en alguna cosa? —pregunté con toda mi buena voluntad, que era mucha, porque ese día todavía no me habían tocado las narices.

Se giró muy lentamente mirándome por encima del hombro como si fuera insignificante, de manera bastante despectiva, algo que ya me hizo ponerme en alerta y corroborar que no había sido buena idea ofrecer mi ayuda. Un mal presagio cruzó por delante de mí. Esa mujer era media cabeza más alta que yo, a pesar de que yo también calzaba tacones, muy delgada, con pinta de modelo y con una larga melena morena impecablemente peinada a juego con su maquillado y perfecto rostro. De labios operadísimos al igual que su pecho, era

preciosa, bonita de una manera exótica. Elegante en el vestir como en su manera de andar, todos sus movimientos estaban estudiados al milímetro para que se giraran a mirarla con lascivia. La mujer perfecta para cualquier hombre, y ella era muy consciente de ello, aunque a esta también se le había olvidado dejar el palo de la escoba en casa, porque si se envaraba un poco más se partiría en dos.

—¿Dónde puedo encontrar a Gonzalo de la Fuente? —exigió con un fuerte acento italiano y clavando sus rasgados ojos con exceso de maquillaje en mí.

«¡Señor, dame paciencia! ¡Se trata de hacer la buena acción del día y ganar puntos cara a mi jefe! ¡Ya le haré vudú más tarde!».

—¿Y a quién anuncio? —pregunté como si fuera el mayordomo de una gran mansión y ella una ilustre invitada.

—A Rosella Bianchi —me iluminó como si fuera un sacrilegio que no la conociera.

—¿Su prometida? —Entorné los ojos para volver a observarla, ahora sí, con más atención porque realmente eran tal para cual. Igual de prepotentes y estirados.

—*La sua amica speciale*, de momento. —Hizo una mueca parecida a una sonrisa.

¡Sí, confirmado! ¡Mi jefe y la italiana eran pareja! «Dios los cría y ellos se juntan», pensé. Sonreí dispuesta a ser algo más que la nueva pasante con un pie en la calle. Siempre había sido proactiva con mucha iniciativa propia.

—¡Claro! Sígueme, te llevaré a su despacho.

Una vez delante de su puerta, llamé suavemente con los nudillos y, al momento, me llegó su indicación de manera grave y amortiguada de que podía pasar. No terminé de abrir la puerta

cuando esa barbie, haciéndome a un lado con un empujón, pasó por delante de mí con una seguridad aplastante.

—¡*Caro*… por fin! —Se lanzó a su mesa con una deslumbrante sonrisa de dientes blancos.

La cara de Gonzalo cuando levantó la vista de la mesa pasó de la sorpresa a la de una máscara de hielo. Su fría expresión y su aniquiladora mirada a mi persona me hicieron saber que esa mujer no era bienvenida en ese lugar. ¡La madre de Dios! Si es que no sabía por qué no me estaba quietecita.

—¿Quién te ha dejado pasar? —le preguntó duramente, y ella no movió su sonrisa artificial de sus labios.

—Ella —me señaló, alzando una de sus perfectísimas cejas.

—Claro, como no…, «ella» —me habló entre dientes con una evidente hostilidad y, levantándose con rapidez de su butaca, se dirigió a la visita que ya se encontraba en medio del despacho para cogerla del brazo bruscamente y sacarla de ahí mientras, en esa acción, solo me miraba a mí, furibundo—. ¿A ti te ha quedado clara la función para la que se te ha contratado en este despacho o necesitas que repasemos tu contrato punto por punto?

¡Confirmado! ¡La había cagado a lo grande! El nudo en el estómago era cada vez más evidente y tragaba saliva con dificultad, algo que raramente me sucedía pero que en esos instantes no pude evitar. ¿En serio me había cargado el trabajo de mis sueños por intentar hacer algo bien?

—No hace falta que me habl…

—¡No digas nada, Daniela! Tú y yo tendremos una conversación más tarde sobre cuáles son tus tareas —me hizo saber muy secamente—. Y tú, Rosella, no sé cómo te las has apañado para colarte en el edificio ni tampoco sé a lo que estás jugando, pero ya

te estás largando de aquí. Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar, y lo sabes.

Pero ella, haciendo oídos sordos, se soltó de su agarre y, con estudiados movimientos, se sentó con elegancia en el sofá del despacho.

—Al contrario, *caro*, tú y yo siempre tenemos algo de lo que hablar, aunque si prefieres, podemos hacer cosas más interesantes que dialogar…, ya me entiendes.

—¡Cierra la puerta, Daniela! —me ordenó un cabreado Gonzalo—. Tardo cinco minutos con la visita.

—*Bambina*, la reunión tardará algo más —me hizo saber ella con petulancia—. Ya que estoy aquí, no hay prisa.

Gonzalo sacó el aire con resignación de sus pulmones, clamando paciencia al cielo. Rosella brindó ya toda su atención a mi jefe y yo evité la mirada de ambos cerrando con suavidad la puerta a mis espaldas.

Me dirigí a mi despacho aniquiladas las ganas de ese café cuando, antes de alcanzar la puerta del mío, una nerviosa voz me frenó en seco.

—¡Dime que no está aquí! —La cara de Gisella era todo un poema.

—Si te refieres a la italiana, sí, está en el despacho de Gonzalo —contesté sin fuerzas.

—¡Mierda! Me han dicho los de seguridad que se les ha colado y yo no estaba en mi sitio para impedirle la entrada a los despachos de dirección. —Había nerviosismo en su voz.

—¡Tranquila, Gisella! Yo la he guiado directa a su madriguera. Si alguien se va a ir a la calle, esa soy yo. Lo he leído en su mirada y en una nada sutil velada amenaza.

—Tú no sabías nada, cariño. —Me cogió del brazo para dirigirnos a la entrada y esperarlos allí.

—¿El contrato contempla la posibilidad de equivocarse o aquí todo desliz es motivo de exilio inmediato? —Me deshice sutilmente de su agarre cuando paró delante de la recepción y me miró con dulzura —. ¿Estoy en la calle, verdad? —pregunté lastimeramente.

—No te vas a ir a ningún sitio y menos por culpa de esa arribista. Esa mujer es una maldita amenaza constante —se quejó con gracia.

—Empiezo a pensar que yo soy una amenaza constante para Gonzalo —le contesté con una sonrisilla, aunque notaba que un inminente ataque de nervios me daba la bienvenida en esos momentos.

—Me gustas mucho, Dani, así que tranquilízate porque conozco bien a Gonzalo. Hoy se ha levantado un poco más arisco de lo normal, pero aparte de una conversación intimidatoria para demostrarte que él tiene la sartén por el mango, no llegará la sangre al rio. Sobre todo, cuando Rosella Bianchi está en medio. Esa mujer es una manipuladora nata y su ambición hace el resto.

—Y deduzco, por lo que he presenciado, que esa ambición tiene nombre propio. —Sonreí un poco más tranquila.

—¡Gonzalo! ¡Correcto!

—¡Mierda! ¡Y yo la he metido en la morada del cordero! —Me tapé la cara con las manos.

—Yo no diría eso, mujer… Tampoco es tan manso, créeme.

—Tienes razón, porque me va a arrancar el corazón, mierda…

Gisella se rio suavemente sin darle ya mucha importancia a todo lo ocurrido cuando oímos voces al final del pasillo. Gonzalo sujetaba el codo de Bianca mientras ella se intentaba soltar.

—Gisella, acompaña a la señorita a la salida y no la pierdas de vista hasta que no esté fuera del edificio —y ahora sí la soltó para que pudiera marchar.

Gisella se acercó a ella con una gracia natural. Antes de que la tocara, la otra se revolvió contra ella con un carácter acorde a esa aura de superioridad que desprendía.

—No se te ocurra tocarme.

—Tranquila, yo no toco la basura sin guantes.

—*Imbecille!*

—¡Qué nivel de elegancia, chica! —y guiñándonos un ojo se fue hacia el ascensor detrás de una envaradísima Rosella, que entró en él con la majestuosidad de una reina—. ¡Ahora subo! ¡Voy a bajar la basura! —susurró no tan bajo como pretendía.

Cuando las puertas se cerraron, enseguida noté la presencia de Gonzalo encima de mí. Ni tiempo a contar hasta tres me dio antes de que se me echara encima.

—¿Es que tú no tienes fin? ¿Qué cojones te he hecho yo? Tuvo que ser en otra vida porque en esta no ha sido, me acordaría de un bicho como tú —me siseó en la nuca muy, pero que muy cerca.

—Solo intentaba ayudar, te lo juro. ¡¿Y yo que iba a saber que esa mujer estaba en busca y captura cuando ha llegado tan alegremente a la planta diez sin problemas?! Quizá tendrías que buscar el problema desde su origen, en esa maravillosa e impresionante seguridad de la planta baja —le rebatí girándome para mirarlo a los ojos mientras cogía mi labio inferior con los dientes, algo nerviosa. Total, si me iba a quedar sin trabajo, lo haría peleando, así que añadí—: O en lo que vas prometiendo por ahí a las mujeres.

Hubo una mezcla entre hostilidad y asombro en la cara de Gonzalo. Sabía que esa figura imponente y esa cara de pocos amigos harían temblar al más valiente de los hombres. Una pena para él que yo fuera mujer, una guerrera sin prácticamente miedo a nada ni a nadie, aunque en ocasiones tuviera mis momentos de debilidad y desconcierto, como en ese momento, porque ¿por qué

me miraba de ese modo? ¡Por favor, que dejara de mirarme los labios! E, inconscientemente, me mordí el inferior con un poco más de fuerza.

—Para la próxima vez, esa mujer no es bienvenida aquí —me hizo saber solemnemente, volviendo su fría mirada azul para fulminar la mía.

—Esa mujer te pegaba, he dado por hecho que era tu pareja —repliqué.

—¿Me pegaba? —La pregunta la hizo en un tono más agudo, por la sorpresa.

—Sí, bueno…, los dos sois altos, guapos, de clase alta, miráis al resto de las personas por encima del hombro con esa prepotencia al hablar innata en los de vuestra clase, envarados hasta decir basta…

—¡Madre de Dios! —Se tapó los ojos con una mano—. ¿Tú sabes lo agotador que va a ser lidiar contigo todos y cada uno de los días que estemos juntos en este despacho?

—¿Eso ha sido un chiste? —me sorprendí, porque dudaba de que ese hombre supiera lo que era una broma.

Gonzalo hizo una mueca parecida a una sonrisa y se dio media vuelta sin decir nada más. Me quedé mirando su ancha espalda mientras se dirigía a su despacho con la seguridad de una apisonadora.

—Entonces… no estoy despedida, ¿verdad? —le grité al pasillo.

—Aún —fue su escueta respuesta.

Sonreí. Por increíble que resultara, todavía seguía dentro del equipo.

«¡Sí!».

# Capítulo 11



*Viernes, 15 de enero*

**Gonzalo**

—¡Es espectacular! —alabó el trabajo que iba cogiendo mi padre de encima de la mesa de reuniones de mi despacho, con cada carpeta, una sonrisa más amplia—. ¡Te lo dije!

—No me lo recuerdes… —murmuré resignado.

Por increíble que me resultara, cuando a las siete y media entraba en mi despacho, encontré encima de la mesa todas las carpetas que había asignado a Daniela. ¡Todas! Y en ellas presupuestos, planos y demás, todo impecablemente entregado. Era imposible que hubiese podido con todo a menos que no hubiera dormido esa noche, ni la anterior, ya puestos. Y aun así, le hubiese tenido que faltar tiempo.

—¡Un gran fichaje, hijo! Esa mujer, con algo más de rodaje y experiencia, será imparable. ¡Y es nuestra! —Dejó el último dosier y

se acercó a mi mesa para sentarse en la butaca de enfrente, satisfecho.

Pocas veces le había visto esa cara ya que él, al igual que todos los De la Fuente, era perfeccionista hasta límites insospechados. La última vez fue con el fichaje de Candy, nuestra exsocia. Ese día no se equivocó en absoluto y algo me decía que la historia se repetiría con Daniela.

—Ahora solo tiene que aprender quién manda. —El sarcasmo en mí era evidente.

—Gonzalo, hijo —me llamó a la atención mi padre con esa gravedad innata en él cuando quería hacerse oír y respetar—. Quiero a Daniela en el equipo, nos ha demostrado en apenas dos días más que el mejor de los arquitectos en un mes. No voy a permitir que la perdamos. Espero que en eso estemos de acuerdo.

—Por mucho que me fastidie reconocerlo, esa mujer tiene un don. No tienes de lo que preocuparte, papá. Intentaré no comérmela de un bocado, yo también la quiero aquí. El trabajo que me ha presentado es, simplemente, brillante —lo tranquilicé, intentando hacerme a la idea yo mismo, ya que, si hubiese apostado el cuello a que no la vería ese viernes, lo habría perdido sin dudarlo—. Otro cantar es Braulio… esperaba más de él. Hay que volver a hacer parte de los presupuestos que le di, el proyecto está mal planteado… Quizá se pudiera salvar esta parte de aquí…— le acerqué la carpeta con desinterés—. No sé…, estoy por dársela a Daniela para que ese hombre vea cómo se trabaja…

—¿Y ese cambio con ella? —preguntó con un interés en su mirada que no me hizo ninguna gracia. A veces mi padre me daba miedo.

—Ya te lo he dicho, es brillante y no soy tonto, papá. Sé reconocer un trabajo bien hecho por la camarera —acabé con una pulla.

—Pues intenta no cabrear más a esa camarera, hijo —y dicho eso, con una sonrisa divertida, se levantó dando por finalizada la breve reunión—. ¿Nos veremos en casa esta noche?

—No, iré a mi ático. Necesito pon…

—No me des explicaciones, Gonzalo. No te preocupes por mí. —Me palmeó el hombro con cariño y me miró con un brillo de intenciones—. Yo he vivido mi vida intensamente, aún la vivo bien, tu hermana está haciendo lo mismo… ¿A qué esperas tú? ¿A que una Rosella Bianchi te atrape en una relación tóxica? ¿Sin amor? Y no me mires así, Gisella me ha contado lo que ocurrió ayer con esa mujer.

—Ni me lo recuerdes, papá. La próxima vez le pondré una orden de alejamiento. —Sonreí yo también.

—No estaría de más con mujeres como esa. —Me volvió a palmear el hombro y se fue a su despacho riéndose por la ocurrencia.

No, al igual que a mí, no me preocupaba esa mujer más que el incordio que era despegarme de ella cada vez que la tenía delante y el dolor de cabeza que tenía después. Quizá era más preocupante el hecho de trabajar con otra mujer de nombre Daniela. A pesar de su juventud y su carita de muñeca, con ese aire de inocencia, estaba empezando a entender que, con esa chiquilla a mi lado, el peligro iba a flotar en el aire. Tenía el veneno justo para no matarte, pero podría engancharte hasta volverse adictiva. Una necesidad tan dulce como destructiva. El ejemplo más claro había sido el del día anterior, cuando llevó a Rosella hasta la puerta de mi despacho. Una vez me deshice de ella y me quedé a solas con mi nueva pasante, todo mi enfado desapareció de un plumazo con solo verla morderse de esa manera tan ingenua y a la vez tan erótica su suave labio inferior. Cuando posé la mirada en esa inconsciente acción ya no pude seguir

a su lado sin riesgo de querer probar ese labio con los míos. Fue instintivo y primitivo, sin lógica ni razón.

Cerré los ojos porque eso iba a ser una auténtica tortura emocional que no me daría ni un simple respiro. Profesionalmente no la podía perder porque no encontraría a nadie igual, era muy consciente de ello; personalmente iba a ser una cruz a mis espaldas y un auténtico y constante dolor de huevos, eso era un hecho indiscutible; emocionalmente iba a ser un calvario tenerla tan cerca y, por primera vez en muchos años, no entendía muy bien el motivo, y físicamente… Fue pensar en su bonito cuerpo, en ese curioso color de pelo igual a una puesta de sol, en esos hipnóticos ojos donde me perdería con gusto solo por apreciar los mil detalles a causa de su extraño color, y todo ello sumado a su fuerte carácter, pues no se amilanaba ante el mío, que sabía que era brutal e intimidante… ¡mierda! y mi cuerpo, en ese momento sentado detrás de mi imponente mesa, reaccionó instintivamente y, entrando en detalle y más concretamente, cierta parte de mi anatomía se endureció en el acto con una gran erección sin más. ¡Joder! Abrí los ojos intentando controlarme, pues desde que me había cruzado por primera vez con esa mujer parecía que mi cuerpo iba a su aire, y me aflojé un poco la corbata, que en esos momentos me sobraba al igual que la americana.

Lo mejor con ella, si a partir de ahora íbamos a trabajar juntos, sería ser yo mismo, o lo que era igual, ser un capullo arrogante, tal y como me llamaba el que no me conocía de verdad. Ese era yo, y así tenía que continuar siendo para ella también. No me podía permitir distracciones de ningún tipo, mi prioridad ahora mismo era la empresa. No tenía tiempo para líos de faldas, mucho menos con trabajadoras, bastante tenía con Rosella y sus tonterías. Solo me faltaba sumarle Daniela.

Y de ese modo me encontraba cuando llamaron con suavidad a mi puerta esperando que diera permiso para pasar a quien se encontrara en el otro lado. Suspiré pesadamente y sin poder moverme de mi asiento alcé la voz con mi respuesta.

—¡Adelante!

La mujer que empezaba a ocupar gran parte de mis pensamientos entró con una gran sonrisa en su cara y una bolsa de papel marrón en la mano. Me quedé quieto, observando cómo avanzaba hacia mi escritorio sin dudar, con una seguridad que más de un hombre con experiencia hubiese deseado para él. Eso, sumado a lo bonita que se veía esa mañana con ese elegante vestido que insinuaba de manera muy sutil todas y cada una de sus curvas, me secaron la boca al instante.

—¡Buenos días, Gonzalo! —Se quedó de pie delante de mi escritorio sin perder la sonrisa—. Acabo de cruzarme con Alfonso y me ha felicitado por mi excelente e increíble trabajo. —Ahí me miró fijamente con un fugaz brillo de diversión en su mirada—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —pregunté sin saber qué esperar esa vez de ella.

—¡Vamos, vengaaa! —expresó con gracia, como si fuéramos amigos de toda la vida—. Llevo dos días sin dormir para dedicarle treinta horas al día a los proyectos que me dejaste con la intención de poder echarme a la calle a traición y los he podido sacar adelante yo solita, y Alfonso de la Fuente acaba de darme oficialmente la bienvenida al equipo tras haber visto mi trabajo. —Calló en ese punto, alzando las cejas con diversión—. ¿Y bien?

—Daniela, no me van los acertijos —atiné a decir—. Y no creo que quieras hacerme perder el tiempo con ellos, un consejo.

—Vale, está bien… De verdad, qué carácter tan difícil, sonrisas —se le escapó mientras se volvía a morder ese labio que sería mi perdición.

—No te recomiendo que me vuelvas a llamar «sonrisas». No tientes tu suerte, yo no soy mi padre —le dije muy serio.

—¿Eso quiere decir que tú no me vas a felicitar por mi trabajo? Pensé que…

—Daniela, se te ha contratado para hacer bien tu trabajo, es lo menos que espero de ti. De otro modo no estarías ya aquí —la corté de malhumor.

—Está claro que no eres tu padre… —murmuró perdiendo esa bonita sonrisa con la que había entrado y dejando la bolsa de papel marrón que llevaba en la mano delante de mí—. ¡Es para ti! —Miré la bolsa extrañado y otra vez a ella, esperando a que continuara—. Me he cruzado con tu padre hace unos minutos, pero realmente venía a verte por otro motivo… Solo quería tener un detalle contigo para hacer las paces y pedirte perdón por lo de ayer con la italiana.

Me la quedé mirando con sorpresa. Nunca sabía por dónde saldría esa mujer, pero desde luego, eso sí que no me lo esperaba. ¿Una tregua? ¿Con ella? No, imposible.

—Con que no vuelva a suceder es suficiente. Esto no es el colegio, Daniela.

—Me gustaría que me empezaras a llamar Dani…

—¿Algo más? —pregunté clavándole la mirada, dándole a entender que la conversación había acabado entre nosotros.

—¿No vas a ver qué es? —preguntó recelosa sin intención de irse. Pero ¿por qué no le causaba ni un poco de miedo a esa tozuda mujer?

—¡¿Si abro la bolsa te irás a trabajar y me dejarás hacerlo a mí también?! —Sonrió a modo de respuesta. Suspiré con gran resignación y abrí la bolsa para mirar por encima cuando un fuerte olor a chocolate inundó mis fosas nasales—. ¡¿Chocolate?!

—Desde luego no es col hervida, no hace falta que arrugues la nariz de ese modo. —Le tendí la bolsa para que se la llevara—. Es de la cafetería esa pija de abajo, tranquilo —me hizo saber, extrañada por que tuviera la bolsa flotando delante de la nariz, hasta que la cogió frunciendo ahora ella la suya—. ¡Son bollitos rellenos de chocolate con leche! Yo no los he probado, pero solo con el olor se te hace la boca agua.

—¡Gracias! ¡Pero no me gusta el chocolate! —zanjé la conversación para que se llevara la bolsa y me dejara trabajar de una vez por todas.

Me miró sin creérselo, pero es que realmente no soy amante del chocolate y menos en bollos industriales.

—¡A todo el mundo le gusta el chocolate! —rebatió mosqueada por el rechazo—. A mí me vuelve loca el chocolate, hay días que mataría por un poco de chocolate como este.

—A mí no, y no te engaño, Daniela. Nunca me ha gustado el chocolate.

—No sé de qué me extraño contigo —farfulló abriendo la bolsa y cogiendo uno de los bollitos de su interior—. ¿Sabes? Te iba a traer un café, pero pensé que no sería una de mis mejores ideas teniendo en cuenta tus antecedentes con esa bebida. No te pienses que soy tan kamikaze como te crees, así que esta delicia ha sido la otra opción. —Puso el bollito bajo su nariz y aspiró su olor mientras sonreía de manera perezosa—. Una pena, entonces… me los tendré que comer yo —y su sonrisa se hizo mucho más amplia.

Abrió la boca y de un solo bocado se llevó la mitad de este mientras cerraba los ojos de placer y la oía gemir del gusto. En ese momento, ni aunque se hubiera acabado el mundo hubiera podido separar la vista de ella, de su boca, de su expresión de placer tan inocente que dudaba de que fuera consciente de lo que estaba

haciendo delante de mí, provocándome. Y yo estuve convencido de que mi mirada se oscureció mientras encajaba la mandíbula con fuerza a la vez que la fuerte erección bajo mis pantalones se descontrolaba.

—¿Qué cojones pretendes, Daniela? —pregunté con dureza.

Ella abrió los ojos con sorpresa mientras se limpiaba con un dedo la comisura de su boca para lamerlo con lo que quedaba de chocolate. ¿En serio? ¿Lo hacía adrede? Porque juré por todos los santos que esa mujer acabaría conmigo en cuestión de horas.

—¿Que qué pretendo? —Frunció el ceño ante la pregunta hecha tan duramente—. No te entiendo.

—¡Joder, Daniela! ¿Te crees que soy ciego o, lo que es peor, imbécil con el numerito festivo-erótico que te acabas de montar delante de mí? —salté ya cabreado por la situación que había creado, una en la que jamás ninguna mujer me había puesto con esa facilidad.

—¡¿Que qué?! —Se sonrojó levemente y abrió aún más sus ojos con evidente sorpresa, y entonces pude ver esas vetas del color de las avellanas que me fascinaban. Se puso todo lo tiesa que pudo y vi cómo apretaba las manos en dos puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos, mientras intentaba respirar con una normalidad que no sentía en esos momentos.

—¿No me has entendido? —la reté con una engañosa calma.

—Sí, pero en mi infinita misericordia te estoy dando la oportunidad de rectificar, «sonrisas». —Habló muy lentamente entre dientes, muy cabreada, sin importarle lo más mínimo si me molestaba que me volviera a llamar con ese apelativo. Es más, lo remarcó con dureza.

—No sé a qué juegas, «dulzura», pero sea lo que sea no te va a funcionar conmigo. El puesto de trabajo, de momento, ya es tuyo. He prometido a mi padre que te daría una oportunidad a mi lado ya

que tu trabajo no es malo del todo. ¡No lo eches a perder con gilipolleces como esa que acabas de hacer! —Apoyé los antebrazos en la mesa reclinándome en ella sin poder levantarme todavía, muy serio.

—Te voy a hacer una sencilla pregunta aun a riesgo de verme en la calle sin pasar por la casilla de salida, pero ¿siempre actúas como si te hubieras tragado un palo de escoba? Tengo la ligera intuición de que no soy la única que tiene una, aunque claro, cada uno de nosotros le da una utilidad distinta. —Clavó su mirada asesina en mí.

—Coge la bolsa de esa bomba de grasa y colesterol y sal de mi vista antes de que pierda los papeles contigo, porque ya te hago saber que la poca paciencia que tenía hoy la has agotado en cuestión de segundos —le dije con la mandíbula apretada, apenas siseando las palabras—. Voy a hacer lo posible para que renuncies tú solita al puesto de pasante que te has ganado a pulso, pero que, con tu manera de ser y esa lengua tan afilada que tienes, acabas de lapidar sin ayuda de nadie. Si te ha parecido que estos dos días has trabajado por tres, a partir del lunes te voy a enterrar en tal montaña de carpetas y dosieres que no vas a poder ni ver la luz del día. Y ahora, si no te importa, sal de mi vista para que pueda seguir trabajando. En tu despacho tienes trabajo por acabar —finalicé dando por terminada una conversación que se nos había escapado a ambos de las manos.

—Solo pretendía ser amable, otro adjetivo que sumar a la larga lista de los que evitas o simplemente no entiendes. ¡Menuda sorpresa contigo!

Apretó con mucha fuerza la bolsa en la mano y, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y salió de mi despacho con paso seguro y una entereza digna de admiración. Cualquier mujer u hombre en su situación, como poco, habría salido llorando. Pero ella

no, ella aguantó estoicamente para, con la dignidad de una reina, salir de mi despacho sin siquiera dar un portazo.

Me froté la nuca compulsivamente y me recliné en mi butaca, mirando fijamente la puerta. No era buena idea tenerla trabajando conmigo, me lo decía mi instinto y este pocas veces se equivocaba. Y tenía la intuición de que en esa ocasión tampoco lo haría.

# Capítulo 12



*Viernes, 15 de enero*

**Gonzalo**

El resto del día lo pasé intranquilo. Hasta dos veces me levanté de mi butaca para ir a hablar con Daniela. Ni loco le iba a pedir perdón, mi carácter no me lo permitía porque si hacía eso perdería totalmente el poco respeto que esa chiquilla me tenía, pero sí quería intentar suavizar un poco lo que había pasado esa mañana. ¡Mierda! ¡Apenas llevaba tres días trabajando aquí y ya era un puto quebradero de cabeza! ¿El motivo? Lo tenía clarísimo: me atraía como una droga al adicto. Me reafirmé en la convicción de que no era buena idea trabajar a su lado.

El día llegaba a su fin y finalmente no me moví del despacho porque no sabía si empeoraría la situación. Mejor dejar el fin de semana de por medio y que las aguas se calmaran por sí solas. Ya

casi no quedaba nadie en el despacho y yo me negaba a irme todavía. Mi vida personal era inexistente, algo que a veces me pesaba. El sonido del interfono me sacó de mis lúgubres pensamientos.

—Dime, Gisella.

—Gonzalo, Víctor acaba de llegar. Te trae la documentación que le pediste esta mañana.

—Dile que pase, gracias —y antes de cortar la comunicación quise saber—: Por cierto, ¿queda alguien en los despachos de dirección? —Fue mi sutil manera de saber si Daniela ya se había ido o solo quedaríamos ella y yo.

—No, ya no queda nadie. Y yo me voy ya. Te quedas solo con Víctor. ¡Intenta disfrutar del fin de semana! ¡Hasta el lunes!

—¡Hasta el lunes, Gisella!

Y no sé por qué me enfureció que Daniela ya se hubiera ido. Había tenido la esperanza de poder hablar con ella a solas. ¡Estaba de mierda hasta el cuello!

—¿Se puede? —llamaron a la puerta para entrar sin esperar contestación.

—Pasa, Víctor, te estaba esperando.

El marido de Candy, mi exsocia y una de las pocas amistades que realmente tenía, se acercó con esa seguridad suya para hacerlo todo y me dejó, con el esbozo de una sonrisa, una carpeta negra encima de la mesa. Después se sentó enfrente de mí casi tirándose en el asiento.

—Ahí tienes todo lo que me has pedido esta mañana y mi mujer te traerá el lunes a primera hora lo que falta. Aunque no lo entiendo, el martes me contaron que contrataste a un par de pasantes… ¿A qué hora te han pedido la renuncia? —quiso saber con una burlona sonrisa, alzando la ceja y esperando con interés mi respuesta.

—Desde que te casaste con Candy y descubriste que tenías humor, este no tiene límites —fue mi respuesta.

—Algo que tendrías que practicar tú también, Gonzalo. —Se rio con ganas y se levantó de su asiento—. Es tardísimo y aquí ya no queda nadie. ¡Vamos! ¡Te invito a una cerveza!

—Ahora mismo no soy buena compañía —gruñí más que hablé.

—¡¿Y desde cuándo me importa a mí eso?! —contestó con jovialidad—. ¡Venga, vamos! Solo conseguirás empeorar ese mal humor que llevas encima si te dejo aquí solo. ¡Déjame que te invite a esa cerveza y me cuentas a qué viene esa cara de pocos amigos!

—Es mi cara, Víctor, la de siempre.

—No, esa que tienes ahora mismo me está dando miedo hasta a mí. —Se volvió a burlar—. ¡Una cerveza! No te irá mal distraerte un poco.

—¿Y Candy y tu hija? ¿No te esperan en casa?

—Candy se alegrará de que pase algo de tiempo contigo.

—Está bien, gracias. No me vendrá mal salir de aquí. Me voy a volver loco —agradecí levantándome yo también para olvidarme del día y de cierta pasante, con suerte, durante un rato.

***

Entramos en el abarrotado bar que estaba justo enfrente del edificio. Al ser viernes había mucho ambiente de hombres y mujeres que habían acabado su jornada laboral en las oficinas de los alrededores y daban la bienvenida al fin de semana con una copa en la mano, fueran simples trabajadores o algún que otro directivo, como Víctor y yo. Nos dirigimos a la barra, ya que no había una mesa libre, y nos sentamos en los altos taburetes. A los pocos minutos, ya con una cerveza en la mano, di un vistazo a mi

alrededor para observar la vida social de la gente mientras Víctor terminaba de hablar por teléfono con su mujer.

Apenas tardé en darme cuenta de la presencia de una melena del color del atardecer sentada a una de las mesas y acompañada de Braulio. Apreté la cerveza con más fuerza de la que debiera al verlos juntos. Se les veía muy cómodos hablando y riendo con complicidad. No se tocaban, ni siquiera un simple roce entre ellos, me daba la sensación de que, a pesar de estar disfrutando de la conversación de su compañero, ella mantenía de manera muy sutil la distancia con él, al igual que lo hizo en la boda de Maite y Adrián con los invitados masculinos. Desde luego, no se le podía negar que era todo un arte su manera de guardar las distancias con los hombres y que estos, a la vez, se rindieran a sus pies, tal y como estaba demostrando en esos momentos con ese.

Creo que perdí la realidad de golpe porque no sé cuánto tiempo me quedé mirando fijamente la mesa hasta que la voz de mi amigo me sacó de donde estuviera en esos momentos.

—Mi madre siempre me decía que el día que encontrara a la mujer de mi vida lo sabría al momento —dijo a mi lado, dirigiendo la vista hacia donde yo la tenía clavada.

Desvié la vista y le di un largo trago a mi cerveza. ¡Mierda! ¡¿Tan ensimismado me había quedado que hasta Víctor se había dado cuenta?!

—No sé a qué viene ese comentario —contesté muy serio, dando un segundo trago muy largo al botellín y prácticamente vaciándolo.

—¿Quién es? —preguntó, obviando mis palabras mientras valoraba qué respuesta darle.

—Se llama Braulio Ayala, es uno de los dos nuevos pasantes que mi padre contrató este lunes. —Igual con esa respuesta tenía suficiente. Solo tenía que despegar mi mirada de su acompañante

para no sufrir un interrogatorio, uno que continuaría Candy con toda seguridad en cuanto me viera.

—¡Tío, no me tomes por tonto! Sabes que no te estoy preguntando por él —habló con una sonrisa, mirándome otra vez a mí.

Cerré los ojos unos segundos para acabar de un trago lo que me quedaba de cerveza y me giré hacia la barra para pedir otra.

—La otra pasante, Daniela Miyar, un dolor de huevos y un quebradero de cabeza para todo aquel que tiene la suerte de cruzarse en su camino.

La risotada de Víctor no tardó en llegar, llamando la atención de los que estaban a nuestro alrededor, incluida la mesa de mis dos trabajadores. No pude evitar que nuestras miradas se cruzaran y se quedaran ancladas una en la otra. Esa mujer era hipnótica hasta en la distancia, y eso empezaba a ser un problema para mí. Al momento abrió más los ojos por la sorpresa de verme, algo que le duró un fugaz instante porque enseguida dirigió de nuevo la mirada a Braulio para seguir la animada conversación que tenían.

—¿Así que ella es el motivo de esa cara que luces ahora mismo? —volvió al ataque Víctor. Me lo quedé mirando muy serio, pero a ese hombre no le intimidaba nadie, como bien había ido comprobando con el tiempo, su pasado pesaba demasiado, aunque junto a Candy esa dureza en su carácter se había suavizado muchísimo. Así que volvió al ataque—. ¿Te gusta?

—¡Por Dios, Víctor! Es una cría y trabaja para mí —salté a la defensiva.

—¿Una cría? Debe de tener la edad de tu hermana, veintitantos años largos —contestó sorprendido.

—Pues eso, una cría. ¡Que es mi hermana pequeña!

—Y se acaba de casar con Adrián, un hombre que la supera en edad. No es tan cría, igual que ella —la señaló con la cabeza con una sonrisa.

—Y nunca me liaría con una empleada —contesté enfadado dándole la razón por la puerta grande a que mi mal humor no era casualidad.

Calló un momento, mirándome con atención, para enseguida añadir con intención.

—¡Y es muy bonita!

—Sí, llama la atención —tuve que admitir porque de otro modo no me dejaría en paz con el tema—. Pero llevamos tres días trabajando juntos y también es impertinente, inaguantable y un dolor de cabeza constante. Es una cruz tenerla al lado más de cinco minutos seguidos.

—Pues su acompañante no se ve muy a disgusto en su compañía. Es más, me atrevo a decir que va a tener que salir del bar en barca si sigue babeando así por ella —se volvió a carcajear con humor.

—Sí, me doy cuenta. Es bastante selectiva a la hora de lanzar su veneno, tal y como estoy comprobando ahora mismo.

—¿Y aún sigue trabajando para ti? Eso es una novedad para todos, Gonzalo, ¡admítelo! ¿Hay algo que quieras compartir conmigo? Te irá bien hablarlo.

—Sí, el problema es que esa mujer es brillante en su trabajo. Solo es una pasante sin experiencia, pero nos ha demostrado en dos días que será una de las mejores en el campo de la arquitectura y el diseño. A mi padre lo tiene comiendo de la mano.

—Y creo que a ti también por el modo en que la miras —me hizo saber con un mordaz comentario, dando por completo en la diana.

Le iba a contestar muy serio cuando vi de reojo cómo Braulio se levantaba de la mesa para dirigirse a los servicios, dejando a Daniela

sola.

—Mira, Víctor, te agradezco tu interés por mi vida personal, pero no hace falta que te preocupes por ella, sé… —y fui perdiendo fuelle en mi defensa hasta quedar callado por completo.

El motivo fue Daniela, que captó toda mi atención, bueno, para ser más exactos, la mía y la de medio bar, aunque esa mirada de gata estaba posada únicamente en mí. Con un movimiento muy sugerente se quitó la chaqueta para quedarse solo con el vestido sin mangas, dejando ver unos bonitos brazos junto con un sugerente escote, el cual pronunció un poco más desabrochando dos botones extras. Entonces, en un movimiento bastante estudiado, pasó una de sus manos por su cuello desnudo deslizándola suavemente por su tersa piel hasta llegar a los botones del vestido para desabrochar uno más. Pero ¿qué es lo que pretendía esa mujer otra vez? Porque a mí me volvió a dejar la boca seca y con la vista clavada en ella, sin más reacción que observar con interés su siguiente movimiento. Uno que no tardó en llegar porque, pasándose la lengua de una manera muy erótica por su labio superior, cogió su refresco y bebió un trago mientras un poco de líquido le caía por el labio inferior, haciendo que la brillante gota hiciera de nuevo el trayecto que ya había hecho anteriormente su mano y consiguiendo que mi mirada siguiera el recorrido de esa maldita gota de manera descendente, hasta que se perdió entre el valle de sus pechos. ¡Joder con el refresco! Noté cómo mi cuerpo se tensaba, mi mandíbula se cuadraba hasta hacer rechinar los dientes y mi entrepierna despertaba de golpe con una fuerza imparable. Y cuando creía que eso era todo, sin poder conseguir aún respirar con normalidad, al dejar la bebida encima de la mesa inmediatamente su dedo empezó a reseguir el líquido que había resbalado por su piel, desde el escote subiendo por su clavícula para continuar por la curva de su cuello y terminar allá

donde empezó todo, en su exuberante boca, de donde se escapó la bendita gota. Finalmente, y para poner el broche de oro a mi erección y a mis alterados sentidos, se llevó ese dedo a la boca y, entrecerrando los ojos, lo chupó con deleite para sacarlo lentamente de entre sus labios y sonreírme con un erotismo que no olvidaría en la vida.

Nuestras miradas no perdieron la conexión en ningún momento. La mía, oscurecida por un deseo irracional, la suya con un brillo de intenciones en todo su esplendor. Fue en ese momento cuando se levantó y se dirigió con paso lento y seguro hacia donde estaba sentado, nuestras miradas todavía conectadas. Y aunque hubiese querido salir corriendo en esos momentos me hubiera sido imposible, porque mi cuerpo se negó a cooperar. El mundo dejó de existir, solo estábamos ella y yo. Cuando la tuve a pocos centímetros de mí, me habló muy suavemente, y noté su cálido aliento encima de mis labios junto con un aroma a suave jabón, solo perceptible a la distancia a la que nos encontrábamos, casi nula. Quedé unos largos segundos totalmente embrujado por ella.

—¿Te has podido dar cuenta de la diferencia? Eso que acabas de ver sí ha sido un numerito festivo-erótico, lo de esta mañana simplemente ha sido saborear un bollito de chocolate delicioso —y con una sonrisilla maliciosa puso el punto final, muy en su línea, como la bruja que era—. Y como ya he hecho la buena acción del día enseñándote la diferencia para que la próxima vez no te quepa duda, porque es que me chifla el chocolate y no puedo evitarlo, ahora sí, me voy, que tengo un fin de semana muy ocupado. Y tú… intenta no comerte a nadie estos dos días, no me vengas de peor humor el lunes. —Me guiñó un ojo y se dirigió a su mesa.

«¡Joder con la pasante!».

Justo cuando llegaba a la mesa, Braulio se unió a ella. Daniela cogió su chaqueta y su bolso y se acercó a su compañero para murmurarle algo muy cerca del oído. Con una sonrisa, los dos salieron del bar sin que esa impredecible mujer me volviera a dirigir la mirada, algo que yo sí hice; la seguí con los ojos sin moverme del taburete hasta que salieron juntos por la puerta. En ese momento yo era el centro de atención de un abarrotado establecimiento, algo que he odiado desde que tengo uso de razón.

—¿De dónde coño ha salido esa mujer? —preguntó de manera retórica un alucinado y divertido Víctor con la mirada también clavada en la puerta de entrada del bar.

—¡De DLFuentes y Asociados! —fue lo único que conseguí contestar con algo de coherencia.

—¡Joder con nuestra bonita pasante! ¡Quién se lo iba a imaginar! ¡Por fin has encontrado a una mujer a tu altura! ¡Y yo no la iría llamando por ahí cría, porque acaba de hacer una demostración a todo el bar de que es toda una *femme fatale*! —se cachondeó un divertidísimo Víctor en mi cara mientras lo fulminaba con la mirada, de nuevo, inútilmente—. ¡A mí no me mires así! ¡Quiero saber qué le has hecho! —Se rio con más fuerza—. Pídete otra cerveza, chaval, porque de aquí no te vas a mover hasta que no me expliques a qué ha venido «eso». —Alzó el brazo al camarero para que nos sirvieran otra ronda con una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Deberías dejar de juntarte con Adrián, cada vez te pareces más a él —me quejé, pensando rápidamente qué cojones le contaba a ese hombre.

Volvió a carcajearse de mí y, tendiéndome el tercer botellín de la noche, me animó a que le explicara algo que no entendía ni yo.

# Capítulo 13



*Lunes, 18 de enero*
*Tres días después*

**Daniela**

El fin de semana pasó en un suspiro y sin apenas descansar unas cuantas horas seguidas. Desde el momento en que salí del bar el viernes por la tarde con Braulio a mi lado —cada uno se fue a su casa, eso sí, aunque hubiéramos dado una impresión distinta— fue un no parar. El viernes por la noche trabajé en el *Love Dance* y le comuniqué a Hugo que el sábado de la semana siguiente haría mi último turno con ellos. Se alegró mucho por mí y la nueva oportunidad laboral que se me presentaba. El siguiente día lo pasé con mi hijo Enzo, le debía algo más que un rápido buenas noches y un fugaz beso. El sábado por la noche volví al *Love Dance* hasta bien entrada la mañana del domingo y ese día prácticamente lo dediqué

a dormir hasta que, a primera hora de la tarde, me despertaron Leo y su marido Nael y nos pusimos a marujear el resto de la tarde junto a un divertido y entretenido Enzo, empapándose de todas mis desventuras en DLFuentes y Asociados gracias a mi jefe. Lo picante lo dejé para la noche, con mi hijo durmiendo en su cama, porque lo que sucedió en ese bar era solo apto para oídos mayores de dieciocho años.

Todavía no sé cómo fui capaz de atreverme, pero que yo quisiera tener un gesto amable con ese imbécil y él me respondiera con esa grosería me sacó de mis casillas. Jamás en la vida me habían insultado de ese modo. Lo único positivo de todo es que Leo y Nael se troncharon de la risa haciéndome saber que hubiesen dado lo que fuera por haber estado delante y prometerles que la próxima vez los avisaría con tiempo para poder estar ellos presentes. Porque no dudaban de que volvería a ocurrir.

A las ocho menos diez minutos entraba en mi despacho para empezar con todos esos dosieres y carpetas que, según el empático de mi jefe, me iban a enterrar en vida a partir de ese día. Lo que no tuvo en cuenta Gonzalo de la Fuente es que no me iba a dejar intimidar ni asustar como les había ocurrido al resto de sus trabajadores que habían ido pasando por esos despachos sin pena ni gloria. Yo estaba hecha de otra pasta a causa de todo lo que me había tocado vivir desde los dieciocho años: unos padres que me echaron de casa dejándome a mi suerte a muy temprana edad con un bebé de apenas días entre mis brazos; un maltratador con el que estuve unos años más tarde y que a punto estuvo de matarme. A pesar de todo, logré salir adelante. No, no me rendía con facilidad y el que me conocía lo sabía, y mi jefe no sería el primero en conseguirlo.

Daban las diez y media de la mañana cuando me levanté para ir al comedor que tenía dirección en esa misma planta, donde una misma podía servirse un café bastante bueno. Tenía el cuello agarrotado de no haberme movido del sitio desde que me senté, así que pensé que no me vendría mal el descanso y así, de paso, llamaba a la puerta de Braulio porque no lo había visto todavía por ahí. No llegué a dar dos pasos cuando mi interfono sonó y volví sobre mis pasos.

—¡¿Sí?!

—Daniela, pasa por mi despacho, por favor —oí al otro lado del aparato la voz grave, seductora y muy masculina de Gonzalo.

¡La madre de Dios! ¿Cómo me alteraba tanto su sola voz? Pero es que cada vez que hablaba con esa gravedad tan característica en él, calaba en mis sentidos y ya no podía dejar de oírla en mi cabeza. Súmale a eso el recuerdo de su aroma a un carísimo perfume con el mismo carácter que él: intenso, magnético, adictivo. No me podía creer que, desde el viernes en el bar, cuando me acerqué tanto a su cuerpo que no tuve problemas en apreciarla sin necesidad de inspirar hondo, ya no la pude olvidar. Y eso que nuestra relación no era para nada cordial. Tenía un gran problema con él, conmigo misma y con mis convicciones de ser fiel a mí misma. Cogí aire y me dirigí a su despacho para ver qué quería de mí. Eran casi las once y todavía no la había liado.

Al entrar en su despacho después de llamar a la puerta, Gonzalo no estaba en su mesa como de costumbre, sino en las butacas de su gran mesa de reuniones junto a una mujer que se hallaba de espaldas a mí. Al oírme entrar, ambos se giraron, y yo me quedé parada a medio camino al reconocer a esa mujer junto a un impecable Gonzalo.

—¡¿Candy?! —pregunté, para cerciorarme de que mi vista no me jugaba una mala pasada.

—¡¿Dani?! —preguntó ella a la vez, pero levantándose al momento y, con esa bonita sonrisa que recordaba de las dos veces que había coincidido con ella en el *Love Dance*, vino hacia mí y me abrazó con fuerza—. ¡Dani, cariño! ¿Qué haces aquí? —quiso saber frunciendo un poco el ceño, extrañada.

—¿De qué os conocéis vosotras dos? —se oyó la voz sorprendida de Gonzalo a nuestras espaldas.

—Dani es una de mis camareras del *Love Dance*, una de nuestras últimas incorporaciones y, todo hay que decirlo, un gran hallazgo. —Vi cómo Gonzalo abría desconcertado la boca para mirarme a mí con la misma expresión—. Y, a partir del sábado que viene, una gran pérdida para nuestro equipo de camareros. Ya me ha comentado Hugo que nos dejas por un trabajo en un despacho a tiempo completo. ¡Menuda sorpresa! ¡Lo que no sabíamos era que ese despacho es DLFuentes y Asociados!

—No, no se lo comenté —farfullé incómoda por el simple hecho de tener a Gonzalo delante empapándose de aspectos de mi vida que ni le iban ni le venían.

—Ni que tenías la carrera de arquitectura, Dani. Si nos lo hubieses contado, yo misma te habría dado la oportunidad en mi estudio. Si trabajas aquí igual que en el *Love Dance*, eres una joya.

—Pasante, Candy, solo es una pasante. Le faltan el TFC y el Máster —puntualizó el idiota de mi jefe. Pero ¿qué le había hecho yo a ese hombre?

—Vamos, Gonzalo. Todos hemos tenido nuestros comienzos —me defendió Candy entrecerrando la mirada, extrañada.

—Sí, claro —murmuró él con un toque de ironía, mirándome ahora a mí—. Candy, siéntate en lo que pido los cafés y terminamos de revisar la documentación que has traído —le dijo con suavidad mientras él mismo se acomodaba a su lado—. Daniela, dos cafés, no

hace falta que bajes a la planta baja a por ellos, los puedes preparar tú misma en la cafetera que tenemos en esta planta. ¿Nos harías el favor? ¡Gracias!

Y se quedó tan ancho mientras volvía su atención a la documentación de encima de la mesa. Y yo me quedé parada en medio del despacho, delante de ellos, con los puños apretados hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos y contando hasta diez para no mandarlo a la mierda en ese mismo instante porque, tal y como formuló la pregunta, con esa autoridad, para seguidamente darme las gracias de palabra, pero no con la intención, supe que era una orden encubierta. Realmente no requería una respuesta. Ni me estaba agradeciendo nada. ¡Capullo arrogante!

—¡¿Me acabas de pedir dos cafés?! —quise saber, porque me parecía increíble que no fuera él mismo a por ellos. Me miró con dureza, con la intención de que me moviera para cumplir su orden. ¡Ja!—. ¿Ahora qué soy? ¿La camarera del despacho? —No salía de mi asombro.

—No, Daniela —contestó clavando en mí esa mirada de hielo sin un ápice de cordialidad—. Eres una simple pasante que trabaja en DLFuentes y Asociados, lo que quiere decir que trabajas directamente para mí. Y si te pido un café, me traes un café. ¡No sé qué problema tienes con eso! En este despacho lo hacemos constantemente unos por otros.

—No he estudiado una carrera de cinco años para terminar preparando cafés —hablé entre dientes sin pizca de humor—. Soy pasante de arquitectura —terminé silbando las últimas palabras.

Candy alzó la vista hacia mí para posarla luego en Gonzalo, el cual se levantó y, cogiéndome del codo con suavidad a pesar de la dureza de su mirada, contacto que no me molesto en absoluto y eso

me extrañó bastante, me acompañó hasta la puerta, lugar desde donde no se oía nuestra conversación.

—Eres una puta becaria —ladró en voz baja sin paciencia, soltándome de golpe como si mi solo contacto le quemara, aunque tendría que haber sido al revés, porque yo no permitía que nadie me tocara bajo ningún concepto, pero con el cabreo que llevaba encima, no le di mayor importancia cuando realmente la tenía.

—Soy una pasante de puta madre, no te equivoques conmigo —le respondí en el mismo tono que él.

—Y ahora —siguió sin hacerme caso, a lo suyo—, nos vas a traer un par de cafés. No te lo tomes como algo personal, como bien te he dicho antes, es algo que entre nosotros solemos hacer y no se nos caen los anillos por ello. Además, ya has sido camarera, aunque lo hicieras de pena. —La comisura de su boca se levantó y la expresión de su cara cambió por completo unos ínfimos instantes, en los que pude apreciar visos de otro hombre muy distinto al que conocía.

—¿Esto es por lo del viernes? —quise saber, perdida en ese mínimo gesto, pero sin dar mi brazo a torcer. Todavía, no.

—No sé de lo que me hablas —contestó demasiado rápido y más envarado todavía. ¡Mira, igual sí tenía que ver algo toda esa escenita!—. ¡Y no me lo pongas tan fácil! Porque si ves que te va a suponer un problema, ahí tienes la puerta. Tengo mil currículums iguales al tuyo —me amenazó y vi en su mirada que era capaz de cumplir su amenaza.

Lo fulminé de mil maneras distintas mientras se daba la vuelta para volver a sentarse al lado de Candy, entretenida con el espectáculo que acabábamos de ofrecerle. Le di a él el punto de ventaja y me callé la respuesta que me pondría de patitas en la calle sin poder pasar ni tan siquiera a coger mi abrigo y el bolso.

—¿Dos cafés? —pregunté con una sonrisa más parecida a la del gato de Alicia en el País de las Maravillas.

—Uno descafeinado para Candy y un café largo para mí con una gota de leche y dos azucarillos —puntualizó sin mirarme.

—¡Mucha azúcar de golpe! ¿No te da miedo que se te endulce demasiado el carácter? —pregunté con sarcasmo.

Vi de reojo cómo Candy aguantaba la risa detrás de unos documentos y a Gonzalo abrir la boca sin dar crédito a mi pregunta, y yo esbocé una sonrisa de medio lado que le molestó más que mi impertinente pregunta. Salí con rapidez de ese despacho para preparar los cafés, perdiendo de ese modo un tiempo precioso para terminar mi trabajo, y di ya por perdida lo que quedaba de mañana asumiendo que esa tarde también marcharía a casa una vez hubiese anochecido.

Apenas cinco minutos después, en una bandejita muy mona que encontré junto a las tazas (y con eso me hacía una idea bastante clara de que ahí los nuevos hacían las veces de arquitectos, pasantes y/o camareros), dejaba el servicio encima de la mesa donde estaban sentados.

—¡Muchas gracias, Dani! ¡Eres un encanto! —me agradeció Candy con una sincera sonrisa.

—¡Un placer! El tuyo es este, no te equivoques de café. —Cogí la taza y se la puse delante de ella para que no hubiera confusión—. El otro es una montaña de azúcar dentro de una taza.

—Eso es todo, Daniela. ¡Gracias! —volvió a ladrar Gonzalo en mi dirección.

Asentí sin protestar, pero caminando de espaldas muy lentamente. Lo que estaba por ocurrir no me lo hubiese perdido por nada del mundo. Lástima que no pude llamar a Leo y a Nael para que ellos también lo vieran. Hubiera invitado incluso a Enzo, para enseñarle

que toda acción tiene su reacción, como iba a demostrarle a mi jefe en tres, dos, uno… al primer trago de su café lo escupió con fuerza por su boca como si de un aspersor se tratara, dejando caer a la vez la taza en la mesa con tanta fuerza que manchó la madera, varios documentos que había en ella y salpicó, ya de paso, su inmaculada e impecable camisa. Y lo que no manchó el café de la taza lo terminó de hacer el que salió de su boca. Candy se apartó de un salto para no acabar manchada, mirando con preocupación a su amigo sin saber muy bien qué había ocurrido, y Gonzalo dio un paso hacia mí. No se me pasó por alto cómo la vena del cuello le latía muy deprisa y con demasiada fuerza. Tragué saliva con dificultad intentando no salir corriendo y, en cambio, esbocé una desenvuelta sonrisa al mirarle a los ojos, unos que me convirtieron en hielo al instante.

—¡¿Pero tú me quieres envenenar, mal bicho?! —bramó cabreado como nunca lo había visto, tirándose prácticamente encima de mí.

—¡¿Yooo?! ¡Pero ¿por quién me tomas?! —contesté dedicándole una inocente mirada que no engañó a nadie en absoluto, poniendo mi mano sobre mi pecho y dando un paso adelante demostrándole que no le tenía miedo—. Ha sido una tonta equivocación, no sabes cuánto lo siento. Se acabó el azúcar con el café de Candy y abrí un paquete nuevo para endulzar, tal y como me habías indicado tan amablemente, el tuyo. Me habré confundido con la sal, si es que soy muy despistada para estas cosas. —Me encogí de hombros intentando contener la risa que luchaba por salir a todo volumen de mi pecho, porque la cara de Gonzalo en esos momentos no tenía precio, así que decidí coronar el momento a mi modo—. ¿Ves? Otra valiosa lección aprendida gracias a mí. Si es que no soy camarera, soy ¡pa-san-te-de-ar-qui-tec-tu-ra!

Candy ya no aguantó más y ahogó una gran carcajada mientras escondía la cara detrás de la carpeta que había sobre la mesa,

temblando de la risa.

—¡Tú! —me señaló con el dedo mientras se dirigía a mí furioso y con otra camisa manchada de café—. Vas a recoger toda la documentación que hay manchada de café de esa mesa y te vas a espabilar, sin importarme una mierda cómo lo hagas, para que esta tarde antes de irme tenga la misma carpeta con esos mismos documentos encima de la mía. Hay algunos que son simples copias y los hay compulsados por uno de los tantos Ayuntamientos con los que estamos trabajando ahora mismo. Tienes suerte de no haber manchado ningún original porque hubiera sido tu fin aquí. En cambio, te doy lo que queda de día para poder arreglarlo. Si no los tengo antes de irme o falta una sola hoja no hace falta que mañana vengas a trabajar, puedes pasar directamente por…

—Sí, sí… Puedo pasar directamente por la planta dos donde está Recursos Humanos y firmar el finiquito. ¡Lo sé! —acabé la frase por él. Realmente ese hombre me quería en la cola del paro y yo se lo estaba sirviendo en bandeja de plata.

—Pues no sé qué cojones haces aquí todavía —amenazó dando otro paso hacia mí para que me moviera.

—Dani —oí cómo me llamaba Candy con una suave risa sin dejarse intimidar por el mal humor de mi jefe antes de que alcanzara la puerta—, si Gonzalo te echa a la calle, llama a mi puerta. En mi estudio siempre habrá un hueco para ti. Sé cómo trabajas, no necesitarás referencias ni carta de recomendación.

—¡Eso, tú dale alas! Lo que me faltaba… —rezongó Gonzalo antes de quitarse la americana con rabia para lanzarla encima del sofá que tenía el despacho y, mientras empezaba a desabrocharse la camisa, meterse en su propio cuarto de baño con un portazo, intuí, para cambiarse de camisa.

—Gracias, Candy. Ahora, si me disculpas, tengo algo urgente que hacer —le agradecí con una sonrisa.

—Dani —se acercó a mí con un gesto de complicidad, hablándome en voz baja—, ve al estudio de arquitectura *Sweet Home* y diles que vas de mi parte. Te tendrán preparada una nueva carpeta con toda la documentación que se ha manchado. Ahora mismo llamo a mi marido para que la prepare.

—Gracias, Candy, pero no tienes por qué.

—Ohh, sí. Solo por ver a Gonzalo fuera de su papel de serio directivo y ver en su cara otra expresión que no sea ese ceño fruncido, ha valido la pena. ¡Déjame que te eche una mano!

Le sonreí y la besé en la mejilla en agradecimiento mientras ella ya cogía el teléfono para hablar desde el otro lado del despacho y que así Gonzalo no la oyera.

No me había equivocado con ella cuando la conocí, me dio la misma primera impresión que Hugo, su socio en el *Love Dance*. Antes de salir me quedé un momento mirando la puerta por la que había entrado Gonzalo furibundo. Sabía que jugaba con fuego, pero algo en mí no podía evitarlo. Me encantaba sacarlo de sus casillas y no entendía el motivo, pero eran fascinantes los estallidos en ese hombre cuando lo provocaba. Sacudí la cabeza levemente y me dirigí a mi despacho a coger el bolso y el abrigo para poder sumar un día más en DLFuentes y Asociados.

# Capítulo 14



*Martes, 19 de enero*

**Gonzalo**

«Reponer las camisas del armario del cuarto de baño del despacho».

Fue la nota mental que me hice esa noche antes de salir del edificio detrás de esa mala bruja que se hacía llamar Daniela. No sé cómo lo hizo para poder entregarme una carpeta igual a la que le había pedido horas antes sustituyendo a la que había quedado inservible por todo el café que había derramado y escupido en ella a causa de su gracia con la sal en mi taza. Y aunque tenía la excusa perfecta para perderla de vista de una vez por todas, sabía que no lo hubiera hecho, me atraía demasiado la idea de seguir teniéndola a mi lado, ya no por lo bien que trabajaba, los motivos eran otros, pero no quería profundizar demasiado. Así que, mentalmente, le di las gracias a Candy, que supuse tuvo algo que ver en ello

poniéndose de su lado y no del mío. ¡Me dio miedo preguntarle por el bien de mi salud mental, pues intuía el interrogatorio de mi amiga que vendría a continuación! En cambio, llamé a Víctor, su marido, para preguntarle por qué no se le ocurrió darme esa pequeña información cuando la vimos el viernes por la tarde en el bar. Su respuesta tuvo toda la lógica del mundo: hacía más de seis meses que no pisaba el *Love Dance* a causa de su trabajo y de su hija, que le ocupaban todo el tiempo, y la última vez que estuvo allí ella aún no trabajaba para Candy.

La venganza por todo lo ocurrido me la cobré a mi modo. Debido a que tuvo que confeccionar una carpeta nueva con toda la documentación inservible, y ello sumado al trabajo que ya tenía, Daniela salió esa noche de su despacho para volver a casa apenas cinco minutos antes que yo, que siempre era el último. Lo hizo sin una queja, cansada y agotada, pero como una profesional que lleva toda la vida sacando adelante su trabajo con una dedicación y talento que no dejaban a nadie indiferente. Por desgracia, a mí tampoco.

Lástima que no pudiera decir lo mismo de Braulio. Tenía los días contados en ese despacho y todos lo sabíamos. Y esa misma mañana yo mismo le daría el pequeño empujón que necesitaba. Eso también era un hecho. Ese hombre, a pesar de su currículum, había demostrado que no tenía la aptitud ni el temple para trabajar bajo presión para una empresa de nuestra envergadura, como otros muchos. Su trabajo no terminaba de estar del todo bien, pedía ayuda a Daniela más de lo que le convenía, algo que no lo dejaba en muy buen lugar, y a pesar de que el día anterior le había pedido expresamente los presupuestos del proyecto que necesitaba a primera hora de la mañana en mi mesa, junto con todas las

correcciones que requería el proyecto, que eran varias y bastante graves, a las nueve de la mañana aún no tenía nada.

Todos mis clientes, grandes o pequeños, eran importantes, así que, sabiendo lo que ocurriría, esa mañana llegué más temprano de lo habitual para acabarlo todo yo. Supuse que él no lo tendría después del pequeño encontronazo entre los dos a última hora de la tarde, cuando prácticamente no quedaba nadie en los despachos. No llegó a discutir conmigo, no tenía ni la experiencia ni los huevos necesarios, se le notaba a la legua, pero la mirada asesina que me regaló antes de salir de mi despacho me lo dijo todo sin necesidad de que hablara. Fue en ese momento cuando llamé a mi padre y, exponiéndole todos los hechos, llegamos a la rápida conclusión de que lo mejor sería hacerle saber que no había pasado el periodo de prueba con nosotros y rescindirle de inmediato el contrato. Algo que estaría más que encantado de comunicarle esa misma mañana en persona si es que se dignaba a aparecer, porque eran las nueve y diez y aún no había ni rastro de él.

Si a toda su incompetencia e inexperiencia le añadías que el viernes por la tarde se marchó junto con Daniela del bar, vete a saber tú dónde, ambos sonriendo y muy juntos, quería perderlo de vista de una vez por todas y alejarlo de ella, porque me sentó como una patada en los huevos. Me irritó de forma feroz y no entendía la razón de aquel sentimiento nuevo para mí, solo era consciente de que me molestaba que ese intento de hombre se acercara a ella del modo en que lo hizo en ese bar, sobre todo después del numerito que me montó su acompañante, que me gustó y me jodió a la vez. Quizá me percaté de que ella no tenía nada que ver con las mujeres que conocía, en todos los sentidos. Esa mujer era real, una guerrera que no le temía a tíos como yo, aunque eso le supusiera perder su trabajo, que peleaba por las injusticias y estaba dispuesta a ayudar a

quien lo necesitara sin pedir nada a cambio. Si hasta me trajo todo ese chocolate para suavizar nuestra «especial» relación. No, no tenía nada que ver con hombre o mujer que hubiese conocido hasta ese momento. Y eso también me desconcertaba de una manera a la que no encontraba sentido alguno. Y, sin embargo, era consciente y tenía que reconocer que cada vez más a menudo quería buscarla porque no podía evitar fascinarme cada vez que la sacaba de quicio, y eso era siempre que la tenía delante. Empezaba a pensar que me podría convertir en un experto en sacarla de sus casillas, al igual que ella hacía conmigo, y en secreto, extrañamente, lo disfrutaba. Empezaba a querer más y eso me sorprendía a mí mismo.

En cuanto me senté detrás de mi mesa, supe que, a pesar de todo, me hacía falta verla sí o sí. Necesitaba hacerlo igual que cuando tienes necesidad de una droga, ya fuera para discutir o para que me regalara una de esas bonitas sonrisas que tenía para todo el mundo, me daba igual. Pero primero, para mi desgracia, tenía que solucionar un tema con urgencia.

—¡Gisella! ¡Si Braulio se ha dignado ya a venir a trabajar, dile que no se ponga muy cómodo y pase primero por mi despacho! —pedí por el intercomunicador con la esperanza de que no me hiciera esperar, porque si tenía que ir personalmente a buscarlo, lo echaría de las oficinas de una gran patada en el culo.

—¡Enseguida, Gonzalo!

Tardó exactamente treinta segundos en llamar a mi puerta, y lo hice pasar para no dejarlo ni sentarse cuando empecé a hablar.

—¡Espero no haberte hecho madrugar mucho! —La voz afilada me venía de serie, una pena para él.

—Lo siento, Gonzalo. He estado trabajando desde casa en lo que necesitabas hoy a primera hora. Ya casi lo tengo acabado, si me das una hora más te lo traeré sin…

—¿Me estás hablando en serio, Braulio? —pregunté con dureza clavando de manera intimidatoria la mirada en su cara, rezando para que me desafiara.

—Sí, pero lo tendré listo y apenas necesitará que lo repases. ¡Estará perfecto! —afirmó haciendo amago de querer salir corriendo.

—¡Perfecto hubiera sido que ya lo tuviera encima de mi mesa tal y como te pedí ayer! ¡Perfecto hubiera sido que te hubieras dignado a quedarte ayer en el despacho trabajando en ello tal y como hizo Daniela para poder entregar todo el trabajo en los tiempos que pido! ¡Perfecto, Braulio, sería que realmente trabajaras tal y como indicaste en tu currículum!

—¡Sabes tan bien como yo que con el volumen de trabajo que tenía era imposible tenerlo en esos tiempos! ¡No nos puedes cargar con seis proyectos distintos y esperar tenerlo todo para ayer sin margen de error, no somos máquinas!

—Si en vez de ir tonteando por los pasillos y entrar en despachos que no son el tuyo, intentando ligar con tus compañeras como si esto fuera un puto bar de copas, te hubieses dedicado a trabajar con el mismo entusiasmo, igual sí podrías haberlo tenido todo a tiempo —le dije muy suavemente, pero de manera letal.

Se quedó parado unos instantes y abrió los ojos dando un paso hacia mí. Esperaba que no se le ocurriera hacer ninguna tontería por su bien. No sería el primero que lo intentara para acabar inmediatamente arrepentido de ello.

—¿Todo esto es por Daniela? —quiso saber un incrédulo Braulio—. Claro, cómo no me he dado cuenta… Es por ella… Te vi la otra noche en el bar con uno de los dueños de *Sweet Home* y no nos sacaste la vista de encima desde que entraste… ¿Me vas a joder la vida por ella? ¿Es eso?

—No, esto no es por Daniela. Esto es exclusivamente por ti y no del modo que estás insinuando y, si en algo aprecias tu suerte, yo de ti no iría haciendo acusaciones a la ligera, tú no me conoces —le hablé con calma, intentando no sacar a puñetazos a ese imbécil de mi despacho, mientras notaba cómo la vena de mi cuello latía con fuerza.

—¿Me estás amenazando? —se envalentonó dando otro paso a mí hasta rozar mi mesa—. Porque yo sí puedo demostrar que mi trabajo está bien hecho a pesar de la montaña de carpetas que me regalas cada mañana, pasando por alto que los proyectos que nos das para trabajar en ellos son de menor envergadura, apenas clientes sin importancia. ¡Qué más dará un proveedor que otro, medio milímetro más aquí que allá en el diseño! Nos los haces repetir por diversión, para que desistamos y que nosotros mismos renunciemos a seguir trabajando para una persona indecisa e inconstante como tú en todas y cada una de sus decisiones. —No me podía creer que se estuviera defendiendo de ese modo. Si no hubiese decidido ya despedirlo, eso hubiera terminado de inclinar la balanza de manera fulminante. ¡Como abogado se hubiera muerto de hambre!

Hasta ahí llegué con él. Me respondió en un volumen de voz bastante alto y con un tinte amenazante, algo que habría oído toda la planta y que no le iba a consentir bajo mi techo. Descargué un puñetazo sobre la mesa, me incorporé bruscamente y subí el tono de mi voz hasta rozar la amenaza cuando me dirigí a él como un depredador, haciendo a la vez que diera un paso atrás como la rata asustadiza que era.

—¡Todos nuestros clientes son importantes, Braulio! ¡TODOS! Cualquier descuido en un proyecto podría dañar nuestra imagen, da lo mismo el tipo de cliente con el que trabajemos, porque grande o pequeño nos pueden hacer mucho daño. Todos nuestros proyectos,

sin excepción, tienen que ser perfectos, el más mínimo error nos llevaría a la ruina porque estos son millonarios. Al igual que con las licitaciones que ganamos, ya que, si no se cumplen, bien por objetivos o por tiempos, nos podría llevar a un concurso de acreedores de manera fulminante. ¿Entiendes eso, Braulio?

—Lo que entiendo es que estabas buscando una excusa para deshacerte de mí, igual que con el resto —volvió a retarme, pero esta vez dando otro paso atrás. ¡Menudo valiente!

—No, me doy cuenta de que no entiendes nada, con lo que voy a dar por finalizado el contrato que tenemos. No has superado el periodo de prueba, de eso te has encargado tú solito, con lo que tienes treinta minutos para recoger tus cosas y pasar por Recursos Humanos para firmar el finiquito —le hice saber conteniendo mis ganas de sacarlo yo mismo del edificio.

—¡No me puedes hacer eso! ¡Tú tampoco me conoces! ¡Te pienso denunciar por acoso laboral! ¡Te voy a joder la vida al igual que tú lo estás haciendo conmigo ahora mismo! —me amenazó alzando otra vez la voz mientras apretaba con rabia ambos puños a los lados de su cuerpo.

—Braulio, el que no sabe de lo que soy capaz eres tú —le dije con aparente calma mientras me sentaba en mi sillón para no sacarlo a golpes de mi despacho—. ¡Inténtalo y te juro por lo más sagrado que ningún despacho de arquitectura en este país volverá a valorar tu currículum ni aunque se lo supliques de rodillas! ¡Y sí, es una amenaza, no me mires así! ¡No voy a permitir que tu ineptitud y tu arrogancia me hagan perder el tiempo de ese modo! ¡Tú solo has cavado tu tumba en este despacho, no yo!

Me retó por última vez con la mirada, conteniendo un odio mal disimulado, y se dio la vuelta para salir dando un portazo. Suspiré con pesadez y cerré los ojos apretándome con fuerza el puente de la

nariz. Sabía que no haría nada contra mí, ni siquiera lo intentaría, no tenía nada aparte de rabia por cómo había acabado su andadura aquí. Él era muy consciente de que la había fastidiado y no daba la talla. Quizá en un despacho de arquitectura pequeño le fuera bien, pero este le venía grande tal y como nos demostró en pocos días, aunque por orgullo no lo reconociese delante de mí.

Me levanté y recogí toda la documentación en la que había estado trabajando, gracias a la ineficacia de Braulio, para meterla en mi maletín y llevársela al cliente que la esperaba ese mismo día sin falta. Ya daba el día por perdido, no al cliente, de eso me encargué personalmente. Diez minutos después salía del despacho con el abrigo puesto cuando, al pasar por delante del despacho de Daniela, me detuve al oír una conversación tensa que no me gustó un pelo.

—Aquí no tienes ningún futuro, Dani. Gonzalo es un gran hijo de puta que no quiere a nadie a su lado. ¡Vente conmigo, por favor! Tengo un compañero de facultad que conoce a un amigo con un estudio de arquitectura que nos dará una oportunidad y, estoy convencido, nos valorará como nos merecemos —oí a un lastimero Braulio.

—Braulio, no entregaste el proyecto con todas las correcciones a tiempo, y te faltaron varios de los presupuestos que te pidió… —le decía Daniela con voz suave—. Y no es la primera vez que te ocurre en apenas una semana, lo sabes.

—Porque es imposible hacerlo todo, lo hace adrede para que nosotros mismos renunciemos… ¿Es que no lo ves? —insistió con más fuerza.

—Eso que estás diciendo no tiene ningún sentido, Braulio.

—Por favor, Dani, hazme caso… Me gustas y no quiero que te humille tal y como ha hecho conmigo… porque también te pasará, solo es cuestión de tiempo. ¡Nosotros tenemos algo!

—Braulio, te equivocas conmigo. No sé qué te imaginas que hay entre nosotros, pero ¡no me voy a ir contigo! Para mí eres un compañero de trabajo y quizá una buena amistad, pero ya está. No hay nada entre tú y yo ni nunca lo habrá. Nunca te he dado razones ni esperanzas para que creyeras lo contrario. —Hubo un momentáneo silencio y un débil forcejeo que oí a la perfección—. ¡Aléjate, Braulio! ¡No te acerques más!

—Tú no lo ves porque Gonzalo te ha cegado, pero ese hombre no quiere a nadie a su lado, ¡piénsalo! ¿Es que no lo ves? No seas idiota y vente conmigo…

—¡Joder, Braulio! ¡Quién no lo entiende eres tú! ¡Que no me toques, maldita sea! —bramó una cabreada Daniela—. ¡¡SUÉLTAME, POR FAVOR!! ¡¡NO ME TOQUES!! —gritó con desespero.

No dudé en entrar rápidamente haciendo rebotar la puerta contra la pared a causa de la fuerza con la que lo hice. Lo que me encontré dentro me puso furioso hasta el punto de querer arrancarle los brazos del cuerpo. Tenía a Daniela sujeta con fuerza por las dos muñecas a la altura de sus cabezas y muy cerca de su cuerpo, intentando doblegarla para que se marchara con él. Y a pesar de que Daniela trataba de soltarse con una expresión de pánico mientras se retorcía haciendo fuerza hacia abajo con su cuerpo, le era imposible. Nunca en la vida había visto semejante miedo en unos ojos, unos que suplicaban a gritos sin palabras, con un dolor mudo.

No pensé, solo supe que actué al notar su terror escrito en sus impactantes ojos sin pensar en las consecuencias. Me lancé hacia Braulio con una rabia ciega y le di tal empujón que lo hice retroceder y caer al suelo sin que pudiera pensar en qué le había ocurrido. Fue todo tan rápido que ninguno de los dos reaccionó al momento.

—¡¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! —rugí cerniéndome ya sobre un asustado Braulio.

Ni siquiera pudo contestar. Lo cogí de las solapas de su americana e, intentando no abrirle la cabeza contra el suelo, lo alcé con rabia de un solo movimiento como si no pesara nada, haciéndolo retroceder hasta que su espalda chocó con la dura pared y yo, aún sin soltarlo, subiendo mi antebrazo a su cuello y cortándole el aire por la presión que hice en su garganta, me puse a escasos dos centímetros, nariz con nariz, para susurrarle letalmente en una pregunta que no necesitaba que me contestara.

—¿Te crees muy hombre acorralando e intimidando a una mujer? ¿Por qué no lo intentas conmigo, a ver si eres tan valiente? —e hice más presión con mi brazo hasta que no le entró aire en el pecho—. ¡VAMOS!

Hubo un momentáneo silencio en el despacho, solo se oían las respiraciones alteradas de los tres. Oí débilmente el lloro de una Daniela asustada, unas lágrimas silenciosas en su bonito rostro, que dieron un punto más a mi rabia hacia ese imbécil. No me dio tiempo a sopesar si valía la pena reventar a ese mierda o no porque la voz imperativa de mi padre junto con su tono firme me hizo detenerme en seco.

—¡Gonzalo, ya es suficiente!

Cogí aire intentando calmarme haciendo, por última vez, un poco más de presión para causarle daño, algo que conseguí por cómo boqueaba, para a continuación, soltarlo de golpe con un empujón contra la pared y hacer que cayera de rodillas mientras se llevaba las manos al cuello con dificultad.

—¡Padre, dile a Gisella que llame a seguridad! ¡Quiero que se lleven a este mierda de aquí y lo echen a la calle de una patada en el culo! —ordené secamente sin sacarle la vista de encima.

—¡Estoy aquí, Gonzalo! —contestó la aludida.

—¡Dile también al jefe de seguridad que suba a verme ya! ¡No quiero que se le permita la entrada bajo ningún concepto bajo amenaza de perder su puesto de trabajo! ¡No quiero otra cagada como con la de Rosella!

—¡Enseguida! —y salió con prisas a cumplir la orden.

—Esta tarde te haré llegar tus cosas y el finiquito a casa. Te quiero aquí lo que tardas en salir por la puerta, no más —le hice saber desde mi altura—. Si se te ocurre volver a poner un pie en DLFuentes y Asociados no me conformaré con un aviso, como ahora.

Sin sacarle la vista de encima me giré hacia Daniela. Mi padre ya se había acercado a ella para comprobar cómo se encontraba. No sé qué me pasó, solo sentí que tenía que sacar a esa basura de encima de ella, un sentimiento protector que solo salía a la superficie con mi hermana Maite. Ella miraba a mi padre con una sonrisa de agradecimiento aún con lágrimas en sus mejillas y, con la mano en su brazo, le indicaba casi sin voz que estaba bien, solo había sido un susto y los nervios del momento. Mi padre suspiró algo más tranquilo. Me acerqué a ellos sin dudarlo.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupado mientras se secaba la cara con un pañuelo de papel que le había dado mi padre.

—Sí, gracias, Gonzalo. —Me sonrió también, una sonrisa que me gustó demasiado—. Solo ha sido un susto. Siento todo esto… Yo… Madre mía, por favor…, menuda imagen tengo que estar dando, pero es que no me gusta que me toquen, es algo más fuerte que yo… Lo siento… pero me ha cogido tan fuerte de las muñecas y no podía soltarme que… no sé… me he asustado… Estoy convencida de que no quería hacerlo… Soy yo que no lo consiento… ¡Dios, lo siento, de verdad! —lo defendió para mi sorpresa, sintiéndose culpable de lo sucedido.

—Dani, tú no has tenido la culpa de todo esto pero, por supuesto, quisiera o no, no permitimos esa clase de conductas bajo nuestro techo entre nuestros trabajadores. ¡Es imperdonable! —habló mi padre muy serio.

Ella asintió e iba a contestar cuando dos trabajadores de seguridad entraron por la puerta. Me la quedé mirando con ganas de preguntarle la razón de su pánico, pero en cambio me fui donde estaba Braulio y, cogiéndole sin miramientos por las solapas para levantarlo del suelo con fuerza, lo empujé de malos modos a los brazos del personal que acababa de entrar para que lo sacaran de delante de mi vista de una puta vez y le indiqué secamente al jefe de seguridad que me siguiera para darle unas instrucciones que, esa vez, esperaba que se cumplieran sin excusas.

Cuando llegué a la puerta, me volví un momento para mirar adentro buscando a Daniela. Ella, como si lo hubiera presentido, levantó la vista hacia mí también y nos quedamos mirándonos un momento más, anclados uno en el otro hasta que, de repente, con otra bonita sonrisa en su boca que hizo que me quedara momentáneamente sin aire, movió solo los labios y entendí sin problemas cómo pronunciaba la palabra «gracias», haciendo al momento esa sonrisa más grande e iluminando sus ojos para conseguir, con ese sencillo gesto, que a la falta de aire en mis pulmones se le sumara un corazón que se saltó un latido sin que yo entendiera por qué.

Cerré la puerta tras de mí con suavidad sabiendo que algo me estaba ocurriendo con esa mujer.

# Capítulo 15



*Miércoles, 20 de enero*

**Daniela**

Esa mañana, desayunando con mis chicos, les expliqué de qué manera me defendió Gonzalo de un brusco Braulio en el despacho. Ellos conocían mi historia, sabían que desde lo de Aitor tenía pánico a que me inmovilizaran de ese modo. Me bloqueaba y me faltaba hasta el aire para poder respirar con normalidad. Pero también era consciente de que cuando simplemente me sujetaban por las muñecas de un modo cariñoso y suave o me daban un sencillo abrazo que rodeara mi cuerpo, apenas podía soportarlo más allá de unos cuantos segundos y enseguida me deshacía de ese contacto, no me gustaba, lo rehuía. Leo, Nael y, por supuesto, mi hijo Enzo, eran las excepciones a ese miedo que sentía y nacía de mi corazón cuando alguien me expresaba cariño de ese modo. Con ellos era

distinto, cuando me abrazaban no pasaba nada. Pero no lo toleraba en nadie más y así lo había demostrado inconscientemente con Braulio.

Tras acabar mi relato, las distintas reacciones no se hicieron de rogar. Leo moría de amor por un Gonzalo que, según él, era un encanto (a ver, tuvo su momento, sí, pero tanto como para decir que era un encanto… ¿o sí lo fue?); Nael solo quería ir en busca de Braulio para tener «dos palabritas rápidas» con él (el marido de Leo sí que era puro encanto, ya que tuvimos que volver a sentarlo en el taburete para que no saliera incluso en pijama a no sabíamos dónde, porque ninguno de los tres teníamos su dirección), y mi hijo Enzo solo me abrazó con la fuerza de un niño de ocho años sin decir nada, algo que me preocupó, sobre todo viniendo de un niño que hablaba y expresaba aún más que yo. Y es que él fue otra víctima de Aitor a pesar de su corta edad, porque mi hijo también quedó marcado con ese episodio en nuestras vidas.

Solté el café y lo abracé con fuerza yo también, aspirando su aroma infantil y sintiéndome reconfortada al momento. Era por él y solo por él que todos los días encontraba la fuerza necesaria para seguir adelante. Una fuerza que no tenía nada que ver con la que había demostrado Gonzalo con Braulio. Cerré los ojos aún impresionada con el despliegue de esa misma fuerza. Noté su presencia en el despacho una vez entró aun antes de verlo porque el ambiente se volvió denso, el aire cargado de algo indefinible que me puso en alerta. Después la puerta se estrelló contra la pared y apenas dos segundos más tarde ya no tenía a Braulio agarrándome con fuerza las muñecas, sino tumbado en el suelo por el fuerte empujón de mi jefe. Pensé que no hubiera necesitado esa mirada intimidatoria sobre un asustado Braulio porque su sola e increíble presencia y esa pose tan agresiva ya amedrentaban. Ese hombre

causaba respeto por sí solo, pero ayer… ayer causaba miedo y pudo haber intimidado hasta al más valiente de los hombres. Lo raro de toda esa situación es que a mí no me infundió terror, al contrario, increíblemente, me sentí protegida al instante por él y eso, teniendo en cuenta todo lo que había vivido con Aitor, mi expareja, me dejó perpleja durante unos segundos.

—¿Dónde está esa cabecita tuya, reina? —me volvió a la realidad Leo mientras cogía con cariño la mano por encima de la mesa a Nael.

—En lo bien que se está entre los brazos de Enzo. —Sonreí y le di un beso en la coronilla a mi hijo mientras me resistía a soltarle—. Y en que, si no empiezo a moverme ya, llegaré tarde a trabajar. No quiero ser la siguiente en la cola del paro —bromeé—. Además, quiero pasarme por la cafetería que tenemos al lado a por un café para mi jefe para agradecerle lo de ayer.

—¿En seriooo? —saltaron los tres a la vez, asombrados.

—¡Chicos! ¡Deberíais tener un poquito más de confianza en mí! ¡La culpa siempre ha sido suya, ya lo sabéis! —exclamé indignada, alisándome la falda al levantarme con fuerza.

—¡Cariño! Si confianza tenemos en ti —me hizo saber un divertido Nael mientras se reía con suavidad—. En realidad, y a pesar de lo que hizo por ti con ese imbécil, sabemos que lo haces por lo tarde que llegaste ayer de trabajar a pesar de todo, ya que te volvió a hacer repetir el trabajo sin darte opción a negarte.

—Ufff, no me lo recuerdes, Nael. Ese hombre no está contento nunca con nada. —Alcé un hombro porque ni con todo lo ocurrido me dio un respiro.

—¿Sabes? Deberías hacer los proyectos en paralelo. —Miré con las cejas levantadas a Leo que me sonreía por su ocurrencia—. Sí, reina,

¡ya sabes! Haces el que te pide y tienes otro en la recámara para no salir del despacho todos los días al anochecer.

—¿Y eso no me va a suponer el doble de trabajo? —quise saber, extrañada.

—Nooo, porque, si eres lista, el que él te pida lo desarrollas de manera muy rápida, que no te quite mucho tiempo. Igualmente, ya sabes que te lo va a hacer repetir. Eso lo sé hasta yo. Pero en el que trabajarás paralelamente das lo mejor de ti. Es ahí donde tienes que invertir todas tus ganas. Quizá sea un poco más de trabajo, pero a largo plazo ahorras tiempo, ¿te das cuenta?

—¡Eres brillante, cariño! —alabó Nael a su marido con un beso en los labios.

—¡Soy el mejor! —sentenció con una bonita sonrisa.

—¡Estáis locos! —me reí mientras dejaba a Enzo en brazos de Leo y salía corriendo de la cocina—. ¡Os quiero, chicos! ¡No lo olvidéis nunca! ¡Nos vemos esta noche!

—¡Recuerda lo que te he dicho, reina! ¡Porque es brillante! —me gritó Leo justo antes de cerrar la puerta de entrada con prisas.

***

Nunca había llevado con tanto cuidado y adoración un café entre mis manos. Cuando lo pensé en casa me pareció una idea maravillosa, un modo de agradecer (sin chocolate, por supuesto) a Gonzalo que intercediera por mí con Braulio, aunque luego, sin venir a cuento, volviera a comportarse conmigo como un arrogante prepotente con todas sus ganas y en su máximo esplendor. No terminaba de entender a ese hombre, pero ¿quién quería hacerlo? ¡Yo, no!

«¡Mentirosa! ¡Lo de ayer no lo vas a olvidar fácilmente!».

¡Qué razón tenía mi yo interior! Suspiré y salí del ascensor. Gisella aún no había llegado, pero oía ruido en el pasillo que llevaba a nuestros despachos. ¡Bien! ¡Gonzalo habrá puesto las calles él solito para ser el primero en llegar, como siempre!, pensé. Sonreí y me dirigí con decisión a su despacho cuando oí mi nombre a mis espaldas.

—¡Buenos días, Dani! —me saludó Gisella con una sonrisa y un café en su mano.

—¡Buenos días, Gisella! —y sin mirar hacia delante mientras seguía caminando quise saber—: ¿Sabes si ha llegado ya Gonzal…?

—¡Cuidado, Dani! —me avisó con un gritito mientras extendía un brazo hacia mí, a la vez que yo preguntaba, encogiéndose de hombros y cerrando los ojos con algo de dolor por lo que estaba a punto de presenciar.

Lo siguiente que ocurrió fue tan rápido que no me dio tiempo ni a sorprenderme. Tal y como giré la cabeza choqué con fuerza contra un duro muro que me encontré en el camino. Instintivamente puse los brazos por delante, olvidándome por completo del café que llevaba en la mano, estrellándolo contra ese muro con fuerza y dando un salto hacia atrás al notar el café ardiendo correr por mi mano. Pero ¿quién había levantado una pared en medio del pasillo?

—¡¡JODEEEERRRR!! —oí al muro maldecir con un grito.

«¡No, no, no, no, no, no…! ¡Dime que no ha pasado lo que ha pasado!».

Oí correr a Gisella en nuestra dirección y a Gonzalo maldecir de nuevo en voz baja mientras se cogía la camisa que antes era blanca y darse aire con ella con movimientos rápidos.

—¿Estáis bien, chicos? —nos miró Gisella a uno y a otro sin saber a quién ayudar.

Gonzalo, con mirada asesina, dio un paso hacia mí sin contestar a la pregunta y, de un rápido y furioso movimiento, me quitó el vaso chafado y casi vacío de mi mano para tirarlo al suelo con rabia. Yo volví a dar un paso atrás hasta casi quedar detrás de Gisella. ¿De verdad había vuelto a pasar? Cerré los ojos esperando el estallido de ese furibundo hombre empapado en café demasiado caliente para no haberle provocado alguna quemadura. Juré que, para su cumpleaños, si es que aún seguía trabajando para él, le compraría una docena de camisas blancas e inmaculadas para compensar las manchadas.

—¡Pero ¿se puede saber qué cojones te he hecho yo?! ¡¡Dímelo de una puta vez para poder solucionarlo como dos adultos y que dejes de intentar quemarme vivo y, de paso, joderme camisas, independientemente de si son carísimas o no!! ¡¡JODEER!!

—Lo siento, Gonzalo… Yo… no te he visto, te lo juro… ¿Te has quemado mucho? —me preocupé todo lo seria que pude porque una carcajada amenazaba con salir de mi garganta de los mismos nervios y eso, sí, me haría bajar directamente a Recursos Humanos a por mi finiquito.

—¿A ti qué coño te parece? —volvió a explotar, haciéndose oír en todo el pasillo.

¡Vale! ¡Sí! Eso fue una pregunta retórica hecha con bastante furia contenida. No requería en sí una respuesta ni para arreglar la situación.

—De verdad que lo siento. Pero no ha sido culpa mía, te lo advierto desde ya. Solo quería agradecerte lo que hiciste ayer por mí con Braulio y como no te gusta el chocolate, algo que me quedó clarísimo el otro día, pues pensé que un café tal y como te gusta, larguísimo de café con una gota de leche y dos azucarillos, era el mejor modo de darte las gracias… La intención ha sido buenísima

pero es que has salido de la nada y te has vuelto a tirar encima de mí sin mirar por dónde vas… Tendrías que ir con más cuidado, la verdad. —Me miró con los ojos totalmente abiertos sin creer lo que le decía y, antes de que estallara por todo lo alto, alargué la otra mano hacia él y la abrí ofreciéndole lo que llevaba en ella—. Supongo que ya no necesitas los dos sobres de azúcar, ¿verdad?

—¿Te estás riendo de mí? —Abrió los ojos con bastante incredulidad bajando la vista a los sobres de azúcar para, al momento, volver a subirlos a mi cara con esa fría mirada azul que sentí como puro hielo cuando me fulminó con ella. Negué con la cabeza, empezaba a asustarme la expresión de su cara—. ¡Recoge todo este desastre antes de que alguien resbale y se lesione! —me ordenó con esa voz tan grave que, en otras circunstancias, hubiera hecho mis delicias personales—. ¡Te quiero en diez minutos en mi despacho! ¡No me hagas esperar, hazte un favor a ti misma!

Se dio la vuelta camino de su despacho renegando por lo bajo sobre el café caliente, los pasantes en general y sobre mí más concretamente, algo que oímos Gisella y yo con mucha claridad. Al momento, la voz de su padre se hizo presente en todo el pasillo.

—Gonzalo, ¿qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

—No, papá, no estoy bien. Mejor pregúntale a la kamikaze de los cafés. ¡La idea de contratarla fue tuya! —prácticamente ladró para entrar dando un portazo en su despacho.

Yo me encogí de hombros, cerré los ojos y maldije mi mala suerte. No me podía creer que siempre me pasara lo mismo con él. Empezaba a pensar que ese hombre tenía un imán para que el café acabara de manera inevitable en sus blancas e inmaculadas camisas, independientemente de si era él o yo quien lo llevara en sus manos, y empezaba a ser un problema para ambos.

—¡Chicas! —oí a Alfonso a nuestro lado—. ¿Qué ha pasado?

—Un accidente… otra vez —murmuré sin fuerzas.

—Ya veo… —dejó caer con una sonrisa—. No te preocupes, Dani, le puede pasar a cualquiera, pero la próxima vez ve con más cuidado. Gonzalo nunca ha llevado muy bien esa clase de «accidentes». Y llamad al servicio de limpieza que recoja esto antes de que tengamos otro accidente más grave —pidió Alfonso antes de dirigirse al despacho de su hijo.

—¡No hace falta! Apenas ha caído nada al suelo, todo se lo ha llevado la camisa de Gonzalo —comenté en un doloroso quejido al recordar su cara—. Lo puedo limpiar yo en un momento, no pasa nada.

—Gracias, Dani.

Me agaché para empezar a recoger el poco café que había manchado el inmaculado suelo cuando noté a mi lado a Gisella ayudándome.

—Lo puedo hacer yo, no te molestes —le dije sin mirarla a la cara.

—No me importa —contestó con una sonrisa y un rollo de servilletas de papel ya en su mano. Se agachó a mi lado en silencio, me volvió a mirar y me preguntó con cautela al instante—: Te lo tengo que preguntar, no lo haces adrede, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios, Gisella! —Levanté la vista de golpe—. Aprecio mi vida. ¡Y ha sido él, tú lo has visto!

—Yo prefiero quedarme al margen, Dani. No te enfades, pero es que ya vamos por la tercera camisa —sonrió negando con la cabeza mientras nos levantábamos una vez recogido el café del suelo.

—Cuarta, si contamos la del día de la boda de su hermana —farfullé bajando la vista.

La risa de Gisella no tardó en llegar y yo me reí con ella, ¿qué otra cosa podía hacer? Lo recogimos todo en apenas dos minutos, fui al baño a lavarme las manos y seguidamente al despacho de Gonzalo,

sabiendo que eso tendría consecuencias para mí. No habían pasado aún los diez minutos, pero no quería hacerlo esperar y cabrearlo aún más. Cinco minutos después de su imperativa orden estaba llamando a su puerta. Oí su voz grave y profunda amortiguada por la madera.

—¡Pasa!

Y pasé. Abrí la puerta y solo pude dar un paso antes de quedarme paralizada, con los ojos como platos y el pomo entre mis dedos. Un semidesnudo Gonzalo salía del baño con un brazo en alto mientras lo metía por la manga de una camisa blanca y limpia. Cuando alzó la mirada y me vio se quedó él también inmóvil, con la camisa abierta, los puños sin cerrar y sin hacer amago ni tan solo de querer abrochársela. Creo que en ese instante se me olvidó cómo respirar.

—Yo… lo siento… No sabía que… —Imposible acabar una frase porque no podía ni empezarla con algo de coherencia.

—Daniela…, pensé que era mi padre otra vez. —Miró su carísimo reloj de pulsera con el ceño fruncido—. Solo han pasado cinco minutos desde que te he pedido que vinieras —y ahí sí se dio cuenta de cómo tenía la camisa y empezó a abotonársela sin prisas y sin dejar de mirarme.

¡Madre mía! Nunca me había alegrado tanto de haberle manchado una camisa como en ese momento porque para mí, eso que tenía delante, sí que era un numerito festivo-erótico con todas sus letras. Si hubiera llegado a saber cómo me lo encontraría, igual me hubiese planteado ir en menos tiempo todavía. ¡La madre de Dios! Ese hombre tenía un cuerpazo de infarto. Había sido un vistazo rápido, pero sabía que lo llevaría grabado en mi retina durante meses. Ya se intuía un cuerpo perfecto bajo esos carísimos trajes hechos a medida que siempre llevaba, pero es que la imaginación se me quedaba corta para lo que me encontré. El brazo que vislumbré antes de que

lo metiera por la manga de la blanca camisa era puro músculo, uno definido, fibrado, perfecto y muy fuerte, tal y como le demostró a Braulio cuando lo sujetó por el cuello sin apenas esfuerzo. Mi vista fue bajando hasta los pectorales, trabajados y musculosos, impresionantes y duros como un muro de piedra, eso lo pude comprobar momentos antes en el pasillo, antes de estrellar mi café en él. Seguí bajando la vista a su estómago, totalmente plano y, al igual que todo el torso, también muy trabajado, y a unos abdominales marcados como si de una tableta de chocolate se tratara, y supe que a ese tipo de chocolate también me podría enganchar sin ningún problema. Y terminé en sus fascinantes e increíbles oblicuos en forma de uve que se perdían bajo la cinturilla del pantalón de vestir junto con la línea de su escaso vello rubio.

No pude reaccionar ni dejar de mirarlo con hambre, solo tragar saliva trabajosamente sin perder detalle de ese atlético cuerpo donde cada músculo parecía esculpido a mano con una precisión milimétrica. ¡Puro deseo hecho cuerpo!

—¡Voy a tener que ir sin camisa delante de ti para dejarte sin habla! ¡Es estupendo tenerte calladita y quietecita durante más de treinta segundos seguidos, dulzura! ¡Nunca me lo hubiese imaginado! —Un burlón Gonzalo me sacó de mi estado catatónico.

—No me he quedado sin habla, sonrisas —le llamé yo también con su apelativo, mi favorito para él, sin pensar en las posibles consecuencias porque en poco rato me había fundido los cables—. Solo te estoy dando espacio para que termines de vestirte, no te vayas a resfriar con tanta piel al aire. —Conseguí decir dos frases seguidas sin tartamudear e intentando desviar mi vista al techo sin lograrlo, ya que me era imposible no mirarlo a él.

Finalmente, la fijé en su dedo meñique izquierdo, allá donde lucía esa carísima joya (de eso no me cabía ninguna duda porque era

pequeñita y delicada, pero se notaba a la legua que su valor superaba mi sueldo de medio año), y vi cómo brillaban los dos pequeños diamantes azules cada vez que su mano se movía abrochando botón tras botón de su camisa.

—Claro, qué detalle… —respondió con una evidente diversión sin poder yo sacarle la vista de encima mientras se terminaba de colocar los gemelos en los puños de la camisa.

¿Y eso que había vislumbrado momentáneamente en su boca qué había sido? ¿Una sonrisa? ¿Podía repetirla, por favor? Porque ese fugaz gesto que percibí en él me dejó incluso más impactada y boquiabierta que su cuerpo de dios de dioses. ¡Ahora entendía por qué ese hombre nunca sonreía! Porque cuando lo hacía ya eras suya y se tendría que ir quitando de encima a las mujeres de dos en dos solo con ese mínimo gesto. En esos momentos comprendí lo que quiere decir la gente con la expresión «se me secó la boca», porque la mía estaba igual que si me hubiera tragado un puñado de sal.

—¿Te vas a tirar encima de mí? Por cómo me miras ahora mismo no sé qué esperar de ti.

¿En serio? ¿Tan evidente era? ¡No, no, no! No quedaría como la típica mujer que seguramente acostumbraría a llevar del brazo, igual que la italiana.

—¡Quédate tranquilo! ¡No te tocaría ni con un palo! —respondí a la defensiva.

—¡Estupendo! Entonces, si tampoco llevas un café en las manos, pasa, ya que estás aquí no te quedes fuera —bromeó metiéndose en el cuarto de baño para acabar de vestirse.

—¿Eso ha sido otra broma? ¿No estás muy cabreado conmigo? —Hablé en voz alta con el inicio de una sonrisa en mi boca, una que se quedó ahí hasta que salió impecablemente vestido.

—Borra esa sonrisilla de tu boca, no te he llamado para reírte la gracia, Daniela —me dijo ya sin atisbo de humor en su voz volviendo a su estado natural, fiel a sí mismo—. Como veo que te aburres, en la mesa de atrás tienes unas cuantas carpetas que necesito con urgencia antes de que acabe el día.

—Solo quería agradecerte lo de ayer con Braulio, pero no sé qué me pasa contigo cuando hay café de por medio entre nosotros.

—No tienes que agradecerme nada, hice lo que tenía que hacer. En mi empresa no voy a permitir ciertas actitudes. Lo hubiera hecho por cualquiera, eso no cambia nada entre nosotros —sentenció, sentándose detrás de su imponente mesa.

—Ni lo pretendía, descuida —vacilé por primera vez en mucho tiempo en la respuesta, ya que ese hombre me desconcertaba de un modo que no entendía.

—¿Y eso es todo? ¿Ninguna respuesta ocurrente? ¿Ningún comentario mordaz? ¿Ni tan siquiera una contestación ingeniosa? —me provocó.

—¡Mira! Ya tienes bastante con lo que eres, no voy a añadir más cosas a la lista. —Callé para, sin poder evitarlo, continuar con una sonrisa gamberra—. Pero si te has quedado con las ganas solo te diré que eres insufrible —y cogiendo todas las carpetas que me había indicado, sabiendo que otra vez se me haría de noche en mi despacho antes de poder irme a casa, levanté la vista para darle otro rápido vistazo antes de irme, recordando lo que esa camisa ocultaba. Inconscientemente, mis dientes atraparon con suavidad mi labio inferior en ese gesto involuntario que no podía controlar cuando me ponía muy nerviosa.

—Sí, esa respuesta está mejor…, me empezabas a preocupar —contestó muy bajito con la mirada clavada en mi boca, ¡madre mía!, con una voz que a mí me sonó grave y erótica, una que consiguió

excitarme hasta hacerme mojar mis ya húmedas braguitas. Y ahí me quedé, quieta, sin moverme del sitio, hasta que Gonzalo me dio el empujón que necesitaba para ponerme en marcha en forma de sarcasmo—. ¿Te envío por el *e-mail* corporativo una invitación para salir de mi despacho y que de ese modo te pongas a trabajar antes de la hora de la comida?

¡Nuevo punto para él! Me giré sin decir nada más para salir de allí cuanto antes y no hacer una tontería, pero esa vez de las que no tenían vuelta atrás, con nefastas consecuencias para mí.

Cuando cerré la puerta a mis espaldas, me apoyé suavemente en la madera para coger aire, que me había faltado desde el mismo momento en que puse un pie en su despacho. ¡Qué caprichoso era el destino y que desigual la vida otorgando dones y limitaciones! No me cabía en la cabeza cómo se podía tener ese imponente físico y luego llegar a ser tan capullo y prepotente.

Lo peor de esa situación es que empezaba a gustarme esa prepotencia si venía de él. ¡La madre de Dios! ¡Era demencial!

# Capítulo 16



## *Jueves, 21 de enero*

**Daniela**

Empezaba a ser costumbre tener reunidos a mis tres hombres en la cocina a la hora del desayuno para que les contara mis aventuras (o más bien desventuras) en el despacho con mi jefe. Leo y Nael no daban crédito con cada nueva historia, que hacía las delicias de mis amigos, pero es que mi hijo Enzo no había día que no se partiera de la risa cuando era Gonzalo el peor parado de los dos. Al menos alguien se reía con todo aquello.

Cuando media hora después salía a la calle prometiéndome a mí misma que me esforzaría para que no hubiera un nuevo capítulo de mis desventuras (era mejor llamarlas por su nombre, cuando antes lo asumiera, mucho mejor para mí) en el desayuno del día siguiente, me encogí sobre mí misma. El frío de ese día calaba hasta en los

huesos y el cielo amenazaba con lluvia sin descanso. Me di prisa en alcanzar mi coche rojo y poder poner la calefacción todo lo fuerte que mi viejo vehículo me permitía, que no era gran cosa.

Antes de llegar hasta él entrecerré los ojos porque había algo en mi parabrisas que el día anterior no estaba. ¿Qué demonios era? Apreté el paso y, cuando llegué a mi coche, me quedé quieta observando lo que había apoyado en la luna delantera, cogido con uno de los limpiaparabrisas para que no se cayera. Estaba claro que lo habían dejado ahí sabiendo lo que hacían. Antes de coger la rosa totalmente marchita del coche, miré a derecha e izquierda por si podía adivinar quién me habría dejado semejante regalito. La calle estaba desierta, salvo por un par de personas que, como yo, se dirigían a sus vehículos aparcados, encogidos por el frío.

Cogí con cuidado la rosa mustia percatándome de que debajo de ella, también cogido al limpiaparabrisas, había un sobre de color negro. ¡Joder! ¿Podía ser todo más tétrico? Volví a levantar la vista por si veía a alguien cerca del lugar observándome. ¡Nada! Ni un alma. Cogí la nota con prisas y, con la rosa marchita en la otra mano, entré en el coche con rapidez. Una vez dentro y con el motor encendido para poder poner cuanto antes la poca calefacción que daba mi coche, dejé la rosa en el asiento de al lado y abrí con cuidado el sobre. Dentro había una nota con dos únicas palabras en una disculpa escrita pulcramente, pero sin firma.

Lo siento.

Tal y como la leí, un leve escalofrío me recorrió la espalda. No ponía nada, pero a mí me dijo de todo. ¿Braulio? No, no podía ser. Aunque realmente no lo conocía, no sabía si era capaz de hacer ese tipo de bromas tan pesadas. No sé qué fantasías formó en su cabeza conmigo, pero ahora, menos que nunca, dejaría que se acercara a

mí. Suspiré dejando la nota fuera del sobre y la tiré encima de la rosa que había tenido mejor vida hacía tiempo para poder dejarla en la primera papelera que encontrara. Me subí la bufanda hasta la nariz y puse el coche en movimiento, a ver si conseguía tener un día tranquilo y sin incidentes.

***

Y el día tocó a su fin de un modo tan tranquilo que tuve que pellizcarme el brazo un par de veces para comprobar que seguía despierta y no era un bonito sueño. No había derramado café en ninguna camisa y habían sido tres, en total, los que había preparado ese día. Había sacado todo el trabajo perfectamente sin tener que repetir ningún presupuesto, diseño y/o presentación, no había vuelto a tener situaciones incómodas con mi jefe. ¿Que cómo lo hice? Sencillo: Gonzalo estuvo todo el día fuera y solo apareció a última hora de la tarde para recoger documentación de su despacho y seguir trabajando en casa. Pensé, cuando me dirigía al ascensor, que alguien le tendría que enseñar a ese hombre a divertirse. No tendría que ser sano estar todo el día entre presupuestos y proyectos, solo había que ver el humor que se gastaba.

Entraba en el ascensor cuando una mano muy cuidada apareció por mi izquierda para impedir que las puertas se cerraran. La miré de reojo sabiendo quién era su dueño sin verlo, aunque el sello en su meñique lo delataba. Su perfume me dio de lleno, esa fragancia que aún recordaba sin problemas, y la mano la reconocía ya con los ojos cerrados porque sus dedos largos y su palma ancha y firme hablaban de poder y dominio. Unas manos que parecían esculpidas para la batalla, como bien demostraba día a día, pero también

hechas para la más dulce caricia, estaba convencida de ello por cómo se me erizó el vello de la nuca ante su cercanía.

—¿Puedo bajar contigo sin peligro de que me manches nuevamente la camisa de café? —oí la pregunta a mis espaldas.

—Tendrás que arriesgarte y averiguarlo por ti mismo —contesté, girándome hacia él y brindándole mi sonrisa más inocente.

—¡Qué remedio! —se quejó al entrar sin amago de sonrisa, muy en su línea, y no pude evitar la pulla siguiente.

—¡Puedes sonreír! No se va a acabar el mundo si lo haces.

—Deberías haber aprendido ya de mí que yo no vengo con ese extra.

—No hace falta que lo jures —musité sin perder la sonrisa, con la mirada al frente.

Terminamos de bajar en silencio, uno al lado del otro sin más conversación que el sonido de nuestras respiraciones. Cuando la puerta del ascensor se abrió salimos al amplio parking a por nuestros respectivos coches, el suyo en las plazas de enfrente y el mío en la otra punta.

—¡Que descanses, Daniela! —se despidió de mí abriendo a la vez su SUV con el mando e iluminando todo el parking.

—Te diría lo mismo pero, por la cantidad de carpetas que llevarás en tu maletín, sé que no lo vas a hacer. —Empezó a negar con la cabeza y yo le dediqué mi sonrisa más inocente junto con un rápido guiño de ojo para ir a por mi coche.

Oí el motor de su SUV encenderse una vez que entré en mi coche y suspiré para que el mío también lo hiciera a la primera. ¡Mierda! ¡No tuve suerte!

«¡Por favor, coche, arranca! ¡Por favor, por favor, por favor…! No me hagas esto hoy precisamente que está diluviando».

Lo intenté una, dos, tres veces, hasta que me di por vencida apoyando la cabeza de un solo golpe en el volante, rendida ante la situación. El motor se ahogaba antes de terminar de arrancar. ¿Por qué no podía acabar el día por todo lo alto? La cosa iba tan bien que era demasiado bonito para ser verdad.

Vi de reojo el gran coche de Gonzalo parar a mi lado, pero no hice amago de hacerle caso, cogí mi bolso y cerré con la llave el mío una vez que salí de él.

—¿Todo bien? —quiso saber desde el asiento del conductor mientras bajaba la ventanilla del acompañante para que lo oyera.

—No, el coche no arranca.

—Normal, deberías cambiártelo. Ese tiene los días contados.

—¡Mi coche no tiene los días contados! Lleva a mi lado desde que tenía diecinueve años y así va a seguir unos cuantos años más. Solo necesita una pequeña revisión, eso es todo —le contesté, empezando a andar hacia el ascensor.

—Si tú lo dices…

—Hasta mañana, Gonzalo. Si me disculpas, tengo que coger el metro para llegar a casa y que hoy no se me haga de noche también.

—Espera, mujer, ¿dónde vas con la que está cayendo? Sube, vamos, te llevo —se ofreció en una orden encubierta, bajando del coche para rodearlo con esa elegancia innata en él y abrir la puerta del acompañante para que subiera.

Me quedé mirando fijamente la puerta abierta y lo miré luego a él, extrañada. ¿De verdad se estaba ofreciendo a llevarme a casa en su coche?

—No, gracias. Ya cojo el metro —me negué en redondo.

—¿En serio? —realmente se extrañó por mi negativa.

—En serio, Gonzalo. Muchas gracias, pero no es necesario, de verdad.

—Como quieras, entonces —y cerró con suavidad la puerta—. Pero dame las llaves de tu coche para que mañana le den un vistazo, a ver qué se puede hacer por «eso» antes de que le hagas esa pequeña revisión que está pidiendo a gritos. —Otra orden, una muy extraña, por cierto.

—¿Por qué? ¿Qué le quieres hacer a mi coche? —pregunté escamada, entrecerrando los ojos e intentando averiguar sus intenciones, algo que no tenía muy claro en ese momento.

—Hacer que arranque para que te lo puedas llevar mañana de aquí y no acumule polvo en el parking con el paso de las semanas. ¡Tenemos una imagen que dar! En el fondo, el favor me lo haces tú a mí —y extendió su brazo con la palma de la mano abierta para que le entregara las llaves, tan envarado y serio que no supe si era una broma—. ¡No tengo toda la tarde!

Busqué las llaves nuevamente en mi bolso y, cuando se las iba a entregar, algo en mí, un loco impulso, me hizo acercarme despacio hacia él hasta que estuvimos apenas a centímetros uno del otro y, con suavidad, le puse la palma de la mano encima del pecho, tan duro como el mismísimo granito, allá donde latía su corazón. Noté que se tensaba imperceptiblemente bajo mi contacto, pero no me separé de él, al contrario, alcé la mirada a esos ojos algo desconcertados y suavemente le dije:

—¡Vayaa…! ¡Quién lo iba a decir! Si tienes corazón y hasta late —y le sonreí con una traviesa expresión—. Ten cuidado porque como se sepa por ahí y corra la voz van a pensar que eres hasta un poquito humano con sentimientos y todo eso.

—Entonces, guárdame el secreto —me susurró como si se hubiera quedado sin fuerzas, mirándome fijamente hasta que, sin decir nada

más, cogió las llaves de mi mano y se metió en el coche para irse a casa.

«¡Madre del amor hermoso! ¿Qué es lo que acaba de pasar ahora mismo?».

Me dirigí al ascensor desconcertada mientras oía el silencioso motor del SUV salir del parking. Suspiré notando que me faltaba el aire sin entender nada. Casi me alegraba de no haber aceptado su oferta aun sabiendo que llegaría empapada y de mal humor a casa. Solo rezaba para que no estuviera lloviendo con mucha fuerza.

Al alcanzar la puerta de entrada del edificio me quedé debajo del techo, resignada. No es que diluviara en esos momentos, es que daba la sensación de que el fin del mundo estaba por llegar. Las calles eran ríos de agua y el cielo se iluminaba cada dos por tres por los intensos rayos que parecían querer partir la tierra en dos. No me atreví a ponerme en movimiento con el frío calándome los huesos. Cerré los ojos retrasando lo inevitable hasta que los abrí con decisión y di un paso fuera de mi refugio. En ese momento el móvil empezó a sonar dentro de mi bolso, frené en seco y lo busqué para contestar. Al mirar en la pantalla quién me llamaba, abrí los ojos por la sorpresa justo cuando su SUV paró delante del edificio, enfrente de mí. Gonzalo me estaba llamando mientras me miraba a través de la ventanilla. Descolgué algo descolocada.

—¿Seguro que no quieres que te lleve a casa? —Oí claramente su grave y masculina voz al otro lado del móvil a pesar de la fuerza que hacía el sonido de la lluvia a mi alrededor, mientras clavaba la vista en mí desde la distancia.

—¿Qué haces ahí parado? —y esa fue la pregunta más tonta que podía haber formulado mientras valoraba meterme otra vez en el edificio a pasar ahí la noche o correr a su coche.

—Esperar a que te decidas a subir, Daniela —contestó muy serio sin dejar de mirarme a través de la ventanilla.

—Te he dicho hace un momento que podía arreglármelas sola, gracias —seguí en mis trece porque no sabía si quería estar a solas con él en un espacio tan reducido, la verdad, después de lo que había ocurrido momentos antes entre nosotros.

Oí cómo suspiraba mientras nos seguíamos mirando en la distancia, él sin irse y yo quieta, muriéndome de frío.

—¿De qué tienes miedo? —me provocó al final—. ¡No me como a nadie! ¡Vamos!

Inmediatamente vi cómo se abría la puerta del copiloto y no me lo pensé. Salí corriendo los pocos metros que nos separaban hasta que entré casi de cabeza en su carísimo, elegantísimo y grandísimo coche casi sin respirar. Un ligerísimo temblor me sacudió de arriba abajo porque, a pesar de la poca distancia que recorrí, era tal la intensidad con la que llovía que me mojé bastante el pelo y el abrigo.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? Prometo llevarte a casa de una sola pieza, no me puedo quedar sin la única pasante que me saca de quicio a diario —dijo como si nada mientras se incorporaba a la carretera después de encender la calefacción de mi asiento, algo que agradecí en silencio.

—Gracias —musité muy quieta.

—¡No hay de qué!

Ninguno de los dos dijo nada más. Él iba concentrado en conducir de manera muy suelta y segura, como todo lo que hacía, a pesar de esa lluvia torrencial, y yo miraba a todos lados menos a él sin saber qué demonios me ocurría. Desde que lo vi sin camisa no sabía por qué me ponía nerviosa su sola presencia, pero «eso» que había ocurrido instantes antes en el parking y que yo había provocado, me

tenía, además, desconcertada. Y como yo no era así, cogí aire e intenté iniciar una banal conversación con ese serio y callado hombre para no sentirme tan incómoda.

—¿De verdad todos estos botones tienen una función o solo están de adorno para impresionar a quien se sube aquí? —porque acostumbrada al mío que iba a pedales, el salpicadero de ese vehículo realmente parecía una nave espacial.

—Sí, todos tienen su función, así que quédate quietecita y no me la líes —contestó sin apartar la vista de la carretera—. Solo dame tu dirección para que la pueda introducir en el GPS y llevarte a casa.

—No estás muy acostumbrado a ayudar a los demás, ¿verdad? —Lo miré ahora sí por su seca contestación y el modo de pedir mi dirección—. ¡Que la intención es buena pero no es una de tus mejores virtudes! ¿Por qué lo estás haciendo conmigo? —realmente quise saber mientras yo misma introducía mi dirección en ese GPS que era más grande que mi televisor.

Paró en un semáforo mirándome incrédulo porque, a pesar de la advertencia barra orden que me acababa de dar con tanto «mimo y cariño», yo misma actué sin hacerle caso y lo miré con una sonrisa inocente.

—Porque a pesar de ser un quebradero de cabeza constante no puedo permitir que cojas una pulmonía y te pases varios días en cama de baja. —El semáforo cambió su color a verde y el coche se puso otra vez en marcha. Miré el atractivo perfil de Gonzalo y, cuando le iba a dar las gracias, añadió mirándome de reojo con una leve sonrisa en su cara—: ¿Quién me tiraría entonces esos deliciosos cafés en las camisas?

—¡Mierda, Gonzalo! ¿Qué te pasa en la boca? —le pregunté con gravedad ignorando su pulla en forma de pregunta.

—¿Qué me pasa en la boca? —Se intentó mirar en el espejo retrovisor, asustado, casi dando un frenazo en medio de la carretera.

—No lo sé, pero ha ocurrido ahora mismo y ha sido algo muy extraño…, tenías las comisuras de los labios hacia arriba, una mueca muy parecida a lo que hace la gente normal cuando sonríe. ¡La madre de Dios! ¿Quieres que nos pasemos por Urgencias para que te den un vistazo? Yo te acompaño si quieres, pero no te asustes.

La mirada que me dedicó, mezcla de incredulidad y enfado por lo que empezaba a entender, no tuvo precio.

—¡¿Pero tú eres así por defecto o te esfuerzas conmigo?! —soltó cabreado mirándome por unos segundos a la cara sin prestar atención a la carretera.

—Ni siquiera me tengo que esforzar. —Me encogí de un hombro con una sonrisa que me llegaba a los ojos—. Me lo pones muy fácil con ese carácter tuyo tan… —y callé por prudencia.

—¿Tan…? —preguntó muy serio, suspirando con resignación y creo que dándome por imposible, concentrado en conducir otra vez.

—¿Te puedo ser sincera sin que ello me lleve mañana directamente a la planta dos para pasar por Recursos Humanos a firmar de una vez mi finiquito?

—Prometo aguantarte un día más en el despacho, no temas.

—Eres… demasiado serio, igual que una persona mayor, algo que no corresponde con tu edad —me atreví a serle sincera.

—Es que soy serio, Daniela. Soy así de siempre.

Nos quedamos callados unos segundos, mientras entrábamos ya en la calle donde vivía. Volví a mirar su perfil, me gustó demasiado y no pude evitar añadir en voz baja.

—Tienes un principio de sonrisa muy bonita. Casi hasta podrías llamar la atención de una mujer para algo serio si te lo propusieras.

Se paró en doble fila, justo enfrente de mi portal, puso las luces de emergencia y me miró con sorpresa por mi comentario.

—Gracias, supongo…

—De nada. —Me quedé mirándolo yo también, hipnotizada por el momento—. Y sí, ha sido un piropo —le dije en un susurro acompañado de una suave sonrisa.

Volvió a disimular otra sonrisa y pensé que realmente sería de un atractivo mortal si sonriera sin miedo. Sin saber la razón, sentí una calidez en mi pecho al darme cuenta de que esa casi sonrisa, aunque fugaz, había sido por mi culpa. Me mordí el labio inferior con suavidad y la breve sonrisa de su boca se esfumó de repente. Noté su mirada encima de mis labios. La lluvia había dejado de caer con fuerza y podíamos oír nuestras respiraciones. Nuestros cuerpos se acercaron un poco más el uno al otro, como atraídos irremediablemente por la fuerza de un potente imán. Nos quedamos en total silencio, perdidos en la mirada del otro, acercándonos al momento siguiente un poco más, sin saber si era lo correcto o no. Transcurrieron unos interminables segundos hasta que el móvil me empezó a sonar y los dos reaccionamos volviendo a la realidad. Busqué el móvil nerviosa y con la respiración algo acelerada dentro del bolso sin llegar a querer saber qué habría ocurrido entre nosotros sin esa interrupción.

Enseguida vi que era mi hijo Enzo quien me llamaba. Descolgué porque, a pesar de haber llegado ya, la ansiedad por saber que no había pasado nada me pudo.

—¡¿Enzo?! —contesté enseguida—. ¿Qué ocurre, rey? ¿Todo bien?

De reojo vi cómo Gonzalo miraba al frente y agarraba el volante con fuerza con el coche todavía en marcha, mirando al frente y todo lo serio que una persona pueda estar, sustituyendo la calidez de

hacía unos momentos por una expresión fría e impenetrable que era a la que me tenía acostumbrada.

—Enseguida subo, estoy abajo —murmuré rápidamente para colgar y volver a guardarme el teléfono en el bolso—. Gracias por traerme a casa, Gonzalo, pero me están esperando.

—Sí, claro, ya lo he oído —volvió a su humor habitual—. No hagas esperar a Enzo por mí. ¿Quién es? ¿Tu pareja? —preguntó como si tal cosa mirándome a la cara desde la distancia.

La pregunta me hizo sonreír y, a pesar de que ni loca le diría que tenía un hijo de ocho años, ya que si lo omití en el currículum fue por algo, negué con la cabeza.

—Me tengo que ir —le dije, pero sin moverme del asiento.

—¿Un amigo… especial? —insistió con la misma seriedad.

—¡A ti te lo voy a decir! —Ahí sí terminé de sonreír abiertamente.

—No tengas miedo a decirme que es tu pareja o un amigo de esos especiales. Hasta tú tienes derecho a tener a una persona a tu lado, aunque con tu carácter y tu manera de ser no comprendo cómo alguien en su sano juicio querría estar contigo más de una hora seguida. Tienes que ser un dolor de cabeza continuo y un dolor de huevos de cuidado.

—¿De verdad me estás diciendo eso precisamente tú? —pregunté un poco alucinada e intentando averiguar qué había pasado en cuestión de segundos para ese cambio de actitud tan radical conmigo, y terminé de contestar a la defensiva cuando me regaló una fría expresión de sus claros ojos—. Deberías hacértelo mirar, sonrisas, con tu currículum no deberías tener derecho ni a opinar.

—¿Entonces te quiere? ¿O solo te soporta?

—¡Mira, Gonzalo! Solo te diré que Enzo es más que todo eso. Él es lo mejor que me ha pasado en esta vida —admití, sin saber el motivo de por qué le estaba dando explicaciones.

—¡Cómo no! Tu rey, ¿verdad? —se cachondeó con un humor muy negro.

—¡Pues mira, sí! Y para que te quede claro, yo siempre seré su «reina». ¡Gracias por la excursión! —me despedí sin dejar que me contestara, saliendo rápidamente del coche para dar un portazo en la puerta y correr muy cabreada con ese hombre.

Una vez se cercioró de que había entrado en el portal, se marchó y yo me quedé con la mirada clavada por donde su coche había desaparecido, calle abajo. ¿Qué le había pasado? ¿Es que no tenía derecho a tener vida personal? El que él ni siquiera supiera lo que eso significaba no quería decir que todos los que trabajábamos para él tuviéramos que ser iguales. No sabía qué pensar de ese hombre con esos cambios de humor tan bruscos, pero lo que sí tenía claro era que solo me faltaba decirle que había mentido en mi currículum y que tenía un hijo. No quería ni imaginarme por dónde me saldría.

Mejor seguir guardando el secreto y no tentar más mi suerte, una que, en esos momentos, se podía coger con pinzas.

# Capítulo 17



*Viernes, 22 de enero*

**Gonzalo**

Salí del ascensor camino del despacho de Daniela con las llaves de su coche en una mano y la extraña nota junto con la rosa marchita que encontré en el asiento en la otra. Cuando esa mañana abrí el coche para que uno de los mecánicos de mi concesionario le diera un vistazo a ver qué se podía hacer, no sabía si dejarlo todo ahí o subírselo para intentar averiguar por qué le hacían ese tipo de «detalles». No me dio buena espina, porque enseguida me vino a la cabeza todo lo sucedido con Braulio, así que, siguiendo un pálpito, me decidí por la segunda opción.

No sabía qué pensar de todo lo que me estaba sucediendo con ella. Nunca me había pasado eso con una mujer y no sabía muy bien cómo actuar. Ella me atraía más de lo que me convenía, había

podido comprobarlo durante el breve trayecto en coche a su casa. Ese ligero aroma a jabón que desprendía me llamaba más la atención que el mejor y más caro de los perfumes, esa risa traviesa cuando me ponía en jaque con sus comentarios me dejaba sin palabras, ese gesto tan de ella cada vez que se mordía ese labio suyo sabía que sería mi perdición. Con ella estaba haciendo cosas que jamás hubiese creído que haría, como pedirle las llaves de su coche ofreciéndome a darle una solución o el simple hecho de pararme en mitad de la carretera para insistir en llevarla a casa y que no llegara totalmente mojada.

Me atraía de tal manera, para qué negarlo, que a punto estuve de acercarme a esa bonita y exuberante boca para besarla y hacerla mía cuando me detuve delante de su portal. Me hubiera rendido ante ella con mucho gusto, aun a riesgo de todo lo que ello comportaba. Pero le sonó el teléfono y hasta ahí llegó nuestra aventura. La llamó ese tal Enzo, con toda probabilidad su pareja, y eso fue como si yo mismo hubiese estado bajo la fría lluvia que caía en esos momentos, andando sin rumbo. Mi deseo se enfrió al momento. Porque, aunque no me confirmó que era su pareja, tampoco me lo desmintió.

Llegué a mi ático cabreado por mi comportamiento. Creía que había vislumbrado algo en Daniela que quizá podría haber crecido entre los dos, aunque fuese una auténtica locura precisamente con ella, una mujer que era totalmente lo opuesto a lo que a mí me gustaba, o eso creí hasta el día en que la vi por primera vez. Ese algo fue a más, por mucho que me lo negara. Pero, cómo no, tenía pareja y yo, imbécil de mí, ni siquiera hice nada para averiguarlo y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Ella corriendo hacia ese tal Enzo al que llamaba «mi rey» y yo conduciendo a mi casa cabreado y con un calentón importante. Algo que no me volvería a ocurrir con ella,

eso lo tenía clarísimo. A partir de ese día volvería a mi papel de costumbre, ese que tan bien se me daba, y seguiría con mi anodina vida entre reuniones y proyectos.

Me paré delante de su puerta, llamé y entré sin esperar permiso. Daniela ya estaba en su mesa trabajando en uno de los diseños que necesitaba para esa misma tarde. Alzó la cabeza y al verme se quedó mirándome sin su típica sonrisa traviesa llena de dulzura. Por mucho que me jodiera, debía reconocer que la eché en falta esa mañana, hasta que se fijó en lo que llevaba en mi mano y alzó las cejas con sorpresa cuando dejé la rosa marchita encima de la mesa.

—¿Quién es el demente que te pide perdón regalándote una rosa seca? —fue mi particular saludo mientras sujetaba en alto la nota con los dedos índice y corazón.

—¿Qué haces con eso? —Se levantó de la silla de un salto y me quitó la nota de entre los dedos sin asomo de humor.

—Estaba en tu coche, en el asiento del copiloto. Esto no tendrá nada que ver con Braulio, ¿verdad? —fui directo al grano, más serio que de costumbre.

—No lo sé, supongo que no te habrás cortado en leerla y tú mismo lo habrás podido ver, no venía firmada. —Cogió rosa, sobre y nota y lo lanzó con fuerza a la papelera sacudiéndose acto seguido las manos.

—¿Te lo ha dado él? —insistí sin moverme del sitio.

—No, Gonzalo, no me lo ha dado él. Me lo encontré todo ayer enganchado en el limpiaparabrisas del coche a primera hora de la mañana. Una broma de mal gusto, supongo. —Se encogió de hombros y se quedó enfrente de mí.

La miré con intensidad unos largos segundos hasta que, dándome por vencido, suspiré y me apoyé en su mesa, acomodándome en el borde y cruzándome de brazos a la altura del pecho, una pose que

pretendía intimidarla pero que consiguió justo el efecto contrario con ella, que fue sacarla un poco de sus casillas. ¡También me servía!

—¿Necesitas algo más? Mi jefe se pone un poco insoportable cuando no le entrego a tiempo las mil carpetas que todas las mañanas me encuentro encima de mi mesa. ¡Ya ves! ¡Hay gente para todos los gustos y colores! —ironizó con mala leche, un nuevo matiz en su carácter que, maldita fuera mi suerte, también me gustó de ella.

—Me han contado que Recursos Humanos está en la…

—Que sí, que sí, en la planta dos, lo tengo presente. ¿Algo más? —me cortó, empezaba a exasperarla.

—Sí —y le tendí las llaves que aún tenía en mi mano—. Esta tarde podrás llevarte ese atentado con ruedas al que llamas coche a casa y sacarlo de mi parking.

—¿De verdad? —y la cara se le iluminó al momento con una tenue sonrisa y se olvidó de pelear conmigo mientras cogía las llaves rozando la palma de mi mano con sus dedos, haciendo que me hormigueara la mano.

—Sí, de verdad —contesté secamente levantándome de la mesa para encerrarme en mi despacho y no hacer una tontería con ella, porque si tenía pareja o no, a mi cuerpo le daba exactamente igual. ¡Y apenas me había dedicado una débil sonrisa y un simple roce casual!

—Gracias, Gonzalo… No sé qué decir…

—No ha sido nada, mejor te quedas callada y ahorramos energías para trabajar con ganas, que es para lo que se te ha contratado.

Pasé por delante de ella para irme y ella perdió la sonrisa de golpe, sustituyéndola por una mirada dolida, que bajó inmediatamente para fijar la vista en las llaves que tenía en su mano. No dijo nada, no me contestó con una de sus gracias o para

quedar ella por encima de mí con ese fuerte temperamento tan característico. No quise profundizar en por qué me sentí un hijo de puta cuando yo siempre actuaba de la misma manera y nunca había sentido remordimientos con nadie…, hasta ese momento, con ella. Desde el primer día en que la vi, intuí que esa mujer me traería problemas, pero no me hacía una idea de cuántos hasta la noche anterior.

Cuando entré en mi despacho, cerré la puerta con llave para que nadie me molestara queriendo o sin querer. Ahora mismo era una bomba de relojería andante y no me fiaba de mí mismo. Lo mejor sería enterrarme en mi trabajo, tal y como hacía siempre, y olvidarme de que tenía corazón para no volver a ilusionarme con un espejismo.

***

Estaba enfrascado en el trabajo cuando llamaron a mi puerta cerca de las siete de la tarde. No me había movido en todo el día de mi mesa por miedo a mí mismo si me volvía a cruzar con Daniela. A la hora de la comida, le pedí a Gisella que me subiera una ensalada de la cafetería del edificio para comer en el despacho y seguir hundido en papeles hasta la hora de irme, seguramente, demasiado tarde para cualquiera.

—¡Adelante! —Di paso a quien llamaba, sabiendo exactamente quién entraría por la puerta.

Daniela entró con paso firme hacia mi mesa sin humor en su rostro, es más, hubiera apostado que era más cansancio acumulado de toda la semana que enfado. Cuando llegó al borde de mi mesa, con la última carpeta que le quedaba por entregarme con la propuesta que le pedí hacía dos días entre sus manos, ni siquiera se

sentó en una de las sillas que quedaron a su espalda, simplemente dejó la carpeta encima de mi mesa y me miró fijamente. A esas horas estaba sin la americana, con las mangas de la camisa subidas hasta los codos y la corbata algo floja en mi cuello. Noté cómo se le iba la vista a mi torso, recorriéndolo lentamente hasta acabar en mis antebrazos, apoyados encima de la mesa, mientras el color de sus impresionantes ojos se oscurecía un poco y algo en mí se encendía sin poder evitarlo. Sus ojos parpadearon varias veces, dándome la impresión de querer volver a la realidad y, al momento, se aclaró imperceptiblemente la garganta antes de hablar.

—¡Ahí tienes lo que me pediste para hoy! Está tal y como lo querías en tus extensas y concisas indicaciones, ni una coma de más ni una línea de menos.

Su voz cansada me dio la razón a mi impresión con ella cuando la vi entrar por mi puerta. ¡Estaba agotada! Y a pesar de ello, aun así, su modo de decirme que ya lo había terminado era retándome a que se lo hiciera repetir. Y a mí me encantaban los retos y, para qué negarlo, todavía quería sentir su presencia un poco más conmigo en las oficinas, aunque fuera en el despacho del fondo, sin verla. Confirmé que tenía un extraño gusto por el sufrimiento porque empezaba a ser un vicio complicarme la vida con ella de ese modo. Pero también pensé que, si ya de paso, conseguía que llegara tan cansada a casa que no tuviera ganas de pasar un rato al lado de ese Enzo ni aunque le fuese su «especial relación» en ello de puro agotamiento, la tendencia autodestructiva que estaba teniendo en ese momento habría valido la pena.

Abrí la carpeta y me puse a repasar su contenido. Cada día me dejaba más impactado su modo de trabajar. ¡Era impecable! Tal y como me había hecho saber, estaba tal cual lo pedí en las anotaciones que le adjunté al dosier. Ni yo mismo lo hubiese hecho

mejor. No tenía excusas para no dejarla ir… ¿o sí? Porque, tranquilamente, podría hacer un cambio aquí y una modificación allá. Al cabo del rato, como no le decía nada, fue ella la que terminó hablando.

—¡Pues si eso es todo, yo me voy a casa! —Dio un paso atrás despidiéndose de ese modo de mí.

—¡No, no es todo! —Se quedó paralizada reteniendo el aire, apretando ambos puños con fuerza y cerrando los ojos resignada, o conteniendo toda su furia, no lo pude leer en ellos porque no los abrió hasta que no oyó de nuevo mi voz—. ¡No me convence! Quizá si modificamos esto y lo añadimos aquí…

—¡Oh, vamos! —me cortó en un estallido contenido, y pude confirmar que era furia lo que estaba controlando porque sus ojos pasaron de un clarísimo color verde a un suave avellana que me impactó—. ¡Sorpréndeme y dime que hay que repetirlo desde el principio!

—Quizá si modificamos esto y lo añadimos aquí —repetí sin humor por lo que esa mujer me seguía provocando solo con una mirada, taladrándola a la vez yo con la mía, que estaba convencido se había oscurecido al igual que la de ella y con un rictus en mi boca que, lo sabía, siempre impresionaba por su dureza. No podía ser de otro modo, la reté a que me volviera a interrumpir— no tengamos problemas con el cliente. No lo veo claro, así que se tendrían que hacer cambios aquí —señalé con el dedo, uno que ella siguió con la mirada sin moverse de su sitio—, aquí y… esto también. ¡Y lo quiero para ayer! ¡Lo lamento, pero lo esperan el lunes a primera hora!

Cuando callé, dando por acabada la conversación, me miró, miró luego de nuevo al proyecto y soltó el aire con rabia.

—¡Ahora mismo! —y mascullando mientras cogía con rabia la carpeta, salió de mi despacho farfullando entre dientes, pero lo

suficientemente alto para que lo pudiera oír con claridad—. ¡No estaría contento ni aunque se lo hubiera entregado Frank Lloyd Wright. ¡Imbécil…!

—Siempre puedes dejar el despacho y buscar trabajo de otra cosa, no sé… ¿de camarera, quizá? —dije con voz grave obviando su insulto y levantándome del sillón para apoyar las manos sobre la mesa y amedrentarla con mi presencia.

Ni siquiera se giró, salió del despacho controlando su genio con paso firme, y cerró la puerta a sus espaldas. Suspiré, me incorporé y me froté la nuca con fuerza. ¡Mierda! ¡No era así como quería acabar la semana con ella, pero no pude evitarlo! ¡Joder!

Me volví a sentar, intranquilo. No tenía ningún derecho a retenerla en la oficina por más tiempo, ya lo modificaría yo al día siguiente. Pensé en levantarme y salir en su busca. Pero no me dio tiempo. Daniela volvió a abrir la puerta dirigiéndose otra vez a mi gran mesa con una carpeta azul celeste bajo su brazo y la tiró con fuerza.

—¡Ahí tienes! ¡Las modificaciones que me has pedido! —La miré sin entender nada y abrí la carpeta.

Pasé varias páginas y dibujos y comprobé que, efectivamente, estaba todo lo que le había pedido que corrigiera hacía escasos tres minutos. Abrí los ojos con sorpresa, algo difícil de conseguir en mí, y levanté la vista a una Daniela que esbozaba una sonrisa de triunfo mientras se cruzaba de brazos en una pose de suficiencia. ¿En qué momento invertimos los papeles?

—¿Cómo lo has hecho? —pude preguntar con evidente sorpresa.

—Proyectos en paralelo. Lo más inteligente para sobrevivir a ti es hacerlos de dos en dos con distintas opciones para acertar contigo. ¡Tenía este ya hecho! —Sonrió victoriosa—. Leo es un genio, al final va a resultar que me dio la solución definitiva para no salir a la hora

de las brujas del edificio todos los días. Y yo riéndome de él y sus ideas. ¡Bendito Leo!

—¿Quién es Leo? ¿Otro que te llama reina o él sí es tu pareja?

Me olvidé del proyecto, de Enzo y de mi profesionalidad. Solo quise saber quién era ese otro hombre al que nombraba con tanto cariño. ¡Era una puta locura, pero mi capacidad de raciocinio se esfumó como por ensalmo! ¡Y lo peor de todo es que me importaba una mierda!

—¿En serio? Gonzalo, no te tengo que dar explicaciones de mi vida personal, he cumplido con mi trabajo, estoy cansada y con ganas de irme a casa, pero ya que tanto interés tienes en ella a falta de una vida propia te diré que son amigos especiales en mi vida, hombres a los que quiero muchísimo y ellos a mí, y que harían lo que fuera por mí al igual que yo por ellos. ¿Contento?

—¡Cuida ese tono conmigo! ¡No estás hablando con uno de tus «hombres»! —le dije cabreado, porque ella tenía razón, pero yo no se la daría por nada del mundo, y solo pude seguir atacándola.

—¡Cuida tú tus preguntas conmigo, Gonzalo, porque mi vida privada es eso, pri-va-da! —respondió sin asustarse ante mi tono—. Y aunque no tienes ningún derecho a saber nada de ella, duerme tranquilo porque ya te hago saber que no tengo ni deseo pareja ni novio ni prometido ni nada que se le parezca. —Creo que ese fue el momento en que me rendí a ella, aunque me resistiera a que eso me ocurriera, pero pasó—. Y ahora, si ya has acabado con tu exhibición de ego masculino, Enzo me está esperando en casa y llevo algo de prisa. Así que, si no te quedan esta semana más ideas para putearme, me voy a disfrutar del fin de semana, algo que tú tendrías que intentar de vez en cuando. Le iría muy bien a tu jodido carácter y le harías, a los que te rodean, un favor infinito.

Me terminó de retar con esa mirada de gata a juego con el color de su pelo y, unos instantes después, se dio la vuelta para salir como un tornado de mi despacho. Podría haberle parado los pies, podría haber tenido algo más que palabras con ella, podría haberla intimidado con cualquier chorrada, podría haber hecho tantas cosas… y no hice nada. Porque necesitaba procesar toda la información que me había dado, pero, sobre todo, necesitaba procesar la que me había gritado mi cuerpo.

Siempre supe que, cuando encontrara a la mujer correcta, esa que me hiciera sentir que tenía corazón y sentimientos, sería como volver a casa, incluso en medio de la tormenta. Lo que nunca me llegué a imaginar es que esa misma tormenta era la casa que realmente buscaba, donde encontraría mi calma y mi paz. Nada de eso tenía sentido, pero ¿desde cuándo yo me comportaba de ese modo y no me importaba algo así? Eso me lo podía contestar yo mismo: desde el momento en que Daniela se cruzó en mi camino. Porque desde aquella tarde todo era un sinsentido y no encontraba el manual de instrucciones.

# Capítulo 18



## *Sábado, 23 de enero*

**Daniela**

—¡Reina, estás divina! —me piropeó Leo en cuanto me vio entrar en el comedor.

—¡Tú siempre me verías divina aunque fuera con un saco en la cabeza! —me reí dando una vuelta sobre mí misma con una sonrisa desvergonzada.

Era mi última noche en el *Love Dance* como camarera y realmente me esmeré con el maquillaje y el vestuario. Me despejé la cara y el cuello en una cola de caballo muy alta y tirante haciendo resaltar mi maquillaje, algo más marcado de lo normal, hasta conseguir una mirada profunda y felina y potenciar aún más mis labios con un labial rojo cereza, uno de mis favoritos, y sabía que llamarían la atención de todo aquel que me mirara. El vestuario iba a juego,

cómoda pero elegantemente sexy; un body negro satinado con escote cruzado, pantalón de pitillo de polipiel de tiro alto que me alargaba y estilizaba las piernas con un cinturón dorado, a juego con el maquillaje de mis ojos, que marcaba mi cintura de forma muy glamurosa. Los botines de tacón alto me hacían ganar más de diez centímetros y me encantaban.

—¡Cariño, eso que llevas no es precisamente un saco! ¡Estás espectacular! Vas a dejar a más de uno sin aire esta noche. —Nael, vestido para ir al hospital ya que esa noche tenía turno doble, me besó en la mejilla—. ¡Suerte en tu última noche! ¡Hugo te va a echar de menos! En poco tiempo has conseguido entrar en el escaso círculo de amistades de ese hombre, no le va a ser fácil no tenerte bajo su ala los fines de semana.

—¡Es mutuo, Nael! En el poco tiempo que llevo trabajando para él, sé que su amistad es sincera. Pero el que no vaya a trabajar más para él no quiere decir que deje de verlo. Voy a ser su clienta más fiel. —Le guiñé el ojo de manera juguetona, a lo que él me correspondió con una sonrisa.

—¡Chica mala!

Me reí de su comentario y me acerqué a Leo a darle un beso en la mejilla y otro en la cabeza a mi hijo Enzo, que dormía encima de las piernas de mi amigo. Me lo quedé mirando con ternura y luego miré a Leo. No me merecía unos amigos como ellos. ¡Cómo se había atrevido el imbécil de Gonzalo de la Fuente a meterse con mis amistades! ¡Con los hombres de mi vida! Si es que lo volvía a pensar y me quemaba la sangre en las venas. ¡Maldito prepotente narcisista con dinero!

—¿Nael, me acercas? O me voy ya o llegaré tarde. ¡Leo, gracias por cuidar de mi hijo! ¡No tendré vidas suficientes para agradecértelo!

Nael empezaba su turno en una hora y el *Love Dance* le pillaba de paso, camino del hospital. No me fiaba de que mi coche no me hiciera de nuevo la jugarreta de no arrancar y dejarme tirada a esas horas.

—¡Ohhh, vamos, nena! Agradécemelo portándote escandalosamente mal esta noche…, tú ya me entiendes —me contestó con picardía mientras Nael cogía las llaves de su coche y me guiñaba un ojo de manera cómplice.

Me reí por el comentario, tirándole un beso al aire y cogiendo mi blazer y el bolso para intentar disfrutar de mi última noche. Juré que cuando llegara a casa de madrugada hibernaría como lo haría un oso hasta el lunes, pero esa noche la iba a disfrutar como nunca siendo, quién sabía, mala tal y como me aconsejó mi amigo.

***

Nunca pensé que dejar de trabajar de camarera, aunque fuese tras la barra de una discoteca, lo llevaría tan mal. Cuando entré por la puerta de atrás, antes de que las puertas del *Love Dance* abrieran al público, todos mis compañeros me tenían preparada una pequeña fiesta de despedida, incluyendo a un desolado Hugo. No me lo esperaba y se me escapó alguna lágrima que otra. Nos servimos varios chupitos para brindar por mi nuevo trabajo (en ese punto yo me los bebí de tres en tres porque no sabía si eso era motivo de festejo). Aunque yo no bebía alcohol, esa noche haría una excepción. Lo iba a necesitar, porque cambiaba una pequeña familia por un trabajo a tiempo completo con un jefe al que había que echar de comer aparte. Echaría de menos a mis compañeros más cercanos, Mateo y Sonia, mi pareja favorita de camareros, grandes amigos y mejor pareja que se iban comiendo detrás de la barra cada

vez que tenían ocasión. ¡Eran un amor! A Cris, uno de los camareros más jóvenes del *Love Dance* y el que más afinidad tenía conmigo, tanto por edad como por ese carácter juguetón y desenfadado. ¡Un amor de persona! Y a mis dos porteros, Alexei y Nikolay, los hermanos de nacionalidad rusa con aspecto de asesinos a sueldo, pero con un corazón de oro tan grande como lo eran ellos. Dos murallas de puro músculo, guapos a rabiar e irresistibles cuando sacaban al canalla que llevaban dentro. ¡Dos amores de hombres! Pero mi favorito era Hugo, su piel del color del café con leche, sus ojos rasgados color caramelo y esa cara tan jodidamente atractiva, un hombre de metro ochenta y cinco y anchos hombros que era el puto amo de la noche con las mujeres. ¡Un dios de ébano tan guapo como mortalmente peligroso cuando se lo proponía! Ese hombre era mortal en las distancias cortas y tenía amigos hasta en el mismísimo infierno. ¡Pero era un bendito ángel para mí!

Esa noche estuve en la barra del fondo, algo más tranquila que la central, junto con Cris. Las risas y las bromas entre nosotros estaban a la orden del día, me lo pasaba muy bien con él, y él conmigo, aunque éramos conscientes de que lo nuestro era simplemente una buena amistad, no buscábamos más que eso uno en el otro. A pesar de ser de caracteres similares, éramos incompatibles precisamente por eso. De vez en cuando, Cris y yo brindábamos por todo lo que se nos ocurría (cosas bastante absurdas, la verdad) y volvíamos a reírnos para seguir trabajando.

Trabajé como siempre, con una sonrisa en mi cara y sin mirar prácticamente a la cara del cliente mientras le servía la bebida. Sabía que atraía la atención del género masculino con fuerza, lo demostré la primera noche, y eso ocasionó alguna confusión con lo que ellos podían esperar de mí y yo les podía ofrecer además de una consumición, así que lo más sencillo para mí era, si quería seguir

trabajando tras la barra de una discoteca, no cruzar miradas con ellos, y no me fue muy mal. Siempre había alguien que se pasaba de listo, pero gracias a mis porteros, que siempre cuidaban de nosotros, la cosa no iba a mayores.

—¿Qué te pongo? —pregunté al cliente que se había colocado en mi zona de la barra, sacando un nuevo vaso de debajo del mostrador.

—¡Hola, Dani! —me saludó una conocida voz.

Subí la vista a su cara y creo que me quedé blanca por unos instantes. Era Braulio, con una débil sonrisa de disculpa en su cara y arrepentimiento en su mirada.

«¡Mierda! ¿Qué hacía este aquí?».

—¿Qué te pongo? —volví a preguntarle muy seria porque lo único que quería era perderle de vista.

—Dani, por favor, lo siento. El otro día… no sé qué me pasó y lo siento. No debí comportarme como lo hice…

—¿Y lo de la rosa y la notita? ¿Te parece bien hacer esa clase de regalitos tan macabros? No tuvo ninguna gracia, Braulio —le regañé, muy seria.

—¿Qué rosa? Yo no te he regalado ninguna rosa, Dani. ¡No sé de lo que me estás hablando! —y hubo sinceridad en su respuesta junto con una sorpresa genuina.

—¿No fuiste tú? ¿El de la rosa en el parabrisas de mi coche? —volví a preguntar para asegurarme.

—No sé a qué te refieres, a DLFuentes y Asociados tengo prohibida la entrada y no sé dónde vives.

Nos quedamos mirándonos en silencio, algo muy incómodo para mí porque, aunque no hubiese sido él, no me apetecía su compañía, mi sexto sentido me lo estaba diciendo a gritos.

—Da lo mismo… Mira, Braulio, estoy trabajando, así que, si no te importa, o pides una consumición o te apartas para que pueda pedir más gente.

—No, tengo que hablar contigo, Dani. No me voy a mover hasta que no hayamos hablado tú y yo —y cuando le vi la intención de cogerme por la muñeca como aquella mañana en el despacho, un gran escalofrío recorrió mi espalda y me aparté de golpe de su alcance.

—Braulio, ¿tú has visto a las dos murallas que tenemos por porteros en la entrada? —Me miró sin contestar, pero por cómo se le abrieron imperceptiblemente sus ojos, supe que no le habían pasado desapercibidos—. ¡Bien, entiendo que sí! Pues o te vas tú solo a otra parte y me dejas trabajar o ellos te acompañaran a la puerta sin ningún tipo de sutilezas —lo amenacé llevándome la mano al pinganillo de la oreja, uno que todos los camareros llevábamos precisamente para situaciones como esa.

Alzó las manos en señal de rendición y se alejó unos metros, dentro de mi campo de visión, pero lo suficientemente lejos para no hacer efectiva mi amenaza. Solté el aire retenido con pesadez para volver a quedarme, al segundo siguiente, sin respiración otra vez. ¡Venga ya! ¿Se habían puesto de acuerdo, o qué? A pocos metros de mí, vi cómo Gonzalo se acercaba a mi barra con decisión. Y a pesar de su cara de pocos amigos y de no encontrar ni rastro de simpatía o amabilidad en su gesto, ese hombre no tenía nada que ver con el primero. Totalmente vestido de negro, ese traje le quedaba mejor todavía que los que acostumbraba a llevar en el despacho. La corbata oscura a juego lo hacía todavía más sombrío, más peligroso. Con el pelo muy corto tan rubio, la mandíbula cuadrada y esa mirada tan clara y fría, la combinación de traje, rasgos y personalidad lo hacían parecer el peligroso jefe de la maldita mafia rusa. Y a mí me

hizo cerrar las piernas de golpe sin pensármelo dos veces. ¡La madre de Dios! Y eso que tampoco era de mis personas favoritas esa noche por muy bueno que estuviese y mucho magnetismo que irradiase. Me ponía de los nervios y sacaba lo peor de mí, que no era mucho, pero sí lo suficiente como para que no me gustara esa otra Dani.

Vi cómo Braulio tampoco le quitaba la vista de encima, al igual que yo, pero por motivos muy distintos a los míos. Del resto de mujeres que se lo comían con la mirada y hacían grandes charcos de babas intentando llamar su atención, mejor no digo nada. Si realmente supieran el carácter que se gastaba mi amigo no le estarían haciendo la ola con sus bragas.

—¡Daniela! —pronunció mi nombre una vez lo tuve enfrente de la barra con esa voz que tan bien conocía, tan grave, seductora y masculina.

—¿Qué te pongo? —fue mi respuesta, una pregunta hecha con dureza ya que, después de nuestro último encuentro en su despacho, todavía estaba cabreada y dolida con él.

—Un whisky.

Me giré para coger un vaso y servirle el whisky, y me jodía que fuera yo precisamente quien se lo sirviera porque lo único que quería servirle ahora mismo era mi carta de renuncia y perderlo de vista de una vez por todas, aquí y en el despacho, aunque mi piel opinara justo lo contrario por cómo se erizaba cada vez que lo tenía cerca. Lo noté observarme en la distancia, cómo su mirada me recorría de arriba abajo sin mucho disimulo, desde mi alta cola hasta los botines de tacón alto. Y en ese momento me sentí como si fuera desnuda ante su escrutinio, uno muy intenso que me hizo morder el labio inferior. Inmediatamente su mirada se oscureció, haciéndose peligrosa de un modo que me encendió la piel sin ni siquiera tocarme. ¡Mierda! ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba de ese modo tan

brutal con una de sus intensas miradas? ¡Y eso me cabreó! ¡Y mucho!

—¡Aquí tienes! —Le puse de muy mala leche la consumición encima de la barra con un golpe seco, de forma que la bebida salpicó fuera del vaso—. ¡Y ahora, circula! ¡Estoy trabajando! —le ladré con una sonrisa desafiante mientras rezaba para que se alejara de mí antes de que mi cuerpo me delatara.

—Me acaba de decir Hugo que hoy es tu última noche aquí —entabló una conversación conmigo como si hubiera oído llover.

—¿De qué conoces tú a Hugo?

—Es amigo de Candy, con lo que también es mi amigo. —Cogió el vaso para darle vueltas al líquido de color ambarino sin llevárselo a los labios.

—Hugo debería cambiar algunas amistades, creía que era más selectivo con ellas —y apoyé las manos en la barra con resignación, sabiendo que ese hombre no se movería de ahí durante un rato.

Me lo quedé mirando, cansada ya a esas horas del día o, mejor dicho, de la noche.

—No puedes trabajar en dos trabajos de lunes a domingo, necesitas descansar…

—¡Claro que necesito descansar! Pero de la vida… y de ti. Sobre todo, necesito descansar de ti, y teniéndote hoy también delante de mí me lo haces difícil, la verdad —lo corté sin humor, notando que mi cabreo con él pasaba al siguiente nivel.

Mi di la vuelta para acabar con esa absurda conversación que no sabía a qué había venido y volví al trabajo, algo que me resultó prácticamente imposible porque Gonzalo no se movió de su sitio e iba espantando a todos los hombres que se acercaban a pedir una consumición con una mirada intimidatoria y una pose a la defensiva. Ni siquiera Braulio se atrevió a volver a acercarse con la presencia

amenazadora que tenía su exjefe a pocos metros de él, y eso que le tenía muchas ganas, pero es que ese hombre, en esos momentos, exudaba el peligro de un animal salvaje. Cris me miró con curiosidad, pero solo se encogió de hombros porque sabía que era amigo íntimo de Hugo y no podía hacer nada. Cerré los ojos y expulsé el aire con rabia. ¡Hasta ahí el querer controlarme con él! Volví a ponerme enfrente de su mirada entrecerrada, sin miedo, y descargué ambas manos abiertas en la barra con un gran golpe e inclinándome hacia él.

—¡Fuera de aquí! Y deja de matar con tu mirada en modo asesino a todo el que mira con intención de venir hacia la barra, no lo vas a conseguir. —Me acerqué un poco más a él aun a riesgo de volver a aspirar ese perfume suyo tan masculino que me hacía querer más sin importar lo que me gritara la razón—. No creo que a Hugo le haga gracia que vayas espantando a sus clientes con esa mirada letal. ¡Déjame trabajar!

—No son clientes, Daniela, son hombres que se quieren meter en tus bragas. ¿Es que no lo ves? —me dijo con voz acerada.

—¡Lo único que veo es lo capullo que eres! Ahora mismo, no estoy bajo tu yugo en el despacho, así que déjame en paz —silbé entre dientes acercándome aún más a su cuerpo y embotándome irremediablemente de todo él—. ¿O acaso eres tú el que se quiere meter en mis bragas? ¡No eres mi tipo, sonrisas! —lo ataqué sin saber por qué le había dicho eso, porque ese hombre era el tipo de cualquier mujer.

—Ni tú el mío —me contestó de manera lenta, dándole un sorbo a su bebida sin dejar de mirarme por encima del vaso con intensidad.

—¡Estás tú como para ir haciendo ascos a las mujeres que tienen la desgracia de interesarse por ti! ¡Para elegir que estás, vamos! —

Mi irónico comentario hizo que levantara la ceja en un imperceptible gesto juguetón.

¿Y encima se estaba divirtiendo? ¿A mi costa? ¿Él?

—¿Me estás llamando feo a la cara? —preguntó con el asomo de una sonrisa en la comisura de su boca.

¡Confirmado! Ese hombre se estaba divirtiendo con la conversación. No sé si me alucinó o me cabreó. Quizá una mezcla de ambas emociones. ¿Y yo qué hice? Sonreír sin poder evitarlo porque como decía Leo, si no puedes con tu enemigo, únete a él.

—¡Qué vaaa! —y callé valorando si seguirle el juego o no, pero no pude resistirme a continuar—. ¡Mira, realmente impactas a primera vista, eso no te lo puede negar ninguna mujer con ojos en la cara, tranquilo! —y volvió a levantar de manera divertida la ceja sin hablar —. ¡Vamos, venga! ¿Nadie te ha dicho que eres una puta pasada? Incluso con tu gesto serio, tan adusto e intimidatorio, estás cañón y hasta llamas la atención y todo, pero solo cuando estás calladito y con la boca cerrada, porque luego abres la boca y la cagas. Todo tu encanto se esfuma más rápido que una de tus sonrisas. ¡Y mira que eso es complicado! Ahí es cuando salimos corriendo sin parar, te lo juro. ¡Hazme caso, sé de lo que hablo!

—¿Eso va en serio? —quiso saber con el asomo de una débil sonrisa en sus labios, relajando por primera vez esa noche ese gesto de pocos amigos, apoyándose él también en la barra y acercando su cara a la mía.

Y yo, en ese momento, perdí las bragas de manera fulminante.

—¡Por desgracia sí! ¡Te lo digo con conocimiento de causa! —Suspiré poniendo los ojos en blanco—. Y ahora, ¡fuera de aquí y déjame trabajar un rato! —le ordené muy seria.

Me miró valorando si acatar mi orden o no, dándole vueltas otra vez a su bebida en el vaso, no tan serio como quería aparentar.

Finalmente, subió el vaso a sus labios y de un solo trago lo vació y lo dejó encima de la barra, delante de mí.

—¡Está bien! ¡Cómo quieras! Voy a dar una vuelta a ver si veo a Hugo.

Todavía se quedó mirándome unos segundos más para darse la vuelta y dirigirse en dirección a la zona VIP, en la parte alta del local. Me quedé mirando sus anchas espaldas y el modo que tenía la gente de ir esquivándolo como si realmente fuera Moisés abriendo las aguas, con un magnífico porte y esa aura que irradiaba poder, algo que no podía evitar ni aun estando relajado, ya que eso sí que lo llevaba de serie. Creo que me quedé observándolo más rato del que debía porque, a mi lado, un divertido Cris carraspeó suavemente encima de mi hombro.

—¿De qué conoces a Gonzalo?

—Es mi jefe —contesté, dándole un último vistazo a ese apuesto y desconcertante hombre.

—¡¿Tu jefe no es Hugo?! —Sonrió dándome un toquecito con su hombro en el mío.

—Mi otro jefe, Cris. —Lo miré con una sonrisa burlona—. Trabajo para él de lunes a viernes prácticamente a tiempo completo. Dejo a Hugo para trabajar para ese demonio.

—¡¿Él es tu nuevo jefe?! —se sorprendió con una carcajada mientras yo asentía con resignación.

Sin pensárselo dos veces, de la botella que llevaba en la mano, sirvió cuatro chupitos que dejó delante de mí con una gamberra sonrisa que le ocupaba toda la cara.

—Somos dos, Cris.

—Dani, si Gonzalo es tu nuevo jefe, los chupitos te los tendrías que tomar de dos en dos. —Explotó en una sonora carcajada.

—Su carácter es legendario, ¿verdad? —Le sonreí yo también.

—Algo hemos visto y oído por aquí, cariño.

Y mientras Braulio no me sacaba la vista de encima y notaba la mirada de Gonzalo clavada en mi nuca, cogí ambos chupitos, cada uno con una mano distinta, y brindando con Cris, me los bebí uno detrás de otro, mientras mi amigo me imitaba haciendo lo mismo.

Cuando noté el alcohol quemar mi garganta supe que la noche no acabaría bien si no perdía de vista a esos dos hombres tan distintos entre ellos que me estaban haciendo, en esos momentos, sentir la protagonista de una telenovela de sobremesa.

# Capítulo 19



*Sábado, 23 de enero*

**Daniela**

Después de brindar por mi mala suerte con Cris con los chupitos, volví al trabajo. Seis minutos después, habiendo perdido de vista a Gonzalo en la zona VIP, vi a Braulio acercarse a mí otra vez. Mi última noche se iba a hacer larguísima y a ese paso acabaría malamente para alguien. Y esa no iba a ser yo. Cogí aire cuando lo tuve otra vez delante de mí ahora que a Gonzalo no se le veía por ningún sitio. ¡Menudo valiente estaba hecho!

—¿Otra vez, Braulio? ¿O es que no sabes dónde se encuentra la salida y te has perdido? —porque no tenía ganas de tenerlo delante, la verdad. ¡Llamémoslo sexto sentido!

—¡Joder, Dani! Solo quiero hablar contigo cinco minutos. Me gustaría aclarar lo que pasó el otro día en el despacho. ¡Déjame que

mañana te invite a una cerveza! —me pidió, intentando cogerme del brazo de nuevo.

¡Diosss! ¡Cómo odiaba que me tocaran! ¡Era más fuerte que yo, pero de ese hombre no quería ni tan siquiera un roce! Solo se lo permitía a mi círculo más cercano y, desde luego, Braulio no se contaba en ese círculo.

—No, Braulio. La respuesta es no —contesté ya seria dando un paso atrás—. ¡Y no se te ocurra volver a intentar tocarme! —le avisé con voz acerada, algo que no era lo habitual en mí pero que no podía evitar cuando me alteraba de ese modo.

—¿Por qué? No te voy a hacer nada, solo quiero hablar —insistió, alargando el brazo sin hacerme caso.

¡Se acabó! Me puse la mano en el pinganillo de la oreja para pedir ayuda a los chicos cuando noté la presencia de Gonzalo con fuerza. Dirigí mi mirada por encima del hombro de Braulio y ahí estaba él, andando hacia nosotros con cara de pocos amigos, la habitual en él, aunque quizá en ese momento tenía un punto más oscuro. ¡Y me gustó lo que vi!

«¡Madre mía, chica! ¡Por esto mismo tienes prohibido beber alcohol! ¡Deja de beber chupitos con Cris o al final acabará gustándote y todo!».

Cuando llegó donde estábamos nosotros, se colocó al lado de Braulio para lanzarle una mirada para nada cariñosa, y yo, increíblemente, me sentí protegida al instante. ¡De locos viniendo de él!

—¡Braulio! ¿Tú no tendrías que estar en las cloacas buscando algún pardillo inocente para denunciarme por acoso laboral? —La pregunta retórica, hecha con una suavidad letal, hizo que me encogiera en mi sitio. ¡Y eso que no iba dirigida a mí!

—No te angusties, estoy en ello. No he olvidado tu «amable» trato estos días a tu lado —contestó sin ver el peligro de esa contestación hacia ese hombre que, aunque se le veía con una pose relajada, se notaba a la legua que estaba en tensión, a punto de saltar a por su presa para darle un zarpazo mortal.

—Quizá deberías buscar trabajo en un circo como payaso, serías la estrella principal del espectáculo. ¡Valóralo, ya que la arquitectura no es tu fuerte! —La misma calma, la misma pose.

—¡Mira, capullo! Ya no tengo por qué aguantar tu prepotencia —amenazó tensando su cuerpo y apretando las manos en dos puños listo para atacar.

Di un paso hacia ellos para intentar parar la inminente pelea cuando sentí a Cris a mi lado.

—¡Avisa a Hugo! ¡Esto se va a poner feo, Cris! —le pedí en voz baja, pero sin separar la vista del frente.

—¡Enseguida!

Se llevó la mano a la oreja pidiendo ayuda para la que se iba a liar. Lo veía en sus miradas, no era la primera vez que presenciaba ese momento justo donde empezaba todo. Lo vi muchas veces en los ojos de Aitor, justo antes de atacarme a mí, y algo en esa escena me hizo encogerme sobre mí misma.

—No me hagas liarla aquí, Braulio, no me gusta llamar la atención. —Los ojos de Gonzalo refulgieron como dos bloques de hielo, con una ira difícil de disimular ante nadie.

—¿Y liándote con ella te crees que lo vas a conseguir? ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras? Eres demasiado mayor para Daniela, a ver si te enteras de una vez. No tienes nada que hacer con ella porque no sabrías ni por dónde empezar con una mujer como Dani, así que deja de hacer el ridículo.

Abrí los ojos como platos al oír a Braulio mientras Cris, a mi lado, silbaba con una sonrisita que no pudo disimular. ¡Pero ¿de qué coño estaba hablando Braulio?! Ese idiota, no sabía el motivo, estaba teniendo un ataque de celos con Gonzalo sin ningún motivo. Nunca le había dado esperanzas, ni queriendo ni sin querer, pero es que lo de Gonzalo estaba a otro nivel. ¡Ni siquiera nos aguantábamos cuando estábamos trabajando juntos! ¡Eso era evidente para todo aquel que estuviera a nuestro lado!

—¡Vale, niñato! He dicho que no me gusta ser el foco de atención, no que nunca lo sea. Últimamente estoy haciendo muchas excepciones con eso, imbécil —silbó entre dientes con una amenaza implícita, mientras su mandíbula se tensaba de manera peligrosa.

Vi cómo Gonzalo se preparaba para el ataque de ese imprudente imbécil de manera muy sutil y cómo Braulio iba a por él con rabia.

«Hugo, ¿dónde estás?».

Alcé la vista y no lo vi, ni a él ni a los chicos, con lo que decidí intervenir a ver si yo conseguía parar la pelea.

—¡Dejad de pelearos! ¡Los dos! —grité, extendiendo mi mano entre ambos, lo único que se me ocurrió en ese momento.

Ninguno de los dos hizo caso, lo normal, porque la atención la tenían puesta el uno en el otro, con unas miradas que lo decían todo.

—¡No te metas, Daniela! —me ordenó Gonzalo.

Sí, se tenían ganas desde el incidente en el despacho. Ninguno de los dos perdonaba al otro por motivos distintos, pero el odio era el mismo para ambos.

Y ya todo pasó muy rápido. Braulio se tiró encima de Gonzalo para golpearlo con el puño, Gonzalo esquivó el golpe con una facilidad digna de un felino ante un animal torpe y lento, pero sin devolvérselo, aunque no le faltó la oportunidad, pero por algún

motivo extraño no lo hizo. Braulio, al ver que Gonzalo no atacaba y solo evitaba de manera limpia que le diera, volvió a intentarlo con un nuevo ataque más torpe que el primero, con el mismo resultado. Cris volvió a pedir ayuda urgente por el pinganillo mientras intentaba que diera un paso atrás para evitar que me golpearan, algo a lo que no le hice caso zafándome de su intento de protegerme para volver a extender el brazo y que Braulio parara de una vez, porque a Gonzalo no lo veía muy preocupado por sus intentos de golpearlo, con la mala suerte de que le di al vaso que tenía delante de mí. El sonido del cristal roto se oyó por encima de la música y la pelea, haciendo que Gonzalo desviara la vista un momento hacia mí y, a la vez, Braulio viera la oportunidad de vete tú a saber de qué y me cogiera con fuerza del brazo. Al verme sujeta, por instinto, mi reacción fue soltarme con más fuerza que su agarre de un tirón seco. Al hacerlo, mi brazo pasó por encima de uno de los cristales rotos cortándome unos centímetros la piel del brazo.

La sangre no tardó en hacer su aparición manchándome el brazo rápidamente. Me lo cogí asustada mientras Cris me agarraba por la cintura para sacarme de ahí. Gonzalo maldijo en voz alta y Braulio no tuvo tiempo de reaccionar antes de ver el puño de Gonzalo estrellarse en su cara con violencia para caer casi sin sentido al suelo con un fuerte golpe.

La intención de Gonzalo fue ir a por él otra vez, pero no le dio tiempo de volver a golpear a un aturdido Braulio en el suelo porque Alexei se le adelantó saliendo de la nada. Lo cogió del cuello de la chaqueta para alzarlo del suelo sin miramientos. Hugo, que llegó con el portero, entró de un salto dentro de la barra y sostuvo mi brazo con cariño para comprobar la gravedad de la herida con una expresión amenazadora en su cara. Del bolsillo interior de su americana sacó un pañuelo de seda y lo ató alrededor de mi brazo.

El pañuelo detuvo la hemorragia y a mí me dieron unas enormes ganas de ponerme a llorar. Me solté con desespero del agarre de todos los que estaban preocupados por mí intentando no hacer saltar las alarmas de ninguno de ellos por mi raro comportamiento, algo que sé que no conseguí con todos, porque Gonzalo, con esa mirada incendiaria, pudo leer hasta en mi alma. Juraría que lo consiguió por cómo se me erizó la piel.

—¡Sacad a esa basura por la puerta de atrás sin ningún tipo de miramientos! Alexei, no lo quiero volver a ver dentro de mi discoteca nunca más —ordenó un furioso Hugo a su chico.

—¡Será un placer, jefe! —obedeció con gusto la orden, cogiendo a Braulio con fuerza por el cuello para echarlo a la calle como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Ven, Dani! ¡Vamos a mi despacho para poder curarte! —Hugo se dirigió a mí con cariño mientras los camareros empezaban a invitar a chupitos a todo el que había presenciado la pelea para amenizar el ambiente y que todo volviera a la normalidad.

Hugo me acompañó a la parte de arriba, a su pequeño despacho, al lado de la cabina del DJ, con Gonzalo pisándonos los talones con una expresión indescifrable en su rostro. Cuando los tres entramos, Hugo cerró la puerta tras de sí y la música dejó de oírse, ya que ese lugar estaba insonorizado de un modo que hacía olvidar que había mundo ahí fuera, y me acompañó al gran sofá negro situado estratégicamente. Desde ahí se podía ver toda la discoteca a través de un gran ventanal, aunque desde el otro lado solo se apreciaba un gran espejo.

Oí a Hugo trastear en su cuarto de baño hasta que lo vi salir con un gran botiquín para ponerlo a mi lado. Gonzalo se quedó detrás de él sin haber abierto aún la boca.

—¡Vamos a curar ese brazo, tesoro! —Enseguida frunció el ceño y puso su mano en la oreja para maldecir en voz baja de un modo que me dio escalofríos—. ¡¡Enseguida voy!! —rugió levantándose con rapidez y con cara de muy pocos amigos.

—¿Todo bien, Hugo? —quise saber levantándome con él.

—Sí, pero el gilipollas de tu amigo está buscando problemas con mis chicos en la puerta principal del local.

—¿Braulio? No es mi amigo… —Le seguí a la puerta.

—¡Mejor! Así no me tengo que contener con él —contestó sin un ápice de humor mirándome extrañado—. ¿Adónde te crees que vas?

—¡Contigo!

—¡No, ni hablar! Te tienes que curar ese brazo. ¡Gonzalo! —Mi jefe se dirigió a mi otro jefe mientras abría la puerta y el sonido de la música del local inundó su despacho—. ¿Te puedes quedar con ella en lo que yo me ocupo de ese imbécil? Que no se marche de aquí hasta que no se haya curado la herida del brazo.

Gonzalo asintió con la cabeza, Hugo cerró la puerta al salir y yo me quedé de pie con la boca abierta sin haber tenido ni voz ni voto en algo que me concernía solo y exclusivamente a mí. ¡Hombres!

—¡Ven! —oí detrás de mí la voz de Gonzalo mientras se dirigía al sofá.

¿Por qué ese hombre lo tenía que pedir todo como si fuera una orden?

Me giré para mirarlo de frente, pero sin moverme de donde estaba mientras él rebuscaba dentro del botiquín. ¿En serio me iba a curar la herida? ¿ÉL? Fruncí el ceño sin hacerle caso.

—¡No!

—¡Daniela, ven! —insistió alzando un poco más la voz.

Suspiró por lo bajo cuando seguí sin obedecerle. Mi mente entendió la orden, pero yo seguí inmóvil sin intención de hacerle

caso. No entendía la razón de que siguiera ahí, porque lo que sí tenía claro es que no era por miedo a Hugo, porque él causaba el mismo respeto que su amigo.

—¿Por qué? —quise saber sosteniéndole la mirada como ya era mi costumbre con él.

—Solo quiero ayudarte, ¿es que no lo entiendes?

—Si ya me rompo la cabeza tratando de entenderte por separado, ni te cuento el caos que es para mí cuando vienes en paquete completo.

—¡Me hago una idea! ¡Y ahora, por favor, acércate al sofá para que pueda echar un vistazo a esa herida! —Me acerqué a él, pero con intención de hacerlo yo misma—. ¡Siéntate! —me volvió a pedir barra ordenar una vez estuve frente a él.

—¡Puedo curarme yo sola! No hace falta que lo hagas tú.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo yo —contestó suavemente sin dejar de mirarme.

—Te he dicho que puedo yo sola —insistí en voz muy bajita, sin fuerzas.

—Y yo que quiero curarte yo. ¡Por Dios, Daniela! ¡Por una puñetera vez desde que nos conocemos, ¿podrías dejar la escoba en un rincón y hacerme caso? Es desesperante.

—Le dijo la sartén al cazo. —Sonreí sin poder evitarlo porque ver a Gonzalo con esa impotencia conmigo lo hacía parecer un poquito humano y todo—. Está bien… Yo dejo mi escoba aparcada siempre y cuando tú dejes la tuya al lado de la mía. —Alzó la ceja con diversión y continué—: Pero te aviso desde ya: no te acostumbres a esto que luego te me vienes arriba y ya estamos con los problemas tú y yo… —y me senté en el filo del sofá sin dejar de mirarlo.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, tranquila —contestó con un deje travieso, sentándose a escasos centímetros de mí—. Y

ahora, acércame el brazo para que te pueda quitar el pañuelo, a ver qué te has hecho.

No hizo amago de tocarme, solo me miró el brazo y con mucho cuidado de ni tan siquiera rozarme, me quitó el pañuelo muy despacio.

—Ya ha dejado de sangrar. —Me miré el brazo una vez libre del improvisado vendaje.

—Sí, por suerte no ha sido profundo. Parece un rasguño que curará sin problemas. Igualmente, hay que limpiarlo para que no se infecte —dijo mientras observaba la herida del brazo sin tocármelo para comprobarlo por él mismo.

Cogió un par de gasas y las empapó en agua oxigenada para seguidamente ofrecérmelas y que yo misma me lo curara, algo que me extrañó muchísimo.

—¿No lo quieres hacer tú? —quise saber entrecerrando los ojos sin coger las gasas aún.

—La otra mañana, en el despacho, después de lo de Braulio, dijiste que no permitías que te tocaran… y ahora me he dado cuenta de cómo te deshacías con soltura de todo aquel que te ponía la mano encima. Yo, para curarte, te voy a tener que tocar, así que he pensado que preferirías hacerlo tú. —Abrí los ojos con sorpresa—. No me mires así, sé escuchar y soy observador, eso es todo.

—No, no me gusta que me toquen, es algo que me supera —le expliqué, porque en ese momento tuve la necesidad de hacerlo con él, sin saber muy bien el motivo.

—¿Por qué? —Me miró queriendo leer en mi mirada.

—Si te lo dijera, sabrías lo mismo que yo, ¿no te parece? —esquivé sutilmente la pregunta.

Sonrió con la mirada, algo que me dejó K.O. por unos instantes, porque es que era otro hombre totalmente distinto y eso me llamaba

la atención de un modo alarmante.

—Está bien, te concedo el punto… —Sacó el aire lentamente por su boca mientras volvía a mi herida—. ¡¿Entonces…?! —y volvió a acercarme las gasas para que las cogiera porque yo no me moví, seguía con el brazo en alto, sin decidirme.

—¡Hazlo tú! —Me miró sin entender y yo, a mi vez, le extendí el brazo con la herida a la vista—. ¡Tú tampoco me mires así! ¡Ya que has insistido…! Además, tampoco me gusta la sangre y menos si es la mía. —Cerré los ojos, cogí aire y dejé el brazo delante de él.

—¿Segura? Te voy a tener que sujetar del brazo… —vaciló.

—No, pero hazlo ya —lloriqueé sin vergüenza.

Todavía se lo pensó unos segundos y, cuando estaba a punto de abrir los ojos, noté su mano en mi codo, haciéndomelo girar muy suavemente, con una delicadeza que me sorprendió viniendo de una persona tan hosca como él. Ahí sí abrí los ojos, extrañada de no querer salir corriendo por su leve contacto, y él empezó a limpiar la herida con mucho cuidado, muy lentamente, parando cada poco para mirarme a la cara y comprobar que estaba bien. Cuando esa gasa estuvo llena de sangre, cogió una limpia y esta vez la mojó de desinfectante, me sujetó en esa ocasión la muñeca con muchísima delicadeza, sin apretar, para levantarme un poco el brazo, y volvió a pasarla por la herida mientras iba soplando con cuidado cuando me encogía de hombros más por instinto que por dolor.

—¿Te duele mucho? —Paró para mirarme a los ojos queriendo saber si me estaba haciendo daño. Negué con la cabeza—. ¿Te molesta que te sujete de este modo? —quiso saber, una pregunta que me hizo abrir los ojos como platos para mirarlo con atención. Volví a negar con la cabeza—. Pensaba que no te gustaba que te sujetaran de este modo —volvió a centrarse en mi herida,

acercándose un poco más a mí, y noté su aliento rozar mi mejilla y todo mi vello erizarse. Y sé que él lo notó al igual que yo lo sentí.

—Y no me gusta… pero… no sé… contigo no me importa porque no me ahogo cuando lo haces… y es extraño —admití en voz baja, sorprendida por cómo reaccionaba mi cuerpo ante su cercanía, ante él.

Nos quedamos muy cerca el uno del otro, nuestras respiraciones eran solo una, nuestras miradas conectadas, notaba cómo sus pupilas se dilataban de un modo que me fascinó haciendo que el color de sus ojos se oscureciera un poco hasta asemejarse al azul de una tormenta lejana. El corazón se me aceleró y el estómago se me encogió en apenas segundos con la misma sensación que cuando te montas en esa atracción de feria que te eleva, te eleva, te eleva, y cuando ya sabes que no te puede subir más alto… de repente te suelta y caes en caída libre. Pues justo eso sentí yo en ese momento. Y bien sabía el cielo que no fue por su agarre, algo que supe desde el momento en que puso su mano en mi codo y me gustó, ni por sentir el calor de sus dedos en mi brazo provocándome mil escalofríos distintos en toda mi piel. Fue por su cercanía, por ese olor a perfume caro que casaba tan bien con su personalidad y que me iba a volver loca, por su mirada que era puro deseo y hacía que el hielo de sus ojos se derritiera, por ese fuerte carisma que lo envolvía hiciera lo que hiciese… ¡Joder! Supe al momento que fue por esa dulzura que mostró conmigo, por cómo adivinó que odiaba el contacto de cualquier persona y cuidó de no hacerlo él para que no me sintiera incómoda ni asustada, con un sexto sentido que no todo el mundo poseía pero que él sacó a relucir como si no fuera nada y a mí me tocó el alma y bastante el corazón.

Tragué saliva con dificultad cuando, al alzar mi mirada a la suya y quedar atrapada sin remedio, apenas quedó espacio entre nuestras

bocas. Gonzalo con la suya entreabierta, yo deseando rozarla, aún con mi muñeca entre sus dedos, sintiendo como una suave y delicada caricia que no me tenía que haber gustado tanto y sin embargo mi cuerpo pedía a gritos más. Más cerca, más caricias, más sensaciones, más de todo. Nuestras bocas a un suspiro de besarse, de saborear los labios del otro… y yo quise experimentar otra vez una caída libre al lado de ese hombre para volver a sentir otra cosa que no fuera miedo y terror, sabiendo que podría ser el mayor error de mi vida, pero sin pensar en ese momento en las consecuencias de mis actos. Así que retuve el aire en mis pulmones, cerré los ojos y… ¡mierda!, porque la puerta se abrió.

«¡Noooooooo!».

Aterrizamos en tierra sin motores y con una sacudida que casi nos saca los huesos de su sitio. Separamos nuestros cuerpos y Gonzalo se levantó de golpe.

«¿Qué-acaba-de-pasar? ¡Madre del amor del cielo! Pero ¿qué-acaba-de-pasar?».

Hugo entró en su despacho mientras Gonzalo se dirigía a la puerta.

—¿Cómo te encuentras, tesoro? —se interesó por mí acuclillándose enfrente de mí para mirar la herida.

—¡Bien! ¡Mira! Ha sido solo un rasguño sin importancia. Ni siquiera me quedará señal —le sonreí poniéndole el brazo en la cara para que lo pudiera ver bien sin necesidad de que me tocara.

—Mejor, así no tendré que ir otra vez a buscar a tu amigo para que también responda por eso —gruñó muy serio mientras se levantaba y nos miraba alternativamente a Gonzalo y a mí, varias veces.

—¿Qué ha pasado con Braulio? —quise saber levantándome yo también del sofá, asustada por él.

—Nada que no se haya buscado él solito. No volverá a molestarte, de eso me he encargado yo mismo.

—¡Joder, Hugo! ¿Dónde has pedido que escondan su cuerpo? —Gonzalo me miró con casi una sonrisa en su boca—. ¡Déjalo! Mejor no me lo digas, si no lo sé, cuando la poli me interrogue, no podré decirles nada —acabé cachondeándome, alzando un hombro sin poder apartar la vista de Gonzalo.

—¡Chica lista! —se rio de mi comentario—. Lo de hoy solo ha sido un aviso, no tendrá tanta suerte la próxima vez.

—Gracias, Hugo, por cuidar de mí —y le di un beso en la mejilla con cariño.

—Yo cuido de mi familia, y eso es lo que tú eres para mí, tesoro. —Me sonrió con la ternura reflejada en sus ojos.

Oímos a Gonzalo carraspear con el pomo de la puerta en su mano, mirándonos sin perder detalle desde la distancia, sin abrir aún la puerta.

—Me voy, mañana madrugo —anunció muy serio volviendo a su estado natural, ese donde la simpatía y la alegría brillaban por su ausencia—. ¡Hugo, cuida de ella! —A lo que Hugo respondió con un breve cabeceo—. Dani, nos vemos el jueves en el despacho. —Alcé las cejas sin entender—. Estaré fuera de Valencia hasta el miércoles por la tarde… Espero que disfrutes estos tres días sin mí en el despacho.

—¡Oh, no lo dudes! Aprovecharé para descansar de mi jefe —le sonreí.

—Está bien, pero te aviso desde ya: no te acostumbres a esto que luego te me vienes arriba y ya estamos con los problemas tú y yo, dulzura —sonrió, ¡SONRIÓ!, mirándome sin moverse.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, tranquilo. —Gonzalo bufó sin perder esa bonita expresión en su cara—. Y… gracias otra

vez, sonrisas.

Cabeceó imperceptiblemente sin dejar de mirarme y, ahí sí, cerró la puerta con suavidad tras salir.

Hugo miró perplejo la puerta varios segundos para preguntar al aire.

—¿Esa mueca que acaba de hacer Gonzalo ha sido una sonrisa?

—Eso parece, Hugo, eso parece.

Y fui muy consciente de que, después de esa sonrisa, ya no tenía otra cosa que hacer con él más que mirarlo como una tonta y preguntarme en qué momento se me ocurrió empezar a enamorarme de ese insoportable e insufrible hombre.

# Capítulo 20



*Lunes, 25 de enero*
*Dos días después*

**Daniela**

—¿Y te cogió de la muñeca para curarte?

—Sí.

—¿Y no saliste corriendo, ni hiperventilaste, ni le diste una patada en los huevos?

—No.

—¿Y fue él quién te curó la herida?

—Sí.

—Y a falta de más información, hija, porque solo con monosílabos me está dando una taquicardia contigo, ¿no le metiste la lengua hasta la campanilla para agradecérselo?

—Noooo… ¡Leonardo Menéndez! ¡Pero qué burro eres a veces!

—Ya, ya… yo seré un burro, pero tú te pusiste perra, a mí no me lo niegues, reina. Y ahora desembucha, ¿te lo comiste entero?

—No…, pero porque Hugo entró justo cuando estaba a punto de hacerlo.

—¡Lo sabía! ¡Ja!

Me señaló con el dedo sin soltar su café, con los ojos entrecerrados y una sonrisita de suficiencia en su boca. Yo bebí un sorbo del mío mientras me reía con la mirada.

Esa mañana desayunábamos los dos solos en la cocina. Nael hacía poco que había llegado del hospital y estaba durmiendo y Enzo terminándose de vestir para que esa mañana lo llevara yo al cole. ¡Tenía que aprovechar que Gonzalo estaba de viaje y no me hacía llegar a las ocho al despacho! ¡Y mi hijo encantadísimo con ello!

El domingo estuve prácticamente todo el día durmiendo debido al cansancio de la semana, y el tiempo que no estuve en el país de los sueños lo pasé con mi hijo, con lo que no tuve oportunidad de poder hablar con él. Y no fue porque no insistiera, ya que Hugo le había llamado el día de antes para informarse de cómo me encontraba, porque mi móvil estaba apagado y no me lo pudo preguntar a mí personalmente.

Así que esa mañana no tenía escapatoria. Me levantó de la cama con un café muy cargado y una sonrisilla de maruja. Y ahí estábamos, yo divirtiéndome con sus caras cada vez que avanzaba en mi historia y él desencajando la mandíbula cada dos por tres, tapándose la boca con teatralidad para no despertar a su marido. Y es que había mucho que contar y poco tiempo para todo lo que tenía que digerir, algo que yo aún no había hecho desde el sábado por la noche.

—¡No lo sabías! ¡Ni siquiera yo lo sabía! —me defendí sin mucho brío.

—Ohh, Dani, por favooor… ¡Pero si era un secreto a voces! ¡Vamos a ver! El día que te defendió de Braulio —empezó a contar con los dedos subiéndolos de uno en uno cada vez que me enumeraba un recuerdo—, cuando te llevó en su coche a casa el día de la tormenta, cuando revisó el coche porque no te arrancaba, sin contar lo del sábado por la noche… ¡Chica, estaba más que cantado! —se rio ilusionado dando palmaditas al aire.

—¿Tanto? —me sorprendí.

—Tanto —sonrió cogiéndome por las manos—. Te gusta, ¿verdad?

Me callé, meditándolo. Le quería dar una respuesta sincera. ¿Realmente me gustaba? No tuve que pensar mucho, lo tenía claro.

—¡Sí, me gusta! ¿Cómo puede ser posible, Leo? Ese hombre es arrogante, prepotente, narcisista, un imbécil de mucho cuidado, sin contar con que es un negrero cuando se sienta detrás de su enorme e imponente escritorio, no sabe pedir las cosas como la gente normal porque lo hace dando órdenes a diestro y siniestro… ¡Madre mía! Y es un personaje público… —Me llevé las manos a los ojos porque es que no había caído en ello hasta ese momento—. ¡Ese hombre está a otro nivel! Su estilo de vida, su posición en una de las empresas más importantes del país, su fortuna que no quiero llegar ni a pensar la de ceros que la componen… Mierda, pero ¿cómo me voy a fijar en un hombre como él?, es que no tiene sentido, lo mires por donde lo mires. Ese hombre estará acostumbrado a otro tipo de mujeres, más de su nivel social y económico, y no se va a fijar en… mí. Todo en él exuda lujo y poder; su carísimo coche, los mil gemelos que luce todas las mañanas en sus camisas, unos distintos cada día, su perfume que huele a gloria, su… todo, por Dios. Pero si solamente el delicado aro que luce en su dedo meñique debe tener más valor que todas mis pertenencias juntas. ¿Cómo va a querer

algo conmigo? Como mucho, pasar el rato, que será a lo que esté acostumbrado… Si es que soy imbécil…

—¡Para, para, para! —y me apretó las manos para que lo mirara a la cara—. ¡Pero ¿tú te estás oyendo?! Tú no eres menos que esas petardas pijas de las que hablas porque les das veinte mil vueltas a todas con solo pestañearles en la cara. Eres preciosa, inteligente, valiente y muy fuerte, con un carácter que enamora. ¿Cómo no se va a fijar en ti? Eres perfecta para cualquier hombre con dos dedos de frente, ¿me oyes? No lo dudes nunca porque tú vales mucho más que ellas. El dinero no da la clase y tú de eso tienes mucho. —Le sonreí, porque es que mi amigo me defendería aunque supiera que no tengo razón—. Además, de ese hombre no huyes porque has visto en él más de lo que me cuentas. Eso solo es su capa exterior, pero tú has visto en su interior, y lo que has descubierto te ha encantado, aunque te empeñes en meterlo en el mismo saco que a los de su clase. Ese hombre te ha defendido, te ha protegido, te ha cuidado, y no te ha despedido después de estropearle casi media docena de camisas. Sin contar las quemaduras de tercer grado que debe de tener por tu culpa. ¡Dime que eso no es… algo!

—La culpa siempre ha sido suya —repliqué gamberra sin poder rebatir sus argumentos, porque todos y cada uno de ellos eran ciertos—. Y no lo sé, Leo… No lo sé…

¡Madre mía! Nunca, ni en mil vidas, hubiera pensado que me atraería otra vez ese tipo de hombres, con esa personalidad tan fuerte y arrolladora, y encima poderoso en todos los sentidos de la palabra, pero tuve que admitir que Gonzalo me atrapó desde el mismo momento en que posé mi mirada en él en la boda de su hermana, porque descubrir que bajo esa coraza de frialdad y prepotencia se escondía un hombre tierno y cariñoso, tal y como me demostró curándome la herida con tanta delicadeza, como en una

tierna caricia. Y esa débil sonrisa que hizo iluminarse toda la habitación…, eso me desarmó por completo. Gonzalo me hizo suya en ese momento.

—No lo dudo, pero un hombre tiene sus límites y él ha superado los suyos contigo, y con creces. —Leo me guiñó un ojo, juguetón.

—No sé qué hacer, Leo… Todo esto… Él… Nosotros… Después de lo de Aitor, tengo miedo a lo que pueda ocurrir, a volverme a equivocar otra vez… —dudé al hablar.

—No hagas nada, deja que te lo diga el tiempo, reina. Pero no tengas miedo de volver a enamorarte ni a equivocarte, ¡eso nunca! Por lo poco que sé de ese hombre, me da que no tiene nada que ver con Aitor. No los compares, porque ese cabrón ya apuntaba maneras desde el principio y lo sabes, pero no quisiste verlo a pesar de que te lo avisé desde la primera señal que me diste en aquella conversación en la que miraste a otro lado porque te tenía totalmente absorbida. Este no es el caso, ¿no lo ves? Gonzalo te ha demostrado más en estos días que el hijo de puta de tu ex en un año. —Me dio un beso en la mejilla con cariño, y acabamos la conversación porque oímos a Enzo acercarse a la cocina—. ¡E importante! ¡No te acerques con un vaso de café a él! ¡Dale una oportunidad a lo vuestro antes de que lo quemes vivo!

—Gracias, Leo. —Lo abracé con cariño—. ¡Y no prometo nada! Insisto, la culpa siempre ha sido de él.

Echó la cabeza hacia atrás y la carcajada que le salió del pecho se oyó hasta en la calle. Sonreí mientras Enzo venía a mí, lo cogí con fuerza y lo abracé como si no hubiera un mañana.

—¡Buenos días, cariño! Desayuna rápido que nos hemos de ir. Ya vamos un poco tarde. —Lo solté en el suelo mientras cogía mi café para acabármelo.

—¿Y por qué vamos a ir en tu coche entonces? —preguntó frunciendo el ceño de un modo que me hizo sonreír.

—Porque hasta que no sea una arquitecta de renombre y tenga mi propio estudio, ese es el que tengo, así que reza para que hoy arranque y no tener que ir corriendo.

—Tito Leo —se quejó en voz baja mi hijo cuando me giré sonriendo para poner el vaso en el lavavajillas—, yo quiero que me lleve hoy mamá al cole, pero no quiero ir corriendo, ¡vaya rollo!

Y Leo se volvió a reír con ganas, revolviéndole el pelo a mi hijo mientras yo me hacía la loca con una gran sonrisa en mi cara, para ir a por mi bolso y el abrigo rezando, ahora en serio, para que mi coche no me dejara tirada de nuevo.

***

Llegué puntual a trabajar. Enzo no había llegado tarde y mi coche respondió a la primera. El día se presentaba muy bien, con lo que salí del ascensor en la planta diez con una gran sonrisa. A lo lejos, al lado del gran mostrador que ocupaba Gisella, estaban de pie, hablando con ella, una bonita mujer de pelo muy rubio y un atractivo hombre, también rubio. La actitud relajada de los tres me hizo saber que no eran clientes importantes, parecían más bien amigos en la barra de un bar de copas poniéndose al día.

—Buenos días, Gisella.

—Ah, hola, Dani. ¡Buenos días! Te estábamos esperando —me saludó una sonriente Gisella mientras la pareja fijaba la vista en mí.

—¿A mí? —pregunté extrañada mientras ahora, más de cerca y teniéndolos enfrente, me fijé mejor en la pareja.

Ella era guapísima, muy rubia de un color de ojos muy claro, similares a los de mi jefe, pero los suyos no eran fríos como el hielo

sino, al contrario, cálidos y dulces. Alta y muy delgada, vestía un traje sastre que le sentaba a la perfección. Su acompañante era un hombre muy atractivo y con un gesto travieso en su cara de impactantes ojos verdes, con un aire canalla y una complexión atlética que llamaba la atención, no dudé que iría haciendo charcos de babas allá por donde pasara.

—Daniela, ¿verdad? —Se acercó ella con la mano extendida, saludándome con una amable sonrisa. Le di la mano y esperé a que se presentara—. Soy Maite de la Fuente, hija de Alfonso de la Fuente y la otra accionista de la empresa. ¡Un placer conocerte, por fin!

—¿La hermana de Gonzalo? —me sorprendí porque es que sí había parecido físico entre ellos, pero no tenían nada que ver el uno con el otro.

—La misma —contestó ensanchando esa sonrisa por cómo lo pregunté—. Y él es mi marido, Adrián Medina, acabamos de volver de nuestra luna de miel.

—Un placer, Daniela. —Me dio él también su mano con una sonrisa gamberra—. ¡No llevo aquí ni quince minutos y ya te admiro y respeto! —Se rio al ver mi expresión de sorpresa—. Gisella nos estaba contando tu andadura por el despacho estos días y, si de lo que cuenta es cierto la mitad, que sepas que me declaro tu fan número uno desde este momento.

—Ehhh… —porque es que no sabía qué decir a eso—. ¡¿Gracias?! —dudé ante ese atractivo hombre.

—¡Un verdadero placer! —y con la misma sonrisa en su boca se puso al lado de Maite.

—¿Debería empezar a acostumbrarme a que me feliciten de ese modo tan jocoso? No eres el primero que lo hace estos últimos días —respondí con franqueza.

Los tres me miraron esperando que continuara con mi explicación y yo me reí con ganas, con esa risa escandalosa que era mi seña de identidad, pero es que sus caras lo decían todo.

—No me lo digas, ha sido Candy —saltó Maite mirándome con interés.

—¡Su marido! ¡Víctor! Lo conocí oficialmente la semana pasada en *Sweet Home* cuando tuve que ir urgentemente a su despacho a por una carpeta. Se declaró mi mayor fan y me pidió que no dudara en pedirle ayuda si la necesitaba, dijo que con gusto me la ofrecería. —Me encogí de un hombro mientras las caras de los tres pasaban de la sorpresa a la risa silenciosa.

—¿Oficialmente? ¿El día del café con sal? —medio adivinó Adrián, riéndose.

—Sí, y fue una equivocación de lo más tonta. —Sonreí inocentemente—. Ya me había cruzado con él el viernes anterior, en el bar de abajo. Estaba con Gonzalo, pero no tuve ocasión de presentarme. —Me miraron con curiosidad los tres y adiviné que esa historia no la sabían. ¡Mejor!—. ¡Eso ya os lo cuento otro día! Soy muy de tener historias y esta es larga de explicar.

—¡La hostia, Dani! Una lástima que no esté aquí mi cuñado para felicitarle por tan acertado fichaje —me guiñó un ojo cómplice—, pero yo me tengo que ir a trabajar también. ¡Ángel, nos vemos esta noche en casa! ¡Ya te estoy echando de menos!

Y tal y como se lo decía, le dio un beso para nada rápido, sin cortarse un pelo. Cuando se separaron Maite estaba sonrojada, pero con una cara de enamorada que lo decía todo.

No pude evitar pensar que sería bonito tener un amor así para mí también. Ese hombre estaba totalmente enamorado de su mujer y no le importaba demostrárselo al mundo. Parecía mentira que Gonzalo y ella fueran hermanos. Si bien era cierto que físicamente se

parecían, en caracteres eran totalmente distintos. El verano y el invierno. Y tenía muy claro quién era el invierno de los dos. Uno donde, de vez en cuando, un rayito de sol se colaba por entre las nubes y te calentaba de un modo muy agradable, algo tan poco frecuente que, cuando lo hacía, era como estar en el cielo. Así era él.

—¡Daniela! ¿Me acompañas a mi despacho? Sé que tendrás mucho trabajo, pero necesito que me pongas al día —me pidió Maite con una gran sonrisa mientras ya se encaminaba al pasillo.

—La verdad es que estoy convencida de que Gonzalo me habrá dejado la mesa hasta arriba de trabajo para que no me aburra sin él —le hice saber mientras la seguía.

—¡Luego te echo una mano, tranquila! Pero necesito hablar contigo y conocerte un poquito más. —Se paró a abrir su puerta y me invitó a entrar—. ¡Me tienes que poner al día! Necesito saber por qué sigues con nosotros después de conocer el carácter más agresivo de Gonzalo. Perdóname, pero normalmente salís corriendo y no muy contentos. —Me miró con inocencia para añadir con curiosidad—: Y entender por qué Gonzalo todavía te mantiene en el puesto de trabajo. Eso es lo que más me ha sorprendido, sinceramente. ¿Cuatro camisas manchadas de café en apenas dos semanas contando la del día de mi boda?

Se me quedó mirando fijamente, creo que intentando leer en mí, algo que le puse muy fácil, porque estaba convencida de que mi cara se peleaba entre la resignación y la diversión.

—¡La culpa siempre ha sido suya, Maite! ¡Te lo juro! —le hice saber a ella también.

Me miró unos instantes más y una risa suave le sacudió los hombros, una dulce carcajada que me embelesó al momento. ¡De verdad que los hermanos no podían ser más distintos!

—¡Siéntate, Dani, por favor! Tengo la intuición de que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. Por cierto, ¿ya tienes vestido para este viernes? —me preguntó con una gran sonrisa.

—No, pero no creo que lo necesite —porque me estaba hablando de la fiesta benéfica que todos los años por la misma fecha se celebraba en uno de los hoteles más lujosos e importantes de Valencia.

Lo sabía porque cada año siempre era noticia en la prensa rosa como una de las más importantes del país y porque en el despacho no se hablaba de otra cosa. Toda la planta de dirección estaba invitada, invitación que yo había declinado porque no pintaba nada allí. Por eso, a pesar de ser la noticia de la semana, no le había dado más importancia. Sí es cierto que Alfonso, días atrás, insistió en que yo también debía asistir como parte del equipo directivo porque el carísimo cubierto ya estaba pagado, cortesía del despacho, al igual que los del resto de compañeros que asistirían, pero decliné agradecida porque ese no era mi ambiente y no sabría qué hacer allí. Y ahora Maite volvía a sacar el tema. Y yo, pues volví a negarme.

—Ya me ha dicho Gisella que no asistirás, algo a lo que me voy a oponer. Como parte de los trabajadores de dirección tienes que asistir y no voy a aceptar un no por respuesta. Hay algo que tienes que saber de mí y es que soy bastante cabezona con lo que quiero, y ahora mismo, te quiero a ti en la fiesta, a nuestro lado.

—No sabría qué hacer allí, Maite, en serio. No es mi ambiente —insistí como ya había hecho infinidad de veces estos últimos días.

—Entonces, entiendo que no tienes vestido. —Me miró fijamente sin hacer caso a lo que le decía y siguiendo a lo suyo—. Esta tarde he quedado con Gisella y Candy para ir a buscar los nuestros, y tú te

vas a venir con nosotras. Entre todas encontraremos tu vestido —afirmó como si yo ya hubiera aceptado.

—Maite, de verdad que te lo agradezco, pero no voy a…

—Dani, no te lo estoy preguntando —me cortó, y vi entonces en ella un poco del carácter de Gonzalo, lo que me hizo querer sonreír —. Ahora tú también formas parte del equipo, te guste o no. Y tu presencia es necesaria junto con la de tu pareja que, naturalmente, también está invitada.

—No tengo pareja, Maite.

—¡Tú sola, entonces! —y sin darme opción a rechazar la invitación me hizo saber—: A las cinco pasará Candy a recogernos a Gisella y a mí. Coge tu bolso a esa hora porque te quiero en el ascensor sin excusas. Y si me vas a decir que el dinero es un problema te voy a dar la solución —y con una sonrisa traviesa añadió—: Ya sabes que el cubierto de la cena corre a cargo de la empresa y al vestido invito yo. Si después de dos semanas trabajando bajo las órdenes de Gonzalo aún sigues aquí, es lo mínimo que puedo hacer por ti, créeme. Y aun así, no habré saldado la deuda que tengo contigo, no te engaño. Y ahora, por favor, siéntate. Tú y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Me senté intuyendo yo también que, además de mi jefa, esa bonita y dulce mujer que tenía a mi lado podría ser una amiga tanto dentro como fuera del despacho.

# Capítulo 21



*Miércoles, 27 de enero*
*Dos días después*

**Gonzalo**

El miércoles llegaba a su fin cuando aterrizaba en Valencia. Estaba cansado pero contento y muy satisfecho con el viaje a Barcelona. Todo había ido sobre ruedas y la obra se iniciaría sin contratiempos en los tiempos marcados en el contrato una vez les hiciera llegar el último permiso necesario que había llegado esa misma tarde al despacho. A falta de mi firma, solo quedaba hacérselo llegar al jefe de obra a primera hora del día siguiente para cumplir esos tiempos e iniciar ya.

El vuelo de regreso se retrasó bastante y ya no me daba tiempo de pasar por DLFuentes y Asociados, así que preferí que me lo acercaran a mi ático para poder firmarlo y que alguien lo enviara. Lo

habría hecho yo mismo, pero ese mismo día tenía una reunión en la otra punta de la ciudad. Me cuesta muchísimo delegar, pero en esa ocasión no me quedaba otra.

Cuando salí de la terminal del aeropuerto para ir a por mi coche en el aparcamiento, busqué el contacto de Maite. El fin de semana anterior había vuelto de su luna de miel y solo tuve tiempo de pasar unos minutos por su casa, darle un abrazo y saludar a mi cuñado. Con el dedo congelado sobre el móvil, sin decidirme a llamar, supe que no era a ella a quien quería ver sino a una mujer con cara de muñeca y sonrisa contagiosa. Sin darme cuenta, sonreí al pensar en ella y no dudé en buscar su contacto para llamarla.

Esos tres días en Barcelona se me habían hecho larguísimos y sabía muy bien de quién había sido la culpa. En apenas dos semanas me había acostumbrado a tenerla cerca, a sus explicaciones interminables, a su descaro cuando no estaba conforme con algo o, más concretamente, conmigo, porque me desafiaba sin miedo, como a un igual, pero con una gracia que me fascinaba y cautivaba y a la vez que me asustaba por cómo terminaba actuando con ella. Había echado de menos su escandalosa risa y sus gestos, sobre todo ese que terminaba con mi mirada hambrienta encima de su suave labio cuando estaba nerviosa y se lo mordía. Sabía que aquello acabaría siendo mi perdición.

Busqué su contacto en mi teléfono móvil y lo pulsé para enseguida oír los tonos. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero ansiaba escuchar su voz, necesitaba verla como si se tratara de una droga y yo fuera un adicto sin remedio a ella. ¡Era de locos! Pero no podía evitarlo y lo peor de esa situación es que no quería evitarlo, para qué engañarme. Cuando oí su voz al otro lado del teléfono fue como un chute de adrenalina para mí y volví a sonreír, eso me hacía sentir esa mujer.

—¡¿Gonzalo?! —Mi nombre, pronunciado con esa sorpresa, me gustó.

—Hola, D… —No me dio tiempo a seguir hablando, ya lo hacía ella por encima de mí.

—¡Tú ya sabes que me estás llamando a mí, ¿verdad?! Daniela Miyar, tu pasante, la de los cafés… Te lo aviso desde ya, no te creas que estás llamando a la italiana o vete a saber tú a quién tendrás en tu agenda y la liemos. Luego no quiero problemas contigo que lo mío me cuesta esquivarlos cuando te tengo cerca y han sido tres días muy tranquilos. ¡He conocido a Maite, tu hermana! ¡Nada que ver contigo, sonrisas! Que no te lo digo a mal, pero es que es una dulzura de mujer y de jefa. A ver, no me malinterpretes, que tú también tienes tus momentos, escasos, muy escasos, pero es que la empatía se la llevó toda ella.

¡Sí! Realmente la había echado de menos, su manera de ser, sin filtros de ningún tipo, como ahora, que se le olvidaba respirar cuando hablaba de ese modo y juraría hasta que no recordaba de a quién se dirigía.

—¡Ya sé a quién estoy llamando, Daniela! —contesté serio, aunque la diversión me bailara por dentro, pero es que si le daba más cuerda no la podría parar ni en uno de mis peores días—. ¿Has acabado ya y puedo hablar o quieres seguir tú? ¡Porque no tengo toda la noche!

Supe que en ese momento se estaba mordiendo el labio, nerviosa, casi podía verla y mi cuerpo reaccionó al momento, deseando ver ese labio, pero entre mis dientes. ¡Estaba en un callejón sin salida con ella!

—Me ha sorprendido, eso es todo —oí como suspiraba al otro lado, y volví a sonreír.

—Acabo de aterrizar en Valencia y a estas horas ya no me dará tiempo de pasar por el despacho. Esta tarde ha llegado una documentación que tengo que firmar para enviar urgentemente mañana a primera hora. Necesito que me la traigas para que la pueda firmar y mañana se la entregues a mi padre a primera hora sin falta.

—¡¿Yo?!

—Sí, claro, tú. Por eso te estoy llamando a ti —respondí subiéndome ya a mi coche.

—¡¿A tu casa?!

—Sí, Daniela, a mi casa. —El manos libres del SUV se conectó y arranqué el coche mientras me divertía con la conversación—. ¿Te ha ocurrido algo estos dos días que te ha dejado sorda? ¿O debo preocuparme de verdad porque mi pasante esté empeorando de lo que sea que le pase a esa cabecita suya? No me preocupes innecesariamente…

Hubo unos segundos de silencio en la línea que se me hicieron eternos hasta que oí su voz cantarina cambiando rápidamente la sorpresa del momento por la diversión.

—¿Te lo estás pasando bien con la conversación, sonrisas? —quiso saber de manera retórica.

—Bastante, la verdad —y mi sonrisa se ensanchó como hacía tiempo no recordaba, porque me gustaba demasiado esa sensación.

—¡Jolines! El día que te da por ser empático no estás por el despacho. ¡Qué manera de desaprovecharlo!

—Igual tiene algo que ver con que cierta pasante no haya manchado mi camisa de café y, ya de paso, no me ha quemado vivo estos tres últimos días. —Me puse el cinturón de seguridad sin salir todavía del aparcamiento mientras hablaba con ella.

—¡La culpa siempre ha sido tuya!

—Eso es discutible —y callé unos momentos percibiendo su bonita sonrisa al otro lado de la línea—. Daniela, estoy de camino a mi casa, llegaré en unos veinticinco minutos. Daré tu nombre al portero de mi finca para que te deje subir. ¡Pídele la carpeta a Maite! Ahora te hago llegar la dirección de mi ático. ¡No tardes!

Y cuando colgaba, la oí murmurar algo sobre dar órdenes, mis modales y dónde estaban el por favor y el gracias mientras bufaba de manera muy poco femenina. Antes de salir de ahí, le mandé un mensaje con mi dirección y guardé mi móvil. Quité el freno de mano, pero, antes de mover el coche, lo volví a poner para enviarle un segundo mensaje.

*Gracias, dulzura*

Mis labios hicieron un amago de sonrisa, me guardé el móvil en el bolsillo interior de mi americana y puse el intermitente para, ahora sí, incorporarme a la carretera y llegar a casa lo antes posible porque mis ganas por tener a Daniela a mi lado superaban con creces cualquier otra necesidad.

***

Entraba en mi ático treinta minutos después. Dejé la maleta de viaje a un lado del comedor, junto con mi abrigo y los guantes. La temperatura era agradable gracias a que encendí la calefacción con la aplicación del móvil, así que me saqué también la americana y la corbata y me desabroché los dos primeros botones de la camisa. A esas horas necesitaba una ducha de agua caliente y descansar. No tardaría mucho con Daniela, pero no podía esperar a mañana para verla, aunque hoy solo lo hiciera durante cinco minutos. ¡Era necesidad!

Al momento llamaron a la puerta e, inexplicablemente, mi corazón se saltó un latido. Nunca me había pasado eso con una mujer y era algo tan nuevo para mí que parecía un niño en el día de su cumpleaños. Negué con la cabeza con una tenue sonrisa y me dirigí a la puerta de entrada. Cuando la abrí y la tuve a ella delante, confirmé que la había echado de menos. Era una mujer muy bonita que llamaba la atención a quien la mirase, eso no se podía negar. Apenas se apreciaba su traje pantalón debajo de su gran abrigo y la bufanda enrollada en su cuello hasta la nariz. Pero esa sonrisa pícara en su mirada, esa que me hipnotizaba cada vez que la miraba porque daban ganas de perderse en el color de sus ojos y aprenderse de memoria todos y cada uno de esos pequeños matices de sus iris, y ese labio escondido tras su bufanda, que intuía que se estaría mordiendo ahora, iban a ser mi perdición.

—¡Hola, Gonzalo! ¡Aquí tienes! —me tendió la carpeta sin decir nada más, solo mirándome con interés de arriba abajo, pero desde la distancia, para terminar de posar la vista en el cuello desabrochado de mi camisa.

Terminé de abrir la puerta de entrada para que pudiera pasar. Era la primera vez, si no contaba a mi hermana ni a Candy, que una mujer entraba en mi ático (ni siquiera Gisella lo hizo en su día) y no me importó, al contrario, no veía el momento de cerrar la puerta con ella dentro. Era mi santuario, poca gente sabía que tenía casa propia porque todos daban por hecho que vivía con mi padre en la casa familiar. De ese modo, cuando quería estar solo, aquí encontraba la paz que necesitaba sin ser molestado por nadie.

Dudó cuando se encontró la puerta abierta, tendiéndome la carpeta ahora con el brazo extendido, sin decidirse a pasar.

—¡Gracias por venir, Daniela! —le agradecí sin cogerle la carpeta —. ¡Pasa, no te quedes en la puerta! ¡Tardaré unos minutos en

revisar que todo esté correcto y firmarlo para que te lo puedas llevar! —y como no se movió no pude resistirme a decirle—: ¡Recuerda que no me como a nadie! Lo pudiste comprobar tú misma el otro día.

Alzó las cejas con diversión y abrazando la carpeta contra su cuerpo me hizo saber antes de pasar.

—¡Está bien! Pero porque hace un frío esta noche de los mil demonios y estoy congelada y no me apetece morir de hipotermia y, conociéndote, no van a ser solo unos minutos si tienes que revisar las doscientas hojas de documentación que te traigo… ¡madre mía!, y seguro que tu piso es como estar en el trópico porque ya siento el calorcito desde aquí, así que vale, entraré y esperaré a que acabes, pero que no se me hagan las tantas que me están esperando y tengo hambre y sueño y también estoy cansada y necesito quitarme estos tacones que me están matando, a propósito.

—Claro… —Extendí el brazo invitándola a entrar con la diversión pintada en mi cara.

Me tendió la carpeta, cerré la puerta y la seguí hasta que quedó en mitad del enorme salón. Me quedé mirando cómo lo observaba todo con disimulo mientras se quitaba la bufanda del cuello.

—¡Ponte cómoda! Voy un momento a mi despacho a darle un vistazo y a firmarlo. —No se movió de donde estaba, de pie, aún con el abrigo puesto, indecisa.

Me acerqué a ella sin pensarlo y le quité lentamente la bufanda de las manos mientras mi miraba con curiosidad y mucha precaución.

—¿Qué haces?

—Intentar que te pongas cómoda, Daniela. ¡Dame tu abrigo! Aquí no te hace falta —y le tendí la mano para animarla a que se lo quitara y me lo diera.

Se desabrochó el abrigo sin pensárselo y me lo dio junto con el gran bolso que llevaba abierto sin ningún tipo de cuidado. Lo dejé todo encima de la mesa del salón y me acerqué otra vez a ella para guiarla al sofá y que se sentara.

—Siéntete en tu casa, yo no tardo mucho —y la dejé sentada en el gran sofá mientras me regalaba una pequeña sonrisa que a mí me hizo sentir mucho.

—Gracias.

Salí rápidamente del salón para dirigirme a mi despacho sabiendo que, si me quedaba a su lado unos segundos más, no sería precisamente revisar los documentos que tenía entre mis manos lo que haría en esos momentos. Era una tentación muy grande tenerla ahí conmigo, en mi casa, y ahora dudaba de que hubiera sido buena idea.

Al final tardé algo más de quince minutos en revisarlo todo y dejarlo firmado. No se oía nada fuera, con lo que no dudé de lo que me encontraría cuando entrara en el salón: estaría, con toda seguridad, curioseando aquí y allá sin dejar nada por investigar o tocar, empapándose de todo lo que viera. Algo que, si hubiera sido otra persona, ya fuera hombre o mujer, y en otra situación no me habría hecho nada de gracia, me hubiera puesto muy nervioso. Pero siendo ella, sabía que no me importaría, al contrario, quizá deseaba que me conociera un poco más y, si eso la ayudaba, que el cielo me ayudara a mí, porque la animaría sin vacilar. Sabía que entenderme requería mapa y brújula y soportarme mucha paciencia, algo que ella tenía conmigo de una manera tan natural que me asombraba incluso a mí.

Salí del despacho con la carpeta debajo del brazo y entré en el salón en silencio para no asustarla con lo que estuviera haciendo. Paseé la mirada por toda la habitación y fruncí el ceño, extrañado al

no verla. ¿Dónde se había metido? Porque ahí no estaba y no la veía capaz de pasearse libremente por toda la vivienda entrando en habitaciones sin permiso. ¿O sí? Dejé la carpeta encima de la mesa junto con su abrigo y bolso para ir a buscarla algo enfurecido porque se hubiera tomado la libertad de pasearse por mi casa. Cuando le dije que se sintiera en su casa no esperaba que se lo tomara al pie de la letra de ese modo. Una cosa era dejarla toquetear y mirar lo que encontrara en el comedor y otra muy distinta que entrara en habitaciones donde no le había dado permiso.

No di dos pasos más allá de la mesa del salón cuando, al mirar en el sofá, me la encontré dormida en él, sin los zapatos y acurrucada en un rincón. Me acerqué con cuidado, no quería despertarla, pero sabía que debía hacerlo para que regresara a su casa. Y esa imagen de ella dormida profundamente como si estuviera en el salón de su casa, tan relajada y tranquila, entibió mi corazón de un modo brutal. Aquel callejón sin salida era cada vez más pequeño porque, inexplicablemente, ni siquiera necesitaba una caricia suya, un roce casual o sentir el calor de su cuerpo muy cerca de mí, igual que me pasó la noche que le curé la herida. Simplemente tenerla dormida en mi sofá era suficiente para calentar mi cuerpo y sentir que dejaba de respirar.

¿Estaba preparado para sentir de ese modo por una mujer? La respuesta es sí, lo que nunca pude llegar a imaginar fue que esa pequeña mocosa, con ese descaro y esa fuerte y arrolladora personalidad, pudiera llegar a atraerme de un modo que no entendía, pero era lo que mi piel quería, lo que mi corazón anhelaba sin saberlo hasta esa noche.

Me acerqué a ella despacio, sin poder sacar la vista de las curvas que hacía su cuerpo en esa postura, de su pelo esparcido en mi sofá, encima de su brazo, de su boca entreabierta por la que

respiraba con profundidad y, antes de agacharme para despertarla sin tocarla, porque no sabía cómo podría reaccionar ante mi contacto, tuve que coger aire para no cubrirla con mi cuerpo y despertarla con mis caricias, con mis besos por todo su cuerpo. ¡Joder! Si no me calmaba tendría que darme una ducha, pero de agua muy fría, porque mi cuerpo protestó ante esos pensamientos y mi miembro se despertó de golpe con una erección muy dolorosa e incómoda.

Me senté en el filo del sofá, lo más alejado de su cuerpo, pero sabiendo que estaba demasiado cerca de ella y, sin tocarla, intenté que se despertara.

—¡Daniela, despierta! —Nada, no se inmutó y subí un poco más el volumen de mi voz—. ¡Te has quedado dormida, despierta! —Misma reacción, ¡nada!

¡Mierda!, no me quedaba otra que moverla un poco a ver si así conseguía que volviera al mundo de los vivos. Con cuidado le toqué el brazo para que despertara.

—¡Dulzura, vamos! Despierta o te dejaré durmiendo en mi sofá toda la noche —y ahí sí se movió un poco, abriendo los ojos desorientada y parpadeando muy seguido sin saber muy bien dónde estaba—. Por fin… no es que me importe que duermas en mi sofá, pero no creo que sea lo más cómodo para descansar —le dije muy bajito en un susurro íntimo.

—¿Qué…? ¿Dónde…?

—Te has quedado dormida en mi sofá —contesté a esas preguntas que no terminaba de hacer levantándome, ahora sí, de su lado para poner algo de distancia de su hipnótico y sugerente cuerpo y dejar de oler ese suave jabón que desprendía aun a esas horas del día y que me empezaba a gustar demasiado.

—¡Oh, mierda! ¡Lo siento, yo…! Me he quedado dormida sin querer, solo he cerrado los ojos unos segundos y no me he dado cuenta, pero la culpa es tuya. —Empezó a levantarse nerviosa para dirigirse a la mesa donde estaban su bolso y su abrigo.

—¡¿Mía?! ¡¿En esto también?! —pregunté divertido porque me culpara a mí de haberse quedado dormida. Esa mujer era increíble y su autoestima envidiable, la verdad.

—¡Claro que es tuya! Si no se estuviera tan calentito aquí dentro y ese sofá tuyo no fuera tan cómodo no me habría quedado dormida, ¿te das cuenta? —me hizo saber con seguridad mientras ya se ponía el abrigo.

—¡Eres alucinante, Daniela! Pero de un modo que me asombra, algo que no experimentaba desde mi niñez con nadie.

—Pues a mí la gente me sorprende cada dos por tres, ya ves. No es algo tan inusual —respondió sin mirarme a los ojos cogiendo su bolso a la vez que yo también intentaba alcanzarlo.

Uno por otro, al final el bolso abierto cayó al suelo y todo su interior se desparramó en un caos de llaves y objetos personales. Sin decir nada, enseguida nos agachamos a recoger lo que se había caído al suelo. Apenas tardamos unos segundos en recogerlo todo en silencio.

—Creo que ya está todo. —Miré a mi alrededor para comprobar que no quedara nada.

—Gracias, Gonzalo. Yo…, me tendría que ir ya —me dijo mientras nos incorporábamos para quedarnos uno enfrente del otro—. Es tarde y me estarán esperando en casa.

—¡Claro! ¡Toma! —Le tendí la carpeta con los documentos—. ¡Dáselos mañana a primera hora a mi padre sin falta! ¡Son urgentes! —insistí, aunque sabía que con ella no hacía falta. Había demostrado ser una gran profesional a pesar de su falta de experiencia—. No

hagas esperar a tu «rey» —y no sé por qué añadí esa coletilla de manera suave, pero algo dentro de mí se rebeló al recordar la llamada de teléfono de la otra noche en mi coche.

—Sí, me está esperando mi rey, pero no es lo que crees. Ya te lo expliqué el otro día —respondió ahora sí mirándome a los ojos con una desenvuelta sonrisa mientras cogía la carpeta para meterla dentro de su gran bolso.

—¡Cierto, y lo siento! ¡Es tu vida privada! —Me acerqué a ella un paso más sin poder apartar mi mirada de la suya.

No se movió, solo me miró con esos ojos de gata muy abiertos y se mordió el labio inferior, que quedó atrapado entre sus dientes en un gesto que me hizo tragar saliva lentamente, como ya venía pasándome, sabiendo que ella había notado hacia dónde dirigía mi mirada. En ese momento mi móvil sonó con la notificación de un mensaje y Daniela dio un salto atrás, como despertando ella también de un sueño y volviendo a la realidad de golpe.

—Nos vemos mañana en el despacho y no te preocupes por la documentación, ahí la tendrá Alfonso a las nueve en punto encima de su mesa sin falta y, cuando llegues, a mí también me encontrarás en mi mesa, preparada para sumar el trabajo que tengas pendiente para mí a las mil carpetas que ya tengo. Ya sabes que no me asustan los retos, aunque ello suponga llegar a las tantas a casa y no tener tiempo para dedicar a mi propia vida, algo que muchos tenemos, pero eso ya lo sabes.

Un amago de sonrisa asomó a mi boca ante su nuevo discurso, algo a lo que ya me tenía acostumbrado y cada vez me gustaba más.

—Te acompaño a la puerta, Daniela. —Pasé por delante de ella para abrirle la puerta de entrada y ayudarla a finalizar una conversación abstracta entre nosotros.

Cuando salió de mi ático con una rápida despedida y cerré la puerta, aún me quedé unos segundos más sin moverme. Por mucho que insistiera en que no era mi tipo, sabía que me daba lo mismo porque a cada segundo que pasaba a su lado tenía más claro que esa mujer me gustaba demasiado, como nunca me había pasado con ninguna otra. Una atracción irracional a la que no buscaba encontrarle el sentido, solamente quería sentir.

Volví al comedor para dar por finalizado el día. Antes de meterme en la ducha miré el mensaje de mi móvil, y al leerlo supe que tendría que dar alguna que otra explicación a mi comportamiento.

*MAITE*
*¿Desde cuándo permites la entrada a tu ático a mujeres? ¿O a algún ser vivo que no sea papá, Candy o yo misma? ¿Hay algo que haya sucedido estas dos semanas y no me has contado? Tú y yo tenemos que hablar y esta va a ser una conversación que no vas a poder evitar, hermanito. ¡Sabes que me muero de curiosidad! Nos vemos mañana en el despacho.*
*Te quiero.*

Me rasqué la nuca con nerviosismo. A ver qué le contestaba a mi hermana para que no empezara a organizarme una boda con Daniela cuando ni yo mismo sabía qué me ocurría con esa mujer.

# Capítulo 22



*Miércoles, 27 de enero*

**Daniela**

Cuando llegué a mi coche y me encerré con el pestillo en él, solté el bolso en el asiento de al lado y me tapé la cara con las manos más nerviosa de lo que quería reconocer. Ese hombre provocaba en mí un seísmo de magnitud nueve, era catastrófico a gran escala. Pero es que mi cuerpo no era inmune a su cercanía. ¡Madre mía! Cuando me abrió la puerta en mangas de camisa y sin corbata, el estómago empezó a hacer una fiesta sin mi permiso, y es que tenía que reconocer que esos tres días sin verlo en el despacho se me habían hecho extraños. Maite era un encanto y era muy sencillo trabajar a su lado, pero tenía que reconocer que llegué a echar de menos a Gonzalo y a su cara de pocos amigos por los pasillos de DLFuentes y Asociados. Lo confirmé en cuanto lo vi y eso me preocupó por lo que

empezaba a sentir a su lado, y me asustó lo que lo echaba de menos cuando lo tenía lejos de mí.

¡Madre mía! Tenía que sacármelo de la cabeza. Ese hombre estaba fuera de mi alcance. ¡Por favor! ¡Que sería el próximo presidente de DLFuentes y Asociados! ¡Una de las empresas más ricas e importantes del país! Por mucho que Leo me animara a algo con él, eso no podía ser y yo era muy consciente de ello, porque yo no era nadie. Y encima con un hijo de ocho años a mi cargo. Si es que lo pensaba y me ponía nerviosa solo de saber que se supiera, porque los hombres ya no te trataban igual, es como si de repente fueras otra mujer, una a la que tratar mejor desde la distancia no vaya a ser que los contagiaras con algo. ¡Y Gonzalo no sería muy distinto a los demás! Pero primero tendría que hablar con mi cuerpo muy en serio, no podía ser que cada vez que lo tuviera delante se revolucionase de ese modo sin mi permiso. Porque tonta no era, y me había dado cuenta de que a Gonzalo tampoco le era tan indiferente mi cercanía como quería demostrar, y eso, mi cuerpo, mi piel y mi instinto me lo decían. Algo pasaba entre nosotros cuando estábamos cerca, muy parecido a los fuegos artificiales, aunque los dos intentáramos demostrar indiferencia, cosa que ni por asomo conseguíamos y eso lo sabíamos muy bien. El problema es que yo sí sabía lo que quería mi cuerpo, pero lo que no tenía tan claro es que para él solo fuera un juego, que sería lo más normal en tíos como él, aunque hasta ese día me hubiese demostrado lo contrario, y eso era lo que me confundía.

Dejé de pensar en ello porque podían darme las tantas dándole vueltas a la cabeza y cogí las llaves del coche para llegar a casa cuanto antes. Me puse el cinturón y giré la llave. Al primer intento el motor se ahogó y no arrancó.

«¡No, no, no! ¡Otra vez, no!».

Segundo intento, igual resultado. Al tercer intento golpeé el volante con la mano abierta sabiendo que no arrancaría. Con resignación busqué mi móvil en el bolso para llamar a un taxi y poder llegar a casa. No lo encontraba y vacié el bolso en el asiento con el mismo resultado. ¡No estaba en mi bolso!

«¿Dónde está mi móvil? ¡Venga, por favor! ¿Qué más me tiene que ocurrir esta noche? ¿Que me caiga un meteorito?».

Lo volví a meter todo en el bolso y apoyé la frente con resignación en el volante sabiendo de inmediato dónde estaba mi móvil. ¡En casa de Gonzalo! Seguramente lo perdí cuando se me cayó el bolso al suelo. Seguiría en algún rincón de su ático y no me quedaba más remedio que volver a por él si no quería pasar la noche en el coche, porque a esas horas no me atrevía a ir andando, algo que me supondría más de una hora con esos tacones. Además era peligroso ir sola, y el transporte público quedaba descartado porque era muy tarde y estaría fuera de servicio. Además, no veía una parada de taxi por los alrededores.

Aún valoré la posibilidad de dormir en el coche, luego pensé que era muy adulta para eso y salí y recorrí por segunda vez el mismo camino a casa de mi jefe.

Cuando llegué al edificio, el portero me dejó pasar sin problema y subí a la última planta. Una vez delante de su puerta me di valor a mí misma y llamé al timbre. Apenas pasaron diez segundos, la puerta se abrió y lo que vi me volvió a secar la boca de golpe, algo a lo que no me terminaba de acostumbrar.

Enfrente de mí tenía a un Gonzalo que me hizo boquear varias veces porque lo último que me imaginaba era que lo vería otra vez de ese modo. Me obligué a centrarme en su cara, donde tenía el corto pelo húmedo, seguramente a causa de la reciente ducha que se acababa de dar.

«¡Aguanta la mirada en su cara, Dani! ¡Solo mira su cara! ¡Tú puedes!».

Tres segundos me duró la fuerza de voluntad porque mi mirada empezó a bajar por su cuerpo recorriendo su torso desnudo que dejaba a la vista ese cuerpo de dios de dioses que recordaba tan bien en todo su esplendor, pero en esa ocasión, sin camisa de por medio, con lo que pude apreciar cada músculo, cada montículo, cada marca en él, hambrienta, sin dejarme un milímetro de su piel sin escanear. No pude evitar seguir bajando con la mirada a sus marcadas abdominales sin olvidar la impresionante uve de sus oblicuos, que se perdían por la cinturilla de los pantalones de deporte que en esos momentos vestía, unos que le sentaban igual de bien que los caros pantalones de vestir que llevaba todos los días, porque la cintura del pantalón le caía por las caderas de un modo demencialmente sexy. Me di cuenta de que iba descalzo y eso me hizo cerrar las piernas de golpe, no entendí muy bien el motivo, pero es que ese hombre era un bendito espectáculo para la vista, ahora en exclusiva para la mía. Volví a subir lentamente la vista recorriendo nuevamente todo su cuerpo hasta que me topé con su cristalina mirada azul y con el amago de una sonrisa en su boca. Se había cruzado de brazos con despreocupación y yo desvié mi mirada: cada bendito músculo se marcaba en ellos. Entré en calor al momento.

«¡La madre de Dios! ¡El ascensor no ha parado en la última planta y he subido al cielo!».

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber mirándome quieto, pero con la diversión bailando en la pregunta sabiendo a la perfección lo que me ocurría—. ¡Daniela! ¿Acabaríamos antes si me doy la vuelta para que me veas mejor o te hago directamente una foto?

¡Diana! Me sacó de mi estado catatónico casi al instante. Estaba convencida de que me subieron los colores a las mejillas porque una suave sonrisa apareció en su boca. ¡Jo-der! O dejaba de hacer eso o hiperventilaría como una idiota.

—¿De ese modo abres siempre la puerta? Te lo tendrías que hacer mirar, en serio. ¡Estamos en enero! ¡Y hace frío! —intenté sonar indiferente, algo que estuve convencida que no conseguí en absoluto, y es que ese hombre me cortocircuitaba.

—No estoy acostumbrado a tener visitas y menos a estas horas. —Levantó una ceja y, como no contesté, terminó de abrir la puerta para hacerse a un lado—. ¿Vas a pasar?

—¿Vas a ponerte una camiseta? —le pregunté yo, sin entrar.

—¿Te molesta?

—Pues sí. Hace frío, ya te lo he dicho… —y bajé la cabeza suspirando—. No sé qué le pasa con querer ir enseñando carne —farfullé más para mí que para él, sin pasar todavía.

—Creo que empieza a gustarme cuando te dejo sin argumentos. ¡Vamos, pasa! —me invitó y ahí sí lo hice intentando no comérmelo con la mirada—. ¿Qué te trae de vuelta a mi casa?

—He perdido mi móvil —le dije mientras entraba en el gran salón buscándolo por el suelo con la mirada—. Necesito pedir un taxi para volver a casa, mi coche no quiere arrancar —suspiré resignada.

—Daniela, ¿has valorado la posibilidad de cambiarte de coche? —me preguntó muy serio.

—Sí, y de buscar casa propia y no vivir de okupa donde lo hago, pero ya ves, la suerte no termina de sonreírme. —Me encogí de hombros sin darle más importancia, dejando el bolso encima de la mesa para agacharme y buscar el móvil extraviado para salir lo antes posible de ahí.

—¿Vives con una amiga? —Se agachó él también para ayudarme a buscar mi teléfono.

—Algo parecido. —Le di una respuesta evasiva mientras paraba de buscar para intentar mirarlo fijamente a la cara, algo que me estaba costando horrores porque mi mirada se iba una y otra vez a su pecho desnudo—. En serio, Gonzalo, ya sé que estás en tu casa y que esto parece el trópico y todo eso, pero ¿puedes hacer el favor de taparte?

—¿Te pongo nerviosa? —Me miró ahora él también con diversión.

—Me pone nerviosa que te enfermes a lo tonto porque si ya eres una cruz en tu estado normal no me quiero ni imaginar lo que puede ser trabajar contigo si estás resfriado. —Lo aniquilé con la mirada para ponerme otra vez a buscar el móvil.

La carcajada que oí a continuación no me la esperaba. Una grave y sensual, que me aturdió durante un momento. ¡La madre de Dios! Si ese hombre ya me atraía y descolocaba con ese carácter suyo tan reservado y duro, oírlo reír de ese modo me desarmó por completo. Y lo supe por la voltereta mortal que dio mi estómago sin red de seguridad. Alcé la vista para mirarlo. Lo positivo de esa risa es que una vez posé mi mirada en su cara ya no la pude bajar a su cuerpo porque la expresión que tenía en esos momentos era increíble. Ese simple gesto transformó sus duras facciones y les dio vida a unos ojos fríos como el más puro hielo del Ártico, dejando en ellos una mirada tan cálida como la temperatura de su ático, a la vez que se le formaban unas pequeñas arruguitas alrededor de ellos que hacían que se te cayera la baba al contemplarlas. El rictus de su boca se suavizó haciendo sus labios más llenos y apetecibles, si es que eso era posible, y consiguiendo, ya de paso, hacer desaparecer un ceño permanentemente en tensión por uno totalmente relajado que invitaba a gastarle alguna broma más para que no volviera a

fruncirlo. Sí, ese hombre, perdida esa prepotencia que llevaba de serie junto con toda la arrogancia que vestía las veinticuatro horas del día, era de un atractivo tan sobrecogedor que el simple hecho de mirarlo a la cara te dejaba sin poder respirar con normalidad. Justo lo que a mí me estaba pasando en esos momentos.

—No te preocupes por mí, dulzura, hace años que no enfermo —dijo con diversión, sin intención de ponerse un jersey encima, y volvió a la tarea de buscar mi móvil.

No tardó en localizarlo, escondido detrás de la pata de la mesa. Lo cogió del suelo, se levantó y comprobó que no se había roto. Rápidamente me levanté yo también y le tendí la mano para que me lo diera y llamar a ese taxi para irme a casa.

—Menos mal, gracias.

No hizo amago de entregármelo, al contrario, se lo quedó sin mucha intención de devolvérmelo.

—Te llevo yo, no hace falta que llames a ningún taxi —afirmó con esa seguridad innata en él.

—No hace falta que te molestes, Gonzalo, pero gracias —y volví a extender mi mano para recuperar mi teléfono.

—No es una sugerencia, Daniela.

—Y yo he dicho que no hace falta. Soy mayorcita y puedo ir en taxi.

—Espérame aquí, me cambio en un momento y nos vamos —dijo como el que oye llover.

—Gonzalo, ¿estás sordo? Devuélveme el móvil y deja que me vaya a casa. —Le seguí, hablándole muy seria, porque es que ese hombre estaba saliendo del salón llevándose mi móvil con él.

Se giró y cogiéndome apenas por los hombros me dio la vuelta suavemente para encararme al gran sofá donde no hacía ni media hora me había quedado dormida.

—A menos que quieras ver cómo me cambio de ropa en mi dormitorio, y ya te adelanto que me cambiaré de pantalones, quédate aquí y espérame. Tardo dos minutos —y acercando su boca a mi oreja desde atrás me habló bajito con diversión—: Pero no te pongas muy cómoda, ya hemos comprobado que mi sofá es muy cómodo y no queremos que te vuelvas a dormir, ¿verdad? —Se me erizó el vello de la nuca de un modo alarmante y supe que él lo había notado—. Por cierto, me llevo tu móvil, así me aseguro de que no sales corriendo. Te lo devuelvo en un momento.

Y ahí me dejó, en medio del comedor, con la piel vuelta del revés, el estómago encogido y el corazón a mil por hora. Y no me había ni rozado, solo con su perfume que me anestesió de manera fulminante el cerebro y con su cálido aliento en mi mejilla, fue más que suficiente para alterarme de un modo alarmante.

Tardé en volver a respirar varios segundos más, cerré los ojos y me resigné a que ese hombre fuera quien me llevara a casa. Miré el sofá, pero ni me acerqué, no quería correr el riesgo de volver a quedarme dormida en él, con lo que me puse a curiosear por su salón.

Techos altos y grandes ventanales con unas vistas impresionantes de Valencia eran lo que más impactaba de ese gran espacio. Súmale un mobiliario con aspecto de costar una pequeña fortuna y una decoración donde el poder adquisitivo de ese hombre hacía acto de presencia en todos los rincones del salón. Los tonos que me rodeaban eran claros y combinaban con detalles en negro, algo que lo hacía muy sofisticado y daba aún más sensación de riqueza. Pero luego estaban los pequeños detalles que me sorprendieron muchísimo y que convertían ese comedor de revista en un hogar. Una gran manta en un rincón del sofá junto con un libro que estaba a punto de acabar, a juzgar por donde hallé el marcapáginas, una de

sus bufandas en uno de los respaldos de la silla, un botellín de agua en la mesita de delante de la enorme televisión y un mueble al fondo del salón con varias fotografías de distintos tamaños adornando su superficie. Dudé poco y enseguida me dirigí al mueble para verlas más de cerca. La primera fotografía que cogí me hizo sonreír; no dudaba de que ese niño de unos diez años era él; cogida de su mano había una niña de apenas un par de años, quizá tres, sin duda su hermana por ese cabello rubio que era idéntico en ellos y esos bonitos ojos azules. La sonrisa de ella ocupaba toda su cara, en cambio en él brillaba por su ausencia. Dejé el marco en su sitio y cogí la siguiente; en esa reconocí a Alfonso en actitud muy cariñosa con una bonita mujer igual de rubia que los dos adolescentes que salían a los lados, sin duda, la madre de los hermanos, igual de bonita que Maite y con su misma sonrisa. A Alfonso se le veía feliz, al igual que al resto de los miembros de la familia excepto, como no, Gonzalo, con la misma expresión en su cara que en la anterior. Sonreí sin poder evitarlo porque empezaba a darme cuenta de que ese hombre había nacido con ese gesto tan serio en su rostro. La siguiente era más de lo mismo, algo más joven junto con su padre el día de su graduación en la universidad. La última era muy reciente, la boda de su hermana. Salía junto a ella, mirándola con infinito cariño, mientras ella le ponía una pequeña rosa blanca en el ojal del chaqué, y dedicándole una pequeña sonrisa solo a ella. Y volví a sonreír pasando lentamente los dedos por la fotografía. Tan ensimismada estaba estudiando las fotografías que no me di cuenta de su presencia a mi espalda. Se acercó sin hacer apenas ruido.

—¿Has visto alguna que te haya llamado la atención? —murmuró a mi lado, y sentí otra vez su aliento en mi mejilla con esa voz tan suya, grave y masculina.

—¡Perdona, no era mi intención! —Solté la fotografía de golpe, dejándola en su sitio—. No quería ser indiscreta ni fisgonear en tus cosas, pero es que si me sentaba en tu sofá corría el riesgo de quedarme dormida otra vez, ya te he dicho antes que tengo sueño, estoy cansada y la tentación de cerrar los ojos era muy grande. Y has tardado más de dos minutos, la verdad. No me has dejado opción.

—¡Claro! No me lo digas, ha sido culpa mía —y me hizo sonreír por la resignación en su voz—. Si quisiera que nadie las viera, Daniela, las tendría guardadas en mi caja fuerte, y no es la idea. —Se puso a mi lado y cogió la fotografía que no hacía ni veinte segundos tenía entre mis manos—. Me gusta tenerlas a la vista.

Me lo quedé mirando mientras él contemplaba la foto. La expresión de su cara se suavizó unos instantes y eso, junto a la ropa informal que llevaba, sin esos trajes que vestía a diario, lo hacían parecer más accesible y mucho más joven. De cualquier modo, pensé que ese hombre era una delicia a la vista. Guapo a rabiar, daba lo mismo las veces que lo tuviera delante, siempre me impresionaban su porte, su saber estar y el magnetismo que emanaba de él, incluso así, vestido únicamente con unos sencillos vaqueros y un jersey de cuello alto, pero que en su cuerpo era todo un espectáculo para la vista.

Gonzalo dejó la foto en su sitio y me miró en silencio. No fui capaz de apartar mi mirada de él, ni aunque me jugara el despido y tuviera que pasar, por fin, por la planta dos de DLFuentes y Asociados para llegar a Recursos Humanos

—Ya llevo jersey —habló muy bajito—. ¿Contenta?

—Sinceramente, me sorprende que tengas algo más en tu armario que no sean camisas y trajes a medida. Te creía más elitista —respondí de igual modo, atrapada en su azul mirada.

—¿Y ahora ya no? —Otro susurro entre nosotros.

—Sonrisas, sigues siendo un esnob de mucho cuidado, aunque ahora mismo vistas como las personas normales.

Hizo el amago de una imperceptible sonrisa que a mí se me hizo igual de poderosa que una carcajada.

—Tendré que seguir esforzándome entonces… —y cuando creía que terminaría de acortar la distancia entre nosotros, me sorprendió dando un paso atrás y tendiéndome el móvil—. ¿Nos vamos?

Asentí en silencio cogiendo mi móvil y poniéndome el abrigo para seguirlo a la puerta sin saber muy bien qué pasaba entre nosotros y preguntándome quién sería el que daría un paso que no estaba claro.

# Capítulo 23



*Miércoles, 27 de enero*

**Daniela**

No hablamos desde que salimos de su ático. No era un silencio incómodo el que había en su coche, camino de mi casa, pero es que yo no era fan de los silencios, me ponían demasiado nerviosa. El problema es que, con él a mi lado, esa sensación se multiplicaba por cien.

Lo miré de reojo sin evitar pensar lo relajado que se veía en esos momentos. Conducía el coche con una soltura y una seguridad propias de él, igual que lo hizo la tarde de la tormenta, y eso me hacía sentir segura a su lado.

—¿Qué tal te ha ido con Maite en el despacho? —rompió el silencio con una conversación de trabajo sin desviar la vista de la carretera.

—Sabes que muy bien, creo recordar que te lo he dicho hace un rato por teléfono. —Sonreí, mirando su atractivo perfil.

—¡Cierto! Si mal no recuerdo tus palabras exactas han sido: «La empatía se la llevó toda ella» —comentó como si nada.

—Pero eso deberías ya saberlo, no creo que sea nuevo para ti —respondí a su pulla—. Aunque los dos sois igual de testarudos, en eso sí os parecéis. —Me miró de reojo alzando las cejas, esperando una explicación a mi afirmación—. ¡Finalmente iré a la fiesta benéfica de este viernes! No ha habido manera de decirle a Maite que no y eso que yo soy de ideas fijas y sé que no hago nada en esa fiesta entre tanto esnob y gente con dinero. ¡Madre mía! Si hasta ya tengo vestido y todo para el gran acontecimiento gracias a tu hermana… Si me lo llegan a decir el mes pasado aún me estaría riendo del chiste. ¡Ese vestido, que por supuesto le voy a pagar en cuanto pueda, aunque ella no quiera, cuesta una pequeña fortuna! ¡Es de locos! Y yo estoy todavía más loca por haberme dejado enredar de ese modo —terminé, sin asumirlo todavía, tapándome los ojos con una mano.

—Ahora trabajas para la directiva de una de las empresas de construcción y arquitectura más importantes que existen en el país. Es lo mínimo que se espera de ti, de nosotros. Deberías ir acostumbrándote a eso si sigues trabajando para nosotros —contestó como si nada, dando por hecho que eso se repetiría en el futuro—. Me alegro de que Maite te hiciera entrar en razón. ¡Ahora le debo una! —añadió con el inicio de una sonrisa, esa que tanto me gustaba de él y que me hacía sentir más de lo que debería.

—No es mi ambiente, Gonzalo. En ese tipo de fiestas y reuniones yo suelo estar al otro lado con una bandeja en las manos, ¿recuerdas? —comenté nerviosa, algo que no iba en absoluto conmigo, pero saberme observada y juzgada por ese hombre esa

noche, inexplicablemente, me hacía sentir un pellizco en el estómago.

—No debes preocuparte por nada, estaremos a tu lado. Además —empezó jocoso—, si has tratado conmigo y has sobrevivido a ello durante dos semanas, no deberías preocuparte por los invitados de esa noche, ni por nadie, en realidad. Lo único que debería preocuparte es divertirte siendo tú misma, créeme.

Lo miré sin contestar, pero con una sonrisa de agradecimiento en mi boca. Ese no era el hombre al que estaba acostumbrada a tratar y me gustaba mucho cuando se comportaba de ese modo conmigo. Algo a lo que tampoco debería acostumbrarme pero que no podía evitar.

—Supongo que tienes razón —musité, y añadí para quitar un poco de lo que estuviera ocurriendo otra vez entre nosotros—. Pero no te acostumbres, yo no suelo darle la razón a nadie.

Me miró, su boca se curvó un poquito más y a mí me hizo un poquito más suya, con el corazón acelerado y sin saber cómo había vuelto a ocurrir.

El resto del camino, apenas cuatro minutos más, lo hicimos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando llegamos a la altura de mi portal, paró el coche, puso los intermitentes de emergencia y apagó el motor.

—¡Ya hemos llegado!

—Sí, ya lo veo y gracias, pero ¿qué haces? —quise saber extrañada al ver que lo había detenido.

—Acompañarte a casa —me hizo saber mirándome a los ojos con decisión.

—Gonzalo, no puedes dejar el coche aquí en medio. Además, no me va a pasar nada, estoy al lado del portal y si hay cualquier problema tengo mi móvil. —Le sonreí en agradecimiento.

—Es muy tarde y a estas horas el coche aquí no molesta, casi no hay tráfico y tu móvil está sin batería. —Cogí rápidamente el teléfono del bolso para comprobar, efectivamente, que estaba apagado—. Cuando te lo he quitado ya no tenía batería —suspiró, cansado—. Mira, Daniela, es muy tarde y no voy a dejar que subas tú sola. ¡Deformación profesional! —Se encogió de un hombro sin darle importancia a ese gesto—. ¡Te acompaño! ¡Será un momento si me lo pones sencillo! ¡Lo prometo!

Y después de soltar el aire por la boca renunciando a llevarle la contraria de nuevo, bajé del coche sabiendo que, me gustara o no, me seguiría hasta casa.

—¿Nadie te ha dicho que no puedes ir con esa prepotencia y tanta tiranía por la vida? ¡Es agotador estar a tu lado!

—Con un gracias me bastaba —se burló de mí saliendo él también del coche.

Nos dirigimos al portal, abrí la puerta y me acompañó hasta el ascensor.

—Gracias, Gonzalo. —Di por finalizada con una sonrisa la excursión a mi casa.

—De nada. —Me miró con intensidad sin decidirse a irse—. Te dejo dentro del ascensor y me voy.

Y acercándose un poco más a mi cuerpo, en un movimiento rápido y decidido, llevó su dedo al botón del ascensor a la vez que yo también acercaba mi cuerpo con energía al mismo botón para pulsarlo y que llegara lo más rápido posible porque esa situación, con él a mi lado, se me estaba haciendo agónicamente sensual y, por qué no hablar claro, sexual, porque mi cuerpo pedía a gritos más de él, lo quería todo y eso no podía ser. ¿Resultado de lanzarnos los dos al botón? Su anillo de sello, ese que llevaba en su mano izquierda, enganchado a mi pelo de la manera más tonta posible

consiguiendo, al intentar soltarse tirando hacia sí, que mi cuerpo se quedara aún más cerca del suyo. Pude aspirar sin problemas y en su máximo esplendor ese caro perfume que siempre llevaba al poner mis manos en su pecho para no perder el equilibrio y caer al suelo.

Mi reacción fue poner distancia, pero no pude porque mi pelo no se soltaba de donde se hubiera enganchado y solo conseguí tirar más de él.

—¡Aauuuu! —me quejé llevándome las manos a la cabeza.

—¡Estate quieta! ¡No tires o te haré daño! —me pidió un Gonzalo muy cerca de mí, intentando que no me moviera de su lado para no causarme más dolor.

—¡Suéltate! ¡Me estás tirando del pelo con tu anillo! —me quejé cogiendo su mano enredada en mi pelo, nerviosa.

—Eso intento, pero si no te estás quieta no puedo. —Habló tan cerca de mí que apenas tuvo que alzar la voz, yo me puse más nerviosa e intenté hacerlo yo misma de un tirón.

—¡Gonzalo, me estás tirando del pelo!¡Suéltalo de tu anillo! ¡Aauuu! —me quejé con un nuevo tirón sin dejar de intentar soltarme frenéticamente.

—¡Para, Daniela! —me ordenó de un modo tajante consiguiendo, ahora sí, que me quedara inmóvil al momento—. ¡Mucho mejor! Y ahora… —me pidió mientras acercaba su cara a mi mejilla para observar de cerca por dónde nos habíamos quedados enganchados, algo que consiguió que retuviera el aire al momento—, vamos a ver qué ha pasado…

Cerré los ojos por su proximidad a ver si de ese modo conseguía que mi estómago dejara de lanzarse al vacío una y otra vez. ¡Imposible! Volví a abrirlos, con su cara a apenas centímetros de la mía, concentrado en lo que estaba haciendo, observando cómo fruncía un poco el ceño y notando su cálido aliento en mi piel,

sintiendo el agradable calor que desprendía su cuerpo alterándome los nervios, sin poder respirar todavía. En ese momento, admití que me daba lo mismo quién era y cómo era: ¡quería más de él!

Poco a poco, noté cómo iba soltando mi pelo de su anillo, con paciencia y cuidado, hasta que instantes después bajó su mano sin problemas, a mi lado, sin moverse, para no perder esa ínfima distancia entre nosotros. Es más, hubiese jurado que se acercó imperceptiblemente un poco más a mí, pues lo sentí más cerca, si es que eso era posible. Esa mínima acción consiguió que yo siguiera sin poder respirar con normalidad, notando que mi corazón no iba a un ritmo normal, e, inconscientemente, mis dientes mordieron mi labio inferior con algo de fuerza.

Tragó saliva lentamente, posando su cristalina mirada, que se oscureció por momentos, en mi labio para, lentamente, subirla por mi cara hasta que quedó atrapada en la mía. Sus ojos reflejaban tal intensidad y calidez que consiguieron encender todo mi cuerpo, deseé quedarme a vivir en ellos.

—No hagas eso… —su voz fue un murmullo ronco, grave y sensual, que me acarició la boca, tan cerca estábamos el uno del otro—, porque si vuelves a hacerlo otra vez no voy a poder contenerme y voy a hacer contigo una tontería, dulzura…

Quise preguntarle a qué se refería, pero de mi garganta no salió sonido alguno cuando con su pulgar e índice me cogió suavemente el labio que me estaba mordiendo y tiró delicadamente hacia abajo, hasta que solté el labio y mi boca se quedó entreabierta, expectante, mientras me veía reflejada en sus pupilas. Jamás en la vida me hubiese imaginado que ese hombre, con toda su soberbia y mal carácter, solo con un roce, con una simple mirada, pudiera hacerme sentir un seísmo en mi interior.

Su mano volvió a subir a mi cara y con los nudillos me acarició con mucha suavidad la mejilla, en una tierna caricia, sin desconectar su mirada de la mía. ¡Madre del amor hermoso! Me estaba derritiendo como el chocolate ante la intensidad callada de sus ojos, unos que de fríos no tenían nada en esos momentos. Y yo, pues volví a morderme el labio en un acto reflejo. Su mano resiguió mi mandíbula hasta que sus nudillos acariciaron la comisura de mi boca para, nuevamente, con su pulgar e índice, atrapar mi labio y tirar con dulzura hacia abajo.

—Te he pedido por las buenas que no volvieras a hacer eso… —Esa frase fue un jadeo encima de mi boca.

Noté cómo sus labios, cálidos y suaves, rozaron con delicadeza los míos para inmediatamente repetir la dulce acción del mismo modo, sin que nuestros cuerpos se llegaran a tocar ni nuestras manos intentaran apoyarse en el cuerpo del otro, solo el contacto de nuestros labios, una simple caricia que se podía igualar a mis mejores y más calientes besos. Su aliento se entremezcló con el mío, el calor que desprendía su cuerpo calentaba el mío, y volvió a besarlos en un toque insinuante lleno de un deseo que estaba reteniendo con todo su ser. Lo supe por la manera en que se le tensó la mandíbula y el modo en que su respiración se alteró, incluso más que la mía. Poco a poco, lentamente, empezó a saborear mis labios, no conformándose solo con eso, queriendo más, jugando sutilmente con ellos, con pequeños mordisquitos que se iban al centro de mi ser, primero con el de arriba para continuar con el de abajo, sin terminar de acercarse a mí, pero sin llegar a separarse ni un milímetro de donde estaba. Creo que a esa distancia podía oír los fuertes latidos de su corazón, un sonido que podría llegar a ser mi favorito junto con ese débil jadeo que salía de su garganta cada vez que me rozaba la boca, uno que me hacía tragarme mis propios

gemidos. No sé cuánto rato estuvimos así, pero cuando oímos las puertas del ascensor abrirse por segunda vez, paramos.

Gonzalo, resistiéndose a separarse de mí, apoyó su frente en la mía, pasándome un mechón de pelo por detrás de mi oreja, mientras yo cerraba los ojos con un estremecimiento que me recorrió entera, no estando preparada tampoco para alejarme de él.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —Noté mi voz temblar como nunca me había pasado. ¡Y no me había tocado!

—Tú, no sé —y noté su sonrisa en mi boca otra vez—. Yo, actuando en consecuencia.

—Pensaba que me habías besado.

—Sí… eso, también.

Se separó lo justo de mí para poder mirarme a los ojos y, sin pensárselo, deslizó su mano con ternura entre mi pelo, enredándola en él con la delicadeza de quien no quiere soltar, acariciándome el alma con ese simple movimiento. Hacía tiempo que no me sentía de ese modo con nadie, porque rehuía el contacto y me ponía nerviosa un simple roce, algo que mi piel no soportaba desde hacía ya mucho. Pero en ese momento, ahí, con él, mis sentidos pedían más de ese hombre sin entender la razón. Lo averiguaría más tarde, a solas conmigo misma, porque en ese momento cerré la poca distancia que todavía existía entre nuestros cuerpos cogiéndole del cuello de su abrigo para buscar su boca en un beso cargado de deseo que terminó de arrasar mi raciocinio. Al momento dejé de pensar para solo sentir y besarlo con urgencia, con miedo a perderlo si dejaba de hacerlo.

Su reacción no tardó en llegar, igualando mi hambre por él, pidiendo permiso y perdón al mismo tiempo, y abrió mi boca con su lengua, encendiendo cada rincón de mi piel. Supe que se estaba conteniendo para no asustarme, controlándose para no estrujarme

contra la pared, conformándose únicamente con saquear mi boca de una manera muy posesiva, robándome el aliento con esa acción. Mi boca exploró la suya con la misma ansiedad que él hacía con la mía, intentábamos ser los primeros, como si de una competición se tratara, lo saboreé para guardarme ese recuerdo en mi boca, y pasé mis manos de su abrigo a su nuca. Su duro cuerpo era un muro de piedra inamovible cuando el mío tocó el suyo de arriba abajo, sintiendo a la vez el calor que emanaba de él, los descontrolados latidos de su corazón, su dura erección entre sus pantalones que me hizo notar irremediablemente, erizándome entera de puro deseo, mientras sus gemidos se apagaban en mi boca.

Supe que ese beso me marcaría de por vida. Jamás había experimentado esas sensaciones antes, tan intensas, que afectaban tanto a mi cuerpo como a mi mente, haciendo salir a flote sensaciones que no sabía ni que existían en mí, como ese deseo irracional por ese hombre.

¡Era una locura que, antes de que fuera a más, sabía que tenía que frenar! ¡Porque podía acabar muy dañada en esa ocasión, me lo decía mi corazón!

# Capítulo 24



*Miércoles, 27 de enero*

**Daniela**

¿Quién paró de los dos? No llegué a saberlo, pero pasó. Muy cerca uno del otro, nuestras respiraciones no nos pertenecían, nuestros cuerpos apenas respondían a la sensatez, nuestros corazones participaban en una carrera sin fin. ¿Qué demonios me pasaba con ese hombre? Tenía que poner los pies en la tierra o podría perder todo aquello por lo que había luchado tan duramente, y lo tenía que hacer ya no por mí, sino por mi hijo.

¡Mi hijo! Me separé un poco de su cuerpo para poder pensar. Tenía que ser consciente de que tenía un hijo y antes de que lo que fuese que estuviera ocurriendo entre los dos fuera a más, supe que tenía que decírselo. Tenía derecho a saber que en mi vida había una persona muy importante y, si eso era un problema para él, como

venía siendo costumbre con los hombres que se interesaban por mí, entonces mejor no ilusionarme demasiado.

—Dani… —El susurro que me dedicó, todavía demasiado cerca de mí, llamándome por mi diminutivo, me hizo cerrar los ojos de placer.

—Gonzalo, no… Espera. —Apoyé suavemente mis manos en su pecho para que no se acercara, con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía hasta ese instante. Me miró con una mezcla de pasión contenida y curiosidad y miedo, sobre todo percibí mucho miedo en su mirada—. Acompáñame a casa, creo… —cogí aire para dar el paso, aunque yo también me estuviera muriendo de miedo por dentro—, te tengo que contar una cosa y es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Pulsé el botón del ascensor y enseguida las puertas se volvieron a abrir. Entré en el habitáculo, pero él no me acompañó, aunque sí me preguntó.

—¿Va todo bien?

—Eso, tendrás que valorarlo tú. Pero deberías saber una cosa…

—¿Qué pasa, Dani? ¿El qué debería saber? —Percibí un atisbo de inseguridad en la pregunta. ¡Inseguridad! ¡Gonzalo! Tragué saliva nerviosa yo también.

—¡Está bien! Quiero que conozcas a alguien muy importante para mí antes de… No sé…, antes de algo entre nosotros, si es que hay un algo… Por favor…

Lo vi dudar, con lo que me arriesgué a que me rechazara antes de tiempo dando un paso hacia él y cogiéndolo de la mano para hacerlo entrar conmigo, algo que le sorprendió lo que dura un parpadeo. Entró sin dudar, mientras yo soltaba lentamente el aire que no sabía tenía retenido en mis pulmones.

Pulsé el número cuatro y subimos en silencio, con nuestras manos aún entrelazadas. Sonreí con timidez y él me correspondió con un

pequeño atisbo de sonrisa en la comisura de su boca de su propia cosecha. Cuando las puertas se abrieron mientras seguíamos los dos en silencio, tiré suavemente de su mano para que me acompañara a mi casa y presentarle a Enzo, mi hijo.

—Ven, es ahí, esa puerta —señalé con la otra mano mientras fijaba mi mirada en una caja de color violeta a los pies de la puerta —. ¿Qué es eso? —me pregunté mientras soltaba la mano de Gonzalo y me acercaba a la caja cerrada en el suelo.

—¿Es tuya? —preguntó a mis espaldas, acercándose él también con curiosidad.

—No lo sé. —Lo miré un momento para dirigir otra vez la vista a la caja con extrañeza, más que con curiosidad.

Encima de la caja un sobre negro, igual al que me encontré hacía algunas mañanas en el parabrisas de mi coche. Miré a Gonzalo de nuevo, parado a mi lado, y noté que él también se había dado cuenta. El aire dejó de entrarme en los pulmones.

—¿Más rosas muertas dentro de la caja? —Se agachó para coger caja y sobre y ponerlo delante de mí.

Alcé la mirada a él, una en la que leí curiosidad, y cogí el sobre para abrirlo mientras él sostenía la caja entre sus manos. Cuando saqué la nota y la leí en silencio un leve temblor sacudió mi cuerpo y Gonzalo tuvo que notarlo porque enseguida dejó la caja en el suelo, a nuestros pies, y me quitó con suavidad el sobre de entre las manos para leerlo él mismo.

*Nunca quise hacerte daño*
*Yo te quiero*

Ninguno de los dos habló, él cogió la nota con más fuerza de la necesaria entre sus dedos, yo me agaché para abrir con precaución la caja a nuestros pies. Lo que me encontré en su interior me hizo

abrir los ojos con sorpresa, levantarme de un salto y dar un pequeño grito que se oyó en toda la escalera.

—¡Joder, qué asco! —Retrocedí unos pasos después de darle una patada con fuerza a la caja en un acto reflejo—. ¡Como pille al de los regalitos macabros me va a oír! ¡Pero qué ascazo, por Dios! —Alcé la voz con fuerza, cabreada, una vez pasada la sorpresa.

—¿Crees que puede haber sido Braulio? —Gonzalo se acercó tendiéndome la nota mirando la caja, que se había vuelto a cerrar gracias a la patada que le di.

En su interior se escondía una tarta de chocolate, una de mis favoritas, cubierta de asquerosos gusanos blancos que se estaban dando un festín con ella. Pero ¿quién coño dejaba esos regalos en las puertas de la gente? Pues el mismo que me obsequió con la rosa mustia en mi coche varios días atrás, porque la letra era la misma en las dos notas.

—No lo sé, Gonzalo. No sé quién puede haber sido… Yo, realmente no conozco a nadie en Valencia, hace poco más de un año que vivo aquí y no suelo hacer ese tipo de amistades.

—Pues hay alguien que no te tiene mucho cariño, y por lo que te ha escrito en las dos notas, todo apunta a Braulio. Coincide con todo lo que te ha sucedido con él estos últimos días. No hace falta ser muy listo para atar todos los cabos. —Lo miré seria sabiendo que tenía razón—. Deberías denunciarlo a la policía.

—¡Ya, claro! ¿Y qué les digo? ¡¿Que hay un tarado que me manda rosas marchitas y tartas llenas de gusanos con notas diciéndome que me quiere y pidiéndome perdón?! ¿Con qué pruebas, Gonzalo? No tengo nada —me quejé sabiendo que cuando pillara a Braulio le iba a cantar las cuarenta para que dejara de hacer el gilipollas conmigo.

—Espero que nunca me cruce con ese desgraciado porque se va a tragar la tarta de un solo bocado, gusanos incluidos —lo oí decir entre dientes, con la mandíbula encajada y las manos apretadas en dos puños, muy serio.

Una amenaza que no causaba menos miedo por no haberla gritado enfadado. Quizá esa frialdad era más peligrosa y letal que si la hubiera dicho en voz alta enfurecido.

—Gonzalo, no. —Me acerqué a él para cogerle del brazo aparentando más tranquilidad de la que transmitía, aunque en ese momento, yo misma quisiera darle una patada en el culo a ese idiota —. Ni se te ocurra hacer nada porque solo te buscarías un lío, además, ni siquiera sabemos si ha sido él, con lo que te voy a pedir que no te metas, por favor. Siempre me las he apañado sola y es lo que voy a hacer en esta ocasión también.

Me iba a dar la réplica, los dos hablando sin darnos cuenta en voz alta pero muy cerca el uno del otro, cuando la puerta de casa se abrió de repente a nuestras espaldas. Nos giramos a la vez y vi a Leo en pantalón de pijama y camiseta de tirantes pasando su mirada de uno a otro, entrecerrando los ojos.

—Hola, reina, ¿todo bien? —y fijándose en Gonzalo quiso saber—: ¿Quién es él?

—¿Qué…? —oí a un extrañado Gonzalo a mis espaldas.

Me giré sin contestar a Leo, todavía debajo de la puerta esperando mi respuesta, y lo que vi me hizo dar un paso atrás. Noté cómo a Gonzalo le palpitaba la vena del cuello con la mirada en Leo, tenso como la cuerda de un violín, los puños a ambos lados de su cuerpo con los nudillos blancos y apretando su cuadrada mandíbula en un gesto que me hizo retroceder medio paso más, totalmente a la defensiva. La dura mirada que le estaba regalando a Leo estaba

hecha para hacer recular al más valiente de los hombres sin ninguna duda y Leo, a su vez, sé que me miró a mí para preguntar.

—Dani, reina, ¿qué ocurre? —quiso saber preocupado saliendo de casa.

—¿Qué cojones significa esto, Daniela? —La dura voz de Gonzalo me traspasó entera.

—¡Ehhh, amigo! ¡Cálmate! —Leo se puso a la defensiva dando un paso hacia mí.

—No, no, tranquilo. No pasa nada. —Me coloqué entre él y Gonzalo porque realmente no conocía al hombre que tenía enfrente pero sí cómo era Leo y, aunque a primera vista diera una impresión equivocada, mi amigo no sabría defenderse en una pelea.

—Dani, ¿ese es Braulio? —quiso saber quedándose a mis espaldas.

—¡¿Braulio?! —La furia mal disimulada en esa pregunta me dio a entender que Gonzalo se estaba conteniendo.

Intenté acercarme a él pasada la primera impresión, pero no me dejó, sino que dio un paso atrás para que no lo tocara, colocándose esa máscara de indiferencia y frialdad que tanto odiaba, haciéndome daño con su mirada.

—Gonzalo —quise acabar con lo que fuera que estuviera ocurriendo en esos momentos entre nosotros—, déjame que te presente, él es…

—¿Te estás riendo de mí? ¿Es eso? —me cortó ladrando prácticamente las preguntas mientras me taladraba con una mirada fría como el hielo, sin asomo de esa calidez que minutos antes tenía.

—Gonzalo, no es lo que… —Otro intento por aclararle lo que estaba ocurriendo que él cortó en seco y con malos modos, furioso.

—Me ha quedado claro, Daniela. ¡Buenas noches!

Se dio la vuelta y bajó por las escaleras en un silencio ensordecedor. Me quedé mirando por dónde se había ido, contemplando el hueco de las escaleras.

—Tu hijo se ha quedado dormido y… ¿me puedes explicar qué ha sido eso? —preguntó detrás de mí un alucinado Leo.

—Y yo qué sé, Leo. —Me encogí de hombros y me di la vuelta para mirarlo a la cara.

—¿Quién es? Porque tiene todos los síntomas de un hombre celoso, Dani. ¡Pero que muy celoso! —Se le escapó la sonrisa mientras a mí se me salían los ojos de las órbitas.

—¡No digas tonterías, Leo! —le contesté mientras mi amigo se agachaba al lado de la caja para cogerla y mirar qué contenía.

—¡Joder, reina! ¿Qué mierda es esto? —chilló él también soltando la caja con una mueca de asco. La caja cayó otra vez con un golpe seco.

Levanté el sobre delante de sus narices y le volví a dar una patada a la caja para alejarla de nosotros.

—Me la he encontrado en nuestra puerta con notita incluida. Es la misma letra que la anterior, la que me dejaron junto a la rosa en el coche. —Se la entregué para que la leyera.

—¿Braulio? —preguntó después de leerla, devolviéndomela.

—Todo apunta a que sí —suspiré, cansada.

—Menudo hijo de puta —farfulló mi amigo, enfadado también.

La puerta del ascensor en esos momentos se abrió y salió un cansado Nael con una bonita sonrisa en su rostro en cuanto vio a su marido.

—¡Hola, cariño! —Se quedó a nuestro lado sin entrar tampoco—. ¿Qué hacéis aquí fuera? Por cierto, ¿alguien conoce a ese hombre que acaba de salir del edificio? Alto, muy rubio, atractivo y cabreadísimo con el mundo. —Lo miré con los ojos muy abiertos

mientras Leo se reía suavemente a mi lado—. ¡Por vuestras caras veo que sí! Creo que habrá que pasarle la factura de la puerta de entrada de la finca… Me da que la ha sacado del sitio al cerrar la puerta. ¡Menudo portazo! —nos hizo saber con mucho humor.

—¡¿Ves?! —Leo me golpeó mi hombro con el suyo con suavidad—. Te lo he dicho y yo nunca me equivoco en eso. ¡Celos!

—¿De qué lo conocéis? —se interesó Nael.

—¡No digas tonterías, pero si es mi jefe!

—¿Ese es el famoso Gonzalo de la Fuente? ¿Tu jefe? —alucinó Leo en otro gritito junto a mi oído.

—Vayaaa, esto se pone interesante —silbó Nael.

—¿Interesante? —Sonreí, aunque no tenía gracia lo mirara por donde lo mirase—. Pues espera… ¿Y si os dijera que nos hemos besado hace un momento en el vestíbulo de la entrada?

—¿¿Quéééeé?? —gritaron los dos a la vez rodeándome para que les explicara.

—Y no ha sido solo un beso, ha sido… como aquella vez, cuando abristeis aquella botella de vino por la que no dabais ni un céntimo pero que al primer sorbito ya supisteis que sería vuestro favorito —balbucí suspirando al recordarlo.

—Entonces, ¿por qué estaba tan enfadado? Porque por lo que entiendo, él también tiene que haber sentido lo mismo. ¡¿No?! —se extrañó Leo.

—A ver, Leo, una pregunta —y Nael sonrió sin poder evitarlo mientras repasaba a su marido de arriba abajo con gula—. ¿Les has abierto la puerta en pijama y con esa camiseta que te hace cuerpazo y te sienta como quieres? ¿Tú te has visto? No es porque seas mi marido y te quiera con locura, pero estás para mojarte en chocolate y comerte entero, cariño.

Leo no pudo evitar comerle la boca al instante a su marido por el piropo mientras yo sonreía. La verdad es que tanto Leo como Nael eran dos hombres que llamaban mucho la atención. Con un rostro de lo más atractivo y una genética envidiable, les gustaba cuidarse, iban al gimnasio, ambos eran altos y con un cuerpo de diez. Sobre todo, Leo, mi amigo, que iba girando cabezas, fueran hombres o mujeres, allá por donde pasase.

Y de pronto entendí «el motivo» de la reacción de Gonzalo. Cerré los ojos con fuerza y me los tapé con la mano.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Que vais a tener razón y sí son celos!

—¡Por haber salido en pijama! —sonrió divertido Leo.

—¡Peor! Gonzalo escuchó una conversación de teléfono con mi hijo sin que yo pudiera evitarlo y sabe que en mi vida hay un Enzo, y que es una persona muy importante para mí. Precisamente lo he hecho subir porque antes de ir a algo que no sé dónde me va a llevar con él, he creído necesario presentarle a mi hijo, que lo supiera… —Me volví a tapar los ojos con la mano—. ¡Ay, madre! El caso es que nunca le he dicho quién era Enzo, él cree que es un amigo muy especial para mí y yo no lo he sacado de su error. Solo le hice saber un día que me puso de los nervios que Enzo es una persona muy importante en mi vida y que él siempre será mi rey y, a su vez, Enzo me considera su reina, y tú… —Miré a Leo sin acabar la frase, y este abrió los ojos con sorpresa al caer en la cuenta de lo que le quería decir.

—¡No! —Empezó a sonreír de manera gamberra.

—¡Sí! —confirmé para taparme la cara por tercera vez en un momento.

—Y yo me he dirigido a ti en todo momento como mi «reina» —acabó la frase por mí.

—¡Madre mía! No puede ser… Habrá sacado sus propias conclusiones y se habrá pensado que «tú» eres Enzo…Y yo lo he hecho subir después del beso para presentaros…

—Pues sí que se pone interesante, sí —se rio Nael—. Nena, nos tienes que contar muchas cosas.

—Pero antes, ¿podrías tirar esa caja a la basura? —le pidió mi amigo a su marido.

—¡Tira de paso esto también! —le tendí el sobre para olvidar lo del regalito y a Braulio.

—¿Qué es? —se interesó Nael cogiendo la caja y el sobre con cuidado.

—Otra historia larga de contar —farfullé sin fuerzas.

Me metí en casa con un mal presentimiento mientras Leo me seguía y Nael iba a cumplir el encargo. Al día siguiente a primera hora le explicaría a Gonzalo esa tonta confusión con Leo. Y ya, de paso, le hablaría de Enzo, a ver si no empeoraba aún más la situación con él.

# Capítulo 25



*Jueves, 28 de enero*

**Gonzalo**

«¡Imbécil, imbécil y más que imbécil!».

Mi vida se basaba en seguir unas sencillas reglas para no complicármela. La principal era guiarme siempre por la razón dejando a un lado los sentimientos. Regla que, durante estas dos últimas semanas, brilló por su ausencia. Pero ¿qué cojones me estaba pasando con esa cría? Yo nunca, ¡joder, NUNCA! había actuado de ese modo. Besarla la noche anterior como lo hice fue un tremendo error, pero es que jamás me había ocurrido eso con una mujer. El deseo, la atracción que ejercía ese maldito labio entre sus dientes sobre mí, su suave olor a jabón y las ganas de saborearla me hicieron mandar a la mierda mis reglas porque la deseaba como

jamás había deseado a una mujer. ¡Con lujuria! ¡Como si quisiera marcarla como mía!

Lo que no tuve en cuenta fue que ella tenía una vida de la que no hablaba nunca, siempre respondiendo con evasivas. Me cegué tanto con esa mujer que la realidad me reventó en la cara con una fuerza que me hizo daño, sin haberlo visto venir, y eso me jodió demasiado. ¡Se había reído de mí con esa naturalidad con que lo hacía todo! Pasando de puntillas, pero barriéndolo todo a su paso como lo que era, un incontrolable y dañino huracán.

Nunca me sentí tan humillado como la noche anterior, cuando me subió a su casa, con esa dulzura nada propia en ella conmigo. Estaba demasiado ansioso por volver a besar esos malditos labios hasta nublarme el juicio, para que me presentara a esa persona tan especial en su vida. ¡A su Enzo! ¡Una maldita cría me había manipulado hasta el punto de no razonar! ¿Cómo no me lo vine venir? ¿Qué cojones pretendía haciéndome conocer a ese Enzo? ¿Un puto trío? Porque el hombre que salió en pijama por esa puerta no era un maldito crío, como ella. Era un hombre con todas las de la ley que estaba convencido no dejaba indiferente a las mujeres.

Cuando esa mañana, minutos antes de las nueve, entraba con mi SUV al parking de DLFuentes y Asociados, mi humor era tan malo como el día, parecía que el fin del mundo se acercaba debido a la intensa lluvia y a los incontables relámpagos y truenos que la acompañaban. No había dormido bien para encontrarme, esa misma mañana al levantarme, que la reunión urgente que tenía a las ocho en punto se había pospuesto para el día siguiente ya que las carreteras estaban intransitables y era imposible el desplazamiento desde Alicante hasta Valencia.

Lo primero que hice al llegar a la décima planta del edificio fue preguntar a Gisella si Daniela había entregado a mi padre la

documentación que firmé la noche de antes, sin nada de humor.

—Dani todavía no ha llegado. Se estará retrasando por la lluvia, hoy está lloviendo como no he visto nunca. Tu padre tampoco, a propósito. Ha llamado para informarme de que llegará un poco más tarde, está en un atasco a pocos kilómetros de aquí —me hizo saber quitándole importancia a los cuatro minutos de retraso de ella y sabiendo que me informaba del retraso de mi padre adrede para quitarle hierro a mi pregunta inicial.

—¡Dile a Daniela cuando llegue que pase directamente por mi despacho sin detenerse en el suyo! —rugí entrando ya por el pasillo camino a mi despacho.

—Gonzalo, quizá si primero dejara sus cosas en…

—¡¡DIRECTAMENTE, GISELLA!! ¡¡No creo que sea tan difícil de entender!! —Creo que me oyó toda la planta, pero es que la rabia que bullía en mi interior no podía controlarla.

Entré en mi despacho y cerré la puerta de un portazo. Tiré todas mis cosas encima de la mesa de reuniones de malas maneras y cogí aire profundamente. Nunca me había sentido de ese modo y era algo que no me podía permitir. O empezaba a calmarme o acabaría el día arrepentido por mis acciones, de eso estaba convencido.

Apenas un minuto después de haberme sentado tras mi mesa, llamaron a la puerta. Cogí aire con fuerza por la conversación que se me presentaba, intenté no cerrar las manos en dos puños y le di paso a Daniela, enfadado como nunca había estado en mi vida.

—¡Pasa!

Daniela entró con el abrigo empapado, el bolso en el hombro y con su pelo algo mojado por la lluvia, sabiendo que no ofrecía su mejor aspecto, pero lo hizo mirándome directamente a la cara, de frente, sin miedo, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros, ni bueno ni malo. Absolutamente nada. O eso creí hasta que la tuve

enfrente y vi en su mirada un pequeño destello de calidez a la vez que atisbé precaución por cómo me miraba. Inmediatamente sacó de su gran bolso la carpeta con los documentos que firmé la noche anterior dentro de una bolsa hermética de plástico para que no se mojara y se estropeara todo. Me sorprendió lo que dura un parpadeo, porque realmente esa mujer era toda una profesional a pesar de su escasa edad y poca experiencia. La dejó encima de mi mesa con una pequeña sonrisa mientras yo retenía el aire en mis pulmones al percibir el suave aroma a jabón que me alcanzó de lleno haciendo que mi enfado con ella subiera un punto más.

—Hola, Gonzalo. ¡Aquí tienes! Tal y como me pediste ayer. Me ha dicho Gisella que Alfonso no ha llegado todavía así que supongo que la urgencia de pasar por tu despacho sin sacarme siquiera el abrigo mojado es porque lo quieres enviar tú mismo. ¿No tenías hoy una reunión a primera hora?

—Eso no es de tu incumbencia, Daniela. Eres una simple pasante en periodo de prueba en este despacho y lo que hagan los directivos no te concierne ni es asunto tuyo —hablé despacio, taladrándola con la mirada mientras ella abría totalmente esos ojos de gata cambiando la calidez y prudencia por el temor—. Por otro lado, te pedí que la documentación estuviera en el despacho a primera hora de la mañana sin falta. —Mi tono se iba endureciendo conforme iba hablando—. ¿Qué no entendiste de «a primera hora»?

—Son las nueve y cinco minutos, Gonzalo —contestó con precaución—. Está diluviando, ya sabes que mi coche está aparcado en tu calle porque no pude arrancarlo, no había taxis libres esta mañana y he tenido que pedirle el favor a Nael para que me acercara en el suyo si no quería llegar o empapada de pies a cabeza o muy tarde. Solo me he retrasado cinco minutos, no es tarde. Además, Alfonso ni siquiera ha llegado todavía.

Me levanté, irguiéndome en toda mi estatura y estrellando la palma de mi mano encima de la mesa con fuerza, dejando ambas manos apoyadas en la mesa mientras me inclinaba hacia esa mujer que no podía sacar de mi cabeza desde que la vi por primera vez, porque de todo lo que me estaba explicando, solo me quedé con un nombre, Nael. Otro hombre en su vida del que me hablaba con total naturalidad y del que no sabía absolutamente nada. Ella, a su vez, dio un paso atrás, pero sin desanclar su mirada de mí.

—No me gusta que se rían de mí, Daniela —susurré en un tono amenazador que no quería disimular—. Si vuelve a suceder, y me importa una mierda si el mundo se está abriendo por la mitad, te vas a la puta calle. Si pido que sea a las nueve, es a las nueve en punto, no a las nueve y un minuto, y me dará lo mismo si eres brillante en tu trabajo o si mi padre no está de acuerdo. Vas a trabajar para mí, no para él. ¡No habrá más avisos! ¿Entendido?

—Gonzalo, si esto es por lo que ocurrió anoche entre nosotros, necesito que sepas que…

—¿De verdad te crees que esto es por lo de anoche? No pasó nada entre nosotros, Daniela —la corté envarándome detrás de mi mesa con un enfado que ya no pude evitar demostrar.

—¡Sí que pasó! ¡Claro que pasó! Necesito que me escuches, creo que hubo una equivocación con lo que viste y que necesito explicarte. —Dio un paso más hacia mí hasta tocar mi mesa, ahora, sin ningún tipo de miedo.

—La única equivocación que hubo fue besarte, y me encargaré personalmente de que no vuelva a suceder —zanjé la conversación con dureza, lanzándole una mirada que hubiera puesto a temblar al hombre más valiente, pero que a ella no la intimidó en absoluto pues volvió al ataque.

—No lo entiendes, Gonzalo. No me dejaste explicarme ayer y no me estás dejando hacerlo hoy. Enzo es…

—¡¡Suficiente, Daniela!! ¡No me interesan Enzo ni Nael ni tu vida privada! Lo único de lo que te deberías preocupar ahora mismo es de no perder tu trabajo aquí. Si has llegado a creer ni por un momento que por lo sucedido ayer entre nosotros vas a pasar por encima de mí o me vas a mangonear a tu antojo es que eres más inocente de lo que creía. ¡Eres una puta cría que no tiene ni idea de con quién está hablando! Preocúpate por hacer bien tu trabajo si no quieres volver a trabajar de camarera. —Subí el tono de voz dando por finalizada la conversación mientras me volvía a sentar en mi asiento.

Se quedó sin hablar, mirándome sin poder reaccionar, casi sin respirar, procesando lo que le había dicho de un modo para nada suave, cogiendo con fuerza el asa de su bolso, valorando si valía la pena contestar o no. Indudablemente, lo hizo. No esperaba otra cosa de ella, pero es que ese momento no era el mejor para terminar de sacarme de mis casillas, y no me importaba si se enteraba todo el edificio. No le iba a consentir que se volviera a reír de mí.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy una puta cría? ¿Y tú? ¿Quién coño te crees que eres tú?

—Tu jefe, el que decide si te vas o te quedas —amenacé con frialdad—. Como bien te he dicho, no me gusta que se rían de mí, Daniela. Es algo que nunca he llevado muy bien, mucho menos que lo hagan niñatas como tú, sabiendo que todavía están dentro del periodo de prueba y que su puesto de trabajo pende de un puto hilo. A la próxima cagada como esta, te vas a la puta calle. ¿Ahora sí me he explicado con claridad? —le siseé entre dientes, con una fría

calma que distaba mucho de cómo me sentía en esos momentos con ella delante.

—¡Clarisisísimo! ¡No te preocupes, que he captado el concepto! Solo quería ofrecerte una simple pero aclaratoria explicación de lo que presenciaste anoche, pero si ya has decidido, me has juzgado y condenado culpable, tú y yo no tenemos nada más de que hablar que no sean asuntos de trabajo —contestó con una admirable templanza y una clara desilusión.

—Pues si ya te ha quedado claro, te invito a que te vayas a trabajar un rato que para eso te pago. Tienes bastante trabajo pendiente encima de tu mesa y no quiero más retrasos en las entregas. ¡No habrá más avisos! —finalicé de manera grave, indicándole la salida con un movimiento de cabeza.

Su gesto de irritación hizo acto de presencia al momento y, asombrosamente, sin decir una palabra más, dio media vuelta y salió de mi despacho cerrando con demasiada suavidad la puerta, aunque adiviné que no era ese el modo en que quiso hacerlo.

Una vez estuve solo, noté que todavía tenía dificultad para respirar con normalidad. ¡Maldita fuera toda ella, su olor a jabón, su color de ojos que cambiaban de tonalidad dependiendo de su estado de ánimo y toda esa fuerza que desprendía sin retroceder ante mí, aun mojada y sin el mejor de sus aspectos! Pero es que, tuve que admitir con pesar, esa Daniela también me gustó de un modo poco sano. Esa mujer se había metido bajo mi piel y no sabía qué coño hacer.

Me pasé las manos por la cara para tranquilizarme antes de empezar a trabajar. Realmente la carpeta que me había traído Daniela era urgente y no podía esperar. No la había sacado aún de la bolsa hermética cuando llamaron suavemente a mi puerta para entrar sin esperar permiso. Mi padre apareció tal y como lo había

hecho Daniela hacía unos instantes; con el abrigo puesto y su maletín en la mano. Acababa de llegar y no había pasado por su despacho antes de entrar en el mío.

—¡Padre! ¿Ocurre algo? —Lo miré sin ganas de una nueva conversación con nadie.

—¡Buenos días, hijo! No lo sé, dímelo tú —contestó muy serio y al no responderle continuó—: Acabo de llegar y me he cruzado con Dani, que apenas me ha mirado a la cara y tenía una expresión entre el llanto y el cabreo. ¿Qué le has hecho esta vez? —quiso saber muy serio.

—Yo nada, papá. ¿Por qué siempre tengo que ser yo el culpable de todo? —pregunté en un tono de voz más alto de lo que pretendía —. Si ha salido de mi despacho así, ya te hago saber que aquí éramos dos. No siempre yo voy a tener la culpa de todo. Y esa cría tiene un carácter que no cuadra para nada con su apariencia de muñequita —terminé de explicarme a la defensiva.

—¡Por el amor de Dios, Gonzalo! —explotó mi padre al fin, algo que estaba deseando hacer desde que entró en mi despacho y solo estaba esperando una pequeña chispa en mí—. ¡No me hagas creer que ella ha pasado por encima de ti! ¿Acaso crees que no te conozco? ¿Qué le has hecho para que haya salido así de aquí dentro? Y no me mientas, porque Maite me ha contado esta mañana que anoche Dani estuvo en tu ático para llevarte los permisos que había que enviar hoy a Barcelona.

«¡Mierda! ¡Eso no tiene explicación ninguna!».

—¡Fue una excepción, papá! ¡Eran urgentes! —me defendí sabiendo que tenía las de perder con él.

—Hijo, tú no haces excepciones en eso. Se lo podías haber pedido a Maite, que le pillaba de paso y, en cambio, hiciste ir a Daniela sin

excusa. ¿Qué está sucediendo entre vosotros? —preguntó sin rodeos.

—¡Nada! ¡Estás imaginando cosas que no son, papá! ¡Tú ya me conoces!

—Gonzalo, ya tuvimos esta conversación hace más de dos semanas y di por sentado que había quedado claro. ¡Quiero a Daniela Miyar en el equipo de DLFuentes y Asociados! Hasta el día de hoy nos ha demostrado una profesionalidad y una brillantez impecables. Es más, te hago saber desde ya que voy a ayudarla para que pueda acabar su TFG y el Máster y pueda ejercer. Y no voy a consentir perderla bajo ningún concepto. Y si ha ocurrido algo entre vosotros dos, cosa que ahora mismo me gustaría saber, arréglalo con ella —ordenó con una intuición que daba miedo.

No pude responder, ni siquiera sabía qué decirle sin explicarle lo que realmente había ocurrido entre nosotros porque yo aún estaba buscando respuestas.

Le iba a contestar cuando mi móvil se iluminó con una llamada entrante.

«¡Mierda! ¡Otra vez! ¡¿Y esta qué narices quiere ahora?!».

Leer el nombre de Rosella en la pantalla del móvil era una pesadilla. Esa mujer era como el pegamento instantáneo, una vez entrabas en contacto con ella era muy difícil despegarte. No entendía cómo todavía seguía insistiendo conmigo a pesar de haber cortado de raíz cualquier tipo de relación entre nosotros. Semanas atrás había ido bloqueando los distintos números de teléfono con los que intentaba localizarme, hasta que me di cuenta de que no me servía de nada y opté por no hacerlo. Prefería saber que la llamada que recibía era de ella y no encontrármela al responder a números desconocidos. La llamada cesó para, inmediatamente, volver a sonar. O la bloqueaba de nuevo o atendía la llamada y opté por la segunda

opción porque era la excusa perfecta para finalizar una conversación con mi padre que no me apetecía tener en absoluto. Miré a mi padre pidiendo atender la llamada, él suspiró con resignación y me dejó a solas. Antes de salir se volvió a dirigir a mí.

—Gonzalo, esto no es un juego.

—Lo arreglaré, papá, no te preocupes.

Cerró la puerta tras de sí siendo yo consciente de que no tenía ninguna intención de arreglarlo. Esa noche dormiría en la casa familiar y tendría una conversación con mi padre para aclarar todo ese asunto con Daniela. Cuanto antes supiera qué había ocurrido entre nosotros, antes la perdería de vista de una vez por todas. No es que me gustara la idea, pero no podía hacer otra cosa ante ese hombre cuya intuición debía tener en cuenta.

El teléfono volvió a iluminarse y, finalmente, decidí cogerlo sin pensar en lo que hacía por culpa de todo ese asunto. No estaba centrado y supe que fue una mala idea justo en el momento en que respondí.

—Hola, Rosella —saludé en tono neutro.

—*Ciao, caro!* —respondió con esa cadencia al hablar tan propia de ella, una dulzura que se me hacía empalagosa hasta el hartazgo—. ¡Cuánto tiempo!

—No tanto. —Otra respuesta en un tono neutro.

—*Caro,* te echo de menos —empezó a hablar con suavidad, tal y como me embelesó en su día, aunque esa suavidad ya no me decía nada—. Y yo sé que tú a mí también, aunque sea un poquito, *vero?* Lo pasábamos muy bien, tú y yo, juntos.

—Rosella, ¿qué es lo que quieres? Tengo trabajo y no tengo todo el día —la corté sabiendo que había sido un error cogerle la llamada.

—¡Está bien! ¡Vayamos al grano! ¡Siempre me ha gustado tu manera de ser! Eso fue lo que me atrajo de ti. —La oí sonreír al otro

lado de la línea y yo me tragué un suspiro de impaciencia—. Mañana es la esperada fiesta benéfica que organiza mi familia todos los años y vosotros sois uno de nuestros influyentes invitados VIP, como todos los años. Este año, *caro*, me gustaría ir de tu brazo.

—Rosella… —le advertí, porque cuando empezaba no tenía fin.

—Gonzalo, *amore,* como amigos, solo como amigos. Quiero que me des una nueva oportunidad.

—¿Y presentarnos delante de toda la prensa solo como «amigos» crees que es lo mejor?

—¿Y por qué no?

—Sabes que no es buena idea, Rosella. No sé cómo hacerte entender que lo nuestro no va a ir a ningún sitio, y lo sabes.

—Y tú sabes que no voy a desistir en ello. —La decisión que oí en ella era inquebrantable.

—Rosella, la respuesta es no.

—¡Está bien, *caro*! Mejor lo hablamos mañana personalmente —contestó en una conversación paralela conmigo sin escuchar, como siempre, lo que le decía.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Por el amor de Dios, Rosella, déjalo ya de una vez —le dije con una impotencia que no era propia en mí.

—¡Hasta mañana, *amore mio*!

Y colgó.

¡Esa mujer era desesperante! De un modo que me hacía perder la paciencia en tiempo récord. Así que, al día siguiente, a la vez que intentaría evitar a Rosella en la fiesta benéfica, tendría que lidiar con la presencia de Daniela a nuestro lado. Y de las dos mujeres, esta última era la que me preocupaba, porque sabía que ella era la única que tenía el poder de afectarme sin ni siquiera proponérselo.

# Capítulo 26



*Jueves, 28 de enero*

**Gonzalo**

A última hora de la tarde el tiempo no mejoró. Seguía lloviendo con intensidad, mi humor no había cambiado, pero no había vuelto a hablar con mi padre ni con Rosella. Tampoco me crucé con Daniela, y a pesar de todo, no conseguía calmarme porque mi cabeza volvía una y otra vez a lo mismo.

El intercomunicador sonó y atendí a Maite sin alzar la vista de la mesa.

—¡Gonzalo! ¿Tienes ya lo que te pedí de la obra de Barcelona? Necesito la documentación antes de irme y Adrián vendrá a buscarme en una hora. No me puedo ir sin haberlos enviado al jefe de obra. Los presupuestos también, pero estos no me corren tanta

prisa. Les puedo dar un vistazo mañana por la mañana —me pidió Maite con esa profesionalidad que tanto me gustaba de ella.

—Sí, claro. Se lo he dejado todo a Daniela con las indicaciones que me diste. A estas horas tiene que estar acabado. Ahora le pido que te lo lleve.

—¡Gracias, hermanito!

Me hizo sonreír y eso era justo lo que necesitaba ese día. Algo que no conseguía por mí solo y que agradecí interiormente a mi hermana.

Me comuniqué con Gisella para que le pidiera a Daniela que me acercara inmediatamente todo el trabajo de Barcelona a mi despacho para revisarlo en un momento y poder entregárselo a Maite tal y como me había pedido. Lo habría hecho yo mismo, pero, sinceramente, no estaba de humor. Quería evitar el tratar con ella más de lo necesario, y eso, no era necesario. Al momento, Gisella me informó de que me los traería en cinco minutos sin falta.

¡Cinco minutos! ¡Se lo había pedido para ayer y me lo iba a traer en cinco minutos! Volví a coger aire con fuerza porque realmente no sabía qué pensar de ella. ¿Me estaba retando? ¿O es que esa mujer era así por naturaleza? Me levanté con rabia de la butaca y fui yo mismo a buscar lo que necesitaba a su despacho. Creí que el día acabaría sin más incidentes ni encontronazos con ella, pero es que hablábamos de Daniela, una kamikaze profesional sin el más sentido del miedo con nadie. Le había prometido a mi padre que lo arreglaría, aun sabiendo que no lo haría y que tenía una conversación pendiente con él esa noche en casa por ese mismo motivo, pero es que no llegaría a poder explicarle si no me contenía con ella, y me lo estaba poniendo muy complicado. Esa mujer me estaba buscando y me había encontrado en uno de mis peores días.

Cuando llegué a su despacho, abrí la puerta con fuerza sin llamar a ella. Daniela estaba al lado del ventanal, hablando por teléfono, y se giró de golpe hacia mí no tan sorprendida como yo hubiese querido. Cerré la puerta por precaución por lo que se pudiera oír desde fuera y me acerqué a ella echando chispas por los ojos, respirando hondo para controlar las ganas de chillarle furioso a ver si así conseguía desahogarme un poco.

—Vale… enseguida bajo, lo que tardo en resolver un problemilla. —Me miró a los ojos mientras se despedía de quien estuviera al otro lado de la línea y colgaba la llamada.

—Cuando pido alguna cosa para ya, es para ya, no en cinco minutos ni en dos. ¿Qué es lo que no entiendes cuando se te pide algo? —hablé entre dientes muy cerca de ella—. ¿Tanto te cuesta entender una simple orden?

—No, Gonzalo. —me dijo con una calma que no me creía, no entrando en mi juego mientras se dirigía a su mesa—. Necesitaba contestar la llamada, eso es todo. Me ha supuesto cuarenta y siete segundos exactos. Ahora te iba a llevar los documentos que me ha pedido Gisella.

—¿Qué es lo que pretendes, Daniela?

—Nada. Lo que no sé es lo que pretendes tú. —Empezaba a sacar ese carácter tan propio de ella, contenido, pero ahí estaba, mientras cogía una carpeta blanca de su mesa y me la tendía—. ¡Ya que estás aquí, toma! ¡Lo que me has pedido! Está tal cual conforme a las indicaciones que me habéis dado.

Me quedé mirando la carpeta intentando calmarme yo también, tal y como estaba haciendo ella en una demostración de autocontrol increíble. En ese momento, un relámpago iluminó el cielo y el trueno se oyó a continuación a lo lejos y eso me sacó de mi momentáneo aturdimiento. La cogí evitando ni tan siquiera rozar sus dedos y la

puse encima de la mesa para abrirla y revisarla ahí mismo, de pie, en un momento. No, ya adelantaba que no bajaría en un momento para irse a casa. Me iba a encargar de eso personalmente.

Pasé página tras página verificando que estaba todo correcto, como siempre. No alcancé a corregir un solo error de todo lo que me entregaba. No pude evitar sentirme sorprendido con su trabajo de nuevo. Desde Candy, la última incorporación en nuestro equipo hacía ya demasiado tiempo para dejarnos a los dos años y montar su propio despacho con su marido y mi reciente cuñado, no habíamos vuelto a encontrar a nadie que nos siguiera el ritmo de ese modo. No, no podíamos dejarla ir y eso me jodía hasta las entrañas.

—Escanéalo y envíaselo a Maite a su correo electrónico, luego haz una copia y déjaselo todo en su despacho. ¡Lo está esperando! —ordené muy seco, dándome la vuelta enseguida para salir de ahí y no hacer o decir una gilipollez con ella o mi padre no me lo perdonaría en la vida.

Cerré la puerta sin una réplica a mis espaldas, sin una sarcástica contestación, sin una pulla a mi persona y eso me hizo sentir que todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros estaba mal. Algo no iba bien si ella no actuaba como siempre conmigo, retándome y provocándome, y me hizo dudar de todo lo ocurrido la noche anterior entre nosotros. ¿Qué es lo que estaba mal y no podía ver? ¿Qué cojones era?

Quizá, después de hablar con mi padre y tras consultarlo con la almohada, pudiera averiguar qué era lo que se me escapaba y no lograba ver en ese momento.

Me dirigí al mostrador de la entrada para darle un par de indicaciones a Gisella antes de que se fuera sobre el día de mañana, ya que la jornada laboral sería de menos horas por la fiesta benéfica

de esa noche a la que ella, al igual que toda la planta directiva, asistiría, pero no por ello podíamos bajar el ritmo.

Al llegar allí, Gisella no estaba sola. En el otro lado de la recepción se encontraban un niño de no más de diez años y un hombre que me daba en esos momentos la espalda. No alcancé a verle la cara porque se dirigía a los baños de la entrada, pero me tensé al momento porque creí reconocerlo a pesar de ello. No podía ser, lo más probable es que mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada. Era imposible que ese "Enzo" estuviera en el edificio, y menos acompañado de un niño. Miré cómo el hombre adulto desaparecía tras la puerta, seguidamente al niño que me miraba con atención y terminé posando mi mirada en Gisella porque daba mi cargo si me equivocaba pensando que esos dos no tenían nada que ver con la empresa.

—¿Cómo han subido hasta aquí? —pregunté cortante, porque si ese hombre era quién me imaginaba que era, lo primero que haría sería sacarlo a patadas de mi casa. El crío no tenía la culpa, pero se irían los dos a la calle sin contemplaciones.

—Por el ascensor —contestó el niño con descaro, mirándome como si la pregunta fuera lo más absurdo que hubiera oído en su vida.

Bajé la mirada a ese mocoso que me resultaba vagamente familiar y no sabía por qué. Quizá su descaro o podría haber sido su mirada, no lo podría haber asegurado ya que la mía inevitablemente se desviaba a la puerta del baño para confirmar que mi imaginación me había jugado una mala pasada.

—Yo los he dejado subir, Gonzalo —intervino Gisella con una gran sonrisa—. Me han llamado de seguridad porque estaban pidiendo permiso para acceder a los despachos de dirección. Uno de ellos ha ido un momento al baño.

—¿Y los has dejado? —El enfado en mi voz era evidente ya que Gisella sabía que nadie fuera del despacho que no fuera repartidor, trabajador o cliente tenía acceso a la última planta del edificio.

—Por supuesto, se han presentado como…

—Me importa una mierda cómo se hayan presentado, aquí no puede subir nadie de fuera y lo sabes, Gisella —exploté alterado, diciéndole con la mirada que esa decisión le traería consecuencias, dirigiéndome ya a la puerta del baño para sacar a quién fuera que estuviera allí y meterlos en el ascensor a empujones si hacía falta.

—Gonzalo, por favor, ¿me quieres escuchar? —Se levantó de su sitio sin alterarse ante mis malos modos con intención de ponerse delante de mí para obligarme a oír lo que me tenía que decir, porque Gisella era así.

—¿Gonzalo? ¿Tú eres el Gonzalo que es el jefe de mi madre? —preguntó con sorpresa el niño, algo que me llamó la atención y me dejó clavado en el sitio de manera fulminante.

—¿Tu madre? —y ese crío con una sola pregunta captó toda mi atención—. ¿Qué madre?

Observé como ponía los ojos en blanco como si estuviera hablando con una persona con pocas luces y él tuviera toda la paciencia del mundo. Pero ¿de dónde cojones había salido ese niño?

—¡Pues mi madre, quién va a ser! —contestó con la seguridad de quien sabe que tiene la verdad universal, y bajando la vista al suelo, hablando solo, comentó en voz baja pero todos lo escuchamos sin problemas—. ¡Mamá tiene razón! ¡Es un poco tonto, la verdad!

—¿Me acaba de llamar tonto? —pregunté alucinado a una entretenida Gisella con la conversación entre el crío y yo mientras el adulto seguía sin aparecer.

—Es que ella trabaja aquí. ¿Dónde está mi madre? Hemos venido a buscarla con el coche del tito para que no se moje. ¿Le puedes dar

permiso ya para salir? —empezó a preguntar sin respirar, pero sin apartar su infantil mirada de mí, con más agallas que cualquier adulto.

—¿Permiso para salir? —repetí procesando toda la poca información que me daba.

—Sí, es que por las noches ya casi nunca la veo y por las mañanas cuando desayunamos con el tito nos cuenta que siempre llega tarde a casa porque trabaja mucho y que nunca estás contento con ella porque se lo haces repetir toooodo de nuevo porque eres un poco… pues eso —medio vaciló sin terminar la frase y creo que yo me envaré un poco más si cabe.

—¿Un poco? —le animé con una tensa sonrisa porque eso ya no tenía ni puta gracia, y menos con la incertidumbre de quién era el hombre del baño.

—Me va a regañar si te lo digo… —vaciló ahora sí, bajando la cabeza al suelo para no contestar.

—Pues entonces será un secreto entre tú y yo. Ella no se va a enterar, tranquilo. ¡Total, ya me ha llamado tonto! —siseé entre dientes intentando llegar a donde fuera que me llevase todo eso.

—Siempre dice antes de irse a trabajar que su jefe es un poco… idiota —balbució en voz tan baja que me costó entenderlo.

—Interesante… tonto e idiota. ¿Y cómo se llama tu madre? —intenté hacer la pregunta con suavidad, aunque por dentro la paciencia no es que fuera escasa, es que era inexistente en ese momento.

—¿Te vas a enfadar con ella si te lo digo? —quiso saber con esa inocencia que tiene todo niño.

—Nooo, tranquilo. Solo quiero demostrarle a tu madre que no soy tan… idiota como ella cree.

—¡¿De verdad?! —me miró escéptico, algo que me sorprendió para la poca edad que tenía—. Es que…

—Pero ¿qué cojones hace ese aquí? —lo interrumpí con agresividad cuando vi a ese «Enzo» salir del baño con una sonrisa en su cara mientras se dirigía a nosotros, lo que hizo callar al crío de golpe sin acabar su frase.

En ese punto, ahí sí Gisella salió con rapidez de detrás de la mesa y me sujetó del brazo parándome en seco, mientras yo ya me dirigía con las manos en dos puños a sacarlo a hostias de mi casa sin miramientos. Lo que pasó a continuación fue todo muy rápido. Ese hombre se acercó con precaución a mí mientras miraba por encima de mi hombro algo a lo lejos.

—¡Gonzalo, para! ¿Qué vas a hacer? Estate quieto, hombre, que conocen a Daniela —se alarmó asustada.

—¿Qué coño haces tú aquí? —me lancé a por él.

—¡¡Enzo!! ¡¡Leo!! ¿Qué estáis haciendo aquí? Os he dicho que me esperaseis en la calle, dentro del coche —oí la voz de Daniela a mis espaldas.

—¡Mamáää!

—¡Enzo! ¿Por qué habéis subido? —regañó suavemente a ese niño que ya no estaba donde lo había dejado.

Y la brevísima conversación fue lo que me hizo parar en seco. ¿Cómo la había llamado? ¿Mamá? ¿Y cómo se había dirigido al niño? ¿Como Enzo? Me giré para encontrarme con una escena que no asimilé. Ese crío se lanzó a los brazos de Daniela mientras ella lo sujetaba con una gran sonrisa en su cara, iluminándole los ojos al instante, para inmediatamente dirigirla al adulto con preocupación.

—¿Ella es tu madre? —pregunté con incredulidad mientras el otro hombre ya estaba junto a nosotros; me dio la sensación de que

divirtiéndose por cómo me miraba, cruzado tranquilamente de brazos.

—Sí —afirmó escuetamente mientras le daba la mano, quedándose a su lado.

—¿Enzo? ¿Tú eres Enzo?

—Sí —afirmó por segunda vez ahora mirándome con extrañeza y se dirigió a su madre en voz muy baja para que solo ella lo oyera, aunque no tuve problemas para leer con claridad en sus labios que le susurraba—: Tenías razón, mami, parece un poco tonto.

—Entonces, si tú eres Enzo, ¿quién eres tú? —quise saber mirando a un divertido hombre con la ceja levantada.

—Desde luego que Enzo no soy —contestó con diversión mientras le guiñaba un ojo a una Daniela que en esos momentos ponía los ojos en blanco, negando con la cabeza en su dirección con una evidente resignación en su cara.

—¿El padre? —porque era lo único que tenía sentido, que ese crío fuera el hijo de ellos, con lo que la situación era peor de lo que supuse la noche anterior.

—¿Yo? ¿El padre? No, no, no, yo soy Leonardo, un amigo de la infancia de Dani y el tío de Enzo, no de sangre, uno postizo, pero como si lo fuera. ¡Adoro a mi niño! —me hizo saber con gracia.

—Yo no tengo padre, solo a mi mamá y a los titos. ¡No me hace falta uno! —me dijo muy serio el niño cogiendo con fuerza la mano a… ¡Dios! ¡Daniela tenía un hijo!

—¡¡Enzo!! —le llamó la atención su madre haciéndolo callar al momento.

—Y por si te lo preguntabas, estoy casado, solo soy su «amigo», el mejor, por cierto. A Dani la quiero mucho, pero de quien estoy enamorado es de Nael, mi marido. —La diversión de ese hombre conforme iba soltándome información iba en aumento.

—¡¡Leo!! —Otro toque de atención a ese hombre de Daniela, cada vez más seria con ellos.

—¡¿Quéééé?! —Se alzó de hombros con inocencia mientras una sonrisilla le adornaba la cara—. Si se lo digo para que no haya más confusiones, reina.

Muy pocas veces en mi vida la gente de mi alrededor me sorprendía, fuera para bien o para mal. Pero en ese momento, mientras miraba a unos y a otros, supe que ese día no lo olvidaría en tiempo porque estaba equivocado. Sí se me podía sorprender hasta el punto de no poder reaccionar con coherencia.

—En tu currículum no leí nada de que tuvieras un hijo a tu cargo. —Me giré para mirar a una Daniela haciéndose la loca para no contestar—. ¡Daniela! —dije su nombre con gravedad para obtener una respuesta.

—No lo vi necesario. —Se encogió de un hombro mientras se empezaba a colocar la bufanda alrededor del cuello como si nada.

—¿Que no lo viste necesario? ¿En serio? ¿Lo omitiste expresamente?

—¿Acaso era un requisito para obtener el puesto de pasante? Vaya, no lo sabía, pero como habrás comprobado al final no hizo falta dar ese dato porque el puesto fue mío. ¡Solucionado! Y ahora, si me disculpas, me voy ya, que como habrás advertido con esa sagacidad de la que vienes haciendo gala desde ayer por la noche, mis chicos han venido a buscarme porque está diluviando y todavía estoy sin coche. ¡Hasta mañana, Gisella!

—¡Hasta mañana, Dani! —le contestó la secretaria de dirección—. ¡Chicos, un placer conoceros! —se despidió moviendo la mano con una sonrisa también de diversión.

¡Fantástico! Pero ¿qué había hecho con ella? Porque mi comportamiento, al no dejarla explicarse y sacar yo mismo mis

propias conclusiones, no tenía excusa. Me lo dejó muy claro al irse sin despedirse de mí, apenas una rápida mirada sin cariño alguno.

Me quedé observándolos mientras esperaban el ascensor y no pude evitar oír cómo Daniela regañaba suavemente a su amigo en voz baja.

—¿Por qué habéis subido? Os he pedido expresamente hace un momento por teléfono que me esperarais en el coche.

—Tenía que ir al baño…, en serio.

—¿Te lo has pasado bien?

—¡De vicio! Desde que mi marido está cubriendo las guardias en el hospital por ser el nuevo casi no lo veo y me aburro mucho, reina.

—¡¡Leooo!!

—Pero si en el fondo te he hecho un favor… —Se rio suavemente mientras el ascensor abría sus puertas y entraban en él, sin girarse ninguno de los tres.

Cerré los ojos con pesar mientras Gisella se hacía la loca, sabiendo que no se le había escapado nada de lo que había ocurrido hacía un momento en la recepción. ¡Mierda! La había cagado a lo grande con Daniela y, por lo poco que la conocía, sabía que no sería fácil que me perdonara mi actitud de ese día. ¡Esa persona tan especial, Enzo, era su hijo! ¡Su hijo! ¿Por qué no lo había dicho? Joder, que lo omitió en su currículum como si nada. Su vida era un sinfín de misterios que no conocía, misterios que quería descubrir uno a uno, ahora lo sabía, pero ¿cómo volver a acercarme a ella sin que me rechazara?

«¡Imbécil, imbécil y más que imbécil!».

# Capítulo 27



*Viernes, 29 de enero*

**Daniela**

A Leo, la diversión le duró hasta que salí esa mañana por la puerta de casa para ir a por mi coche aparcado en la gran avenida donde vivía Gonzalo y esperar al mecánico para que lo volviera a arrancar por no sabía cuántas veces ya ese mes. ¡Al final tendría que comprarme un coche de segunda mano que no me dejara tirada cada dos por tres! ¡O el abono del metro, porque no sabía de dónde sacar el dinero para otro coche! La reacción de mi hijo no fue distinta de la de mi amigo, ya que no paraba de reír cada vez que recordaba la absurda conversación que él mismo mantuvo con mi jefe y las distintas caras que este último iba poniendo conforme iba avanzando la conversación entre ellos. Al final, esos dos me hicieron

reír a mí también, a pesar de que el día anterior las ganas de estrangular a Gonzalo fueron enormes.

Salía del ascensor en la décima planta a las nueve menos siete minutos, con dos cafés de la cafetería pija de abajo en mis manos como si de una antigüedad muy frágil se tratara. Nada más abrirse las puertas lo primero que me encontré fue la cara de Gisella, con una sonrisa que no le cabía en la cara mirándome con curiosidad y mucha, pero que muchísima diversión.

—¡Buenos días, Dani! ¿Estás segura de querer entrar con dos cafés en tus manos? Gonzalo no ha llegado aún, supongo que lo tendremos aquí antes de la hora de la comida, en cuanto acabe la reunión que tenía hoy a primera hora, pero eso que estás haciendo es arriesgar mucho —me dijo de buen humor.

—¡Buenos días, Gisella! —Alcé los cafés y le tendí uno de ellos con una sonrisa de agradecimiento—. Tranquila, ya te comenté que tampoco soy una suicida. ¡Este es para ti! ¡En agradecimiento por lo de ayer! Gracias por dejar subir a Leo y a mi hijo, no tenías por qué. Es más, ellos ni siquiera tuvieron que intentarlo y deberían haberme esperado en el coche, tal y como les indiqué por teléfono.

—No fue nada… No sabía que tenías un hijo y un amigo tan guapo. —Me guiñó un ojo cómplice.

—Ni tú ni nadie. No era mi idea, pero a veces Leo tiene un sentido del humor muy particular —me quejé con gracia—. Y está casado, Gisella. Con su marido. Nael.

—Lo sé, lo sé, pero eso no quita que sea un bombonazo. —Sonrió con picardía mientras le daba un sorbo a su café—. Tu hijo también es muy guapo, se parece a ti. No sé cómo no me di cuenta en cuanto lo vi, pero es imperdonable que no cayera en ello en cuanto lo escuché hablar con Gonzalo. —Se rio ahora suavemente—. ¡Dios, Dani! ¡Tiene tu mismo carácter!

—Gracias —agradecí sin añadir nada más.

—¿Y el padre? —quiso saber y rápidamente añadió—: Lo siento, Dani. No te lo tenía que haber preguntado, no te quería poner en un compromiso ni ser indiscreta.

—No pasa nada, Gisella —la tranquilicé con una sonrisa sincera—. No hay padre, solo madre. Y sus dos tíos, claro. —Me sonrió sin volver a preguntar y yo acabé la conversación que, aunque no era incómoda, siempre que podía la evitaba—. Y ahora, me voy a trabajar antes de que Gonzalo llegue echando fuego por la boca y me queme hasta las pestañas si me ve hablando aquí tranquilamente contigo. Hoy no me apetece, la verdad —admití mientras ya daba un paso hacia atrás.

—Tienes que saber que Gonzalo es un buen tío, aunque a primera vista, cuando lo conoces, no lo parezca. Da una impresión muy equivocada por ese carácter tan seco y cortante que tiene, pero sabe reconocer sus errores, lo sé. —Me quedé quieta mirándola, intentando adivinar qué sabía Gisella, o qué era lo que creía saber de nosotros.

Lo último que me faltaba es que se creyera que había algo entre nosotros y que eso afectara a mi puesto de trabajo o que empezaran a correr rumores sobre mí con mi jefe, algo que no iba a consentir. Había conseguido el puesto de pasante gracias a mi esfuerzo, no por mi cuerpo ni por conceder favores de otro tipo. Mi vida siempre había sido privada, hiciera lo que hiciese, y así iba a seguir siendo con cualquiera, por muy buena amistad que pudiera llegar a tener con ella.

—No sé de lo que me hablas, Gisella. Y ahora si me perdonas, voy a intentar llegar a mi despacho con el café dentro del vaso para empezar a trabajar. —Le ofrecí una débil sonrisa de disculpa.

—Dani, yo tuve una relación muy breve con él, deberías saberlo. —Paré en seco y la miré con sorpresa—. No funcionó y lo dejamos de mutuo acuerdo, pero conseguimos una gran amistad. ¡Lo quiero mucho!

¡¿Perdonaaaa?! ¿Gisella y Gonzalo?

—Eso es cosa vuestra, no sé por qué me lo cuentas —quise sonar indiferente, algo que sé no conseguí.

—Porque no sé qué pasa entre vosotros dos, pero te diré algo sobre Gonzalo: cuando, en contadas ocasiones, permite que se acerquen a él y lo pueden conocer de verdad, enseguida descubren que es un hombre que se hace querer, una persona maravillosa. Es muy cuidadoso con quien deja entrar en su vida, y si tú eres una de esas personas, tienes mucha suerte de poder contar con él.

—Pues lamento decirte que yo busco justamente lo contrario. Intentar cruzarme con él lo justo y necesario para evitarme problemas. Ayer dejó claro a todo el edificio que no estoy en tan selecto grupo, a Dios doy gracias, porque esa manera de tratar a las personas de su alrededor, con esa soberbia, arrogancia y prepotencia, no habla muy bien de él. No voy a tirar la toalla porque no pienso perder la oportunidad de trabajar en este despacho, es el sueño de cualquier arquitecto, ya no te explico lo que es para una simple pasante sin experiencia, aunque sea una pesadilla que mi jefe directo sea él y sepa con seguridad que a este paso terminaré con una úlcera severa por su culpa. Así que sí, claro que ha pasado algo entre los dos: varios cafés en sus camisas blancas e impecables y algún retraso nimio que para él ha supuesto una catástrofe a nivel mundial y un posible motivo de despido fulminante, por lo visto. Cualquier día, con ese esfuerzo y esas ganas que pone, lo conseguirá, yo pasaré finalmente por la planta dos para visitar a sus

colegas de Recursos Humanos y él me perderá de vista de una vez por todas.

La carcajada de Gisella no se hizo de rogar y me hizo sonreír a mí también.

—Eso está muy bien, pero solo te diré una cosa: en el tiempo que llevo trabajando aquí y en lo mucho que conozco a Gonzalo, únicamente lo he visto una vez tan enfadado como ayer y fue hace varios meses con Adrián, el marido de su hermana. La historia es larga y te la contaré otro día con una cerveza en la mano, solo te diré que cuando algo le importa de verdad, o alguien en ese caso, su enfado es descomunal.

—Gracias Gisella por una información innecesaria —terminé esa conversación con ella guardándome, como el que no quiere la cosa, todos los datos que me había dado de él.

—Gracias a ti por el café. —Alzó el vaso y enseguida se puso a atender el teléfono iniciando su jornada laboral con la mejor de las sonrisas.

Llegué a mi despacho sin incidentes y, soltando con cuidado el café encima de la mesa, me quité el abrigo, dejé el bolso y me senté en mi cómodo asiento para hundirme en todo el trabajo que tenía delante sin querer pensar más en la conversación con Gisella, porque ese hombre se había enfadado conmigo al sentirse engañado, por amor propio, algo a lo que ni estaría acostumbrado ni permitiría bajo ningún concepto, tal y como había demostrado a todo el despacho, y no porque yo le importara. ¡Eso era ridículo!

***

Pasaron las horas y apenas me moví del asiento, tan ensimismada estaba en mi trabajo. Pensé que necesitaba otro chute de cafeína y

decidí hacer un pequeño descanso para ir al comedor de dirección y prepararme uno. ¡Tenía que aprovechar que Gonzalo no estaba para que no acabara en su camisa! Y fue pensarlo y alguien llamó suavemente a la puerta para, a continuación, abrirla con suavidad y entrar. Un impecable y exquisitamente perfumado Gonzalo con una mirada de precaución traía un vaso de café en su mano.

—¿Se puede? —preguntó muy suavemente con esa voz tan masculina y seductora mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—Eres el jefe, ayer me lo dejaste muy clarito, ¿recuerdas? —respondí seca, apartando con esfuerzo la vista de su magnífico cuerpo y volviendo a centrarme en el trabajo de encima de mi mesa.

Presentí cómo se situaba a mi lado y oí un leve suspiro, percibiendo arrepentimiento en esa acción, y a pesar de estar cabreadísima con él, no pude evitar pensar que ese hombre conseguía hacer vibrar, con su abrumadora presencia, el gran despacho en el que nos encontrábamos sin abrir la boca.

—Sí, soy el jefe, lo sé, pero es tu despacho —volvió a hablar con mucha suavidad a mi lado.

—¿Desde cuándo eso te importa, Gonzalo? —pregunté con sarcasmo para concederle la atención que estaba pidiendo a gritos —. Mira, tengo mucho trabajo ahora mismo y no puedo perder el tiempo. ¿Necesitas algo?

—Sí, hablar contigo —contestó en el mismo tono suave, de pie delante de mí, con ese café que mi cuerpo pedía a gritos por el delicioso aroma que me llegaba.

—Si es de trabajo, adelante. Pero te digo desde ya que como me cargues con más trabajo voy a tener que traerme la cama aquí para hacer vida en este despacho, y en el baño no hay ducha. ¡Tú mismo!

Un amago de sonrisa hizo aparición en las comisuras de su boca. Eso, junto con su imponente presencia, me hizo apretar las piernas

debajo de la mesa para no tirarme a su cuello. Y eso que, repito, estaba cabreadísima por lo ocurrido el día anterior con él.

—No es de trabajo de lo que quiero hablar contigo, Daniela.

—Pues entonces tú y yo no tenemos nada de que hablar y ahora, si me permites… —le pedí con la mirada que se fuera.

—¡Joder, Daniela! ¡Me lo merezco! Pero me tenías que haber dicho que tenías un hijo, que su nombre era Enzo y no dejarme creer que erais pareja y, para colmo, no sacarme del error.

—¿Has acabado? De verdad, Gonzalo, que tengo mucho trabajo. —Me levanté del asiento muy seria y volví a sacarlo con la mirada del despacho evitando esa conversación con él que no quería tener, aunque me lo estaba poniendo muy difícil por la dulzura en su forma de hablar y por ese cuerpazo de escándalo que siempre me dejaba sin aliento bajo aquel traje que le sentaba como un guante lo miraras por donde lo mirases.

—No, no he acabado. Ni siquiera he empezado y espero que no sea tarde para pedirte perdón. —Por segunda vez ese hombre tuvo mi total atención, porque hombres tan poderosos y con tan fuerte carácter no iban pidiendo perdón como adolescentes sin personalidad—. Me gustaría empezar de cero contigo, Dani.

Me lo quedé mirando atónita, sin poder creerlo, intentando que mi boca no hiciera una gran O por la sorpresa. ¡Que me estaba pidiendo perdón! ¡A mí!

—¡Uffff! —contesté muy seria porque no se lo iba a poner tan sencillo—. De cero no sería suficiente contigo. Habría que empezar de menos cuatro como mínimo y no sé si necesito más margen, sinceramente.

—Como si tengo que empezar desde el mismísimo infierno. Pero dame la oportunidad de intentarlo, al menos. Quiero hacerlo bien contigo. ¡Mira! ¡Es para ti! —exclamó poniéndose a mi lado, a

apenas medio metro, y me acercó el vaso de cartón de café sin tapa y demasiado lleno para mi gusto si se encontraba entre él y yo.

—¡Gracias! Pero el café me gusta solo —contesté ahora más nerviosa que seria sin hacer amago de cogerlo. ¡Ni que hubiera perdido el juicio!

—¿Solo? ¿Sin leche ni azúcar? —se extrañó mirando el contenido del vaso con el ceño fruncido sin saber qué hacer con él.

—¡No, Gonzalo! Sin nadie a mi lado, sobre todo, si ese «nadie» eres tú.

—¡Entiendo! —contestó, y noté cómo, imperceptiblemente, sus hombros se relajaban al momento—. ¿Y si te lo tomaras tan cerca de mí como para que tengas un accidente con… digamos… mi camisa blanca? Tienes que saber que la estoy estrenando hoy… por ti. —La sonrisa en su cara se hizo presente, una que consiguió que esas arruguitas que tanto me gustaron la otra noche volvieran a aparecer en sus ojos.

—¡Diosss, sonrisas! ¿Qué pretendes ahora? ¡Porque me estás tentando! ¡Y mucho! —tuve que claudicar ante ese hombre al leer un sincero arrepentimiento en sus ojos.

—¡Adelante! —y me puso el vaso entre mis dedos, rozándomelos en la acción, los dos con la mirada puesta en nuestras manos, sujetando el vaso—. Si es lo que necesitas para perdonarme, hazlo, algo casual, como siempre, ya sabes… —me animó, mirándome de nuevo.

—Tú, yo y un café entre nosotros nunca será casualidad, Gonzalo. A estas alturas deberías saberlo. —Separé nuestras manos cogiendo el vaso y poniéndolo con cuidado encima de mi mesa.

—No, no es una casualidad. Con un café te conocí, más tarde con un nuevo café te tuve a mi lado, un tercer café me hizo fijarme en ti,

el cuarto… ese sobraba, que lo sepas, pero este, dulzura, con este quiero una oportunidad contigo… por favor.

—¡Jolines, ten cuidado! Tanta calidez puede derretir ese trozo de hielo que tienes como corazón.

—Me lo vuelvo a merecer y lo sé, pero contigo no me importa.

—Sí que estás arrepentido… —empecé a bromear.

—Mucho, dulzura. ¡Mucho! He escuchado decir que soy un jefe algo tonto e idiota, pero también soy un hombre arrepentido que sabe y reconoce cuándo se ha equivocado. ¿Me crees?

—Sí, ¿y sabes por qué? —Alzó las cejas con curiosidad sin perder esa bonita sonrisa que tan raramente lucía con nadie—. Porque me he dado cuenta de que no eres tan duro como aparentas ser, solo indiferente con quien no te hace sentir nada, o lo que es peor, hostil con quien te daña. —Me perdí en su mirada, esa que ahora era de un suave azul y muy cristalina, que empezaba a ser de mis cosas favoritas en la vida, aunque la evitara con todas mis fuerzas—. ¡Yo también lo siento! Pero nunca te mentí, solo omití algo de lo que no me gusta hablar, eso es todo. Técnicamente, eso no es mentir.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque parece ser que añadir a un currículum que tienes un hijo a cargo siendo soltera todavía cierra puertas hoy en día, sobre todo cuando no hay padre en la ecuación. Súmale a eso que solo tengo experiencia de camarera y que después de dos años aún no puedo ejercer porque no tengo el Trabajo de Fin de Grado. ¿Sabes cuál es el resultado? Terminar trabajando en tres trabajos distintos para ganar una miseria y vivir de prestado en casa de unos amigos. No es muy alentador así que, en esta ocasión, decidí «omitir» ese dato. —Me encogí de un hombro quitándole una importancia que sí tenía—. ¡Lo siento!

—Y yo siento que no me lo contaras. —Se acercó un poco más a mí, haciéndome ser consciente de lo que inevitablemente provocaba con su perfume, con su calor, con su todo—. Así habríamos evitado que me comportara como un idiota, dándole de ese modo a tu hijo la razón por la puerta grande.

Su comentario me hizo sonreír y me tuve que excusar nuevamente.

—Son críticas constructivas… y eso también lo siento. Mi hijo siempre pone mucha atención a lo que hablo con Leo y, sinceramente, no me lo has puesto muy sencillo trabajando a tu lado estas semanas.

—También me tendrías que haber hablado de Leo. —Suspiró con resignación.

—Mucha información, ¿no crees? —Sonreí.

—Solo una aclaración, para evitar confusiones en un futuro entre tú y yo. ¿Y el padre?

—Ya oíste ayer a Enzo. No hay padre. Mi hijo lleva mis dos apellidos —le hice saber sin ampliar esa información que para mí era ya demasiada.

—No me vas a decir nada más, ¿verdad? Porque quiero que te quede bien claro que el que tengas un hijo no cambia nada de lo que pasó la otra noche entre tú y yo. —Ese susurro, dicho tan cerca, me erizó entera.

—Creí entenderte ayer que entre tú y yo no pasó nada —lo provoqué, eso sí, dando un paso hacia atrás porque necesitaba poner en orden mis ideas y con ese hombre tan cerca de mí me era totalmente imposible—. Y, como hoy luce el sol, nos hemos reído mucho mis hombres y yo en el desayuno con la ocurrencia de Leo de presentarse él mismo a ti en persona junto con mi hijo y estoy de buen humor, gracias en parte a ese delicioso café que me has traído

y que todavía, milagrosamente, sigue dentro del vaso y no en tu camisa, te voy a contar un nuevo secreto: deberías aprender a escuchar a la gente, que no te digo que dar órdenes a diestro y siniestro tiene que ser la leche, pero es que luego te encuentras en situaciones difíciles y nos dejas a los demás descolocados con tus reacciones. Por ejemplo, ¿qué hago yo ahora?

—Está claro, perdonarme —ordenó con otra sonrisa.

—No lo tengas tan claro. ¿Ves? Si es que no hemos aprendido nada, sigues ordenando como si fueras dios todopoderoso —contesté sonriendo e inconscientemente me cogí el labio inferior con los dientes.

—No hagas eso, por favor —me pidió en un agónico quejido mientras clavaba la mirada en mi boca.

Lo solté rápidamente, nerviosa, porque no era eso lo que pretendía con él.

—¡Esa manera de pedir las cosas está mejor! ¿Te has dado cuenta? Un «por favor» no mata a nadie —y saliendo de su alcance y dando la vuelta a mi mesa, desde la otra punta lo despedí porque, si no, no respondería de mí—. Un «gracias» tampoco, ya que estamos. —Una nueva sonrisa hacia mí, una nueva voltereta en mi estómago—. Y ahora que ya hemos aprendido la lección del día, déjame trabajar. En cierta ocasión ya te comenté que mi jefe se pone un poco nervioso cuando no le entrego los proyectos a tiempo. ¡Una cruz de hombre! ¡Pero si quiero seguir trabajando aquí es lo que hay!

—Está bien, te dejo. —Se dirigió a la puerta y antes de salir me preguntó—: Nos veremos en la fiesta benéfica de esta noche, ¿verdad? —Percibí un poco de ansiedad al preguntar.

—¡Qué remedio! ¡Maite y su marido pasarán a buscarme por casa en una limusina! ¿Te lo puedes creer? ¡Una limusina! Y voy a tener

un problema con Enzo porque se muere de ganas por ver una de cerca y quiere bajar él también. Leo lo va a tener que sobornar con muuucho chocolate para que no me la líe y se quede tranquilo con él. El tema es que tu hermana dice que no se fía de que vaya a ir y prefiere venir a buscarme, que tengo un compromiso con la empresa y blablablá… Resumiendo, sí, asistiré. —Me encogí de hombros sin fuerzas.

—Entonces, nos vemos esta noche, dulzura —y con esa bonita sonrisa que no se había despegado de sus labios desde hacía un buen rato, salió con esa seguridad impregnada de elegancia que tenía siempre, dejándome otra vez a solas en mi despacho mientras ya me dirigía a ese café que me había traído de la cafetería pija de abajo. Lo llevé debajo de la nariz y aspiré ese delicioso aroma que, inevitablemente, me recordaría a partir de ese momento a Gonzalo.

Sabía que tenía un gran problema porque me negaba a tener algo más con él. Pero, ¿cómo hacerlo si cada vez que me sonreía, ese gesto que raramente lucía, mi corazón corría hacia él sin dudarlo?

# Capítulo 28



*Viernes, 29 de enero*

**Gonzalo**

Este año, si no llega a ser porque Daniela también asistiría a la fiesta benéfica, habría salido corriendo a la primera de cambio. Llegué con mi padre en su coche conducido por nuestro chófer, tal y como se esperaba de nosotros, al hotel donde se celebraría la fiesta, propiedad de la familia Bianchi, unos empresarios italianos ricos y poderosos, dueños de una exclusiva cadena hotelera junto con sus correspondientes casinos repartidos en distintos puntos de Europa, que empezaba a expandirse tanto en Asia como en Estados Unidos. Todo ello era gestionado por equipos corporativos, pero la familia Bianchi, generación tras generación, no había dejado de ser parte muy importante e imprescindible de todo ello.

La entrada abarrotada de periodistas a lo largo de la alfombra roja, el paso obligatorio en mi caso por el *fotocall* y los saludos y frases de cortesía con el resto de los invitados eran algo a lo que nunca me acostumbraría. Sabía que ese tipo de eventos y fiestas venían con el cargo en DLFuentes y Asociados, pero no era algo que disfrutara. Siempre me había gustado la discreción y pasar desapercibido, y por mi apellido, me resultaba imposible.

Tardamos más de media hora en entrar para encontrarnos con los anfitriones del evento y, cómo no, con su única hija, Rosella, una que en cuanto me vio clavó su mirada rasgada en mí y ya no pude escapar de su atención, que tuve en exclusiva. Cogí aire porque la noche se presentaba larga y no había hecho más que comenzar.

—¡*Caro,* qué alegría tenerte ya aquí! —Se colgó de mi brazo mientras me besaba la mejilla y ahí se quedó—. ¡Ya te echaba de menos!

—Rosella, un placer, como siempre —y me solté de su agarre para nada sutil para saludar a sus padres y anfitriones del evento.

Los saludos fueron breves, ya que la recepción empezaba a llenarse de invitados y todos querían saludar y ser vistos por ellos, algo que agradecí en el alma, pues pude deshacerme de momento de una intensa y cariñosa Rosella y acompañar a mi padre a la sala donde se servía el cóctel antes de la cena en la gran sala continua, que acabaría con un baile y las correspondientes donaciones, que se unían a lo que se había pagado con antelación, el precio de los carísimos cubiertos.

Al entrar, enseguida cogí una copa de champán de una de las bandejas que servían los camareros y recorrí con ansias el salón de cócteles buscando a la persona que realmente me hacía querer estar ahí. Mi padre se me unió con otra copa en su mano.

—No ha llegado todavía —me hizo saber con un brillo en sus ojos.

—No estoy buscando a nadie en concreto, quizá, si me apuras, evitando que Rosella se me vuelva a acercar demasiado. No sé cómo hacer entender a esa mujer que no la quiero a mi lado —cambié la conversación llevándome la copa a los labios.

—Los dos sabemos que no es Rosella a quien me refería —y él también se llevó la copa a los labios con una sonrisilla.

—Pues yo sí —zanjé lo que fuera que me quisiera decir.

Era muy consciente de que mi padre era muy intuitivo. Lo fue en su día con Candy y Víctor, viendo más allá que incluso ellos mismos, lo hizo con Adrián, a pesar de que nadie daba dos céntimos por él con Maite, y no dudaba de que lo estaba haciendo ahora mismo conmigo. ¡A veces me daba miedo hasta a mí! ¿Realmente había visto algo entre nosotros aparte de broncas y mal entendimiento? Supuse que sí, porque el hacerla venir a mi ático no estuvo muy acertado por mi parte, pero las ganas de verla me pudieron más que la prudencia. Y ahora, iba a pagar las consecuencias.

Estuvimos durante un rato saludando a quienes se nos acercaban, mi padre con esa cercanía con la que trataba a todo el mundo, yo con una fría cortesía, como era mi costumbre. Entre ellos estaban la familia Medina-Mendoza en su totalidad, la de mi cuñado Adrián. Agatha Mendoza de Lara, abuela de Adrián y matriarca de la familia, era una importante e influyente empresaria, dueña de *Natural Beauty*, una de las más famosas marcas de cosmética de lujo en toda Europa, y cómo no, otra de los invitados VIP al evento. Sus dos nietos, Valentina, acompañada por su marido Simon, y Lucas, el pequeño de la familia, también asistieron. Este último solía ser centro de atención de toda mujer que hubiera a cien metros a la redonda. Otro Casanova como lo fue Adrián en su día antes de casarse con mi hermana, que hizo las delicias de todas ellas con esa sonrisa canalla y ese descaro innato en él.

No sé cuánto tiempo pasó desde que entré en la sala de cócteles hasta que fui a por mi tercera copa de champán, a escasos minutos de que nos hicieran pasar al gran salón para la cena, entretenido entre saludos a los distintos empresarios e intentando evitar que Rosella se colgara nuevamente de mi brazo, algo que habría acabado con la poca paciencia que tenía con ella, cuando vi a Daniela junto a mi hermana y Adrián, saludando a los Medina-Mendoza. Y todo dejó de existir a mi alrededor para mí. Me quedé con la copa a medio camino entre mi mano y mi boca, impactado ante esa visión hecha mujer. Con esa gran sonrisa que era su seña de identidad, brillaba sin apenas proponérselo. El cabello no estaba peinado en un elaborado recogido como en el resto de mujeres, sencillamente le caía sobre los hombros acariciando su espalda en suaves ondas pelirrojas, haciéndome recordar lo suave que era, pues no hacía mucho había tenido mi mano enredada en él. El suave maquillaje contrastaba con el rojo de sus labios, su boca era la gran protagonista, y eso me hizo revolverme incómodo haciendo despertar a cierta parte de mi anatomía al recordar su sabor, uno que no podría olvidar ni en mil años. El vestido que pretendía llevar discretamente lograba en su cuerpo justo el efecto contrario, haciéndola llamar la atención por su delicadeza. Era una suave gasa vaporosa de color verde esmeralda, largo hasta los pies y con un corpiño de cuello alto de color unos tonos más oscuro, que se ajustaba al torso y dejaba ver solamente sus brazos creando, el conjunto, un efecto sofisticado y romántico a la vez que etéreo, casi irreal.

¡Dios! ¡Esa mujer era preciosa de un modo que robaba el aliento, dejando huella en quien la mirara! Tal y como le ocurrió a Lucas, el hermano de Adrián, que no perdió ocasión de acercarse a ella con todas sus armas, aunque si observaba con atención, no era el único

hombre del que había llamado su atención, y eso me hizo enfadarme con el mundo entero en esos momentos. Cerré con más fuerza de la necesaria mis dedos en la copa al observar cómo Daniela sonreía y se desenvolvía entre ellos como si hubiera nacido para eso. Y eso que se suponía que, en un principio, se negaba a venir porque no sabría qué hacer ahí y no se daba cuenta de que, con una sola de sus sonrisas, los tenía a todos comiendo de la palma de su mano.

—¡Vas a romper la copa! —me avisó mi padre colocándose a mi lado—. Por cierto, tu hermana y Adrián ya han llegado.

—Ya los he visto —contesté, cogiendo aire antes para no sonar muy seco.

—¿A Candy y a Víctor también? Están al lado de Gisella, han llegado juntos —me hizo saber mientras ya nos dirigíamos a ellos.

¡Joder, era verdad! Ni siquiera me había dado cuenta. ¿Qué me pasaba con esa mujer?

—¿Por qué no debería haberlos visto? —quise saber mirando de reojo a mi padre poniendo cara de póker.

—Porque desde que has visto a Daniela no has separado la mirada de ella —afirmó con una sonrisa.

Algo que era totalmente cierto y que tendría que controlar durante toda la noche si no quería tener luego un tercer grado de toda mi familia, sin saber si ya era tarde para mí.

Cuando llegamos junto a ellos, después de los correspondientes saludos, no pude evitar colocarme al lado de Daniela, la cual me miró de arriba abajo con apreciación, algo que me gustó más de lo que debiera. Llevaba en sus manos una copa de champán casi sin tocar, y jugaba con ella sin llegar a beber más que algún pequeño sorbo, algo que me llamó la atención, mientras hablaba con Lucas, sin darme la oportunidad de poder hacerlo yo con ella.

—Entonces, ¿hoy tendré alguna posibilidad contigo? No estás trabajando, el destino me ha vuelto a poner en tu camino, la noche es joven… —Lucas no perdía oportunidad, con esa manera de ser que a las mujeres las volvía locas.

La escandalosa carcajada de Daniela llamó la atención de varias personas a nuestro alrededor sin importarle lo más mínimo, algo que hizo sonreír aún más a Lucas hasta que le contestó con una bonita sonrisa.

—Lucas, no pierdas el tiempo conmigo. No soy tu tipo, créeme. Esta fiesta está llena de mujeres guapísimas y seguro que con muchas ganas de pasárselo bien contigo. ¡Aprovéchalo! Y, como me has caído muy bien, te voy a contar un secreto —y acercándose a él sin rozarlo le habló algo más bajito, aunque todos lo oímos sin problemas—. Para mí, este evento es como estar trabajando: me han obligado a venir, yo no quería así que no estoy receptiva, no te esfuerces —y le guiñó un ojo.

—¡Y casi consigue no venir! —se rio Adrián palmeando a su hermano con cariño en el hombro—. Tu hijo está hecho un buen elemento. —Daniela miró a Adrián y le sonrió con cariño cuando nombró a Enzo—. Ese crío ha sido el culpable de que hayamos llegado tan tarde. Me ha recordado a los gemelos, los hijos de mi hermana, escondiéndose en la limusina para poder venir con nosotros. ¡La hostia! Lo he tenido que sobornar con que otro día iría a buscarlo con la limusina para él solo para dar una vuelta por Valencia. Para que me creyera, casi me hace firmar un contrato ante notario —se carcajeó con ganas.

—Ya lo creo. Leo ha tenido tantos problemas para subirlo a casa que ganas le han entrado a él también de acomodarse dentro de la limusina junto con Enzo para que le diéramos una vuelta —añadió

Daniela con una sonrisa que le nacía del corazón por cómo se le iluminó la mirada.

—Tiene tu mismo desenfadado carácter y a la vez una fuerte personalidad. ¡Y es un liante de cuidado! —añadió Adrián, todavía riéndose.

—¿Tienes un hijo? —preguntó asombrado Lucas mirándola fijamente por si se estaban cachondeando de él.

—De ocho años y, ahora mismo, él es el dueño de mi corazón con lo que, como entenderás, evito dar oportunidades a nadie. ¿Ves? Hoy tampoco tendrás suerte conmigo, Lucas —contestó con un intenso brillo de diversión dando por zanjados sus avances con ella.

—Me partes el corazón, princesa —afirmó él, jocoso.

—Y si quieres tener mi amistad, no me llames princesa, por favor —replicó Daniela con una imperceptible sonrisa tensa pero que apagó su luz por unos segundos, algo de lo que me di cuenta y que llamó poderosamente mi atención.

Y quise saber más de ella, de ese pasado del que nunca hablaba, del porqué de un hijo con sus dos apellidos sin un padre en la ecuación, del motivo por el que no permitía que la tocaran ni por casualidad ni adrede, del porqué después de dos años, con lo brillante que era y ella lo sabía porque nos lo había demostrado sin esfuerzo, todavía no ejercía como arquitecta a falta del TFG y el Máster. ¡Joder! Simplemente saber la razón de que no permitieran que la llamaran princesa pero sí reina. ¡Quería saberlo todo de ella!

—¡Damas y caballeros! —En ese momento se empezó a oír a los organizadores por todo el salón—. ¡Por favor! ¡Pueden ir pasando al salón contiguo!

Hubo un momentáneo alboroto entre los invitados al ponerse todos en movimiento hacia el comedor y yo no quise perder la

ocasión de acompañar a Daniela antes de que Lucas o mi padre mismo se me adelantaran.

—¿Me permites que te acompañe? —hablé cerca de su oído mientras le ofrecía mi brazo.

Me miró con las cejas levantadas, una tenue sonrisa gamberra en su boca y se acercó también a mí para que solo yo la oyera.

—Eres consciente de que sigo siendo la misma aunque vaya disfrazada de niña pija adinerada, ¿verdad? —La diversión en ella al hablarme era evidente y eso me hizo casi sonreír—. ¡Que no te engañe este carísimo vestido de diseñador que voy a estar pagando durante varias vidas! Sigo siendo la misma pasante que contrataste hace unas semanas, la de los cafés…, ya sabes.

—Estás… distinta, eso salta a la vista. ¡Pero no me podría confundir ni aunque quisiera! —y mi mirada la volvió a recorrer de arriba abajo haciendo que mi piel lo quisiera todo de ella.

—¿Distinta? ¿Me has dicho que estoy distinta? ¿En serio, sonrisas? —Frunció el ceño perdiendo un poco de gas en esa sonrisa, mientras yo seguía ofreciéndole el brazo sin que lo aceptara, y fruncí a mi vez también el ceño porque no sabía qué le había dicho ahora.

—Sí, ¿qué pasa? —pregunté extrañado.

—Vaya… distinta —insistió, intuyendo que el adjetivo era lo que no le había gustado—. ¡Ojalá pudiera decir que tú también estás distinto, pero me temo que sigues siendo el mismo esnob estirado de siempre!

—Daniela, no pretendía… —pero no me dejó seguir porque, con un brillo travieso en su mirada, fijándola a lo lejos, me dijo sin mirarme y sin cogerme el brazo, con lo que me di por vencido:

—¡Mira! ¡Te voy a enseñar cómo se hace! ¡Muy atento porque lecciones magistrales como la que te voy a enseñar hoy no se aprenden todos los días! ¡Observa y aprende! —y dando un paso al

frente, subiendo un poco la voz, llamó la atención de una invitada en concreto con una deslumbrante sonrisa de dientes blancos—. ¡Rosella! ¡Aquí! ¡Holaaa!

Pero ¿qué cojones hacía esa mujer llamando la atención de la loca de Rosella? Aunque puesta a llamarla loca, habría que ver quién estaba peor de las dos. Daniela sabía lo que había con ella, se lo dejé muy claro el día que la dejó pasar a mi despacho. ¿Y todo porque le había dicho que estaba distinta?

No fue a la única a la que llamó la atención; lo hizo también al resto del grupo, ya que nosotros todavía no habíamos empezado a movernos para ir al comedor y noté cómo familiares y amigos se interesaron por lo que ocurría entre nosotros al oír la voz de Daniela.

—¿Pero qué cojones haces? —le siseé entre dientes intentando no llamar aún más la atención, algo que me ponía muy nervioso, con un evidente enfado, sin tocarla, porque el cielo sabía que en esos momentos lo único que deseaba hacer con ella era cogerla de los brazos y sacudirla hasta que dejara de actuar de ese modo.

Me miró de reojo sin perder la sonrisa, sin contestarme, centrando su atención en Rosella Bianchi, que tardó escasos dos segundos en situarse a mi lado y cogerme, ella sí, del brazo como si le fuera la vida en ello. Me tragué una maldición y un suspiro mientras Daniela seguía siendo la actriz principal en la obra de teatro que se había montado ella solita, con un entretenido público observando con interés la trama de ese inicio de tragicomedia.

—¡Rosella, querida! ¿Te acuerdas de mí? Soy la amable, empática y servicial *bambina* que el otro día te acompañó al despacho de Gonzalo en DLFuentes y Asociados, ¿lo recuerdas? —y más sonrisa al dirigirse a ella con un nivel de azúcar mucho mayor que el de mis cafés.

—*Ciao, bambina!* —saludó una acaramelada Rosella a mi casi expasante—. ¡Claro que sí! ¡Todo un *amore*!

—*Grazie, grazie!* ¡Rosella, déjame que te diga que esta noche estás im-pre-sio-nan-te! ¡Ese vestido que llevas es espectacular! ¡Estás divina!

—¡Oh, *grazie mille*! ¡Eres todo un encanto! Tu vestido también está bien. Todo un acierto con el color de tu pelo, ¿verdad, *caro*? —me preguntó acercándose aún más a mí.

—Gracias, Rosella. Todo un halago viniendo de una mujer como tú; tan elegante, tan poderosa, tan empoderada… —Esa mujer se estaba cachondeando, pero no me quedaba claro si de Rosella o de mí—. Y ahora os dejo, que a vosotros sí que se os ve divinos juntos. —Nos guiñó un ojo con descaro, algo que hizo que mi mandíbula se soltara un poco mientras ahora se dirigía a mi padre con una inocencia digna de un Óscar—. ¡Alfonso! ¿Me puedes acompañar al comedor, por favor? Lo iba a hacer con Gonzalo, pero ¡fíjate!, ya no voy a poder hacerlo, acompañará a Rosella Bianchi. ¿No hacen una pareja cuqui? Tan altos, tan guapos, tan elegantes…

—Naturalmente, Dani. ¡Todo un placer ir del brazo de una mujer como tú! —respondió mi padre con una sonrisa próxima a la carcajada—. ¡A propósito, no sé si te lo he dicho ya, pero esta noche estás preciosa! —le ofreció el brazo con una gran sonrisa.

—¡Gracias, Alfonso! ¡Tampoco te lo he dicho, pero con ese esmoquin estás fantástico! ¡Debería asistir a más fiestas de estas solo por verte así vestido!

Inmediatamente, pasó su mano por el hueco del brazo de mi padre y le dio las gracias muy dulcemente para pasar por mi lado junto a una pegajosa Rosella y murmurarme por lo bajo con una imperceptible sonrisa desvergonzada.

—¿Ves? ¡Así se hace!

Y, con un divertido Alfonso de la Fuente a su lado, se encaminó al comedor como si nada, ambos seguidos de un divertido grupo que lo había presenciado todo, mientras Rosella seguía enganchada de mi brazo. Suspiré, sabiendo que a pesar de todo y siendo sincero conmigo mismo, cada vez me gustaba más Daniela, con su descaro y su carácter desenfadado, y hubiera deseado ser yo mi padre, con ella de mi brazo.

«¡Disfruta de tu pequeña victoria porque no te va a volver a ser tan fácil escaparte de mí otra vez, dulzura!».

# Capítulo 29



*Viernes, 29 de enero*

**Daniela**

Enseguida supe que no había estado bien llamar la atención de la italiana. Sobre todo, al ver la cara de un alucinado Gonzalo. Realmente caminaba por la cuerda floja con él, pero es que me lo ponía muy sencillo. «¡Qué guapa estás esta noche!», «¡Qué vestido más bonito!». «¡Eres una puta diosa con un traje de un exclusivo diseñador», aunque no sabía si podría devolver la pequeña fortuna que Maite había pagado, pero había valido la pena porque brillaba con luz propia! ¡Yo qué sé! ¡Anda que no había adjetivos chulos con los que halagarme! Pero ¿«Estás distinta»? ¿En serio me había dicho que estaba distinta? ¡La madre de Dios! Menos mal que estaba bueno porque si no, no se comía una rosca, de eso estaba

convencida. Si ya se lo dije una vez, que llamaba la atención, pero cuando no abría la boca.

Cuando entré en el gran comedor donde cenaríamos, tuve que esforzarme mucho para no mirarlo todo con la boca abierta. ¡El lugar era realmente impresionante! El lujo estaba presente en todos los rincones del hotel, todo cuidado hasta el último detalle. Realmente volví a pensar que no sabía qué hacía yo ahí, porque cómoda, lo que se dice cómoda, no estaba. Aunque había crecido en una familia de empresarios y nunca me había faltado de nada, ese lujo sobrecogía, tanto por sus invitados como por todo lo que me rodeaba.

Cuando llegamos a la mesa, Alfonso me retiró la silla para que me sentara, todo un caballero de los de antes, y en respuesta le sonreí agradecida. El resto de los comensales empezaron a sentarse también delante de las tarjetitas con sus nombres: a mi derecha Alfonso, y a continuación Candy, su marido Víctor de Silva, su secretaria de dirección, María, una joven mujer que me cayó muy bien desde que la vi, Gisella y justo a mi izquierda una silla vacía con el nombre de Gonzalo de la Fuente en la tarjeta. Maite y su marido Adrián estaban sentados con la familia de él, los Medina-Mendoza, en la mesa de al lado. Suspiré esperando que Gonzalo se sentara a mi lado, sabiendo que había sido una sucia jugarreta llamar la atención de la italiana, pero fue un impulso, lo había hecho sin pensar. Gonzalo entró detrás nuestro con una Rosella enganchadísima a su brazo con una sonrisa de niña consentida, al contrario que su acompañante, totalmente serio con una expresión en su cara que era todo un poema. ¡Esta vez sí que me lo había buscado yo sola!

Cuando Gonzalo la dejó en su mesa, se dirigió igual de serio hacia nosotros. Yo bajé la mirada y me centré en la servilleta, primero, porque conocía su carácter y yo el mío y lo que ese hombre no había

conseguido en el despacho, que era hacerme pasar por la planta dos, lo conseguiría en medio de una exclusiva fiesta con público, y segundo, porque desde que lo vi hablando con su padre a lo lejos en el salón de cócteles no había podido sacarle la vista de encima, al igual que el resto de mujeres en ese evento. Soltero, rico, próximo presidente de una de las compañías de construcción y arquitectura más importantes del país y guapo, guapísimo, algo que potenciaba aún más con ese esmoquin que lucía esa noche. ¡Totalmente impecable, como siempre! Pensé que, una vez acabara la fiesta, tendrían que protegerlo dentro de una urna para el siguiente acontecimiento de ese tipo y hacernos un favor a las mujeres de este mundo. Ese hombre, aunque no quisiera reconocerlo, estaba hecho para ese exclusivo mundo. Su escandaloso cuerpo trabajado a conciencia y que no podía ocultar bajo la carísima ropa por mucho que lo intentara, estaba hecho para cometer lujuriosos pecados sin pensarlo, y con ese esmoquin, que lo hacía parte de él, conseguía que cada uno de sus movimientos destilara elegancia y muchísima seguridad, captando todas las miradas sin esfuerzo. El cabello muy rubio, tan corto, y sus bonitos ojos azules tan claros, en vez de suavizar su imponente apariencia, creaban un efecto totalmente contrario con esa inaccesibilidad en la expresión de su rostro, siempre seria y peligrosa, algo que aún lo hacía más fascinante e irresistible sin que él se lo propusiera. ¡Sí! Ese hombre, a pesar suyo, llamaba la atención de manera innata, no podía evitarlo. No pasaría desapercibido ni con una bolsa de basura en la cabeza porque su simple presencia era un potente imán para las personas de su alrededor.

Cuando llegó a nuestra mesa, apartó su elegante silla y se sentó todo lo envarado que una persona puede ponerse. No le dio tiempo

a fulminarme con su mirada porque Víctor ya le estaba hablando como si nada.

—¡Gonzalo! ¡No contábamos ya con tu presencia en la mesa! ¡Te hacíamos en las garras de Rosella e intuimos que no volveríamos a verte el resto de la velada!

—¡De Silva! —le llamó la atención su mujer.

—¿¡Qué?! ¡Yo solo he dicho en voz alta lo que todos habéis pensado! —Subió un hombro con despreocupación y una media sonrisa en su boca—. Esa mujer es como Medusa, peligrosa y mortal.

—¡Qué lástima que no haya mesa para los niños y poder sentarte en ella! —contestó muy serio—. Insisto en lo mismo, Víctor: deja de juntarte con mi cuñado, no te hace ningún bien.

La poderosa carcajada de Víctor nos hizo sonreír a todos, yo incluida, lo que me granjeó una mirada inquisitiva por parte de mi jefe, demasiado cerca de mí como para ignorarlo.

—¿Y tú? ¿Te lo has pasado bien, mal bicho? —habló solo para mí, taladrándome con su mirada asesina.

—¡Ya que me habéis obligado a venir aquí, qué remedio! —contesté del mismo modo con una sonrisilla inocente.

Bufó dándome por imposible, o pensando en la gran venganza una vez volviéramos a ser los mismos de siempre en el despacho, de ese hombre ya sabía lo que esperar. ¡Espontaneidad y Gonzalo de la Fuente nunca irían en la misma frase!

Gracias al cielo empezaron a servir la cena y dejamos a un lado todo lo ocurrido con Rosella para centrarnos en los platos que nos iban sirviendo y en conversaciones básicamente de trabajo. Empecé a interactuar con ellos hasta que, plato a plato, dejé de hacerlo centrándome en lo que iban sirviendo. No me di cuenta de cómo iba

poniendo caras hasta que Gonzalo, a mi lado y en un susurro para que nadie nos oyera, me lo hizo saber.

—¿No te gusta lo que están sirviendo? —Su olor a perfume caro se intensificó a mi lado, y eso, junto con la vista fija en mí con curiosidad, me hizo querer más de esa mirada, mucho más de esas sensaciones con él.

—Te lo diría si pudiera llegar a saborearlo un par de veces —me sinceré mientras él levantaba las cejas para que le diera una explicación algo más larga y yo sonreí—. Apenas hay comida en estos gigantescos platos que nos sirven, ¿te has dado cuenta? —le susurré.

Noté cómo aguantaba una carcajada con una tos, tapándose rápidamente la boca con la servilleta durante unos segundos hasta que lo controló. A nuestro alrededor apenas se dieron cuenta, enfrascados en sus conversaciones, con lo que Gonzalo se inclinó un poco más hacia mí para hablar con mucha suavidad y la sonrisa dibujada en sus ojos.

—Se llama cocina de autor, Daniela. La cena se compone de doce platos similares a los tres primeros que nos han traído. El chef trata de priorizar la estética, la técnica y la experiencia sensorial del comensal por encima de la cantidad —me explicó divertido.

—¿Y cuánto dices que ha pagado el despacho por esto?

—Voy a reservarme ese dato para no volver a llamar la atención sobre nuestra mesa —bromeó—. ¡Es una cena benéfica!

—¿Y en las cenas benéficas no se cena? Mucho plato, una exquisita presentación muy elaborada pero las porciones de cada uno de ellos son minúsculas. Cuando llegue a casa voy a tener que prepararme algo de cenar o no podré dormir esta noche —le confesé resignada.

De nuevo la servilleta en su boca para disimular la carcajada que se le escapó camuflada en una insistente tos. ¡La madre de Dios! ¡Ese hombre sabía reírse en voz alta! Lo que hubiera dado porque no la hubiera ocultado y poder ver esa risa en su cara. Sonreí yo también y le ofrecí su copa de agua para que se calmara.

—¿Agua?

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó extrañado Alfonso mirándolo con interés sin poder creerse que lo que oía era una simple tos.

—Sí, sí, estoy bien —y cogiendo la copa de entre mis dedos rozándolos sutilmente, algo que me hizo cosquillas en el estómago, se dirigió seguidamente a mí—. ¡Gracias, Daniela!

Después de eso ya no volvimos a hablar entre nosotros. Ese hombre cada vez me llamaba más la atención y no podía evitarlo. Las reacciones de mi cuerpo así me lo indicaban y no estaba convencida de que eso fuera bueno. Nunca hubiera imaginado que eso me llegaría a ocurrir con alguien como él, pero así era. Un hecho que no podía obviar, ¡a ver qué hacía yo ahora con todo ello!

La cena acabó y nos volvieron a dirigir a una nueva sala donde camareros y músicos estaban preparados para terminar de amenizar la velada. Alfonso volvió a acompañarme de su brazo y Gonzalo lo hizo con Gisella. Ese último salón me impresionó aún más que el anterior. Y eso que la alfombra roja que había rehuido en la entrada sin sutileza ninguna me dio una pista de cómo sería ese lugar por dentro, pero es que no pude evitar dirigir mi mirada a todos lados con admiración.

Un camarero enseguida se nos acercó con una bandeja de exclusivo champán, Alfonso cogió dos copas y me ofreció una a mí, la cual rechacé sin pensarlo.

—Gracias, Alfonso, pero realmente sería desperdiciarlo. ¡No me gusta el champán! —le hice saber con una sonrisa.

—¿Prefieres que te pida otra cosa? ¿Un refresco? ¿Agua?

—No, no te molestes. Estoy bien así, pero gracias.

Alfonso se giró con su copa ofreciéndosela a Maite, que se acercaba a nosotros acompañada de su inseparable marido, y aceptó dándole un cariñoso beso en la mejilla a su padre mientras la sonrisa de este se hacía más amplia. Me quedé observando la escena con algo de melancolía y mucha tristeza. ¡Lo que hubiera dado yo en esos momentos por tener a mis padres a mi lado! Aun con esa personalidad tan distante y poco afectuosa que tenían con todos, incluida su única hija, los echaba de menos. ¡Dios! ¡Me echaron de casa con un bebé recién nacido y no habían hecho amago de buscarme para ver si estaba bien o no! ¡No conocían a su único nieto! ¡Ni siquiera sabían si estaba viva! ¿Qué clase de padres actúan de ese modo? Y a pesar de todo, los echaba de menos. O quizá lo que añoraba era algo que nunca tuve: el cariño de unos padres, tal y como demostraba en esos momentos Alfonso con su hija y como lo había hecho días atrás con su hijo. Enzo era mi vida y todo mi mundo, pero podía ser que esa espinita dentro de mí estuviera tan clavada en mi alma que, en ocasiones como esa, no me dejara respirar con normalidad.

Me tuve que quedar absorta observando la escena porque no me di cuenta de que Gonzalo se situaba a mi lado, muy cerca de mí.

—¿Estás bien? —Esa voz a la que ya estaba acostumbrada, grave, sensual, masculina, me acarició la mejilla, sobresaltándome de golpe y sacándome de mi ensoñación. Terminé posando la mirada en Gonzalo y en ese entrecejo fruncido con algo de preocupación.

—Sí, sí, estoy genial. Algo cansada, eso es todo —contesté con una sonrisa que, estuve convencida, no llegó a mis ojos y que él notó por cómo alzaba escéptico ambas cejas.

—No tendrá nada que ver el haber rechazado la copa de champán a mi padre, ¿verdad? —tanteó con la pregunta.

En ese momento obtuvo toda mi atención, guardé en un rincón de mi mente a mis padres y le ofrecí una sonrisa torcida para restarle importancia a lo que pudiera haber visto en mí, porque si el hijo era la mitad de intuitivo que el padre, tenía un problema con él.

—No, sonrisas, no es por haber rechazado la copa de champán a tu padre. No hay una historia que contar detrás de eso. Simplemente, no me gusta el champán —le dije.

—¿Y dónde estabas? Porque aquí no, y tengo el presentimiento de que ahí donde estuviera tu mente sí hay una historia.

¡Confirmado! ¡Misma intuición que el padre!

—¡Pues mira, sí! Me preguntaba si te gustaría bailar. Ya que estoy aquí, ¿por qué no hacerlo? —Mala idea, lo supe en el momento en que se lo pregunté porque solo con su cercanía me alteraba de un modo que no entendía, así que el tenerlo entre mis brazos sería un suicidio para mí.

—¡Yo no bailo! —resolvió mi preocupación un contundente Gonzalo.

—¿No sabes? —me extrañé.

—No me gusta.

—Igual que hablar, por lo que veo. Entonces, si no bailas, ¿me cuentas la historia? —lo piqué devolviéndosela con una sonrisa traviesa.

—Tampoco hay historia —suavizó la contestación.

—¡Ja! Voy a hacer como que te creo para terminar de llevarnos bien esta noche. —Clavó su clara azul mirada en mí sin contestar a mi provocación—. Entonces, si no vas a bailar porque «no te gusta» y no me vas a contar esa «no historia» que la acompaña, ¿qué estás haciendo a mi lado, Gonzalo?

—Eso mismo me estaba preguntando yo también. —Se encogió de hombros despreocupado, pero sin moverse de su sitio con la misma intensa mirada clavada en mí.

Así nos quedamos, uno junto al otro, hablando solo con nuestra mirada sin necesidad de palabras, hasta que un débil carraspeo nos llamó la atención de ambos.

—Daniela, ¿te gustaría bailar?

Alfonso, a nuestra espalda, con una cariñosa sonrisa, me tendió la mano para que fuera su pareja de baile. En serio me preguntaba cómo podía ser el padre de Gonzalo porque padre e hijo no podían ser más distintos en caracteres. Volví a mirar a un Gonzalo que no se movió de mi lado pero que respondió por mí sin mirar a su padre.

—Estoy convencido de que le encantaría, papá. —Alcé las cejas con sorpresa, me guiñó un ojo y me empujó suavemente en dirección a su padre—. Yo iré a por una copa de algo más fuerte que eso que están sirviendo por si tengo que quedarme por aquí un rato más.

Se dio la vuelta y se marchó en busca de un camarero mientras me quedaba mirando sus anchas espaldas, fascinada por cómo esquivaba elegantemente al resto de invitados sin apenas esforzarse.

—¿Vamos? —La voz de Alfonso a mis espaldas me hizo dejar de mirar a Gonzalo con gula para, con una sonrisa, dejar que su padre me acompañara a la pista donde varias parejas ya bailaban una suave melodía.

Apenas tomó posición junto a mí sin dar ni siquiera dos pasos de baile cuando se puso a cojear con descaro.

—¿Estás bien, Alfonso? —le pregunté más extrañada por su comportamiento que preocupada. ¡Por favor! ¡Que tenía un hijo de ocho años y me conocía tretas más trabajadas que esa!

—No, creo que me he hecho daño en la rodilla. ¡La edad, ya sabes! —Nos quedamos quietos los dos en medio de la pista, él agachado cogiéndose con fuerza la rodilla y yo alucinando sin saber si preguntar si había un médico en la sala o echarme a reír por su intento de lo que fuera que estuviera haciendo.

—Te acompañaré a una silla, igual descansando se te pasa —lo animé cogiéndole del brazo, tirando de él para salir de ahí.

—¿Qué te ocurre, papá? ¿Estás bien? —La voz preocupada de Gonzalo sonó por encima de mi hombro mientras él lo cogía del otro brazo con delicadeza.

—Sí, hijo, tranquilo, no es nada. Uno de esos típicos dolores de rodilla que te ocurren a causa de la edad. —Sonrió, irguiéndose como si tal cosa, ahora sin problemas en esa supuesta rodilla.

—¿Y desde cuándo tienes tú dolor en la rodilla? —se extrañó su hijo—. No nos habías dicho nada.

—Porque van y vienen, ya sabes.

—No, no sé, padre —contestó muy serio.

Lo siguiente que sucedió no sabría decir muy bien cómo ocurrió, pero en cuestión de segundos Alfonso ya estaba recuperado milagrosamente, dejándonos a Gonzalo y a mí en medio de la pista de baile mientras nos decía por encima de su hombro, sin perder la sonrisa:

—¡Hijo! ¿Podrías ocupar mi lugar con Dani en lo que me recupero? Le he prometido un baile y no me gustaría decepcionarla —y desapareció entre los invitados dejándonos a los dos con la boca abierta, mirando fijamente hacia donde se había escabullido.

—La sutileza no va con tu padre, ¿verdad? —reaccioné sin dejar de mirar todavía al frente.

Oí cómo suspiraba lentamente, cómo se ponía enfrente de mí y en un susurro convertido en pregunta me habló muy cerca del oído.

—¿Bailamos?

—No hace falta, Gonzalo. Esto ha sido una encerrona de tu padre en toda regla. ¡Madre mía con Alfonso! ¡Quién lo iba a decir! Y él lo tiene que saber, no te tendría que haber dejado en esta situación porque si no te gusta pues ya está, no hace falta que lo hagas por mí, mejor nos vamos a… hacer lo que se haga en estas fiestas.

—Bailar, Dani. Una de esas cosas que se hacen en estas fiestas es bailar. ¿Bailamos? —volvió a pedirme ahora con un toque de humor en la pregunta, ofreciéndome su mano.

—Claro. —No pude contestar nada más porque me cortocircuité, como me pasaba cada vez que me llamaba por mi diminutivo con esa ternura nada propia en él que me desarmaba por completo.

Le di la mano, me la cogió suavemente y me acercó a su cuerpo con elegancia, como todo lo que él hacía, quedando ambos a escasos tres centímetros de distancia, sin rozarnos apenas, pero siendo yo consciente de su cuerpo, del calor que desprendía y de ese caro perfume que al final sería mi perdición. No tardamos en empezar a movernos al compás de la suave melodía. Gonzalo lo hacía con naturalidad, como si lo hubiese hecho toda la vida, sosteniéndome la mano que me tenía aún cogida a la altura del pecho y poniendo la otra, grande y poderosa, en el centro de mi espalda pero sin apenas tocarme. Solo intuí que estaba ahí por el agradable calor que sentía. Terminé de apoyar mi otra mano en su hombro y lo miré con algo de asombro.

—¿Te sientes incómoda? ¿Quieres dejarlo? —Hizo las preguntas con precaución y preocupación.

Negué con la cabeza con una sonrisa porque, por increíble que me resultara, no me molestaba, al contrario. No pude explicarle por qué, antes tendría que haberlo entendido yo. Pero me gustaba su

cercanía, su contacto en mi cuerpo, y mucho, algo que me sorprendió gratamente.

—Pensaba que no sabías bailar —le dije en cambio.

—No. Te he dicho que no me gusta bailar, que es distinto —y una leve sonrisa se dibujó en su boca, mientras me miraba como ya empezaba a ser costumbre en él cuando se relajaba, con ternura e intensidad, y quedé presa en esa cálida mirada, que sentí como una intensa caricia en todos mis sentidos.

Y en ese momento quise quedarme a vivir para siempre entre sus brazos, bajo esa tierna mirada que tanto decía sin palabras, queriendo sentir para siempre la calidez de su cuerpo, envuelta en su exclusivo perfume, como si solo existiéramos en este mundo él y yo.

# Capítulo 30



*Viernes, 29 de enero*

**Gonzalo**

En cuanto la tuve entre mis brazos sin apenas rozarnos, supe que ella era lo que siempre había buscado en esta vida. ¡Era de locos! Daniela era todo lo contrario a lo que buscaba en una mujer, pero… sabía que era ella. En esos momentos recordé la conversación con Víctor hacía ya dos semanas, cómo me dijo muy convencido de que el día que encontrara a la mujer de mi vida lo sabría al momento. ¡Joder, claro que lo sabía! ¡Desde el mismo momento en que posé mi mirada en ella en el jardín de la casa familiar! Y no sabía cómo hacerlo, cómo acercarme a ella sin asustarla, porque su pasado, esa historia que llevaba a sus espaldas y que nadie conocía, era un muro entre ella y yo. Nunca se me había dado muy bien relacionarme con las mujeres, no tenía precisamente el carácter desenfadado de mi

cuñado Adrián, sino todo lo contrario. Solo tenía que echar la vista atrás, a apenas un par de horas antes, para corroborarlo. Había intentado halagarla, pero le dije que estaba distinta, y casi hace rodar mi cabeza con ese desparpajo innato en ella.

—Pensaba que no sabías bailar —comentó con curiosidad, sin dejar de mirarme a los ojos, haciendo que dejara esos pensamientos para más tarde.

—No. Te he dicho que no me gusta bailar, que es distinto. —Me hizo sonreír con disimulo, mientras me perdía en esos ojos de gata que tanto me fascinaban.

—¿Por qué no te gusta bailar? Realmente lo haces muy bien.

—Si te lo cuento, los dos sabríamos lo mismo, ¿no crees? —Evadí la respuesta tal y como lo hizo ella en su día, haciéndola sonreír abiertamente.

—¡Aprendes rápido! ¡Sorpresa tras sorpresa! —respondió mientras se mordía el labio inferior con suavidad en ese gesto inconsciente en ella.

Como ya era normal, mi cuerpo reaccionó de manera primitiva, tensándome al momento y provocando en mí una erección difícil de disimular entre los pantalones. Al cielo daba gracias de que nuestros cuerpos apenas se rozaban y no se percató de ello. Ni ella ni nadie de nuestro alrededor, ya que su cuerpo impedía que se viera la incómoda erección.

—Dulzura, deja de hacer eso…, tu labio… —le pedí con un hilo de voz—. No tientes hoy tu suerte.

Rápidamente lo soltó de entre sus dientes sin dejar de mirarme con intensidad en todo momento, respondiendo en un soplo demasiado íntimo para el lugar donde nos encontrábamos, muy cerca de mi oído.

—Yo no creo en la suerte.

Al oír esa tentadora respuesta, mi piel se erizó, tanto que casi cedo a la tentación de rozar sus labios con los míos en un impulso nada propio en mí. ¡O me calmaba o de esa noche se hablaría durante años gracias a mí! Cerré los ojos e intenté coger aire lentamente para que mi cuerpo se relajara, algo que me resultaba muy complicado con ella entre mis brazos y su aroma a jabón flotando entre nosotros. Nunca en mi vida me había sentido así, era algo nuevo para mí, y no sabía cómo controlarlo.

—Yo tampoco —contesté alterado por su cercanía y por su respuesta.

—Entonces, no me vas a contestar, ¿verdad? —Esa forma de hacerme la pregunta, de manera algo desvergonzada, me hizo nuevamente casi sonreír.

—Si quieres una respuesta, necesitaré lo mismo de ti. ¿Qué tal pregunta por pregunta? Es lo justo.

Ni se lo pensó, con un brillo de felicidad en su mirada, para preguntar inmediatamente sin dejarme ser a mí el primero en hacerlo.

—¡Está bien! ¡Empiezo yo! ¿Por qué no te gusta bailar?

La miré valorando si decirle la verdad o no mientras ella esperaba la respuesta con interés. Bien, pensé, ¿por qué no?

—Fue mi madre la que me enseñó a bailar de este modo. Me mostró cómo sujetar la mano de tu pareja —hablé suavemente mientras dirigía mi mirada a nuestras manos unidas de un modo muy delicado—, cómo colocar la otra mano aquí —y en ese momento hice un poco de presión de manera imperceptible en el centro de su espalda, haciendo que Daniela retuviera el aire por unos instantes—, cómo moverme con elegancia pero con autoridad, cómo hacer que mi pareja quisiera estar entre mis brazos siempre y que no la soltara jamás. —Instintivamente la acerqué un poco más a

mí, a un suspiro de tocar nuestros cuerpos, algo a lo que ella no se resistió, sin dejar de mirarnos, cada uno dentro de la mirada del otro —. Cuando ella murió yo tenía veintiséis años y desde entonces no me gusta. Las pocas veces que lo he hecho, ha sido por compromiso o por obligación, no por placer —confesé por primera vez en mi vida sin importarme que ella lo supiera.

—Gonzalo, lo siento mucho… No lo sabía —vaciló con preocupación—. Si quieres lo dejamos, no te quiero hacer sentir incómodo —y dejó de bailar.

Su aflicción sincera por mí hizo que mi corazón se saltara un par de latidos. No era eso lo que solía provocar en la gente… y me gustó. Al momento, la sujeté con algo más de fuerza y la hice seguir bailando junto a mí, y ella se dejó hacer.

—No tengo ningún trauma con eso, ya te he dicho antes que no había ninguna historia detrás, y no te he mentido. Simplemente, me recuerda a ella y no me gusta, es todo. Pero contigo, no sé… Tengo que confesarte que me gusta tenerte así. ¡Así que sí, sobreviviré! —le guiñé un ojo para quitar hierro a la conversación.

—¡Vayaaaa! —Abrió los ojos haciéndose la sorprendida—. Al final voy a creer que sabes bromear como la gente normal y todo. —Me sonrió con complicidad, una sonrisa que me atrapó de una manera que no me esperaba—. Pero no te obligues a hacer algo que no quieres, no tienes ningún compromiso hacía mí… —Se encogió de hombros.

—En esta ocasión no lo hago por obligación o compromiso, Daniela. ¡Está siendo todo un placer! —Su mirada se iluminó y me volvió a regalar una de sus espectaculares sonrisas, perdiéndome al momento en ese gesto al que me tenía tan acostumbrado, solo que, en esa ocasión, esa sonrisa era solo mía—. Y ahora, aclarado ese importante punto, continuemos. ¡Me toca preguntar! ¿Por qué no

permites que te toquen? —Me miró con recelo, perdiendo de golpe la sonrisa—. Y no me mientas, sé que no es una enfermedad porque no sigues los patrones normales, no manifiestas los síntomas habituales.

Callamos, yo sin querer apretarla para saberlo, ella valorando si hablar o no. Finalmente, soltó el aire por la boca lentamente y habló con demasiada seguridad.

—Supongo que te debo una respuesta. Es lo justo después de que tú me respondieras con sinceridad a mi pregunta. —Volvió a coger aire y me miró con firmeza mientras contestaba—. Solo ocurrió una vez, pero en el pasado me hicieron mucho daño y, desde entonces, yo decido quién dejo que me toque y quién no, es muy simple. Tienes razón, no es una enfermedad y, como tú, tampoco un trauma, para nada, simplemente una lección que aprendí por las malas. Digamos que ahora soy… más selectiva, y al igual que a ti te pasa con el tema de bailar, es solo que no me gusta, y la consecuencia es que no lo permito de cualquiera, no hay más misterio.

—¿Te maltrataron de niña? —Hice la pregunta con más agresividad de la que hubiese querido, pero es que no me esperaba esa respuesta y algo dentro de mí se removió solo de pensar que alguien le hubiera puesto la mano encima.

—Eso, sonrisas, son dos preguntas seguidas y ahora me toca a mí —contestó recuperando la sonrisa, quitándole importancia a lo que me había contado de un modo tan natural que quise saber si era porque realmente no tenía más importancia o si lo hacía ya por costumbre—. ¿Por qué no te gusta el chocolate? Teniendo en cuenta que el café te lo tomas con una pequeña montaña de azúcar…

—¿Eso quieres saber de mí? —Su pregunta me dejó desconcertado.

—Los pequeños detalles son los más importantes, ¿no lo sabías? Son esos detalles insignificantes que la gente suele ignorar los que realmente nos definen. Además, te hago saber desde ya que no es una tontería lo que te estoy preguntando por la cara de sorpresa que has puesto ahora mismo, el chocolate es importantísimo para mí. No concibo que el chocolate no le guste a alguien —habló haciéndose la ofendida sin estarlo en absoluto sacando a relucir ese humor que me volvía loco en todos los sentidos—. ¡Y sí, lo has adivinado! ¡Ese alguien eres tú! ¿Por qué no te gusta el chocolate? Le gusta a todo el mundo, Gonzalo.

—¡¿Tan difícil es creer que es un dulce que no me gusta?! Tampoco hay una historia detrás de eso, no me gusta y punto. Y menos si viene dentro de un bollo industrial, eso es un riesgo grave para la salud de cualquiera —expuse con seriedad.

—¡Madre mía, sonrisas! Lo que es un riesgo grave para la salud de cualquiera son tus respuestas. De verdad que pareces una persona mayor, deberías relajarte un poco y disfrutar algo más de la vida, en serio —me regañó con suavidad—. ¡Solo es chocolate!

—Y no me gusta —zanjé la conversación y volví al ataque preguntando lo que me quemaba en la punta de la lengua desde hacía un momento—. ¿Te maltrataron de niña? ¿Fue el padre de tu hijo? ¿Por eso no vives con él?

—Vuelves a hacer lo mismo, eso son tres preguntas seguidas. —Soltó nuevamente el aire lentamente por la boca alcanzando mi cuello, y sentí un agradable cosquilleo en la boca del estómago, valorando si me contestaba o no mientras empezábamos a bailar una nueva canción, y volví, en tan solo un momento a su lado, a querer siempre esas mismas sensaciones—. No, no y no. ¡Me toca! ¿Por qué eres tan serio? Te he oído reír detrás de una servilleta hace un rato y he comprobado en primera persona que sí sabes hacerlo.

—¿No, no y no? Eso no es una respuesta, Daniela —le hice saber serio.

—¡Claro que no! ¡Son tres respuestas! Date con un canto en los dientes de que he sido magnánima y te las he contestado todas. —Cambió de tema sin despeinarse. ¡Y luego el de las sutilezas era mi padre! Esa mujer era toda una profesional—. Y ahora responde que es mi turno, ¿por qué siempre eres tan serio? Porque cuando simplemente te da por sonreír, ¿sabes que tiemblas silenciosamente de arriba abajo? ¿Es por eso? —me provocó con una sonrisilla canalla.

—Eso no es cierto —porque eso no era cierto.

—Igual es por la falta de costumbre —siguió Daniela como si nada.

—Daniela…

—¿Sabes? Creo que deberías practicar más esas sonrisas. Que no te quiten las ganas esas patitas de gallo que te salen por el gesto. Te quedan de lo más sexis —y logró su propósito porque fue acabar la frase y empezar yo a sonreír sin siquiera intentar ocultarlo.

—¿Estás de broma? ¿Te parezco sexy?

—No y sí. Pero también quería verte sonreír otra vez. Me encanta cuando lo haces, ¿qué te creías? —Sonrió descaradamente, haciendo el amago de morderse el labio, entonces me miró y simplemente se pasó la punta de la lengua por el labio inferior.

¿Pero esa mujer era consciente de lo que estaba haciendo conmigo en esos momentos? Sus comentarios, sus gestos, todo ella me provocaba a gritos y no sabía si tendría la suficiente fuerza de voluntad para no lanzarme sobre ella como un animal en celo.

—Creo, dulzura, que lo que intentas hacer con esos comentarios es intentar despistarme para que no te haga más preguntas —hablé

demasiado cerca de su boca, algo muy peligroso para ambos en esos momentos.

—¿Y ha funcionado? —quiso saber a la misma distancia, sin retroceder.

—¡No! —Sonreí de nuevo—. ¿Por qué tu hijo lleva tus dos apellidos?

—Ya veo que no… —respondió algo resignada—. Está claro, porque no hay padre, solo fue un polvo y eso no cuenta como padre. ¿Por qué no te gusta llamar la atención?

—Voy a valorar si «solo fue un polvo» cuenta como respuesta y contestando a tu siguiente pregunta, no lo sé, porque soy así. Nunca me ha gustado ser el foco de atención, es algo que me incomoda bastante. Me gusta la discreción y pasar desapercibido. Tampoco hay una historia para eso.

—Menuda vida aburrida, sonrisas. ¿Qué historias les contarás a tus nietos el día de mañana? ¡Eso es un problema, piénsalo! Porque tienes todos los ingredientes en esta vida para tener mil historias distintas. —Alcé las cejas queriendo que me iluminara con lo que fuera que tuviera en esa cabecita suya—. ¡No me mires como si no supieras de qué hablo! Solo tienes que fijarte dónde estás ahora mismo, en los círculos en los que te mueves, quién eres y el alcance mediático que ello implica. ¡Mierda, Gonzalo! ¡Que tu cuñado es el nieto de Agatha Mendoza, la empresaria de los famosísimos cosméticos! ¡La dueña de *Natural Beauty*! Que no es que conozcas al carnicero de la esquina —me volvió a regañar con suavidad con toda naturalidad—. Así que deberías saber, y perdona que sea yo quien te lo diga otra vez, pero es que lo tienes complicado para pasar desapercibido con la vida que llevas, no sé si eres consciente de ello y por lo tanto consecuente con esa discreción que deseas. Y me preocupa, porque tendrías que disfrutar un poco más de la posición

que te ha tocado en esta vida y dejarte llevar de vez en cuando. No sé… una locura alguna vez, ya sabes…, para poder contar a tus nietos el día de mañana alguna que otra historia —acabó su discurso, convencida de ello.

—¡Sí que tengo historias! ¡Si me paro a pensarlo detenidamente, muchas desde que te conozco! La última sin ir más lejos, la que me has liado hace un rato con Rosella en el salón de cócteles. Con esa mis nietos se estarán riendo de mí durante días —contesté con cariño porque ciertamente, desde que esa mujer se cruzó en mi vida, esta era de todo menos aburrida.

—Entonces te recomiendo que la próxima vez que te cabrees conmigo dejes de una vez de amenazarme con visitar a tus amigos los de Recursos Humanos en la planta dos. ¡Por lo de las historias y todo eso! ¡Pobres nietos! —Esa sonrisa que me volvió a regalar era contagiosa, porque sonreí con ella de nuevo.

—¡Claro, por los nietos…! Por cierto, quería disculparme por eso. —Me miró con interés, pero sin perder la sonrisa, con un brillo juguetón en su mirada por la disculpa que sabía estaba por llegar—. Dani, antes no he querido decir que estuvieras diferente para ofenderte, que sí que lo estás, pero para bien. Lo que realmente quería decirte era que hoy estás preciosa. No es que no seas preciosa porque salta a la vista que sí lo eres, pero hoy estás más bonita que cuando vas al despacho… No, mierda, no es eso… En el despacho también vas preciosa pero ahora… —Pero ¿qué cojones le estaba diciendo? Me di por vencido con la explicación—. ¡Joder! ¡La estoy cagando cada vez más! ¿Verdad? —le pedí disculpas con la mirada.

—Sí, pero tranquilo, de otro modo no serías tú. Sé lo que intentas decirme y… gracias. —Se acercó un poco más a mí, nuestros

cuerpos a un latido de tocarse totalmente, rozando la frontera del deseo.

—Ahora en serio, dulzura, esta noche estás muy bonita. —Acaricié con mi aliento su mejilla, algo que no la hizo apartarse, al contrario, noté su sonrisa encima de mí.

—No ha sido tan complicado, ¿te das cuenta? —susurró a su vez, tocándome un poco el alma—. Y tienes que saber que esta noche tú también estás… distinto, sonrisas.

Alzó la cara y me miró, esperando mi reacción, una que me pilló por sorpresa incluso a mí cuando se me escapó una carcajada que hizo llamar la atención de los que nos rodeaban, y en ese momento no me importó.

—Supongo que me lo merezco —admití con la risa bailando en mi boca.

—Me lo has puesto muy sencillo. Más de lo que viene siendo habitual en ti. ¡Y mira que es difícil de superar eso!

—Gracias…, supongo. —Me perdí en su mirada.

—Ahora también en serio, y sin que sirva de precedente, estás muy guapo. Este tipo de fiestas también te sientan muy bien.

Nos sonreímos con la mirada e intenté planear mi siguiente movimiento con ella. No tenía muy claro qué quería pero, fuera lo que fuese, lo quería con ella a mi lado. Estaba acabando la segunda canción y sabía que tenía que dejar de bailar ya con la misma pareja si no quería rumores en torno a nosotros dos. Y no es que no quisiera, pero no ahí, rodeados de conocidos y prensa. Suficiente que me habían visto sonreír y reír, y daba gracias a que ni familiares ni amigos se hubieran dado cuenta de ello porque no había una explicación. No una coherente, al menos, hasta que yo supiera qué terreno pisaba con Daniela.

—Nunca pensé que le diría esto a una pareja de baile, pero me gustaría seguir bailando contigo. El problema es que la canción está acabando y no tendríamos que empezar una tercera. —Me miró con extrañeza sin entender lo que pretendía decirle—. Sería extraño viniendo de mí, tenemos muchas miradas encima de nosotros y no quisiera que te fueran deteniendo con preguntas que sé que no quieres responder. Creo que, por esta noche, con las mías has tenido suficiente por ahora.

—¡Ohh! Las preguntas no son problema, como has podido comprobar, por mí no hay inconveniente. El que sí tiene un gran problema ahora mismo eres tú —habló con una sonrisa gamberra mirando por encima de mi hombro, muy cerca de mi oído—, porque si dejas de bailar conmigo ahora solo vas a conseguir cambiar de pareja de baile —y haciendo una pausa dramática añadió en voz muy baja—: Rosella viene directo a por ti.

—¡Pero ¿qué narices le he hecho yo a esa mujer?! —me quejé lastimeramente sin importarme que Daniela percibiera mi impotencia.

—La solución es sencilla. —Volvió a mirarme a los ojos—. No dejes de bailar conmigo.

—No podemos hacer eso, Daniela, ya te lo he dicho. No me gusta ser el centro de atención, aunque está claro que haga lo que haga, no voy a poder evitarlo.

—¿Te ayudo? Porque si te digo la verdad, yo estoy deseando marcharme ya de la fiesta. Toda una experiencia, pero he tenido suficiente por esta noche —me hizo saber con una expresión de niña traviesa—. No te prometo que vayas a pasar desapercibido, pero no será peor que Rosella Bianchi.

—¿En qué has pensado? No quiero un espectáculo y llamar la atención, lo sabes. —Me miró con una inocencia que no me

engañaba.

—¿Te ayudo o no? Piénsalo bien, ambos ganamos. Yo me voy de aquí sin una mala excusa y tú te libras por esta noche de la italiana —y como no contestaba me apremió—: El tiempo se acaba, ¿qué quieres hacer?

—Prométeme que al menos no habrá café de por medio entre nosotros —accedí sin tener más opciones.

—No, no te preocupes, el café lo dejaremos para otra ocasión —contestó en forma de promesa, haciendo más grande su sonrisa.

Y agradecí en silencio que su plan no incluyera el café, aunque si me hubiese hecho una idea de cuál era, yo mismo habría ido a por una taza al mismísimo infierno sin dudarlo ni un solo segundo.

# Capítulo 31



*Viernes, 29 de enero*

**Daniela**

Si Gonzalo se hubiese hecho la más mínima idea de cuál sería el plan, él mismo habría ido a por esa taza de café sin dudarlo. Sonreí y él me correspondió frunciendo su ceño preocupado. No se fiaba de mí y eso me hizo sonreír con más fuerza.

—¡Vámonos de aquí! ¿Estás preparado? —le sonreí traviesamente, algo que quien me conocía bien sabía que no auguraba nada bueno y por lo visto Gonzalo iba a aprenderlo esa misma noche.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Sin escándalos, Daniela, por favor.

—Ptsss… —farfullé divertida.

¡Madre mía! Ese hombre no me conocía en absoluto, y mira que durante esas semanas le había dado pistas. ¡Muchísimas pistas! Sin

ir más lejos, la última acababa de ser en el salón de cócteles, con Rosella. Solo pude sonreír otra vez y asentir con la cabeza a lo que Gonzalo me insistió con dudas en su mirada.

—¿Funcionará?

—¡Ohh! ¡No me subestimes! Y tienes a Rosella respirándote en la nuca. ¡Viene hacia nosotros!

—¿Estás preparada tú? —Más dudas y casi me apiadé de él.

«Ca-si».

—Desde hace rato. Es más, nunca he estado más preparada en nada en toda mi vida. ¿Te saco de aquí o no?

—Por favor… —y ahí estaba el pistoletazo de salida para marcharme de esa fiesta de una vez por todas.

—¡Pues prepárate, sonrisas!

—¿Para qué?

—Para esto —le guiñé un ojo con descaro y me dejé caer desmadejada entre sus brazos, aprovechando cómo me tenía cogida para bailar.

—¡Mierda, Dani! ¿Qué haces? —me susurró con espanto al oído a la vez que se doblaba por la cintura hacia delante para sujetarme y que no nos fuéramos los dos al suelo.

Noté un pequeño revuelo a mi alrededor y eso puso nervioso a mi salvador. Lo noté porque me tenía entre sus brazos y sentí perfectamente cómo se envaró al momento sin poder evitarlo. Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no ponerme a reír ahí mismo.

—Pues desmayarme, está claro. Así que actúa como si realmente estuvieras preocupado por mí, que te lo tengo que decir todo y yo sola no voy a poder —le hablé entre dientes para que solo él me pudiera oír sin apenas abrir los ojos.

—¡Joder! ¡¿Qué entiendes tú por salir de aquí con discreción?!

— Gonzalo, céntrate en la solución, no en el problema, ¿de acuerdo?

—Vale, vale, está bien, ¡pero para! Si no te callas, no va a funcionar —acabó claudicando sin poder creerse la situación en la que lo había puesto.

—Pues, entonces, que sea un desmayo total, sonrisas —y terminé por dejarme caer entre sus brazos tragándome, para qué engañarnos, un suspiro de placer.

Me alzó en brazos como si no pesara nada, sacándome de la pista de baile sujetándome contra su pecho con delicadeza y, ya de paso, alejándose de una Rosella que lo perseguía como si Gonzalo fuera el último café del mundo. Creí oírlo decirme en un débil murmullo, muy cerca de mi oído, entre voces y música, que estaba muy loca. ¡Vale, lo estaba! Pero ese último café lo iba a disfrutar yo.

Enseguida oí las voces familiares de un preocupadísimo Alfonso y una nerviosa Candy pidiendo un médico mientras Maite me cogía de una mano preguntándole a su hermano qué me había pasado. Sentí cómo se sentaba en una silla, aún sosteniéndome entre sus brazos, para acomodarme con suavidad en su regazo.

—Dulzura —dejó escapar un susurro en mi oído que casi me hace ronronear del gusto—, si no empiezas a abrir ya los ojos van a llamar a una ambulancia. ¡No me hagas esto!

Me apiadé de él y empecé a abrir los ojos. Yo tampoco quería que llamaran a una ambulancia y terminar la velada en un box de urgencias. Cuando fijé la mirada en él, vi alivio en la suya y un amago de sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios. Gonzalo puso los ojos en blanco a la vez que yo colocaba la palma de mi mano en su pecho hecho de granito, notando cómo su corazón latía descontrolado, notando también su calidez, a pesar de tener como barrera su camisa y parte de su chaqueta de esmoquin. Cerré

nuevamente los ojos, para recordar ese momento al día siguiente, y los abrí despacio para encontrarme con los de una Rosella cabreada e intuí que era ella la que hubiera querido estar en mi lugar. Supe, por su mirada, que me habría arrancado de sus brazos, tirándome de los pelos y sin miramientos.

—Dani, hija, ¿te encuentras bien? —La voz preocupada de Alfonso me hizo centrarme en él—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Está bien, papá. Solo necesita algo de aire fresco y descansar. Ha sido un día muy largo para todos —habló Gonzalo por mí, algo que agradecí—. ¿Me puedo llevar el coche? La acompañaré a casa y me aseguraré de que llegue sin más contratiempos.

«¡Ni yo lo hubiese resuelto tan rápido! ¡Bien por ti, sonrisas!».

—¡Naturalmente! Y no la dejes hasta que no esté con sus compañeros de piso y ellos la puedan vigilar, para evitar más sustos —dijo Alfonso, preocupado.

—Dani, ¿cómo estás? —me habló mi salvador intentando aparentar preocupación; yo aún seguía en su regazo—. ¿Puedes andar, verdad?

—Ufff, estoy todavía un poco mareada. No sé si voy a poder…

Total, a esas alturas, terminé de aprovecharme de la situación, y eso hice.

—Seguro que sí puedes… —insistió Gonzalo poniéndose ya en pie para irnos.

—Seguro que no… —Me agarré a su chaqueta de esmoquin con las rodillas flojas.

—¡Gonzalo, hijo! ¡Cógela, por Dios! ¡Que se va a volver a caer otra vez! ¿¡No te das cuenta de que no se aguanta de pie?! ¡Que se acaba de marear! —le llamó la atención su padre, preocupado de verdad.

Lo miré con inocencia infinita y él me fulminó con la mirada. Si realmente no le gustaba ser el foco de atención, esa noche había fracasado estrepitosamente, pero pensé que un poco de sal en esa vida tan sosa y apática que llevaba no le iría mal. Igual hasta le gustaba y decidía repetir y todo.

—¿Me coges otra vez? —le pedí de manera cándida.

—¡Por supuesto! No quisiéramos que volvieras a marearte, ¿verdad, mal bicho? —me susurró eso último al oído arrastrando las palabras una vez estuve en sus brazos de nuevo. Le sonreí como una niña que se ha salido con la suya, apoyé mi cabeza en el hueco de su hombro, llenándome de ese perfume que me volvía los ojos del revés, y me dejé llevar.

Su coche ya nos estaba esperando en la puerta del hotel. Antes de salir, y con mucho pesar, le dije con los ojos cerrados, hablando a su cuello:

—Creo que ya puedo andar, me puedes bajar.

—¿Segura? ¿No te volverás a caer redonda, teatrera? —Su pregunta hecha con resignación me hizo sonreír.

—Puede, pero no podemos salir así o serás noticia durante meses, y no quieres eso… ¿o sí? —Me incorporé, aún en sus brazos, para quedar a la altura de sus ojos y mirar esos dos pozos cristalinos.

—No, ya sabes que no quiero eso —habló encima de mi boca, muy despacio.

El tiempo se detuvo por unos segundos, hasta que él volvió a moverse y empezó a soltarme de su agarre poco a poco, hasta que mis pies tocaron el suelo y noté, en el momento en que ya no sentí su contacto, que me faltaba algo importante para estar completa. Lo miré sabiendo que no me hubiera importado que me hubiese besado otra vez, como aquella noche delante del ascensor, porque si cerraba los ojos aún podía recordar su sabor, su calor en mis labios, esa

dulzura al besarme para pasar a saquear mi boca con desesperación, algo que me gustó demasiado. Sensaciones que pensé que no volvería a sentir por nadie, con él todo era nuevo y cada día era un descubrimiento, me sentía viva como nunca.

—¿Te ha molestado que te sujetara en brazos? —quiso saber aún muy cerca de mí, sin desanclar su azul mirada, tragando saliva con nerviosismo.

—No —contesté a la vez que negaba con la cabeza, enganchada a sus ojos.

«¡Me hubiera quedado a vivir entre ellos, sonrisas!».

Enseguida nos trajeron los abrigos para poder irnos, rompiendo ese momento mágico que se había creado entre nosotros. No volvimos a hablar, ni siquiera a mirarnos, simplemente salimos e hicimos el recorrido a la inversa por esa alfombra roja que yo había evitado hacía unas horas hasta la puerta de su coche, una que ya estaba abierta por el chófer para que pudiéramos entrar. Lo hice yo primero y después le hice sitio para que entrara detrás de mí.

El coche se puso en marcha y ninguno de los dos habló. Cuando ya llevaba varios minutos circulando inicié una conversación. El silencio era algo que no soportaba y me ponía muy nerviosa.

—Siento la artimaña de hace un momento, no he podido resistirme —me disculpé, algo que se merecía, mientras miraba mis manos en mi regazo.

—Una maniobra de escape de lo más discreta, tal y como a mí me gusta —respondió con un sutil sarcasmo.

—¡Te lo avisé! ¿Recuerdas? La otra opción era acabar la velada con una Rosella Bianchi de lo más cariñosa. ¡No ha estado tan mal! ¡Vamos, reconócelo! —Sonreí levantando mi mirada para encontrarme con la suya, una tan azul y cristalina que brillaba en la

tenue oscuridad del coche, iluminada apenas por las farolas que pasaban veloces a nuestro lado.

—¿Siempre eres así? —formuló la pregunta con interés.

—¿Así cómo? Tan resolutiva, tan avispada, tan práctica, tan eficaz, tan…

—¡Tan agotadora! —me cortó alzando su voz tan grave por encima de la mía.

—¡¿Agotadora?! ¡¿Perdona?!

—Eres como una niña traviesa a la que no se la puede parar, haciendo trastada tras trastada —añadió con una sonrisa torcida.

—¡Ahhh, noo! Lo de niña traviesa no te lo compro, así que ya puedes ir buscando otra etiqueta para mí.

—Ni lo sueñes.

—Que sepas que esa se me queda pequeña, sonrisas. ¿Acaso necesitas alguna demostración más? —Me reí por la cara que puso.

—¿Estás de coña? Deberías saber que las dos faenas que me has hecho esta noche me las pienso cobrar, ¡y por separado! —me amenazó con humor.

—No esperaba menos de ti. Solo espero que no sea haciendo más horas extras en el despacho.

—No, tenía en mente algo que te va a llevar menos tiempo. —Habló como si de un secreto se tratara, girando un poco el cuerpo hacia mí, movimiento el cual imité para poder quedarnos cara a cara.

Se quedó callado, creando tensión, algo que me hizo echar la cabeza hacia atrás y soltar una gran carcajada.

—¡Suéltalo, o al final te saldrán subtítulos! —lo animé con curiosidad mientras se le escapaba la sonrisa.

—Antes, bailando, ha faltado mi pregunta. Si mal no recuerdo me tocaba a mí para estar a la par en respuestas, ¿recuerdas? Pues una

de esas faenas me la cobro con tu respuesta.

—¿Y la otra cómo tienes intención de cobrártela? —pregunté en un murmullo muy íntimo.

—Paso a paso, dulzura. Primero la respuesta —contestó de igual modo y mi piel se erizó de anticipación ante lo que pudiera suceder, algo que no iba a evitar ni aunque la mismísima Rosella se pusiera delante del coche para entrar con nosotros.

—¡De acuerdo, adelante! ¡Pregunta!

—Esta noche, en el salón de cócteles, antes de que te halagara con un «estás distinta» y te cabrearas conmigo —cerré los ojos con un suspiro sabiendo por dónde iría la pregunta, porque ese fue el momento en que me quedé mirando a Alfonso y a su hija, el instante en que añoré un cariño de mis padres como el que se demostraban ellos—, te fuiste durante unos segundos a tu mundo, lejos de ese salón donde estabas. La pregunta es: ¿adónde?

—Si te digo que son detalles sin importancia por los nervios de la fiesta, ¿te valdría? —Abrí los ojos para volver a bajar la mirada a mi regazo y que no leyera en ellos.

—Una mujer muy inteligente me dijo una vez que los detalles sí son importantes, estos son los que nos definen cómo somos.

—Sí que es una mujer inteligente, sí. Cuando la vuelvas a ver, felicítala de mi parte.

—Lo haré. —Sonrió, y volví a ver en sus ojos esas patitas de gallo que tanto me gustaban en él, esperando una respuesta que no llegaba—. Daniela, me lo debes.

—Sí, te lo debo. —Subí la mirada y, no sé por qué, pero quise contárselo, necesitaba contárselo. Esa historia solo la conocían Leo y Nael y, esa noche, él también la sabría—. ¿Seguro que quieres oírla? No eres mucho de historias…

—¡Soy todo oídos para ti! Por muchas historias que me contaras, no me las perdería por nada del mundo. Me gusta saber de ti y con cada respuesta te conozco un poco más.

—¡Entonces esta noche estás de suerte! Te voy a ofrecer dos respuestas distintas en una sola historia. —Cogí aire para empezar —. Me quedé embarazada de Enzo con dieciocho años casi recién cumplidos, cursando primero de arquitectura. Siempre había sido una chica muy centrada en lo que quería, pero la universidad me cambió desde que puse un pie en ella; amigos nuevos, fiestas, chicos… Me descontrolé a lo grande —chasqueé la lengua con pesar —. Los primeros días conocí a un chico tres años mayor que yo y me enamoré de él desde el mismo momento en que lo vi. Empezamos a tontear, luego a salir y no tardamos en tener relaciones sin que ninguno de los dos tomara muchas precauciones. El resultado fue lo que cabía esperar: un embarazo no deseado cuando no llevaba más que unas semanas en la universidad. Cuando se lo conté, se desentendió por completo acusándome de querer atraparlo con un niño que no iba a reconocer como suyo porque no tenía la seguridad de que fuera de él. ¡Capullo! Toda la universidad sabía que solo tenía ojos para él. —Lo miré intentando adivinar por su expresión qué pensaba ahora de mí, después de conocer parte de mi historia. Solo vi comprensión y dulzura en ellos—. Y ahí tienes la primera respuesta a una de tus miles de preguntas sobre mí. Por ese motivo no hay padre. Realmente nunca hubo padre, solo fueron unos cuantos polvos y poca cosa más.

—¿Y tus padres? Porque tienes padres, ¿verdad? —se interesó Gonzalo con mucha suavidad al hablarme.

—Tengo, tenía… Hoy en día es algo que no tengo muy claro… No sé nada de ellos desde hace ocho años. Cuando busqué su ayuda después de dejar pasar las semanas sin saber qué hacer, ya era

tarde para abortar. Era una cría y estaba muy asustada y más perdida todavía. Fui cometiendo error tras error.

—¡¿No te ayudaron cuando se lo contaste?! —Empecé a percibir incredulidad en su tono, y eso que no había hecho nada más que empezar.

—Sí, claro que me ayudaron. Ellos no querían que la gente supiera de mi estado de buena esperanza y que su apellido estuviera en boca de todos o, como ellos me hicieron saber, arrastrado por el fango por una hija sin valores familiares ni principios de ningún tipo. Así que, en cuanto se hicieron cargo de la situación, me hicieron desaparecer durante el resto del embarazo, antes de que empezara a notarse de verdad, y no pude acabar ni el primer año de carrera. A mí no me importó, ya que, con solo dieciocho años, sabía que no me volvería a costar empezar todo de nuevo una vez que solucionara mi situación personal. Era brillante, tenía un futuro prometedor y tampoco quería al bebé. Tuve claro entonces que lo daría en adopción en cuanto lo tuviese.

—Pero no lo hiciste…

—No, no pude hacerlo, porque el día que nació, cuando lo tuve entre mis brazos… supe que no podría separarme de él. Ese bebé era lo más bonito que había visto en mi vida. Algo muy fuerte ocurrió en mi interior y me negué a que me lo quitaran.

—¿Y tus padres no aceptaron tu decisión? Ellos también se convirtieron en los abuelos de tu hijo. ¿Qué pasó?

—Tienes que saber que mis padres tienen tierras y son propietarios de una importante sidrería en Asturias, son muy conocidos en el norte del país. No tienen el poder adquisitivo de vuestra familia, pero también tienen su pequeña fortuna. Vienen de familias con una mentalidad muy cerrada y el qué dirán es muy importante para ellos. No se les conocía un pequeño escándalo, un

mínimo desliz, un solo error público, ni siquiera un incidente que manchara su impecable trayectoria… hasta que llegué yo con la gran noticia.

—¡Por Dios! Pero estamos hablando de tu hijo, de su nieto…

—Y de su única hija, sí. Esa a la que dieron a elegir entre su hijo o ellos sin que les temblara el pulso. No lo dudé. —En su mirada vi desconcierto, y yo le sonreí con tristeza, porque recordar el modo en que me echaron de su vida me dolería toda mi vida—. Mis padres me repudiaron y yo, con diecinueve años recién cumplidos, me vi sin hogar, sola y con un bebé en brazos. Tienes que saber que, por aquel entonces, yo tenía mis ahorros. Cariño nunca tuve de ellos, pero dinero todo el que quise, digamos que era la manera que tenían mis padres de quererme. El dinero, para ellos, lo solucionaba todo, así que gracias a «ese cariño» sobreviví durante esos primeros duros años. Me fui a Navarra, lejos de ellos, tal y como me pidieron, pero lo hice a tan solo unas horas de distancia, porque en mi fuero interno me resistía a perderlos. Allí retomé mis estudios cuando Enzo cumplió el año, después de intentar mil veces contactar con mis padres y ser rechazada intento tras intento, y al final me di por vencida. Con veinte años volví a la Universidad de Pamplona, cursé los cinco años del grado en arquitectura y obtuve la formación académica con unas excelentes notas, aunque a día de hoy, como ya sabes, me falten el TFG y el Máster.

—¿Por qué no continuaste? —La siguiente pregunta de Gonzalo era la obvia, y también era obvio que no le iba a contestar.

—Eso, Gonzalo, son más preguntas y más historias —le solté con gracia para que no insistiera en contarle algo que no estaba preparada para contar—. Pero el final de esta es que hoy en día tengo a mi hijo y, para mí, eso es lo importante. Lo daría todo por él sin dudarlo.

—Pero ¿y tus padres? ¿No te han buscado en todos estos años? ¿No se han preocupado por ti o por su nieto? —insistió, porque no comprendía.

—No, desde el día en que me echaron de su vida no he vuelto a saber de ellos. Ni una carta, ni una llamada, nada. Nunca han intentado contactar conmigo para saber de mí o de su nieto y yo me rendí después de más de un año de rechazos cada vez que intenté hablar con ellos. Era como chocar contra un gran muro de piedra una y otra vez sin que cayera una triste piedrecita mientras a cada intento me iba haciendo más y más daño, hasta que terminé de romperme por dentro.

—Y entonces decidiste venirte a Valencia.

—Algo así… —contesté, dejando la respuesta en el aire sin más explicación que esa—. Y ahí tienes la segunda respuesta en una misma historia. Cuando vi el cariño entre Alfonso y Maite, padre e hija, mi mente voló a Asturias. —Me encogí de un hombro.

—Lo siento —lamentó en un suave murmullo que me hizo alzar la vista para apoyar mi mano en su antebrazo.

—No lo sientas, porque lo que más me importa en esta vida es Enzo. Si volviera al pasado, tienes que saber que no cambiaría absolutamente nada de lo que te he contado, volvería a cometer los mismos errores solo por tener a mi hijo conmigo. Pero no quiero ser como mis padres, Gonzalo, tan estrictos. No quiero que mi hijo pase por lo que yo he pasado. No será el niño más rico del mundo, pero sí el más feliz y el más amado. Haría lo que fuera por él, pero siendo fiel a mí misma —me sinceré por primera vez en mucho tiempo, para añadir con humor y apartar esa nube de tristeza que nos había envuelto—; Quizá por eso, por lo que me ha tocado vivir, hoy en día soy como soy, hago lo que me pide el cuerpo sin pensar en el qué dirán… y te lo he demostrado hace un rato… Bueno, creo que te lo

llevo demostrando estas intensas semanas a tu lado. —Puso los ojos en blanco con humor, y una cara de resignación que me hizo reír.

Me miró con una mezcla de admiración y ternura para acabar preguntándome.

—¿De dónde sacas tanto optimismo?

—¡Es sencillo! Solo tengo una vida y no me voy a pasar la mitad de ella llorando por situaciones que ya no tienen remedio. Ya te lo he hecho ver antes, me centro en la solución, no en el problema.

—Eres realmente increíble, Dani. Estás muy loca, pero eres increíble —y me volvió a sonreír con tanta calidez que pensé que eso sí era increíble.

Nunca llegué a imaginar, el día que lo conocí, que pudiera contar parte de mi historia a un hombre tan hosco y tieso ni en un millón de vidas. Y lo que era más alucinante todavía, que pudiera llegar a sentirme realmente bien en brazos de otro hombre, como si estuviese en casa, en un hogar. ¡Mi hogar!

# Capítulo 32



*Viernes, 29 de enero*

**Daniela**

No tardamos mucho más en llegar a mi destino. El coche paró en mi calle, enfrente de mi portal, pero ninguno de los dos se movió durante unos interminables segundos, creo que deseando alargar un poco más ese momento. Finalmente, fue mi atractivo acompañante quien habló.

—Vamos, te acompañaré hasta casa —se ofreció sin perder esa sonrisa que era solo mía esa noche.

No me dejó contestar, abrió su puerta para salir mientras el chófer abría la mía. Gonzalo, rápidamente, dio la vuelta al coche para ofrecerme su mano y ayudarme, y ya no me sorprendió que esos gestos y detalles vinieran de él.

—Desde ya te digo que si sigues comportándote así conmigo, el lunes exigiré a este Gonzalo en el despacho, no al capullo sieso y negrero que tengo por jefe. —Le di mi mano para salir del lujoso coche mientras una sonrisilla bailaba en mi boca.

—Deberías aprender a separar a esos dos Gonzalos, Dani, de ese modo evitarás muchos disgustos innecesarios en el futuro —me habló con gravedad pero con una suave sonrisa.

—¿Y cómo los separo? —indagué, mientras me instaba a avanzar al portal, intentando ponerme seria, cosa que no conseguí—. ¿Me lo haces saber mediante pegatinas de colores en la solapa de tu americana? Roja: estoy de mal humor; amarilla: no voy a patear a nadie… todavía; verde: hasta nuevo aviso no muerdo. Y ya tú mismo nos vas informando según tu estado de humor. ¡Práctico! ¿No crees?

—¿En serio, Daniela? —formuló la pregunta retórica entrando conmigo en el portal, acompañándome a través de un desierto vestíbulo al ascensor.

—No, claro que no. Agotaríamos las existencias de las pegatinas rojas. —Pulsó el botón del ascensor mientras negaba con la cabeza con una impuesta paciencia—. Aunque algo se me ocurrirá…

—No lo dudo.

Subimos al ascensor juntos, ni siquiera le dije que no hacía falta que me acompañara hasta la mismísima puerta de casa. Hubiera sido un desgaste innecesario de energía, así que lo dejé venir. Al llegar saqué la llave de mi bolsito de fiesta y nos quedamos uno frente al otro, creo que deseando que esa noche no se acabara a pesar de todo.

—Gonzalo, ¿por qué no…?

—Dani, me gustaría…

Hablamos los dos a la vez para callar de golpe. Gonzalo se llevó la mano a la nuca con una tímida sonrisa y yo sonreí por su gesto.

—Tú primero, por favor —me pidió.

—Es una tontería… —Dudé por primera vez en años ante ese hombre a la hora de hablar—. Yo… ¡Ufff, qué difícil! —Alzó ambas cejas esperando a que hablara, dándome espacio—. Es que ahora que lo estoy pensando no creo que sea buena idea, la verdad. Te iba a invitar a un café, mañana, para aprovecharme un poco más de esta versión suavizada que me has ofrecido esta noche antes de que te pongas el lunes la pegatina roja en la solapa de tu americana, pero no creo que sea buena idea. Por el café… ya sabes…

—¡Te propongo un trato! Déjame que te invite a cenar y, si luego te apetece ese café, correré el riesgo, aun sabiendo muy bien, por desgracia, dónde terminará.

—Tenemos claro entonces que entre tú y yo, un café nunca será casualidad.

—Nunca, dulzura, nunca.

—Está bien, solo una pregunta. —Volvió a subir las cejas con una sonrisa torcida—. ¿Me llevarás a uno de esos restaurantes pijos a los que estás acostumbrado a ir?

—¿Te gustaría?

—¡No, por Dios! Con lo de esta noche he tenido más que suficiente para una buena temporada. —Casi bufé al decirlo mientras le sacaba una nueva sonrisa a Gonzalo—. ¿Qué tal una gran y deliciosa hamburguesa en uno de esos locales de comida rápida? Para compensar lo de esta noche. —A mí se me hizo la boca agua y a Gonzalo le borré en el acto la sonrisa de su cara, que cambió por una mueca de disgusto.

—¡Ni lo sueñes, Daniela! No me voy a meter a comer en un sitio donde los cubiertos son tus propios dedos —contestó muy serio—. ¿No podemos buscar un término medio? —casi suplicó.

—Pues te invitaría a mi casa, pero no creo que te gustara cenar con un intenso público a tu alrededor, te lo digo desde ya. ¡Los quiero mucho, pero les gusta más una buena historia que a mí el chocolate!

—¡Mejor vamos a la mía! —ordenó barra propuso con firmeza, otra vez.

—¿Pizza? —Se me volvió a hacer la boca agua y él volvió a hacer una mueca de desagrado—. ¡¿Qué?! Al menos comeremos alguna cosa, no como esta noche… Mucho plato, mucha presentación, pero yo me he quedado con hambre —farfullé por lo bajo.

La suave risa de Gonzalo no se hizo de rogar y consiguió que yo también sonriera. Si en esos momentos me hubiese dicho que me llevaba a comer simplemente aire envasado a los cien aromas servidos en un tarro de cristal templado por los mejores artesanos del país, le hubiera dicho que no veía el momento de ir. Eso conseguía de mí con su sonrisa.

—Ni pizza ni hamburguesas. ¿Qué tal algo más elaborado? Se me da bien estar entre fogones —dijo con un leve orgullo.

—¡Vayaaa! ¡No me extraña que Rosella esté loquita por ti! ¡Eres todo un partidazo! ¡El soltero del año! —Silbé por lo bajo.

—¿Te estás riendo de mí?

—¡Nunca! Me quedó muy clarito cuando ayer por la mañana me lo repetiste un par de veces, con esa simpatía que te caracteriza, pero es que a veces me lo pones muy fácil, sonrisas.

—Y, como siempre, contigo me tendré que seguir esforzando, porque no me das opción. —Se dio por vencido conmigo y acompañó el comentario con una sonrisa lobuna que me hizo perder las bragas al momento—. Me tendré que cobrar ahora mismo la otra faena.

Se acercó un poco más a mí. Yo deseaba que se fundiera conmigo. Subió la mano al cuello de mi abrigo y la pasó suavemente muy cerca de mi cuello. Noté cómo mi pulso se volvía a disparar, mi estómago se ponía a bailar la lambada y un pequeño gemido se ahogaba en mi garganta.

—¿Y… cómo te la vas a cobrar? —pregunté en un hilo de voz, notando que me faltaba el aire, dejándole hacer.

Volvió a sonreír como un depredador, tiró de mi abrigo para acercarme a él, solo un poco más, el color de sus ojos de un azul más oscuro, sus labios más cerca de los míos, su respiración haciéndome cosquillas en la boca, y cerré los ojos para sentir con más fuerza el calor del roce de esos labios, suaves, cálidos, y un placentero cosquilleo en los míos, queriendo más.

—Un beso, dulzura —musitó encima de mi boca y sentí que me derretía entera de anticipación—. La segunda faena me la cobro con un beso… en la mejilla… —pasó con delicadeza sus nudillos por ella, una caricia que me erizó la piel de placer—, o en los labios… —y esos mismos nudillos resiguieron el contorno de mis labios, haciendo que los entreabriera sin evitarlo—. Tú decides dónde…

¡Madre mía! ¡Pero ¿de dónde había sacado ese hombre, que era nulo en las demostraciones de cariño y con esa arrogancia de la que siempre hacía gala, esa sensualidad que me estaba poniendo taquicárdica?!

Atrapé mi labio inferior entre los dientes con suavidad, perdida en esas suaves caricias sin poder hacer otra cosa más que seguir sintiendo.

—¡Joder, Dani! Tu labio… Te pedí que dejaras de hacer eso… —Jadeó encima de mi boca. Las sensaciones que empezaban a acumularse bajo mi piel me impidieron abrir los ojos—. Creo, dulzura, que tendremos que dejar el de la mejilla para otro día…

—Estoy totalmente de acuerdo contigo… —musité con deseo.

No dudé en meter mis manos entre su abrigo y la chaqueta del esmoquin, y lo abracé por la espalda atrayéndolo hacia mí, con la imperiosa necesidad de sentir su calor. Él, a su vez, metió sus manos en mi melena y terminó de cerrar la escasa distancia que existía entre nuestras bocas. Sentir en su totalidad sus labios sobre los míos fue más de lo que pude resistir. Ese hombre provocaba en mí un maremoto de emociones que no podía controlar. Y lo que empezó como un suave roce entre nuestros labios, ligero y muy dulce, cargado de ternura y delicadeza pasó, en apenas un instante, a un beso hambriento con ganas de devorar cada rincón de nuestras bocas, cargado de deseo, feroz, que hizo desaparecer el resto del mundo para que quedáramos solamente él y yo, nadie más tenía cabida. Noté su corazón latir con fuerza, o quizá fue mi propio corazón el que quería irse con él, no lo podría haber asegurado porque sus gemidos eran mis gemidos, sus ansias eran las mías, sus ganas de más eran mis ganas. Supe que me perdí en ese beso cuando lo apreté más contra mí y él me respondió bajando una de sus manos, que tenía enredada en mi pelo, por mi cuello, resiguiendo mi pecho lentamente hasta llegar a la parte baja de mi cintura y apretarme contra él. Su erección, una muy evidente entre nuestros cuerpos, me hizo besarle con más urgencia si es que era posible hacerlo, mis braguitas se humedecieron de manera inmediata mientras jadeaba dentro de su boca. Ese hombre, por difícil que me resultara de entender, me hacía vibrar como ningún otro lo había conseguido en toda mi vida. Nunca me hubiera podido ni imaginar que una persona que no sabía mostrar sus sentimientos al resto del mundo, tan serio y frío, pudiera hacerme sentir completamente suya, descubriéndome que era suave y maleable,

transformada por sus caricias, rendida entre sus manos, cediendo a cada caricia.

No sé cuánto tiempo estuvimos perdidos en la boca del otro, en caricias y suaves jadeos, cuando un gran estruendo se oyó justo al otro lado de la puerta a las tres de la madrugada, demasiado cerca de nosotros para no presentir qué había pasado en casa. Nos separamos de un salto mirándonos con los ojos abiertos como platos, como si fuéramos dos adolescentes a los que han pillado haciendo algo que no debían. Gonzalo se llevó la mano a la nuca y yo cerré los ojos con resignación.

—Y ahí tienes el intenso público del que te he hablado… ¡Madre mía! ¡No me lo puedo creer! —rezongué con la mano tapándome los ojos, mientras intentaba recuperar la respiración que hacía rato había perdido entre los brazos y besos de ese hombre.

Gonzalo se pasó las manos varias veces por su corto pelo, la mirada ensombrecida por la pasión, convirtiéndolos en dos océanos de aguas profundas y oscuras, y la respiración tan alterada como la mía. Respiró profundamente bajando la mirada al suelo y la levantó con la pasión dibujada en ella, sacando el aire temblorosamente por la boca para poder preguntarme en medio del silencio que de nuevo nos rodeaba.

—¿Ha sido tu hijo? —habló mirando a la puerta que tenía a mis espaldas.

—¡Peor! ¡Leo y su marido! —me quejé fulminando la puerta de entrada con mi mirada, queriendo traspasarla.

—Sí, mejor en mi casa —confirmó en un suspiro dando un paso atrás con una fuerza de voluntad increíble—. Pasaré a buscarte a las siete.

—Puedo ir yo, ya sé dónde vives —me extrañé intentando pensar con claridad, porque estaba convencida de que en esos momentos

mi cerebro no procesaba la información que recibía con mucha lucidez.

—¿Y arriesgarme a que no vengas porque no te arranca el coche? —El humor en la pregunta era un hecho—. A las siete, no me hagas esperar.

—Te viene de serie el dar órdenes, en serio. —Lo miré alucinada, pasado un poco el calentón del momento.

—Hasta mañana, dulzura —se despidió con una promesa implícita en tan solo tres palabras.

—Hasta mañana —susurré para mí mientras lo veía desaparecer escaleras abajo con esa seguridad tan suya, sabiendo que al día siguiente podría volver a disfrutar de ese Gonzalo que era todo un descubrimiento para mí, deseando con ganas y muchísima ilusión que llegara el momento.

Sonreí por no sabía cuántas veces esa noche, suspirando como una colegiala. Tenía miedo por lo que aquella cita implicaba, por quién era él y porque yo no era nadie en su mundo, uno rodeado de lujo y poder. También sabía que nunca había sentido así por un hombre y era lo que me hacía seguir adelante con esa locura que ya anticipaba que no podía acabar bien para mí. ¡Pero es que no podía evitarlo! ¡Era necesidad saber dónde me llevaría! Arriesgaba mucho, pero es que, igualmente, no sabía cómo detenerlo, era algo más fuerte que yo y no podía pararlo. Mi cuerpo era un sinfín de sensaciones cuando lo tenía a su lado, mi corazón latía de tal modo que en cualquier momento se iría tras él sin pensárselo dos veces, mi piel cosquilleaba por sentirlo tan cerca que no supiese dónde acababa uno y dónde empezaba el otro, y mi razón hacía tiempo que iba por libre, pues le había contado una historia muy personal y me había sentido liberada al hacerlo. ¡Sí! ¡Tenía un gran problema con lo que sentía hacia ese hombre! Suspiré soltando el aire,

temblorosa por todo lo que me estaba sucediendo y no podía controlar, al contrario, ¡deseaba más! Me toqué los labios con las puntas de los dedos suavemente, mientras una sonrisa se dibujaba con fuerza en mi cara sin poder evitarlo.

Otro nuevo ruido tras la puerta me hizo centrarme en el presente. Negué con la cabeza con una gran sonrisa que no hubiera podido borrar de mi cara ni bajo amenaza de muerte y entré en casa con la decisión escrita en la frente de hablar seriamente con ellos. No pasaría de esa madrugada que les explicara a mis chicos cómo se tenía que espiar detrás de una puerta sin que se enterara toda la calle, porque con ese beso que había empezado Gonzalo y que no habíamos podido acabar, con ese, estaría soñando toda la noche.

# Capítulo 33



*Sábado, 30 de enero*

**Gonzalo**

Cuando llegué a mi ático sabía que no me había equivocado con Daniela, una mujer atractiva, inteligente, con una enorme resiliencia y un espíritu inquebrantable. Después de conocer parte de su historia, había confirmado que era una mujer muy especial, de una gran fortaleza y con mucho vivido a sus espaldas. ¡Y la quería para mí! Poco me importaba si nadaba en la abundancia o, como ella me hizo saber días atrás, vivía de okupa en casa de unos amigos junto con su hijo, algo que tampoco me importaba. Esas cosas nunca habían sido importantes para mí y esa mujer había demostrado mucho ella sola, era una luchadora nata que no se rendía ante las circunstancias y eso era de admirar. No lo había tenido sencillo en la

vida y había sobrevivido con nota, siempre con una sonrisa en su cara y una actitud digna de admiración.

Súmale a todo ello que a mi cuerpo, cuando la tenía delante, no le era indiferente. Nunca en la vida había experimentado algo parecido con una mujer. Porque sí, porque Daniela de cría no tenía nada, y me lo demostraba cada vez que la tenía a mi lado. Ella era una mujer en toda la extensión de la palabra. A pesar de sobrepasarla en edad, me había demostrado una pasión comparable a la de la mejor amante experimentada, un deseo salvaje y una pasión que conseguía encenderme con un solo maldito gesto de su labio, una simple mirada suya.

Si no nos hubieran interrumpido el beso desde detrás de la puerta de su casa, no sé qué hubiese pasado entre nosotros en el descansillo de esa escalera. ¡No me reconocía! ¡Yo nunca actuaba así! ¡El problema era que me gustaba lo que veía! ¡Cómo era con ella a mi lado! No, no iba a perder a esa mujer, porque sabía que, por mucho que me esforzara en buscar, no volvería a encontrarla en ninguna otra. No me importaban ni su pasado ni si tenía un hijo ni si era la mujer apropiada para un hombre de mi posición. Nunca me habían importado esas cosas porque en mi familia siempre se le habían dado prioridad a las personas y a los sentimientos, no a su cuenta bancaria o a su clase social. ¡Y eso le iba a demostrar esa misma noche!

El día se me pasó esquivando las llamadas de mi padre y mi hermana, por lo que habían presenciado en la fiesta benéfica, y alguna que otra de Candy. A todas respondí con evasivas y contestaciones muy vagas, porque hasta que yo no supiera qué terreno pisaba con Daniela no quería la intromisión de nadie. En esos momentos, solo sabía que cada paso con ella valía la pena y si les contaba mis recién descubiertos sentimientos, Maite y Candy (y

no descartaba a mi padre también) podrían empezar a enviar invitaciones de boda para nuestro inminente enlace, algo que creía primero debían saber los novios.

Minutos antes de las siete, dejé mi SUV parado en doble fila enfrente de su portal, puse los intermitentes de emergencia y me subí el cuello del abrigo antes de salir del coche. No entendía los nervios que sentía en la boca del estómago, pero no podía ignorarlos. Sonreí, nunca imaginé que una persona, fuera mujer u hombre, me pudiera provocar esa sensación tan amarga y a la vez tan dulce, una calidez que me recorría el pecho y encendía mi piel, mucho menos una con carita de muñeca y un carácter tan fuerte y apasionado como el fuego, pero que luego era pura ternura.

No tuve paciencia para esperar al ascensor y subí a la cuarta planta por las escaleras, igual de ese modo conseguía calmarme. ¡Nada! Cuando me encontraba en la planta cuarta, delante de su puerta, seguía igual, así que toqué el timbre. Al momento la puerta me la abrió una sonriente Daniela con el abrigo y el bolso en su mano y, al verme, la mirada se le iluminó de un deseo sereno y a la vez urgente, una promesa de acabar ese beso pendiente entre nosotros, y simplemente eso me hizo querer un poco más a esa mujer a mi lado. Poco a poco, su mirada me fue recorriendo con lentitud de arriba abajo hasta convertirse en sorpresa. Bajé yo también la mirada, no fuera a ser que algo no estuviera en su sitio, y al momento me cogió del brazo y me arrastró hacia dentro, para cerrar con fuerza la puerta a sus espaldas.

—Hola, dulzura. Creía que la idea era cenar en mi casa, no en la tuya —le dije, pronunciando las palabras en un susurro íntimo lleno de intenciones.

—Y yo también. —Me volvió a mirar de arriba abajo, acción que yo volví a imitar porque ahora sí estaba convencido de que algo no

estaba en su sitio—. Quedamos en que no iríamos a ningún restaurante pijo, sino a tu casa, Gonzalo.

—Lo sé —contesté, extrañado—. Vamos a ir a mi ático, ya te lo dije ayer.

—Ahhh —y le dio un tercer repaso a mi persona de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¡Suficiente, Daniela! ¿Se puede saber qué me pasa? —quise saber sin entender qué miraba de ese modo.

—Es que vas vestido… así, y he creído que… —se extrañó.

Me volví a mirar sin entender qué me quería decir porque iba vestido con lo normal. Unos pantalones chinos, suéter de cuello alto de cachemir liso, todo en tonos oscuros, y mi abrigo Chesterfield, queriendo dar una imagen sobria, algo informal pero elegante.

—¿Así cómo?

—Pues así… Parece que te hayan sacado de una revista de moda, pensaba que al cenar en tu casa sería algo más informal —me iluminó por fin.

—Daniela, me he vestido informal. —Sonreí por primera vez en todo el día porque esas sonrisas solo me las provocaba ella.

—Ya, ya, lo que tú digas, sonrisas. —Me volvió a coger del brazo y tiró de mí con fuerza haciéndome entrar en un gran salón mientras soltaba de cualquier manera encima de la mesa bolso y abrigo, y donde también dos pares de ojos se quedaron clavados en mí—. ¡Leo! ¡Enzo! ¿Os acordáis de Gonzalo de la Fuente? Pues os lo dejo aquí un momentito en lo que yo me cambio de ropa por algo más «informal», como él —dijo con intención, haciéndome sonreír por segunda vez en apenas un minuto—. ¡No tardo nada! ¡Leo, y tú pórtate bien para variar!

El aludido, sentado en el sofá del salón junto al hijo de ella, alzó los brazos en señal de paz y se le escapó la sonrisa mientras se

encogía de hombros, guiñando con complicidad su ojo a Enzo, el cual sonrió traviesamente.

Cuando me di cuenta, Daniela ya había desparecido de mi lado, dejándome en medio del salón sin haber podido abrir la boca. Esa mujer, enfundada en unos vaqueros donde se apreciaban todas sus bonitas curvas y un gran jersey de cuello alto, era lo más espectacular que había visto en mi vida. Daba lo mismo cómo fuera vestida, siempre llamaría mi atención, aunque en esos momentos ella no se lo creyera y me hubiera hecho ver el porqué de su actitud conmigo en cuanto aparecí. ¡Diosss! Y volví a sonreír como un idiota. ¿Siempre sería de ese modo con ella? ¿Solo con una frase caería rendido a sus pies con una sonrisa? Porque eso era lo que hacía conmigo cada vez más a menudo. Lo peor es que me gustaba sentirme así con ella y solo con ella.

Un carraspeo me hizo dejar de soñar despierto para centrarme en la pareja que me observaba con interés. Leo me miraba con la misma sonrisilla de antes y con Enzo me dio la sensación, por cómo me miraba, de que no le gustaba mi presencia en esa casa.

—Pasa, Gonzalo, y siéntate con nosotros. ¡Todavía tardará un rato en salir!

—Gracias, pero ya la has oído, no tarda nada.

La carcajada de Leo hizo sonreír a Enzo, el cual me miró como días atrás en el despacho, como si realmente fuera idiota.

—¡Deja el abrigo encima de aquella silla y siéntate con nosotros! Dani aún tardará un rato, hazme caso —y me indicó con la mirada el sillón para que me acomodara con paciencia.

Solté aire imperceptiblemente mientras me quitaba el abrigo, porque no era esa mi idea cuando le dije a Daniela que pasaría yo a buscarla. Leo me miraba con interés y con ganas de hacerme muchas preguntas, pero es que su hijo Enzo me ponía nervioso. ¡A

mí! ¡Un crío de ocho años! Veía en sus ojos la misma inteligencia que la de la madre, además de su misma sonrisa y sus mismos ojos. ¿Cómo había estado tan ciego para no reconocerle en cuanto lo vi aquella tarde?

—¡¿Así que has venido a buscar a nuestra querida Dani para cenar esta noche con ella?! —se dirigió a mí un sonriente Leo con una mirada clavada en mí tan sagaz como la del niño—. Todo un detalle por tu parte.

—No es nada —contesté con precaución sin dar más información.

—Al contrario, realmente todos esos pequeños detalles con ella dicen mucho de ti —volvió a la carga sin perder la sonrisa.

—Detalles que, por supuesto, tú conoces —quise saber sin andarme con rodeos.

—Los detalles son importantes, Gonzalo.

—¿Qué «detalles» exactamente son los que conoces? —Ya no había precaución en mi manera de contestar, actuaba un poco como realmente era.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —contestó él con una sonrisa más amplia, sin amedrentarse por mi modo de hablarle.

—Mira, Leo…

—¡Enzo, rey! —me cortó dirigiéndose al niño con muchísimo cariño—. ¿Me puedes traer mis gafas que están en mi estudio?

—¡Jooo, tito Leo! Ahora no estás trabajando, no sé para qué las necesitas… —se quejó un Enzo demasiado pendiente de nuestra conversación.

—Porque me hago viejo, Enzo, muy viejo. ¿Me harías el favor de traérmelas?

—¡Vaaaale! —cedió de mala gana y, al ir a hacer el encargo, me dirigió una mirada que no me deseaba nada bueno.

Apenas salió por la puerta Leo se dirigió nuevamente a mí sin borrar su sonrisa de su cara y continuó la conversación como si nada.

—Ya te dije que soy su mejor amigo y, sin contar a su hijo, su única familia. La quiero mucho y no quiero que lo pase mal, eso es todo. La cuido igual que ella me cuida a mí, por eso haré todo lo que esté en mi mano para que no pierda nunca esa escandalosa risa que tiene y conserve su bonita sonrisa sin que el mundo logre apagarla. Esa ilusionada mujer que está ahora mismo ahí dentro sacando todo el armario, solo y exclusivamente por ti, no se merece que la vuelvan a hacer sufrir.

—Mira, Leo, no sé qué te habrá contado pero lo último que deseo en esta vida es hacerle daño.

—Lo sé, solo quería oírlo de tu boca. Le has demostrado más en unas semanas que el gilipollas aquel con el que salió durante un año. No es de cristal, eso ya lo habrás comprobado por ti mismo, es muy fuerte pero no soportaría verla mal otra vez por culpa de un tío.

—No, ya sé que no es de cristal y no, tampoco es mi intención que lo pase mal a mi lado —fue mi única respuesta.

—Dani es una mujer muy especial, no encontrarás otra como ella. Mi reina tiene un genio a la altura del tuyo. —Alcé las cejas por la sorpresa de esa sinceridad conmigo y él se encogió de un hombro con despreocupación—. ¡Por lo que he oído! Y también un sarcasmo que no deja indiferente a nadie, pero también es una mujer cariñosa, dulce, delicada, elegante…

—¡Leo! ¡LEEEEOOOOOO!

El grito que llamó a su amigo cortó la conversación entre ambos. Yo fruncí el ceño y Leo se encogió de hombros negando imperceptiblemente con la cabeza.

—Y muy poco sutil también, como irás comprobando con el paso del tiempo. —Se rio mientras se levantaba—. ¡¡VOYYY!! —Dio el mismo grito él. Antes de salir se volvió a dirigir a mí—. Perdona, Gonzalo. ¡Una urgencia!

Salió del comedor y me levanté para esperar a Daniela. Paseé por el nada pequeño salón observándolo todo. Era todo muy cálido, muy hogareño, algo que me gustó mucho. Cojines de distintos colores y formas repartidos por el gran sofá, mantas de todos los tamaños apiladas en la esquina, revistas esparcidas por la mesa, fotos de ellos cuatro por todos los rincones, dos mandos de videojuego preparados para el inicio de una nueva partida, luces cálidas y olor a palomitas recién hechas por toda la estancia. Me acerqué a ver con curiosidad las fotos más de cerca cuando la voz de Enzo me llegó desde atrás.

—¿Ahora eres el novio de mi madre? —La pregunta fue hecha con un tono a la defensiva, como si eso no le gustara nada.

Me giré y me percaté de cómo ese pequeño hombrecito estaba en posición de ataque, con ganas de darme con sus puños para que me fuera de esa casa yo solo y dejase a su madre junto a él. Entendí que ella era lo único que tenía en esa vida, además de sus supuestos tíos, y algo en mí me hizo querer tranquilizarlo.

—No, solo somos amigos —contesté con suavidad, mirándolo a los ojos, sin movernos ninguno de los dos.

—¿De verdad? Uffff, menos mal. —Soltó el aire que tenía retenido con tranquilidad.

—¿No te caigo bien? —pregunté, queriendo saber hasta dónde sabía de mí, además de que hacía salir muy tarde a su madre del trabajo y no le podía dar las buenas noches por mi culpa.

—No mucho…, pero no es por eso —vaciló con mucha sinceridad, dirigiendo su vista al suelo mientras jugueteaba con las gafas de leer

de Leo entre sus manos.

—¿Entonces por qué te caigo mal? —Me miró con precaución—. Tú a mí no, y me gustaría poder solucionarlo.

—Es que… el otro novio de mi madre le hizo una vez daño… —habló bajito.

—¿Le pegaba? —Me envaré queriendo que alguien me dijera la verdad sobre Daniela, y si era de su hijo, pues bienvenida fuera la información.

—Una vez, pero le hizo mucho daño —y volvió a callar dejándome con las manos en dos puños al conocer que alguien la había golpeado.

—¿Qué pasó, Enzo? —Me miró con recelo—. Me lo puedes contar, yo también soy un buen amigo de tu madre y si me lo cuentas, podría protegerla si le volviera a pasar.

Dudó, pero acabó hablándome, mientras de reojo miraba a su espalda para comprobar que estábamos solos.

—Una noche le pegó mucho rato y tuvo que venir una ambulancia porque estaba llena de sangre. Yo me asusté mucho porque quería que se levantara, pero no se movía, y no quiero que otra vez tenga novio porque no quiero que le pase otra vez lo mismo —me reveló la verdad, y a mí se me paró el corazón durante unos segundos.

Algo intuía, esos pequeños detalles que, empezaba a aprender, eran tan importantes en la vida de una persona como los grandes acontecimientos, pero conocer que le habían dado una paliza de esa magnitud me alteró de tal manera que si hubiera tenido delante a ese hijo de perra, probablemente lo hubiese matado con mis propias manos. Esa cariñosa y risueña mujer había vivido más de lo que contaba. Me daba cuenta de que no la conocía en absoluto y aun así me había embrujado de tal manera que ahí estaba, con la

impaciencia de un chaval en su primera cita deseando llevármela de la mano para hacerla sonreír como se merecía.

Me acuclillé para estar a la altura de Enzo y poder mirarle directamente a los ojos.

—Enzo, yo nunca le haré daño a tu madre. ¡Te lo juro! —le dije solemnemente para que me creyera.

—Pero yo no quiero que tenga novio. Cuando sea grande, yo cuidaré de ella y ya no volverá a llorar más por las noches sin que se crea que no la oigo.

—¿Ella llora por las noches? —me preocupé, queriendo saber otra vez, gracias a su inocencia.

—Ahora no lo sé porque me quedo dormido antes de que venga de trabajar. Antes se reía mucho conmigo porque me iba a su cama y le hacía muchas cosquillas para que se riera. Me gusta mucho su risa.

—A mí también, Enzo…, a mí también —admití en un susurro.

—Pero ahora no sé si lo hace otra vez… Llega tarde. —Se encogió de hombros con tristeza.

—Vamos a hacer un trato —le dije sin dudar de lo que le iba a proponer—. Si tú me prometes que todas las noches le harás cosquillas para que se ría mucho, yo, a cambio, te prometo que intentaré que sean pocos días los que llegue tan tarde a casa. —Lo miré muy serio tendiéndole la mano para cerrar el acuerdo—. ¿Trato hecho?

Se quedó mirando mi mano con el ceño fruncido, subió la vista otra vez a mi cara y, poco a poco, su expresión se transformó en una de felicidad, y sonrió solo como un niño lo sabe hacer, sin artificios. No dudó entonces en darme la mano con la fuerza de un adulto. Y eso confirmó mi sospecha después de esa iluminadora conversación: ese niño había vivido demasiado para su corta edad, al igual que su

madre. Un instinto de sobreprotección surgió en mi pecho, sentimiento que no entendí porque apenas conocía a ese pequeñajo y poco más a la madre, pero deseé que ni madre ni hijo volvieran a pasar por algo similar jamás.

—Trato hecho —me sonrió, la misma sonrisa de su madre.

—Bien, y ahora que tú y yo tenemos un trato, ¿me traes papel y lápiz?

—¿Por qué? —quiso saber sin moverse del sitio.

—Ahora lo verás, no seas impaciente. —Le sonreí, guiñándole el ojo.

No tardó más que unos segundos en traerme lo que le había pedido. Me apoyé en la mesa del comedor y, una vez anoté mi número de teléfono junto con mi nombre, le devolví el papel.

—¡Guárdalo! Ese es mi número de teléfono personal. Muy poca gente lo tiene, solo las personas que son muy especiales para mí, de mi confianza. A partir de ahora, quiero que tú también lo tengas para que puedas llamarme siempre que quieras a la hora que sea si lo necesitas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Cogió el papel y se lo guardó dentro de uno de sus bolsillos del pantalón con una sonrisa de tranquilidad en su cara, algo que me hizo sacar el aire que se me había quedado atorado en la garganta desde el momento en que conocí un poco más de esa historia.

Así nos encontraron Daniela y Leo cuando entraron en el salón con prisas.

—Enzo, rey, ¿todo bien? —Leo se acercó a nosotros observándonos con interés.

—Sí, tito Leo, superbien —y cuando lo cogió de la mano para llevárselo al sofá le dijo muy bajito pero que todos escuchamos sin

problema—. ¿Sabes? No es tan idiota como decís mamá y tú. ¡A mí me cae bien!

—¡Enzooo! —le llamó su madre la atención de un grito mientras Leo temblaba de risa para no soltar una gran carcajada.

Iba a contestar cuando, al posar mi mirada en Daniela, ya no pude hacer nada más que quedarme embelesado con ella. Esa mujer no conocía su potencial, pero era lo más bonito que vería jamás. Vestía un vaporoso vestido negro, adornado con pequeñas flores de colores. El diseño, de cuello alto y mangas largas transparentes, caía hasta justo por encima de las rodillas. Completaba el conjunto con unas botas altas que le daban un toque elegante y moderno que no dejaban ver un centímetro de su piel, pero era tan sensual que supe que no podría sacarle la vista de encima en toda la noche. Nos quedamos mirándonos como si no hubiera nadie más en ese salón, yo otra vez en el papel de ese chaval que lograba sacar de dentro de mí cada vez que la tenía a mi lado, ella con una tímida sonrisa mientras se pasaba el pelo por detrás de su oreja.

—Estás muy bonita —logré decir sin moverme aún de mi sitio, clavado en él.

—¡Gracias! Tú también, por cierto, por eso el vestido, para no sentirme fuera de lugar y estar a la altura.

—¡¿Cómo?! ¡¿Por eso te has cambiado de ropa?! —me enfadé al momento por ese comentario—. Daniela, si vuelves a decir una tontería como esa te juro que te llevo a cenar a un restaurante de platos grandes y escasa comida en ellos vestida con los vaqueros que llevabas hacía un rato —la amenacé algo mosqueado.

—¡Inténtalo, sonrisas! No te será tan fácil.

—No me provoques, Daniela, no me provoques —acabé la conversación con el amago de una sonrisa—. ¡Vámonos antes de que cambie de opinión!

Cogí mi abrigo mientras ella se ponía el suyo. Volví a sentirme observado por los mismos dos pares de ojos de hacía un rato, pero las miradas se habían suavizado, algo que me hizo sentir un poco mejor.

—¡Portaos bien, chicos! —les ordenó con cariño Daniela a sus hombres mientras yo ya salía del comedor y Leo se acercaba a ella.

—Y tú pórtate muy mal, reina —le respondió en un susurro, el cual, a pesar de todo, oí sin problemas.

—¡Leooo! ¡Eres peor que Enzo! —se quejó, hablando bajito.

—Sí, por eso voy a echar la llave a la puerta y no la volveré a abrir hasta mañana por la mañana. No te quiero ver por aquí hasta entonces. —Oí cómo le daba un beso en la mejilla y yo ya no pude evitar sonreír por las ocurrencias de su amigo.

Salimos al descansillo y la puerta se cerró a nuestras espaldas cuando el ascensor se abrió. Dejé pasar primero a una Daniela sonrosada con la mirada baja, sin hacer comentario alguno, y bajamos en un silencio cómodo. No quería asustarla, esa mujer que no se creía estar a mi altura era lo mejor que me había pasado en la vida, y no la iba a perder por nada en este mundo.

# Capítulo 34



*Sábado, 30 de enero*

**Daniela**

Diez minutos después, entrábamos por la puerta del ático de Gonzalo. En el corto trayecto de mi casa a la suya habíamos intercambiado opiniones sobre lo que era ir informal a una cena en casa, y le enseñé imágenes de ejemplos prácticos en mi móvil. A cada imagen que le mostraba, su ceño se iba frunciendo más y más, y yo, pues cada vez me reía más alto, sacándole a ese apuesto hombre una expresión entre el asombro y el horror junto a una sonrisa que, no tenía duda, me estaba haciendo babear sin poder evitarlo. Cuando llegamos, aún no nos habíamos puesto de acuerdo sobre eso, entre risas y pullas.

—¡Diosss! ¡Qué bien huele! —Cerré los ojos dando un suspiro de placer mientras Gonzalo se llevaba los abrigos.

Fui a la cocina sin pedir permiso, detrás de ese delicioso olor que salía de ella. Cuando entré me quedé con la boca abierta. Era una cocina enorme, con una grandísima isla en medio, taburetes con respaldo, muebles de diseño y electrodomésticos acordes con ellos, todo imponente e impresionante, como su dueño.

—Veo que ya has encontrado la cocina. —Su grave voz, justo a mi espalda, muy cerca de mí, me hizo cerrar de nuevo los ojos sin saber qué me hacía babear más, si su caro perfume o el olor a comida.

—¿Eso que huele tan bien lo has cocinado tú? —quise saber girándome hacia él.

—Sí, pero es solo la guarnición. —Su sonrisa fanfarrona de «ya te lo dije» me hizo sonreír a mí también—. ¡Ven! ¡Siéntate aquí mientras acabo de cocinar! —Me cogió de la mano y me llevó al lado de uno de los taburetes con respaldo para que me sentara—. ¿Te apetece una copa de vino?

—Agua, si no te importa. Ya sabes… no soy muy fan del alcohol.

—No me lo pareció en tu última noche en el *Love Dance,* detrás de la barra con Cris. Los chupitos te los estabas tomando de dos en dos.

—¡Una excepción! —Sonreí apretando los labios para no carcajearme—. Cris estaba dándome el pésame al enterarse de quién sería mi nuevo jefe a tiempo completo. No podía hacerle ese feo…

—No sé de qué me sorprendo —negó resignado la cabeza intentando no sonreír él también—. ¡Está bien! ¡Agua entonces!

Observé cómo se movía por la cocina, con la misma elegancia y seguridad que si hubiese estado en una fiesta de la *jet set*. Ese impresionante hombre era todo un espectáculo hiciera lo que

hiciese. Y yo me volví a preguntar qué narices hacía yo allí con él, cuando no tenía nada que ver con su mundo ni su manera de ser.

Enseguida me puso una elegante copa con agua delante de mí y dio la vuelta a la isla para terminar de preparar la cena. Sin ningún pudor, se colocó un delantal y sacó una sartén de uno de los armarios bajos para ponerla al fuego mientras iba a la nevera a por una bandeja de carne. Sabía que me lo estaba comiendo con la mirada, pero no pude desviar mi mirada de él en ningún momento. Nunca me hubiera imaginado que Gonzalo con delantal me pudiera llamar más la atención y resultar más embriagador que vestido de esmoquin.

—¿Tienes hambre? —Levantó la mirada hacia mí con una sonrisa provocativa, mientras ponía con cuidado la carne en la sartén.

—Ahora mismo se me hace la boca agua —aunque no sabía si era por el olor que me llegaba o simplemente era por él.

—Por la cena, por supuesto…

¿Eso había sido un intento de flirteo? Porque empezaba a dársele de lujo.

—Por la cena —y me llevé la copa de agua a los labios empezando a sentir la boca muy seca—. ¿Cómo es que sabes cocinar? Ni yo me muevo con tanta soltura por una cocina. Realmente me has impresionado, no me lo esperaba.

La suave risa con la que me contestó hizo que mi piel se erizara al instante, deseando descubrir más en profundidad a ese hombre que no era en absoluto lo que aparentaba. Le dio la vuelta a la carne mientras la rociaba con una salsa aromatizada para luego bañarla con un generoso toque de vino tinto. Cuando la salsa empezó a oler a gloria bendita, sacó dos platos para comenzar a servir la comida. Apoyé los codos en la isla y coloqué las manos bajo mi barbilla para no perderme detalle.

—Tampoco hay historia. —Se encogió de un hombro sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo—. Simplemente me gusta y con el tiempo he aprendido a hacer platos bastante elaborados. No hay más misterio.

—¡¿Tampoco hay historia?! Venga yaaa… —bufé muy poco femeninamente, lo que provocó otra sonrisa en mi particular chef, aunque no levantó la vista de lo que estaba haciendo—. Bien, no pasa nada. Seguiré intentándolo, seguro que hay una historia escondida en ti.

—No hay historias relevantes en mi vida, Daniela, siento decepcionarte.

—¿Y la italiana? —volví a intentarlo.

—En Rosella lo último que hay es una historia —contestó apartando la sartén del fuego para ir a lo que tenía en el horno mientras seguía hablando—. Me di cuenta tan rápido de ese error que, si no llega a ser porque fue esa niña rica la que se quedó encaprichada conmigo, ni me acordaría de ella.

—¿Y ella ya lo sabe? —Se rio por el comentario.

—No, estoy convencido. Esa mujer vive en un mundo paralelo al nuestro, créeme. —Me miró de reojo con un brillo de diversión sin dejar de trabajar en la cocina.

Hubo un momento de silencio entre los dos, mientras terminaba de preparar los platos, y no me disgustó, al contrario, estaba cómoda sin hablar, solo viendo cómo trabajaba, algo que no me había ocurrido nunca con nadie. Otro escalofrío por mi espalda, porque yo sí que me estaba encaprichando de un hombre que estaba fuera de mi alcance, aunque ahí estuviese en esos momentos, sin dar crédito ni haberlo pensado muy profundamente, sentada en su cocina mientras cocinaba. ¡Para mí!

—¿Ya está? —quise saber, muerta de hambre solo con el delicioso olor que me llegaba.

—*Voilà!* Aquí tienes unos deliciosos medallones de solomillo de ternera en reducción de vino tinto con parmentier de patata trufada y vegetales glaseados, la especialidad del chef. —Levantó los platos con ambas manos mientras me los enseñaba con un orgullo que no disimulaba lo más mínimo.

—¡Madre del amor hermoso, Gonzalo! Eso tiene una pinta deliciosa. —Miré la comida con gula.

—¡Gracias! ¡Y sabe mejor! ¿Cenamos? —preguntó mientras me ponía uno de los dos platos enfrente de mí y el otro a mi derecha.

—¿En la cocina? ¿Un hombre de tu clase social y estatus comiendo aquí? —La pregunta me salió con una especie de graznido porque eso sí que no me lo esperaba.

—Es una cena informal, ¿recuerdas? —me preguntó con un centelleo travieso en sus ojos—. Y que sepas, señorita, que me encanta comer en la cocina. Apenas utilizo el comedor. ¿De verdad me ves tan esnob? —quiso saber con simple curiosidad mientras colocaba cubiertos y servilletas al lado de cada plato para sentarse a mi lado.

—Si te digo que sí, ¿me cuentas la historia? —le contesté encogiéndome de hombros con una gran sonrisa inocente.

—Al final, me vas a dar que pensar —suspiró divertido—. ¡Pruébalo, venga! ¡A ver qué te parece! —me ordenó, y no dudé en cumplir esa orden.

El primer bocado que llevé a mi boca se deshizo en una exquisita combinación de sabores que me hizo gemir del gusto, y noté cómo Gonzalo se envaraba imperceptiblemente a mi lado, sin apartar la vista de mi boca.

—¡Joder, Gonzalo! Lo que se están perdiendo los que comen cocina creativa de esa… uffff —farfullé metiéndome otro bocado a la boca y reaccionando del mismo modo—. ¡¿Pero a ti hay algo que se te dé mal hacer?! —quise saber con la boca llena.

—Muchas cosas que, de momento, me guardaré para mí. ¡No quisiera caerme de tu pedestal! —bromeó con un brillo importante de deseo en sus ojos.

Me quedé con el tenedor a medio camino entre el plato y mi boca observando esa tímida sonrisa que apareció en su boca, gesto que cada vez hacía más a menudo conmigo, pero al que no conseguía acostumbrarme porque realmente su atractivo se multiplicaba cuando lo hacía. Carraspeé y bebí agua para darme un momento y calmarme.

—¿Tú no cenas? De verdad que está riquísimo.

—La próxima vez me ayudarás a cocinar. Te darás cuenta de que no es nada difícil. —Habló como si de un secreto se tratara, envuelto en una dulce promesa, mientras se llevaba el tenedor a la boca.

«La próxima vez…». Y no pude evitar que esa promesa se clavara en mi corazón.

Terminamos de cenar en una agradable conversación, disfrutando de cada bocado de esa suculenta cena, mientras la complicidad entre nosotros cada vez era más evidente, entre suaves risas y miradas que lo decían todo. Recogimos los platos y le ayudé a colocarlo todo en el lavavajillas antes de que sacara el postre. Cuando me pasó el último plato, lo hizo con la mano izquierda y me quedé mirando el pequeño anillo en forma de sello que tanto me llamaba la atención.

—¡Cuéntame la historia de ese anillo! —le pedí queriendo saber, porque ahí sí que había una historia, estaba convencida en ello.

—¿Por qué estás tan segura de que existe una historia detrás?

—Solo luces esa pequeña joya que, a pesar de no ser nada ostentosa, estoy convencida de que vale una pequeña fortuna, pero es extrañamente discreta. —Se le escapó una pequeña sonrisa—. No hay más anillos, ni cadenas de oro, ni pulseras ni nada parecido. Tus relojes no cuentan, aunque seguro que solo uno de los muchos que tienes debe de costar lo mismo que el piso de Leo y Nael, y ya ni te cuento esos carísimos gemelos que utilizas en los puños de tus camisas, porque cada par distinto que te he visto llevar rezuma poder. Pero ese anillo parece distinto, fuera de lugar. ¿Qué historia tiene?

—Lamento decepcionarte de nuevo, dulzura, pero tampoco hay historia —contestó con una suave sonrisa mientras subía ambas cejas con diversión—. Simplemente lo vi en el escaparate de una joyería, me gustó y lo compré.

—¡Madre mía, Gonzalo! ¡Pues invéntatela, en serio! —me quejé impotente cerrando el lavavajillas—. Deberías de tener al menos una historia que contar, no puede ser que con cuarenta años no tengas nada, ni una triste anécdota.

—¡Treinta y seis! Y por increíble que te parezca no tengo historias que contar, siempre he evitado eso pasando inadvertido, así que no es de extrañar…, al menos hasta que te conocí…

—Y deberías estar agradecido por ello. No me extraña que tu carácter se asemeje tanto al de una persona mayor.

—Soy algo mayor, Daniela, y ahora ¿te puedo ofrecer postre? —Me volvió a indicar mi asiento mientras negaba divertido con la cabeza y me ayudaba a sentarme.

—Sonrisas, búscale una historia a ese anillo y ten algo que contarles a tus nietos el día de mañana. Vas a ser un abuelo muy aburrido —contesté en tono juguetón.

La sonrisa que me regaló antes de ir a la nevera, una amplia y sincera, me hizo preguntarme si mis bragas seguirían todavía en su sitio. Ese hombre debería sonreír más a menudo, ¡lo que se estaban perdiendo el resto de las mujeres con esa sonrisa!

Volví a apoyar los codos en la isla para colocar las manos en mi barbilla y poder observar a mi antojo a Gonzalo. Podría pasarme la vida contemplando a ese hombre y estaba convencida de que no me cansaría nunca. La manera que tenía de moverse era hipnótica, su cuerpo todo un espectáculo, su conversación inteligente y estimulante, sus escasas sonrisas me hacían vulnerable y desear más de él, exponiéndome a que me pudiera hacer daño de manera inconsciente, lo sabía, pero daño al fin y al cabo.

—¡El postre! —anunció dejando un único plato enfrente de mí—. ¡Bollitos rellenos de chocolate!

¡La madre de Dios! Y luego estaban esos gestos conmigo, como ese postre. Pequeños detalles que nos definen como personas y nos muestran cómo realmente somos mucho más que esas grandes acciones hechas a bombo y platillo solo para que todo el mundo las vea.

—¿Son de la cafetería pija? ¿La bomba de grasa y colesterol que está tan deliciosamente buena? —Abrí los ojos con sorpresa mientras la boca se me volvía a hacer agua.

—Sí, los mismos. —Sonrió al ver mi expresión sentándose a mi lado—. Me dio la ligera impresión de que te gustaron bastante hace unos días —dijo quitándole importancia al gesto.

—No sé qué decir…

—Solo por haberte dejado sin palabras por una vez desde que te conozco, sin que ello implique ir yo sin camisa, ha valido la pena, así que solo disfrútalos, aunque a mí me vaya a generar ansiedad saber

el daño que va a hacerte eso en tu organismo —contestó con supuesta desaprobación.

—¿Y los tuyos? —Me reí por el comentario—. Solo hay un plato.

—Cuando te dije que no soy un gran amante del chocolate, no te engañé.

—Una pena, entonces. Tendré que comérmelo todo yo.

Dejé los cubiertos a un lado y ataqué esos deliciosos bollitos de chocolate con los dedos, recordando lo que pasó la última vez, con lo que al morder la mitad del dulce reprimí el hacer ningún tipo de ruidito. Solo cerré los ojos para saborearlo en completo silencio porque el chocolate me podía, pero ese sería mi perdición. Me llevé la otra mitad a la boca y me chupé los dedos en un acto instintivo e inconsciente. Cuando volví a abrir los ojos, los de Gonzalo estaban encima de mí, indescifrables en esos momentos, perdida la sonrisa del momento y la pose relajada. De nuevo ese silencio entre ambos, y otra vez esa necesidad de crear una conversación porque lo que empezaba a leer en su mirada empezó a acelerarme el corazón de anticipación. Estaba convencida de que los dos deseábamos algo más, el beso de la noche anterior me dio una pequeña pista, pero ninguno se atrevía a dar el paso por ¿miedo?, ¿precaución?, ¿ser conscientes de que si tomábamos esa decisión todo resultaría más complicado todavía por quienes éramos?

—Deberías al menos probarlos… No sabes lo que te pierdes… —musité empujando suavemente el plato enfrente de él—. Podrías volverte adicto, quién sabe…

Subimos nuestras miradas, que quedaron atrapadas una en la otra. Nunca en la vida había sentido esas ganas de un beso, una caricia, un abrazo. Con Gonzalo era necesidad, y no entendía el motivo. Mi piel pedía a gritos su atención, mi corazón ansiaba un

susurro en mi oído, mi estómago era una atracción sin freno que pedía algo más. Y yo sabía lo que era ese algo. ¡Él!

Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo. Por primera vez en años no sabía cómo actuar. Por primera vez en mi vida no supe qué hacer por pánico a lo que pudiera ocurrir.

Por eso me quedé inmóvil, con el corazón saltándose varios latidos, cuando Gonzalo acercó su mano, lentamente pero con decisión a mi boca y, con su pulgar, atrapó un poco de chocolate de mi labio inferior para lamer seguidamente su dedo llevándoselo a la boca.

—Tienes razón, como siempre contigo… podría volverme adicto al chocolate… por tu culpa —musitó en apenas un susurro que me dejó sin aire.

Se levantó de la silla para colocarse entre mis piernas pero sin que llegáramos a rozarnos, sus ojos casi a la altura de los míos, nuestros alientos entremezclándose tan cerca que quedé totalmente atrapada por su mirada, una que luchaba entre la calidez y la pasión, que se oscurecía por momentos, una caricia a mis sentidos que hizo que mi piel se erizara de un modo brutal, y quise perderme en la intensidad de su profunda mirada azul y no pensar en nada que no fuera ese momento, él, con un deseo, estaba convencida, que igualaba al suyo propio.

Lo vi tragar saliva con dificultad, la respiración empezó a ir más rápida, su cuerpo estaba un poco más cerca del mío, mientras subía lentamente y con mucho cuidado su mano a mi cara para acariciar con suavidad mi mejilla con sus nudillos, hasta llegar a mis labios y coger el inferior con su pulgar y el índice y tirar con delicadeza de él hasta soltarlo de entre mis dientes, sin que yo hubiera sido consciente de que había vuelto a mordérmelo.

—Tienes que empezar a dejar de hacer eso con tu labio, dulzura —dejó escapar en un hilo de voz entrecortado—. Me vuelve loco y cada vez me cuesta más controlarme…

Cerró los ojos con nerviosismo para volver a tragar saliva con fuerza mientras atrapaba mi cara con ambas manos, y sentí la calidez de ellas con una fuerza que me asustó. Deseaba tanto en esos momentos a ese hombre…

—Gonzalo…

—Nunca había sentido esto por una mujer, Dani… ¡nunca! —Me subió un poco la cara para que lo mirara a los ojos, unos que brillaban con deseo mal contenido—. Y si ahora empiezo a besarte, quiero que sepas que no va a haber fuerza de la naturaleza que vaya a poder detenerme, hoy no. Así que, si no quieres que lo haga, dímelo ahora —me advirtió con una intensidad que apenas podía contener.

—Que el cielo me proteja, pero quiero que me beses…, quiero ser tuya… —Apenas fue un murmullo sobre sus labios, noté un cosquilleo de deseo por volver a sentirlos sobre los míos, y eso fue suficiente para que se lanzase sobre mi boca y se adueñara de ella con deseo.

El beso fue brutal desde el principio. No hubo suavidad ni dulzura, solo ganas, ansias y mucho deseo contenido hasta ese momento. Noté cómo me cogía con decisión por la cintura para sentarme encima de la isla y tener mejor acceso a mi boca, sin dejar de besarme con ferocidad, como si nuestras vidas dependieran de ese beso. Me abrió las piernas para colocarse entre ellas y poder abrazarme sin dejar hueco entre nosotros. Su boca era insaciable, su lengua un tormento, sus besos puro pecado.

—Necesito tocarte, Dani… necesito sentirte… —jadeó en mi boca, perdido en el frenesí del momento.

—Sí…, por favor…, hazlo… —gemí más perdida que él, deseando sentirlo con necesidad y un hambre voraz.

Su mano se posó en mi rodilla para ir ascendiendo a lo largo de mi pierna, subiéndome la falda conforme iba acariciando las medias que se interponían entre el calor que me daba la palma de su mano y mi piel. Y quise arrancármelas a tiras en esos momentos, mientras sus manos seguían subiendo hasta llegar a mi cadera y pasar por debajo de mi trasero para clavar los dedos con urgencia en la carne y apretarme contra él, colocándome en una posición donde pude sentir en toda su plenitud la gran erección que se escondía debajo de sus pantalones. Y gemí, algo primitivo e irracional, un sonido que escapó de mi boca entreabierta de manera intensa, mientras su lengua jugaba en el hueco de mi cuello, haciéndome estremecer de arriba abajo sin compasión, una y otra vez. Respiraba con dificultad, pero deseaba más.

Mis manos fueron a su pantalón para desabrocharle el cinturón y tener acceso al botón de estos, y bajé sin perder tiempo la cremallera. A su vez me di cuenta de que él ya me había subido el vestido hasta la cintura, porque la yema de sus dedos rozó mi abdomen, haciéndome volver a jadear mientras echaba la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, momento que aprovechó para posar sus labios con lujuria en mi garganta y bajar lentamente por ella con su lengua, una húmeda caricia que me erizó la piel por completo. No me di cuenta de en qué momento me desabrochó el vestido por la espalda, pero supe que la cremallera ya no estaba en su sitio porque su lengua siguió viajando hacia abajo, por el valle de mis pechos, y lo oí gemir, con el vestido totalmente enrollado en mi cintura.

Necesitaba sentirlo yo también y mis manos volaron a su suave jersey, unas tan temblorosas que no acertaban a subírselo para

sacárselo por la cabeza. Lo hizo él por mí, lo tiró al suelo sin cuidado dejando su espectacular torso desnudo, uno que, desde que vi por primera vez, me moría por tocar y saborear. Nuestras miradas se encontraron, turbias de deseo; nuestras respiraciones aceleradas no nos dejaban oír los latidos de nuestros desbocados corazones. Eso lo supe porque dejé que mi mano viajara a su pecho, allá donde le latía el corazón, tan descontrolado como el mío, para deslizarla suavemente por su torso, pasando por cada trabajado montículo, cada duro músculo, cada marcada abdominal, hasta llegar a la cinturilla de sus bóxers e introducirla en ellos mientras con la otra le bajaba los pantalones. Cerró los ojos ahogando un gemido, su cuerpo reaccionó con un leve temblor y su piel se volvió del revés cuando llegué a su dura erección, que envolví en mi mano y acaricié suavemente provocándole un gruñido de placer.

Verlo así, semidesnudo, con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, los labios entreabiertos y jadeando de placer fue más de lo que pude soportar. Ese hombre era lo mejor que vería en mi vida, y quería grabar ese momento en mi retina para cuando ya no lo tuviera a mi lado.

Pasé mi lengua por su pecho y lo hice jadear de nuevo, erizando de nuevo su piel con fuerza, cuando sentí que me volvía a coger por las mejillas buscando mi boca con desesperación. Nuevamente el beso fue salvaje por parte de ambos, no nos dimos ni un pequeño respiro mientras nuestras lenguas se enredaban y exploraban hasta el último rincón de nuestras bocas, una pelea por dominar al otro, profunda, tenaz, persistente.

—Cógete a mi cuello… —apenas musitó en mi boca con desespero mientras me cogía con uno de sus brazos por la cintura para elevarme de la isla unos centímetros.

Obedecí entre besos y caricias, en una vorágine de sensaciones junto a él que nunca hubiera creído posibles. Con la otra mano me bajó las medias arrastrando con ellas mi ropa interior hasta que me quedé sin nada mientras seguía saqueando mi boca sin descanso. Cuando me volvió a sentar otra vez en el mismo sitio, y yo sentí la fría y dura superficie en mis piernas, me separó un poco de su cuerpo y rasgó el envoltorio de un condón con la boca sin despegar su mirada de mí, regalándome un destello oscuro de deseo en sus ojos, sin que a mí me importara de dónde había salido ese condón, perdida en sus ojos sin remedio. Cuando lo tuvo puesto, en apenas unos segundos, me llevó al filo de la superficie donde estaba sentada para volver a besarme con desesperación mientras se iba introduciendo en mí poco a poco, sin dejar de besarme con posesividad, volviendo a adueñarse de mi boca sin que yo pudiera hacer nada. Rodeé con mis piernas su cintura y abracé su espalda con los brazos, hundiendo mis dedos en ella de puro placer. Gemimos en la boca del otro. Gonzalo me sujetó por las caderas, clavando a su vez sus dedos en ellas, y empezó a moverse dentro de mí, al principio de manera muy lenta para que me acostumbrara a él, sin tardar, una vez que mis jadeos fueron incontrolados, en hacer sus movimientos más rápidos y certeros, y yo seguí su ritmo sin problemas, como si lo hubiéramos hecho toda la vida juntos, como si hubiéramos nacido para ello. Me abracé con más fuerza a su cuerpo, necesitando más de él con cada fibra de mi ser, con las respiraciones aceleradas, jadeando a cada acometida, siendo consciente de que acabaríamos tan rápido como empezamos. Creo que pronuncié su nombre mientras me hundía más en él, empezando a tensarme por las mil sensaciones que estaban llegando a mí. Gonzalo lo notó y aceleró los movimientos. Sentí que a él también le recorrían esas mismas sensaciones por cómo su espalda se tensaba bajo mis

manos, por el modo en que noté los músculos de sus brazos rodeándome con fuerza y sintiéndome protegida entre ellos, por esa falta de aire en nuestros pulmones entre gemido y gemido. No pude aguantar más porque apenas un instante después subí al cielo para terminar abrazada a él con fuerza. Nunca en mi vida había sentido con tanta fuerza un orgasmo como esa noche, pero es que nunca en mi vida había conocido a un hombre como él. Todavía abrazada a su cuerpo, perdida en una tormenta de sensaciones y mil emociones distintas, noté que él se tensaba con un gemido que ahogó en la curva de mi cuello, apretándome con fuerza a su cuerpo mientras se dejaba ir, y sentí la necesidad de abrazarlo con más fuerza contra mí, como si mi vida dependiera de ello.

En ese momento fui consciente de que estaba perdida en el sentido más amplio de la palabra. Gonzalo se había metido bajo mi piel poco a poco, sin yo darme cuenta, de un modo permanente, y no tenía ni idea de qué hacer con eso.

¿Y ahora, qué?

# Capítulo 35



*Domingo, 31 de enero*

**Gonzalo**

Apenas faltaban unos minutos para que amaneciera y no había dormido nada esa noche. Acariciaba suavemente con mis dedos el tatuaje que Daniela tenía en su espalda. Ella dormía desnuda en mi cama, junto a mí. En esos momentos mi cabeza era un cúmulo de distintas sensaciones, rememoraba una y otra vez todo lo ocurrido anoche. No entendía qué me estaba pasando con esa mujer, nunca en la vida había actuado del modo en que lo acababa de hacer con ella, pero es que nunca había conocido mujer como ella. Lo único que tenía claro en esos momentos es que la quería a mi lado, siempre. No la iba a dejar escapar, costara lo que costase. Y si mi principal obstáculo era ella misma por culpa de su pasado, lucharía por los dos, por un futuro juntos. Algo que le haría saber en cuanto

se despertara, con mi cuerpo, con mis argumentos o con ayuda del diablo si fuera necesario.

Volví a acariciar las cicatrices de su espalda ocultas bajo su tatuaje y suspiré, regresando a todo lo sucedido anoche entre nosotros.

### UNAS HORAS ANTES

No me podía creer que la hubiera tomado en la misma cocina, con prisas y sin control ninguno, pero es que en ese momento ni siquiera valoré la posibilidad de llegar a mi cama. Ahora, pasado el calentón, me maldije a mí mismo por cómo había ocurrido todo.

Estábamos abrazados con fuerza, enredados uno en el otro con las respiraciones aún alteradas y los corazones latiendo con fuerza, ella sentada en la isla y yo entre sus piernas, con mi frente en el hueco de su cuello, sintiendo que mi sitio era ese. Me resistía a soltarla todavía, me gustaba sentir el pulso de su cuello como mío, su calor traspasándome la piel y los sentidos de un modo que tocaba mi alma, sus manos clavadas en mi espalda, su aliento en mi cuello provocando cosquillas que alcanzaban mi corazón, y suspiré con la certeza de que eso que sentía en esos momentos era amor, un sentimiento desconocido para mí, pero lo supe sin lugar a dudas.

Ninguno de los dos nos movimos durante unos segundos, mientras recuperábamos el aliento. El primero que se intentó mover fui yo, la estaba abrazando con fuerza y no sabía si eso la incomodaba.

—Un poco más, por favor…, abrázame unos segundos más… —musitó en un suspiro, totalmente rendida entre mis brazos.

Mi corazón se saltó un latido y la volví a envolver entre mis brazos, sintiendo en esos momentos una sensación de felicidad en mi pecho difícil de describir. Los sentimientos en ella debían de ser los mismos

que los míos porque no tenía ni idea de cómo enamorar a una mujer, nunca se me había dado muy bien el arte de la seducción y solo de pensar que ella me pudiera rechazar creaba en mí una fuerte inseguridad, otra vez algo nuevo para mí, pero es que con ella todo era nuevo y eso me gustaba, pero me acojonaba a partes iguales.

—Lo siento mucho, dulzura. Te prometo que luego iré más lento contigo —hablé bajito a su oído, disculpándome por cómo había ocurrido todo entre nosotros la primera vez.

—¿Luego? —preguntó sorprendida, siendo ella la que levantó la cabeza para separarse un poco de mí—. ¡Ahh, no! ¡No habrá un luego! Y no es que no quiera porque ha sido… uffff… —empezó a hablar explicándose con gestos, moviendo las manos en el aire y poniendo los ojos en blanco, además de con poca coherencia, algo que me hizo sonreír de manera automática—, pero me tengo que ir a casa.

—¿Acaso no has oído lo que te ha dicho Leo? Ha echado la llave hasta mañana, no creo que puedas entrar en tu casa en toda la noche. —Volví a hablarle muy bajito al oído mientras le pasaba los dedos por su brazo de arriba abajo, en una suave caricia que hizo que se estremeciera—. ¡Joder, Dani! ¡Eres una puta pasada! —comenté al ver su reacción a mi contacto.

—¡Madre mía! ¿Le has oído? —La pregunta fue hecha dentro de un jadeo por mi caricia, que me hizo sonreír más ampliamente e intensificar ese roce con intención.

—Mmm, mmm… —Otro mimo a su brazo haciendo el camino inverso para posar mis labios en el hueco de su cuello y hacerla gemir suavemente con mi beso—. ¡Alto y claro, dulzura! Así que te voy a rogar que me acompañes a mi cama para evitar que pases la noche en la calle. —Soplé con suavidad allá donde la había besado provocando en ella otro gemido ahogado que hizo despertar de

nuevo mi miembro cuando aún apenas había salido de ella—. Llevo deseando desde el primer día en que te vi el tenerte así, aquí, conmigo…

—¿Tú crees que no me dejará entrar? —ronroneó en mi mejilla, y sentí su traviesa sonrisa encima de mí.

—Estoy totalmente convencido, y como soy todo un caballero, no puedo permitir que pases la noche sentada en la escalera. —Le cogí la cara con ambas manos para poder verle esa cara de muñeca que me volvía loco, sobre todo en esos momentos, totalmente despeinada por mis manos, con las mejillas sonrosadas y un fugaz brillo de pasión aún en ellos, sonriéndome solo como ella sabía hacer, clavándose en mi pecho y haciendo diana en mi corazón—. Mi cama es mucho más cómoda, hay espacio para los dos y vas a estar mucho más calentita.

—Me estás tentando, sonrisas, y mucho. —Pasó sus manos a lo largo de uno de mis brazos, y deseé que esa caricia no cesara nunca —. ¿Desde cuándo sabes hacer tú eso? Ya sabes, tentar, flirtear, seducir…

—No sé hacerlo, pero contigo… me sale solo y no lo entiendo. —Me encogí de un hombro porque realmente yo no era así.

—¿Y dices que tu cama es cómoda? —habló encima de mi boca con una sensualidad que terminó de despertar de nuevo mi miembro en una poderosa erección.

—Y calentita… ¿Vamos y lo compruebas por ti misma? —Atrapé sus labios con los míos y ya no pude resistirme a volver a besarla de manera lenta, provocándola, incitándola, volviendo a querer hundirme en ella, pero esta vez de manera pausada, saboreándola y mimándola como se merecía.

Cuando nos separamos para poder respirar, empezó a sacarse por la cabeza el vestido enrollado en su cintura y quedó totalmente

desnuda ante mí con ese descaro propio de ella, todavía sentada encima de la isla. Sonreí y la imité, terminé de sacarme los pantalones y para quedar en igualdad de condiciones. La mirada de aprobación que me dedicó me hizo sonreír un poco más, me gustaba que me mirara así, y recé para que siempre fuera del mismo modo.

—¡Vayaaaa…! —exclamó silbando suavemente—. Ahora sí que me has convencido… —y cogiéndose a mi cuello para bajar de la isla, aprovechó para acercar su boca a mi oído—. Vamos a comprobar cómo de calentita es esa cama tuya, pero antes… —alargó su mano al olvidado plato del postre cogiendo el otro bollito de chocolate con una amplia sonrisa—, tengo que reponer fuerzas y sería un crimen dejar esto ahí.

La grave y espontánea carcajada que salió de mi garganta fue tan fuerte como inesperada. Esa mujer era una delicia en todos los sentidos de la palabra y, esa noche, al menos de momento, era solo mía.

—¿Segura? Esos bollitos ya han cumplido su función… —la provoqué.

—¡Segura! Aún queda uno, sonrisas, podrías probarlo…

—Prefiero hacerlo de tus labios. —Volví a besarla sin poder resistirme, abriendo su boca con mi lengua para saborearla con o sin chocolate—. ¡Ven! Esta vez quiero acabar en la cama. —La cogí en brazos antes de que la situación se me volviera a escapar de las manos encaminándome ya a mi dormitorio, mientras se metía de un solo bocado el bollito en la boca gimiendo de placer sin vergüenza ninguna—. ¿Te gustan?

—Me gusta más tu risa. —Sonrió encima de mi boca y me llegó un aroma a chocolate que, al final, sería mi perdición.

—Y a mí me gusta que me hagas reír. —Me sinceré como pocas veces lo había hecho con nadie por miedo a sentirme expuesto ante

otra persona, algo que con Daniela no me importaba en absoluto.

Entré en pocos segundos en mi dormitorio con ella entre mis brazos, y percibí, ahora que la tenía así, el tatuaje en su espalda, que llamó mi atención de manera inmediata. La dejé encima de la cama para tumbarme sobre su cuerpo, cubriéndola con el mío, y se dejó hacer. La curiosidad me pudo y, sin esfuerzo alguno, le di la vuelta para empezar a besarla en la nuca e ir recorriendo su espalda con caricias y besos para poder apreciar mejor el gran tatuaje que cubría parte de ella. Le aparté el pelo y empecé a besar lentamente su nuca, un estremecimiento en su piel, y luego su hombro, otro estremecimiento, bajé a su omoplato con un nuevo beso, un nuevo estremecimiento que me hizo avanzar a su columna, donde ya apreció mejor el tatuaje y… ¿qué mierda era eso? Enseguida me di cuenta de que no se lo había hecho por estética o placer… ¡Mierda! ¿Eso que escondía la tinta en su piel eran cicatrices? No lo hubiese apreciado si no hubiera estado tan cerca y ella tan quieta.

Me quedé paralizado intuyendo que esa era la causa de que no consintiera que la tocaran si ella no lo permitía, esa esquiva respuesta de que una vez le hicieron mucho daño, el temor de su hijo a que tuviera nueva pareja y la volviera a golpear con una dureza que quedara para siempre marcada en su piel, el motivo de su llanto por las noches cuando creía que nadie la oía.

Encajé la mandíbula en un acto reflejo mientras cerraba las manos en dos puños queriendo, en esos momentos, ir a buscar a ese hijo de perra para reventarle la cabeza.

—Cariño… tu espalda… —musité, pasándole la mano con delicadeza por el tatuaje, queriendo curarle las heridas que percibía bajo las yemas de mis dedos, pero sobre todo quería curarle las del alma, estaba convencido que esas le dolían más que las físicas.

—Mierda… no… —Se tensó bajo mi caricia y, rápidamente, se dio la vuelta y se quedó frente a mí, mirándome con los ojos muy abiertos, con recelo, de rodillas encima del colchón.

—Dani, eso que tienes en tu espalda es el resultado de una paliza, ¿verdad? —La pregunta salió con más dureza de la que pretendía.

—No, por favor… ahora no. —Reaccionó mucho mejor que yo, volviendo a demostrarme esa madurez que me impresionó en ella desde el momento en que la conocí, y se colocó delante de mí para coger mi cara con ambas manos, obligándome a mirarla directamente a esos ojos de gata que brillaban por culpa de unas lágrimas que intentaba retener con una férrea fuerza de voluntad—. Esta noche solo quiero que me ames… y que me dejes amarte… Solo eso, por favor…

—Dani, por Dios… —me resistí porque su espalda se había quedado grabada en mi alma, y dolía.

—Gonzalo, eso es mi pasado y, ahora mismo, solo quiero disfrutar del presente, de ti, por favor… y cuando mañana volvamos a ser los de siempre quiero que todo vuelva a la normalidad entre nosotros, solo eso…

—Cariño, tú y yo ya no volveremos a ser los de siempre, ya no…

Y antes de que me contestara algo que no quería oír para no discutirlo en esos momentos, volví a amarla muy dulcemente, de manera lenta, venerando su cuerpo de mil maneras distintas, entregándole todo lo que era sin reservas, rindiéndome a ella con el alma y el corazón.

HORAS DESPUÉS

La débil luz de la mañana entró con poca fuerza por el gran ventanal que tenía el dormitorio. Estaba muy nublado y el día no invitaba a

salir de la cama, algo a lo que no estaba dispuesto mientras tuviera a esa mujer entre mis brazos. Volví a pasear mis dedos por su tatuaje, que le ocupaba toda la parte derecha de su espalda y la zona de las lumbares, una espiral de colibríes formando una gran &, que iban desde la parte baja de su espalda hasta su omoplato derecho, tapando en su recorrido cicatrices de todos los tamaños. Me llamó la atención uno de los colibríes en la parte alta del tatuaje, porque colgado de su pico llevaba una diminuta llave antigua, casi imperceptible por lo escondida que se encontraba.

Rocé con suavidad la compleja llave cuando, sin esperármelo, empezó a hablar en un susurro, como si estuviera en sueños, aunque yo sabía que había despertado en algún momento mientras le acariciaba la espalda.

—Esa pequeña llave representa la finalización de un capítulo de mi vida con el único objetivo de no olvidar lo que viví pero, sobre todo, lo que aprendí con ello. —Calló unos segundos y yo le di espacio para que continuara cuando estuviese preparada para hablar, sin preguntas ni interrupciones. Dejé de tocar la llave y reseguí con suavidad los colibríes de su espalda, siguiendo el recorrido que hacían—. Esa & que acabas de dibujar en mi espalda, formada por colibríes que vuelan, es una manera de recordarme que he de seguir adelante, aunque el momento sea difícil, porque siempre habrá una «y» que unirá lo siguiente —continuó sin moverse mientras yo seguía dibujando el tatuaje—. Los colibríes representan la fortaleza que existe en mí, pero también se puede asociar a la alegría de vivir.

—Te lo hizo él, tu expareja —afirmé bajito, con tacto.

—No creo recordar habértelo dicho nunca. —Sentí bajo mi mano cómo su cuerpo se tensó unos segundos, confirmándome con su reacción lo que yo ya sabía.

—Me lo dijo anoche Enzo, cuando nos quedamos solos —admití.

—A mi hijo nunca llegó a ponerle una mano encima, pero esto le marcó más que si lo hubiera hecho. Solo tenía seis años… Nunca me lo podré perdonar. —Percibí en su voz que la herida aún estaba abierta y eso me hizo querer abrazarla para consolarla, decirle que todo estaba ya bien, pero no lo estaba y el dolor en sus palabras me lo estaba gritando de manera ensordecedora.

—¿Por qué? ¿Cómo ocurrió? —Necesitaba saberlo, no pude evitar preguntarle.

—Por proteger a Enzo de ese hombre.

—¡No vuelvas a decir que ese hijo de puta es un hombre! ¡El que le hace esto a una mujer para demostrar su fuerza es un puto cobarde! —espeté con dureza.

—Lo sé —replicó con tristeza, dándose la vuelta para mirarme a los ojos, apoyando la cabeza nuevamente en la almohada.

Imité su gesto y nos quedamos mirándonos sin hablar, yo con la rabia corriendo por mis venas, ella con una mirada demasiado triste para disimular el dolor que llevaba dentro.

—No le digas a tu hijo que te lo he dicho —le pedí sin dejar de mirarla mientras una débil sonrisa se formaba en su boca y negaba con la cabeza.

—¿Quieres que te cuente mi historia? —me preguntó. Noté su cálido aliento en mi boca, tan cerca estaban nuestras caras.

—No hace falta si no quieres, Dani —le hice saber a pesar de querer oírla con desesperación para conocer mejor a esa increíble mujer que había dormido conmigo.

—Pero quiero hacerlo… Mientras creas tus propias historias, déjame que comparta contigo las mías. —Sonrió con tristeza sin apartar en ningún momento la vista de mí y sentí dentro de mi pecho, con ese sencillo gesto, algo demasiado difícil de explicar solo con palabras—. El primer día que lo vi me impactó tanto que me creí

enamorada de él, y volví a caer en el mismo error que con el donante de esperma en su día, en la universidad. ¿Sabes que ya no creo en el amor a primera vista? ¡Menudo ojo tengo! —Ese comentario me hizo sonreír porque a pesar de lo que me estaba contando, todavía conseguía hacerlo con una sonrisa, algo que decía mucho de ella—. Aitor Müller Echevarría, así se llama ese puto loco, fue militar, pero no cualquier militar, pertenecía a un grupo de operaciones especiales entrenado para operaciones terroristas, rescates…, algo muy reconocido y exclusivo. Cuando lo conocí aún conservaba un físico espectacular, que, sumado a sus dos metros de altura, iba llamando la atención allá por donde pasaba.

—¿Exmilitar? —no pude evitar preguntar sorprendido—. ¿Era muy mayor?

—No, al contrario, contaba con apenas treinta y tres años, pero unos dos años antes de conocerlo lo habían expulsado por problemas de actitud y una fuerte agresividad hacia sus compañeros y superiores. De eso me enteré por la policía en el hospital. —Se encogió de hombros con una sonrisa triste.

—¿Siempre fue así? ¿Contigo? —No entendía cómo Daniela se había podido enamorar de un hombre así.

—No, al principio no. Cuando lo conocí era un hombre muy dulce, amable, cariñoso con mi hijo, ese padre que nunca tuvo y que yo no pude darle en sus primeros años de vida. Enzo estaba encantado con Aitor, lo sabía por cómo lo buscaba para jugar y hacer cosas juntos. Y me enamoré de él en apenas días. Tan rubio— su mano subió a mi cabeza y acarició mi pelo—, tan ancho de hombros y brazos —para seguir por mis hombros y deslizar sus dedos por mi brazo—, con una complexión tan imponente —y terminó dejando su mano en mi pecho, allá donde mi corazón había empezado a latir con fuerza—, con unos ojos tan azules como las aguas cristalinas del

lago Baikal, ese que está en Rusia… Yo no lo he visto, la verdad es que nunca he salido del país, pero he visto fotos, ¿sabes? Eran iguales.

—¿Soy igual que él? —gruñí en una pregunta que me presionó el pecho hasta dejarme sin respiración.

—No, tus ojos son de un azul tan puro y translúcido que no dudaría en perderme en ellos sin miedo a que me pasara algo. Los de él eran fríos e insensibles, a veces veía todo lo malo en él solo con ver en sus ojos y entonces el pánico que se adueñaba de mí me traspasaba entera, uno total y absoluto. Tu expresión es severa, pero, en el fondo, tus ojos revelan una ternura que no puedes ocultar, por mucho que quieras esconderla. La suya era cruel y cortante, hacía daño. Él me engañó con palabras bonitas, me llamaba «su princesa» y me decía que me quería tanto que dolía, que siempre sería suya y yo de él y que nada ni nadie nos separaría jamás. «Princesa —me decía—, tú y yo somos dos almas gemelas perdidas que por fin se han encontrado, jamás nos separaremos porque estamos destinados a ser el uno para el otro». Al principio creía todo lo que me decía, pero al poco tiempo sus acciones me dijeron cosas distintas, acciones que se quedaban a medias o simplemente me hacían mucho daño. A ti te conocí con duras palabras, pero tus acciones me gritaban todo lo contrario. No, no podrías ser igual que él porque tú tienes un fondo tan bueno que es imposible no enamorarse de ti, aunque intentes demostrar lo contrario con quienes te rodean.

—Por eso cuando Lucas te llamó «princesa» en la gala benéfica… —No pude resistirme a acariciarle la mejilla con mis nudillos, muy suave, muy lento, de manera muy dulce.

—Sí, me recordó a él y me ahogué —no dudó en contestar—. No lo soporto porque la sola mención de esa palabra me bloquea, no

puedo evitarlo. —Cerró los ojos, soltó el aire de sus pulmones, y sentí su aliento en mi cara como una suave caricia, luego volvió a abrirlos para seguir hablando—. Un año estuve a su lado sin darme cuenta de que lo suyo no era amor, sino obsesión conmigo. Ahora me doy cuenta de que ese amor que decía que me profesaba nunca fue sano. Al principio fue un maltrato psicológico, pequeñas acciones que no supe ver o no quise ver, como controlar dónde estaba todo el tiempo, obligarme a mandarle fotos de con quién estaba, no dejarme salir sola, tener que dejar la universidad y no poder acabar la carrera que tanto esfuerzo me había supuesto para poder ejercer…

—Dani, por Dios… —Tenía la garganta tan cerrada que no sabía cómo conseguía seguir respirando, porque conocer la parte de la historia que me faltaba de ella me estaba haciendo daño.

—Ahí tienes otro trocito del rompecabezas que ha sido mi vida. —Su sonrisa fue tan triste que si se hubiera puesto a llorar no me habría dolido tanto.

En esos momentos mi cuerpo necesitaba rodearla con mis brazos y hacerla sentir protegida, lo haría durante toda mi vida con ella, pero no me moví. Solo pude alargar otra vez mi mano a su pelo y pasarle un mechón por detrás de la oreja, despejando su cara y dejando que continuara.

—¿Quieres seguir? No tienes por qué, si no quieres —le hice saber con ternura.

—No te preocupes, ya falta poco —me sonrió—. Consiguió doblegarme, no sé cómo sucedió, pero yo seguía ahí, junto a él. Del maltrato psicológico pasó, poco a poco, al físico. Pequeños actos como sujetarme con fuerza por los brazos hasta casi hacerme hematomas, cogerme con fuerza del pelo para hacerme mirarlo a la cara mientras me decía lo que me quería, esos pequeños detalles a los que no se da importancia, que pasan tan desapercibidos pero

que definen nuestra personalidad, ya sabes… Algo tan sutil que yo seguía a su lado sin darme cuenta de lo que estaba haciendo conmigo. —Dejó de hablar para abrir los ojos con sorpresa—. ¡Madre mía! Es la primera vez que lo cuento en voz alta y… ¿cómo no pude verlo? ¡Joder! —Una lágrima escapó de su ojo y yo sentí morir.

—Cariño, no… —No pude seguir hablando por lo cerrada que tenía la garganta, solo pude limpiarle la lágrima con mi pulgar y sentir su calor, uno que me devolvía a la vida.

—Cuando me di cuenta de su verdadero carácter, de lo que estaba haciendo conmigo por mucho que me hiciera saber que me quería hasta el punto de llorar sangre por mí, ya fue tarde, y las consecuencias de mi mala decisión casi las paga mi hijo el día que, con tan solo seis añitos, se interpuso entre Aitor y yo para defenderme de su agarre. Ese día, cuando intentó ponerle una mano encima a mi hijo, fue cuando me di cuenta de lo que me estaba haciendo. Tal y como fue a por Enzo, no dudé en interponerme entre mi hijo y esa bestia… casi no lo cuento. Solo me golpeó esa vez en el año que estuve con él, pero fue tal la paliza que estuve hospitalizada tres días. La policía vino a verme al hospital y puse la esperada denuncia, esa que Leo me rogaba que pusiera desde que supo lo que me ocurría. Hablábamos mucho por teléfono, siempre a escondidas para que él no se enterara, porque en el fondo creía que lo amaba y no veía lo que me hacía hacer. Leo lo vio desde el minuto uno, pero no lo escuché hasta que no me vi con la espalda destrozada.

—No lo entiendo, Dani, tú no eres así, me lo has estado demostrando estas semanas. —Realmente no veía a esa mujer que me estaba describiendo, ella era mucho más fuerte que todo eso, más lista.

—A veces, sonrisas, no somos nosotros y nos negamos a ver más allá de nuestras narices. La mente humana es muy compleja —contestó suavemente pasando sus dedos por mi mandíbula con cariño—. Un día antes de que me dieran el alta, Aitor volvió al hospital a por mí. Cuando le hice saber que no quería saber nada más de él, se tiró a por mí con tal agresividad que volvió a hacerme daño, hizo saltar varios de los puntos que tenía en mi espalda. Fueron seis los médicos necesarios para detenerlo con mucha dificultad y que no terminara de matarme. Se volvió loco, nunca lo había visto así. No paraba de gritarme mientras se lo llevaban a la fuerza que él me quería, que si lo dejaba se moriría. Le grité que de amor no se puede morir, pero de una paliza sí, y me amenazó de un modo feroz gritando que nunca me dejaría ir, que yo sería suya o no sería de nadie. Ahí me asusté de verdad. Ese día le pusieron una orden de alejamiento y conseguí, con ayuda de los testigos, que lo condenaran a varios años de cárcel. En cuanto salí del hospital al día siguiente, recogí las cuatro cosas que poseíamos Enzo y yo y hui de él. No me fui de Navarra por mis padres, solo puse distancia entre él y yo por miedo a que, una vez fuera de la cárcel, acabara conmigo lo que había empezado y me matara o, lo que es peor, hiciera daño a mi hijo. Leo y su marido Nael no dudaron en abrirme las puertas de su casa y acogerme como si fuera su hermana para cuidar de mí y de Enzo como si realmente fuera su propio sobrino. No tendré vida suficiente para agradecerles lo que han hecho por nosotros.

Cuando acabó su historia nos quedamos callados, mirándonos a los ojos, diciéndonos con la mirada más que si hubiésemos pronunciado simples y vacías palabras, y ya no pude contenerme. La abracé. La acerqué a mi cuerpo y la rodeé con mis brazos para cobijarla en mi pecho, para sentir su calor contra mi piel, para hacerle sentir que, además de a sus hombres, también me tenía a

mí. Un pequeño acto, un diminuto e insignificante detalle. Solamente eso.

# Capítulo 36



*Domingo, 31 de enero*

**Daniela**

En cuanto me vi rodeada por sus cálidos y fuertes brazos me sentí bien al instante. No me había dado cuenta hasta ese momento de lo que necesitaba explicar mi historia en voz alta. Nunca lo había hecho hasta esa mañana porque Leo ya la conocía en primera persona gracias a nuestras largas conversaciones por teléfono y a Nael se la iba contando su marido. Con Gonzalo me salía de manera natural, igual que la noche que le expliqué por qué Enzo no tenía padre. Me gustaba hablar con él, algo que no me había pasado nunca con nadie, a excepción de mi amigo. Y eso me asustaba.

Estuve envuelta en sus brazos durante un buen rato, necesitando sentir su calor, oír los rápidos latidos de su corazón, inhalar su olor, esa mezcla de su propio aroma, su caro perfume y sexo, solo eso

conseguía que me relajara al momento. Cuando abrí los ojos y vi en su mirada dolor, preocupación y miedo, lo besé sin dudarlo. Un beso que pedía otro porque necesitaba más de él, lo quería todo en esos momentos. Y no me decepcionó. Me devolvió el beso con ganas, con hambre de mí, llevando sus grandes y poderosas manos a mi espalda y acercándome tanto a su cuerpo que a punto estuvimos de fundirnos el uno con el otro. Jadeamos cuando nuestras lenguas se encontraron con pasión, gemimos cuando nuestros cuerpos empezaron a despertar gracias a las ansiosas caricias que gritaban un apetito feroz uno por el otro.

—Te necesito, ya… —pronuncié las tres palabras cargadas de fuego en su oído, entre suspiros, con la voz encendida por el deseo.

No se hizo de rogar. Del cajón de la mesilla sacó un condón que se colocó con rapidez. Antes de que volviera a besarme, me puse a horcajadas encima de él, dejándolo de espaldas sobre el colchón, con los ojos abiertos entre la expectación y la sorpresa.

—¿Qué haces? —y en su boca asomó una sensual sonrisa, la más arrebatadora y bonita que había visto en mi vida.

—Provocar una situación para que por fin tengas una historia que contar, aunque no sea apta para menores. —Le sonreí, dejando atrás el pasado y centrándome en él, en el presente, acercándome a su boca para hablar justo encima de ella de manera provocativa—. El día de mañana podrás decir que por una vez en tu vida no tuviste el control de la situación… —le hice saber mientras movía las caderas encima de su cuerpo de manera muy sensual, provocando que la erección fuera más que evidente—. Pero déjame que te lo demuestre con acciones, las palabras se me quedarían cortas en esta ocasión…

Pasé las manos lentamente por su pecho, terminé de cerrar la poca distancia que existía entre su boca y la mía haciendo que los

suspiros de ambos se entremezclaran y empecé a escribirle su propia historia, una que no quería que olvidara jamás.

***

A las dos de la tarde aún no habíamos salido de la cama gracias a que Leo me había mandado un mensaje, corto y guarro, haciéndome saber que no me quería en casa hasta la noche para que pudiera seguir disfrutando de ese hombre que ahora mismo comía a mi lado. Después de haber disfrutado de nuestros cuerpos dos veces más, haber hablado de todo y de nada y haberle hecho sonreír y reír más veces de las que pudiera contar, mi estómago protestó con fuerza y Gonzalo bajó a la cocina a preparar algo de comer. En apenas diez minutos me cocinó unas deliciosas piezas de pollo a la sartén sazonadas con limón que olían de vicio y preparó una gran ensalada para dos. Lo trajo todo en una bandeja donde además había pan y una jarra de agua con dos vasos que dejó entre los dos, encima de la enorme cama.

—¡Madre mía, Gonzalo! Si no fuera porque a esta bandeja le falta el bote de chocolate, me quedaría a vivir aquí contigo para siempre. —Me quedé mirando la comida con gula mientras mi estómago volvía a protestar con fuerza.

—¿Me estás queriendo decir que te quedarías conmigo solo por mi comida? —bromeó mientras se sentaba a mi lado en la cama con una gran sonrisa—. Y yo que creía que te habías quedado conmigo por mi cuerpo… —Subí la vista a su cara y lo que vi en ella me hizo soltar una carcajada escandalosa incluso para mí.

Enfrente de mí tenía a Gonzalo de la Fuente, un poderoso empresario serio e implacable, próximo presidente de DLFuentes y Asociados, una persona que no expresaba sus sentimientos ni por

descuido con su cara de póker, poniéndome ojillos de perrito abandonado y con un gran puchero en su boca.

—¿Quién eres tú y que has hecho con el estirado de mi jefe? —quise saber entre carcajadas, cogiéndome el estómago con las manos, muerta de la risa.

—¿Sabes? A mí también me gusta hacerte reír. —Se acercó a mí con el plato lleno de comida—. Y me estoy empezando a dar cuenta de que darte de comer también me gusta mucho. —Me guiñó un ojo de manera traviesa mientras le cogía el plato—. ¡Vamos, come, antes de que suba el portero a preguntar por ese escándalo que está haciendo tu estómago!

Me volví a reír hincando el tenedor en la comida con ganas, disfrutando del momento y de la compañía. Y volvimos a hablar, a reír, volví a contarle mil historias distintas del loco de mi amigo Leo, del sinvergüenza de mi hijo y mías propias, y en todas y cada una de ellas provoqué, como mínimo, una sonrisa en su atractivo rostro y esas pequeñas patitas de gallo alrededor de sus ojos, algo que me ponía muchísimo de él, porque una vez perdida esa expresión tan severa y huraña que le gustaba lucir junto con sus carísimos trajes, solo en bóxers y con esa bonita sonrisa que lucía en mi presencia y me desarmaba en segundos, ese hombre parecía mucho más joven y accesible, alguien canalla y muy divertido, una persona tierna y cariñosa, un hombre de quien me estaba enamorando sin remedio, cuesta abajo y sin frenos.

—¿Un café? —me preguntó mientras apartaba la bandeja de comida de la cama después de haber dado cuenta de toda la comida.

—No, gracias —le dije muy educadamente para añadir con una sonrisa juguetona—: ¿Dónde estaría la gracia si ahora mismo no vas vestido con una de tus impecables y blancas camisas? Mejor lo

dejamos para otro momento donde estemos vestidos más apropiadamente para la ocasión. —Me encogí de un hombro de manera insinuante.

—Lo sabía —me acusó en voz baja clavándome traviesamente su azul mirada mientras avanzaba poco a poco hacia mí, rodeando la cama—, sabía que tú, mal bicho —un intento de cogerme desde la esquina el cual esquivé limpiamente mientras corría de rodillas hacia el otro lado con una risa escandalosa que no pude evitar—, yo… —otro intento de cogerme por el tobillo que no dio resultado—, y un café entre nosotros… —volvió a probar suerte lanzándose a por mí sin lograrlo mientras caía de boca encima del colchón y yo me reía con más ganas, hasta quedarme sin fuerzas— nunca será una casualidad.

Sin levantarse de donde había caído y solo con alargar su brazo, me cogió por la pierna y ya no pude escapar de él. Con un movimiento demasiado rápido para poder evitarlo por la risa del momento y por todo lo que había comido, se puso a horcajadas encima de mí y, con una sonrisa lobuna, empezó a hacerme cosquillas en los costados mientras yo me retorcía de la risa pidiéndole que parara. En ese momento, en esa cama, éramos solo dos críos jugando el uno con el otro, sin clases sociales, sin problemas, sin pasado, sin preocupaciones de ningún tipo, sin pensar en qué ocurriría mañana, solo disfrutando de un presente que olía a él y sabía a promesas, uno hecho de caricias lentas y miradas que ardían, pero también eran cómplices, al igual que esas risas que me desarmaban el alma sin pedir permiso.

Esas cosquillas pronto pasaron a ser atrevidas caricias por mi cuerpo, que encendió como el que prende una hoguera, despertó nuevamente mi deseo por él. Me besó con ganas y nuestras bocas se fundieron en un beso que me quemó hasta el alma, haciendo que

le devolviera las mismas caricias, las mismas ganas, el mismo deseo en el beso, queriendo más uno del otro de nuevo, volviendo a amarnos sin reservas para volver a reconocer nuestros cuerpos hasta memorizarlos a fuego lento. Era una locura, pero me había enamorado de un hombre que nunca sería mío, un imposible lleno de promesas.

***

Desperté entre sus brazos desorientada, pero no me moví de su lado ni un mísero milímetro porque, inconscientemente, ya sabía que mi sitio estaba ahí, junto a Gonzalo. Volví a cerrar los ojos y me acurruqué más cerca de él, si es que eso era posible por el inexistente espacio que había entre nuestros cuerpos. Sonreí satisfecha.

—Buenas tardes, Bella Durmiente —habló encima de mi cabeza, sus labios en mi pelo, junto a mi oído, con mucha suavidad, sin moverse él tampoco, acariciándome con su aliento y haciendo, como ya empezaba a ser costumbre, que mi piel se erizara sin control alguno.

—Mmmm, ¿ya es por la tarde?, ¿tan pronto? —musité acurrucándome más contra su cálido y fuerte cuerpo, no queriendo que el día se acabara todavía.

—Sí, tan tarde y aunque lo que menos me apetece es dejar de abrazarte y no pasar la noche contigo, deberíamos levantarnos para que te pueda llevar a casa —me hizo saber con esa voz tan masculina, tan sumamente grave y un poco seria, y empecé a vislumbrar a ese Gonzalo de siempre.

—Un poco más —protesté como una niña tapándome con la manta hasta cubrir mi cabeza.

El pecho de Gonzalo empezó a temblar bajo mi mejilla a causa de la suave risa, que oía amortiguada por culpa de la manta. Y yo sonreí satisfecha y me encogí un poco más sobre él.

—Entiendo entonces que mi cama ha pasado la prueba con éxito. —La risueña voz de Gonzalo me llegó sin problemas desde el otro lado de la manta—. ¡Es cómoda!

—¡Y calentita! —añadí con una sonrisa sacando la cabeza un poco para mirarlo a la cara.

—En mi ducha también se está calentito, dulzura. Deberías probarla antes de irte, aunque… —y antes de acabar la frase se refugió conmigo bajo la manta y metió su cara en el hueco de mi cuello, aspirando con hambre contenida, llenando sus pulmones para soltar el aire de nuevo suavemente sobre mi cuello—, a mí me encante el perfume que llevas ahora mismo.

—No llevo nada —le dije extrañada intentando alzar un brazo para olerme yo también.

—Hueles a mí, y me encanta —susurró dándome un besito rápido que me supo a poco.

—¡Madre mía! Entonces huelo a perfume carísimo —bromeé.

—A eso también —se rio con suavidad—, aunque si te soy sincero me gusta mucho cómo hueles en el despacho, por las mañanas, cuando me cruzo contigo. Es un olor que no consigo identificar pero que me vuelve loco. —La voz se le enronqueció un poco mientras luchaba contra la necesidad de besarme o llevarme a casa.

—¡¿Ahh, síííí?!

—Mmm, mmm —afirmó distraídamente mientras acariciaba con su dedo índice la curva de mi cuello para bajar por mi brazo de manera tortuosamente lenta, haciendo que mi piel entrara, con esa simple caricia, en combustión instantánea.

—Solo es jabón, uno carísimo, por cierto. No uso perfume ni colonia —ronroneé la respuesta con los ojos cerrados a causa de lo que estaba provocando esa sencilla caricia en mí.

—Pues me encanta tu jabón.

—Te voy a contar una historia. —Entorné los ojos con una sonrisilla divertida—. En realidad, el jabón que utilizo es de mi hijo. A él le vuelve loco ese olor, y Leo, que me lo tiene consentido perdido y no le puede negar nada, se lo compra para hacerlo feliz. Y yo, pues… en fin…, se lo cojo a mi hijo para hacerme feliz a mí misma.

—Y eso, a su vez, me hace tremendamente feliz a mí, así que dale a Leo las gracias de mi parte.

—Mejor dáselas tú cuando lo veas. Es tu mayor fan —suspiré, haciéndome la resignada.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque dice que por fin me he abierto a encontrar el amor de verdad. ¡Es un romántico que no tiene techo! —expliqué con una sonrisa.

—¿¡¿Ah, sí?!

—Mmm, mmm… —asentí con la cabeza.

—¡Bien por Leo! —Se acercó a mi boca para besarla con adoración, lentamente y con mucha, pero que mucha dedicación para separarse poco después de mí y, sacándome de debajo de la manta, cogerme en brazos y llevarme en dirección al baño—. ¡Hora del baño! Vamos a quitarte ese olor a colonia cara y a mí y vamos a sustituir tu olor por jabón también del caro, solo que este, también huele a mí.

—¡Madre del amor hermoso! Voy a estar toda la noche echándote de menos sin poder dormir por culpa de tu jabón —protesté sin fuerzas poniendo los ojos en blanco.

—Esa es la idea, dulzura… Esa es la idea —musitó encima de mi boca, y entramos en su cuarto de baño besándonos como si lleváramos años sin hacerlo.

Cerró la puerta a nuestras espaldas, conmigo aún en brazos, y nos metió a los dos dentro de su gigantesca ducha, bajo el enorme chorro de agua caliente. No dejamos de besarnos, de acariciarnos, de volver a desearnos como dos adolescentes, mientras volvíamos a disfrutar de nuestros cuerpos una vez más sin pensar en el después, sabiendo que todavía tardaríamos un buen rato en despedirnos hasta el día siguiente y volver a ser los de siempre.

***

Tres horas después, el SUV de Gonzalo paraba enfrente de mi portal en doble fila, poniendo los intermitentes de emergencia para avisar al resto de coches, sin importarle si el suyo, enorme y lujoso, molestaba en medio de la carretera.

—¿Siempre te adueñas así de la carretera? Gonzalo, no puedes parar aquí en medio cada vez que vienes a mi casa —lo amonesté desde mi asiento.

—A estas horas no molesto, además, ¿por qué no? Sabes que no voy a dejar que subas tú sola. ¡Te acompaño! —contestó sin querer entender por qué lo regañaba.

—No puedo hacer nada para evitarlo, ¿verdad? —Empecé a desabrocharme el cinturón de seguridad claudicando y asumiendo que ese modo de ser autoritario le venía de serie.

—Nada en absoluto. Y mañana me encontrarás aquí a las siete y media para poder ir juntos al despacho, al menos hasta que hagas algo con ese coche rojo que tienes o directamente lo cambies por otro —dio por hecho mientras él también se desabrochaba el suyo.

—¡No! —me giré asustada por lo que acababa de decirme, mirándolo a los ojos con intención de pelear ahí mismo si era necesario con él.

—¿No vas a hacer algo con el coche o no te lo vas a cambiar? —Frunció serio el ceño mirándome él también.

—No, no vas a venir mañana a buscarme —contesté a la defensiva.

—¿Por qué?

—¡¿Que por qué?! ¿En serio? ¿Acaso quieres que todos se enteren en el despacho que tú y yo hemos estado prácticamente todo el fin de semana juntos sin salir de tu cama? —pregunté empezando a alarmarme.

—Sí, es la idea, Daniela. ¿Por qué querría ocultar la relación que tenemos?

—Porque no hay una relación, Gonzalo. Lo hemos pasado muy bien este fin de semana, pero tú y yo no somos pareja. —En ese momento empecé a alterarme, con el estómago en un puño.

—¿Y si yo quisiera que fueras mi pareja, Dani? —Abrí los ojos con sorpresa, quedándome paralizada sin poder reaccionar—. Creo que este fin de semana te he demostrado que me importas, mucho. Has sido la primera mujer que ha subido a mi ático, la primera que ha dormido en mi cama, la primera a la que he cocinado, la única a la que he dejado entrar en mi vida. ¿Eso no te dice nada? ¿Ni una pequeña pista?

—No, no, no, no… No me puedes hacer esto, Gonzalo —empecé a negar, queriendo salir del coche pero sabiendo que tenía que dejar las cosas claras entre los dos.

—Me he enamorado de ti —pronunció las palabras con seguridad mientras cogía mi barbilla con los dedos para que lo mirara a los ojos.

—¡Eso es imposible! No puedes estar enamorado de mí, eso es una tontería…

—Me enamoré de ti el primer día que te vi, en la boda de mi hermana. No lo supe identificar al momento, nunca he estado enamorado y es un sentimiento nuevo para mí, como muchas cosas que me han pasado desde que te conozco. Pero ahora lo sé. ¡Fue amor a primera vista! —me lo dijo con calma, pero en sus ojos se leía el miedo—. Anoche, a tu lado, supe que eso que no me deja respirar con normalidad, esa necesidad de tenerte a mi lado, esas ganas de hacerte reír y, cuando lo haces, querer hacer lo que sea para que no pierdas tu sonrisa, que simplemente seas feliz, eso tiene que ser amor.

—Esta mañana te dije que ya no creía en el amor a primera vista, y ya puestos y tal y como me ha ido, ni siquiera a segunda vista. —Creo que la voz me salió quebrada, pero es que me faltaba el aire.

—¿Y a tercera vista? Dicen que a la tercera va la vencida. —Su voz tuvo un deje de esperanza.

—¿Y si no es así? ¿Y si a la tercera no va la vencida? Entonces, ¿qué?

—¿Y si a la tercera sí va la vencida? ¿Y si nos estás negando una felicidad que tenemos al alcance de nuestras manos? Dani —me cogió suavemente de la mano y empezó a acariciarme con el pulgar la palma, en pequeños y delicados círculos, mirándome con intensidad, pero con la mandíbula encajada y una expresión de desasosiego en su rostro—, entre nosotros, este fin de semana, todo ha cambiado. Yo lo sé y sé que tú también has sido consciente de ello. —Cogió aire entrecortadamente para continuar con un nerviosismo que no era propio de él—. Dani, necesito saberlo, y quiero que seas sincera. ¿Qué sientes por mí?

Nos quedamos mirándonos sin hablar, pidiéndome él con la mirada una respuesta sincera. Cerré los ojos para coger aire y atreverme a hacerle partícipe de lo que realmente sentía por él. Cuando los abrí vi miedo en su mirada, y ansiedad, y esperanza. Y mi corazón habló por mi cabeza, confesándole lo que me quemaba en la punta de la lengua.

—Te has metido bajo mi piel, sonrisas, de un modo que me asusta —le dije como si de un secreto se tratara—. También me he enamorado de ti, y no sé cómo ha ocurrido, solo sé que te quiero. Y eso no puede ser, ¿no te das cuenta? Tú eres tú y yo… Mi vida es muy complicada y tengo miedo de volver a perder. No, no y no.

—¡Mierda, Dani! ¿Dónde está esa mujer que conozco? ¿Esa que hace lo que le pide el cuerpo sin pensar en el qué dirán? ¿Esa que se centra en la solución, no en el problema?

—Esto es distinto, Gonzalo. ¿No te das cuenta? —me enfadé recuperando mi mano de entre la suya.

—Distinto en qué, no lo entiendo. ¿De qué tienes miedo? —quiso saber desesperado por entender.

—De ti, tengo miedo de ti. ¿Todavía no lo entiendes? ¿Qué crees que van a pensar de mí? Ya te lo digo yo, que he dado el braguetazo de la década y me destrozarían viva y eso no me lo puedo permitir. Y yo soy fuerte y podría soportarlo, pero no le puedo hacer eso a Leo ni mucho menos a Enzo, ellos no se lo merecen. He luchado mucho para llegar hasta donde estoy ahora mismo, y no lo voy a tirar todo por la borda, mi puesto de trabajo, las esperanzas que han depositado en mí, sin contar con nuestras ilusiones de un futuro mejor, solo porque te hayas encaprichado de mí.

—Te equivocas conmigo. —Se pasó varias veces la mano de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás por su corto cabello, nervioso—. Eres la mujer que he estado esperando toda mi vida y

ahora que te he encontrado… ¿Cómo dejarte ir, dulzura, sin que te lleves una parte de mi alma contigo? No puedo obligarte a que te quedes conmigo, pero me gustaría que lo hicieras porque así lo sientes, no porque te lo pida.

—¿Pero se puede saber qué hace una mujer como yo, sin familia, sin dinero, sin haber acabado los estudios, viviendo de prestado y con un hijo pequeño a cargo con un poderoso hombre como tú? —insistí, porque estaba a punto de claudicar a pesar de todo.

—Lo estás planteando mal, dulzura. La cuestión a resolver es, ¿cómo puede ser que una mujer con tu fortaleza, inteligencia y belleza haya visto algo bueno en un hombre tan serio, irascible y severo como yo? Porque no sé si estoy a tu altura y eso a mí me asusta más que tus miedos, que, cuando me conozcas un poco más, no termine de cumplir con tus expectativas.

—No, Gonzalo, por favor, no me hagas esto… —Me estaba rindiendo, los dos lo sabíamos.

—¿Por qué? Estoy enamorado de ti, y por mucho que me lo haya negado estas semanas a tu lado, es lo que siento. Nunca me había ocurrido algo así, y también estoy asustado, pero yo no voy a negar lo que siento. ¡Te quiero! —Volvió a apoderarse de mi mano suavemente, con miedo a que saliera corriendo por la confesión.

Bajé la mirada a nuestras manos, con mil emociones distintas bailando en mi pecho, sin poder ignorar la más poderosa de ellas que acallaba al resto, dándome por vencida.

—Yo también me he enamorado de ti como una idiota, ¿qué mujer no lo haría? —Subí la mirada al preguntarle y, lo que vi en sus ojos, me hizo saber que no me equivocaba al lanzarme al vacío con ese hombre, porque vi esperanza, ilusión y amor, mucho amor.

—No me importan el resto de las mujeres, Dani, solo me importas tú.

Su voz al pronunciar esas palabras fue tan íntima, tan dulce, tan sincera, que mi cuerpo se acercó a él un poco, gesto que imitó, y nos quedamos a pocos centímetros de distancia.

—¿Tú crees que saldría bien?

—¿Por qué iba a salir mal?

—Porque no estoy sola, Gonzalo; tengo un hijo por el que daría mi vida si fuera necesario. Tu vida, conmigo a tu lado, se va a complicar mucho, ¿tú ya eres consciente de eso? —insistí por última vez.

—Complica mi vida, desordénala a tu antojo todo lo que quieras siempre que quieras, dulzura, pero, por favor, quédate a mi lado, junto a mí. —Una tierna y delicada súplica hecha frase.

—Llámame mentirosa —hablé muy cerca de su boca, con el inicio de una sonrisa de felicidad en mi rostro, algo que provocó que Gonzalo entreabriera la suya automáticamente—, pero creí entenderte hace días que la política del despacho no permite las relaciones sentimentales entre compañeros.

—¡Soy el jefe! —afirmó ya encima de mi boca, con una sonrisa que le iluminó la mirada—. Eso no se aplica a mí. —Su aliento me hizo cosquillas en los labios y en esa ocasión fui yo la que entreabrió la boca con expectación—. Además, me lo inventé.

—¿Te lo inventaste? —y no supe por qué me sorprendió tanto.

—¡Me lo inventé! —admitió divertido—. Por aquel entonces no sabía qué me ocurría aún contigo, lo único que tenía claro es que no soportaba verte con Braulio, y lo primero que me vino a la mente fue deciros eso.

Me lo quedé mirando entre divertida y enfadada. ¿Quién lo hubiera imaginado? No me dio tiempo a replicarle porque no tardó en atrapar mis labios para besarme como llevaba rato deseando. Un beso lleno de dulzura y promesas de futuro. Le correspondí del

mismo modo tirando del cuello de su caro abrigo para volver a olvidarnos del mundo entero.

Sí, se estaba muy bien entre sus brazos, unos fuertes y muy dulces con los que me sentía protegida, solo esperaba no equivocarme esta vez de nuevo, porque ese poderoso hombre me estaba llevando a un impresionante cielo, pero también podía arrastrarme a un infierno del que no sabía si, en esa ocasión, podría salir sin destrozar mi alma en el intento.

# Capítulo 37



*Martes, 2 de febrero*
*Dos días después*

**Gonzalo**

Llegué al despacho a las siete y media de la mañana de muy mal humor. De haber sabido el domingo por la noche lo que le estaba prometiendo a Daniela antes de acompañarla a su casa, habría valorado si podía cumplir esa promesa y, en vez de morderme la lengua, la habría utilizado de un modo muy distinto en su boca para hacerle entender a mi manera que lo que me estaba haciendo prometer era una tontería y una gran gilipollez. Pero no lo hice y, después de la impotencia que sentí durante todo el lunes, algo a lo que no me acostumbraría en la vida, al levantarme esa mañana podía asegurar que no había sido buena idea.

Solté de un golpe mi maletín encima de la mesa de reuniones y coloqué de malos modos en la percha el abrigo y la bufanda. Me senté detrás de mi escritorio para empezar a trabajar, algo que me fue imposible porque mi mente volaba una y otra vez al día anterior por culpa de la promesa del domingo por la noche.

Daniela me quería, finalmente admitió sus sentimientos hacia mí en voz alta, y me lo estuvo demostrando con fuerza el fin de semana en mi ático con sus conversaciones, sus historias que no conocía nadie, sus actos y con su bonito cuerpo. Pero oírlo de su boca, que confesara que me amaba con la misma intensidad que yo a ella, fue un regalo del cielo que no sabía si me merecía, pero que agarré con ambas manos como si mi vida dependiera de ello. Hacerme prometer que nuestra relación sería un secreto para el resto del mundo, incluida mi familia, no le costó más que una pequeña súplica y yo acepté a regañadientes, porque el argumento que me dio no se sostenía por ningún sitio, pero vi en su mirada un miedo que no pude ignorar. Miedo a las habladurías por tener una relación con su jefe, miedo a que la trataran de manera distinta, miedo a perderlo todo por otro hombre pero, sobre todo, tenía miedo a decepcionar a su hijo porque, desde lo de su ex, su hijo tenía más miedo que ella a que le volvieran a hacer daño, y no soportaría verlo sufrir. Para un niño de la edad de Enzo, lo que les ocurrió a manos de Aitor fue como poco devastador, y eso no se lo perdonaba. Por eso, y porque ya sabía que haría cualquier cosa por ella, se lo prometí aun sabiendo que lo que sentía por ella era tan fuerte que nada ni nadie me haría separarme de ella. Así que, de momento, si para Daniela era importante mantenerlo en secreto, que así fuera. No sabía cómo hacerlo, pero me había propuesto demostrarle día a día lo que mi corazón quería gritarle al mundo entero y que ella aún no se creía.

Lo que no me llegué ni a imaginar es que no lo llevaría para nada bien. ¡Y solo había pasado un día! Paseé la mano por mi corto pelo varias veces enfadado de nuevo, frustrado y lleno de una impotencia como no había sentido en la vida, a punto de estallar. ¡Joder! ¡Y solo había pasado un puto día! Me pidió que en el despacho actuara con ella con normalidad, que la tratara como siempre, con arrogancia y prepotencia, para que nadie sospechara nada. Pues mira por dónde, en eso durante ese día no iba a tener queja porque mi humor se cogía con pinzas con todo el mundo, ella incluida. Iba a representar el papel de puta madre si el día de hoy era similar al del día anterior.

Mis manos volvieron a viajar a mi pelo para pasarlas con fuerza solo con recordarlo. Hubiera jurado que ayer se alinearon planetas y galaxias en mi contra por culpa de esa mujer que me había vuelto la vida del revés en menos de un mes. El motivo ya no fue no haber podido estar con ella a solas ni dos minutos, ni por casualidad ni a propósito, tal y como intenté en varias ocasiones para poder robarle un fugaz beso, una tímida caricia, un débil gemido y de ese modo poder sobrellevar la situación en la que me había puesto, porque saberla a mi lado y no poderle demostrar abiertamente lo que sentía, expresarle lo que mi cuerpo necesitaba cuando la tenía cerca, el simple hecho de desear revelar nuestra reciente relación a los cuatro vientos, eso me iba a volver loco. La causa de mi desespero y posterior enfado fue tener que aguantar cómo la miraban los hombres del edificio, algo de lo que hasta ese día no me había percatado, con descaro y entrando a matar con ella, igual que lo hizo Braulio en su día. Llamaba la atención del género masculino, eso era algo que sabía porque lo había visto en primera línea y vivido en primera persona. Cómo los hombres, daba lo mismo su edad, se giraban para verla de nuevo sin reparo, porque esa mujer era espectacular de arriba abajo por esa belleza tan natural, por su

manera de moverse, por su modo de sonreír, por esa maldita risa escandalosa que hacía girar cabezas con una sonrisa, igual que ocurrió el día anterior en la cafetería de la planta baja a la hora de la comida cuando, «casualmente», yo bajaba a por un café. Verla sonreír a todos menos a mí para no levantar sospechas me hizo subir a mi despacho echando espuma por la boca y sin el café que había ido a buscar. ¿En serio tendría que estar soportando eso todos y cada uno de los días que trabajáramos juntos? Ya sabía yo que no, porque había conseguido que la paz interior y la plenitud de bienestar con la que había llegado al despacho en unas pocas horas habían dado paso a la irritación y el enfado hasta alcanzar una furia que me desbordó por completo.

Ese cóctel de situaciones me puso de muy mal humor, hasta el punto de que a última hora de la tarde todos, sin excepción, me evitaban para no pagar los platos rotos de lo que me ocurriera. Bueno, todos no, me corregí mentalmente. La culpable de mi sombrío humor, Daniela, se marchó puntual a las seis de la tarde porque tenía que llevar su coche al taller. Si no hubiese sido porque ya sabía que no aceptaría un regalo de esas características, hubiera salido detrás de ella y la hubiera arrastrado por las malas a mi concesionario para comprarle al contado un coche nuevo, el más seguro del mercado y el más caro, y a la mierda lo que pensaran los demás y lo que opinara ella.

Me pasé por última vez la mano con fuerza por la cabeza e intenté centrarme en el trabajo que tenía por delante. Mi padre se jubilaba oficialmente ese próximo sábado y, aunque todavía lo tendríamos mi hermana y yo por el despacho la próxima semana, quería dejar cerrados cuantos más temas mejor, y pensar en mi extraña relación con Daniela no era de ayuda. La fiesta de jubilación tendría lugar ese mismo sábado por la noche, e incluiría una gran cena y una

celebración posterior en el mismo lujoso hotel de la última cena benéfica. Más de doscientos invitados, entre empresarios y clientes de todo el país, confirmaron su asistencia al gran evento que sería el acontecimiento del año. Todos querían estar presentes en él, incluida una reticente Daniela que asistiría como uno de los componentes importantes de la empresa, porque no era una sencilla trabajadora de DLFuentes y Asociados, sino que trabajaba en la dirección de la compañía y su asistencia era obligatoria. Y me estaba poniendo enfermo porque esa noche, como hijo del homenajeado y futuro presidente de DLFuentes y Asociados, no podría estar al lado de la mujer que me había prohibido decir nada de lo nuestro, y en cambio sí estaría al lado de mi padre, sin excusas. No sabía cómo iba a poder soportar que otros hombres entablaran conversaciones con ella, intentaran llamar su atención ya fuera sutilmente o con descaro, como solía ser costumbre en ellos, o cómo ella les devolviera la cortesía con esa bonita sonrisa que no se merecían en absoluto, haciéndoles creer que tenían alguna posibilidad con ella sin saber que ya pertenecía a otro. No estar a su lado iba a ser un infierno, y eso me cabreaba más todavía.

¡Mierda! ¡Así no podría trabajar! ¡Y eso que la causa de no poder centrarme en el trabajo todavía no había llegado!

Me levanté y me dirigí al ventanal a ver cómo amanecía. Quedaban dos minutos para que dieran las ocho y ya prácticamente era de día. Me desabroché el botón de la americana y metí las manos en los bolsillos con un suspiro, sin saber qué hacer. Siempre había pensado que cuando me enamorara de la mujer que sería mi compañera no lo haría en silencio, sino que lo gritaría y lo haría saber a todo el mundo. Pero no contaba con que guardaría silencio de por vida a cambio de una de sus sonrisas.

—¡Buenos días, sonrisas! Te voy a contar el secreto del día, así que pon atención; si el jefe te ve tan ocioso, así, sin trabajar, te va a mandar a la planta dos con sus trabajadores favoritos, los de Recursos Humanos, más rápido de lo que tardas en ponerte en marcha para buscar una triste excusa.

La cálida voz que llegó por mi espalda me hizo sonreír automáticamente y el enfado se esfumó como por arte de magia. Me di la vuelta, sin sacar las manos de los bolsillos y sin dejar de sonreír, para contemplarla sin moverme de donde estaba. ¡Dioss! ¡Era preciosa! Apoyada en el marco de la puerta, con la misma sonrisa que la mía y con dos vasos de cartón con tapa de café, uno en cada mano, esa mujer me había elegido a mí de entre todos los hombres. Nos quedamos colgados por unos instantes en la mirada del otro, hasta acabar devorándonos con los ojos. Ella me recorrió de arriba abajo mientras yo hacía lo mismo con ella. Llevaba el pelo suelto, como me encantaba, y un vestido de vuelo hasta la rodilla, de sus prendas favoritas por la frecuencia con que las vestía, de color verde esmeralda, botas altas y una americana a juego, una elegancia sobria que solo había encontrado en ella, aunque lo que más me impactaría siempre sería su sonrisa, una que se reflejaba en sus espectaculares ojos, que cambiaban de color con esa emoción hasta parecer más grisáceos que verdes. Llamaba la atención de tal manera que sería imposible que ese día no se giraran para verla dos veces.

Sé que tragué saliva con dificultad porque, a pesar de estar cabreado con ella, esa mujer tenía poder suficiente para que me olvidara de ello y la deseara con todas mis fuerzas, sin importarme nada más.

Entró en mi despacho sin dejar de mirarme, con una sonrisa hecha para seducir, caminando con los cafés en las manos hasta

llegar a la mesa de reuniones y depositarlos cuidadosamente en ella. No dudé en acercarme como lo haría un depredador a su presa, instintivamente, sin movimientos bruscos y sin sacarle la vista de encima, advirtiéndole con mi cuerpo y mis acciones de que ya estaba perdida hiciera lo que hiciese, sin escapatoria alguna. Cuando estuve apenas a un metro de ella, la cogí de la mano y tiré de su cuerpo hacia mí hasta apoyarla en mi pecho, alejándola de la mesa y de los cafés que estaban a su alcance.

—¿Sabes, dulzura? —hablé encima de su boca, sabiéndonos solos a esas horas todavía—. No deberías preocuparte tanto por las medidas punitivas que tu jefe pueda tomar conmigo y sí por lo que piensa tu novio de ti en estos momentos.

—¿Novio? ¿No crees que vas muy rápido? —La sorpresa en la pregunta me hizo sonreír un poco más.

—¡Sí, tu novio! Tienes una capacidad de comprensión increíble para ser una pasante. —Me dio con la palma abierta en el pecho, con diversión—. Déjame que yo también te cuente un secreto; si yo tengo que esconder al mundo que tengo pareja, tú tendrás que aceptar que tienes novio, a ver si de este modo consigo hacerte entender que voy muy en serio y no bromeo con lo nuestro.

—¿Tan en serio?

—Tan en serio, cariño —le susurré acariciando con mis labios los suyos—. Al menos, que valga la pena el secreto.

La besé tal y como llevaba deseando desde la mañana de antes, recreándome en su boca para crearle necesidad de mí, la misma que yo sentía por ella. La oí jadear débilmente en mi boca y sonreí en el beso, haciendo que se separara un poco de mí. Cuando alzó su vista, me felicité al comprobar que había conseguido mi objetivo, pues me miraba con unos iris totalmente oscurecidos y vi arder el deseo en esa mirada. Paseó sus manos por mi pecho como al

descuido, perdida en él, y me supe tan perdido como ella en esos momentos.

—Así que mi novio… Nunca he tenido un novio oficial, pareja sí, pero novio como tal, nunca. —Sonrió sin dejar de acariciarme.

—¿Y te gusta? —Retuve el aire en mis pulmones esperando con ansiedad su respuesta.

Asintió con la cabeza sonriendo con dulzura con su boca, pero también con su bonita mirada. Volví a acercarme a sus labios sintiendo que volvía a respirar. Si me hubiese dicho que no, no sabría qué habría hecho, porque quería más de ella, lo quería todo. La besé de nuevo antes de que llegara mi padre en pocos minutos.

—Te he traído café —me informó con la voz enronquecida una vez nos separamos antes de ir a más—. Larguísimo de café con una gota de leche y una pequeña montaña de azúcar, tal y como a ti te gusta. Con tapa, ¿has visto?, para evitar contratiempos innecesarios.

—Gracias, cariño, pero después de nuestra última conversación sobre cafés en mi cama, y teniendo en cuenta que hoy sí estoy vestido para la ocasión, no pienso acercarme a ese café hasta que no estés en tu despacho, bien lejos de mí. Estoy loco… pero por ti. Yo no soy un kamikaze como tú.

—¡Ohhh, vamos! —Volvió a darme en el pecho con suavidad—. Mira, lo mejor será que me los lleve y me los beba yo, aunque el tuyo me produzca una subida del azúcar en sangre. —Intentó apartarse un poco de mí, pero no lo permití y la acerqué de nuevo—. Además, te digo desde ya que con chaleco no me vale, que aunque estés de infarto con él y todavía parezcas vestido así más jefe, más serio e inaccesible de lo que ya eres, apenas se te ve la camisa y no tendría gracia. ¡Lo dejamos para otro día!

La carcajada fue inevitable, esa mujer sería mi perdición. La apreté con más fuerza y acerqué mi boca a su cuello para aspirar

ese aroma a jabón y besarla para hacerla callar, algo a lo que ella me correspondió sin dudarlo durante un breve momento hasta que enseguida se separó un poco de mí con un gran suspiro.

—Dani, por favor…

—Está a punto de llegar Alfonso y no quiero que me encuentre aquí… —Me miró con un punto de súplica mientras su cuerpo luchaba contra una pasión que apenas podía controlar.

Cerré los ojos porque solo habían pasado dos días y no sabía si soportaría esa situación mucho más, pero era consciente de que si forzaba lo que existía entre ambos podría ser peor con ella. Y no estaba dispuesto a perderla.

—Sabes lo que me estás pidiendo, ¿verdad? —Me di cuenta de que había sonado impotente ante ella, pero no me importaba lo más mínimo—. ¡Joder, Dani! No sé si es muy recomendable que me dejes así todo el día.

—Lo que seguro que no es recomendable es que siga en tu despacho con dos cafés a mis espaldas y Alfonso a punto de entrar por esa puerta. Además, no me gustaría manchar tu chaleco, me pone muchísimo que vayas así vestido… —Sonrió traviesamente y, después de pensárselo unos segundos se volvió a acercar a mí—. Hagamos una cosa —dijo insinuante con una suave sonrisa mientras volvía a pasar su mano por mi pecho, una tenue caricia que acarició mi corazón, suavizando ese frío que se había instalado en mi alma—. Te voy a dar un beso, uno, ya te aviso, donde te vas a llevar un trocito de mi corazón, lento… —rozó mis labios con su aliento y yo cerré los ojos—, hipnótico… —su mano en mi nuca me hizo contener el aliento—, como si nos descubriéramos por primera vez… —su boca me susurró al oído anticipándose mi piel a esa promesa hecha beso—, para que lo memorices y me lo guardes solo por unas horas… —volvió a mi boca rozándola con suavidad, un acción que

hizo reaccionar a mi cuerpo con más fuerza que el más feroz de los besos—, pero prométeme que antes de irnos me lo devolverás… —acarició de nuevo mi nuca erizando toda mi piel sin remedio, sin separarse ya de mis labios—, no te lo quedes para siempre.

—Trato hecho, dulzura… —gemí en su boca, loco por volver a saborearla.

Nos besamos tal y como me había prometido, en un beso lento, hipnótico, y pude memorizar sus labios, descubrir un nuevo beso para ambos lleno de amor y promesas adueñándome de su sabor. Nuestras respiraciones se sincronizaron como si de una sola se tratara haciendo detener el tiempo, solo nosotros dos olvidados del resto del mundo, porque con ese beso me estaba entregando su amor sin hablar, entendiéndolo sin preguntar.

Se separó de mí con la misma ternura con la que se acercó, pasando la mano por mi pecho, volviendo a atraparme sin remedio con una cálida caricia que sentí con la fuerza de un seísmo aun por encima de mi ropa, con su mirada turbia por el beso y la respiración tan agitada como la mía.

—Recuerda tu promesa, sonrisas —musitó con voz enronquecida mientras empezaba a separarse de mí.

La vi acercarse a la mesa, coger su café y salir de mi despacho sin poder hacer nada para retenerla un poco más a mi lado, quedándome con una fuerte erección entre los pantalones y con ganas de más, ¡mierda!, con ganas de todo con ella. Y a pesar de que ya en la puerta se giró para, con el café milagrosamente en su mano y no en mi camisa tras haber dejado el mío en la mesa de reuniones, sonreírme con esa amplia sonrisa que cada día me gustaba más. Anticipé que el día se me iba a hacer largo para mí y para quien se cruzase por mi camino esa mañana. Nunca en la vida hubiese imaginado que una mujer me pudiera afectar de ese modo,

ni de ninguna manera ya puestos, pero es que perdía el juicio con Daniela a mi lado porque no pensaba, con ella solo sentía, me desarmaba por dentro con tan solo un beso. Uno que estaba dispuesto a devolverle en cuanto tuviera ocasión del mismo modo que había hecho ella conmigo.

# Capítulo 38



*Martes, 2 de febrero*

**Daniela**

Miré la hora absorta en el trabajo sabiendo que se me había hecho tardísimo. Como el día de antes había tenido que salir temprano del despacho para llevar el coche al mecánico sabiendo de antemano que era una pérdida de tiempo y de dinero, pero no teniendo más remedio si no quería venir en metro al día siguiente, tenía trabajo acumulado. Súmale a ese trabajo las carpetas que empezó a traerme Gisella de parte de mi jefe y que parecían no tener fin. Además, me pasé parte de la mañana totalmente desconcentrada por culpa de ese último beso que nos dimos en su despacho segundos antes de ver entrar a Alfonso en el despacho, así que no pude avanzar con rapidez hasta bien entrada la tarde, porque realmente sabía que era yo quien estaría guardando su beso durante

todo el día. Aún tenía su sabor en mis labios cuando pasaba mi lengua por ellos, y eso no me ayudaba a centrarme en lo que tenía delante. Nunca en mi vida pensé que un hombre pudiera volverse parte de mí sin permiso, tal y como lo hizo Gonzalo en apenas días. Después de dos experiencias nefastas, mi corazón estaba cerrado a cal y canto a todo lo relacionado a sentimientos y amor, algo que estaba reservado solo y exclusivamente para mi hijo. Pero ese hombre destrozó ese candado con solo una de sus azules y cristalinas miradas, y no entendí por qué no me asustó; al contrario, era como si lo hubiese estado esperando toda mi vida.

Sonreí de nuevo al pensar en ello, incluso cuando volví a posar la vista encima de mi mesa. Tenía más trabajo del que podía sacar adelante. Gonzalo me había cargado con todo ello sin ningún tipo de remordimiento, estaba convencida. Las dos veces que me crucé con él, una mientras se dirigía al ascensor para ir a por algo de comer a la cafetería de la planta baja mientras yo hablaba con Gisella, y una segunda vez en el pasillo donde caminaba junto con Alfonso en dirección al despacho de este último, volví a ver a un Gonzalo serio, hosco y de muy mal humor, metido en su papel de jefe insufrible y prepotente, haciéndome poner a mí los ojos en blanco para luego sacar el aire por mi boca de manera muy poco femenina.

Ese día, al igual que el anterior, no me costó separar a esos dos Gonzalos sin problemas, tal y como me pidió aquella noche en su coche. Me lo puso muy sencillo, y sin necesidad de pegatinas de colores en la solapa de su americana. El color rojo estuvo presente desde que salí de su despacho esa mañana a primera hora sin ninguna duda, todos en el despacho lo pudimos comprobar y vivir en primera persona, incluidos padre y hermana. El primero nos pedía paciencia con su mirada y la segunda se debatía entre el humor y la resignación con él. Y yo, pues simplemente me mimeticé con el

entorno pasando desapercibida todo lo que me fue posible para no empeorar ese fantástico humor que se gastaba, estaba convencida, gracias a mí.

El sonido del ascensor llegando a la décima planta me hizo volver a la realidad, o lo que era lo mismo, a esa pequeña montaña de papeles, dibujos, presupuestos y documentos que todavía seguían encima de mi mesa. Me tendría que llevar trabajo a casa si quería entregarlo todo a tiempo, algo que haría, aunque esa noche no durmiera.

Oí la puerta cerrarse y supe que después de Alfonso, el último siempre en salir sin contar a su hijo, ya no quedaba en el despacho nadie más que Gonzalo y yo. Sonreí, porque no me había dado cuenta hasta ese instante de que estaba deseando que llegara ese momento. Todavía dejé pasar unos minutos antes de darme cuenta de que Gonzalo no vendría a mi despacho y bufé. Ese hombre había estado de mal humor todo el día porque no podía expresarse conmigo como le habría gustado cuando quisiese y a la hora que fuese, siempre deseando tenerme entre sus brazos, y ahora que estábamos solos y me debía un beso, me hacía esperar. Todavía aguardé dos minutos y como no dio señales de vida, no me lo pensé dos veces. Me fui al baño, me preparé para lo que tenía en mente con él y salí de mi despacho con decisión para dirigirme al suyo con una sonrisilla que no conseguía borrar de mi cara.

Llamé a su puerta cerrada y entré sin esperar permiso. Lo primero que vi fue a un Gonzalo sin americana, solo con el chaleco puesto y las mangas de su impecable camisa blanca subidas hasta los codos, sentado detrás de su imponente mesa trabajando con el portátil. Me fijé en sus fuertes antebrazos. El alzó la vista y clavó su mirada en mí para dejarla ahí, olvidándose del portátil y del trabajo. Sonreí y cerré con llave la puerta a mis espaldas, por si acaso. Ese hombre

era todo un espectáculo para la vista siempre que lo tenía delante, daba lo mismo qué estuviera haciendo o en qué escenario estuviese. Tragué saliva lentamente, apoyándome con la espalda en la madera cerrada, notando cómo la respiración se me empezaba a alterar con solo mirarlo, sin hablar, sin tocarme, solo desde la distancia.

Empecé a avanzar hacia él lentamente, sin desviar mi mirada de la suya, con la piel estremeciéndose de anticipación por su cercanía, por la intensidad de su mirada que, sin palabras, me lo gritaba todo. Llegué a su mesa y la rodeé para sentarme en el filo de ella, a su izquierda, a pocos centímetros de él. No se movió de su sitio, no habló, creo que apenas respiró, sino que se reclinó en su butaca para escanearme de arriba abajo. Noté cómo cuadraba su fuerte mandíbula y se le oscurecía la mirada. Y volví a sonreír con una expresión traviesa, sabiendo que esa tensión en él era por mí, que yo estaba provocando eso al igual que él lo hacía en mí, lo que terminó de provocar que atrapara mi labio inferior entre mis dientes con toda la sensualidad de la que era capaz, y yo me aferré a su mirada como si de un salvavidas se tratara. ¡Y no me decepcionó! Se tensó imperceptiblemente, su mirada terminó por oscurecerse, tomando el tono azul profundo que precede a una gran tormenta, y su respiración se hizo más pesada, pero no se movió, esperando mi siguiente movimiento.

—Me estoy mordiendo el labio, ¿no lo ves? —Sus pupilas se terminaron de dilatar y tragó saliva con dificultad—. Sí, lo ves… —afirmé con una sonrisa traviesa—, y, la verdad, no sé a qué esperas, sonrisas…

Alargó el brazo hacia mi cintura y me arrastró enfrente de él sin dificultad, dejándome aún sentada en el filo de la mesa, sin hablar, aunque su intensa mirada azul me lo dijera todo. Su mano comenzó a descender por encima de mi vestido hasta la rodilla, allá donde

acababa el trozo de tela, para volver a subirla lentamente por dentro de este, y noté, en ese momento sí, la calidez de sus dedos en mi piel recorriendo mi pierna de manera ascendente y haciendo que mi corazón se acelerara, despertándome ardientes escalofríos por todos los rincones de mi cuerpo, provocando a todos y cada uno de mis sentidos hasta encenderme la piel como si le hablara en susurros. Al notar el contacto, piel con piel, sus ojos se abrieron imperceptiblemente por la sorpresa, al igual que su boca, y su lengua mojó rápidamente sus labios en un acto reflejo. Volví a sonreír, provocándolo, incitándolo, tentándolo, y conseguí lo que buscaba: que sus dedos apretaran con lujuria mi pierna sin parar de ascender hasta llegar a mi trasero.

—No llevas nada debajo… —farfulló con una voz ronca, apenas audible.

—Mmm, mmm —asentí con desvergüenza—. He venido a por mi beso, el de esta mañana, ¿recuerdas? Me has prometido que me lo devolverías antes de irte… y estoy esperando. —Me volví a morder el labio, acción que hizo que, de un solo movimiento, me cogiera con ambas manos por mi cintura y acabara a horcajadas encima de él.

Pasé mis manos por su torso lentamente, mientras Gonzalo, con la mirada vidriosa, me cogía el labio inferior entre sus dedos para soltarlo de entre mis dientes con un jadeo.

—Ese labio… ¡Joder, Dani! ¿Qué es lo que pretendes? —preguntó en un gruñido.

—¿A ti qué te parece, sonrisas? He cerrado la puerta con llave, me he mordido el labio, no llevo ropa interior… Si aun así todavía te lo tengo que explicar, tu capacidad de comprensión sí que da un poco de pen…

No pude acabar la frase cuando Gonzalo me atrajo hacia él atrapando mis labios con los suyos, hundiendo su lengua en mi boca

como si temiera hundirse en lo más profundo del océano sin mí, bajando sus manos a mi trasero para terminar de acercarme a él con urgencia, sin delicadeza. A partir de ese momento todo se descontroló entre nosotros. Sus manos subieron mi falda mientras yo desabrochaba su cinturón para poder bajar un poco su pantalón con urgencia y poder hundirme en él sin pensar en nada más. Era necesidad sentirlo dentro de mí, algo primitivo que no había sentido con nadie, solo con ese hombre que no era en absoluto lo que aparentaba, algo que me había ido demostrando poco a poco, a base de pequeñas acciones que habían calado en mi alma y que ahora necesitaba como el respirar.

Cuando estuvo dentro de mí con un solo movimiento, ambos gemimos dentro de la boca del otro, sin dejar de besarnos con ganas, con las ansias de quien besa por primera vez, como siempre nos ocurría cada vez que nuestros labios se juntaban, cada vez que nuestras lenguas se encontraban, cada vez que esa mirada, que era solo nuestra, decía más que el más bonito y dulce de los poemas. Los movimientos de nuestros cuerpos, al principio lentos, en pocos segundos se convirtieron en una urgencia descontrolada sin que quedara muy claro quién dirigía y quién se dejaba llevar, si yo arriba o él abajo. Solo había pasión, placer, deseo, lujuria y un salvaje e irrefrenable incendio entre nuestros cuerpos, así que cuando de nuevo nuestras miradas se encontraron, quedé atrapada en esos ojos que suplicaban y exigían de manera feroz algo que no dudé en entregar.

Me agarré a sus hombros y eché la cabeza hacia atrás, perdida en él, en esa maravillosa sensación que empezaba a formarse en mi estómago, en la anticipación de hacerme pedacitos para luego volver a juntarme sin miedo a perder ninguna pieza, trazando palabras invisibles con mi cuerpo, empezando a dejarme ir, notando entonces

sus dedos clavarse en mis caderas para sentir cómo empujaba desde abajo y, en dos movimientos más, ambos nos dejamos ir.

Segundos después me derrumbé en su hombro, sabiendo que ese siempre sería mi lugar seguro, junto a él, y noté los rápidos latidos de su corazón bajo mi pecho, la banda sonora más bonita que escucharía jamás, junto con los míos, igual de desbocados. Suspiré en el hueco de su hombro y sonreí de felicidad, subiendo mis manos a su cabeza para acariciar su corto cabello y sentir su tacto bajo mis dedos mientras Gonzalo a su vez me acariciaba con ternura la espalda, ambos vestidos todavía. Entonces, sin previo aviso, noté cómo se tensaba debajo de mí y empezó a maldecir.

—¡Mierda, Dani! ¡Joder! ¡Jodeeerr…!

Me incorporé asustada para poder mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No, mierda, ni tú tampoco… No hemos usado condón… ¿Se puede saber qué cojones me pasa cuando te tengo delante? Me haces perder la cabeza y no pensar con claridad… ¡Joder!

—Ahhh, es eso… —le sonreí tranquila y volví a colocarme en mi lugar seguro, dejándome caer sin fuerzas y subiendo las manos nuevamente para tocarle el pelo.

—Creo que deberías preocuparte, aunque fuera un poquito, Daniela —me dijo entre el regaño y la extrañeza.

—Amo a mi hijo por encima de todas las cosas en este mundo, pero después de lo ocurrido con el donante de esperma, me puse un DIU para evitar que volviera a suceder —lo tranquilicé en un murmullo sobre su cuello, mientras seguía pasando las manos por su pelo con los ojos cerrados.

—Hubiese estado bien que me lo hubieras comentado —me hizo saber un poco dolido sintiendo que, a pesar de todo, su cuerpo se relajaba.

—¿Cuándo? Ha ido todo tan rápido entre nosotros que no me ha dado tiempo —contesté somnolienta—. ¡Madre mía! No puedo moverme… —Su cuerpo vibró bajo el mío, y noté su suave risa como mía.

—Vamos, dulzura, déjame levantarme para que podamos ir al baño a asearnos —me pidió en un murmullo rasgado acariciándome la mejilla, sin dejar de acariciarme la espalda con su mano en suaves círculos por encima del vestido.

—Solo dos minutos más —musité en su oído y nos quedamos en silencio, solo el sonido de nuestras respiraciones acompasadas.

—Me gusta que me acaricies de ese modo el pelo. —Noté su suave sonrisa en mi cara.

—Y a mí me gusta acariciarte así el pelo —sonreí yo también—. Es como acariciar el pelo de un gatito.

—¡Venga ya, mujer! ¿Un gatito? ¿En serio? ¿Un puñetero gato? —se quejó alucinando, parando las caricias de mi espalda—. No sé… Hubiese estado bien una pantera, un tigre, un jaguar, un maldito lobo, pero… ¿un gatito?

La carcajada que salió de mi garganta fue tan fuerte como inevitable. Ese hombre era, por naturaleza, un líder por instinto, no por título, alguien fuerte y poderoso, y daba lo mismo el papel que se asignara, incluso ahora, desmadejado entre mis brazos.

—Tienes razón, tienes razón… En realidad, te asemejas más a un lobo, un gran y enorme lobo blanco, solitario, sabio y territorial, con un espíritu salvaje y un gran protector, cuidando siempre de los suyos. ¡Mi lobo blanco!

—Sí, eso me gusta más. Mi hombría y yo te damos las gracias.

—De nada. —Me reí suavemente sintiendo un poco más mío a ese magnífico hombre.

—Y ahora, dulzura, tendríamos que movernos de mi sillón porque si nos quedamos dormidos y nos encuentran así mañana por la mañana, no me hará falta guardar por más tiempo lo nuestro, algo que no me importaría gritar a los cuatro vientos, lo sabes.

—Pero a mí no, Gonzalo, sabes que eso no puede ser. —Me incorporé para mirarlo a los ojos—. Te quiero, muchísimo. Pero no puedo arriesgarme a que me tachen de oportunista, no lo soportaría. Si de verdad me quieres, de momento, esto es entre tú y yo.

—Estoy enamorado de ti, Dani, de un modo que me asusta. Nunca en mi vida he sentido por una mujer lo que siento por ti.

—Y yo, pero…

—¿Entonces? Me jode no poder decir que estamos juntos. Me revienta verte hablar con otros hombres y que se crean que pueden intentarlo contigo. No me importaría que rieras y regalases tus sonrisas a esos mismos hombres si supieran que no tienen esperanzas contigo, pero no lo saben, y no lo soporto. ¡Te quiero, cariño! Y sé que es una locura porque hace poco que te conozco, pero lo sé, lo supe en el mismo instante en que te vi. Quiero más de ti, necesito más de nosotros. Y sé que tú también lo deseas porque sientes por mí lo mismo que yo por ti.

—Lo siento, Gonzalo, pero no puedo…, de verdad que no puedo…

Me miró con intensidad y me pasó con dulzura un mechón de pelo por detrás de la oreja mientras suspiraba con resignación.

—Esperaré a que estés preparada, no te quiero perder.

—Yo a ti tampoco, solo… dame un poco más de tiempo.

Me sonrió con ternura mientras me ponía las palmas de las manos en las mejillas para besarme suavemente, sellando con ese sencillo beso un pacto entre nosotros.

—No me hagas esperar mucho, por favor, solo te pido eso. —Negué con la cabeza con los ojos llenos de amor y empezando a cuajarse de lágrimas por él, por haber encontrado a un hombre que me quería y respetaba, sabiendo que si lo perdía sería la mayor tontería que haría en mi vida—. Y ahora, vámonos antes de que venga el personal de limpieza y nos encuentren así, porque a ver cómo lo explicarías.

—Sí, eso me supondría un problemilla —sonreí.

—El mismo que voy a tener yo a partir de mañana por tu culpa. —Alcé las cejas esperando la explicación—. A ver cómo demonios me centro yo mañana en el trabajo cuando me siente aquí sin que mi mente recuerde lo que hemos hecho en esta butaca una y otra vez.

La suave carcajada nos hizo temblar a los dos mientras se levantaba de su butaca conmigo en brazos sin esfuerzo.

—Algo se te ocurrirá, para eso eres el jefe y líder de la manada. Eso es lo que hacen los lobos blancos, tenlo presente a partir de ahora.

Y de ese modo, entre sus brazos y con su risa calentando mi corazón, entramos en su cuarto de baño para asearnos y poder salir como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, aunque realmente sabíamos que eso no era cierto, porque el eco de lo ocurrido gritaba lo que ambos callábamos, algo que, de momento, era un secreto entre él y yo.

# Capítulo 39



*Viernes, 5 de febrero*
*Tres días después*

**Gonzalo**

Eran más de las once de la noche cuando me subía a mi SUV, aparcado en el aeropuerto. Ese nuevo viaje a Barcelona, de momento, sería el último ya que la obra iba sin contratiempos. Volví a mirar mi móvil antes de arrancar el coche para dirigirme a casa por si me hubiera llegado algún mensaje de Daniela. Nada. Era extraño que en todo el día no me hubiera contestado a ninguno de los tres que le escribí. Tampoco me había devuelto la llamada que le había hecho antes de embarcarme en el avión ni la de hacía apenas cinco minutos. No me terminaba de quedar tranquilo y no podía llamar a mi padre o a Gisella para preguntar por ella, mucho menos a esas horas, así que dudé en qué hacer lo que tardé en salir del

aparcamiento. A pesar de la hora tan tardía, me dirigí a su casa para comprobar por mí mismo que todo estaba bien. Me preocupé al no tener noticias suyas, ya que su hijo Enzo había estado con fiebre alta el miércoles y trabajó desde su casa para poder cuidarlo, algo que provocó que no la viera en todo el día y que, colateralmente, yo hubiese estado de un humor de perros con quienes me rodeaban. Sabía que Enzo se encontraba mejor porque el jueves ya la teníamos en el despacho con esa risa contagiosa y su buen humor, pero podría haber recaído sin que nadie me dijera nada y encontrarse peor.

Ya en la autopista pisé más de la cuenta el acelerador, ansioso por verla, aunque fueran unos minutos, recordando, a pesar de todo, con una sonrisa, el cómo esa bonita y dulce mujer había puesto patas arriba todo lo que yo era.

## La mañana de antes

—Gisella —ladré al intercomunicador en cuanto presentí, más que oí, su presencia en el despacho—, dile a Daniela que venga a mi despacho en cuanto pase por el suyo con todas las carpetas que se llevó a casa, sin perder un segundo.

—Buenos días a ti también, Gonzalo. ¡Enseguida! —contestó sin inmutarse, como ya era costumbre en ella, por mi tono o mis modales.

Me levanté de mi butaca, esa misma que ahora no podía ver sin recordar lo que ocurrió en ella dos días antes, y me pasé las manos abiertas por el pelo varias veces de manera compulsiva. ¡Diosss! A esa mujer la llevaba tatuada en mi piel y, por qué no admitirlo, en mi

corazón con una fuerza que no llegaba a comprender, pero era así y no podía evitarlo.

Me dirigí a la puerta a la vez que esta se abría para ver a una sonriente Daniela entrar en mi despacho tal y como le había pedido. Volvía a llevar uno de esos vestidos que tanto le gustaban y que a mí empezaban a volverme loco, el pelo recogido en una gran cola alta que despejaba su cuello y su cara y con varias carpetas dentro de una bolsa de plástico para que no se mojara toda la documentación que llevaba a causa de la gran tormenta que caía en esos momentos en toda la ciudad.

—Buenos días, sonrisas. ¿Cuál es la urgencia?

No le di tiempo a dar dos pasos, cerré la puerta de mi despacho con llave y le quité las carpetas para tirarlas sin ningún tipo de cuidado al suelo, la aplasté contra la pared con mi cuerpo y la besé sin delicadeza. Una corriente eléctrica nos sacudió a los dos. Gemimos, cada uno de nosotros en la boca del otro, y profundizamos el beso. No me cansaría de besarla nunca porque era adictiva y siempre ansiaría más y más de ella. En ese momento me di cuenta de que nunca sería suficiente. Era una puta locura, pero no quería volver a estar cuerdo si eso significaba no volver a tenerla de ese modo entre mis brazos.

—¡Esta, dulzura! Ayer te eché de menos —gruñí en su boca.

Apoyé mi frente en la suya intentando controlarme con ella, ambos con las respiraciones agitadas.

—Y yo a ti, más de lo que me conviene. —Pronunció cada palabra como una caricia cargada de deseo.

—¿Y te asusta? —Negó con la cabeza con una nueva sonrisa, mi sonrisa—. A mí tampoco —le susurré al oído mientras empezaba a recorrer la curva de su cuello con besos y mordiscos.

—Pensaba que querías repasar mi trabajo —jadeó cuando pasé mi lengua por su garganta mientras apoyaba la cabeza en la pared, dándome mejor acceso a ella.

—Sí, eso también…, pero después…

—Gonzalo….

Sí, era una adicción de la que no quería desengancharme.

—¡Joder, Dani! Me vuelves loco… —y volví a besarla porque sin su boca sobre la mía me volvería loco, mientras mis manos ya desabrochaban los botones delanteros de su vestido a la vez que ella me aflojaba la corbata para poder abrir mi camisa.

La cogí por las caderas para subirla a mi altura y no tardó en enroscar sus piernas alrededor de mi cintura, cogiéndose a mis hombros sin dejar de besarme. Me la llevé al cuarto de baño para que no nos oyeran, cerré la puerta a mis espaldas y la senté en el frío mármol para subirle la falda mientras notaba que mis pantalones ya no estaban en su sitio. Apenas fui consciente de ello por la urgencia de hundirme en ella. La necesitaba desesperadamente y, lejos de asustarme, la quise a mi lado con más fuerza, como si mi vida dependiera de ella, porque en esos instantes no la hice mía, esa mujer me hizo suyo, total e irremediablemente suyo.

Apenas unos minutos después, ambos empezamos a gemir con más fuerza en la boca del otro, a punto de subir a un cielo que no era nada comparado con Daniela, con ese momento, y supe que siempre sería así con ella entre mis brazos, cuando la tuviese tan cerca de mi corazón. Daniela se tensó, clavándome las uñas en mi espalda, sobre mi camisa a medio quitar, alcanzando un orgasmo que la dejó sin respiración unos segundos, y yo la seguí sin aguantar más, volví a besarla para ahogar el grito en su boca dejándome ir también.

Nos quedamos abrazados un instante más antes de separarme un poco de ella y mirar esos ojos aún entornados por la pasión, volviendo a sus labios para besarla dulcemente, mimándola unos segundos más, antes de hablar sobre su boca sin poder separarme de ella.

—¿Ya hemos aprendido la lección del día? No te puedes pasar más de veinticuatro horas lejos de mí o me volveré loco, dulzura.

Una débil carcajada salió de sus labios, haciéndome cosquillas, más que en los labios, en el alma.

—Eso no es cierto, claro que puedes sobrevivir. Quienes no podemos hacerlo a tu lado somos nosotros, la gente corriente, cuando sacas tu mal humor y tu prepotencia, esa que no puedes evitar cuando te enfadas, así que no, no tienes razón.

—Dani, yo siempre tengo razón, hasta cuando me equivoco —sonreí feliz.

—Oh, vamos… Eso ha quedado muy de ti.

—Está bien, probemos algo distinto, qué tal si te digo que te quiero y estoy enamorado de ti sin remedio.

—Te diría que te llevo ventaja. —Me acarició la mejilla con ternura.

Mi corazón se saltó varios latidos al oír esa sencilla afirmación sin saber qué había hecho yo para merecer una mujer así, una felicidad tan grande junto a ella. Y me enamoré un poco más, reticente a soltarla todavía, pero siendo consciente de que no nos podíamos seguir escondiendo en mi cuarto de baño mucho más tiempo.

—Esta tarde salgo de viaje a Barcelona, un imprevisto de última hora, y no volveré hasta mañana por la noche. No sé cómo voy a soportar estar lejos de ti hasta el sábado, en la fiesta de jubilación de mi padre, sin poder tenerte a mi lado, sin poder abrazarte ni besarte.

—Estoy convencida de que esa noche algún rinconcito encontrarás para nosotros, sonrisas. Yo también te voy a echar de menos. —Volvió a sonreírme con cariño, mientras ya volvía a buscar su boca para guardarme esos besos e intentar hacer menos dura nuestra separación.

EN LA ACTUALIDAD

Me faltaban apenas diez minutos para llegar a su casa cuando mi móvil personal empezó a sonar. La pantalla del SUV se iluminó con un número de un teléfono fijo que no tenía guardado. Descolgué la llamada, intrigado por averiguar quién tenía mi contacto y qué quería a esas horas.

—¿Sí? —pregunté por el manos libres del coche.

—¿Gonzalo? —Una voz infantil con un deje de desespero me llegó del otro lado de la línea.

—¡¿Enzo?! ¡¿Eres tú?!

—Sí, menos mal que tú sí me coges el teléfono…

—¿Enzo? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? Mierda, ¿y tu madre? —Conforme iba haciendo preguntas, mi corazón se fue acelerando por el miedo, confirmando ahora que algo había ocurrido con Daniela, y pisé el acelerador para llegar cuanto antes a su casa.

—Está en la cama con fiebre y no se despierta… El tito Leo no me coge el teléfono, ni el tito Nael tampoco y estoy asustado… ¿Puedes venir? —me pidió en un sollozo sin poder contener las ganas de llorar.

—¡Diosss! ¡Estoy ahí en cinco minutos! ¡Ábreme la puerta cuando llame, no tardo…!

Seis minutos después dejaba el coche en doble fila justo delante de su portal, con los intermitentes de emergencia puestos, sin importarme si molestaba o no. Salí a la carrera y, no bien llamé al timbre, la puerta se abrió. Subí las escaleras de dos en dos sin paciencia para esperar a que llegara el ascensor. Cuando llegué, muerto de miedo por Daniela y con el corazón en un puño, su hijo Enzo ya me esperaba con la puerta abierta para que pasara. Eran cerca de las doce de la noche cuando entraba en su casa para encontrarme a una Daniela totalmente inmóvil en su cama, tiritando de frío bajo varias mantas y con el pelo pegado a la frente, aunque ya no sudaba, eso fue lo que realmente me alarmó, porque su cuerpo empezaba a fallar, no reaccionaba. Me quité de cualquier modo el abrigo para tirarlo al suelo y sentarme a su lado. Tuve que esforzarme en respirar cuando toqué su frente ardiendo, algo que no era para nada bueno, porque seguía tiritando de frío, lo que me indicó que la fiebre le seguía subiendo, y su respiración parecía demasiado acelerada para lo quieta que ella estaba.

—¿Tienes un termómetro, Enzo? —le pedí sin dejar de apartar todo el pelo húmedo de Daniela de su cara.

—Sí, toma. —Había uno encima de la mesita de noche, junto a un paquete de paracetamol y un vaso casi vacío de agua.

—¿Desde cuándo está así, Enzo? —quise saber, preguntándole con un hilo de voz mientras la destapaba a la fuerza, porque se quejaba de frío y no soltaba las mantas, para colocarle el termómetro debajo del brazo.

Enzo estaba llorando en silencio a mi lado sin despegar la vista de su madre. La voz le tembló cuando me habló.

—Cuando he llegado esta tarde del cole ya estaba en la cama. Me dijo que estaba muy cansada y tenía mucho frío y que la tapara con otra manta… —Las lágrimas se hicieron más fuertes—. Me dijo que

no me preocupara, que con lo que le había dejado el tito se le pasaría…, pero ahora ya no me habla y no se despierta…

—Tranquilízate, Enzo, a tu madre no le va a pasar nada, ¿de acuerdo? —lo calmé cogiéndole con cariño la barbilla para que me mirara a los ojos, aunque en esos momentos yo estuviera muerto de terror.

—De acuerdo… —Se le quebró la voz al contestar, intentando dejar de llorar.

El termómetro sonó. Maldije por lo bajo cuando vi que marcaba 39,8º y Daniela no dejaba de tiritar.

—Enzo, ¿cuándo fue la última vez que se tomó una de esas pastillas? —pregunté alarmado.

—No lo sé, yo no la he visto coger ninguna…

—Vale, vale… Piensa Gonzalo, joder, piensa… —farfullé para mí—. Enzo, abre el grifo de la bañera y llénala de agua templada. ¡Vamos a intentar bajarle la fiebre! ¡Corre! —ordené con la voz alterada.

El niño salió corriendo al baño a cumplir mi orden sin protestar y yo terminé de destapar a Daniela en contra de su voluntad. Traté de que abriera los ojos en vano, solo intentaba aferrarse a las mantas dando manotazos débilmente al aire. Sabía que sería imposible que se tragara la pastilla si ni siquiera estaba consciente. Lo mejor sería bajarle la fiebre en la bañera antes de llamar a una ambulancia.

Intenté quitarle el pijama totalmente mojado y pegado a su cuerpo. Tuve que pelearme con ella porque inconscientemente no se dejaba. Le pude quitar los pantalones y el gordo jersey que tenía puestos, la camiseta de tirantes interior estaba tan pegada al cuerpo que no perdí más tiempo en tratar de sacársela. Me quité la americana y me arranqué la corbata para que no me molestara y la llevé en brazos al baño. Enzo, que estaba llenando la bañera tal y como le pedí, no nos sacó la vista de encima, totalmente asustado.

—Enzo, apártate de la bañera, voy a meterla en el agua para que le baje un poco la fiebre.

El niño se hizo a un lado mientras yo intentaba que Daniela se soltara de mi cuello. ¿Cómo cojones se había enganchado con tanta fuerza a él? No podía soltarla y necesitaba que lo hiciera ya, porque cada vez tiritaba con más fuerza.

—Mami, despierta… —le pidió Enzo, tragándose otra vez las ganas de llorar.

—Dani, suéltate, por favor… Necesito que colabores, cariño… —le rogué con impotencia sin poder conseguirlo—. ¡Está bien! A la mierda… —me desesperé y, quitándome los zapatos con los pies sin agacharme, me metí vestido en la gran bañera con Daniela en mis brazos, hundiéndola a la fuerza conmigo.

Se resistió lo que tardé yo en hundirnos hasta el cuello, sujetándola con fuerza para que no se moviera de mi lado, derramando agua al suelo por los bruscos movimientos. Al poco rato se calmó y empezó a tiritar con más fuerza, pero noté que su piel ya no ardía como instantes antes. La volví a abrazar, juntando mi cabeza a la suya para susurrarle al oído con voz muy poco firme que todo estaba bien, que se pondría bien, cogiendo agua con la mano ahuecada y mojándole la frente y la cara para refrescársela también, acariciándole el pelo para volver a hacer la misma acción una y otra vez.

—Enzo, ¿puedes llamar a Emergencias? Le hemos bajado un poco la fiebre, pero será mejor que la vea un médico —le susurré con un poco de alivio en mi voz a los pocos minutos de estar en el agua, pendientes ambos de cualquier mínima reacción de Daniela.

El niño asintió con la cabeza, volvió a mirar a su madre, y salió corriendo del baño a por el teléfono. Al momento oí voces fuera y supuse que era Enzo llamando por teléfono. Suspiré y volví a pasar

mi mano por su frente aún caliente, pero ya no ardía peligrosamente como minutos antes.

—Están en el baño, dentro de la bañera… —oí hablar a Enzo con la misma voz de alivio que la mía un momento antes.

—¡Mierda! ¡Dani, reina! —La voz preocupada de Leo me llegó desde la puerta—. ¡Nael! ¡Trae el maletín! ¡Están aquí! —gritó a su marido mientras corría hasta nosotros para ponerse de rodillas junto a la bañera.

Leo me miró con la angustia pintada en su mirada mientras acariciaba la mejilla de Daniela con ternura. Al momento, Nael se colocó a nuestro lado en silencio, tocó la piel de Daniela y le subió los párpados con los dedos mientras alumbraba con una pequeña linterna dentro de ellos. Después abrió un maletín con material médico, cogió un pequeño frasquito de cristal que pinchó con una jeringuilla tras quitarle el envoltorio de plástico y después la aplicó con delicadeza en el brazo de Daniela. Y todo eso, mientras yo seguía dentro del agua con ella apoyada en mi pecho.

—Creo que ya podemos sacarla del agua. Le he pinchado un fuerte antitérmico, con eso y con el baño tendría que bajarle la fiebre en cuestión de nada —indicó Nael muy serio, preocupado por lo que se había encontrado.

—Enzo, rey —se dirigió Leo al niño—, ¿podrías traer varias toallas del armario del otro cuarto de baño? ¿Y tú, Nael, cariño? ¿Le podrías traer algo de ropa seca a Gonzalo? Creo que tú y él tenéis la misma talla. —Nael asintió con una sonrisa, recogiendo todo el material antes de salir y agradeciéndome a mí con la mirada lo que había hecho.

Enseguida entró Enzo con las toallas y Leo me ayudó a sacar a Daniela de la bañera, envolviéndola en ellas para poder ponerle ropa seca a ella también. Nael, que había vuelto a entrar con ropa seca

para mí en sus brazos, la dejó en el pequeño banco que tenía el cuarto de baño y salió para que me pudiera cambiar. Llevaron a su amiga al dormitorio seguidos de un Enzo que, aunque no era consciente de ello, con esa llamada a mi móvil le había vuelto a salvar la vida a su madre.

Ahora que parecía que había pasado lo peor, con manos temblorosas me saqué la ropa totalmente empapada para cambiarme e ir a su lado hasta que pudiera comprobar por mí mismo que estaba bien. Sí, nunca había amado de ese modo tan feroz. En esos momentos supe que lucharía por ella hasta que se rindiera a mí al igual que ella había hecho conmigo y que sería suyo por completo.

# Capítulo 40



*Viernes, 5 de febrero*

**Gonzalo**

Diez minutos después salía del cuarto de baño con la ropa que me había prestado Nael, el marido de Leo. Unos vaqueros que me iban bastante bien de talla y un jersey de cuello alto un poco justo, pero no me iba a quejar, ya que la camisa y los pantalones de vestir habían quedado inservibles. Entré en la habitación de Daniela sin hacer ruido. Las sábanas habían sido cambiadas por unas limpias, en la habitación no hacía ya tanto calor, había sido rápidamente ventilada, y me fijé en que Daniela llevaba un pijama muy ligero y seco, porque apenas estaba tapada para controlar que la fiebre siguiera bajando. Leo estaba sentado en el filo de la cama tomándole la mano y con la mirada fija en ella. Al oírme, levantó la vista y se incorporó para indicarme con la mirada que lo acompañara

fuera. Una vez en el comedor, enseguida se nos unió Nael, que había acompañado a Enzo a su habitación para que descansara.

—¿Te apetece un café? ¿O un té? Voy a preparar de las dos bebidas —me ofreció Nael con una sonrisa, dirigiéndose a la cocina.

—Un café, gracias.

—No, al contrario, gracias a ti —agradeció Leo a mis espaldas indicándome que tomara asiento en el sofá, mientras Nael se metía en la cocina—. Enzo nos ha contado lo que ha ocurrido, si no llega a ser por ti… ¡Dioss! No me quiero ni imaginar qué le hubiera pasado a Dani… ¡Te debemos mucho, Gonzalo!

—Deberías agradecérselo a Enzo, fue el que me avisó.

—Lo haremos, no lo dudes. —Se pasó las manos por la cara, con signos de cansancio—. Enzo también nos intentó localizar a nosotros bien entrada la tarde, pero ni Nael ni yo teníamos el móvil encendido dentro del avión que nos traía de vuelta a Valencia. Ayer por la tarde volamos a Madrid, a una convención de medicina a la que invitaron a mi marido. Cuando nos despedimos de Dani, solo le dolía un poco la cabeza y le dejé la caja de paracetamol por si acaso. Debía de estar incubando lo mismo que ha tenido Enzo y no nos dimos cuenta. Esta mañana, una mamá del colegio ha pasado a por el niño para llevarlo a clase y luego recogerlo por la tarde para traerlo a casa. Cuando Enzo ha llegado, se la ha encontrado metida en la cama, con fiebre y sin haber ido a trabajar en todo el día.

—Nadie me ha dicho nada. Yo también he vuelto de Barcelona hace un par de horas, pero nadie del despacho me ha avisado de que Dani estaba enferma en cama y no había ido a trabajar.

—Eso es muy normal en ella —añadió Nael entrando en el comedor con dos cafés y un té en una bandeja—. Dani es muy capaz de llamar al despacho y no dar importancia a lo que le pasa para que nadie se preocupe por ella.

—Sí, esa es nuestra Dani —confirmó Leo con una sonrisa mientras su marido se sentaba a su lado—. El caso es que cuando hemos aterrizado y hemos encendido los móviles nos han saltado las mil llamadas que nos ha hecho Enzo. Nos hemos asustado porque ya no cogía el teléfono y hemos venido lo más rápido posible.

—Cuando hemos llegado —continuó Nael ofreciéndome el café— Enzo estaba a punto de llamar a Emergencias y tú ya estabas con Dani en la bañera intentando bajarle la fiebre. Ha sido una suerte que Enzo te localizara.

—El día que vine a recoger a Dani para llevarla a cenar, cuando me quedé a solas con Enzo, le di mi número de teléfono personal. Nunca lo doy, solo lo tienen mi familia y mis amigos más cercanos… pero a él se lo di.

—Daniela lo llama pequeños detalles, insignificantes gestos que nos terminan definiendo como personas. Yo creo que en esta vida todo y todos estamos conectados, Gonzalo. Me pasó con ella en el colegio, me volvió a ocurrir con Nael en una historia imposible que otro día te contaré, y tú estás conectado con ellos, con madre e hijo, de eso no hay duda. —Leo finalizó misteriosamente la conversación con una sonrisa.

No me atreví a quitarle razón por muy místico y loco que hubiese sonado porque quizá sí, había una conexión con el niño, o no y simplemente estaba cansado y nervioso.

—Ahora vengo. —Nael se levantó—. Voy a comprobar que Dani sigue bien.

—Espera, cariño. Voy contigo, quiero pasar la noche a su lado, vigilándola. Se lo debo, por no haber estado en casa. —Leo también se levantó.

—Me gustaría quedarme yo con ella esta noche, Leo, si no te importa —le pedí—. No creo que pudiera descansar si me voy.

Leo y Nael se miraron para sonreírse, hablándose con la mirada, igual que yo lo hacía con Dani.

—Como quieras, por nuestra parte no hay inconveniente. Además, si el enorme y lujoso SUV de color negro que había aparcado en la calle en doble fila es tuyo, cuando nos ha dejado el taxi abajo hemos visto cómo la grúa municipal se lo llevaba. —Leo se encogió de un hombro con una sonrisa—. Si empeora, avísanos. Nuestra habitación es la del fondo —me indicó su amigo palmeándome el hombro con cariño.

Se lo agradecí con un cabeceo y una sonrisa, quedándome en el quicio de la puerta mientras Nael se acercaba a Dani para comprobar que la fiebre le había bajado totalmente. Cuando me quedé solo en la habitación, me senté y me quité los zapatos para subirme a la cama. Me senté en el extremo de esta y apoyé la espalda en el cabecero. Me giré un poco hacia ella, que dormía plácidamente como si no hubiera pasado nada, y empecé a tocar su pelo, que me recordaba al más bonito de los atardeceres, dando gracias al cielo de que todo se hubiera quedado en un susto.

—No me vuelvas a hacer esto, dulzura, ni se te ocurra volver a darme un susto de estos o me verás cabreado de verdad —musité encima de su cabeza, soltando el aire por mi boca de puro alivio, ahora que estaba controlada y fuera de peligro, y me dio la sensación de que había oído mi débil amenaza.

No sé cuánto rato estuve así, hasta que el sonido de la puerta al abrirse me hizo levantar la cabeza en esa dirección. Un intranquilo Enzo entró sin hacer ruido para acercarse a su madre y tocarle la mejilla con una delicadeza asombrosa.

—Se pondrá bien, ahora solo duerme —le dije muy bajito.

No dijo nada, ni siquiera levantó la vista, solo siguió acariciándole la mejilla para, sin previo aviso, dar la vuelta a la cama y sentarse

enfrente de mí, mirándome directamente a los ojos como lo haría un adulto con los huevos bien puestos, cosa que ya no me sorprendía de él.

—¿Ahora sí eres su novio? —preguntó sin rodeos.

—¿Te importaría si lo fuera? —respondí con otra pregunta, tanteando el terreno con cuidado.

—Creo que no… Tú también la haces reír —vaciló al contestarme.

—A mí también me gusta verla reír, Enzo, mucho. Y yo también quiero cuidarla, al igual que tú —le hice saber.

—¿Cómo has hecho ahora, metiéndola en el agua para que abriera los ojos…?

—Sí, como he hecho ahora gracias a ti. Si no llega a ser por ti… —Tragué saliva no queriendo pensar qué habría ocurrido—. Has sido muy valiente, ¿lo sabes? Y la has cuidado muy bien. Tu madre se sentirá muy orgullosa de ti cuando se despierte —le sonreí.

—Entonces, ¿ahora vas a ser mi nuevo papá? —volvió a preguntarme.

Creo que tal y como hizo la pregunta me atraganté con mi propia saliva. Realmente, podía asegurar que ese niño era hijo de Daniela, tenía el mismo descaro que la madre.

—No lo sé, la verdad… —porque no supe qué contestarle.

—A mí no me importaría… No eres como Aitor, con él siempre lloraba y estaba muy triste. Ahora se ríe mucho de ti y siempre está contenta.

—Enzo, se dice: «Ahora se ríe mucho conmigo» —le corregí suavemente.

—No, se ríe de ti. Por las mañanas, antes de irse a trabajar, siempre nos cuenta cosas muy divertidas de ti y yo me río mucho. —Me miró serio, retándole a que lo volviera a corregir.

Por segunda vez en apenas un minuto volví a atragantarme con mi propia saliva.

—Entonces entenderé que yo no te doy miedo —contesté un poco seco, algo a lo que mi interlocutor no le dio importancia.

—No, ni a mi madre tampoco. Ya te he dicho que se ríe mucho. —Me miró sopesando si continuar o no y lo animé alzando ambas cejas, a ver por dónde me salía ahora—. Si quieres, la próxima vez te vuelvo a avisar para que me ayudes a cuidar de ella, así lo hacemos juntos.

—Me encantaría, Enzo. —Le sonreí con ternura mientras se le abría la boca en un gran bostezo que me hizo sonreír más ampliamente—. ¿Por qué no te vas a tu cama? Yo te aviso si se despierta, estás muerto de sueño.

—No, me quiero quedar contigo.

—Como quieras.

Y, sin pensárselo dos veces, se vino a mi lado para tumbarse en mi hombro, acomodándose a mi lado tal y como estaba yo, con la espalda en el cabecero de la cama. Me sorprendí lo que dura un parpadeo ya que, sin dudarlo, le pasé el brazo por detrás y lo recosté en mi costado para que se durmiera, algo que no le costaría por los continuos bostezos que daba. De lo que sí me sorprendí es de lo bien que me sentí con su pequeño cuerpo pegado al mío, dándome calor, depositando en mí una confianza que, a todas luces, me había ganado a pulso con él.

Posé mi mano en el pelo de Daniela, sintiéndome bien así como me encontraba en esos momentos, observando, bajo la luz de la lamparita de noche, el perfil de esa mujer, mi mujer, cómo dormía ahora tranquilamente, sumida en unas sensuales sombras que le daban una apariencia etérea. Pegado a mi cuerpo, Enzo se acomodó en mí y su débil voz me llegó muy bajito, en un duermevela.

—Me gusta estar contigo…

Sonreí con ternura y, tras esa sincera confesión, me atreví a preguntarle lo que me quemaba en la punta de la lengua desde que lo conocí, porque lo que opinara al respecto, para mí, era muy importante.

—Y a mí con vosotros… y me gustaría casarme con tu madre, que fuera mi mujer, la quiero mucho, ¿sabes?, pero no sé si tú… ¿Te importaría que cuidara yo también de ella siempre?, ¿de vosotros? —Sé que en ese momento mi corazón dejó de latir esperando la respuesta de un niño de apenas ocho años, pero aquello era muy importante para mí.

—¿Y te podría llamar papá? Solo si tú quieres…

Me quedé de piedra, se me hizo un nudo en la garganta mirando a ese niño que había vivido tanto a pesar de su cortísima edad y, aunque sabía que al lado de su madre nunca le faltaría de nada, carecía de una figura paterna, alguien a quien llamar «papá». Lo abracé con ternura, un sentimiento nuevo para mí. ¡Otro! ¡Y esta vez con el hijo!

—Sería todo un privilegio para mí, Enzo, que me llamaras de ese modo.

Lo apreté contra mí y cerré los ojos, agotado. No sé en qué momento me quedé dormido con Enzo entre mis brazos, pero cuando los volví a abrir, bastante más tarde, Daniela estaba despierta, mirándome con una sonrisa en su boca. Terminé de abrir los ojos de golpe pero sin moverme para no despertar a Enzo, alargando únicamente la mano para acariciarle la mejilla con dulzura.

—¿Cómo te encuentras? —quise saber, preguntándole con mucha suavidad, con voz íntima, muy bajito.

—No tendríais que volver a dejarme jugar con camiones, de los de verdad, quiero decir. Creo que uno me ha pasado por encima varias veces… Me duele todo el cuerpo —bromeó sin fuerzas, con una débil sonrisa en su rostro.

—¡Eso está hecho! Y ahora, vuelve a cerrar los ojos y descansa —le pedí con ternura.

Eso hizo, cerró los ojos y yo con ella, cuando oí su débil voz de nuevo.

—No entiendo por qué motivo mi hijo confía en ti, nunca lo ha hecho con nadie, a excepción de Leo y Nael… —dijo con los ojos cerrados.

—Cariño, duérmete —le pedí, porque le costaba hablar.

—Enzo es un niño muy intuitivo… —siguió cada vez más débil, sin hacerme caso, como de costumbre—. Lo fue con Aitor en su día, a pesar de su corta edad, y lo está siendo ahora contigo.

—Dulzura… —la volví a regañar con suavidad.

—Vale, vale…, ya me duermo —suspiró acomodándose a mi lado —. Solo quería que lo supieras… Ahora tengo que descansar para la fiesta de tu padre de mañana…

—Tú no vas a ir a ningún sitio mañana, te vas a quedar todo el fin de semana en cama, recuperándote —le hice saber acariciando su mejilla de nuevo.

—Pero no tengo excusa para no asistir, tú mismo me lo dijiste… —Su voz cada vez se iba apagando más a causa del cansancio.

—Sin buscarla, has encontrado la excusa perfecta para no ir, dulzura, y ahora, duérmete, por favor, vamos a despertar a tu hijo —le pedí, aunque no sé si me terminó de oír porque se volvió a sumir en un apacible sueño.

Volví a cerrar los ojos, acomodándome en la cama sin soltar a Enzo, con una tenue sonrisa en mi boca y un agradable calor en mi

pecho, sintiendo que mi sitio era ese, junto a madre e hijo, no sabía si gracias a pequeños detalles o porque realmente estaba conectado a ellos. Fuera como fuese, sabía que por fin había encontrado mi sitio, junto a ellos.

# Capítulo 41



*Viernes, 12 de febrero*
*Siete días después*

**Daniela**

Todo había vuelto a cambiar entre nosotros después de lo ocurrido la noche del viernes anterior. Conocía al Gonzalo estirado y prepotente, con esa arrogancia innata en él que llevaba de serie, al mandón que repartía órdenes a diestro y siniestro esperando que se cumplieran sin réplicas, al divertido y travieso, uno que llevaba muy dentro de él pero que era una pasada cuando tenías la suerte de disfrutar de esa faceta suya, al atento y cariñoso, ese que me había ido enamorando poco a poco con pequeños detalles que decían tanto de él, y luego tenía al protector, un Gonzalo nuevo para mí. ¡Ese hizo que terminara de rendirme a él!

Me lo demostró ese viernes, cuidando de mí y de Enzo sin importarle nada más, porque cuando abrí los ojos en la cama y lo vi al lado de mi hijo, con su brazo rodeando su cuerpo de manera protectora, cuando vi cómo se habían quedado los dos dormidos uno encima del otro, se me encogió el corazón sin poder evitarlo. Y lo amé más todavía, si es que eso era posible viendo esa escena en una nueva faceta suya, que sacó en todo su esplendor el domingo siguiente. Después de obligarme a guardar cama todo el sábado y perderme la fiesta de jubilación de Alfonso, algo que interiormente le agradecí en silencio, estuvo todo el día en casa, haciendo las delicias de mi hijo, que lo miraba con adoración y lo trataba con un cariño y una familiaridad difícil de ver en él con gente de fuera, sobre todo si eran hombres, metiéndose en el bolsillo a Leo y a Nael sin ni siquiera proponérselo, algo que me dejó alucinada porque mis amigos eran sobreprotectores conmigo y no delegaban así como así en cualquiera, y enamorándome a mí un poquito más, si es que eso era posible, descubriendo esa faceta suya que no me hubiera podido imaginar en él ni en mil años.

Ya había transcurrido casi una semana, los días pasaron en un suspiro porque en el despacho, aunque parecía que nada había cambiado entre nosotros de cara a todos los que nos rodeaban, había cambiado todo. Cada vez que nos cruzábamos por los pasillos saltaban chispas. Cada vez que nos reuníamos, no podíamos sacarnos las manos de encima. Cada vez que nos quedábamos solos por la tarde cuando todos se habían ido, nuestros cuerpos se encendían pidiendo reconocerse de nuevo, casi siempre con ropa, por la urgencia de estar juntos. Cada vez que estábamos rodeados de gente, a pesar de estar cada uno metido en nuestro papel, nuestras miradas siempre se encontraban hasta decirnos «te quiero» sin necesidad de palabras. Gonzalo era de las cosas más bonitas que

me habían pasado. Todavía no sabía cómo la vida me sonreía de ese modo, pero era algo que iba a disfrutar sin reservas hasta donde me llevara.

Su voz me llegó al otro lado de mi puerta cerrada, grave y masculina, y sonreí como una idiota mirando la puerta con los dedos suspendidos encima del teclado del portátil. Tenía que haber bajado a por un café a media mañana, pero tenía tanto trabajo pendiente que no había visto el momento, y encontré en ese instante de distracción la oportunidad de hacerlo. Me levanté de mi asiento justo cuando la puerta se abría. Gonzalo pasó, con una leve sonrisa en su boca y una caja entre sus manos, acercándose a mi mesa mientras yo la rodeaba, dejando una distancia prudencial entre él y yo para evitar tentaciones.

—Me he encontrado a Gisella viniendo a tu despacho con esto para ti cuando yo iba hacia el mío y he decidido aprovechar el viaje para que no pierda el tiempo innecesariamente. —No pudo evitar una sonrisilla al explicar por qué lo tenía dentro del despacho.

—Eres un jefe muy considerado —respondí con la misma sonrisa, sin sacarle la vista de encima.

—Mucho, eso deberías ya de haberlo aprendido. Yo siempre miro por mis trabajadores. —Dejó la caja encima de la mesa para dar un paso más hacia mí—. ¿Quién te manda regalos al trabajo? A menos que esos regalos vengan de mí, debería saber, señorita Miyar, que esta clase de acciones está totalmente prohibida en la compañía. Hacen perder el tiempo a mis trabajadores y ponen muy celoso al actual y nuevo presidente, y eso —me cogió de la cintura sin llegar a rozar su cuerpo con el mío— es muy peligroso para quien se cruce luego en mi camino.

—Y, señor De la Fuente, ¿esa norma está reflejada en el mismo estatuto donde indicaba que las relaciones sentimentales entre

empleados en esta misma compañía estaban prohibidas? Recursos Humanos debería estar también al corriente de ellas para que sean efectivas —hablé encima de su boca, sin rozarle yo tampoco.

—Sí, cierto, mis grandes trabajadores favoritos, Recursos Humanos. Deberían saberlo, sí… —y rozó mis labios mientras ambos suspirábamos en la boca del otro, cerrando los ojos con ese simple contacto.

Me hubiera dejado llevar, pero el miedo a que alguien abriera la puerta y nos encontrara así me hizo empujarle suavemente por el pecho para apartarlo de mí y evitar tener que dar explicaciones inexplicables.

Gonzalo rebufó con frustración y dio un paso atrás, pasándose compulsivamente la mano por la cabeza varias veces con la palma de la mano abierta.

—Está bien, si no puedo disfrutar de ti, me voy. Tengo trabajo y aquí seguro que no lo acabaré. Me gustaría ir a casa de mi padre este domingo sin estar pensando en todo lo que tengo acumulado encima de mi mesa. Por cierto, Leo y Nael ya le han confirmado su asistencia.

—¿Estáis seguros de querer que vayan? Es que no sé qué hacen ellos junto con mi hijo allí —me volví a quejar por no sabía cuántas veces esa semana.

—Otra vez con lo mismo, no. Además, ellos están encantados y Enzo se muere de ganas de ir.

Ese domingo, Alfonso haría una fiesta más pequeña e íntima para celebrar que se había jubilado. Solo familia y amigos cercanos. Y nosotros no éramos ni familia ni amigos cercanos. Pero Alfonso se había empecinado en invitar a mi pequeña familia, Enzo incluido, y no había admitido réplicas ni excusas, sobre todo teniendo en cuenta que no había podido asistir a la oficial el sábado anterior. Me

comentó que estarían Gisella, a la que se consideraba parte de la familia, Maite y la poderosa familia de Adrián —y eso eran sus dos hermanos, Valentina y Lucas, junto con los hijos de ella, dos gemelos de seis años que, me había contado Maite, eran un pequeño torbellino, y su abuela Agatha Mendoza de Lara, la poderosa e influyente empresaria a la que tanto admiraba—, Candy y Víctor junto con la pequeña Jimena, de pocos meses, y Hugo, mi antiguo jefe del *Love Dance* y gran amigo de la familia. El resto serían algunas familias, amigos íntimos de Alfonso, importantes empresarios de este país, y luego estaba yo, con mi hijo y mis amigos. No, es que realmente no sabía qué pintábamos nosotros en esa «pequeña fiesta».

—Sí, estoy convencida de que serán los primeros en llegar —repliqué resignada mientras Gonzalo sonreía con intención de salir de mi despacho—. ¡Espera! ¿No quieres saber qué me has traído? Seguro que esto es cosa de Leo en agradecimiento por la invitación, estoy convencida de que no te lo quieres perder —lo detuve, mirando ya la caja con interés.

—No sé si quiero saberlo, la verdad —aunque se acercó a mí con una sonrisa.

Se nos escapó una suave risa a ambos porque de Leo nos esperábamos cualquier cosa, Gonzalo se había dado cuenta de ello con solo conocerlo un poco. Desde que supo lo nuestro de manera oficial, gracias a lo ocurrido el viernes pasado en casa, no paraba de hacernos planes de futuro, dando más alas a ese hombre que tenía al lado. Saqué el gran lazo rojo que envolvía la caja y abrí la tapa con curiosidad. Dentro de la caja había otra caja con tapa más pequeña y, encima de esta, un sobre cerrado de color negro igual que los que ya había recibido en las dos ocasiones anteriores.

—Pero ¿qué cojones…? —farfulló Gonzalo con voz dura encima de mí mientras cogía el sobre con rabia.

No se lo impedí, la verdad es que no me apetecía leer lo que ponía porque, aunque eso conseguía ponerme nerviosa, como broma empezaba a ser ya aburrida. Mientras Gonzalo abría el sobre, yo abrí a mi vez la pequeña caja para descubrir qué había en ella. Al sacar la tapa me quedé lívida sin poder moverme, con la vista fija dentro de ella, di un paso atrás y solté una maldición.

—¡Joder! ¡Por Dios…!

Gonzalo, a mi lado, levantó la vista de la carta con una expresión de preocupación y miedo para mirar dentro de la caja con el cuerpo totalmente en alerta, tenso, con la alarma reflejada en cada movimiento.

—¡Jodeeeeer! ¡Hijo de puta! —maldijo él también, soltando la carta encima de la mesa y apartando la caja de golpe para ponerle la tapa y esconder tan macabro regalo.

¡Colibríes! ¡Había varios pequeños colibríes muertos dentro de la caja iguales a los que llevaba tatuados en mi espalda! Me tapé la boca con la mano y, sin dar tiempo a reaccionar a Gonzalo, cogí la carta que acababa de soltar para leer tan lúgubre mensaje, de eso no me cabía duda, con un mal presentimiento recorriendo mi espalda. No le dio tiempo a detenerme, me hice a un lado y leí rápidamente la nota. Cuando lo tuve a mi lado maldiciendo en voz baja, la nota se cayó de entre mis manos y Gonzalo me tuvo que coger por la cintura para que no cayera de rodillas al suelo. En ese momento, un vértigo que había mantenido a raya al coger la nota se apoderó de mí y la sensación de inestabilidad se hizo mucho más fuerte.

—No puede ser, no puede ser… —sollocé entre sus brazos, notando cómo mi cuerpo temblaba como una hoja con miedo, sin

poder controlarlo.

La nota quedó boca arriba en el suelo. Desde donde estaba, se podía leer sin problemas.

*Nada es más hermoso que tú, hasta las rosas se marchitan a tu lado.*
*Nada es más dulce que tú, incluso el chocolate se putrefacta con el tiempo.*
*De nada te sirve esconder tu pasado con colibríes para ser libre, porque no lo eres. ¡Eres mía!*
*¡Tú siempre serás mía, princesa! ¡No lo olvides nunca!*
*Y te lo voy a demostrar.*

Noté, entre sus brazos, cómo se tensaba y cómo le palpitaba la vena del cuello con fuerza, esa que siempre hacía aparición cuando Gonzalo estaba a punto de estallar con el mundo. Y lloré. Lo hice como hacía tiempo no había llorado, siempre a solas, sin nadie a mi lado, sintiéndome perdida y desamparada, con miedo, con rabia y con impotencia. Y ahora, que empezaba a ser feliz, ahora que tenía un bonito futuro por delante para mi hijo y para mí misma, volvía a aparecer de la nada.

—No voy a permitir que te pase nada, ¿me oyes? Ese hijo de puta que te llama «princesa» no te va a hacer nada, no mientras yo viva —me habló con más dureza de la que estoy convencida quería, con su boca pegada a mi cabello, abrazándome con más fuerza entre sus brazos.

—Está en la cárcel, no puede haber salido, es imposible… —farfullé intentando buscarle una explicación a la maldita nota mientras las lágrimas caían por mis mejillas sin que pudiera detenerlas.

—Haré un par de llamadas para averiguar si ha sido él. Hugo nos hará ese favor, no te va a pasar nada —me repitió.

—No quiero que le pase nada a Enzo, Gonzalo. Si le ocurriera algo me moriría… —me aparté de él con el terror dibujado en la mirada.

—Daniela, tranquilízate. No os va a pasar nada, a ninguno de los dos. —Me sujetó por el mentón para que le mirara a los ojos.

—Ese hombre está loco, Gonzalo, y viene a por mí. Pero ¿cómo demonios ha podido salir de la cárcel? —quise saber alterada, subiendo el volumen de mi voz y volviendo a apartarme de él—. Estoy en Valencia, joder, en la otra punta de España. Nadie sabía dónde estaba, hui de él por la puerta de atrás, y me ha localizado, ¡joder! Me ha buscado y esta vez no me va a dejar ir… —Volví a sollozar hundiéndome mientras me tapaba la cara con las manos, impotente.

—¡Se acabó! ¡Mírame y escúchame atentamente! —Me cogió por los brazos con cariño a pesar del tono duro de su voz—. Dulzura, nuestra familia trabaja con guardaespaldas, son muy discretos, no te darás cuenta de que los tienes al lado. Te pondré a dos de ellos para que sean tu sombra. Ese hijo de perra no te va a poner una mano encima otra vez, ¿vale? Me tienes contigo, a mí y a mi apellido.

—Tu apellido, por muy importante que sea en este país, no me va a proteger de él. Es un puto exmilitar entrenado para ser mortal con su enemigo, y está obsesionado conmigo… —le hice entender porque no tenía ni idea de lo que ese hombre era capaz de hacer.

—El apellido ayuda, cariño, pero te protegeré yo, el hombre. Lo daría todo por ti, Dani, absolutamente todo. No te voy a dejar ir sola a ningún sitio, voy a estar a tu lado en todo momento. No te muevas de aquí, voy a avisar al equipo de seguridad —me ordenó muy serio.

—No quiero guardaespaldas, Gonzalo. Prefiero que estén al lado de Enzo —le pedí.

—Enzo también tendrá vigilancia, al igual que tú.

—Esto es de locos…

—Llama a Leo y a Nael, que estén al tanto de lo que ha ocurrido. Yo voy a llamar a Hugo y a organizar tu seguridad y la de tu hijo.

Luego, los dos os vendréis conmigo a mi ático hasta que todo esto no se solucione.

—Ahhh, no, ni hablar. No pienso ir a vivir contigo. ¡No, olvídalo! —me negué en rotundo porque una cosa es que fuera todo el día con guardaespaldas que, por muy discretos que fueran, ya iban a dar de qué hablar, y otra muy distinta era vivir con él bajo su mismo techo. Y con Enzo. No, no y no, eso sí que no.

—Ahhh, sí. Y es un tema que no admite discusión. Mi ático tiene mil veces más seguridad que la casa de Leo, y te quiero a mi lado, donde pueda vigilarte y te pueda proteger —dijo tajantemente.

—No, Gonzalo.

—Dile a Leo que te prepare una maleta con tus cosas y otra con las de Enzo. Pasarán a buscarla y esta noche dormiréis los dos en mi casa —respondió como quien oye pasar el viento.

—¡Pero ¿me estás escuchando?! Que no nos vamos a ir contigo —me encaré a él, enfadada.

—¿Por qué no, Daniela? Es que no lo entiendo… —rebatió frustrado.

—Por el amor del cielo, ¿cómo me he enamorado de un hombre tan cabezota y mandón? Todo se está precipitando entre nosotros, y no quiero. —Le cogí del brazo para que me mirara y entendiera mi postura—. Me quedo con los guardaespaldas, me quedo con que me vigiles hasta cuando vaya al baño fuera de casa, me quedo con que no me saques la vista de encima en el despacho, incluso con que seas tú quien me traiga y me lleve a trabajar, pero no me hagas vivir bajo tu techo todavía, y mucho menos con Enzo… No sé si él lo entendería y para mí, mi hijo lo es todo… Por favor, amor.

Vi preocupación en su mirada, pero también comprensión.

—¡De acuerdo! ¡Vale, joder! ¡Está bien! No me hace ni puta gracia no ser yo quien esté a tu lado las veinticuatro horas del día pero si

no me das opción a ello ese edificio va a parecer que lo hayan asaltado los mismísimos geos.

—¡¡Gonzalooo!!

—Son muy discretos, de verdad, ni te vas a enterar —dio su brazo a torcer—. Quiero que entiendas que ahora estás conmigo, ya no estás sola, Dani. Y voy a cuidar de ti, te guste o no —le sonreí con lágrimas en los ojos—. Y otra cosa. —Acercó su nariz a la mía para rozarla delicadamente—. Me ha gustado que me llamaras «amor». No te cortes si quieres repetirlo, no me importa —sonrió.

—A mí tampoco me importa que me cuides, también me gusta mucho, amor —suspiré encima de su boca.

Me dio un beso muy suave en los labios para separarse al momento con mucha ternura en sus ojos.

—Bien, pues si ya estamos de acuerdo en ese punto, me voy a llevar eso de tu despacho y voy a avisar a mi padre para que mande a un par de hombres de su equipo de seguridad y que no se separen de Enzo, después contactaré con Hugo. Tú llama a Leo y esta tarde te llevo a casa. No se te ocurra irte de aquí sin mí, ¿entendido? —ordenó con dulzura.

—Entendido —porque no estaba loca, no se me ocurriría salir sola a la calle y me quedaba tranquila con Enzo, sabiendo que tampoco le podría pasar nada.

Y con el corazón en la garganta y un gran nudo en la boca del estómago, lo vi salir con seguridad de mi despacho con la caja y el sobre bajo el brazo, sintiéndome por primera vez en mi vida protegida y segura, sin miedo a Aitor. Una vez la puerta se cerró, busqué mi teléfono para llamar a Leo y contarle todo lo ocurrido. Debíamos estar alerta para estar preparados por si ese loco volvía a cruzarse en mi camino, rezando al cielo para que realmente eso no ocurriera.

# Capítulo 42



*Domingo, 14 de febrero*
*Dos días después*

**Gonzalo**

Después de dos días esperando totalmente alertas el siguiente paso de Aitor, no hubo ni rastro de él. Cuando la misma mañana del viernes contacté con Hugo para que hiciera la averiguación, tardó apenas una hora en confirmarme que había sido ese cabrón. Nadie avisó a Daniela de manera oficial de que ese hombre había violado la condicional desde hacía cerca de un mes y estaba en busca y captura, en paradero desconocido. Por supuesto, no la dejé ni a sol ni a sombra y ella tampoco opuso mucha resistencia a ello cuando se enteró. Lo que no pude conseguir fue traerla bajo mi techo y eso no me dejaba dormir por las noches a pesar de que, tal y como le dije esa mañana en su despacho, su edificio estaba custodiado por

guardaespaldas y ella siempre iba acompañada por ellos, con mucha discreción, eso sí, pero no la perdían de vista ni a él ni a su hijo. Mi padre estuvo de acuerdo en todo cuando se lo conté, aunque me salté la parte de que teníamos una relación, respetando la decisión de Dani de guardar silencio en todo momento, algo que no llevaba nada bien, mucho menos en esa situación.

¿Cómo hacerle entender que la amaba con cada fibra de mi ser? ¿Cómo explicarle que era lo más bonito que me había pasado en esta vida? ¿Cómo demostrarle que la quería a mi lado siempre, porque yo no era nadie si no la tenía cerca? Y sé que ella sentía lo mismo que yo, pero tenía miedo, y eso nos bloqueaba a los dos de maneras distintas. Nunca se me habían dado bien las demostraciones de amor, ni en privado ni en público, era algo que me superaba. No tenía la seguridad de Víctor cuando en su día se lo demostró a Candy de un modo implacable, tampoco tenía la facilidad de mi cuñado Adrián, ese modo en que tenía de cautivar a cualquier mujer que tuviera a su alcance, tal y como nos demostró con Maite, yo solo sabía que no podía vivir sin ella, nada más.

Salí al jardín de la casa familiar lleno de invitados, buscándola con ansias. Necesitaba tenerla en mi campo de visión y entre familia, amigos y camareros contratados para la ocasión, no conseguía verla, hasta que oí su risa. Esas increíbles carcajadas que eran las que me daban la vida. Enseguida la localicé junto a Lucas, el hermano pequeño de mi cuñado, que la hacía reír con una facilidad pasmosa, y eso me envaró un poco hasta que, dejando la nube roja que se había formado ante mis ojos, la vi también rodeada de Candy, Maite y mi padre, hablando los cinco animadamente.

¡Por Dios! ¡O me relajaba o le daría la fiesta a mi padre!

Me acerqué a ellos sin pararme a hablar con nadie, ignorando sin sutilezas, a mi derecha, a mi cuñado y a Víctor que hablaban con

Leo y Nael entre risas y a un Enzo interesadísimo en la conversación, sin perder detalle, centrándome en llegar al lado de Dani como si no existiera nadie más a mi alrededor.

Cuando me puse a su lado muy serio, me miró de reojo con su bonita sonrisa para beber de su copa de agua y volver a la conversación con mi padre.

—Hijo, qué bien que te nos unes. Le estaba comentando a Dani que, a partir de mañana, le voy a facilitar que pueda acabar su TFG y el Máster. Esta mujer merece la oportunidad de poder ejercer, empieza a ser una pieza fundamental en la compañía y no me gustaría que otro despacho nos la robara.

—¿Qué dice a eso el nuevo presidente de DLFuentes y Asociados? —preguntó un divertido Lucas mirando mi cara impertérrita, provocándome, igual que lo hacía Adrián sin esfuerzo.

—En cualquier caso, la decisión es suya, no nuestra. No la podemos obligar a nada —contesté serio.

—Me encantaría poder continuar con vosotros, realmente no hay nada que decidir. —Volvió a sonreírme como si nada, como si esa dulce sonrisa no me afectara ni me alterara.

Y me cabreé más todavía con ella por querer callar nuestra relación, conmigo por no saber cómo hacerlo y con la fiesta en general porque en esos momentos no podía tener a Daniela entre mis brazos, que es donde debería estar. Así que lo mejor sería dar una vuelta e intentar interactuar con los invitados, a ver si conseguía relajarme.

Veinte minutos después estaba apoyado en el gran árbol que tenía el jardín mientras lo observaba todo con una copa de vino en mi mano. Los camareros iban paseándose con bandejas de aperitivos y bebidas entre los invitados, y estos hablaban entre sí, reían y felicitaban con buen humor a mi padre entre bromas y abrazos.

Maite no se separaba de su marido, con una sonrisa tan grande que no le cabía en la cara; Candy había dejado a su hija con Víctor mientras reía junto a Hugo; Leo y Nael se habían integrado tan bien en la fiesta que todos parecían querer buscarlos para poder hablar con ellos; Valentina había dado por imposible a los gemelos y a Lucas, que era peor que ellos, y no le había quitado la vista de encima a Daniela, que estaba al lado de Agatha Mendoza con una sonrisa aún mayor que la de mi hermana. Sonreí. Solo ella provocaba eso en mí.

No sé cuánto rato estuve al fondo del jardín, cuando una suave música empezó a sonar y varias parejas se pusieron a bailar, aprovechando a que el momento incitaba a eso.

—¿Sabes que a mamá le gusta mucho bailar? —Enzo se colocó a mi lado mirándome con una sonrisa, la misma que la de su madre—. Ella baila mucho conmigo cuando estoy con ella. Pone la música muy alta en el comedor y me abraza riendo y damos vueltas y vueltas. A mí también me gusta bailar con ella, es muy divertido y ella se ríe mucho. —Me lo quedé mirando sin decir nada—. ¿A ti te gusta bailar?

—La verdad es que no —respondí con sinceridad—. Aunque yo también bailaba con mi madre, ¿sabes?, y me gustaba mucho. Igual que a ti.

—¿Y por qué no bailas ahora con mi madre? —preguntó, queriendo saber algo que ni yo mismo podía contestarme.

—¿No quieres hacerlo tú?

—Nooo, yo no puedo ahora —negó con la cabeza con fuerza subiendo los hombros con una resignación que me hizo sonreír—. Estoy escondiéndome de los gemelos, no me dejan en paz, solo quieren jugar conmigo y ya estoy cansado.

La contestación me hizo soltar una suave carcajada mientras me acuclillaba para poder mirarlo a los ojos. Ese niño ya hacía días que se había ganado mi respeto, algo que, conforme lo iba conociendo, iba en aumento.

—¿Te puedo ayudar con ello? —intenté preguntarle lo más serio que pude.

—No te preocupes, son más pequeños que yo y yo soy más listo —contestó dándose importancia, como si fuera mucho mayor que ellos, comentario que me hizo volver a sonreír—. Así puedes bailar con mamá tú —dijo como si nada.

Volví a sonreír mirándolo a los ojos con admiración porque ese niño era más maduro que algunos adultos que conocía.

—Ahora entiendo por qué tu madre lo daría todo por ti, y por qué tus tíos te adoran. Eres muy especial, Enzo.

—Tú a mí también me gustas, ya te lo dije.

Lo abracé sin pensármelo y él se dejó hacer, devolviéndome el abrazo con fuerza. La conversación más larga que había tenido ese día fue con un crío de ocho años que me hizo más bien que cualquier otra que hubiera tenido con un adulto. A esas alturas ya no me sorprendía en lo más mínimo.

—Gracias, Enzo. Ahora, si me disculpas, creo que voy a ir a bailar con tu madre. —Le guiñé un ojo cómplice y me fui a por ella.

Daniela seguía hablando emocionada con la abuela de Adrián cuando me coloqué al lado de ella y, sin darles tiempo a reaccionar, en un impulso, la cogí de la mano y tiré de ella suavemente hacia donde estaban las parejas de baile porque, si me detenía a pensarlo, volvería a mi rincón sin hacer nada, y eso me estaba destrozando.

—Discúlpanos, Agatha —me dirigí a ella mientras me alejaba con una sorprendida Daniela—, pero tengo que hablar con ella y no puede esperar.

Agatha sonrió dándome el beneplácito con un suave cabeceo, correspondí a la sonrisa y me apresuré a cogerla de la cintura para ponerme a bailar con esa mujer de la que me había enamorado sin remedio antes de que reaccionara y me dejara solo al lado del resto de las parejas.

—¿Qué haces? —Una sorprendida Daniela salió al fin del aturdimiento, balanceándose entre mis brazos.

—Creo que está muy claro, bailar. —Sonreí como si nada.

—Creía que no te gustaba bailar. —Entrecerró los ojos para mirarme curiosa.

—Y no me gusta, pero ya te dije que contigo era distinto. Me gusta tenerte entre mis brazos con lo que me he propuesto centrarme en la solución, no en el problema —contesté acercándola un poco más a mi cuerpo, notando las primeras miradas del resto de los invitados ya sobre nosotros.

—¿Y cuál es esa solución? —quiso saber con cierta travesura en la pregunta sin apartarse, a pesar de estar rodeados de gente, y eso me animó a continuar con ella.

—Tú, dulzura, la solución eres tú —le respondí suavemente, demasiado lejos para sentirme completo pero muy cerca para no empezar a levantar los primeros murmullos a nuestro alrededor.

—¿Y lo tienes que solucionar justo ahora? No es buena idea, amor. —Empezó a darse cuenta de cómo nos miraban, una mezcla entre la curiosidad y el asombro, e intentó separarse un poco de mí, algo que no le permití en absoluto.

—¿Por qué?

—¡Joder, Gonzalo! ¡Estamos llamando la atención y ya lo sabes! —habló entre dientes, muy bajito, intentando no atraer más miradas sobre nosotros, algo que ya había hecho yo al sacarla a bailar—. Mi hijo…

—Tú hijo, cariño, también se ha centrado en la solución. Ha sido él quien me ha sugerido que bailara contigo dándome, por segunda vez en pocos días, su bendición —le hice saber mirándola a esos ojos de gata que se abrieron por la sorpresa, haciéndome sonreír con el gesto—. Ya no tienes excusas…

—¿Enzo ha hecho eso? No lo entiendo… Pero ¿qué es lo que espera mi hijo de ti? —murmuró desviando la mirada de mí para buscarlo entre los invitados.

—¿Todavía no lo tienes claro? —La cogí del mentón para poder mirarla a los ojos con una sonrisa en mi boca porque eso era lo que me provocaba, una felicidad que no iba a perder por nada del mundo—. Lo que tu hijo espera de mí es esto…

Me sumergí en su mirada para, con firmeza, terminar de acortar la distancia entre nuestros cuerpos rodeando su cintura firmemente con mi brazo y fundirme en su cuerpo, algo que había estado deseando hacer desde que la vi entrar en casa, acercando mis labios a los suyos. Y la besé. Y me sentí en casa de nuevo. Dejé de bailar con ella y me centré en sus labios, acariciándolos con mi lengua, mordiéndolos con suavidad, besando cada rincón de ellos hasta que abrí su boca con mi lengua para volver a saborearla sin importarme dónde estábamos o quién miraba.

Cuando me separé un poco de ella, me miró aturdida y se sujetó con fuerza a mis hombros, sin fuerzas para pelear tras haber mostrado de la manera más gráfica nuestra relación ante decenas de invitados.

—¿Me has besado? —preguntó en un murmullo sin creerse lo que había ocurrido.

—Esa pregunta ha dolido —suspiré en su boca de nuevo con una tenue sonrisa en mis labios, sabiendo lo que tenía que hacer por

primera vez con ella desde que la conocí—. En fin… si me lo preguntas, voy a tener que repetirlo para hacerlo mucho mejor y que esta vez no te queden dudas… —le hice saber de nuevo sobre sus labios, con un claro brillo de intenciones en mi mirada.

Y volví a besarla con fuerza, abriendo de nuevo su boca, entregándole en ese beso todo lo que yo era, dándole todo lo que tenía, enredando mi lengua en la suya, explorando todos y cada rincón de su boca, mimando sus labios con amor, uno que ya era demasiado grande en mi pecho para seguir guardando silencio, demostrándole, de una vez por todas, que iba muy en serio con ella, que lo quería todo de esa mujer sin tener que esconderme de nadie.

Cuando me separé de ella nadie bailaba, nadie hablaba, creo que nadie respiraba, solo nos miraban atentos y en silencio, y a mí, por primera vez en mi vida, no me importó si con ello conseguía lo que tanto tiempo llevaba persiguiendo en esa mujer.

—¿Te queda ya claro que esto es lo que espera tu hijo de mí? Porque esto mismo es lo que yo siento por ti, esto es lo que quiero entre nosotros, cariño —le confesé muy bajito con voz ronca, haciéndole cosquillas con mi aliento en sus labios, con las manos ahuecadas en ambas mejillas para que no apartara su mirada de la mía.

—Gonzalo, no lo tenías que haber hecho —contestó nerviosa, lo notaba por el acelerado pulso bajo mis manos, la alterada respiración en su pecho, provocada por el beso—. Tu padre… tu familia… todo el mundo… ¿Qué van a decir?

—Dulzura, ese mundo me importa bien poco —le hablé con firmeza, con seguridad en mi mirada, para que no dudara de ello—. Solo me importas tú, porque mi mundo lo tienes desde hace semanas guardado en uno de tus bolsillos. Ya no me pertenece.

Entiende de una vez que ese mundo por el que te preocupas tanto es solo tuyo por y para siempre. Haz con él lo que quieras.

—Gonzalo… —Sus ojos empezaron a cuajarse de lágrimas rápidamente, quieta, sin moverse de mi agarre, asimilando de una maldita vez lo que sentía por ella.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad porque quiero que empiece a quedarte claro y te entre en tu dura cabecita que, por mí, el mundo se puede ir a la mierda si tú estás en el mío. —Le limpié con cariño con mi pulgar la primera lágrima que rodaba por su mejilla, dedicándole una gran sonrisa, una verdadera que nacía de mi corazón. Aquello levantó más de un murmullo a mi alrededor, sorprendiendo incluso más que el haberla besado. Y continué, no pudiendo guardar ya por más tiempo ese secreto—. Dani, lo quiero todo de ti. Quiero besarte cuando quiera sin tener que estar mirando por encima del hombro, quiero tocarte cuando te tenga al lado, quiero abrazarte cuando lo necesite sin tener que esconderme de nadie. Y quiero dártelo todo, cariño. Todo lo que tengo y todo lo que soy donde y cuando quiera, sin importar el lugar ni el momento, donde estés y cuando me necesites.

Limpié una nueva lágrima, rogando al cielo que no lo hubiera fastidiado todo con ella, rezando para que le diera una oportunidad a lo nuestro. Me miró con intensidad, queriendo ver dentro de mí, algo que le dejé hacer sin miedo a lo que descubriera.

—¿Estás seguro de esto? —titubeó todavía, insegura.

—¡Joder, Dani! ¿Todavía lo dudas? —suspiré con paciencia, pero sin dudar porque realmente iba a por todas, con lo que no vacilé en dar el siguiente paso—. A ver si con esto te vale, porque si no, no sé qué más hacer ya contigo… —Me saqué el pequeño sello de mi dedo meñique, uno que me había acompañado durante tantos años, ese que tanto había llamado su atención, lo cogí con el pulgar y el índice

y lo puse entre nosotros, atrapando una de sus manos, porque empezó a dar pasitos hacia atrás negando con la cabeza mientras miraba el aro con los ojos muy abiertos, y la quería cerca, muy cerca para que mis palabras le llegaran al alma—. Permíteme, entonces, que lo haga oficial por y para ti, delante de este público, para mi desgracia, tan sumamente atento a nosotros. —Me sonrió con timidez y mi corazón se saltó un latido con ese sencillo gesto—. Te quiero en mi vida, Daniela Miyar, a ti y a Enzo, porque él es parte de ti y porque el muy sinvergüenza es como su madre, se hace querer sin proponérselo. Os quiero conmigo, a los dos, siempre. Me gustaría ser la segunda persona más importante en tu vida, después de tu hijo, al que quieres con toda tu alma y el cual te adora por encima de todas las cosas.

—Él también te admira y te adora, no sé cómo lo has hecho, pero le gustas mucho. —Había mucho amor en esa afirmación dicha con suavidad.

—Algo me ha comentado… —Sonreí con esperanza ya que aún seguía a mi lado y eso tenía que significar algo.

—¡¡A mi marido y a mí también nos gustas, Gonzalo!! ¡Y mucho! —gritó un atento y emocionado Leo, cogido a Nael y con los ojos tan llenos de lágrimas como los de su amiga.

El comentario provocó a mi alrededor risas de familiares y amigos, una leve carcajada de Dani y una nueva lágrima que cayó de nuevo por su cara y una sonrisa en mí que, para gustarme la discreción, me estaba luciendo a lo grande.

—¡Muchas gracias, Leo! —respondí alzando la voz, limpiando nuevamente su mejilla.

—¿Pero y yo con tu familia? ¿Y con tus amigos? No es lo mismo. —Otra vez las mismas dudas, los mismos miedos de no estar a mi

altura, y lo que no entendía era que ese miedo era exclusivamente mío con ella.

—¿Por qué no es lo mismo? ¿Qué ocurre con ellos? A mi padre, por si todavía no lo has notado, lo tienes rendido a tus pies; a mi hermana Maite y Adrián, unas personas muy selectivas con sus amistades, los tienes en el bolsillo; Candy y Víctor, que no regalan su amistad a cualquiera, harían lo que fuera por ti, algo que han demostrado estos últimos días a tu lado; Hugo Rodríguez, una persona que tener en cuenta, te tiene tanto cariño que te ha acogido bajo su ala, y eso, viniendo de ese hombre, es todo un logro. Y me tienes a mí, dulzura, sobre todo me tienes a mí. —Volví a coger su barbilla entre mis dedos para que me mirara y se diera cuenta de lo que le decía con mi mirada, no solo con palabras—. Un hombre que jamás se ha enamorado ni entregado su corazón a nadie. Un hombre que no sabía lo que era el amor hasta que apareciste tú, con tu descaro y tu arrolladora forma de ser. Un hombre al que no te cansas de tirar café en sus camisas limpias… —otra suave risa llena de lágrimas que no paraban de caer por su cara —, y a pesar de todo, le has destrozado todos sus esquemas y le has robado el corazón sin que se dé cuenta. Un hombre que te ama como jamás pensó que se podía amar. He descubierto un nuevo sentimiento en mí. Cuando te conocí no sabía qué me ocurría, así que tendrás que perdonar todo lo ocurrido entre nosotros al principio, pero es que es mi primera vez. —Nuevas risas a nuestro alrededor, una nueva sonrisa de la mujer que tenía enfrente—. Ahora sé que es amor. Por ti. Y como estarás comprobando ahora mismo y estoy seguro que comprenderás, ahora que sé lo que es estar enamorado, no voy a dejar que te escapes de mi vida. Te quiero junto a mí, con tu hijo.

Subí su mano para enseñarle el anillo que tenía entre mis dedos y adelantarle lo que iba a hacer con una sonrisa en mis labios.

—¿Qué estás haciendo, Gonzalo? —Intentó soltarse sin fuerzas.

—Lo que tenía que haber hecho hace días porque no puedo respirar si no estás a mi lado. ¡Cásate conmigo! ¡Ahora, mañana, la semana que viene a más tardar! Te quiero en mi vida y te quiero ya. Quédate para siempre a mi lado y te haré la mujer más feliz sobre la faz de la tierra, te lo juro. Déjame que pueda cuidar de ti como te mereces, que lo haga con Enzo también. ¡Te amo, Dani! ¡Te amo de un modo que no sé explicar, pero lo siento en cada latido, en cada beso, en cada una de tus sonrisas!

Varios «ohhhhsss» se oyeron a nuestro alrededor, aunque la verdad, apenas les hicimos caso, tan sumergidos estábamos en nuestro propio mundo, ella reteniendo la respiración, yo sin poder respirar. Sabía que el corazón se me iba a salir por la garganta y yo ya no sabía qué más hacer si me volvía a decir que no. Con manos temblorosas, algo que no me había sucedido en la vida, y sabiendo que era lo último por hacer con ella, coloqué mi sello en su dedo anular y encajó sin problemas, como si la hubiera estado esperando siempre.

—Este anillo se merece una historia, nuestra historia, dulzura. Tuya y mía. ¿Me ayudas? Ya sabes que no se me da muy bien lo de tener historias… Hazlo por mis nietos el día de mañana, ya me entiendes…

Una carcajada salió de su garganta junto con unas lágrimas que ya eran imparables. La sonrisa que me dedicó fue lo más bonito que vería en mi vida.

—Te quiero, Gonzalo, de un modo que tampoco entiendo. Solo sé que me he enamorado de ti y que tengo mucho miedo, pero ¿cómo decirte que no? —Puso su mano en mi mejilla y yo me recosté en

ella cerrando los ojos, sintiendo que soltaba todo el aire que tenía retenido en los pulmones desde hacía rato.

—No lo hagas, cariño. ¡Te amo!

Y volví a besarla con desesperación, porque no podía concebir no sentirla en esos momentos. Esa mujer me había dicho que sí y, para mí, a pesar de los aplausos y el alboroto que se ocasionó a nuestro alrededor, el resto del mundo dejó de existir para ser solamente ella y yo en esos momentos, nadie más.

# Capítulo 43



*Domingo, 14 de febrero*

**Daniela**

Si alguien me hubiera llegado a decir que semanas después de mi primer encuentro para nada agradable con ese hombre en ese mismo jardín, iba a acabar de ese modo, todavía me estaría riendo con dolor de barriga.

Amaba a ese hombre como jamás pensé que llegaría a amar a nadie, a excepción de a mi hijo, pero así era. Y él me correspondía del mismo modo, tal y como había demostrado delante de unos atentos espectadores, amigos y familia, que ahora se acercaban a nosotros a felicitarnos, después de separarnos con un largo beso que me supo a gloria. ¡Madre mía! Nunca había sentido tanto con un solo beso y es que ese hombre escondía más de lo que aparentaba, ahora lo sabía. ¡Y era mío!

¡Madre mía, madre mía, madre mía!

Sentía por él un amor tan grande que no me cabía en el pecho. Mi hijo vino corriendo para abrazarme con cariño, feliz por lo que había presenciado, pero se colgó de los brazos de Gonzalo y ya no lo soltó, demostrándome que realmente él tenía su bendición. En todo momento ambos estuvieron atentos a mí, para que no me agobiaran con grandes demostraciones de afecto y abrazos muy largos o fuertes, pues todavía no terminaba de acostumbrarme. Los fui soportando porque no terminaba de molestarme del todo, sobre todo viniendo de esa gran familia que empezaba a querer como mía.

Las bromas y las chanzas no tardaron en llegar, cosa que Gonzalo aguantó estoicamente mientras me miraba intentando mantenerse serio, poniendo los ojos en blanco con mucha paciencia y resignación.

—¡Cuñado! ¿Quién nos lo iba a decir? Menuda sorpresa, chaval —palmeó con fuerza y cariño su hombro un divertido Adrián con una sonrisa tan canalla como el brillo en su mirada—. ¡Retiro lo de que eres un trozo de corcho!

—Todo un detalle por tu parte —farfulló Gonzalo por lo bajo mientras aquel se reía con fuerza y su mujer le daba con cariño en el brazo para que no se metiera más con su hermano.

—¡¿Quéééé?! —le contestó Adrián a Maite—. Si es verdad…

—No le hagas caso a Adrián, Gonzalo —intervino Candy con una sonrisa—. Ya sabemos que le puede una broma.

—Ya, ya… una broma… —dijo por lo bajo.

—A ver, la alegría de la huerta no eres, tío, reconócelo —se metió Víctor por en medio, defendiendo a su socio.

—En serio, Víctor, deja de pasar tanto tiempo al lado de Adrián. ¡Tú no eres así! —se quejó Gonzalo abandonando el grupo mientras

rebufaba en voz alta, arrastrándome de la mano sin importarle si les hacía un feo o no y con Enzo agarrado a su pierna.

—No te vayas así, hombre… —se rio un jocoso Víctor. Hugo y Adrián se unieron a la divertida risa mientras ellas miraban al cielo pidiendo paciencia.

A partir de ahí, todo sucedió muy rápido. Gonzalo llegó hasta donde se encontraba su padre, muy cerca de nosotros, para abrazarse a un Alfonso que tenía una sonrisa tan grande que se le salía de la cara. Enzo corrió con sus tíos, que venían hacia nosotros. Y yo no pude avanzar para ponerme al lado de Gonzalo porque justo entonces uno de los camareros se interpuso entre nosotros. A solo dos insignificantes pasos de distancia, nuestras miradas se encontraron y me quedé congelada. Esa mirada que había querido olvidar, que creí que no volvería a ver jamás, fría e insensible, de ojos tan azules como las aguas cristalinas del lago Baikal, se estaba clavando en mí, paralizándome como si me hubieran inyectado una potente droga, y volví a ver todo lo malo que había en él. Quise gritar, quise salir corriendo y ponerme a salvo entre los brazos del hombre que me adoraba, pero no pude. Solo tenía que haber extendido mi brazo para llegar hasta Gonzalo, pero estaba bloqueada y ni respirar podía, solo mis ojos seguían abiertos, el resto de mi cuerpo no respondió.

Entonces Aitor, esa gran figura vestida de camarero que se había camuflado entre los trabajadores, se cernió sobre mí hasta prácticamente no dejar espacio entre nuestros cuerpos, bajó la cabeza para acercar sus labios a mi oído y, muy suavemente, habló en él.

—Hola, princesa. —Vi cómo sonreía y mi corazón empezó a latir tan fuerte en mi cabeza que no entendí cómo nadie más lo podía oír —. Te lo dije una vez y yo no miento. Te advertí que, si no eras mía,

no serías de nadie. ¡Bien, tú lo has querido de este modo! ¡Qué así sea! —Noté algo en mi estómago, un dolor agudo que me cortó la respiración, dejándome sin el poco aire que, a esas alturas, me entraba en los pulmones—. ¡De amor sí se puede morir, princesa, y te lo voy a demostrar!

Cuando bajé la vista para averiguar el porqué del dolor, abrí los ojos con terror mientras una lágrima de miedo se escapaba de ellos. Había un cuchillo clavado en mi estómago, entre él y yo. Ese cabrón me había apuñalado a la vista de todos sin que nadie se diera cuenta. Lo sacó con la intención de volver a hundirlo otra vez en mí y terminar lo que había empezado. Cerré los ojos totalmente aturdida, esperando el siguiente navajazo, el que acabaría con mi vida, tal y como me había amenazado con hacer, tan fríamente, cuando de repente Aitor desapareció junto con el cuchillo y volví a sentir que el aire fresco me daba en la cara. No sabía qué había sucedido, pero Aitor ya no estaba delante de mí ni el cuchillo tampoco.

Desorientada, bajé la vista a mi estómago y lo presioné con las manos, sin fuerzas, viendo cómo se manchaban de sangre, de mi sangre.

«¡Mierda, mierda, mierda! ¡Me estoy desangrando! ¡Para, para, para! ¡Por favor, que pare, por favor…!».

Oí voces y gritos a lo lejos, sin saber el porqué de tanto alboroto. Tampoco supe cómo llegué al suelo, pero de repente me encontré tirada en el césped húmedo del jardín, intentando respirar aguantando el dolor en mi estómago, con los ojos cerrados y muchas ganas de dormir, deseando que, cuando los volviera a abrir, todo hubiese sido una pesadilla que poder olvidar.

# Capítulo 44



*Domingo, 14 de febrero*

**Gonzalo**

Llegué hasta mi padre para fundirme en un abrazo con él, y noté que ya no tenía a Daniela de mi mano. Enzo había echado a correr hacia Leo y Nael, loco de alegría, para tirarse a sus brazos. Y Daniela se quedó a un par de pasos detrás de mí cuando el cuerpo de un gran camarero se interpuso entre ella y yo. Era la primera vez que lo veía, y eso enseguida me extrañó porque todos nos habían sido debidamente presentados antes de la fiesta. Lo que ocurrió a continuación transcurrió a una velocidad de vértigo. Ese camarero se acercó a una inmóvil Daniela, como si quisiera engullirla dentro de su gran cuerpo y eso me hizo ponerme en alerta, porque esa mujer que en breve sería mi esposa no permitía que se le acercaran de ese modo, y mucho menos desconocidos. Una alarma se encendió en

mí, fue como si mil fogonazos, todos a la vez, iluminaran mi mente de repente y vi, con una claridad alarmante, que ese cuerpo de dos metros vestido de camarero era su expareja y estaba junto a Daniela para cumplir su amenaza. Me tiré como un loco encima de ese hijo de puta con una fuerza sobrehumana, y sin pensármelo dos veces lo aparté de ella a golpes.

De su mano cayó al césped un cuchillo ensangrentado y mi mundo se vino abajo, me quedé paralizado intentando averiguar si la sangre era de Daniela. No llegué a girar la cabeza para comprobarlo cuando ese cabrón me apartó de su lado con un fuerte puñetazo que me hizo soltarlo de golpe. Reaccioné con rapidez y antes de que pudiera coger el cuchillo abandonado entre nosotros me lancé a por él. A pesar de superarme en altura y complexión, el primer derechazo lo dejó sin respiración, el segundo lo tumbó de espaldas y el tercero lo hizo sangrar por nariz y boca.

En ese momento, un aturdido público empezó a reaccionar. Hugo y Víctor sujetaron a Aitor para que no se pudiera escapar mientras Candy llamaba a Emergencias con lágrimas en los ojos. Lucas y Valentina apartaron de nuestro alrededor al resto de los invitados mientras Leo, con ayuda de Maite, sujetaban a un histérico Enzo que lloraba y pataleaba intentando abrazar a su madre, que estaba tirada en el suelo con el vestido manchado de sangre mientras mi padre siguiendo las indicaciones de Nael, apretaba su estómago con la americana que se había quitado para impedir que siguiera desangrándose. Mientras llegaba la ambulancia, Nael corrió a por el maletín de emergencias que siempre llevaba en el coche.

Corrí sin pensar en nada más al lado de Daniela para arrodillarme a su lado mientras le cogía la cara con delicadeza. Apenas podía respirar, el aire no llegaba a mis pulmones porque eso no nos podía estar pasando. Muerto de miedo, le hablé bajito, acercando mi cara

a la suya, notando cómo los ojos se me llenaban de lágrimas a mí también.

—Dani, ¿estás ahí? —Mi voz tembló al preguntar a una inmóvil Daniela—: Cariño, por favor, dime que estás conmigo, por favor…

Abrió los ojos y me enfocó con dificultad, y un sollozo de alivio se escapó de mi garganta.

—Estoy aquí… —musitó sin fuerzas, intentando sonreír, pero consiguiendo una débil mueca en su boca, y volvió a cerrar los ojos.

—No, no, no… No cierres los ojos, dulzura, no me dejes… Ya viene la ayuda, aguanta, solo un poco más… —le supliqué con un hilo de voz que no reconocí como mía.

—Solo un momento, amor… Me pesan los ojos mucho…

—No, no, no… Ni se te ocurra cerrarlos, cariño, vamos… ¿Me oyes? Lo estás haciendo muy bien… No me dejes, por favor… Quédate conmigo, no se te ocurra dejarme… por favor… —Mi voz se quebró en la última súplica, rota por el dolor y la desesperación.

Los abrió con dificultad para volver a cerrarlos otra vez.

—No puedo… —musitó en un débil sollozo, luchando por poder abrirlos.

—¡Joder, Dani! Abre los ojos, hazlo por mí… Joder, por favor, por favor… Cariño, por Dios… —Noté cómo una lágrima caliente escapaba de mis ojos y recorría mi mejilla sin que pudiera detenerla.

—Tranquilo, sonrisas…, sigo contigo… —A pesar de no poder abrir los ojos, su voz me llegó apenas en un murmullo de dolor.

Sujeté su cara con más fuerza y le di un suave beso en los labios, mojando su cara con mis lágrimas. Jamás en la vida había sentido tal impotencia sin saber qué cojones hacer para no perderla.

La mano en mi hombro de Nael intentando apartarme de Daniela me hizo levantar la vista. En la mirada de su amigo había

preocupación, pero también leí una fuerte determinación a hacer lo que estuviera en su mano por Daniela.

—Gonzalo, necesito que te apartes de ella para poder trabajar.

—No la voy a dejar, Nael —contesté con dureza.

—Gonzalo, la ambulancia no llega y se va a desangrar aquí mismo si no paro la hemorragia mientras viene la ambulancia. Y no me ayudas ahora mismo quedándote aquí. —Me habló con la seguridad y la autoridad de quien está acostumbrado a hablar así a los familiares de sus pacientes para poder hacer su trabajo.

Obedecí y me levanté nervioso, queriendo ayudar. Giré mi cabeza para comprobar que ese hijo de perra seguía donde lo había dejado. No fue el caso porque Hugo y Víctor tenían dificultades para inmovilizarlo de nuevo. Lástima para él, porque preso de una furia que no había sentido en la vida, quemándome vivo las entrañas, me dirigí hacia él con intención de acabar con su vida. Ya escondería Hugo su cadáver en un lugar donde nadie lo encontrara, porque nunca había tenido esa sensación de verlo todo rojo, como si el mundo que me rodeaba hubiera desaparecido y solo estuviéramos él y yo.

Fui hacia él con el puño en alto y lo golpeé con toda mi rabia en la mandíbula, haciéndolo retroceder varios pasos. Inmediatamente vino a por mí sin que Hugo ni Víctor pudieran impedirlo, pero no me importó. Me alcanzó en el costado de una patada que me hizo perder el equilibrio para intentar derribarme de un puñetazo en la cara, algo que no consiguió, pues me adelanté a él y lo alcancé de lleno en el estómago con un fuerte puñetazo. El siguiente fue en la boca y lo dejó algo aturdido y, a partir de ese momento, ya no pudo defenderse. Mis puños destrozaron su cara, haciéndolo sangrar tal y como lo estaba haciendo en ese momento Daniela, que se debatía entre la vida y la muerte, y lo mismo quería yo para ese maldito

cabrón. No volvería a hacerle daño a esa mujer porque no le iba a permitir volver a acercarse a ella, y si tenía que acabar con él para que así fuera, no me iba a temblar el pulso, tan ciego estaba en esos momentos.

Las voces alarmadas de Hugo y Víctor pidiéndome que parara de una vez me llegaron por la espalda, pero no les hice ningún caso.

—¡Joder! ¡Para, Gonzalo! ¡Para, joder, que lo vas a matar! —me intentó sujetar Víctor sin éxito por atrás.

—¡¡Y QUIÉN TE HA DICHO QUE LO QUIERA VIVO!! —bramé sin parar de golpearlo.

Solo paré, con un inconsciente Aitor en el suelo, cuando oí llegar a los paramédicos. Solté a ese desecho humano con una mueca de asco para ir al lado de Daniela y no volver a separarme de ella jamás.

***

Esa noche, en el hospital, me despedí de mi familia y de sus amigos para quedarme solo con ella y acompañarla junto a su cama. Le prometí a un descompuesto Enzo que sería él quien se quedaría con su madre al día siguiente por la mañana. Me senté en la butaca a su lado, me tapé la cara con las manos y lloré en silencio. Nunca en la vida había pasado tanto miedo como el que había pasado esa mañana cuando vi a Daniela sangrando en el suelo.

Llegó al hospital con Nael a su lado. Él le había dado los primeros auxilios y evitó que se desangrara, gracias a él salvó la vida. Enseguida la metieron en el quirófano y, tras la operación, permaneció en observación varias horas. Una vez estabilizada y fuera de peligro, sedada para que no despertara en toda la noche, la trasladaron a una habitación. Por suerte, el cuchillo no había

alcanzado ningún órgano vital y la herida curaría rápidamente y sin complicaciones. Quizá si ese hijo de perra le hubiera clavado el cuchillo por segunda vez no hubiera tenido tanta suerte.

Cuando me calmé, al rato, recuperé el anillo que me había dado Nael cuando la llevaron al quirófano y se lo volví a colocar en el dedo con mucha delicadeza, cogiéndole la mano con ternura para no soltársela en toda la noche. Necesitaba sentir su calor entre mis manos, solo de esa manera conseguía calmarme.

Estaba con la cabeza apoyada en la butaca, los ojos cerrados y la mano de Daniela entre la mía cuando la puerta de la habitación se abrió con suavidad. Nael entró para comprobar que su amiga seguía bien.

—Hemos tenido suerte, saldrá de esta. —Puso su mano en mi hombro con una sonrisa—. Yo me voy ya a casa, quiero asegurarme de que Leo y Enzo están bien.

—Gracias, Nael, por todo. Si tú no hubieras estado allí… —No pude acabar la frase, dolía solo el pensar en un desenlace distinto.

—Pero estaba allí y ella ahora está fuera de peligro. Va a vivir, Gonzalo, y tú también deberías irte a casa y descansar, no se te ve buen aspecto.

—Mi casa es ella, Nael. Lo otro son cuatro paredes con un techo —contesté llevándome su mano, esa que todavía no había soltado, a mis labios para besarla muy tiernamente—. No me voy a separar de su lado, nunca. Así que, por favor, no insistas.

—Está bien, lo entiendo. Supongo que yo habría hecho lo mismo si de Leo se tratara. —Se dirigió en silencio hacia la puerta—. Descansa lo que puedas, ya ha pasado todo.

Asentí con gratitud y, cuando la puerta se cerró, volví a cerrar los ojos sin soltar su mano, sintiéndola a mi lado para sumirme, ahora más tranquilo, en un sereno sueño lleno de paz.

***

Dos horas antes de que amaneciera, sentí a Daniela moverse a mi lado. Abrí los ojos y le apreté la mano con más fuerza. Poco a poco, empezó a abrir los suyos hasta que fijó la vista en mí, un poco desorientada.

—Hola, dulzura. —Me acerqué a ella con una tierna sonrisa.

—Hola, sonrisas… ¿Estoy en un hospital? —Arrugó la nariz mirándose la vía que tenía puesta en el brazo.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó ayer? —le pregunté con suavidad.

En ese momento, abrió los ojos de golpe, asustada, y quiso levantarse de la cama, algo que impedí sin esfuerzo.

—¿Y Aitor? ¿Y dónde está Enzo? —Vi pánico en su mirada y enseguida la calmé.

—Enzo está con Leo, a estas horas espero que durmiendo cada uno en su cama. Él está bien, asustado por todo lo que ha ocurrido, pero es un niño muy fuerte, lo superará.

—¿Y él? —preguntó con miedo.

—Ese hombre no volverá a hacerte daño, cariño. Lo arrestaron ayer en casa de mi padre y no volverá a ver la luz del sol en su miserable vida, de eso se va a encargar el abogado de Hugo, y ese hombre no se anda con tonterías. Es muy peligroso cuando se lo propone. Nadie en su sano juicio se atrevería a llevarle la contraria, y en el caso de que eso sucediera o volviera a pisar la calle, Hugo en persona se encargaría de que no se volviera a saber de él. Lo van a tener vigilado para que no vuelva a acercarse a ti.

—¿De verdad? —hipó intentando contener las lágrimas.

—De verdad. —Le sujeté la mano con más fuerza mientras lágrimas de alivio corrían por sus mejillas—. ¿Por qué no duermes un poco más? Aún falta un poco para que pase un médico a ver cómo te encuentras —le pedí, limpiándole las lágrimas con mis dedos.

—Túmbate conmigo, te necesito a mi lado —me rogó.

—No, te puedo hacer daño.

—Daño me hace no sentir tu calor en mi piel, amor. Túmbate conmigo, por favor…

No me hice de rogar más y me levanté de la butaca para acomodarme a su lado. Enseguida apoyó su cabeza en el hueco de mi hombro con un suspiro de felicidad.

—¿Estás a gusto? —hablé encima de su cabeza.

—¡¿Cómo no estarlo si este es mi lugar favorito en el mundo?! —me hizo saber con una sencillez que me desarmó en cuestión de segundos.

—Dulzura… —No pude continuar porque las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

—Nunca te lo he dicho, pero el primer día que me llamaste así en DLFuentes y Asociados me hiciste sentir especial, aunque la intención tuya fuera completamente la contraria. Te tengo que confesar que, ese día, empecé a enamorarme de ti. Me gusta mucho cuando me llamas dulzura —me dijo con tanto amor en su mirada que, si no hubiese estado enamorado ya de ella, en ese momento lo hubiera hecho sin dudarlo.

—Te lo estaré llamando toda la vida, cariño, pero no me vuelvas a hacer eso otra vez, por favor, ¡quédate conmigo, siempre! Ya te lo dije días atrás. —Le di un beso en la coronilla.

—Lo recuerdo, y también recuerdo vagamente que me dijiste que, si te volvía a dar un susto así, te vería cabreado de verdad. ¡Qué suerte que estuviera casi inconsciente! —se rio de manera traviesa.

Me reí con ella, pero no le pude contestar, la voz divertida de Leo desde la puerta se me adelantó.

—¡Pero el cabrón de Aitor sí lo vio! ¡Y sufrió las consecuencias! ¡Nunca he visto golpear con esa dureza y ese acierto a alguien! No te lo dije ayer, pero estuviste fantástico, Gonzalo.

—¿En serio? —Daniela se incorporó con los ojos abiertos para mirarme a la cara.

—Lo machacó vivo, reina.

—¡Mamáááá! —Enzo corrió hacia nosotros para lanzarse a los brazos de su madre, y ambos se abrazaron con ternura.

—Enzo, cariño, ¿cómo estás?

—Contento porque ahora estás bien. —La abrazó más fuerte mientras me bajaba de la cama para que su hijo ocupara mi lugar—. Tendrías que haber visto a Gonzalo, mami. ¿Me dejarás que me enseñe a golpear así? Yo también quiero hacerlo para poder protegerte así, porfa, porfa, porfa…

—No pude protegerla, Enzo. En eso te equivocas… —me disculpé, volviendo mi vista a Daniela con pesar—. ¡Lamento no haber podido protegerte, cariño! Si realmente lo hubiera hecho, esto no te habría ocurrido. Lo siento mucho, lo siento, lo siento…

—No, amor, no —me cortó Daniela con firmeza—. No necesito un héroe que me salve, necesito un hombre de carne y hueso que me quiera —y regalándome la más tierna de las sonrisas, añadió—: Te necesito a ti tal y como eres, sonrisas, solo eso.

Y volví a sentirme afortunado porque esa mujer me hubiera escogido a mí, de entre todos los hombres, como su compañero de viaje, sintiendo una dulce calidez en mi pecho. ¡Amor! ¡Ahora lo sabía!

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

—¡Madre del amor hermoso! De todo, has hecho de todo, incluso has conseguido que vuelva a amar.

—Menos protegerte, tal y como te prometí.

—¿Estás de broma, Gonzalo? —intervino Nael con sorpresa—. Si no llega a ser por ti, igual Dani no estaría aquí, ahora, con nosotros. Fuiste el único que se dio cuenta de lo que ocurría y actuaste tan rápido que no llegó a volver a clavarle el cuchillo. Cuando lo tumbaste con tan solo tres puñetazos, los demás todavía no sabíamos qué estaba ocurriendo. No te equivoques, sí que la protegiste, y lo hiciste muy bien.

Le sonreí agradecido, pues no se me había ocurrido que, gracias a mi intervención, todo había quedado en un tremendo susto. Noté la mano de Daniela apretarme con fuerza con una gran sonrisa, hablándome con la mirada, una donde solo había amor.

—Pues al final sí que me protegiste, y no lo hiciste mal del todo, igual que lo habría hecho un gran e inteligente lobo blanco. —Me guiñó el ojo con complicidad.

—Sí, igual que un lobo blanco —repetí sin apartar ya la vista de ella.

Porque eso es lo que era para ella, un líder que protegía a los suyos, pero también un hombre capaz de amar con la misma intensidad con la que luchaba, con el alma y el corazón.

Quizá Leo tuviera razón cuando dijo que todo y todos estamos conectados, quizá nunca me había enamorado de una mujer porque simplemente la estaba esperando a ella, quizá fue ella la que tuvo que pasar por todo eso para llegar hasta mí, nunca lo sabría. De lo que sí estaba seguro es de que esa mujer había cambiado mi mundo y mi vida, y yo se lo estaría agradeciendo siempre con una vida llena de risas y amor, construyendo un futuro juntos, creando historias que el tiempo no pudiera borrar, nuestras historias.

# Epílogo I



## *Dos meses después*

### **Daniela**

Entraba en DLFuentes y Asociados con dos cafés en mis manos, uno normal para mí y otro largo de café con una gota de leche y extra de azúcar, tal y como le gustaba a mi marido. ¡Madre mía! ¡Mi marido! Todavía no me hacía a ello, y eso que ya llevábamos más de un mes casados. Después de salir del hospital, cuando mi expareja intentó matarme, Gonzalo no quiso ni oír hablar de esperar meses y meses para poder organizar la boda del año, una que Maite estuvo más que dispuesta a planificar, coordinar y preparar y en la cual Adrián iba a aportar su granito de arena presentándonos a la *wedding planner* de su boda, su «regalo» de bodas, uno que tenían pendiente él y Gonzalo.

Apenas dos semanas después de lo sucedido nos casamos en una sencilla ceremonia íntima con familiares y amigos cercanos, algo que dio de qué hablar en toda la prensa, ya no por la sorpresa del enlace del poderoso empresario al que no se había conocido pareja oficial hasta ese día, sino por la rapidez de este. Ese mismo día, Enzo y yo ya estábamos viviendo en nuestro nuevo hogar, el ático de Gonzalo. ¡Uuuixxx, perdón! ¡Nuestro ático! Porque cada vez que me oía decir su ático me fulminaba con su clara mirada de hielo y ese halo de dios todopoderoso y me obligaba a decir «nuestro» ático, para luego irse murmurando no sé qué de comprar una casa solo a mi nombre e irnos a vivir todos juntos a ella a ver si así me entraba en mi dura cabecita que lo suyo, ahora, era de los dos. Lo siguiente que oía era la carcajada de un feliz Enzo, que cada día que pasaba adoraba más y más a ese hombre que había robado mi corazón.

Teníamos pendiente nuestro viaje de novios. Solo pudimos escaparnos tres días a las islas Madeira por todo el trabajo que teníamos en el despacho ahora que Alfonso se había jubilado y él lo había relevado como presidente de la compañía. Leo y Nael cuidaron de Enzo felices por mí, haciéndome prometer que cuando volviera, Leo seguiría encargándose de recoger a mi hijo del colegio hasta que yo fuera a buscarlo, una manera de vernos todos los días ahora que ya no viviríamos con ellos. Nos habíamos hecho un hueco en sus vidas y nos echarían muchísimo de menos, al igual que yo, que los quería como si fueran mis hermanos, se lo habían ganado a pulso.

Cuando salí del ascensor con mucho cuidado con los cafés, Gisella ya estaba en su mesa con la misma sonrisa de siempre.

—Buenos días, Gisella.

—Buenos días, Dani —saludó con una sonrisa aún más grande al ver lo que llevaba en las manos—. Una cosita antes de que sigas con

esa bomba que llevas en las manos. —Hizo una pausa dramática para continuar muy bajito—: Tu marido ya ha llegado al despacho, por si no quieres entrar con eso —señaló con gracia los cafés con la cabeza.

Me reí suavemente sabiendo que Gonzalo llevaba ya más de una hora en su despacho, por eso el café. Esa mañana había tenido que salir con prisas de casa porque se le hizo un poco tarde, como casi todas las mañanas. Las sábanas siempre se nos enredaban al despertarnos juntos, uno al lado del otro, y luego, en la ducha, a veces, para aprovechar el agua caliente, el baño se nos alargaba más de la cuenta. Y ese día no había sido una excepción, así que él salió sin pasar por la cocina y yo me quedé en casa preparándome para llevar a Enzo al colegio, como todas las mañanas.

El sonido del ascensor llegando a nuestra planta me sacó de mi ensoñación. La puerta se abrió y salió una Maite que vino directa a nosotras.

—¡Joder, Dani! ¿Qué haces con eso en el despacho? —señaló ella también los cafés.

Puse los ojos en blanco y me encaminé al pasillo sin vacilar mientras les hablaba por encima de mi hombro.

—¡En serio, chicas! No sé por qué no tenéis un poco más de confianza en mí, no va a pasar nad…

Hasta ahí mi discurso. Paré de golpe cuando choqué contra una pared de ladrillos colocada justo en medio del pasillo que olía a perfume caro. Instintivamente, me aparté para no mancharme de café, estirando los brazos hacia delante y tirando los vasos chafados casi sin café al suelo para no quemarme las manos con el líquido tan caliente.

«¡Oh, oh! ¡No puede ser! ¡Dani, cierra los ojos y no los abras a menos que se abra el mundo por la mitad!».

No tardé en abrirlos y encogerme de hombros cuando ese mundo se abrió en forma de potente voz grave y masculina, una que me tenía enamorada perdida y que ahora mismo estaba cabreadísima.

—¡JODEEERR! —oí maldecir en un grito a Gonzalo mientras cogía la camisa con ambas manos para moverla con fuerza, haciéndose aire con ella con una mueca de dolor en la cara.

—Mierda… —farfullé por lo bajo, llamando su atención. Me fulminó con la mirada.

—¡¿De verdad, mujer, que ni casado contigo me libro de que me quemes vivo?! ¡Joder, Daniela! ¿Es que nunca miras por dónde vas?

—Lo siento, lo siento… ¿De dónde has salido? ¡No puedes aparecer de la nada, amor, y pretender que los demás nos vayamos apartando a tu paso, de verdad te lo digo! —me defendí mientras le ayudaba con la camisa empapada de café, uno muy caliente, por cierto.

—¡Ahhh, claro, cómo no! ¡Que la culpa es mía! —ironizó mientras lo miraba con fingida inocencia—. ¡Voy a cambiarme y luego bajaré a hablar con los de Recursos Humanos!

Me fui detrás de él porque ya se había dado la vuelta y caminaba hacia su despacho con grandes zancadas y rebufando por lo bajo. A mis espaldas oí las risitas de Maite y Gisella mientras a mí se me escapaba la sonrisa.

—¿Para qué necesitas hablar con tus empleados favoritos? —le pregunté, cerrando la puerta a mis espaldas para seguirlo a su cuarto de baño.

—Voy a implantar una nueva norma en DLFuentes y Asociados, una que exigiré que se cumpla a rajatabla sin excepciones o habrá consecuencias. ¡Graves consecuencias! —me hizo saber mientras se quitaba la corbata totalmente inservible para tirarla, con un gran suspiro de resignación, a la papelera del baño—. Voy a prohibir

entrar cafés en el despacho, voy a quitar la puta cafetera del comedor de dirección, solo lo voy a permitir en la cafetería de la planta baja y no se podrán sacar de ese espacio bajo riesgo de despido inminente…

—Gonzalo, cariño…

—Porque a mí me encanta el café, sobre todo el de las mañanas. ¡Joder! Soy muy feliz con un café, pero no en mis camisas. ¿Cuántas van este mes? ¿Dos ya?

—Tres con esta, pero las otras dos veces no han sido culpa mía, y lo sabes. Si hasta Enzo lo dice, nunca miras por dónde vas, y eso sí que te lo tendrías que hacer mirar de una vez por todas —le sonreí traviesa mientras le apartaba con cariño las manos de la camisa para desabrocharle yo los botones.

—¿Enzo? ¿Tu hijo Enzo? —preguntó de manera retórica mientras se dejaba hacer—. ¿El mismo que se ríe de mí hasta que se dobla por la mitad y, ya no es que lo piense, es que me dice sin cortarse un pelo que soy un poco torpe cada vez que me bañas con café en casa? ¿Ese Enzo?

—Sí, ese Enzo. Solo tengo un hijo. —Acerqué mi boca a su oído, aprovechando el movimiento para quitarle yo misma la camisa, arrastrándosela por los hombros y acariciándole sus fuertes brazos —. ¿Y… sabes qué más dice Enzo? —Le besé el hombro para apartarme un poco de él y tirar la camisa al suelo mientras contemplaba a placer su atlético torso como si fuera la primera vez, con hambre.

—No. —Tragó saliva lentamente, quedándose quieto, expectante, esperando con atención mi siguiente movimiento—. ¿Qué más dice Enzo?

—Que le gustaría tener un hermanito.

—¿En serio? —Abrió los ojos de golpe—. ¿Y tú… a ti…o sea, nosotros…? —vaciló y sonreí con aire travieso—, ¿quieres darle un hermanito a tu hijo?

—Solo si tú quieres… —otro beso, esta vez en el pecho, allá donde el corazón empezaba a latir acelerado—, aunque con una hermanita se volvería loco… —y otro beso, esta vez en su lado derecho, hasta notar cómo se le erizaba la piel—, y claro, he pensado que por ejemplo, ahora, aprovechando que te has tenido que quitar la camisa podríamos, ya sabes… practicar, pero… —hice un puchero con voz sugerente, bajando la mano lentamente por su torso, ese que me conocía de memoria—, si insistes en añadir esa nueva norma en los estatutos de la compañía y ya no puedo traer más cafés… —mi mano llegó hasta su erección, no me sorprendió la rapidez con la que llegó—, restamos posibilidades para que, por accidente, te manche… —apreté suavemente con mi mano, provocando que cerrara los ojos con un gemido—, te ayude con la camisa… —moví la mano con delicadeza haciendo que se tensara con un nuevo jadeo—, y terminemos como ahora, tú sin camisa y yo pues… con ganas de ti… —acabé mientras me mordía el labio inferior con travesura—, pero que muchas ganas de ti.

—Vale, dulzura, me has convencido. —Habló encima de mi boca con la voz enronquecida, grave, seductora, como a mí me volvía loca, rodeándome con sus fuertes brazos y cerrando la puerta del baño de una patada—. A la mierda con los de Recursos Humanos… —Cogió mi labio como le gustaba hacerlo, con el índice y el pulgar, para tirar suavemente de él hasta soltarlo de entre mis dientes—. Te doy permiso para traer todo el café que quieras siempre que quieras.

Sonreí. Sonrió. Nos besamos. Y el mundo dejó de existir para los dos, solo éramos nosotros y nuestro amor, uno que cada día que pasaba crecía más y más. Aquel hombre me había enamorado con

pequeños detalles, día a día, sin guardarse nada para él. Un maravilloso hombre que me había construido un hogar dentro de sí mismo, sin prisas, con su forma de amar, su manera de entregarlo todo, sin saber que era lo que siempre había estado buscando: mi hogar.

# Epílogo II



## *Seis meses después*

**Gonzalo**

Cerré la puerta de nuestra nueva casa con un gran portazo, para hacerme oír. Hacía dos meses, aprovechando las vacaciones de agosto, nos habíamos mudado a una gran casa de dos plantas con una enorme piscina que era las delicias de Enzo, muy cerca de donde mi padre tenía la suya. Mi mujer se enamoró nada más verla y no dudé en hacerme con ella. Llegó un momento en que si volvía a oír a Daniela llamar al ático «mi casa» habría terminado arrastrándola a un notario para ponerla solo a su nombre. La única manera de hacerle entender a esa cuadriculada mujer que lo mío era nuestro fue cambiando nuestra residencia a una donde empezáramos de cero para que la hiciera suya desde el principio.

¡Y así fue! El problema fue que, al no estar ya viviendo en pleno centro, cuando su viejo coche rojo no arrancaba, que era día sí y día también, me tocaba a mí salir corriendo con el mío para poder llevar a Enzo al colegio, no llegar luego muy tarde al despacho y terminar llevando por la tarde a Daniela a la universidad y pasar a buscarla una vez salía, no muy tarde, eso sí, del despacho, para no hacerla esperar sola en medio del campus. Los días se me hacían largos y eternos intentando llegar a todo.

Me cabreaba que hubiese podido cambiar de vivienda tan alegremente y sin ningún tipo de problemas pero que en cambio discutiéramos porque se resistiese a cambiar su viejo coche por uno nuevo. Así que, finalmente días atrás, le gustara o no, visité a mi concesionario para cortar de raíz el problema, y lo saqué del porche de casa, donde estaba siempre parado, con la excusa de llevarlo al taller por vigésima vez en un mes.

—¡Papáááááá! —Corrió hacia mí un alterado Enzo en forma de huracán.

La primera vez que me llamó «papá», como al descuido, fue un mes atrás. Lo hizo con miedo a lo que pudiera decirle, bajito y sin fuerza. Me sorprendió cómo se dirigió a mí lo que dura un latido. Daniela, detrás de él, se llevó la mano a la boca por la sorpresa y los ojos cuajados de lágrimas. Yo, en cambio, actué como si fuera lo más normal del mundo y estuviese acostumbrado a que me llamara así, pero lo cierto es que se me hizo tal nudo en la garganta que, por momentos, me costó respirar. Ese niño se había ganado un trocito de mi corazón sin él saberlo, y que me llamara como si realmente yo fuera su padre me emocionó más de lo que me esperaba.

En cuanto entré por la puerta, Enzo se tiró a mis brazos con el ceño fruncido y algo enfadado, o desesperado, o resignado, no lo

hubiera sabido decir, porque su cara, en esas tres expresiones, siempre era la misma.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —le pregunté soltando el maletín en el suelo con una sonrisa.

—Sí, es mamá. ¡Díselo tú, papá! A mí no me hace caso —me dijo desanimado y enfadado, todo a la vez.

—¿Y bien? —me agaché para estar a su altura y poder mirarlo a la cara con cariño.

—Todos los días llego tarde al cole porque su coche siempre está estropeado y nunca arranca y yo quiero que me lleves siempre tú en tu coche porque es un rollo y mamá me ha dicho que no, que mañana vamos a ir oooootra vez al mecánico y yo no quiero y quiero irme contigo. ¿Por qué no se cambia el coche? Ese es un tostón y a mí me gusta mucho el tuyo y que me lleves tú.

—Entiendo —asentí muy serio con la cabeza, reprimiendo a duras penas una gran carcajada por lo que me estaba explicando.

—¿Me llevas tú siempre, papá? Porfaaaa… —casi suplicó desesperado.

Ahí sí ya no pude aguantarme más las ganas de reír y le revolví el pelo con la mano.

—Creo que te traigo la solución al problema, Enzo. —Le guiñé un ojo con complicidad mientras me incorporaba para encontrarme con Daniela delante de nosotros, mirándonos con cariño, la misma mirada de siempre, la misma expresión de felicidad en su rostro.

—Enzo, deja a tu padre tranquilo, ya te he dicho que mañana te llevaré yo —dijo con total tranquilidad.

—Que no, jolines, mami…

—Tu madre tiene razón, Enzo, mañana te podrá llevar ella, y yo, por primera vez desde hace semanas, también llegaré al despacho sin ser el último. Su coche está aparcado fuera —les hice saber con

una medio sonrisa, indicándoles con la cabeza que salieran a comprobarlo por ellos mismos.

—¿Ves, cariño? Ya volvemos a tener coche. —Dani sonrió mientras se dirigía a la puerta a comprobarlo por ella misma—. Enzo, me gusta mi coche, sé que a veces se estropea —ahí tanto su hijo como yo pusimos los ojos en blanco—, bueno, muchas veces, pero es que me gusta mi coche, de verdad, y no sé si podría conducir otro, me costaría horrores por muy nuevo que fuera, lo sé.

Abrió la puerta y se quedó parada en lo alto de las escaleras que daban a la entrada, mirando de derecha a izquierda buscando su coche. Sonreí y, a sus espaldas, alcé las llaves de su nuevo coche para balancearlas delante de Enzo con una sonrisa traviesa mientras este abría los ojos por la sorpresa. Le volví a guiñar un ojo y accioné el mando para que el coche se abriera con un agudo pitido mientras se iluminaban los cuatro intermitentes.

Daniela enseguida se giró con la boca abierta y los ojos más abiertos que los de su hijo, al entender que no iba a encontrar su viejo coche sino uno similar, pero nuevo.

—Ese no es mi coche, sonrisas. —Se enfrentó a mí con los brazos en jarras.

Enzo y yo esbozamos la misma sonrisa y eso enfadó un poco más a mi mujer.

—Pero es rojo, igual que el otro, dulzura. —Le tendí las llaves delante de su cara.

—Pero «no» es «mi» coche —dijo muy lentamente, arrastrando las palabras.

—Pero este arrancará sin problemas a la primera —contesté con una sonrisa más grande balanceando de nuevo las llaves, pero esta vez delante de ella.

—¡Hala, mami! ¡Qué chulo! —y Enzo salió corriendo hacia el coche, escaleras abajo, para abrir una puerta y meterse dentro mientras lo tocaba todo con ilusión.

—¿Y mi coche? —insistió Daniela, aunque su expresión había cambiado al observar a su hijo feliz dentro del vehículo.

—Delante de ti, tiene un color rojo bastante llamativo como para que no lo veas —bromeé poniéndome delante de ella—, no es muy grande, algo que a mí no me convence, pero está recién sacado del concesionario. ¡Y es tuyo!

—Cariño…. Es que no sé si voy a sentirme cómoda conduciéndolo, a mí me gustaba el mío, no sé si voy a poder… —se quejó débilmente.

—El vendedor te ha dejado a petición mía en la guantera las instrucciones para kamikazes, le he pedido que las cambiara por las instrucciones para capullos que son las que suelen venir en este tipo de coches, pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad? —Sonreí recordando lo que me gritó la primera vez que nos encontramos con nuestros coches.

Echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó a gusto. ¡Sí que lo recordaba! Ese día, sin conocerme, a pesar de saber que intimidaba a quien no me conociera, me llamó capullo de manera muy sutil a la cara, algo que no me había ocurrido en la vida con nadie. Y eso me descolocó por completo, como ocurría cada vez que me la encontraba en mi camino.

—¡¿Así que instrucciones para kamikazes?! —Sonrió mientras cogía las llaves de mi mano con suavidad, quedándose tan cerca de mí que pude oler sin problemas su acostumbrado aroma a jabón, ese que me volvía loco.

—Ajá —contesté, rodeando con mi brazo su cintura y atrayéndola hacia mi cuerpo para hablar encima de su boca—. Aunque estoy

pensando en cambiarlas por las de «No voy a pasar de treinta porque llevo en mi vientre al hermanito de Enzo y tengo que ser responsable al volante», una vez obtengas el Máster y te quites ese DIU de una vez.

—Vaya…, realmente has pensado en todo, sonrisas. —Mis labios sintieron su cálido aliento, removiéndolo todo dentro de mí y haciendo que la apretara más fuerte contra mi cuerpo.

—En todo… Entonces, ¿te gusta?

—Sí, me gustas —contestó divertida arrastrando su mano por mi pecho, mordiéndose el labio inferior sabiendo que ese gesto era mi perdición con ella.

—Joder, Dani, ese labio… No me hagas esto aquí… —Rocé sus labios con los míos con mis sentidos a flor de piel.

—Lo sé, ni ahora… —Jugó con mi boca con ganas contenidas, entremezclamos nuestros alientos olvidándonos de lo que nos rodeaba.

—¡Mamá, papá! —gritó Enzo desde el coche—. ¿Venís?

Aterrizamos en el suelo con una sonrisa encima de nuestras bocas para ir con Enzo.

—Vamos —la cogí de la mano para acompañarla a su nuevo coche —, déjame que te lo enseñe.

Llegamos junto a un emocionado Enzo, y él nos enseñó el coche. Daniela entró con su hijo escuchando atentamente toda su explicación con una bonita sonrisa en su boca. Aunque estaba convencido de que la mía era aún mayor observando a mi familia, pues había encontrado mi hogar no en mi ático ni en esa casa, sino en ellos, y de que realmente todo y todos estamos conectados por un hilo invisible. Yo estaba irremediablemente conectado a ellos, sabiendo que mi alma los había estado esperando toda la vida para

reconocer en ellos, en los ojos de esa mujer, el hogar que nunca supe que buscaba; mi hogar.

# Epílogo III

## *Siete años después*

### Candy

Casi diez años después de mi llegada a España con un corazón destrozado y una triste historia a mis espaldas, nunca me imaginé que aquí volvería a ser feliz, que volvería a tener una pequeña gran familia: mi familia.

La casa familiar de Alfonso volvía a ser nuestro punto de encuentro, ese lugar donde todos nos reuníamos para abrazarnos, reírnos, celebrar nuestros logros y brindar por la amistad. Y aunque Alfonso de la Fuente solo era el presidente en funciones de DLFuentes y Asociados, las comidas, unas barbacoas increíbles, las cuales siempre se celebraban tras finalizar un proyecto, era tradición hacerlas aquí, en su casa, algo a lo que Gonzalo, el presidente de la compañía, no ponía reparos, aunque ese proyecto, de nuevo, fuera uno de Dani. Desde que esa mujer empezó a ejercer como arquitecta había dado muchas alegrías al despacho y Gonzalo no podía sentirse más orgulloso de ella.

Alfonso, como siempre, estaba delante de la barbacoa, con una gran sonrisa en su cara, sus pinzas en una mano y dos nietos revoloteando a su alrededor, compitiendo entre ellos por ser el que más llamara su atención. Unos guapísimos gemelos rubios de cuatro años con el mismo color de ojos, un intenso verde esmeralda

igualitos a los del padre, que juntos eran aún peores que sus primos: Martín y Nora.

—Por el amor de Dios, ¡Lena, Elian! ¡Parad, que os vais a quemar! —les gritó Maite a sus hijos por octava vez, haciendo que Adrián, que hacía más caso que sus propios hijos, diera un paso atrás—. ¡Adrián! ¡Haz algo con tus hijos! Bien sabe el cielo que en esta vida he tenido bastante con incendios provocados o, como van a hacer ellos, sin querer. ¡Sácalos de ahí!

—Ángel, tu padre está encantado con sus nietos y a ellos no les va a pasar nada —se acercó cariñosamente a su mujer con ese aire canalla que no podía evitar y una gamberra sonrisa en su boca, susurrándole al oído algo que todos oímos, porque los gritos de Maite habían conseguido que todos estuviéramos atentos a ellos—. ¿Puedo hacer algo yo también para llamar tu atención tanto como lo están haciendo los gemelos?

—¡Por el amor del cielo, si es que el padre es peor que los hijos! —farfulló ella con una sonrisa tonta es su boca.

—Vamos, Romeo, que te echo una mano. —Mi marido le dio un empujón amistoso a su amigo mientras con esa voz autoritaria, esa que hacía que todo el mundo le obedeciera en el acto, hizo girar la cabeza a los gemelos—. ¡¡Una carrera a la cocina a por helados!! ¡El último pone la mesa!

Los gemelos salieron en estampida detrás de un Víctor que había cogido a nuestro hijo pequeño al vuelo por el camino mientras este le tiraba los brazos saltando a él, ya que con dos años prefería ir en brazos de su padre, riéndose como un loco.

—¡Vamos, Duncan, hijo! ¡Que no nos ganen! —gritó mientras corría el primero ya al interior de la casa, seguido de unos animados Leo y Nael, que eran peor que todos ellos juntos.

—¡Espera, cabrón! ¡Que yo ya no estoy para estos trotes! —le gritó un divertido Adrián y yo me encogí de hombros con lo que iba a ocurrir a continuación.

—Papá ha dicho cabrón, papá ha dicho cabrón… —empezaron a corear los gemelos, frenando en seco para poder decir esa palabra que, con cuatro años, era más grande que ellos mismos, mientras Maite lo fulminaba con la mirada.

—¡La hostia! Creo que yo también voy a ir a por ese helado —y cogiendo a sus hijos de las manos, los animó sin mirar atrás—. ¡Corred! ¡Que no quiero poner la mesa!

Gisella, Dani y yo nos acercamos a una resignada Maite que miraba al cielo, clamando paciencia con su marido.

—Es peor que los niños, os lo juro, chicas…

Y nos echamos las cuatro a reír mientras el marido de Gisella nos acercaba tres botellines de cerveza y una de agua para Dani. Mi amiga se había casado el año pasado con un hombre maravilloso, espontáneo, dulce y muy guapo, un cliente del despacho que, cuando se quedó sin más trabajo que darles y sin más excusas para pasarse por DLFuentes y Asociados, se atrevió, por fin, a invitarla a cenar… y hasta el día de hoy.

—Gracias, eres un tesoro —y le dio un beso a su marido tan dulce que todas dijimos «ohhhhh», para volver a reírnos sin poder parar.

—A propósito, ¿dónde está el resto de niños? —me extrañé, porque no vi correr a la cocina a mi hija Jimena, que era fan de los helados y fanática de su padre, ni a Zoe, la pequeña de Gonzalo y Dani, que con cinco años era un torbellino igualito a su madre.

—¡Ah! Allá, al fondo del jardín —señaló Dani con una sonrisa—. Tu hija le ha pedido a Enzo que le enseñe a defenderse como le está enseñando a su hermana Zoe.

—¿A defenderse? ¿A Jimena? —me alarmé mirando al fondo del jardín.

—Sí, pero creo que es más por estar al lado de mi hijo que por aprender a dar puñetazos con la mano abierta en la nariz. Candy, no sé si te has dado cuenta, pero cada vez que están juntos, tu hija se queda embobada con él —confirmó con una sonrisa algo que yo ya sabía.

—Lo sé, me doy cuenta de cómo lo busca y se queda mirándolo, pero es que Enzo tiene quince años y Jimena solo ocho.

—Sí, por eso el pobre sale corriendo cada vez que la tiene cerca —se rio Maite a nuestro lado.

—¡Correcto! Ahora está aguantando porque Gonzalo y Hugo están a su lado con la pequeña Zoe, porque, si no, hacía rato que se habría escondido en la barbacoa con tu padre, Maite —añadió una risueña Dani.

Me dirigí al fondo del jardín seguida únicamente de Dani, y me quedé observando cómo Enzo, un guapo adolescente que llamaba muchísimo la atención y que el día de mañana se convertiría en un más que atractivo hombre, enseñaba a mi hija cómo poner las manos delante de la cara para defenderse y luego atacar. Su hermana Zoe lo imitaba a la perfección y mi hija hacía lo que podía porque es que realmente se perdía cuando miraba a Enzo a la cara.

Nos quedamos en silencio al lado de Hugo para observarlos. Gonzalo, de vez en cuando, corregía la posición de su hija Zoe y ayudaba a un desesperado Enzo por salir de ahí a causa de Jimena. Sonreí.

—Lo hace muy bien —le susurré a Dani.

—Gonzalo le ha enseñado bien y Enzo es un alumno ejemplar. Desde el día en que Gonzalo le dio una paliza con los puños a mi ex justo aquí, hace ya casi ocho años, Enzo se obsesionó con que le

enseñara a boxear igual que él. Y Gonzalo estuvo más que encantado de enseñarle todo lo que sabe. Pasan tanto tiempo juntos que a veces me dan un poco de envidia y todo —bromeó para evitar que los ojos cuajados de lágrimas derramaran lágrimas de nuevo, algo que no podía evitar cada vez que veía a su marido y a su hijo de ese modo.

—Mira, Jimena, se hace así —dijo con un desparpajo poco propio de su edad una Zoe orgullosa de hacerlo mejor que ella—. ¿Has visto, Enzo? Lo hago como me has enseñado, suuuperbien, ¿a que sí? —Sonrió con adoración a su hermano.

—Eres una *crack*, hermanita, ¡la mejor! —y chocaron las manos con cariño, porque es que se notaba a la legua que Enzo sentía debilidad por su hermana por cómo la miraba y trataba.

—Ahora yo, ahora yo… —saltó a su lado mi hija, una belleza de ojos oscuros iguales a los de su padre.

A Hugo se le escapó la risa mientras se tapaba la boca con la mano acercándose a ella.

—Si quieres, te puedo enseñar lo que yo sé. Gonzalo y su hijo son unos caballeros, yo te puedo enseñar a jugar sucio, dando patadas donde más duele —se rio mientras mi hija lo miraba con una sonrisa traviesa.

—¡¡Hugoooo!!

—Con este tesoro nadie se va a meter, igual que lo haré con mi ahijado Duncan.

—¡Joder, Hugo! ¡Espérate al menos a que tengan más edad! A Víctor no le va a hacer ninguna gracia que les enseñes a… jugar sucio —me quejé.

—Vamos, tesoro, si la idea fue de Víctor. —Abrí los ojos con sorpresa, aunque no sé de qué me sorprendía a esas alturas ya con mi marido.

—Papá, entonces, ¿te puedes quedar tú con mi hermana mientras Hugo entretiene a Jimena? —le susurró Enzo a su padre, aprovechando el ofrecimiento de Hugo—. Creo que… —miró a su alrededor rápidamente buscando una vía de escape—, voy a ir con el abuelo a ayudarlo con la barbacoa, está solo —y se encaminó ya hacia Alfonso, sin dar opción a que se lo impidieran, mientras soltaba aire por la boca con alivio.

—No te preocupes, yo me encargo de ellas. ¡Deja bien alto el apellido De la Fuente, hijo!

—Lo haré, no te preocupes —gritó ya por encima de su hombro.

Enzo de la Fuente Miyar, ese era el nombre oficial de Enzo. Gonzalo, nada más casarse con Dani, hizo los trámites necesarios para darle su apellido sin dudarlo a ese niño que le había robado un pedacito de corazón desde el primer día que lo conoció. Dani se pasó un mes entero llorando, pero Enzo estaba tan contento y orgulloso, que lo iba gritando a todo aquel que se cruzaba con él, haciendo mucho más fuerte ese lazo que ya tenían ambos.

—Espera, Enzo, yo también voy —gritó mi hija detrás de él y a Enzo le faltó echar a correr encogiendo los hombros levemente, como si no hubiera oído la aguda voz de ella.

—Yo tengo un plan mejor, Jimena. —Dani se agachó para cogerla de la mano y evitar que lo siguiera—. ¿Qué te parece si el tito Gonzalo te cuenta una historia? Tiene una muy chula de este anillo que llevo en mi dedo.

—¡Vale! Pero que me cuente otra historia porque esa ya me la ha contado un montonazo de veces —se quejó Jimena.

—Lo sé, cariño, es que no es de tener muchas historias… —dijo Dani mientras miraba con ojos de enamorada a su marido.

—Sí, Jimena, la de las historias es ella, créeme. —Gonzalo le guiñó un ojo cómplice a su mujer—. Pero te puedo llevar a comer un

helado, eso sí se me da bien.

—Síííií —gritó Zoe a su lado—. Papá es el mejor con los helados, a mí me los da a escondidas cuando mamá no lo ve —le explicó con toda su inocencia, algo que nos hizo reír a todos.

—Gonzalo de la Fuente Castro, ¿acaso estás malcriando a mi hija? —Dani le clavó la mirada poniendo los brazos en jarras.

—Igual que a ti con el chocolate, ¿recuerdas? —y le acercó la boca a su oreja para decirle bajito—: Con esos deliciosos bollitos de la cafetería de abajo… y te encantan…

—No tanto como tú… —contestó ella, melosa, dándole un apasionado beso con una sonrisa gamberra.

—¡¡Puuuuaaaaaggggg!! ¡Qué asco! ¡Otra vez igual! —se quejó la pequeña, algo que nos hizo dar una pequeña carcajada, padres incluidos.

Nos fuimos todos a por esos helados, algo nada aconsejable antes de comer, pero es que, cuando nos juntábamos todos, todo era un dulce caos.

Me quedé en una esquina del jardín, observándolos a todos con una sonrisa en mi boca que no pude evitar. Suavemente, me vi envuelta por los familiares brazos de Víctor desde atrás y apoyé mi espalda en su pecho con un suspiro de felicidad.

—¿Qué haces aquí tan sola, nena? —me habló al oído y sentí su sonrisa a mi lado.

—Soy feliz, peque, muy feliz —y me giré en sus brazos para mirarlo a los ojos, esos tan oscuros y peligrosos que a mí me hacían la mujer más feliz de la tierra, porque cuando me miraban eran cálidos y tiernos.

—¡Normal! Estar entre mis brazos es estar en el cielo, preciosa. —Sonrió encima de mi boca.

—Sigues siendo demasiado presuntuoso, De Silva.

—Y te encanta, nena, no me lo niegues.

—Y me encanta —hablé ya en su boca para besarlo, algo que no me cansaría nunca de hacer.

¡La vida es una carrera de obstáculos hasta llegar a la meta! Están quienes los rodean, los hay que los saltan, muchos se rinden por el camino y también están aquellos que, aunque caigan una o mil veces, se levantan y siguen corriendo con más fuerza hacia su objetivo, destrozando los obstáculos y haciendo su propio camino. ¡Y esos éramos nosotros! Todos los reunidos en ese maravilloso jardín, que tanto había visto y tanto había vivido, una familia cuyos miembros se querían y peleaban unos por otros sin dudarlo.

¡Sí! ¡Nunca había sido tan feliz en la vida! Algo que no estaba buscando años atrás y que me costó lágrimas, dolor y mucho coraje, pero ahora, rodeada de mi familia y amigos, sabía que había valido la pena cada paso, cada vivencia, cada suceso, que habían terminado en un final maravilloso, uno que conservaría siempre, de eso estaba convencida.

*Gonzalo & Maite*

# AGRADECIMIENTOS

Si mi yo adolescente me viera ahora, alucinaría. Y no lo digo porque me hubiese animado a publicar antes, creo que cada suceso tiene su porqué, y todo ocurre a su debido tiempo, justo cuando tiene que suceder. Ya sabéis, no soy mucho de creer en casualidades y sí en las causalidades. Pero quizá, quién sabe, esa personita tan y tan introvertida, reservada y, por qué no decirlo, tímida hasta alcanzar un nivel ninja profesional, hubiera creído un poco más en ella, empezando mucho antes a comerse el mundo sin miedos ni complejos.

Quiero empezar agradeciendo a mi marido la paciencia que ha tenido conmigo estos interminables meses encerrada en mi mundo mientras lo ignoraba sutilmente escribiendo, corrigiendo, leyendo, volviendo a escribir y vuelta a empezar con el siguiente manuscrito con mi viejo portátil a pedales. No podré olvidar la tarde que me sorprendió con uno nuevo debajo del brazo y una bonita sonrisa en su cara después de casi estrellar contra la pared esa misma mañana el mío. Cariño, con tu regalo, has creado sin querer a un verdadero monstruo; no tienes idea de lo que has puesto en marcha. ¡Gracias!

Gracias a mis dos hijas porque a ellas no las ignoré con tantas sutilezas, con ellas fue demasiado evidente, sobre todo cuando las oía rezongar por los pasillos que no les hacía ni caso y estaba otra vez en mi mundo, enganchada al ordenador. Os debo unas cuantas, lo sé, y os lo recompensaré con creces. ¡Gracias!

Gracias a mis hermanas por ser ese Pepito Grillo que solamente leyendo el título ya tenía que enviarlo a las editoriales porque tenía mucho potencial. Vosotras sí que sabéis animar hasta al más escéptico. ¡Gracias!

Gracias a mis padres porque haga lo que haga siempre es lo mejor, da lo mismo lo que sea, y creo que ellos sin leer ni siquiera el título. Eso es sentir orgullo de hija nivel dios. ¡Gracias!

Gracias a Marta, la primera persona que creyó en mí de manera profesional. Sigo pensando lo mismo de ti: necesitamos más personas como tú, porque así este mundo sería un lugar mucho mejor. ¡Gracias!

Gracias al equipo de Click Ediciones que ha trabajado en mis libros, en especial a Ade, la Directora Editorial, la mujer que me ha dado la oportunidad de hacer mi sueño realidad con esa llamada de teléfono que me dio tal chute de adrenalina que hoy día todavía me dura. Me has permitido cumplir un sueño y nunca podré agradecértelo lo suficiente. ¡Mil gracias de todo corazón!

Y, desde luego, te doy las gracias a ti. El hecho de que hayas llegado hasta este punto y hayas leído la tercera de mis novelas, otro pedacito de mi alma, es algo que te agradeceré toda mi vida. Solo espero y deseo que la hayas disfrutado igual que yo lo hice escribiéndola. ¡Gracias, gracias y gracias!

# Biografía



Aunque firme como Quela Miranda, quien teclea con pasión es Raquel Gálvez Miranda, barcelonesa nacida un 3 de octubre de hace ya… más de lo que está dispuesta a admitir sin un abogado presente, y probablemente algo que su memoria preferiría no recordar.

Amante empedernida de la novela romántica sin importar el subgénero, a la tierna edad de 16 años descubrió que escribir era una vía de escape para ella, y mucho más barato que ir a terapia. Ahora vive entre historias de amor, notas en su libreta, más notas en su móvil a las cinco de la mañana, tres gatos, dos hijas y un resignado marido.

Siempre está en las nubes viviendo en un mundo paralelo; su mente es un festival de ideas con más pestañas abiertas que un navegador. Es incondicional de las novelas donde el amor manda y de las que cree en los finales con más besos que lágrimas, esas que hacen cosquillas en el corazón y te hacen soñar despierta durante días con una tonta sonrisilla en la boca.

Cuadriculada hasta en el caos, introvertida a nivel leyenda y empática por contradicción, es fan de la alta velocidad…, pero solo sobre cuatro ruedas. En la vida prefiere no correr demasiado, observar, callar y refugiarse en las palabras, siendo su frase favorita desde bien pequeña: «Solo un capítulo más y lo dejo ya».

*Tú, yo y un café entre nosotros nunca será casualidad*
*Serie casualidades 3*
Quela Miranda

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Quela Miranda, 2025

© de las ilustraciones, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31013-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

**Otros títulos de Click Ediciones**

El sueño de la estrella
Leire Ibáñez de Gauna

Querida Abril
Cristina Aleixandre

Mil estrellas y tú
Carla Vega

Hay magia en el país del hielo
Cristina Meraki

Juguetes rotos
Moruena Estríngana




# Un regreso invernal

Estríngana, Moruena

9788408310150

230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Ella guardó silencio. Él huyó. El invierno les da una segunda oportunidad.**

Brent regresa al pueblo que una vez le rompió el corazón. Lo hace sin planes de quedarse, con heridas que el tiempo no ha logrado cerrar y un pasado que aún pesa. Lo último que esperaba encontrar era a Esen, su antigua compañera de clase, convertida ahora en una mujer que también arrastra silencios.

Esen vive atrapada en una rutina donde lo correcto no siempre es lo que desea. Pero cuando Brent aparece, todo lo que creía tener claro empieza a tambalearse. Entre mensajes, helados en invierno y una empresa con nombre propio, la conexión que nunca se atrevieron a explorar florece con fuerza.

Juntos descubrirán que el verdadero hogar no siempre es un lugar: a veces es una persona que te mira y te ve de verdad.

***Un regreso invernal*** es una historia de amor y reconstrucción, de redención y segundas oportunidades. Una novela cálida, emotiva y profundamente humana, que te hará reír, suspirar y —muy probablemente— llorar.

**Moruena Estríngana** vuelve a demostrar que es una de las grandes voces del romance emocional en español, con una sensibilidad única para narrar lo cotidiano y hacerlo inolvidable.

*La **novela feelgood**que cuenta cómo el primer amor se convierte en el último destino.*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Jamás te llamaré alfa

G. Calvario, Jesi
9788408310044
340

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Lo deseaba. Lo odiaba. Lo necesitaba.**

Un alfa imperturbable. Un omega que no acepta su destino. Cuando el poder y el instinto colisionan, ya no hay vuelta atrás.

Hayden Whyte tiene un plan: sobrevivir a su primer empleo como asistente en la alcaldía sin que nadie note que es un omega. En un mundo donde los alfa dominan la política y los prejuicios siguen marcando el destino, ser un omega masculino y libre no es una opción.

Loan Morrison es joven, brillante, y el secretario general más temido del gobierno. Un alfa acostumbrado al control, al silencio y a no necesitar a nadie.

Pero cuando sus caminos se cruzan, la tensión es inmediata. Lo que comienza como una guerra fría entre miradas, órdenes secas y rutinas compartidas, se convierte en una atracción que desafía la lógica. ¿Cómo se sobrevive al deseo cuando negarlo sólo lo vuelve más feroz?

Una novela que desarma el Omegaverse clásico con crudeza emocional, humor ácido y erotismo realista.
Te hará querer a un alfa y odiarlo al mismo tiempo.

**Jesi G. Calvario escribe con la honestidad de quien no teme al deseo, ni a la herida. Su prosa afilada y emocional da una vuelta de tuerca al Omegaverse, llevándolo a un terreno tan adictivo como real.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Club Omega

Estríngana, Moruena

9788408294511

260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Club Omega: Un lugar de pasión y misterio que te llevará al límite de lo prohibido.**

Hudson ha heredado un club exclusivo, un lugar donde las fantasías más secretas y extravagantes de los poderosos se hacen realidad. Sin embargo, no está allí para disfrutar de los placeres carnales que el club ofrece; sus intenciones van mucho más allá del deseo. Tiene un propósito oculto, un plan que nadie sospecha.

Por otro lado, Sadie, una policía en baja tras recibir un disparo, no puede sostener un arma sin que sus manos tiemblen. Su vida ha quedado en pausa y su relación amorosa no es la excepción. Su ex pareja le propone asistir juntos al Club Omega, con la esperanza de que ese espacio oscuro y prohibido logre salvar lo que una vez tuvieron. Sadie, desconfiada, está a punto de rechazar la oferta, pero algo extraño está ocurriendo entre los ricos y poderosos de la ciudad. Los rumores sobre un hotel en lo alto del acantilado, que en realidad podría ser un club de perversión sexual, despiertan su instinto policial.

Decide infiltrarse en el lugar, disfrazando su entrada como una búsqueda de respuestas sobre los recientes eventos extraños. Lo que no espera es cruzarse cara a cara con Hudson, el enigmático dueño del club. La atracción entre ambos es instantánea, intensa, imposible de ignorar. Pero tanto Sadie como Hudson guardan secretos, y aunque sus objetivos parecen distintos, el destino los lleva a descubrir que están más entrelazados de lo que creen.

En medio de un misterio que se va desvelando entre encuentros ardientes y pasiones desbordantes, ¿Será posible que el amor florezca mientras alguien más mueve los hilos en las sombras, con intenciones mucho más oscuras?

**Moruena Estríngana teje una trama apasionante llena de misterio, deseo y emociones intensas, ofreciendo a sus lectores una historia que fusiona intriga y romance con escenas de alto voltaje que harán arder a las lectoras en cada página.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Busco Grinch por Navidad

Estríngana, Moruena

9788408297208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Dos corazones gruñones, una Navidad en juego... ¿Podrá el amor salvarla?**

Allegra odia la Navidad. ¿Será porque su novio, su mejor amigo de toda la vida, la dejó bajo el muérdago con cara de tonta mientras su madre lo grababa todo?

Pero eso no es lo peor que le ha pasado en Navidad, su ex se casa, y la ha invitado a la boda, porque en su pueblo todos son una gran familia. Por supuesto, ella no quiere ir sola, para eso busca a alguien que deteste la Navidad tanto como ella. ¿El problema? Su mejor amiga, la bocazas, sugiere que su hermano vaya con ella…

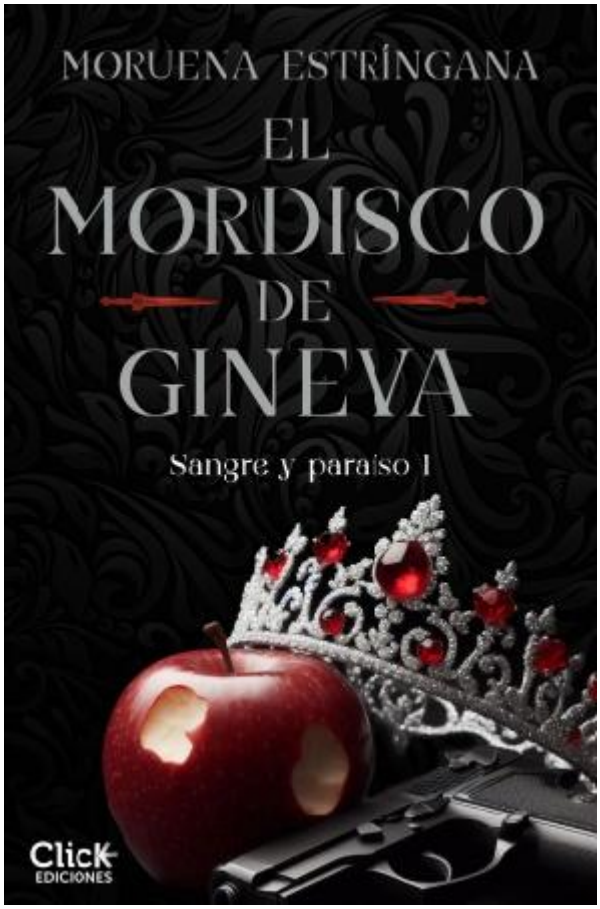
¿Cómo? ¡Lleva enamorada de él cuatro años!

¿Cómo hacer de novia falsa con el hombre por el que te mueres desde el momento en que lo viste por primera vez?

Esto no puede salir bien. Pese a todo es su única alternativa. Ella buscaba un Grinch, y el Grinch arruinó la navidad. ¿Estará destinada ella a hacer lo mismo?

**Moruena Estríngana regresa, una Navidad más, con una divertida historia de navidad que te llegará al corazón mientras te enamoras de este par de gruñones, ¿Habrá alguien capaz de salvar la Navidad de ellos?**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# El mordisco de Gineva

Estríngana, Moruena
9788408298243
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Una historia de amor prohibido y supervivencia en un mundo donde amar puede ser peligroso.**

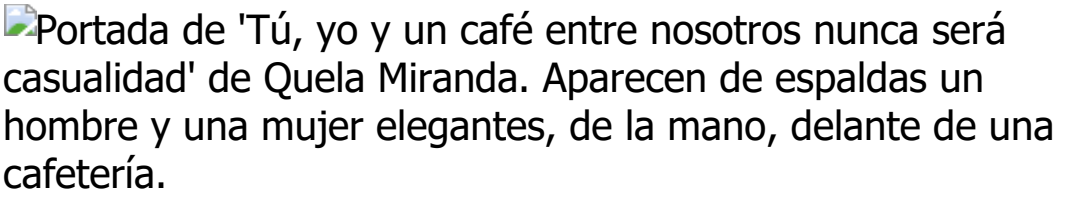
En un barrio dominado por la mafia italiana, Gineva Giordano ha vivido bajo el control de su padre, uno de los capos más temidos. Su destino parece sellado en un matrimonio arreglado, pero en un acto de desafío, acepta la propuesta de Renzo Romano, el enemigo jurado de su familia.

Lo que comienza como una alianza estratégica pronto se convierte en una relación marcada por la pasión, la confianza y los secretos. Entre guerras territoriales y traiciones familiares, Gineva deberá encontrar su lugar en un mundo implacable donde el amor es un riesgo y la venganza, una moneda de cambio.

Renzo, atormentado por un pasado violento, ha aprendido a sobrevivir sin ataduras, pero Gineva lo obliga a cuestionarlo todo. Juntos, desafían un destino escrito con sangre, sabiendo que en la mafia solo hay dos opciones: vencer o morir.

Moruena Estríngana demuestra una habilidad excepcional para tejer una historia Mafia-Romance intensa y absorbente, logrando que cada escena rebose de tensión, emoción y profundidad, manteniendo al lector atrapado en un torbellino de sentimientos hasta la última página. Cerrará esta bilogía con "La tentación de Mirabella".

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada de 'Tú, yo y un café entre nosotros nunca será casualidad' de Quela Miranda. Aparecen de espaldas un hombre y una mujer elegantes, de la mano, delante de una cafetería.